Michael Howard y W. Roger Louis (eds.)

# HISTORIA OXFORD DEL SIGLO XX

Traducción de
Cristina Pagès y Víctor Alba

PLANETA

Título original: The Oxford History of the Twentieth Century

© Oxford University Press, 1998

© por la traducción, Cristina Pagès y Víctor Alba, 1999

This translation of *The Oxford History of the Twentieth Century*, originally published in english in 1998, is published by arrangement with Oxford University Press. «Oxford» is the trade mark of Oxford University Press

Esta traducción de *The Oxford History of the Twentieth Century*, publicada originalmente en inglés en 1998, se publica de acuerdo con Oxford University Press. «Oxford» es una marca registrada de Oxford University Press

© Editorial Planeta, S. A., 1999
Córcega, 273-279, 08008 Barcelona
(España)

Diseño de la colección: Josep Bagà

Ilustración de la sobrecubierta: sufragistas en 1913; la bomba atómica; Gandhi —foto Elliott & Fry—, y astronauta en la Luna —foto NASA— (© Hulton Getty)

Primera edición: octubre de 1999

Depósito Legal: B. 35.677-1999

ISBN 84-08-03216-X

ISBN 0-19-820428-0 editor Oxford University Press Inc., Nueva York, edición original

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión: Hurope, S. L.

Encuadernación: Art Book, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

# Índice

Lista de colaboradores 9

Siglas 15

Prólogo 17

Primera parte: La estructura del siglo

1. El amanecer del siglo 27
   *Michael Howard*
2. La demografía y la urbanización 37
   *William H. McNeill*
3. La gran reducción: la física en el siglo xx 55
   *Steven Weinberg*
4. La extensión de los conocimientos 74
   *John Maddox*
5. El crecimiento de una economía mundial 96
   *Robert Skidelsky*
6. El desarrollo de una cultura global 117
   *Alan Ryan*
7. Las artes visuales 137
   *Norbert Lynton*

Segunda parte: El mundo eurocéntrico, 1900-1945

8. Los imperios coloniales europeos 157
*Wm. Roger Louis*
9. Europa en la era de las dos guerras mundiales 175
*Michael Howard*
10. El imperio ruso y la Unión Soviética, 1900-1945 195
*Richard Stites*
11. Estados Unidos, 1900-1945 212
*Hugh Brogan*
12. Asia oriental y la presencia creciente de Japón, 1900-1945 228
*Akira Iriye*

Tercera parte: La guerra fría, 1945-1990

13. El enfrentamiento de las superpotencias, 1945-1990 249
*Lawrence Freedman*
14. Estados Unidos desde 1945 265
*James Patterson*
15. La Unión Soviética y después 284
*Archie Brown*
16. La reconstrucción de Europa 305
*Anne Deighton*

Cuarta parte: El ancho mundo

17. Asia oriental 325
*Akira Iriye*
18. China 341
*Jonathan Spence*
19. El Sureste asiático 358
*Michael Leifer*
20. Asia meridional 377
*Judith M. Brown*
21. África del Norte y el Próximo Oriente 397
*Roger Owen*

22. El África negra 413
*Terence Ranger*
23. América Latina 433
*Alan Knight*
24. La vieja Commonwealth: Los cuatro primeros dominios 457
*Peter Lyon*
25. ¿Hacia una comunidad mundial?: Las Naciones Unidas y el derecho internacional 476
*Adam Roberts*

Quinta parte: Posdata

26. Cómo acaba el siglo xx 499
*Wm. Roger Louis*
27. Hacia el siglo xxi 518
*Ralf Dahrendorf*

Lecturas adicionales 533

Cronología 560
*Adolf Wood y W. Travis Hanes III*

Lista de ilustraciones en blanco y negro 681

Lista de gráficos y tablas 687

Índice onomástico y temático 689

# Lista de colaboradores

**Hugh Brogan** nació en 1936 y se graduó en Cambridge en 1959. Fue periodista de *The Economist*, y *fellow* (catedrático con ciertos privilegios) del St. John's College, en Cambridge (1963-1974). Desde 1974 ha dado clases en la Facultad de Historia de la Universidad de Essex, donde ejerce la cátedra R. A. Butler de Historia. Sus obras incluyen *Tocqueville* (1973), *History of the United States* (1984), *Correspondance et conversations d'Alexis de Tocqueville et Nassau Senior* (1991) y *Kennedy* (1996).

**Archie Brown**, miembro de la Academia Británica, nació en 1938 y se graduó en la London School of Economics en 1962. Fue conferenciante de Ciencias Políticas en la Universidad de Glasgow (1964-1971), conferenciante de instituciones soviéticas en Oxford (1971-1989) y ha sido profesor de Ciencias Políticas en Oxford desde 1989. Es *fellow* del St. Antony's College, en Oxford. Sus obras dedicadas a la política soviética y postsoviética incluyen *The Gorbachev Factor* (1996) y (como coeditor y coautor) *The Cambridge Encyclopedia of Russia and the Former Soviet Union* (1994).

**Lord Dahrendorf**, miembro de la Academia Británica y caballero de la Orden del Imperio Británico, nació en Hamburgo en 1929, y ha sido catedrático en Hamburgo, Tubinga y Constanza. Fue miembro de la Comisión Europea (1970-1974), director de la London School of Economics (1974-1984) y presidente del St. Antony's College de Oxford (1987-1997). Sus obras incluyen *Class and Class Conflict* (1959), *Society and Democracy in Germany* (1966), *Essays in the Theory of Society* (1969) y *The Modern Social Conflict* (1988). En su opi-

nión, su libro más importante es *LSE: A History of the London School of Economics 1895-1995*.

**Anne Deighton** es conferenciante en la Universidad de Oxford y ex catedrática del St. Antony's College. Actualmente es catedrática del Wolfson College. Ha escrito sobre la guerra fría, el desarrollo de la integración de la Europa de la posguerra y la seguridad militar europea. Sus publicaciones incluyen: *The Impossible Peace: Britain, the Division of Germany and the Origins of the Cold War* (1990). Ha compilado *Britain and the First Cold War* (1990), *Building Postwar Europe* (1995) y *Western European Union, 1954-1997: Defence, Security, Integration* (1997).

**Lawrence Freedman**, miembro de la Academia Británica y comandante de la Orden del Imperio Británico, nació en 1948. Estudió en las universidades de Manchester, York y Oxford y ocupó puestos de investigación en el Nuffield College de Oxford, así como en el International Institute for Strategic Studies, antes de ocupar la jefatura del Departamento de Estudios Políticos del Royal Institute of International Affairs (1978-1982). Ha sido profesor de Estudios de Guerra en el King's College, en Londres, desde 1982. Sus obras incluyen *US Intelligence and the Soviet Strategic Threat* (1977), *The Evolution of Nuclear Strategy* (1981), *Britain and the Falklands War* (1988) y (con Efraim Karsh) *The Gulf Conflict, 1990-1991* (1993).

**W. Travis Hanes III** recibió su doctorado de la Universidad de Texas en 1990. Es autor de *Imperial Diplomacy in the Era of Decolonization: The Sudan and Anglo-Egyptian Relations, 1945-1956* (1995), *World History: Continuity and Change* (1996) e *Imperialism or «Expatriate Nationalism»? The Sudan Policital Service and Decolonization in the Sudan 1899-1956* (pendiente de publicación). Estudioso de Historia mundial, ha escrito libros de texto así como artículos dedicados a la historia, tanto occidental como no occidental.

**Sir Michael Howard**, miembro de la Academia Británica y comandante de la Orden del Imperio Británico, nació en 1922. Después de servir en la guerra se graduó en Oxford, en 1946, y dio clases en el King's College de Londres (1947-1963), donde fue profesor de Estudios de Guerra (1963-1968). De 1966 a 1977 fue catedrático de Estudios militares superiores en el All Souls College, de Oxford. Después fue profesor de Historia de la Guerra (1977-1980) y ejerció la cátedra Regius de Historia Moderna (1980-1989) en Oxford, y

profesor de Historia Militar y Naval en Yale (1989-1993). Sus obras incluyen *The Franco-Prussian War* (1961), *The Continental Commitment* (1972) y *War in European History* (1976). Con Peter Paret ha editado y traducido *Sobre la guerra* de Clausewitz (1992).

**Akira Iriye** nació en Tokio en 1934. Estudió en el Haverford College y dio clases en la Universidad de Chicago antes de ejercer la cátedra Charles Warren de Historia en Harvard, en 1991. Ha sido presidente de la American Historical Association. Sus libros incluyen *After Imperialism* (1965), *Across the Pacific: An Inner History of American-East Relations* (1976), *Power and Culture: The Japanese-American War, 1941-1945* (1986) y *Cultural Internationalism and World Order* (1995).

**Alan Knight**, miembro de la Academia Británica, recibió su doctorado en Filosofía de la Universidad de Oxford. Cuando cursaba estudios para la licenciatura en Balliol fue alumno del difunto Jack Gallagher. Dio clases en la Universidad de Texas antes de convertirse en profesor de Historia de América Latina, en Oxford, y catedrático del St. Antony's College. Sus publicaciones incluyen *The Mexican Revolution* (2 volúmenes) y *US-Mexican Relations, 1910-1940.*

**Wm. Roger Louis**, miembro de la Academia Británica, es director de Estudios británicos y ejerce la cátedra Kerr de Historia y Cultura inglesas en la Universidad de Texas, en Austin, y es catedrático en el St. Antony's College, Oxford. Como becario Marshall en Oxford (1960-1962), fue alumno de A. J. P. Taylor. Es redactor jefe de la *Oxford History of the British Empire.* Sus libros incluyen *Imperialism at Bay* (1976) y *The British Empire in the Middle East* (1984). Su ensayo «Leo Amery and the British Empire» se fundamenta en las conferencias *Chichele* que dictó en el All Souls College, Oxford, 1990. Con Robert Blake compiló *Churchill* (1993).

**Norbert Lynton** nació en 1927. Estudió en el Instituto Courtauld y dio clases en las escuelas de arte de Leeds y Chelsea mientras era corresponsal de arte en Londres para *Art International* y crítico de arte para *The Guardian*. Fue director de exposiciones del Consejo de Artes de Gran Bretaña (1970-1975), profesor de Historia del Arte (1975-1989), y decano de la European School (1985-1988) y ahora es catedrático emérito de la Universidad de Sussex. Entre sus obras figuran *The Story of Modern Art* (1980) y *Ben Nicholson* (1993).

**Peter Lyon** ha sido desde 1969 secretario académico y desde 1983 pro-

fesor adjunto de Relaciones internacionales en el Instituto de Estudios de la Commonwealth, de la Universidad de Londres. Desde 1983 es director de *The Round Table: The Commonwealth Journal of International Affairs*. Es vicepresidente vitalicio de la Royal Commonwealth Society y en 1994 fue miembro del equipo de observadores de la Commonwealth en las primeras elecciones generales posteriores al *apartheid* en Sudáfrica. Está terminando una biografía del estadista de la Commonwealth Malcolm MacDonald.

**William H. McNeill** nació en Canadá en 1917 pero de niño se trasladó a Estados Unidos y estudió en la Universidad de Chicago (1934-1939). Empezó el doctorado en la Universidad de Cornell y sirvió cinco años en el ejército, tras lo cual dio clases en la Universidad de Chicago (1947-1987). Ha sido presidente de la Asociación Norteamericana de Historia. Entre sus libros figuran *The Rise of The West: A History of the Human Community* (1963), *Plagues and Peoples* (1976) y *The Pursuit of Power: Technology, Armed Force and Society since 1000 AD* (1982).

**Sir John Maddox** nació en 1925 y se graduó en Oxford en 1947. Después de investigar en el King's College de Londres, dio clases de Física teórica en la Universidad de Manchester (1949-1955). Fue director de la Fundación Nuffield (1975-1980). Sus obras incluyen *Revolution in Biology* (1963), *The Doomsday Syndrome* (1972) y *Beyond the Energy Crisis* (1974).

**Roger Owen** fue *fellow* del St. Antony's College y conferenciante de Historia económica reciente del Próximo Oriente en Oxford, antes de ocupar la cátedra A. J. Meyer de Historia del Próximo Oriente, y director del Centro de Estudios del Próximo Oriente en la Universidad Harvard. Sus obras incluyen: *Cotton and the Egyptian Economy 1820-1914* (1969), *The Middle East in the World Economy 1800-1914* (1981) y *Power and Politics in the Making of the Middle East* (1992). Con Wm. Roger Louis compiló *Suez 1956: The Crisis and its Consequences*.

**James Patterson** obtuvo su doctorado en Harvard en 1964; dio clases en la Universidad de Indiana (1964-1972) y ha sido profesor de Historia en la Universidad Brown desde 1972. Sus libros incluyen *Congressional Conservatism and the New Deal* (1967), *Mr. Republican: A Biography of Robert A. Taft* (1972), *America in the Twentieth Century: A History* (1976), *The Dread Disease: Cancer and Modern Ame-*

*rican Culture* (1987) y *America's Struggles against Poverty, 1900-1994* (1995), así como *Grand Expectations: The United States, 1945-1974* (1996), que recibió el Premio Bancroft en 1997.

**Terence Ranger**, miembro de la Academia Británica, nació en 1929 y obtuvo su doctorado en Oxford en 1960. Dio clases en el Colegio Mayor de Rhodesia y de Nyasalandia (1957-1963), en la Universidad de Dar-es-Salaam (1963-1969), la Universidad de California, en Los Ángeles (1969-1974), y la Universidad de Manchester (1974-1987), antes de ocupar la cátedra Rhodes de Relaciones Raciales y ser *fellow* del St. Antony's College, Oxford, en 1987. Entre sus obras figuran *Revolt in Southern Rhodesia 1896-1897* (1967), *The African Voice in Southern Rhodesia, 1889-1930* (1970), *Dance and Society in Eastern Africa* (1975) y *Peasant Society and Guerilla War in Zimbabwe* (1985).

**Adam Roberts**, miembro de la Academia Británica, se graduó en Oxford en 1962 y dio clases en la London School of Economics, 1968-1981. En 1981 fue elegido profesor adjunto de la cátedra Alastair Buchan de Relaciones internacionales en Oxford y en 1986 ocupó la cátedra Montague Burton de Relaciones internacionales. Sus obras incluyen *Nation in Arms: The Theory and Practice of Territorial Defence* (1986, con Richard Guelff), *Documents on the Laws of War* (1989) y (con Benedict Kingsbury) *United Nations, Divided World: The UN's Role in International Relations* (1993).

**Alan Ryan**, miembro de la Academia Británica, nació en 1940 y dio clases en las universidades de Keele y Essex antes de ser elegido *fellow* en el New College de Oxford y conferenciante en Ciencias Políticas (1969-1987). Fue profesor de Ciencias Políticas en la Universidad de Princeton (1987-1996) y fue elegido *warden* (director) del New College en Oxford en 1996. Entre sus obras figuran *The Philosophy of John Stuart Mill* (1970), *Bertrand Russell: A Political Life* (1988) y *Dewey* (1995).

**Lord Skidelsky**, miembro de la Academia Británica, nació en 1939, obtuvo su doctorado en Oxford y dio clases en la Universidad Johns Hopkins y en el Politécnico de Londres Norte, antes de ser profesor de Estudios internacionales en la Universidad Warwick en 1978 y profesor de Economía Política en 1980. Sus obras incluyen: *Politicians and the Slump* (1967), *Oswald Mosley* (1975) y *John Maynard Keynes, I, 1883-1920* y *II, 1921-1937* (1992).

**Jonathan Spence**, miembro de la Academia Británica, nació en 1936 y estudió en el Winchester College y el Clare College, de Cambridge. En 1959 fue a la Universidad Yale donde cambió a estudios chinos y obtuvo su doctorado en 1965. El año siguiente entró a formar parte del profesorado de Yale; actualmente ocupa la cátedra Sterling de Historia. Sus libros incluyen *The Death of Woman Wang* (1978), *The Memory Palace of Matteo Ricci* (1984), *The Question of Hu* (1988), *The Search for Modern China* (1990) y *God's Chinese Son* (1996).

**Richard Stites** obtuvo su doctorado en Harvard en 1968 y dio clases en la Universidad Brown y en la Universidad del Estado de Ohio antes de ser profesor de Historia en la Universidad de Georgetown en 1977. Entre sus obras figuran *The Women's Liberation Movement in Russia: Feminism, Nihilism and Bolshevism, 1860-1930* (1978), *Revolutionary Dreams: Utopian Vision and Social Experiment in the Russian Revolution* (1989) y *Russian Popular Culture: Entertainment and Society since 1900* (1992).

**Steven Weinberg** estudió en Cornell, Copenhague y Princeton; fue profesor en Berkeley, el MIT y Harvard antes de ir a la Universidad de Texas en Austin, en 1982. Por sus aportaciones a la teoría de las partículas elementales y la cosmología recibió el Premio Nobel de Física en 1979 y la Medalla Nacional Norteamericana para la Ciencia en 1991. Entre sus obras figuran *Gravitation and Cosmology* (1972), *The First Three Minutes* (1977), *The Discovery of Subatomic Particles* (1982), *Dreams of a Final Theory* (1993) y *The Quantum Theory of Fields I* (1995) y *II* (1996).

**Adolf Wood** ha sido colaborador del *Times Literary Supplement* (*TLS*) desde 1975. Nació en Sudáfrica, emigró a Gran Bretaña, donde trabajó en diversas editoriales antes de colaborar con el *TLS*. En 1992 fue invitado del Centro Woodrow Wilson en Washington, D. C. Está terminando una historia del *Times Literary Supplement*.

# Siglas

| | |
|---|---|
| ADN: | Ácido desoxirribonucleico |
| ALALC: | Asociación Latinoamericana de Libre Comercio |
| ALCE: | Asociación de Libre Comercio Europeo |
| ANSEA: | Asociación de Naciones del Sureste Asiático |
| ARN: | Ácido ribonucleico |
| CE: | Comunidad Europea |
| CEAP: | Cooperación Económica Asia-Pacífico |
| CEE: | Comunidad Económica Europea |
| CEI: | Comunidad de Estados Independientes |
| CEPAL: | Comisión Económica para América Latina |
| CFTC: | Fondo de la Commonwealth para el Desarrollo Técnico |
| CHOGH: | Reuniones de los Jefes de Gobierno de la Commonwealth |
| CNA: | Congreso Nacional Africano |
| CRLO: | Consejo de Restauración de la Ley y el Orden (en Birmania) |
| CSCE: | Conferencia sobre Seguridad y Cooperación Europea |
| ERI: | Economías Recién Industrializadas |
| FIS: | Frente Islámico de Salvación |
| FLN: | Frente de Liberación Nacional |
| FMI: | Fondo Monetario Internacional |
| FRA: | Foro Regional de la Asociación de Naciones del Sureste Asiático |
| GATT: | Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio |
| ISI: | Industrialización para la Sustitución de Importaciones |
| MNR: | Movimiento Nacionalista Revolucionario |
| NAFTA: | Acuerdo de Libre Comercio del Atlántico del Norte |

| | |
|---|---|
| NEP: | Nueva Política Económica (en la URSS) |
| OCDE: | Organización de Cooperación y Desarrollo Económico |
| OCEE: | Organización para la Coordinación Económica Europea |
| OEA: | Organización de Estados Americanos |
| OIT: | Organización Internacional del Trabajo |
| OMC: | Organización Mundial del Comercio |
| OMS: | Organización Mundial de la Salud |
| ONMU: | Organización Nacional de Malayos Unidos |
| ONU: | Organización de las Naciones Unidas |
| OTAN: | Organización del Tratado del Atlántico Norte |
| OTASE: | Organización del Tratado del Sureste Asiático |
| PLD: | Partido Liberal Democrático (en Japón) |
| PNB: | Producto Nacional Bruto |
| PPSB: | Partido del Programa Socialista de Birmania |
| PTT: | Partido de los Trabajadores Turcos |
| RDA: | República Democrática Alemana |
| RFA: | República Federal Alemana |
| RPC: | República Popular China |
| SDS: | Estudiantes por una Sociedad Democrática (en Estados Unidos) |
| SEA: | Asociación del Sureste Asiático |
| SEAC: | Mando militar del Sureste Asiático |
| SIDA: | Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida |
| UE: | Unión Europea |
| UNDP: | Programa de Desarrollo de la ONU |
| UNEF: | Fuerza de Emergencia de la ONU |
| UNTAC: | Autoridad de la ONU para la Transición en Camboya |
| VIH: | Virus de la Inmunodeficiencia Humana |

# Prólogo

*El siglo XX se inició con una paradójica combinación de esperanza y miedo. La esperanza radicaba en la previsión de que se entraba en una nueva edad dorada y de que los descubrimientos científicos y los avances tecnológicos, como la electricidad, el motor de combustión interna, la aeronáutica, así como los progresos de la ciencia médica, liberarían a la humanidad de todos los sufrimientos —pobreza, enfermedades, hambre, guerra— que la habían afligido desde el comienzo de la historia. El miedo surgía tanto de la aparente desintegración de los valores tradicionales y de las estructuras sociales, religiosas y laicas, que habían mantenido unida a la sociedad frente a los ya mencionados males, como de la perspectiva de que el mundo se enfrentaba, en consecuencia, a un futuro en el cual sólo sobrevivirían los más fuertes e implacables.*

*Hoy llega a su término el siglo con una paradoja similar, pero con una profunda diferencia. Hace cien años, aquellas esperanzas y miedos se limitaban a las sociedades industriales de Occidente. Hoy son globales. El conocimiento científico ha avanzado todavía más de lo que cabía concebir en los albores del siglo, y abre horizontes y oportunidades aún más vastas. La ciencia médica ha incrementado la longevidad y, con ello, la población mundial. Ha habido una revolución en la agricultura que permite cosechas abundantes y que ha transformado la vida de quienes viven de la tierra, que todavía hoy comprenden alrededor de la mitad de los habitantes del planeta. Lo que antaño se tenía como un nivel de vida permitido sólo a los ricos de Occidente se ha convertido en una aspiración al alcance de muchos en todo el mundo. Pero estas*

*transformaciones beneficiosas han tenido su coste. Su extensión global provoca hoy los mismos miedos que surgieron en Europa hace un siglo, y a mayor escala. El sombrío temor a que unos cambios tan acelerados puedan destruir las certidumbres de la vida refleja ahora angustias más hondas. Por ejemplo —un ejemplo entre muchos—, el consumo descontrolado de recursos naturales empieza a hacer perceptibles sus efectos en los recursos limitados del planeta.*

*La primera parte del presente libro se ocupa de las causas y los síntomas subyacentes en este proceso de cambio en todo el mundo, desde los primeros años del siglo. El cambio se reflejó en la demografía y la urbanización, en el aumento del conocimiento científico, en el arte y la cultura, así como en el desarrollo de una economía global. La segunda parte trata de los acontecimientos hasta el final de la segunda guerra mundial cuando, por lo menos para los occidentales, Europa todavía parecía controlar el destino del mundo. La tercera parte se refiere a los años comprendidos entre 1945 y 1990, durante los cuales la andadura de los asuntos mundiales se vio profundamente afectada, aunque de ningún modo únicamente determinada, por el enfrentamiento de las «superpotencias» en la guerra fría. La cuarta parte intenta corregir cualquier visión eurocéntrica de la historia, examinando las cambiantes estructuras y los principales acontecimientos de Asia, el Próximo Oriente, África y América Latina. Como la mayoría de los capítulos de las partes tercera y cuarta llegan a su término a comienzos de los años noventa, la quinta parte incluye un resumen del último decenio del siglo, junto con una reflexión final sobre el legado del siglo XX a su sucesor.*

*Uno de los temas principales que aparecen en el presente libro hace referencia a la importancia constante del nacionalismo. Como se indica en el capítulo 1, el comienzo del siglo XX vio la apoteosis de la nación-Estado. Las lealtades nacionales suavizaron el impacto de tan rápido cambio, al atar los grupos sociales que miraban con nostalgia hacia el pasado a los que miraban hacia un futuro que su nación y sus valores dominarían. Estos sentimientos se hallan en la raíz de dos terribles guerras mundiales. Hoy es creencia general, cuando menos en las sociedades occidentales, que este nacionalismo extremado puede haber perdido fuerza. Muchos creen, incluso, que la propia nación-Estado es obsoleta, pero las pasiones provocadas por los partidos de fútbol y las olimpiadas nos*

*ofrecen una útil corrección a este punto de vista. (En una Historia editada por la Universidad de Oxford resulta acaso adecuado recordar el renacimiento del patrioterismo británico durante la guerra de las Malvinas de 1982.) En otros lugares, el principio de la autodeterminación en que se basa el nacionalismo, en lugar de crear una mayor cohesión social, ha conducido a la fragmentación, pues las aspiraciones autonómicas antes reprimidas encuentran expresión en agrios enfrentamientos regionales. Así pues, es probable que sobreviva el nacionalismo, en una u otra forma, en lugares y bajo aspectos insospechados, y que cree nuevas fuentes de conflicto. Las tentativas, en el siglo que termina, de adelantarse a estos conflictos, o limitarlos y resolverlos, que en el mejor de los casos han tenido éxito sólo a medias, se examinan en un capítulo dedicado a las Naciones Unidas y el Derecho internacional, al mismo tiempo que se traza la continuidad de las organizaciones internacionales desde comienzos de siglo.*

*Las tensiones actuales dentro de las sociedades son por lo menos tan poderosas, si no más, como las tensiones entre estas sociedades. Hasta en las más estables existen profundas divisiones en cuanto a su sistema. Los adelantos en la agricultura y en la medicina preventiva, junto con las oportunidades de empleo creadas por nuevas industrias, pueden haber resuelto el problema de la pobreza en masa tal como existía a comienzos de siglo, pero el hacinamiento humano en las urbes y hasta en las zonas rurales ha provocado una gran inestabilidad, tanto política como social, especialmente en Asia, África y América Latina. En Europa, las tensiones sociales y económicas se ven a menudo exacerbadas por la creciente inmigración desde sociedades menos afortunadas, inmigración que los medios de transporte en masa facilitan en la actualidad. La existencia de un solo mercado global todavía dificulta más colmar la sima entre las comunidades urbanas y rurales y entre los inmigrantes y los habitantes de los países «anfitriones». Además, esto significa que a todos los Estados, ricos o pobres, les resulta hoy más difícil proteger sus propias economías, y un agravamiento de los insoportables problemas del pasado. Cuando una economía tropieza, sigue correspondiendo al Estado ocuparse, en última instancia, de las consecuencias sociales y políticas del tropiezo. Para los Estados pobres estas consecuencias pueden ser sumamente graves.*

*Entramos, por lo tanto, en el siglo XXI como entramos en el siglo XX, con la pregunta hasta ahora sin respuesta: ¿nos permitirán los avances tecnológicos realizados en los últimos cien años resolver los problemas que en gran medida estos mismos avances han creado?*

*En el presente libro debemos tener en cuenta el problema de lo que podríamos llamar la periodización. Los historiadores han comenzado a hablar de un siglo XX corto, que abarcaría desde 1914 a 1989. Es cierto que este período tiene más coherencia que la arbitraria división de 1900 a 2000. La era que vio la mayor parte del mundo dominada por las potencias europeas, muchas de ellas gobernadas todavía por una aristocracia terrateniente propia del* ancien régime, *llegó a su verdadero término con la primera guerra mundial o guerra europea. El patrón surgido de la segunda guerra mundial, con Estados Unidos y la Unión Soviética compitiendo por la hegemonía mundial, se desintegró, todavía más súbitamente, en 1989. Los años posteriores a esta fecha deberían verse, mejor, como un preludio del siglo XXI, en el cual no sólo las naciones, sino también las organizaciones internacionales, especialmente las Naciones Unidas, han tratado de definir una era de posguerra fría.*

*De hecho, estas tajantes divisiones historiográficas nunca resultan plenamente satisfactorias. El* ancien régime *no terminó bruscamente con la primera guerra mundial. Aunque la aparición de Japón como nación moderna desafió la hegemonía occidental, en los cuatro primeros decenios del siglo el orden internacional siguió dominado por las potencias europeas. Dentro de Europa misma, el equilibrio de fuerzas, tanto interior como internacional, cambió ciertamente de modo drástico, pero el resultado de las guerras europeas seguía determinando la marcha del mundo, como lo había hecho desde el siglo XVIII. Estados Unidos surgía como la potencia económica más fuerte del mundo, pero el aislamiento impuesto por el Senado norteamericano después de la primera guerra mundial limitaba de múltiples formas su influencia directa en el hemisferio occidental y en el Pacífico. Este aislamiento sólo terminó, realmente, cuando los japoneses atacaron la flota norteamericana en Pearl Harbor, en diciembre de 1941. La guerra europea, que había estallado en 1939, se convirtió súbitamente en global. Sólo en-*

*tonces se desmoronó finalmente el dominio europeo y se puso fin, casi de la noche a la mañana, al viejo orden mundial.*

*La segunda guerra mundial fue, así, el acontecimiento esencial del siglo y como tal lo trata el presente libro. Las naciones europeas ya no tenían la capacidad, aunque conservaran la voluntad, de mantener sus imperios, y los movimientos nacionalistas que la guerra estimuló destruyeron el grado de legitimidad que aún albergaban. El colapso de los imperios coloniales dejó a dos «superpotencias» ideológicamente hostiles y militarmente victoriosas compitiendo por el dominio del mundo. Por una parte, la fuerza económica y el alcance mundial de Estados Unidos indujo a pensar, especialmente a los norteamericanos, que el siglo XX sería «el siglo americano». Por otra parte, el colapso del centro histórico del capitalismo en Europa, así como el sorprendente éxito militar de las fuerzas armadas soviéticas en la segunda guerra mundial presentaban como plausible que la ideología marxista-leninista pudiera prevalecer y que la desintegración del capitalismo con base en Europa llevara al triunfo del «proletariado mundial». Para las elites que surgían en las antiguas colonias europeas, la Unión Soviética y la visión que personificaba parecía a menudo más atractiva que Estados Unidos, que si bien podía proporcionar todas las herramientas y la experiencia necesarias para el progreso económico, parecía compartir muchas de las actitudes y características de las viejas potencias coloniales. En consecuencia, Estados Unidos se encontró con que la pacífica y benigna hegemonía que había esperado crear en el mundo entero, con valores apoyados en su poder económico y, de ser necesario, militar, se vio desafiada cada vez más por un sistema rival. La capacidad soviética de explotar el nacionalismo local y de mantenerse por delante en el desarrollo del armamento nuclear hacía de la URSS un adversario formidable. Parecía que el mundo se sostenía en un precario equilibrio. Probablemente sólo la existencia de armas nucleares en ambos bandos impidió que el enfrentamiento desembocara en violencia militar.*

*La tercera parte de este libro trata de la era de la guerra fría, que constituyó durante cuarenta años la estructura de la política mundial. Esta estructura, sin embargo, era muy holgada. Durante la segunda mitad del siglo, los pueblos de las distintas partes del mundo desarrollaron sus propias aspiraciones políticas, por mucho que los afectara, para bien o para mal, el impacto constante de Occidente. Fue entonces,*

*a finales de los años ochenta, cuando el fracaso de la Unión Soviética en resolver sus problemas económicos internos no sólo la destruyó como superpotencia sino que desacreditó la ideología comunista como modelo ante el resto del mundo. El fracaso fue en gran parte económico, pero también influyó en él el desarrollo tecnológico. El progreso de la tecnología de las comunicaciones, que proporcionaba información inmediata, tanto visual como verbal, en el mundo entero, contribuyó en gran manera a erosionar el control autoritario sobre el que descansaba el régimen soviético. El colapso de la Unión Soviética llevó a la guerra fría a su fin con una brusquedad casi cataclísmica.*

*En la cuarta parte de este libro tratamos de equilibrar la visión occidental del mundo centrando nuestra atención en las regiones no occidentales, a lo largo del siglo. (Una excepción es el capítulo dedicado a Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica, que se incluyen en esta parte como componentes exteriores a Europa.) Cada una de estas regiones o naciones tiene su historia por derecho propio. Para tomar un ejemplo evidente: señalamos que en China el siglo comenzó con la rebelión de los bóxers contra la intrusión extranjera, continuó con el colapso del régimen tradicional, lo cual condujo a los «señores de la guerra», a la guerra civil, las invasiones y las hambrunas. Luego, el desastroso experimento de la agricultura colectiva y la aterradora «revolución cultural» causaron la muerte de cientos de miles, acaso millones, de chinos, pese a lo cual la población de China subió a más de mil millones en los años ochenta, y hoy la economía china goza de una de las tasas de crecimiento más elevadas del mundo. Sigue en pie la pregunta de si al acercarnos al próximo siglo, en una era de tecnología de las comunicaciones y de internacionalismo empresarial, China podrá seguir desarrollándose económicamente sin que haya liberalización o democratización de su sociedad. Comentarios semejantes podrían hacerse, con diferentes enfoques, acerca de todas las regiones de las que trata esta parte del libro. Nuestro tema, a lo largo del mismo, es el de la transformación global aunque diversa. Cada región tiene su propia historia, distinta de la de Occidente.*

*En la última parte, el capítulo sobre el final del siglo alude a los Cuatro Jinetes del Apocalipsis en cuanto metáfora apropiada para los años noventa, como lo ha sido a lo largo de toda la historia. Toma en*

*consideración que los acontecimientos en el último decenio del siglo se recordarán por haber inclinado la balanza en favor o en contra de los agentes de destrucción simbolizados en los cuatro jinetes. ¿Ha sido, en su conjunto, un buen siglo o quedará en la memoria como uno de los más mortíferos de la historia humana? Esta misma pregunta y otras se plantean en el capítulo que pone final al libro, en donde se alude también a las posibilidades para el futuro.*

MICHAEL HOWARD
WILLIAM ROGER LOUIS

PRIMERA PARTE

# La estructura del siglo

# 1. El amanecer del siglo

MICHAEL HOWARD

Los pueblos de Europa occidental y de Norteamérica parecían tener sobrados motivos para saludar el siglo xx como la aurora de una nueva y más feliz era en la historia de la humanidad. La ciencia y la tecnología estaban mejorando ya su nivel de vida más allá de lo imaginable y dominaban el mundo con su comercio, sus finanzas y su poderío militar. La mayor parte del hemisferio occidental, el continente africano, el subcontinente indio y gran parte de Asia, fuera de China, habían sido colonizados directamente por los europeos o penetrados profundamente por la cultura europea, y parecía evidente que las sociedades que todavía conservaban su independencia sólo podrían seguir haciéndolo en el futuro si, como la japonesa, imitaban con éxito el modelo europeo.

Este modelo fue conocido, luego, como «capitalismo liberal». Quienes se beneficiaban de sus ventajas materiales tenían conciencia, primordialmente, de su estructura política: libertad de expresión, libertad de intercambio comercial, libertad de investigación científica, movilidad de la mano de obra y autogobierno democrático como un derecho siempre creciente. Pero en esta ideología liberal subyacía un proceso económico que Karl Marx identificó acertadamente ya medio siglo antes como el más revolucionario que hubiese visto jamás el mundo. Fundamental en este proceso era la acumulación de recursos y su inversión en la industria y en las comunicaciones. Esta inversión había hecho posible el desarrollo de la mecanización, primero con la utilización de la fuerza de vapor y luego cada vez más con la de la electricidad, a una escala que había transforma-

do la sociedad de Europa occidental y que haría lo mismo, durante el nuevo siglo, con la del resto del mundo.

Esta transformación consistía en la transición de comunidades con base agrícola —gobernadas jerárquicamente y en gran medida autosuficientes, cuya estructura social estaba legitimada por una tradición de un milenio y había sido reforzada por las autoridades eclesiásticas que ofrecían una sanción supranatural—, en sociedades urbanas o urbanizadas muy móviles, entrelazadas globalmente, en las cuales la autoridad política estaba legitimada por, cuando menos, la apariencia del consenso popular y cuya vida pública iba secularizándose cada vez más. Entretanto, las creencias religiosas, que hasta entonces habían sido socialmente preceptivas, se convertían en marginales (allí donde lograban sobrevivir) como cuestiones esencialmente privadas. Este proceso, conocido en general como «modernización», parecía, para bien o para mal, ineluctable, pero conforme avanzaba el siglo iba a provocar a través del mundo frecuentes y a veces feroces sacudidas, tanto religiosas como seculares.

En 1900 las fuerzas de la ciencia, la razón y el progreso que se relacionaban con la Ilustración del siglo XVIII parecían haber ganado el combate en Europa. La llegada del ferrocarril y del buque de vapor había destruido la autosuficiencia de las viejas comunidades agrarias. Al relacionarlas con una economía de dimensión continental no sólo obligaron a los campesinos a modernizar sus tradicionales modos de producción, sino que hicieron posible una movilidad de la población que tuvo por resultado una enorme expansión de las ciudades y, al mejorar el transporte transoceánico, la emigración en masa transatlántica, un movimiento que llegó a su punto más alto en los primeros años del siglo XX. La extensión del ferrocarril transcontinental en las Américas y, en menor medida, en Eurasia, aportó un carácter global a esta economía.

Al completarse el ferrocarril transiberiano en 1901, hubo geopolíticos europeos que llegaron a la sombría premonición de un dominio del mundo por un mal definido «corazón» de Asia central, premonición que salió de nuevo a la superficie durante la guerra fría, aunque, incluso al cabo de un siglo, aparece cuando menos como prematura. Pero la apertura por el ferrocarril de las llanuras de Norteamérica y las pampas de Sudamérica hizo que Europa pudiera dis-

poner de cereales y de carne en cantidades y a precios que permitieron alimentar las grandes ciudades en crecimiento y puso a prueba la capacidad de los cerealistas europeos de competir, a menudo hasta su destrucción.

Así, a comienzos de siglo la perspectiva parecía lóbrega para los productores agrarios europeos. Reclamaban la imposición de elevados derechos aduaneros, lo cual creaba fricciones en todas partes con los intereses de los habitantes de las ciudades, que necesitaban alimentos baratos. En todo caso, el nivel de vida de la nueva población urbana europea y norteamericana mejoraba rápidamente. Los avances médicos y el saneamiento urbano permitieron el control de enfermedades y aumentaron la longevidad. Con el crecimiento del gobierno representativo y la extensión del sufragio, que en 1900 iba camino de llegar a ser universal, hasta los elementos de las viejas clases gobernantes veían cada vez más en las masas urbanas no una temible amenaza revolucionaria sino una masa de electores a los que debían ganarse. El desarrollo de la electricidad en el decenio de 1880-1890 mejoró, acaso más que cualquier otra cosa, el nivel de vida urbano, aunque transcurrirían décadas antes de que sus beneficios llegaran a las zonas rurales. En general, parecía haber motivos sobrados para suponer, en los albores del nuevo siglo, que estas mejoras irían incrementándose indefinidamente.

Los descubrimientos científicos más revolucionarios fueron los más lentos en producir efectos. El descubrimiento del electrón por J. J. Thomson en 1897 y el del radio por los Curie un año después, la formulación por Max Planck de la teoría de los cuantos en 1900 y por Albert Einstein de la teoría de la relatividad cinco años más tarde, transformaron la comprensión y el control del universo por el hombre, pero habría de transcurrir medio siglo antes de que se aplicara esta comprensión a través de la electrónica y de la física nuclear, con un impacto importante en la sociedad entera. De más inmediata importancia para el «hombre de la calle» (frase hecha que indica por sí misma la urbanización de la sociedad) fueron los avances en las comunicaciones. Antes de que comenzara el siglo, el cine mostró ya su potencial como espectáculo de masas, lo mismo que el gramófono para el deleite privado. Guglielmo Marconi había transmitido mensajes sin cable a través del canal de la Mancha en 1899, que dos años

más tarde atravesarían el Atlántico. En el campo de los transportes, los motores de combustión interna proporcionaban automóviles a los ricos y antes de diez años Henry Ford iba a ponerlos más al alcance de muchas más personas, en tanto que la bicicleta había extendido la movilidad a todos, excepto a los muy pobres.

El motor de combustión interna hizo posible algo mucho más importante: que los hermanos Wright llevaran a cabo el primer vuelo con motor en Kittyhawk, Ohio, en 1903, y que Louis Blériot atravesara volando el canal de la Mancha en 1909. El papel central desempeñado por el caballo durante un milenio como principal medio de transporte y de arrastre de la humanidad desaparecía rápidamente y con él se desvanecía un universo social entero. En todas partes los establos dejaban su lugar a los garajes. En consecuencia, se añadió una nueva dimensión a la economía mundial en expansión y las sociedades industriales pasaron a depender de los abastecimientos de petróleo, que pocas de ellas podían producir en las crecientes cantidades en que iba a necesitarse.

Estos cambios se reflejaron en el desarrollo de la alta cultura europea. El término «moderno» se había usado antes para distinguir el período posterior a la Ilustración del anterior a ella, cuando se buscaba la autoridad en los clásicos. Ahora llegó a significar una ruptura aún más total con el pasado, el rechazo de una tradición cultural que arrancaba del Renacimiento e incluso de antes. En música, las obras de Webern, Schönberg y Stravinski; en pintura, las de Mondrian y Picasso; en arquitectura y decoración, la labor pionera de la Bauhaus en Europa y de Frank Lloyd Wright en Estados Unidos; en literatura, los experimentos con nuevas formas realizados por Ezra Pound y James Joyce; en cultura general, la conmoción deliberadamente provocada por Marinetti y los futuristas italianos, seguida en otras partes por el vorticismo, el dadaísmo y el surrealismo; todo ello indicaba un rechazo despectivo del pasado y una búsqueda de modos de expresión adecuados para una era de ciencia y secularismo. Para unos, esto significaba esperanza y liberación; para otros era anatema y para la mayoría de los observadores legos evocaba un desconcierto y una incomprensión que sobrevivirían a los artistas que los provocaron.

Estos avances en ciencia y tecnología posibilitaron el dominio mundial europeo y crearon, a ambos lados del Atlántico, una convicción casi indiscutible en la superioridad cultural y hasta racial de las razas «blancas» respecto al resto de la humanidad. Esta creencia solía combinarse con un sentido del deber de llevar las «bendiciones» de la «civilización» a los pueblos «atrasados», deber combinado con uno mucho más antiguo, el de extender el Evangelio cristiano entre los paganos. El impacto, para bien o para mal, de esta civilización en el mundo no europeo se examina en otra parte del presente libro. En 1909 hubiese sido casi imposible oír una voz en Europa o en Estados Unidos que sugiriera que no era beneficioso. La única diferencia estaba entre los que creían que las razas más «atrasadas» podían elevarse, con el tiempo, al nivel de las más «avanzadas», y los que estaban convencidos de que el «atraso» era genéticamente permanente, que no podía erradicarse, lo que dejaba a las razas blancas la responsabilidad de gobernar perpetuamente a sus inferiores.

El impacto de estas actitudes en los pueblos no occidentales fue muy variado. En China, el siglo comenzó con la rebelión de los bóxers, un alzamiento étnico contra la penetración de la cultura occidental que provocó, para aplastarla, uno de los pocos intentos occidentales de cooperación. En otros lugares las élites indígenas buscaron su seguridad colaborando con sus conquistadores, como ocurrió en India, o bien injertando tecnología occidental en su propia cultura, cosa que los japoneses hicieron con tanto éxito que después de su victoria en la guerra ruso-japonesa de 1904-1905, se expresaron dudas acerca de si el nuevo siglo sería el del hombre blanco. Pero incluso allí donde parecía más triunfante el imperialismo occidental, las culturas indígenas permanecieron en gran medida intactas, sin mayores concesiones al conquistador que las estrictamente indispensables, hasta que, al avanzar el siglo, la penetración de las comunicaciones, el comercio y la tecnología occidentales minó los estilos de vida tradicionales, de modo tan irresistible como lo hizo antes con los estilos de vida de los propios europeos.

Sin embargo, en Europa ya era algo anticuada esta creencia en la pacífica inexorabilidad del progreso. La inexorabilidad se daba en general por descontada, pero no así su carácter pacífico. En cambio, había una creencia cada vez mayor en que el progreso tomaría la forma de conflicto, creencia que tenía sus raíces en el pensamiento de dos gigantes de mediados del siglo XIX, Karl Marx y Charles Darwin.

Para Marx y sus seguidores, el conflicto sería entre clases sociales y tendría por resultado una revolución del proletariado industrial, que derribaría el sistema capitalista y llevaría a una sociedad sin clases en la cual se eliminarían todas las contradicciones y en la que la humanidad se realizaría plenamente. Era un credo que atraía no sólo a los dirigentes de los obreros industriales, cuyos salarios se habían mantenido casi a nivel de subsistencia por la competencia de sus patronos, sino también de intelectuales que ya no podían buscar explicaciones del mundo en la religión tradicional, y que confiaban en la perspectiva de un paraíso terrenal prometido, no por la revelación divina, sino por el acertado análisis de la dinámica social.

Hacia finales del siglo XIX, como hemos visto, habían perdido mucha fuerza estas previsiones de una revolución violenta, al ir mejorando las condiciones materiales de vida de las clases obreras y al extenderse el sufragio, con lo que los dirigentes del movimiento obrero fueron asimilados por el sistema parlamentario. Pero la lucha de clases no era menos intensa por el hecho de que se librara con votos, propaganda y, sobre todo, huelgas. En Rusia, la más atrasada de las economías «capitalistas», esta agitación dio como resultado una represión cada vez más violenta: la revolución —o su amenaza— seguía en el orden del día para el grueso de los dirigentes marxistas, especialmente los que vivían exiliados en Occidente. El fantasma del comunismo quizá no recorrió Europa, como Marx predijo antes de 1848, pero no había sido todavía exorcizado.

La obra de Charles Darwin fue tan influyente como la de Marx, o más. El concepto darwiniano de que las especies sobreviven adaptándose a los cambios de su medio ambiente y que sólo sobreviven los más capaces de adaptarse, había conducido, a finales del siglo, a una creencia muy extendida a ambos lados del Atlántico de que esto

se aplicaba a los organismos sociales tanto como al mundo de la naturaleza. Este darwinismo social era un credo que encajaba muy bien en la atmósfera de creciente competitividad económica, a medida que Alemania y Estados Unidos superaban a Gran Bretaña con su tecnología más avanzada. Encajaba también en una era de rivalidades imperiales, imprimía cierta fuerza a la lucha dialéctica de la guerra de clases y reforzaba algunos de los profundos miedos que sentían aquellos cuyas ideas seguían arraigadas en valores derivados de la sociedad agraria, miedos sobre todo a las consecuencias a largo plazo de la urbanización.

El miedo fundamental era el de la decadencia. Si ya no se consideraban las ciudades como el hervidero de la revolución, se las temía aún más no sólo como focos de degeneración y anomia, en los cuales se perdería la estructura social que proporcionaba significado y propósito a las personas, sino también como el lugar donde sus habitantes no se verían obligados a afrontar los desafíos y penalidades que habían moldeado, en el medio rural, a sus antepasados, y por ello se deteriorarían tanto física como moralmente. El miedo a la superpoblación, que acarrearía el dominio de los «incapaces» físicos y morales, se convertía en una pesadilla para algunos dirigentes políticos, especialmente en las sociedades europeas más urbanizadas, como las de Gran Bretaña y Alemania. Los británicos creían tener una solución a mano con las tierras de colonización, por lo que se alentaba la emigración a Canadá, Sudáfrica y los antípodas. De Alemania y hasta de Italia había una constante hemorragia hacia Estados Unidos. Pero los italianos albergaban su propio sueño de colonización en la otra orilla del Mediterráneo, que les proporcionaría, además, la categoría de gran potencia. En cuanto a los alemanes, se perfilaba ya en algunas mentes fanáticas la visión de una Gran Alemania que colonizara las tierras poco pobladas de Rusia occidental, visión que iba a cristalizar de modo tan horrible a mediados del nuevo siglo.

Detrás de esos miedos, potenciándolos, había una división social todavía más profunda: la que existía entre quienes acogían con agrado el amanecer de una nueva era, aunque trajera nuevos problemas y conflictos, y quienes temían la destrucción de una sociedad y de los

valores derivados de tradiciones seculares. Los que florecieron en el viejo suelo, los grandes terratenientes (y aún más los terratenientes no tan grandes) y quienes dependían de ellos, eran naturalmente quienes albergaban más temores; seguían siendo social y políticamente poderosos al este del Rin. La resistencia de estas viejas clases dominantes se vio reforzada en todas partes por el enorme poder de la Iglesia católica romana, y aunque ésta, bajo el papa León XIII, iba aceptando lentamente y con renuencia la nueva era, habrían de transcurrir decenios antes de que esta adaptación penetrara en las parroquias rurales de Italia, Francia y España. En estos países se libraba desde hacía tiempo una guerra civil cultural entre las fuerzas del progreso y las fuerzas de la tradición; este conflicto llegó a su punto culminante al terminar el siglo, debido a los esfuerzos de los gobiernos para controlar la educación nacional y darle un carácter laico. Era una lucha que ya estaba desgarrando a Francia con motivo del *affaire* Dreyfus. En Italia, la negativa del Vaticano a reconocer la legitimidad del reino laico de Italia determinó que gran parte del país fuese virtualmente ingobernable desde Roma hasta la llegada al poder de Mussolini, en los años veinte. En España, el conflicto acabó estallando, cuatro decenios más tarde, en una sangrienta guerra civil.

No eran sólo los supervivientes del viejo orden los que sentían honda inquietud ante la nueva era. Se les unían, especialmente en Europa central, muchos que hasta entonces se habían beneficiado con el desarrollo económico del siglo anterior, una gran masa de la pequeña burguesía ocupada en actividades de servicio y en la administración gubernamental, así como de pequeños comerciantes que se encontraban atrapados entre las fuerzas del capitalismo internacional, por un lado, y el creciente poder de los obreros organizados por el otro.

Estos grupos, temerosos de perder la posición y los beneficios que habían conseguido en los años felices de la expansión económica, se sentían especialmente inclinados al antisemitismo, igual que los terratenientes, grandes y pequeños, en el campo. Para los elementos pobres, en las ciudades y en los pueblos, los judíos representaban a los prestamistas con quienes se endeudaban; para las clases pudientes, personificaban a las fuerzas del capital internacional que parecía acumular cada vez más poder; para todos, eran un elemento

ajeno y fácilmente identificable, que podía tomarse como chivo expiatorio para toda clase de males sociales. Era una tendencia que la Iglesia católica hizo poco por desalentar. En toda Europa, desde San Petersburgo a París, los demagogos encontraban en los judíos un blanco fácil. En esta atmósfera, Theodore Herzl, creador del sionismo, llegó a la conclusión de que el judaísmo sólo podría sobrevivir si los judíos lograban fundar una nación propia.

La fuerza más poderosa, con mucho, que mantenía unidas las trastornadas sociedades europeas al entrar en el nuevo siglo fue el nacionalismo. En 1900 la nación-Estado había alcanzado su apogeo. Durante un siglo el poder y el alcance de las autoridades estatales se habían vuelto cada vez más intrusivos, pues la mejora de las comunicaciones les permitía aumentar su control de la administración, el bienestar y la educación de sus ciudadanos, así como reclutarlos para sus ejércitos. Este control no habría sido posible si no se hubieran reforzado poderosamente las viejas lealtades y obligaciones personales hacia las dinastías reinantes que habían mantenido unidas las sociedades europeas desde el siglo XVI; este refuerzo procedía de un sentimiento más amplio de pertenecer a una «nación», un país, una *Vaterland*, una *patrie*. Al aumentar el poder del Estado, el sentimiento de nación aumentó, encontró expresión por toda Europa en desfiles y ceremonias militares, en una arquitectura neobarroca monumental, en himnos, banderas y otros símbolos patrióticos. Los historiadores crearon mitos patrióticos y los lexicógrafos fomentaron las lenguas distintivas. La persona del gobernante hereditario se convirtió en un icono casi religioso. El orgullo por la patria creó un sentimiento de dignidad y de propósito comunes, que reconcilió a todos excepto a los más amargados reaccionarios y a los socialistas más dogmáticos. El nacionalismo, en suma, fue uno de los instrumentos más poderosos de movilización social que haya conocido el mundo.

Pero, como la misma modernización, el nacionalismo subvirtió las viejas estructuras de la sociedad. Puede que fuese una fuerza favorable a la cohesión y la estabilidad en Europa occidental, pero en las sociedades menos avanzadas del Este, todavía gobernadas por imperios dinásticos tradicionales, su impacto fue profundamente

perturbador. La administración del naciente nacionalismo en el imperio multinacional de los Habsburgo y en las posesiones europeas del imperio otomano —«el problema del Este»— había ocupado a los estadistas europeos durante el último cuarto de siglo e iba a preocuparles todavía un siglo más tarde. En cuanto a los imperios europeos de ultramar, los británicos habían descubierto en Irlanda y estaban descubriendo en India que era difícil proclamar el ideal del autogobierno nacional en el propio país y negarlo a aquellos a quienes gobernaban al otro lado del mar.

Además, la unidad creada por el sentimiento nacional dentro de los Estados de Europa occidental se pagó con el empeoramiento de las relaciones entre ellos. Las grandes ceremonias nacionales eran explícitas conmemoraciones de pasadas victorias militares y preparaciones implícitas de otras futuras. La perspectiva de otra guerra, librada con las destructivas armas que la tecnología hacía posibles, era terrible, tan terrible que los dirigentes europeos se reunieron en una conferencia en La Haya, en 1899, para ver qué podía hacerse con el fin de mitigarla, si no impedirla. Pero el resultado no fue alentador. Poco hizo para disminuir la creencia, muy extendida, de que, incluso si la guerra era terrible, seguía siendo la prueba definitiva de la aptitud de las naciones para sobrevivir.

Si en 1900 se les hubiese dicho a los pueblos de Europa que catorce años más tarde librarían la mayor guerra de la historia de la humanidad, pocos se habrían sorprendido. A algunos no les hubiese desagradado la idea. Pero sólo una ínfima minoría previó que destruiría para siempre las esperanzas y la confianza con que se inició el siglo.

# 2. La demografía y la urbanización

WILLIAM H. MCNEILL[1]

Un visitante espacial inteligente que observara en su conjunto la Tierra, en 1900, y volviera a hacerlo al cabo de cien años, juzgaría que el cambio más notable del siglo consistía en el aumento del número de seres humanos y de la urbanización, junto con las alteraciones, relacionadas con esos incrementos, de las otras formas de vida en el planeta. La humanidad casi se triplicó, desde alrededor de 1630000000 en 1900 a unos 6000000000 o más previstos para el 2000. Este aumento no tiene paralelo en la historia. Tal vez en la prehistoria, cuando nuestros antepasados empezaron a pasar de la caza y la recogida de plantas comestibles a la producción de alimentos, hace unos diez mil años, pudo haber, durante un tiempo y localmente, tasas comparables de aumento de la población. Pero sus efectos fueron limitados. Los cazadores humanos, como los leones y otros animales de presa, eran relativamente raros en el equilibrio de la naturaleza. La producción de alimentos permitió cifras mucho mayores de personas, pero pronto aparecieron nuevos topes de población al irse alcanzando, en un lugar tras otro, los límites de la agricultura de subsistencia.

Cabe presumir que aparecerán límites al incremento demográfico moderno. De hecho, los demógrafos prevén que el aumento del número de humanos, que ahora alcanza los setenta y nueve millones al año, declinará con el nuevo siglo. De ser así, el año 2000 simbolizará para las generaciones futuras el ápice de una transformación sin igual de la sociedad humana y de la ecología global, transformación cuyas repercusiones afectan profundamente a todos los seres vivos, tanto a los humanos como a los que no lo son.

Es evidente el hecho de que la presencia humana cada vez mayor ha infligido drásticas perturbaciones a otras formas de vida. En todas partes las especies salvajes han retrocedido, mientras que se han multiplicado las cosechas, los animales domésticos y todas las malas hierbas y pestes que coexisten con la especie humana. Además, la deforestación, el arado y otras acciones humanas han acelerado la erosión en muchos puntos del planeta, mientras que el empleo al por mayor de combustible fósil y otros procesos químicos iniciados artificialmente han difundido nuevos tipos de moléculas por el aire y el agua de la Tierra, a una escala tal que se puede alterar el clima. En consecuencia, los ecosistemas de la Tierra evolucionan mucho más rápidamente de lo acostumbrado debido a las tensiones y rupturas de anteriores equilibrios provocadas por la actividad humana.

Los seres humanos son y siempre han sido parte del ecosistema, pero es tema de discusión discernir cómo exactamente se perturbaron los equilibrios de la naturaleza, abriendo paso hacia la moderna multiplicación del número de humanos. El esbozo de lo que sucedió es claro, pues los expertos están de acuerdo en que el aumento sistemático de la población arrancó en Europa y en China hacia 1750, se extendió por casi todo el mundo hacia 1850 y adquirió mayor velocidad después de 1950. Fue entonces cuando la OMS consiguió contener los estragos de las principales infecciones letales que hasta entonces habían diezmado la humanidad. Medidas relativamente sencillas de salud pública como la vacunación, la purificación del agua y el rociado contra los mosquitos redujeron drásticamente la incidencia de enfermedades muy corrientes, como el sarampión, la disentería, el paludismo y muchas otras. Además, los antibióticos recién descubiertos curaron infecciones antes mortales, como la peste bubónica, y una campaña mundial sistemática consiguió erradicar enteramente la viruela. Las tasas de mortalidad descendieron, especialmente entre los niños. Gracias a estas medidas un mayor número de niños consiguió llegar hasta la madurez y engendró sus propios hijos, iniciando así el aumento acelerado de la población en la segunda mitad de nuestro siglo.

Por lo tanto, la extraordinaria historia demográfica del siglo xx parece deberse primordialmente al control de la muerte mediante la aplicación en masa de la medicina preventiva. Antes de 1950, las me-

didas eficaces de salud pública se circunscribían en gran parte a los países ricos, y en su mayoría existían sólo desde los años ochenta del siglo pasado, cuando por primera vez se identificaron sin ambigüedad los gérmenes de las enfermedades y sus vías de infección. Luego, en la segunda parte del siglo xx, la OMS lanzó una campaña contra las infecciones que se extendió también a los países pobres. Contando con el apoyo y la colaboración generales, un número relativamente reducido de funcionarios de salud pública y de médicos, no tardó en demostrar una capacidad sin paralelo para mejorar las condiciones de la vida humana.

Claro está que este triunfo de la ciencia y de la habilidad sólo fue posible aunado a otros factores. En primer lugar, los gobiernos tuvieron que cooperar con los expertos en medicina, y otras instituciones sociales tuvieron que tolerar lo que hacían los funcionarios de salud pública, aun cuando no les prestaran su apoyo activo. Hubo también que contener la violencia y, cosa sorprendente, se hizo. A pesar de las pérdidas de dos guerras mundiales y de otros conflictos letales, que aparecen tan a menudo en las noticias, las muertes violentas no consiguieron inhibir el aumento de la población.

Se necesitaban, asimismo, más alimentos para impedir que pasara hambre la creciente población. En algunas zonas, la principal respuesta consistió en desbrozar tierra y en trabajar mejor los campos. Sin embargo, el empleo de semillas nuevas que producían mayores cosechas y la aplicación de grandes cantidades de fertilizantes artificiales —la llamada revolución verde— fue lo que permitió que el abastecimiento de alimentos se mantuviera al nivel del aumento de la población y hasta lo superara. La repartición equitativa de los alimentos sigue siendo un problema, y hambrunas esporádicas, especialmente en algunas partes de África, exigieron medidas de emergencia para distribuir alimentos a poblaciones hambrientas, pese a su incapacidad para pagarlos. Este tipo de respuesta internacional pública a los sufrimientos humanos parte de un hecho elemental: el abastecimiento mundial de alimentos sigue siendo suficiente (y más que suficiente) para alimentar a la población mundial.

Comparados con los anteriores esfuerzos humanos para eludir los estragos de enfermedades y del hambre, son realmente notables los triunfos de las ciencias médica y agronómica en el siglo xx para

reducir las infecciones y aumentar la producción de alimentos. Sin embargo, la ciencia moderna no permite a los seres humanos eludir enteramente las trabas derivadas del lugar que ocupan en el ecosistema terrestre. Todavía actúan factores que escapan al control de la administración pública, y es seguro que éstos afectarán a la vida, la riqueza y la comodidad de la vida humana en el futuro. Lo harán de maneras casi imprevistas todavía y serán individual y permanentemente indomables.

Por paradójico que pueda parecer, uno de estos factores es el control de la natalidad. La reciente invención de métodos baratos y eficaces para impedir los nacimientos permite a las personas decidir cuántos hijos quieren tener, y cada vez es mayor el número de personas, en partes más extensas de la Tierra, que actúa en consecuencia. Pero a largo plazo, los efectos estadísticos de estas decisiones distan de ser claros. Los demógrafos suelen hablar de una «transición demográfica» y a menudo consideran que el control de la natalidad, viniendo después del control de la mortalidad, acabará estabilizando el número de seres humanos en algún nivel más alto. Pero la estabilidad parece improbable. En los imperfectos registros del pasado no puede descubrirse un momento de aumento cero de la población. Cabe presumir que figuró como una evanescente transición entre el aumento y el descenso, más que como una situación estable, puesto que la historia de la población —para los humanos como para las demás formas de vida— es una historia de irregulares ascensos y descensos.

Además, distintos segmentos de la humanidad se comportan de modo diferente, por efecto de los ideales religiosos y culturales y de los distintos entornos económicos y sociales. En el siglo xx, por ejemplo, poblaciones tan distintas como los civilizados franceses y los cazadores de la jungla amazónica han descendido en número, mientras que la población mundial en su conjunto ha seguido aumentando. Los intentos públicos de convencer a los posibles padres de aumentar o disminuir el número de hijos no ha conducido a la estabilidad de la población. En China, por ejemplo, donde en años recientes se ha impuesto con energía la prohibición de tener más de un hijo por

pareja, al menos en algunas partes del país, se advierte que el resultado no es la estabilidad sino un desequilibro extremo entre los sexos y entre las edades.

De igual modo, cuando la ley no invade las decisiones privadas, la introducción del control de la natalidad parece producir agudas fluctuaciones demográficas, similares a la que afectó al Canadá francés después de la segunda guerra mundial. Las tasas de natalidad de los francocanadienses superaban desde hacía tiempo a las de los otros canadienses, pero cuando el trabajo urbano de tiempos de guerra suplantó el estilo de vida rural del *habitant*, el súbito empleo del control de la natalidad por los jóvenes francocanadienses redujo tan drásticamente su tasa de natalidad que descendió por debajo de la de los otros canadienses y también por debajo del nivel de sustitución. Así, por lo menos a corto plazo, el recurso al control de la natalidad puede conducir al descenso de la población. Ya lo ha hecho entre los alemanes y los húngaros, y si continúa la tendencia actual, otras naciones ricas y urbanizadas pronto empezarán a presentar cifras en descenso.

Los cambios generacionales de comportamiento provocan también alteraciones demográficas imprevistas. Por ejemplo, el *baby boom* (fuerte aumento de nacimientos) registrado durante y después de la segunda guerra mundial se alejó de las proyecciones de anteguerra de un modo que nadie había anticipado; en cambio, el marcado descenso de nacimientos que en los años sesenta se manifestó en los países ricos y urbanizados coincidió con las máximas tasas de crecimiento en África, Asia y América Latina. Hasta ahora, por lo menos, parece que la inestabilidad es inherente a situaciones en las cuales los deseos privados, personales, han empezado a ejercer una influencia sin paralelo sobre la tasa de nacimientos.

Los cambios en los roles de hombre y mujer y, en particular, la nueva definición de la posición de la mujer, derivada de su trabajo asalariado, son también factores que afectaron la demografía en muchos lugares del mundo. En general, a medida que las mujeres iban ganando una mayor independencia económica y saliendo del hogar a trabajar por un salario, tenían menos tiempo y energía para cuidar de hijos de corta edad. Frecuentemente esto tuvo por resultado el aplazamiento del matrimonio y un menor número de hijos. Pero no

está claro que las respuestas fuesen iguales en todas partes. En las relaciones familiares y entre hombres y mujeres influyen la diversidad de herencias culturales y de circunstancias locales —tanto si las mujeres trabajan fuera del hogar como si no— y es seguro que estos factores seguirán ejerciendo sus efectos. La diversidad cultural, pues, constituye otra variable que afecta al aumento o descenso de la población.

Otra fuente de inestabilidad demográfica se deriva del hecho de que otros organismos —en particular gérmenes infecciosos— han empezado a adaptarse a las nuevas condiciones creadas por la medicina profiláctica. Los poderosos antibióticos representaron una crisis de supervivencia para los gérmenes y otros microorganismos que viven en el cuerpo humano. Unos pocos, como los de la viruela, se extinguieron, pero otros desarrollaron cepas resistentes. Como resultado de esto, y a partir del uso de la penicilina en 1940, la habilidad humana para descubrir nuevos antibióticos continúa sosteniendo una carrera contra la evolución de cepas resistentes de organismos infecciosos. La inventiva humana conserva la iniciativa, pero excepto la viruela, los gérmenes no han sido destruidos. La completa eliminación de infecciones seculares, que a mediados del siglo parecía estar al alcance de la mano, no pudo lograrse; en cambio, algunas enfermedades temibles, como el paludismo y la tuberculosis, han empezado a rebrotar, pese al esfuerzo de los médicos.

Además, nuevas infecciones, la más famosa de las cuales es la del virus causante del Sida, han aprovechado los cambios en la conducta humana para extenderse por todo el mundo. No se conoce la ruta exacta por la cual el virus del Sida escapó de sus viejos límites en su hábitat antes de propagarse a lo largo de las rutas africanas de camiones, y luego por todo el mundo en avión, pero no cabe duda sobre su propagación global en el curso de dos decenios. El transporte aéreo (relacionado, además, con las migraciones de aves, que también ayudan a generar y propagar nuevas formas del virus de la gripe) contribuye a extender por gran parte del mundo variantes de la gripe; obviamente, otras enfermedades tienen acceso a los mismos métodos de dispersión. De hecho, la posibilidad de una epidemia letal mundial es inherente a la yuxtaposición del transporte global rápido con las semanas, meses o años que se necesitan para descubrir,

producir y distribuir las dosis de inmunización capaces de contener una infección completamente nueva.

En general, los progresos en medicina realizados en el siglo xx han acelerado enormemente la evolución orgánica, al alterar drásticamente las condiciones de vida de los organismos infecciosos. De ahí que las victorias sobre las enfermedades, logradas en los años cincuenta y sesenta, vayan perdiendo fuerza. Mientras que el impacto demográfico de las enfermedades infecciosas aumenta de nuevo, no se vislumbra algo parecido a un equilibrio estable entre la habilidad médica y la infección.

Un factor adicional entre los que facilitan el retorno de las infecciones es la dificultad de adoptar medidas de salud pública —incluso las más simples, como la inoculación—, en los países más pobres, agobiados por el desasosiego político y perturbados por migraciones en masa. Las ciudades en rápido crecimiento del Tercer Mundo suelen carecer de sistemas de alcantarillado y de purificación de agua, situación que conlleva la multiplicación incontrolada de las ratas y otros animales nocivos. Recientes epidemias de cólera en América del Sur y de peste bubónica en India ilustran cómo una administración sanitaria deficiente permite que las antiguas enfermedades recuperen de nuevo su letal efecto, por muy breve y esporádico que éste sea.

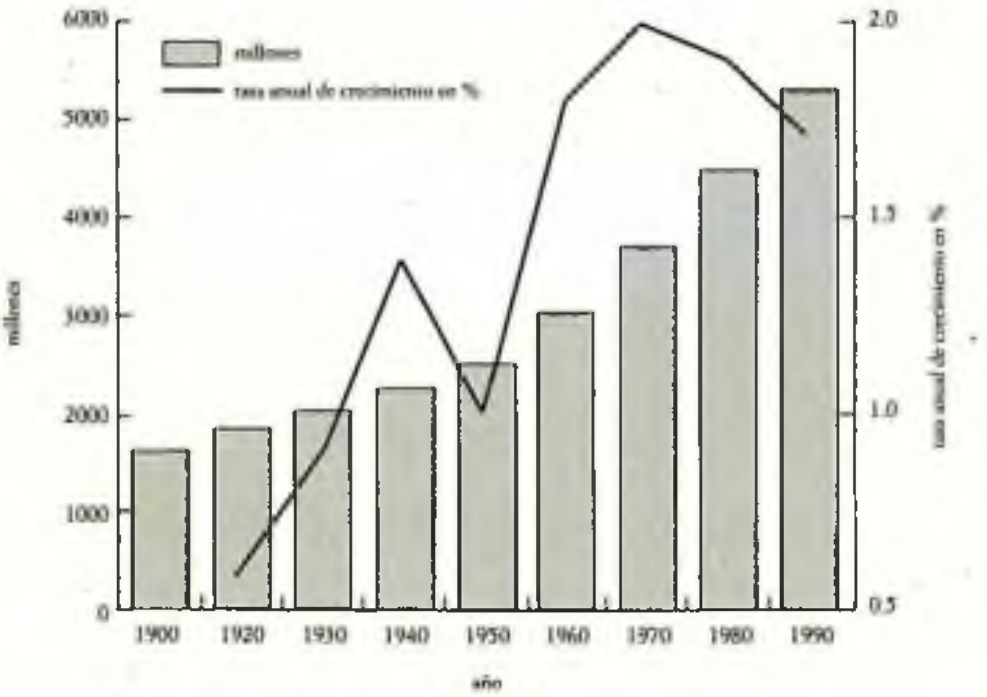
Si a este catálogo de inestabilidades que actualmente afectan a la población humana se agrega la posibilidad de cambios climáticos globales y de otras consecuencias intencionales de la contaminación de los océanos y de la atmósfera, parece claro que el aumento de la población que se inició hacia 1750 y alcanzó su apogeo en la segunda mitad del siglo xx ha empezado a generar poderosas fuerzas contrarias que hacen enteramente improbable su indefinida persistencia. De ser así, la expansión biológica de nuestra especie que ha tenido lugar entre 1900 y 2000 será única y verdaderamente excepcional en la historia humana.

Resulta evidente que el aumento de la población constituye una circunstancia fundamental de la historia del siglo xx. El carácter extraordinario del régimen demográfico vigente afectó en todas partes el carácter de la vida pública y privada, aunque a menudo de modo

indirecto y siempre en combinación con otras circunstancias e iniciativas. Sin embargo, los habitantes de las ciudades dan en general por descontado el aumento de la población, hasta el punto de pasar por alto su papel en el desarrollo de los acontecimientos.

Esto no era así para la mayoría de la humanidad, que en 1900 vivía en aldeas y dependía de los campos que las rodeaban para producir la mayor parte de lo que consumía. En dichas comunidades era siempre evidente el efecto del aumento de la población. Cada vez que en una familia más de dos hijos llegaban a la mayoría de edad, era imposible para los más jóvenes suceder a sus padres en los campos y seguir con la rutina cotidiana. Si había tierra sin cultivar disponible, los modos de vida tradicionales necesitaban un ajuste mínimo; abrir al cultivo nuevos campos era arduo y las cosechas solían ser inferiores, pero trabajando con empeño la vida podía continuar casi como antes.

Cuando no había tierra baldía disponible, sin embargo, el aumento de hijos enfrentaba a las familias rurales a inevitables y peno-



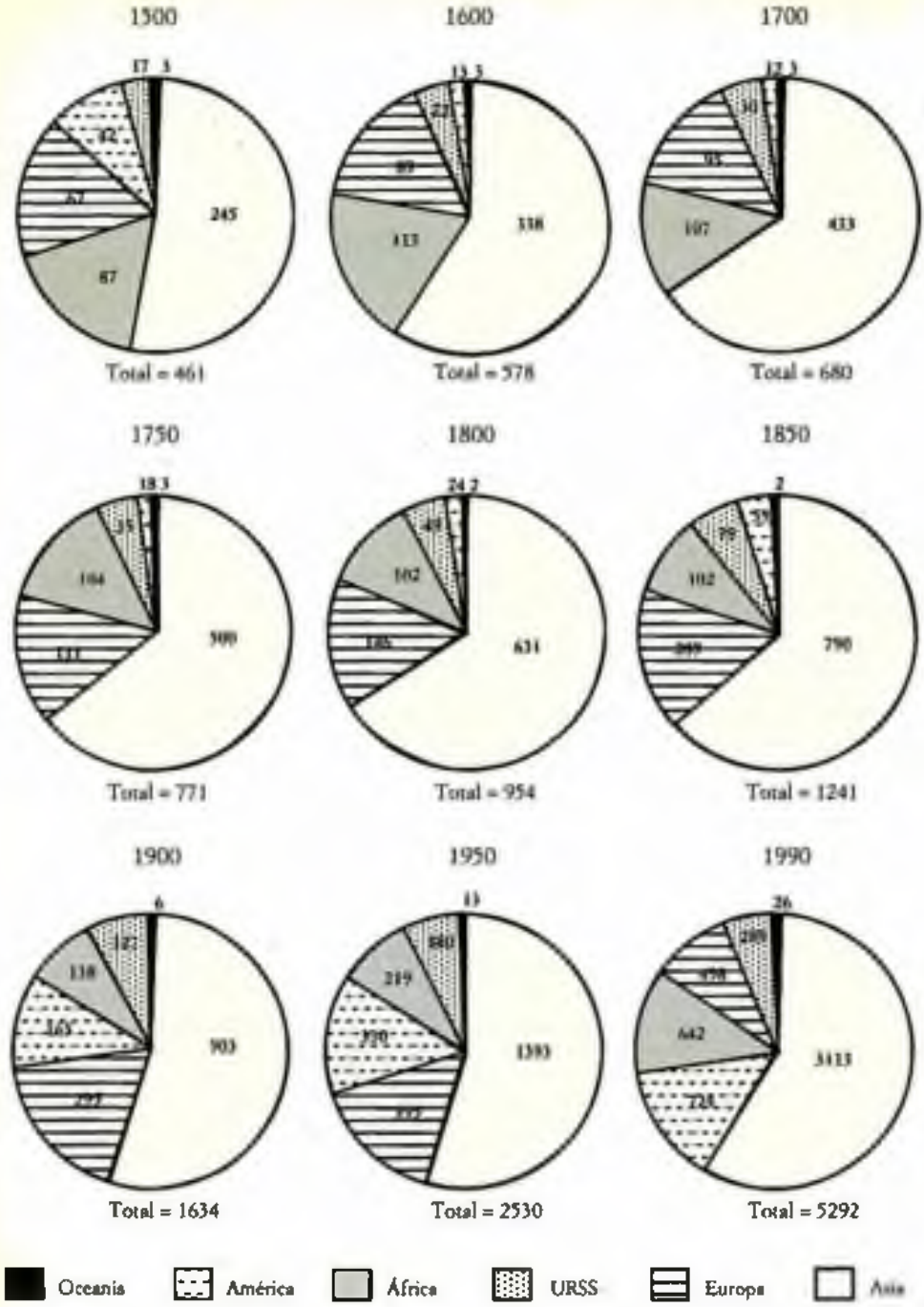

1. Totales estimados de la población mundial, 1900-1990
Fuente: Massimo Livo-Bacci: *A Concise History of World Population* (Oxford, 1992) p. 147.

sas decisiones. Dividir la propiedad familiar entre varios hijos sólo era factible cuando nuevos métodos de cultivo incrementaban el rendimiento lo suficiente para sostener con un nivel aceptable de bienestar a más personas que antes. Más a menudo, la emigración se convertía en la única solución práctica para evitar caer en la miseria.

Para cuantos no podían permanecer en el hogar familiar, encontrar un lugar donde hacer fortuna se convirtió, pues, en una cuestión primordial. Los jóvenes, forzados a vagar en busca de nuevas maneras de ganarse la vida, perdían con frecuencia el contacto con quienes se habían quedado en casa; pero tarde o temprano algunos conseguían establecerse más o menos satisfactoriamente en una ciudad (o, cosa más rara, descubrían algún lugar donde había tierra disponible), e informaban de ello a sus familiares. Entonces, otros los seguían, ayudados a menudo por quienes se habían instalado en el nuevo lugar. Esta migración en cadena creaba a veces relaciones extrañas e imprevisibles entre lugares muy distantes y, si las condiciones de vida en el nuevo entorno eran favorables, casi todo el pueblo emigraba. Por ejemplo, conozco una remota aldea en las montañas de Grecia que en los años veinte estableció comunidades filiales en Toronto, Canadá, y en Sidney, Australia, en cada una de las cuales, en 1976, había un número de habitantes mucho mayor que el puñado que quedaba en la aldea griega.

Marcharse a ciudades y pueblos más cercanos era, desde luego, más fácil y más habitual, pues generalmente esto no exigía que los emigrantes aprendieran una nueva lengua o se adaptaran a una sociedad radicalmente distinta. Pero las ventajas de esta emigración a lugares cercanos eran menores y por ello casi nunca se despoblaban las comunidades de las que partía, pues las condiciones de vida eran igualmente duras en los fácilmente accesibles tugurios urbanos o en los atestados pueblos que rodeaban las ciudades.

La migración sistemática de la aldea a la ciudad no era nada nuevo. De hecho, desde siempre las ciudades han necesitado inmigrantes del campo que las rodea para mantener el nivel de su población frente a los estragos que causaban las enfermedades, intensificados por el hacinamiento urbano. Sin embargo, en el siglo xx se alteró este patrón secular. Las medidas de salud pública contuvieron los efectos mortales de las infecciones urbanas, de manera que las ciudades ya no necesitaron inmigrantes para cubrir los puestos de trabajo existentes.




2. Población estimada por continentes y regiones, 1500-1990 (en millones)
Fuente: Massimo Livo-Bacci: *A Concise History of World Population* (Oxford, 1992) p. 31, basado en J. N. Biraben: «Essai sur l'évolution des nombres des hommes», *Population*, 31 (1979), p. 16.

Pero este descenso de oportunidades fue contrarrestado por una asombrosa proliferación de ocupaciones urbanas, derivadas de la intensificación del comercio mundial, del aumento de la producción industrial y de la enorme expansión de la burocracia administrativa, tanto privada como pública. Estas dimensiones del crecimiento urbano moderno dependían, a su vez, de un transporte más barato y de mayor capacidad, gracias al cual un mayor número de personas se reunían en las ciudades, donde consumían alimentos producidos en lugares distantes, entregados a los consumidores urbanos como parte de un intercambio de bienes y servicios cada vez más complejo y que cubría todo el globo.

Hasta el siglo xx, la inmensa mayoría de los seres humanos que vivía en el campo se dedicaba a producir alimentos. Muchos de ellos empleaban herramientas manuales que no habían cambiado apenas en centenares de años. En 1900, Gran Bretaña era el único país del mundo donde menos de la mitad de la población trabajaba en la agricultura. Pero con el pasar de los decenios, aumentó el número de individuos que abandonó la agricultura y aprendió a vivir en las ciudades, de modo que al acercarse el año 2000 es probable que más de la mitad de la población del planeta se haya urbanizado, con todos los cambios radicales en la experiencia cotidiana que esto entraña.

La certidumbre es imposible, porque las estadísticas no son exactas y sigue siendo arbitraria la definición de cuán numerosa ha de ser la población (y de dónde deben estar sus límites) para que a una ciudad se la considere como tal. Pero clasificar los lugares donde vive la gente tiene menos importancia que los cambios determinados por la rápida incorporación de las poblaciones rurales a las redes económicas y de información administradas desde las ciudades. Estos cambios no dependieron de la migración a la ciudad, pues a medida que el hábito de comprar y vender caló en las comunidades rurales, las ocupaciones y los puntos de vista de tipo urbano se filtraron en el medio rural y redujeron la distancia secular entre productores y consumidores de alimentos. Decayó la agricultura de subsistencia que había definido desde el neolítico el modo de vida de nuestros antepasados. En su lugar, la producción especializada transformó la agricultura de casi todo el planeta. La producción de alimentos, además, se mecanizó en gran medida, aunque no por completo. A partir de 1901, cuando se intro-

dujo en Iowa, Estados Unidos, el primer tractor que tuvo éxito comercial, los tractores movidos mecánicamente comenzaron a arrastrar toda clase de maquinaria agrícola por campos antes trabajados por músculos animales y humanos. El trabajo humano en los arrozales siguió prevaleciendo en las zonas densamente pobladas de Asia, pero incluso allí nuevas semillas, fertilizantes y maquinaria pequeña movida con gasolina transformaron los métodos tradicionales de cultivo.

Sólo vendiendo toda o parte de su cosecha los productores rurales podían adquirir la maquinaria, los fertilizantes y las semillas que se necesitaban para este tipo de cultivo. Y sólo gracias a que vendían una proporción creciente de cosechas, cada vez más abundantes, hubo suficientes alimentos para la creciente población urbana del planeta. Partes de África y de América Latina quedaron visiblemente retrasadas en esta comercialización y transformación técnica de la agricultura. Sin embargo, este cambio extraordinario de las rutinas rurales ha hecho que al terminar el siglo xx la vasta mayoría de la población mundial haya comenzado a participar, quieras que no, en redes interactivas globales. El anticuado aislamiento rural ha disminuido, allí donde no ha desaparecido por completo. Así, todas las formas de autonomía local, de aldeas u otras, tanto económicas como culturales, se han visto reducidas.

Este hecho constituye una transformación fundamental en la textura de la experiencia cotidiana de la humanidad. Nuestros antepasados vivían en pequeñas comunidades, donde todos se conocían y donde la definición tradicional de lo que debía hacerse prevalecía en todas las situaciones corrientes. En cambio, el anonimato y la incertidumbre prevalecen en las redes globales, tanto económicas como de información, y esto es especialmente agudo en las ciudades que forman sus núcleos. Las reglas de conducta que se derivan de la experiencia rural cara a cara no se aplican fácil o automáticamente entre desconocidos, especialmente cuando compiten diversos grupos, física y culturalmente, por funciones y posiciones ventajosas. Por tanto, es difícil conseguir estabilidad. Lo contrario u otra cosa sería sorprendente, puesto que la adaptación a la escala moderna de la vida urbana apenas ha comenzado. Además, la posibilidad de catástrofes

es inherente a la radical vulnerabilidad de las redes de intercambio, ya que éstas están expuestas a una prolongada interrupción de los flujos a larga distancia de bienes y servicios que, hasta ahora, han sostenido con tanto éxito a un número creciente de seres humanos.

El atractivo del nuevo estilo de vida era y sigue siendo muy poderoso. Lo que podría llamarse «urbanidad global emergente» extendió abruptamente su alcance con las nuevas formas de comunicación surgidas durante el siglo xx. En especial las emisiones de radio (que comenzaron en los años veinte) y de televisión (que se iniciaron en los años cuarenta), cubrieron pronto casi todo el globo, lo que puso fin a cualquier autonomía cultural local. El momento difirió de un país a otro, pero en la mayor parte del planeta el tradicional aislamiento de las comunidades rurales respecto al bullicio y la excitación urbanos acabó poco después de la segunda guerra mundial. A veces, los gobiernos instalaban receptores de radio en las plazas de los pueblos para difundir la propaganda oficial de la capital. A menudo sólo cuando los taberneros o alguna familia adquirieron radios, y luego aparatos de televisión, el mundo exterior empezó a afectar de manera regular y con fuerza ascendente a la conciencia de la aldea.

En cada caso, el efecto fue extraordinario. Programas de entretenimiento producidos en círculos sofisticados de Hollywood, El Cairo, Bombay y otros centros de la industria cinematográfica lanzaban mensajes deliciosamente devastadores acerca de la comodidad y los deleites de la existencia urbana. La aspereza y el trabajo duro de las rutinas rurales parecían horriblemente desagradables en comparación, incluso cuando los habitantes de las aldeas sabían que la vida en los arrabales como la sufrían realmente quienes habían dejado el pueblo era muy diferente de lo que sugerían las voces de los locutores radiofónicos o la conducta de los actores televisivos. Pero la insatisfacción con cuanto los rodeaba, por sentirse excluidos de los encantos superiores de la vida urbana, hacía que muchos jóvenes no quisieran quedarse en el hogar, incluso cuando podían esperar vivir tan bien o hasta algo mejor de lo que vivieron sus padres.

El efecto de todo esto era profundamente perturbador. La nueva intimidad que la radio y la televisión establecieron entre la gente del campo y los que hablaban desde la ciudad no implicaba armonía, ni siquiera una cómoda coexistencia. Más bien, se hicieron patentes

viejas desigualdades e injusticias, a medida que las gentes del campo se daban cuenta de cuánto diferían sus vidas de las de los habitantes acomodados y privilegiados de las ciudades. Desde el punto de vista rural, el mercado favorecía a menudo y de modo desproporcionado a implacables intermediarios, pese a que estos sujetos solían eludir por completo el honesto trabajo físico. Y como quienes vivían en el campo vendían partes cada vez mayores de sus cosechas a estos intermediarios, que las revendían a precios más elevados, se sentían sistemáticamente estafados. ¿Por qué el mismo producto valía más cuando se vendía a cierta distancia de donde se producía? ¿Por qué no obtenían por sus cosechas lo que otros pagaban eventualmente por ellas?

Los regímenes comunistas, tanto en la URSS como en China, consiguieron gran parte de su apoyo inicial manifestándose en contra de estos agravios rurales. En nombre de la justicia social, ambos gobiernos revolucionarios trataron de suprimir el comercio privado que vivía de aumentar los precios. Pero, una vez en el poder, los funcionarios comunistas explotaron implacablemente el medio rural, imponiendo a la fuerza cuotas de alimentos para su distribución entre los habitantes de las ciudades. En la práctica, tanto rusos como chinos permitieron, a pequeña escala, el mercado privado de alimentos, incluso cuando estaban más de moda los rigores de la ideología revolucionaria. Por su parte, los chinos acaban de suprimir casi todas las restricciones a la compra y la venta, pero siguen vigentes las medidas que favorecen a los habitantes de las ciudades, lo mismo en China que en la Rusia poscomunista. Probablemente hierva bajo la superficie el descontento rural en ambos países, aunque sin alcanzar una expresión pública explícita o importante, cuando menos hasta ahora.

No es de sorprender que los inmigrantes del campo que en todo el mundo vivían de modo precario en arrabales urbanos, se sintieran descontentos con su nueva situación. Ganarse la vida era difícil cuando tantos recién llegados competían por los trabajos que se presentaban. En cuanto a los aspirantes a ser empresarios independientes, el éxito les exigía capacidades y actitudes morales de las que carecía la mayoría de los recién llegados. El anonimato urbano y la actividad especializada tendían a minar las normas y las obligaciones morales heredadas del pasado rural, sin que aparecieran sustitutos

claros o fácilmente definibles. La brutal amoralidad por una parte, y la desesperada soledad por la otra, eran míseros sustitutos de la bien articulada comunidad rural de antaño.

Se empezaron a formar diversos grupos; primero y sobre todo, sectas religiosas, pero también bandas callejeras, movimientos políticos, clubes sociales y reuniones informales de barrio en tabernas y parques. Puede acaso esperarse que con el tiempo se formen nuevos grupos primarios y se definan códigos de comportamiento más satisfactorios para conseguir que los seres humanos encajen en redes globales más firme y cómodamente de lo que se ha logrado hasta ahora. Pero la transición inicial es difícil y penosa, y el resentimiento que acarrea provoca inestabilidad política, especialmente en Asia, África y Latinoamérica, donde el exceso de población rural, la migración a las ciudades y la incorporación a las redes globales de intercambio son hechos más recientes, masivos y bruscos.

A los antiguos residentes de las ciudades no les resultó fácil aceptar a las nuevas masas de recién llegados. Esto se hizo especialmente evidente en las ciudades europeas y norteamericanas en la segunda mitad del siglo, cuando inmigrantes de culturas ajenas y de aspecto físico característico empezaron a llegar en un número sin precedente. La política oficial respecto a ellos fue muy diversa. Alemania y Japón, en especial, tomaron caminos distintos a los de otros países ricos.

La peculiar política alemana se inició como respuesta al muro de Berlín, erigido en 1961, que interrumpió el flujo de alemanes del Este que habían ayudado a mantener la notable expansión de la economía de Alemania Occidental. La República Federal Alemana decidió, pues, invitar a «trabajadores huéspedes» de los Balcanes y de la Europa meridional para llenar este vacío. Con el fin de evitar la explotación, sin rebajar, por tanto, el nivel de salarios de los alemanes, se negociaron las escalas de salarios y las condiciones de trabajo con los gobiernos de los países de donde procedían estos inmigrantes. Como resultado de ello, cientos de miles de obreros «huéspedes» firmaron ávidamente contratos de trabajo para Alemania con salarios que superaban con mucho los de sus países de origen. Al principio, todos supusieron que los inmigrantes regresarían a sus países una vez

expiraran sus contratos de trabajo. Algunos lo hicieron, pero muchos prefirieron quedarse, pues sus ingresos sobrepasaban lo que podían ganar en su propio país. Esto planteó al gobierno alemán el difícil problema de cómo tratar a inmigrantes de los que se esperaba que conservaran su identidad nacional y que, por tanto, no podían ser ciudadanos alemanes. No se ha llegado a una solución satisfactoria, pese a la probabilidad de que muchos de los trabajadores huéspedes no regresen voluntariamente a su país; para colmo, los hijos de estos trabajadores, criados en bloques de viviendas segregados, constituyen una población importante y creciente que no pertenece ni a la sociedad alemana ni a la de su país de origen.

Cuando, un decenio o dos más tarde, los japoneses comenzaron a sufrir una grave escasez de mano de obra, no siguieron el ejemplo alemán de invitar a extranjeros a trabajar en su país. En lugar de esto empezaron a exportar capital y a construir fábricas en el extranjero, en las que empleaban a personal local para fabricar una gran diversidad de productos, en general bajo la supervisión de japoneses. Queda por ver si mantendrán esta política cuando, como predicen los demógrafos, empiece a disminuir la mano de obra en el país y no se puedan cubrir los empleos menos atractivos. Pero, hasta ahora, a pesar de una pequeña población de coreanos y de algunos inmigrantes ilegales, los japoneses han evitado en sus islas las fricciones étnicas, en lo cual siguen siendo un caso único entre los países ricos.

En Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña y muchos otros países ricos e industrializados, se permitía que los inmigrantes se convirtieran en ciudadanos tras cumplir requisitos relativamente sencillos, y hasta se esperaba que lo hicieran. Durante la primera mitad del siglo, una condición tácita de esta política era que se esperaba que los inmigrantes se asimilaran a la población del país anfitrión. Después de la segunda guerra mundial el ideal asimilacionista perdió credibilidad. El amplio fracaso norteamericano en asimilar plenamente a los descendientes de esclavos africanos no se remedió, pese a los enérgicos intentos de reformas legales en los años sesenta. De hecho, el éxito limitado del movimiento norteamericano de derechos civiles mostró cuán difícil es conseguir una igualdad y una libertad auténticas, cuando al juicio basado en el comportamiento, las preferencias o las capacidades individuales, lo supera la tendencia a atri-

buir a los individuos la identidad asignada a un grupo. El hecho de que los nuevos inmigrantes en Europa occidental y Estados Unidos —cada vez más numerosos— tuvieran la piel más oscura que los oriundos de las naciones de acogida hizo que la fusión imperceptible en la comunidad anfitriona fuese más difícil de lo que había sido antes, cuando la mayoría de los recién llegados no se podían distinguir físicamente de la mayoría de los habitantes.

Todos los inmigrantes afectados se percataron también del costo que habían pagado, antes, al pedírseles que abandonaran las coordenadas, tanto religiosas como de otro tipo, de su preciada herencia cultural. En consecuencia, el multiculturalismo con derechos políticos iguales para todos tendió a desplazar la asimilación como ideal. Pero con esto se intensificó la fricción inherente a la demanda de derechos iguales para grupos culturalmente distintos. El problema era que algunos grupos tuvieron más éxito que otros, al confiar en patrones culturales de comportamiento para aprovechar las posibilidades de educación y otros medios de progreso. Los que quedaban atrás se resentían de su marginalidad y así arraigó entre los jóvenes desaventajados, y no de modo excepcional, una cultura del desafío que tuvo como resultado confirmar su exclusión continuada de la participación libre e igual en la sociedad civil.

A resultas de ello en todos los países ricos del mundo se plantean agudos dilemas. Es fácil invocar la libertad y la igualdad, pero es difícil conseguirlas, y éstas son cada vez menos evidentes en un mundo donde los habitantes más pobres y desafortunados disponen cada vez de más información sobre cómo viven los ricos y los privilegiados. Lo que parece estar en juego es si podrá cerrarse el abismo existente entre las formas de vida rural y urbana y la pluralidad de culturas de las distintas partes del mundo; ello mediante la incorporación de todos en lo que se convierte en una economía crecientemente global de intercambio. Las recompensas son enormes. La producción y el comercio especializados son los únicos que pueden sostener los niveles actuales de población. Pero queda mucho camino por recorrer hasta conseguir el ajuste de las actitudes y los comportamientos heredados para que se salvaguarden los intercambios globales frente a los trastornos causados por la violencia política organizada. Las medidas públicas son un instrumento torpe para lo-

grar estos ajustes. No obstante, tan pronto como aparecen se extienden las iniciativas locales y los inventos que satisfacen las necesidades humanas mejor que antes: cabe, por tanto, imaginar que en los dos o tres próximos siglos los seres humanos aprenderán a vivir en condiciones radicalmente nuevas, creadas por el progresivo aumento de la población y la intensificación de los transportes y las comunicaciones que han diferenciado el siglo xx de todos los siglos anteriores.

En la prehistoria, el paso de la caza y la recolección de alimentos a su producción exigió un ajuste general similar en las costumbres personales y de grupo. Pero nuestros antepasados aprendieron a sobrevivir trabajando la tierra y manteniendo una gran variedad de instituciones políticas y culturales. Tal vez no falten razones para suponer que nuestros sucesores también podrán aprender a vivir en condiciones nuevas y muy distintas con un nuevo comportamiento global, gracias a la capacidad de inventar que nos caracteriza frente a todas las demás formas de vida.

# 3. La gran reducción: la física en el siglo xx

STEVEN WEINBERG

A finales del siglo xix los científicos habían llegado a una buena comprensión del mundo de la experiencia cotidiana. Ciencias como la mecánica, la termodinámica, la química, la óptica, la biología celular e incluso la electrodinámica ya formaban parte del arsenal de la industria y la agricultura. Por otro lado, la industria proporcionaba a la ciencia aparatos como bombas de vacío, espectroscopios, etc., necesarios para nuevos avances. La ciencia se había beneficiado asimismo del desarrollo tecnológico intelectual de las matemáticas. Hacia 1900, los cálculos diferencial e integral, el análisis complejo, la geometría diferencial y la teoría de grupos se habían desarrollado lo suficiente para satisfacer las necesidades de la ciencia en los siguientes decenios.

Pero, a punto de acabarse el siglo xix, a la ciencia le faltaba algo importante: el sentido de cómo encajaba todo. En 1900, los científicos suponían que la física, la química y la biología funcionaban cada una según sus propias leyes autónomas. Se consideraba que el imperio de la ciencia consistía en una comunidad de entes en paz unos con otros, pero gobernados cada uno por su cuenta. Algunos científicos se aferraban al sueño de Newton de una gran síntesis de todas las ciencias, pero no tenían una idea clara de los términos en que podía alcanzarse esta síntesis. Hay ecos de esta confusión en las complacientes declaraciones de los físicos de finales de siglo, que afirmaban que casi se había llegado a completar la física. Quienes así hablaban no podían pensar que la física había cumplido su tarea de explicar las reglas de la química, o que la física y la química habían

conseguido explicar las reglas de la herencia y de la embriología, y no podían suponer que una de las tareas de la física consistía en explicar la química, o de la ciencia física explicar la vida. La complacencia de los físicos de finales del siglo XIX nos da la medida de lo limitado de su ambición respecto a lo que podía ser la física.

Las cosas son muy distintas ahora, a finales del siglo XX. Comprendemos en principio, y a menudo en la práctica, que las leyes de la química surgen de las leyes de la física. La biología, desde luego, a diferencia de la física y de la química, entraña accidentes históricos, pero a nadie se le ocurre pensar que existe la posibilidad de que haya leyes universales de biología independientes de las de la ciencia física.

Esto constituye una reducción en su más amplio sentido: la explicación de una amplia variedad de principios científicos en términos de principios universales y más simples. Ha sido también una simplificación o reducción en sentido corriente, la explicación de fenómenos naturales en una escala, en términos de los principios que gobiernan la materia en escalas mucho menores. Del mismo modo que las reglas de la química se han explicado en términos de la dinámica de los electrones en los átomos, los mecanismos de la herencia, que estimulan la evolución biológica, se entienden ahora en términos moleculares.

Este capítulo no se ocupará de toda la ciencia del siglo XX, ni siquiera de toda la física del siglo XX, sino sólo de aquella parte de la investigación en física que ha seguido la tradición reduccionista de buscar los principios más profundos que subyacen en toda la naturaleza.

Aunque sólo fuera para los físicos, el siglo XX comenzó en 1895, cuando Wilhelm Röntgen descubrió accidentalmente los rayos X. Röntgen descubrió que la corriente eléctrica desencadenada por una poderosa batería eléctrica a lo largo de un tubo Crookes de vidrio, en el cual se había hecho el vacío (el primer acelerador de partículas), producía misteriosos rayos al chocar contra las paredes de vidrio del tubo, rayos que ni las lentes refractaban ni la materia ni los campos eléctricos o magnéticos desviaban. En sí mismo, este descubrimiento no entrañaba una gran revolución. Sabemos ahora que estos rayos X

son solamente ondas lumínicas de corta longitud, pero el hallazgo de Röntgen supuso una indicación espectacular de que, fuera de los límites de los fenómenos naturales que habían sido iluminados por la física del siglo XIX, había muchos misterios por descubrir.

Casi inmediatamente, el descubrimiento de los rayos X estimuló otros descubrimientos más importantes. A comienzos de 1896, Henri Becquerel, buscando nuevos tipos de rayos, descubrió por accidente que el uranio emitía rayos que podían exponer placas fotográficas. Pierre y Marie Curie pronto descubrieron que el torio, el polonio y el radio producen efectos similares y dieron a este fenómeno su nombre moderno, *radiactividad*. Tras no poca confusión, Ernest Rutherford y Frederick Soddy mostraron que la radiactividad se debía a la transmutación de elementos, en los cuales se libera energía que transportan partículas de diversas clases. Además de su importancia para la comprensión de la materia, el descubrimiento de la radiactividad pronto sugirió soluciones a los problemas fundamentales referentes a la fuente de calor del Sol y de la Tierra, y en consecuencia resolvió la discrepancia entre la corta edad de la Tierra, antes deducida de su actual calor, y la edad mucho más larga que se había deducido de los fósiles.

Apenas dos años después del descubrimiento de los rayos X, J. J. Thomson en Cambridge y Walter Kaufmann en Berlín midieron la relación de la masa con la carga eléctrica de una corriente que circulaba por un tubo Crookes modificado. Esta relación masa/carga resultó mil veces menor que para los iones que llevan la corriente eléctrica en la electrólisis. Partiendo de esto, Thomson sugirió que unas partículas, a las que llamó *electrones*, llevan la corriente en un tubo Crookes, partículas que son miles de veces más ligeras que los átomos enteros y que están presentes en toda la materia.

La idea de que la materia se compone de átomos fue de mucha utilidad para los químicos y los físicos del siglo XIX, pero no existían aún pruebas directas de su existencia. Ésta se demostró, en el primer decenio del siglo XX, con una serie de mediciones de las masas de átomos, que en general dieron resultados consistentes. La mayoría de estas nuevas mediciones fueron posibles gracias a los descubrimientos de 1895-1897.

Hasta 1911 no se tenía idea de cómo las masas y las cargas eléc-

tricas estaban dispuestas en el interior de los átomos. Entonces, Rutherford empleó los resultados de experimentos en su laboratorio de Manchester sobre la difusión de partículas emitidas por una fuente radiactiva al chocar con átomos de oro, para mostrar que la masa del átomo está casi enteramente concentrada en un diminuto núcleo de carga positiva. Imaginó a los electrones responsables de los fenómenos químicos, eléctricos y ópticos dando vueltas en torno al núcleo, como planetas dando vueltas en torno al Sol. Se contestó, así, la pregunta ancestral sobre la naturaleza de la materia ordinaria, aunque todavía quedaba el misterio de la composición del núcleo atómico.

En la gran labor que se ha descrito, realizada de 1895 a 1911, el papel principal correspondió a los experimentos. Cuando se empleaba la teoría para analizar los resultados experimentales, se recurría a la familiar teoría clásica del siglo XIX. Pero la imagen del átomo que surgió de esta labor planteaba inquietantes preguntas a las que no se encontraba respuesta dentro del marco de la teoría clásica.

Según los principios de la electrodinámica, los electrones atómicos que daban vueltas en su órbita deberían emitir luz, perder energía y acercarse rápidamente en espiral hacia el núcleo. Pero todo átomo no radiactivo ordinario tiene un estado de mínima energía que parece perfectamente estable. Además, aunque un átomo que ha absorbido energía de la luz o de colisiones con otros átomos perderá esta energía al emitir luz, esta luz emitida no tiene un espectro continuo de longitudes de onda, como cabría esperar de electrones que giran en espiral hacia dentro a un estado de menor energía; más bien, se emite sólo con ciertas estrechas longitudes de onda que son características del tipo de átomo. Estos espectros atómicos se descubrieron ya en el siglo XIX y se convirtieron en un instrumento del análisis químico y hasta del análisis de los elementos del Sol y de otras estrellas, pero nadie podía explicar el espectro de longitudes de onda con que los diversos átomos emiten luz.

La solución se hallaba no en una nueva teoría del electromagnetismo o de la estructura atómica, sino en un marco radicalmente nuevo para toda la teoría física, conocido con el nombre de mecánica cuántica. He aquí los momentos cruciales de esta revolución:

*1900* Max Planck explica el espectro de radiación del cuerpo negro (la intensidad de luz emitida en distintas longitudes de onda por un cuerpo opaco calentado), suponiendo que cuando los átomos emiten luz de una determinada longitud de onda, no pierden energía de manera continua, sino que lo hacen más bien en múltiplos de un «cuanto» de energía inversamente proporcional a la longitud de onda de la luz.

*1905* Albert Einstein interpreta la conjetura de Planck (pese a las objeciones de Planck) en el sentido de que la luz misma consiste en partículas, que luego se llamarán fotones. Éstos no tienen masa, pero sí tienen energía y cantidad de movimiento, inversamente proporcional a la longitud de onda de la luz. Se encuentran pruebas experimentales de los fotones de Einstein en el efecto fotoeléctrico y, más tarde, en la difusión de los rayos X por los electrones.

*1913* Niels Bohr ofrece una interpretación provisional de los espectros atómicos. Los átomos pueden existir solamente en ciertos estados de energía definida. Cuando un átomo cae de un estado de alta energía a uno de más baja energía, emite un fotón con una energía igual a la diferencia de energías de los estados final e inicial de los estados atómicos y, por tanto, según Einstein, con una longitud de onda definida inversamente proporcional a esta diferencia de energía. Bohr emplea la imagen de Rutherford de los electrones atómicos girando en torno a un núcleo para dar una norma ad hoc, pero eficaz, con el fin de calcular las energías de los estados de los átomos simples, como los de hidrógeno, con un único electrón. Pero no está claro cómo aplicar esta norma a átomos más complicados y a moléculas, ni por qué ha de funcionar para átomo alguno.

*1923* Louis de Broglie ofrece una explicación de la norma de Bohr. Los electrones están asociados a ondas, con una longitud inversamente proporcional a la cantidad de movimiento del electrón, igual que ocurre con los fotones. La norma de Bohr sobre la energía de un estado atómico se interpreta como la necesidad de que un número entero de estas longitudes de

onda debe encajar en torno a la órbita del electrón. Pero, de nuevo, este enfoque funciona sólo respecto a los átomos más simples.

*1925* Werner Heisenberg inicia un nuevo camino para interpretar los espectros atómicos. La dinámica del átomo se expresa no en términos de las trayectorias de los electrones girando en torno al núcleo sino en tablas (matrices) de cantidades numéricas, cuyo cuadrado proporciona las tasas con las cuales los átomos pasan de un estado atómico a otro. Poco después, en un *tour de force* matemático, el que fuera compañero de clase de Heisenberg, Wolfgang Pauli; emplea el formalismo de Heisenberg para calcular el espectro del hidrógeno, y llega a los mismos resultados que Bohr en 1913. Pero sigue pareciendo inútil emplear estos métodos en problemas más complicados.

*1925-1926* Erwin Schrödinger vuelve a las ondas de electrones de De Broglie y sugiere que una ecuación diferencial determina la amplitud de la onda (la llamada función de onda) en los campos eléctricos en general. Muestra cómo las matrices de Heisenberg y las condiciones algebraicas que satisfacen pueden derivarse de su propia ecuación de la onda. Por primera vez, hay un método que puede emplearse para calcular la energía de los estados, no sólo el del hidrógeno, sino de átomos y moléculas de cualquier complejidad. Pero sigue siendo oscura la importancia en la física de la función de onda del electrón.

*1926* Max Born explica que las ondas de De Broglie y Schrödinger son «amplitudes de probabilidad»: la probabilidad de que se halle un electrón en un pequeño volumen en torno a un punto dado es igual al cuadrado de la función de onda en ese punto multiplicado por el volumen.

A partir de 1926, la mecánica cuántica se aplicó rápidamente y con éxito al cálculo de las propiedades no sólo de átomos aislados sino también de átomos unidos en moléculas químicas y hasta en sólidos macroscópicos. Se hizo evidente que las reglas de la química no son principios científicos autónomos sino consecuencias matemáti-

cas de la mecánica cuántica aplicada a los electrones y núcleos atómicos. Puede considerarse que esto constituyó el mayor triunfo de la ciencia en su aspecto reductor. Paul Durac expresó la exuberancia de la época cuando, en 1929, afirmó que «las leyes físicas fundamentales necesarias para la teoría matemática de una gran parte de la física y de toda la química se conocen ahora por completo, y la dificultad radica solamente en que la aplicación de estas leyes conduce a ecuaciones demasiado complicadas para que sean solubles».

Este éxito tuvo un precio. Hay una irreductible rareza en la mecánica cuántica. Una partícula no tiene una posición o una cantidad de movimiento definidos hasta que se mide la una o la otra; lo que sí tiene es una función de onda. Ésta evoluciona de modo determinista, pues, al conocerse la función de onda en un momento dado, se puede emplear la ecuación de Schrödinger para calcular la función de onda en cualquier tiempo posterior. Pero aunque se conozca la función de onda, no se puede predecir el resultado exacto de una medición de posición o de cantidad de movimiento, sino sólo las probabilidades de los diversos resultados posibles. ¿Cómo aparecen estas probabilidades, si los observadores y sus aparatos de medición se describen, a su vez, mediante una complicada pero determinista ecuación de Schrödinger?

La rareza de la mecánica cuántica constituyó una barrera a la comunicación no sólo entre físicos y no físicos sino también entre los jóvenes físicos de los años veinte y sus colegas más veteranos. Einstein y Planck nunca aceptaron la versión de consenso de la mecánica cuántica, y se siguió discutiendo su significado durante todo el resto del siglo. Pero la mecánica cuántica resultó muy resistente. Los triunfos, a partir de los años veinte hasta ahora, de la física atómica, de la materia condensada, nuclear y de partículas elementales se han alcanzado partiendo de una concepción de la mecánica cuántica que ya estaba bien asentada en 1926.

La otra gran revolución de la física del siglo xx fue el desarrollo de la teoría de la relatividad. Aunque no constituyó una ruptura tan radical con el pasado como la mecánica cuántica, fue en cierto modo más notable. La mecánica cuántica se desarrolló a lo largo de un

cuarto de siglo, gracias a las sucesivas aportaciones de muchos físicos, mientras que la relatividad se debió casi por entero a la labor de un solo físico, Albert Einstein, desde 1905 hasta 1915.

Desde su juventud, Einstein se había interesado por el efecto del movimiento de un observador en sus observaciones de la luz. A finales del siglo XIX, este problema se agudizó con las tentativas de los experimentadores que no conseguían descubrir los cambios en la velocidad de la luz causados por el movimiento de la Tierra alrededor del Sol. Varios teóricos enfocaron dinámicamente este problema mediante hipótesis sobre los efectos del movimiento en el éter (el medio a través del cual se creía que circulaban las ondas de luz) de los aparatos empleados para medir la velocidad de la luz. En 1905, Einstein dejó de lado el éter y estableció como una ley fundamental de la física el principio especial de la relatividad, o sea, que ningún movimiento uniforme de un observador puede tener efecto alguno en la velocidad de la luz o sobre cualquier otra cosa.

La relatividad no era cosa nueva. Un principio de relatividad fue ingrediente importante en la mecánica de Newton; las ecuaciones newtonianas de movimiento de masas moviéndose bajo la influencia de su mutua atracción gravitatoria son las mismas para todos los observadores no acelerados, cualquiera que sea su velocidad. Pero la transformación «galileana» que relaciona las coordenadas empleadas por un observador en movimiento con las de otro observador inmóvil, y que dejan sin alterar las ecuaciones newtonianas de movimiento, no deja la velocidad de la luz inalterada. Para aplicar su nuevo principio de relatividad, Einstein necesitaba sustituir la transformación galileana de coordenadas por un nuevo tipo, llamado transformación de Lorentz, en la cual el movimiento del observador afecta no sólo las coordenadas espaciales de acontecimientos, sino también sus coordenadas de tiempo. Pero si las ecuaciones de la mecánica así como la velocidad de la luz debían permanecer invariables según las transformaciones de Lorentz, ahora era necesario cambiar estas ecuaciones. Una de las consecuencias más espectaculares de la nueva mecánica, señalada por Einstein en 1907, fue la de que el sistema que pierde energía experimentará una disminución proporcional de su masa, dada por la pérdida de energía dividida por el cuadrado de la velocidad de la luz. La energía disponible en una

transmutación radiactiva de un núcleo atómico en otro podía determinarse, pues, simplemente pesando los núcleos inicial y final.

Después de 1905, sólo la teoría de la gravedad parecía inconsistente con la versión de Einstein del principio de relatividad. Einstein trabajó en este problema durante el siguiente decenio, y finalmente encontró la respuesta en una extensión del principio de relatividad. De acuerdo con lo que ahora llamó Principio general de relatividad, las leyes de la naturaleza aparecen iguales no sólo a todos los observadores que se mueven de modo uniforme, sino (en un sentido) a *todos* los observadores; las familiares fuerzas de inercia experimentadas por los observadores acelerados no son sino tipos de gravitación. Dado que las fuerzas de gravedad de cualquier clase son sólo una función del sistema de coordenadas, pueden describirse geométricamente, en términos de la curvatura del espacio-tiempo, una curvatura producida, según las ecuaciones de campo de Einstein, por la presencia de energía y cantidad de movimiento.

La relatividad especial y general, como la mecánica cuántica, contradice nuestras nociones intuitivas cotidianas de la realidad física. Pero la recepción por el público fue muy diferente en lo relativo a la relatividad y a la mecánica cuántica. Ésta fue inmediatamente confirmada por una abundancia de datos ya existentes sobre los espectros atómicos, de modo que no hubo necesidad de un experimento espectacular decisivo para demostrar que era justa. Añadido a su gran dificultad conceptual, redujo su impacto inmediato en la cultura general. En contraste, había al principio pocas pruebas a favor de la relatividad y en particular de la relatividad general. Pero después de la primera guerra mundial, una expedición británica trató de medir un efecto predicho por la relatividad general, una minúscula desviación de la luz de una distante estrella por el campo de gravedad del Sol. La noticia, en 1919, de que las observaciones sobre este hecho confirmaban la predicción de Einstein ocupó la primera plana de los periódicos de todo el mundo y dio a Einstein una talla pública única entre los científicos del siglo xx. Aunque la relatividad había estado muy presente en las investigaciones de De Broglie y Schrödinger, las aplicaciones prácticas iniciales de la mecánica cuántica, llevadas a cabo en 1925-1926 con éxito, se basaban en la vieja mecánica de Newton. Los electrones de las órbitas exteriores del átomo se mueven a sólo un pe-

queño porcentaje de la velocidad de la luz, por lo que son difíciles de detectar los efectos de la relatividad en los espectros atómicos. Pero era evidente que la mecánica relativista (como todo lo demás) tendría que plantearse de nuevo dentro de un marco cuántico.

Esto no era fácil. En la relatividad especial, el flujo de tiempo observado se ve afectado por la velocidad del observador, de modo que incluso el orden en el tiempo de los acontecimientos puede variar de un observador a otro. Sin embargo, la relatividad especial clásica respeta la condición de que todos los observadores han de ver los efectos después de sus causas, pues el orden de los acontecimientos dependerá de la velocidad del observador solamente cuando los acontecimientos sean tan cercanos en el tiempo que la luz no tenga tiempo de moverse de un acontecimiento a otro. Por esta razón, Einstein consideró que ninguna influencia física puede viajar más rápidamente que la velocidad de la luz. El problema de la causalidad es más difícil en la mecánica cuántica, porque las posiciones y velocidades en los estados cuánticos no pueden especificarse con suficiente precisión para eliminar la propagación de efectos físicos a velocidades superiores a la velocidad de la luz.

La casi incompatibilidad de la relatividad especial con la mecánica cuántica tuvo un efecto profundo en el estilo de la física teórica. Tanto la relatividad anterior a la mecánica cuántica como la mecánica cuántica no relativista habían dado un marco general para las teorías de la física, pero siempre se precisaba recurrir a los experimentos para obtener información sobre partículas y fuerzas al construir cualquier teoría concreta. La mecánica cuántica relativista, en cambio, es tan inconsistente internamente que se puede ir muy lejos al describir la naturaleza con sólo exigir consistencia matemática, y con escasas aportaciones de la observación directa.

La teoría elaborada en este nuevo estilo empezó con la labor de Dirac en 1928. Su enfoque consistía en revisar la ecuación de Schrödinger para una sola partícula que se moviera en un campo electromagnético dado, con el fin de hacerla consistente con el principio especial de relatividad. Sobre esta base, Dirac pudo calcular la intensidad del campo magnético del electrón y minúsculos detalles del espectro del hidrógeno. Varios años después predijo, de modo más espectacular, la existencia de la antimateria, predicción inesperadamen-

te confirmada con el descubrimiento, en 1932, del antielectrón en los rayos cósmicos, llevado a cabo por Carl Anderson y P. M. S. Blackett.

Estos éxitos dieron un gran prestigio al enfoque de Dirac que, con todo, resultó inadecuado para estudiar los procesos radiactivos en los cuales las partículas cambian su identidad. La necesidad de reconciliar la mecánica cuántica y la relatividad pronto condujo a un formalismo más general, el de la teoría cuántica de los campos.

Esta teoría se inició en 1926 con la aplicación, por Born, Heisenberg y Pascual Jordan, de la mecánica cuántica al campo familiar del electromagnetismo. Pero todavía se imaginaba a los electrones como partículas puntuales y no como campos. Sin embargo, en 1929-1930, Heisenberg y Wolfgang Pauli propusieron una visión más unificada de la naturaleza. Del mismo modo que hay un campo electromagnético cuya energía y movimiento se hallan en pequeños paquetes llamados fotones, hay también un campo de electrones cuya energía, cantidad de movimiento y carga eléctrica se hallan en paquetes que llamamos electrones, y lo mismo ocurre con cada especie de partícula elemental. Los ingredientes básicos de la naturaleza son los campos; las partículas constituyen fenómenos derivados.

La teoría cuántica de los campos reprodujo los éxitos de Dirac y obtuvo algunos propios, pero la síntesis de la mecánica cuántica con la relatividad pronto tropezó con nuevas dificultades. En 1930, J. Robert Oppenheimer e Ivar Waller descubrieron que los procesos en los cuales los electrones emiten y reabsorben fotones deberían desplazar en una cantidad infinita la energía del electrón. Pronto aparecieron infinitudes en otros cálculos, que produjeron un cierto pesimismo sobre la validez de la teoría cuántica de los campos, pesimismo que perduró durante décadas.

La primera línea de la física pasó en los años treinta de los átomos a los núcleos atómicos y a nuevos fenómenos revelados por el estudio de los rayos cósmicos. He aquí algunos de los aspectos principales:

*1932* James Chadwick descubre el neutrón, una partícula eléctricamente neutra, con una masa cercana a la del protón. Heisenberg sugiere que el neutrón no es un estado ligado de un elec-

trón y un protón, como se pensó al principio, sino una nueva partícula elemental, un elemento constitutivo, junto con los protones, del núcleo atómico. Debido a que son eléctricamente neutros, los neutrones pueden penetrar los núcleos atómicos sin que sean repelidos por los fuertes campos eléctricos próximos al núcleo, por lo cual constituyeron un valioso instrumento para explorar el núcleo, especialmente en manos de Enrico Fermi.

*1933* Fermi formula con éxito una teoría cuántica de campos para la desintegración beta (el proceso radiactivo descubierto por Becquerel). Describe cómo los neutrones se transforman espontáneamente en protones y emiten electrones y neutrinos (partículas neutras ligeras que fueron propuestas en 1930 por Pauli).

*1935* Hideki Yukawa propone una teoría cuántica de campos que trata de explicar tanto la desintegración beta como las poderosas fuerzas nucleares que mantienen juntos los protones y neutrones dentro del núcleo. Esta teoría requiere la existencia de una nueva partícula, el «mesón», con una masa de unas doscientas masas de electrón.

*1937* S. H. Neddermeyer con Anderson, y C. E. Stevenson con J. C. Street, descubren independientemente una nueva partícula en los rayos cósmicos. Tiene una masa cercana a la predicha por Yukawa y al principio se la confunde con su mesón.

*1939* Hans Bethe explica las reacciones nucleares primarias mediante las cuales las estrellas obtienen su energía.

La investigación casi se suspendió en los años de la segunda guerra mundial, durante los cuales se aplicaban a la guerra los descubrimientos de la ciencia. La investigación aplicada queda fuera del tema de este capítulo, pero no es posible ignorar por completo la aplicación más espectacular de la física del siglo XX, o sea, el desarrollo de las armas nucleares. En 1938, Otto Hahn y Fritz Strassmann descubrieron que los isótopos del elemento de peso medio, bario, se producían cuando los núcleos pesados de uranio eran irradiados con neutrones. Unos meses después, Otto Fisch y Lise Meitner calcularon en Suecia que la captura de un neutrón puede determinar que un

núcleo pesado, como el de uranio, se rompa en pedazos de tamaño mediano, como los núcleos de bario, liberando electrones de unos doscientos millones de electrones-voltio de energía.

En sí mismo, esto sería una reacción nuclear más, en nada diferente de los centenares estudiados antes. Lo que hizo importante la fisión inducida por neutrones fue la perspectiva de que, junto con el bario y otros núcleos, con cada fisión se liberaban varios neutrones, cada uno de los cuales suponía provocar otra fisión, lo que conducía a una explosiva reacción en cadena. Sería algo así como el incendio de un bosque, en el cual el calor de cada árbol incendiado ayuda a incendiar más árboles, pero mucho más destructivo que un incendio forestal.[1]

Al acercarse la guerra, muchas de las potencias empezaron a estudiar la posibilidad de emplear la fisión del uranio como arma o como fuente de energía. Gran Bretaña se adelantó en esto, pero luego la iniciativa pasó a Estados Unidos. En diciembre de 1942, un grupo dirigido en la Universidad de Chicago por Enrico Fermi consiguió producir una reacción en cadena en un reactor de uranio. La fisión tuvo lugar no en el isótopo corriente $U^{238}$, sino en un isótopo del escaso $U^{235}$, que formaba sólo el 0,723 por ciento del uranio natural empleado por Fermi y, a diferencia del $U^{238}$, incluso los neutrones muy lentos pueden provocar que se fisione. Otro nucleido, el isótopo $Pu^{239}$ del plutonio, posee la misma propiedad de fisionarse fácilmente; aunque no se encuentra en la naturaleza, es posible producirlo en reactores de uranio.

1. Éste es el lugar apropiado para despejar la suposición corriente de que las armas atómicas son en cierto modo una consecuencia de la teoría especial de la relatividad, de Einstein. La famosa ecuación einsteniana de 1907 $E = mc^2$ dice que la liberación de una energía $E$ por cualquier sistema producirá una pérdida de masa $m$ igual a $E$ dividida por $c^2$, el cuadrado de la velocidad de la luz. Esto es cierto lo mismo respecto a un árbol ardiendo que respecto a una bomba atómica, excepto por el hecho de que la energía liberada en un fuego corriente es demasiado pequeña para que sean posibles mediciones de la disminución de la masa de los productos de la combustión. Si se insiste en decir que la masa se convierte en energía en las reacciones nucleares, entonces hay que decir lo mismo de cualquier cosa que se queme. La verdadera fuente de la energía liberada cuando arde un árbol es la luz solar absorbida durante la vida del árbol, y la verdadera fuente de la energía que se libera en la fisión del uranio es la energía almacenada en el núcleo cuando se formó en una supernova que estalló mucho antes de que se condensara la Tierra en el medio interestelar.

El problema, entonces, consistió o bien en aislar suficiente $U^{235}$ o bien en producir bastante $Pu^{239}$ para hacer una bomba y en encontrar un método para hacerla estallar. De estos problemas se ocupó con éxito un equipo de científicos e ingenieros dirigido por Oppenheimer. En agosto de 1945, las ciudades de Hiroshima y Nagasaki fueron parcialmente destruidas por bombas de $U^{235}$ y $Pu^{239}$, respectivamente, lo cual condujo poco después a la rendición de Japón y al final de la guerra.

Nos apartaría demasiado de nuestro tema comentar los efectos de las armas atómicas en los asuntos internacionales, pero parece apropiado añadir unas palabras sobre los efectos de las armas atómicas en la física misma. El hecho de que la bomba atómica hubiese puesto fin a la guerra provocó en muchos físicos un sentimiento muy natural de orgullo, a menudo moderado por el sentido de la responsabilidad por los daños causados en Hiroshima y Nagasaki y por el peligro que las armas atómicas significaban para la humanidad. Algunos físicos se dedicaron, desde entonces, a trabajar en favor del control de armamentos y del desarme nuclear. Los políticos y los no científicos tendieron a considerar la física como una fuente de poderío militar y económico, y durante decenios dieron un apoyo sin precedentes a la investigación en física teórica igual que en física aplicada. Al mismo tiempo, la imagen de las nubes en forma de seta de Hiroshima tuvo un poderoso efecto en la actitud de muchos líderes culturales y de ciudadanos en general respecto a la ciencia. En muchos casos, la anterior indiferencia se convirtió en una hostilidad declarada. El tiempo ha moderado todos estos efectos, aunque no se han desvanecido por completo al terminar el siglo.

En 1947, los físicos estaban ya dispuestos a volver a los problemas fundamentales. El empleo de emulsiones fotográficas mejoradas reveló una multitud de nuevas partículas en los rayos cósmicos. Una de ellas, el mesón pi, pudo identificarse con la partícula prevista por Yukawa.

Para hablar de estos y otros avances se convocó una reunión en Shelter Island, frente a la costa de Long Island, en junio de 1947. Entre lo más destacado estuvo un informe de Willis Lamb, que presentó pruebas experimentales convincentes de una pequeña diferencia

de energía entre dos estados del átomo de hidrógeno, estados que, según la versión de Dirac de la mecánica cuántica relativista, deberían tener justamente la misma energía. El grupo de I. I. Rabi, de la Universidad de Columbia, presentó pruebas también de que el campo magnético del electrón es una décima por ciento más fuerte de lo calculado por Dirac. Efectos de este tipo se debían a las llamadas correcciones radiativas, causadas por la emisión y reabsorción de fotones por electrones en los átomos. De hecho, el cambio de energía de Lamb era un caso especial del efecto que Oppenheimer había tratado de calcular en 1930, cuando encontró por primera vez las perturbadoras infinidades.

Los teóricos de Shelter Island participaron en intensas discusiones acerca de cómo realizar estos cálculos y, en particular, de cómo asegurarse de que las respuestas fueran finitas. En los años treinta ya se había discutido una idea acerca de esto: tal vez las masas y las cargas eléctricas que aparecían en las ecuaciones de campo referentes al electrón y otros campos de partículas son, en sí mismas, infinitas y las infinidades halladas en el cálculo de las correcciones radiativas sirven para corregir o «renormalizar» estas masas y cargas, dándoles sus valores observados (y, desde luego, finitos). Poco después de la reunión de Shelter Island, se utilizó la idea de la renormalización en cálculos del cambio de energía de Lamb, que llevaron a cabo, con éxito, Bethe, J. Bruce French y Victor Weisskopf, así como Norman Kroll y Lamb, y los del campo magnético del electrón efectuados por Julian Schwinger. A la sazón, en Occidente no se sabía que un grupo en Japón, dirigido por Sin-itiro Tomonaga, llevaba a cabo cálculos similares al mismo tiempo.

Estos éxitos condujeron a una renovada confianza en la teoría cuántica de los campos. Se descartaron varias ideas radicales presentadas en los años treinta por Dirac, Heisenberg y otros, como solución al problema de las infinidades. Pero los métodos de cálculo continuaban siendo oscuros y complejos, y resultaba difícil ver si la renormalización seguiría resolviendo en los cálculos futuros el problema de las infinidades.

En los años que siguieron a la reunión de Shelter Island, Schwinger y Richard Feynmán desarrollaron poderosos métodos de cálculo. Su esencia era el tratamiento de procesos con antipartículas en paralelo con los procesos correspondientes con partículas, de tal ma-

nera que se mantuviera una consistencia explícita con la relatividad especial. Finalmente, en 1949, Freeman Dyson sintetizó la labor de Feynman, Schwinger y Tomonaga y dio a la teoría cuántica de los campos su forma moderna.

Después de 1950, la física se orientó nuevamente, alejándose de la física nuclear y de las correcciones radiativas y acercándose a la física de una creciente lista de partículas elementales (o que se suponía que lo eran). Los instrumentos de esta investigación también cambiaron, pues poderosos aceleradores reemplazaron a los rayos cósmicos, y detectores de partículas de dimensión y refinamiento crecientes reemplazaron a los contadores Geiger y las emulsiones fotográficas de los años treinta y cuarenta. Estas mejoras técnicas iban acompañadas por cambios institucionales que, si bien eran probablemente inevitables, no fueron siempre para mejor. La investigación experimental subió desde los sótanos de los edificios universitarios de física a laboratorios nacionales o internacionales, y aumentó tanto el número de artículos sobre física como el de autores; a finales de siglo, algunos de esos artículos tenían miles de autores pertenecientes a docenas de instituciones. La diferenciación entre teóricos y experimentales se hizo más rígida; a partir de los años cincuenta, nadie volvió a hacer a la vez trabajo experimental y trabajo teórico de alto calibre sobre física de las partículas elementales.

La gran tarea, después de 1950, consistió en llevar todas las partículas elementales conocidas y todas las fuerzas que actúan sobre ellas, dentro del mismo marco teórico de campos cuánticos que se había empleado antes de 1950 para comprender los electrones y los campos electromagnéticos. Los obstáculos inmediatos fueron, primero, que los cálculos de la teoría de Fermi sobre las fuerzas nucleares débiles responsables de la desintegración beta revelaban infinidades que no se podían eliminar por la renormalización, y en segundo lugar, que las fuerzas de la teoría de Yukawa sobre las fuerzas nucleares fuertes son demasiado fuertes para permitir el tipo de cálculo por aproximaciones sucesivas que había dado tan buen resultado en electrodinámica. Más allá de estos problemas se encontraba una dificultad aún mayor: no existía explicación racional alguna para ninguna de estas teorías.

A mediados de los años setenta se habían superado estos proble-

mas, al completarse una teoría cuántica de los campos conocida como el «modelo estándar» de partículas elementales.

El «modelo estándar» fue el resultado de la preocupación de la física teórica, durante un siglo, por los principios de simetría. En general, un principio de simetría es la afirmación de que las ecuaciones de la física aparecen iguales desde determinados puntos de vista diferentes. Los principios de simetría siempre han sido importantes en física, porque permiten sacar inferencias acerca de sistemas complicados sin tener un conocimiento detallado del sistema, pero alcanzaron nueva importancia en el siglo xx como aspectos de las más fundamentales leyes de la naturaleza.

Ya en 1905, Einstein había elevado un principio de simetría —la invariancia según las transformaciones de Lorentz del espacio-tiempo— a la categoría de una de las leyes fundamentales de la física. Las mediciones de fuerzas nucleares, en los años treinta, sugirieron otra simetría, la rotación no en el espacio ordinario o espacio-tiempo sino en un espacio abstracto interno «de espín isotópico», en la cual diferentes direcciones corresponden a diferentes especies de partículas. Un tipo de simetrías, conocidas como «simetrías de *gauge*» exige la existencia de campos, como, por ejemplo, el principio general de la relatividad exige la existencia del campo de gravedad. A partir de 1954, los teóricos propusieron nuevas simetrías de *gauge*, aunque todavía sin clara aplicación al mundo real. A fines de los años cincuenta ciertos experimentos habían revelado una desconcertante variedad de otros principios de simetría que no eran de *gauge*, muchos de los cuales eran sólo aproximados (como la simetría del espín isótopo y la simetría entre derecha e izquierda).

Dada la importancia de los principios de simetría, fue estimulante descubrir que la naturaleza respeta otras simetrías que están «rotas», que no son respetadas por partículas concretas y que, en cambio, se manifiestan en las relaciones entre procesos en que intervienen números diferentes de partículas. La simetría «rota» se convirtió en un tema muy discutido, una vez que se empleó con éxito a mediados de los sesenta una de estas simetrías «rotas» para predecir las propiedades de los mesones pi de baja energía.

Poco después se introdujo, como base de una teoría unificada de las fuerzas débiles y electromagnéticas, una simetría «rota» interna

exacta. En 1971 se demostró que teorías de este tipo evitan los problemas con infinitudes que habían acosado la vieja teoría de Fermi. Las predicciones de la nueva teoría «electrodébil» se vieron confirmadas espectacularmente en 1973 con el descubrimiento de las partículas portadoras de estas fuerzas.

Esto todavía dejaba pendiente el problema de las fuerzas nucleares fuertes. Una pista valiosa fue el sorprendente descubrimiento, en 1968, de que si se les sondea con electrones de muy corta longitud de onda, los neutrones y protones se comportan como si estuvieran compuestos de partículas que interactúan según la fuerza nuclear débil. En 1973 se aclaró este fenómeno, mediante una técnica matemática llamada de «renormalización en grupo», que antes se había aplicado en la electrodinámica cuántica y en la teoría de transiciones de fase. Resultó que en una teoría cuántica de los campos, llamada cromodinámica cuántica, las fuerzas fuertes se convierten en débiles a escalas muy pequeñas. La cromodinámica cuántica es una teoría de partículas muy interactivas conocidas como quarks y gluones (los elementos constitutivos de neutrones, protones, mesones pi, etc.) basada en una simetría de *gauge* interna no rota y exacta. Este debilitamiento de las fuerzas fuertes hacía posible calcular las tasas de reacción con la misma técnica antes empleada en la electrodinámica cuántica. Los experimentos con alta energía (y en varios tipos de quarks de masa grande, descubiertos a partir de 1974) sondearon estas escalas pequeñas, donde son posibles los cálculos, y confirmaron que la cromodinámica cuántica describe, en efecto, las fuerzas fuertes.

Juntos, la teoría electrodébil y la cromodinámica cuántica constituyen lo que se conoce como modelo estándar. La estructura del modelo está fuertemente condicionada por sus simetrías exactas de espacio-tiempo e interna, y por la necesidad de evitar infinidades. Tanto la teoría de Fermi de la desintegración beta como la teoría de Yukawa de las fuerzas nucleares se explican en el modelo estándar como aproximaciones de baja energía. Un resultado adicional del modelo estándar, que contribuyó a que se aceptara rápidamente, fue que explicaba también las simetrías aproximadas conocidas como consecuencias accidentales de la estructura condicionada del modelo.

El debilitamiento de fuerzas fuertes en escalas pequeñas hace posible que las fuerzas fuertes, débiles y electromagnéticas se vuelvan to-

das de la misma fuerza en escala muy pequeña. En 1974 se realizaron cálculos que mostraron que las intensidades de estas fuerzas a escalas accesibles son consistentes con esta idea, y sugirieron que la escala en la cual estas intensidades se vuelven de fuerza igual es de unos quince órdenes de magnitud menor que el volumen del núcleo atómico.

A partir de mediados de los años setenta, la física teórica entró en un período de aguda frustración. El modelo estándar no es, con toda evidencia, la respuesta definitiva; contiene algunos rasgos arbitrarios y deja fuera la gravedad. Se necesita otra reducción, que explique el modelo estándar y la relatividad general en términos de una teoría más simple y universal. Muchos teóricos han tratado de dar este paso, inventando atractivas ideas cada vez más refinadas en el aspecto matemático —supersimetría, supergravedad, tecnicolor, teoría de cuerdas, etc.—, pero ninguno de estos intentos se ha visto confirmado por los experimentos. Al mismo tiempo, los experimentadores han continuado acumulando pruebas que confirman el modelo estándar, pero, pese a sus esfuerzos, no han descubierto nada que diera a los teóricos una pista clara de una teoría más profunda. Se esperó que algunos experimentos ayudaran a aclarar la incertidumbre que quedaba en el modelo estándar —el mecanismo por el cual la simetría de *gauge* electrodébil se rompe—; sin embargo, una disminución de los fondos para la investigación, en los años noventa, ha aplazado esto hasta el próximo siglo. Parece probable que una teoría más profunda y más unificada se ocupará de las estructuras a muy pequeña escala, tal vez del orden de dieciséis a dieciocho órdenes de magnitud menores que un núcleo atómico, donde todas las fuerzas, incluyendo la de gravedad, puedan tener una intensidad similar. Desgraciadamente, estas escalas parecen fuera del alcance del estudio experimental directo. Para los físicos, el siglo xx termina de modo triste, si bien quizá se trate tan sólo del precio que hay que pagar por haber llegado ya tan lejos.

# 4. La extensión de los conocimientos

JOHN MADDOX

En el siglo xx, los mecanismos de la vida como tal se han explicado en términos de física y química. Esto es lo que significa el hallazgo por James D. Watson y Francis H. C. Crick, en abril de 1953, de lo que resultó ser la estructura atómica correcta del material químico llamado ADN —técnicamente, ácido desoxirribonucleico—. Desde 1545, en que Copérnico colocó al Sol en lugar de la Tierra en el centro del sistema solar, ningún descubrimiento ha modificado tan profundamente la concepción del lugar que el hombre ocupa en el mundo.

En este caso, el siglo xx comenzó con el redescubrimiento de una parte olvidada del legado del siglo xix, o sea, la fundación de la genética moderna (que no se llamó así hasta que en 1906 le dio este nombre William Bateson, de Cambridge, en Inglaterra). Se debió al monje moravo Gregor Mendel, que en los años de 1850 estudió la herencia de características como el color de las flores y la altura de las diferentes variedades de las plantas de guisante. Uno de los que, en los años noventa del siglo xix, redescubrieron el trabajo de Mendel sobre la herencia fue Hugo de Vries, fisiólogo botánico de los Países Bajos, que había llevado a cabo en Amsterdam experimentos con la cría de la primavera nocturna. Sus observaciones despertaron un gran interés en Europa y Estados Unidos. Siguió un largo período de tensión transatlántica sobre la importancia de la genética. Los biólogos británicos se adherían todos a la teoría darwiniana de la evolución, con su presunción de que son forzosamente pequeñas las variaciones intergeneracionales que permiten la progresiva evolución de las especies bajo la influencia de la selección natural.

T. H. Morgan, de la Universidad de Columbia, en Nueva York, se mostraba escéptico, pues sospechaba que los cambios bruscos de caracteres estaban en la base de la evolución. Estimulado por una visita a De Vries (sobre cuyos resultados también se sentía escéptico), Morgan comenzó en 1908 a realizar experimentos con ratones. Durante los quince años siguientes y con la colaboración de sus ayudantes académicos A. H. Sturtevant, J. B. Bridges y H. J. Muller, demostraron que la sede física de la herencia está en los cromosomas que se presentan en pares en la mayoría de las células, pero en solitario en los cromosomas del núcleo de las células germinales (espermatozoide y óvulo, en el caso de los animales), y que caracteres concretos se hallan determinados por entidades físicas llamadas genes y que se encuentran en lugares concretos de los cromosomas. Cualquier gen puede presentarse en formas variantes, llamadas alelos del gen, que son la sede física de la variación genética, darwiniana o de otro tipo.

En 1911, Sturtevant (cuando era todavía un estudiante de licenciatura) demostró que la disposición de los genes debe ser lineal, como si todos los genes pertenecientes a un cromosoma determinado estuvieran dispuestos en orden a lo largo de una línea. Durante este mismo período, tan productivo, entre 1908 y 1920, la escuela de Columbia pudo establecer también el papel especial de los cromosomas del sexo en la reproducción sexual, tanto en determinar el sexo del descendiente como en explicar por qué algunas enfermedades genéticas (por ejemplo, la hemofilia en los seres humanos) sólo aparecen en individuos de un sexo (los varones, en el caso de la hemofilia humana). Sin embargo, no se cumplió la expectativa de Morgan de que sus investigaciones descubrirían pruebas decisivas contra la doctrina darwiniana de las variaciones imperceptibles. Algunas variaciones genéticas (la hemofilia, en las personas, por ejemplo) distaban de ser pequeñas por sus efectos en los individuos, pero su importancia en la evolución pretérita no estaba clara. De hecho, la escuela de Morgan se convirtió en la principal fuente de la idea todavía aceptada de que la mayoría de las variaciones genéticas son dañinas (y que por esto la selección natural las elimina). Siguió luego, en Estados Unidos, una nueva evaluación de las dudas de Morgan sobre el darwinismo, encabezada especialmente por un inmigrante ruso y recluta de la escuela de Columbia, Theodosius Dibzhansky. Al estallar la

segunda guerra mundial, en 1939, se completó una nueva síntesis, gracias especialmente a la labor de Dibzhansky, del también norteamericano Sewell Wright y de los británicos R. A. Fisher y J. B. S. Haldane. El resultado de su trabajo fue el reconocimiento de que, si bien la selección natural afecta a la supervivencia de los individuos, lo que cambia en el curso de la evolución es la composición genética de la población a la que pertenece el individuo. Por una irónica coincidencia, las opiniones se orientaban en otra dirección en la Unión Soviética, donde en 1937 el Comité Central del Partido Comunista denunció el «Mendel-Morganismo» como una herejía, al parecer en protesta por la idea de que el potencial genético de un organismo o de una población pudiera verse circunscrito por su composición genética. (A fin de cuentas, la perfectibilidad humana es un tema constante del marxismo.) La Academia Soviética de Ciencias Agrícolas apoyó a T. D. Lysenko para emprender una serie de experimentos a gran escala con el fin de adaptar cereales de la Rusia meridional a las condiciones hostiles de Siberia occidental, y el destacado biólogo N. I. Vavilov fue detenido en 1940 y murió en la cárcel tres años después. El inevitable fracaso del experimento de Lysenko contribuyó, en 1964, a la caída de Nikita Jruschov como secretario general del Partido Comunista soviético.

Las grandes controversias sobre genética en la primera mitad del siglo xx muestran de modo claro los cambios ocurridos en el carácter de la investigación científica. Era comprensible que se pasaran por alto las observaciones de Mendel (publicadas en una revista local para naturalistas de Brno, en Moravia); sin duda su labor proporcionó un gran placer al mismo Mendel, pero parece que no se dio cuenta de su importancia (especialmente en relación con el darwinismo) y no tenía estudiantes (u otros acólitos) a los que comunicar el entusiasmo que pudo sentir. En cambio, la escuela de Morgan en Columbia fue de las primeras en poner en práctica la creencia de que es posible, incluso en el estudio de fenómenos como la herencia biológica, preparar condiciones para experimentos (experimentos de cría, en este caso) en los cuales se lleva al máximo la posibilidad de obtener información útil. Al mismo tiempo, se consideró a Columbia como el motor de la nueva genética y se propagaron por toda la ciencia occidental sus puntos de vista y sus métodos, algo posible gracias a que reclutaba es-

tudiantes con talento, que con el tiempo fueron profesores en otras instituciones. En el siglo xx, este mecanismo de reclutamiento riguroso y de dispersión de científicos capacitados desde centros de excelencia se generalizó como uno de los medios más eficaces de fomentar el desarrollo y la profundización de la ciencia.

La genética no es, desde luego, toda la biología. Cuando comenzó el siglo, ya se había emprendido la exploración de la estructura del sistema nervioso, en gran medida gracias al impulso del trabajo en Gran Bretaña de Charles Sherrington, que (con Michael Foster) descubrió en 1897 que las señales entre las células nerviosas se transmiten por microscópicas estructuras a las que llamaron sinapsis. En 1925, E. D. Adrian pudo registrar en la Universidad de Cambridge los impulsos eléctricos por los cuales se transmiten las señales dentro de las células nerviosas, mientras que Henry Dale demostraba que los impulsos nerviosos provocan la acción de los músculos a los que controlan liberando un producto químico simple, la acetilcolina.

Sherrington fue el fundador de la neurología, que a finales del siglo xx dio ya una imagen detallada de la anatomía del sistema nervioso de los mamíferos y en particular de su cerebro. Sherrington se proponía relacionar la estructura del sistema nervioso con la conducta, por lo cual en sus investigaciones insistió constantemente en el estudio de hasta qué punto la conducta refleja está determinada por la sola médula espinal, modificada o no por los centros cerebrales superiores.

Con el paso de las décadas, las técnicas para trazar el mapa anatómico del sistema nervioso animal mejoraron enormemente, especialmente cuando en Estados Unidos se desarrollaron medios para hacer visibles las ramificaciones en el cerebro humano, a menudo muy extensas, de las células nerviosas (llamadas neuronas). La colaboración en la Universidad Harvard de David Hubel y Torsten Wiesel, que duró veinte años, proporcionó una explicación detallada de la estructura de la corteza estriada, sede primaria del proceso visual en el cerebro de los primates. Se descubrió que la información sobre el color y la forma de un objeto se procesa en partes distintas de la corteza. A finales de siglo, era ya claro dónde se procesa la información procedente de los distintos sentidos.

Con el estímulo de las superficiales analogías entre el funcionamiento del cerebro y las computadoras electrónicas (cuyo desarrollo se inició durante la segunda guerra mundial y sólo después de ella llegó a dar resultados útiles), los años cincuenta vieron el comienzo (y algunos dirán que el final) de una nueva ciencia, la cibernética o estudio de la información y su procesamiento, por ejemplo, en centrales telefónicas, computadoras y hasta cerebros. En muchos lugares, el entusiasmo hizo olvidar el sentido común. Los planes de la década de los cincuenta para construir cerebros electrónicos no condujeron a ninguna parte.

Pronto se vio la explicación. Ni la información almacenada en el cerebro ni las funciones cognoscitivas que lleva a cabo están concentradas en neuronas únicas, y ni siquiera en grupos compactos de ellas, sino que en el cerebro humano adulto se distribuyen entre miles de millones de neuronas. La noción de que neuronas muy separadas entre sí puedan funcionar en concierto, que en 1972 ofreció John Hopfield, del Instituto de Tecnología de California, llevó a desarrollar sistemas electrónicos, llamados redes neurales, que pueden simular el proceso de aprendizaje, y cuyas aplicaciones industriales y militares prometen ser de gran valía.

La esperanza de que las redes neurales llevaran a una mejor comprensión del funcionamiento del cerebro se ha visto frustrada, no obstante, por la incertidumbre acerca de la manera como se representa en las redes de neuronas la información aprendida o recordada. De igual modo, a finales de siglo siguen sin decidirse problemas como el del mecanismo de la conciencia, aunque, por primera vez, los neurocientíficos o especialistas en neurología han comenzado a reconocer que a este tema habrá que dedicar, en su día, una gran atención. ¿Ha fracasado el siglo xx en la investigación del funcionamiento del cerebro? ¿Tendrá que transcurrir otro siglo para que se halle la respuesta?

A finales de siglo, también la comprensión de cómo funciona el cerebro fue estimulada por el nuevo conocimiento de cómo funcionan las células, y ello debido al descubrimiento, al que ya nos hemos referido, de la estructura del ADN realizado en 1953 por James D.

Watson y Francis H. C. Crick, ambos de la Universidad de Cambridge. Como se ha visto en los últimos decenios del siglo, no puede exagerarse la importancia de este descubrimiento, pues algunas pretensiones, al parecer desmesuradas, sobre la capacidad de explicación a través del ADN han resultado repetidas veces demasiado modestas. Retrospectivamente, sabemos ya que las raíces de este descubrimiento se hallan en los primeros decenios del siglo, cuando H. J. Muller, de la escuela de genética de T. H. Morgan en la Universidad de Columbia, se dio cuenta de la importancia que tenía para la genética el descubrimiento en París, en 1915, hecho por Felix d'Herelle de los virus que parecen infectar bacterias. Señalando que los virus bacteriales (ahora llamados bacteriófagos) son muy pequeños, Muller planteó en 1921, en una reunión científica en Toronto, la cuestión de si los virus no serían genes, y se preguntó: «¿Debemos los genetistas convertirnos en bacteriólogos, fisiólogos químicos y físicos? Espero que sí.» Al cabo de medio siglo, su esperanza se hizo realidad.

Un químico alemán ya estaba trabajando en esta dirección. Emil O. Fischer, entonces en Erlangen y luego en Berlín, había sentado, antes del comienzo del siglo, los fundamentos de la química de unas sustancias llamadas purinas. Se sintió estimulado por la relación de esta sustancia con el ácido úrico, cuya cristalización en la sangre causa la gota. Fischer, desde luego, no podía saber que las purinas (junto con otra clase de producto químico llamado piramidina) son los componentes del ADN que lleva información genética. En 1900 dirigió su atención a otras dos clases de sustancias importantes para los seres vivos, proteínas y carbohidratos, que suelen presentarse como polímeros (lo que significa que unidades químicas similares están articuladas químicamente para formar una molécula larga). En 1907, Fischer ya había sintetizado una pequeña muestra de una molécula de proteína simple en la cual estaban articulados dieciocho bloques esenciales (llamados aminoácidos).

La idea de Muller de que los microorganismos abrirían un camino rápido a la comprensión de la genética se confirmó cuando, en 1951, George Beadle y Edward Tatum, de la Universidad norteamericana de Stanford, llegaron a la conclusión, al estudiar las neurosporas del moho del pan, que la función de un gen consiste invariablemente en controlar la producción de una sola enzima en las

células en que está activo. (La misma sugerencia había hecho en 1908 el médico británico Archibald Garrod, que trabajaba en la escuela médica del hospital de Saint Bartholomew de Londres, basándose en su clásico estudio de la enfermedad genética llamada alkaptonuria, pero no se le prestó mucha atención.) Siguió en Estados Unidos un estudio coordinado de la genética del virus bacterial llamado lambda, una infección natural de la bacteria común del intestino *Escherichia coli*. De este estudio, a comienzos de los años cincuenta, el médico convertido en biólogo Max Delbruck y sus colegas pudieron desentrañar el proceso por el cual se activan y desactivan los genes.

Para entonces se había iniciado otra línea de investigación sobre la naturaleza del material genético. En los años treinta, los químicos mostraron que el material que compone los cromosomas consiste en moléculas de proteínas y de un material llamado genéricamente ácido nucleico. En 1944, un notable experimento de O. T. Avery, en el Instituto Rockefeller (ahora Universidad Rockefeller), señaló claramente el ADN como sede del material genético: introduciendo ADN de la cepa virulenta de la bacteria *pneumonococus* en las que no causan infección, Avery encontró que la bacteria no virulenta se convertía en virulenta. Ahora diríamos que el ADN que lleva el gen de virulencia ha «transfectado» la cepa no infecciosa. Pero Avery, consciente de que esta conclusión podía estar viciada por la contaminación del ADN, no reclamó para este experimento la atención que ahora sabemos que merecía, o sea, que el ADN es el material de los genes.

El ADN (acrónimo de ácido desoxirribonucleico) es el material genético que asegura la fiel herencia en todas las criaturas ahora vivas y en muchos (pero no todos) los virus. Los genes que T. H. Morgan y sus colegas concluyeron que formarían líneas a lo largo de los cromosomas de los organismos se identificaron pronto como tramos conectados (pero no necesariamente contiguos) a lo largo de la longitud de las moléculas de ADN, que son largas moléculas polímeras, en el sentido que los químicos daban a este término en los años treinta. La información genética está codificada químicamente y representada por el orden en que se disponen cuatro unidades químicamente diferentes. Cosa importante es que la estructura del ADN descrita por Crick y Watson no es la de una sola molécula polímera, sino la de dos mo-

léculas geométricamente complementarias, que la atracción molecular mantiene unidas y enrolladas en una estructura helicoidal (de ahí la expresión doble hélice); entre otras cosas, esto permite que la información genética incorporada en una y que puede ser corrompida, sea fielmente recobrada refiriéndose a la otra.

La otra función crucial del ADN es la de una receta química de acuerdo con la cual todas las células cumplen con las funciones que se requiere de ellas, lo cual se lleva a cabo mediante la transferencia física de información. En 1959 se demostró que el tramo del ADN correspondiente a un gen está físicamente copiado en un arreglo equivalente de unidades químicas, en una molécula del material genético alternativo llamado ARN (ácido ribonucleico), que a su vez dirige la síntesis de moléculas de proteína que funcionan como enzimas en la célula. Así se explicó por primera vez la naturaleza de las enfermedades que pueden ser heredadas: una versión aberrante del gen dirige la síntesis de enzimas que difieren de las normales y que pueden mostrarse incapaces de llevar a cabo su función propia.

Los decenios que siguieron a 1953 fueron de importantes progresos tanto técnicos como conceptuales. Ya en 1960 se comprendió el mecanismo por el cual el material genético del ADN se traslada a la estructura de las moléculas de proteína. Crick y Sydney Brenner establecieron en 1961 el carácter ternario del código genético, y poco después fue posible llevar a cabo la mayoría de las funciones naturales de la reproducción del ADN (como cuando se dividen las células), o de la transcripción (en el ARN y luego en la proteína), mediante experimentos en tubos de ensayo, lo que permitió obtener considerables cantidades de material genético. En 1969 se logró convertir la información genética contenida en el ARN en la información equivalente en el ADN (como la que llevan a cabo cuando infectan células los virus cuyos genes consisten en ARN, el del Sida o VIH, por ejemplo). Esto, con ayuda de nuevas manipulaciones, indujo a creer en la posibilidad de la ingeniería genética, es decir, la perspectiva de sustituir determinados genes por otros, incluso genes de organismos distintos del receptor.

Por iniciativa del profesor Paul Berg, de la Universidad de Stanford, que había «creado» por su cuenta un virus sintético, la Academia Nacional de Ciencias de Estados Unidos organizó en 1973 una confe-

rencia internacional en Asilomar, California, para tratar de los peligros potenciales de estos procedimientos. Su resultado fue una moratoria de la manipulación genética por parte de los investigadores, apoyada por la mayoría de las instituciones académicas, en tanto no se establecieran normas administrativas para evitar el riesgo. Esto se hizo efectivo en una segunda conferencia, en 1974. Desde entonces, los gobiernos nacionales, asesorados por comités cuyos miembros no son exclusivamente científicos, han autorizado la investigación en la manipulación genética y sus aplicaciones. A pesar de estas disposiciones, la manipulación genética industrial no cuenta con una aprobación social generalizada, especialmente en algunos países, como Alemania.

Parece haber menos discrepancias respecto al valor eventual del Proyecto Genoma Humano, llamado así porque este programa coordinado de investigación internacional se propone determinar la secuencia en que están dispuestos los tres mil millones de unidades químicas de la dotación humana de ADN. Este proyecto se completará poco después del final de siglo, con seguridad en el año 2005 y probablemente dos años antes. ¿Qué valor tendrá su resultado?

Un beneficio evidente será la facilidad y, cosa aún más importante, la certidumbre con que se podrán identificar los genes relacionados con las enfermedades humanas. Ya en los años ochenta se empleaban pruebas de diagnóstico para identificar portadores individuales de algunas enfermedades, lo que condujo (por lo menos en las sociedades avanzadas) a evitar nacimientos de seres genéticamente amenazados por enfermedades como la hemofilia, las talasemias, la fibrosis quística y otras. Pero la extensión de programas de este tipo al conjunto de las enfermedades heredadas se verá probablemente limitada por razones prácticas, especialmente su coste y la complejidad de los modos de herencia de algunas enfermedades, así como por consideraciones éticas, en especial la dificultad de informar de la suerte que les espera a quienes sufrirán de afecciones como las llamadas de Huntington y de Alzheimer.

Lo que proporcionará el Proyecto son medios por los cuales las compañías farmacéuticas y los médicos puedan investigar con más confianza los mecanismos de la enfermedad en general, señalando hacia nuevas terapias medicinales. En los ochenta, este enfoque ha permitido proporcionar terapias medicinales preventivas a personas

expuestas a ataques cardíacos causados por altos niveles congénitos de colesterol en la sangre. La comprensión de la naturaleza de los genes ha hecho posible, asimismo, una mejor comprensión del cáncer. Desde los ochenta, la presencia de muchas clases de tumores se ha relacionado con cambios genéticos en las células de los tejidos en que se forman los tumores, lo cual conduce a la posibilidad de encontrar medicamentos que extirpen directamente los tumores. No es preciso decir que cuando se complete el Proyecto Genoma Humano se dispondrá de importantes pistas sobre la evolución de la especie humana, por lo menos en los últimos cinco millones de años de la evolución desde un antepasado común.

La medicina inició el siglo xx como terminó el xix. Un mejor uso del éter para la anestesia posibilitó nuevas operaciones quirúrgicas, en tanto que el reconocimiento de que las enfermedades infecciosas se deben a microorganismos como los descritos por Pasteur en Francia y Koch en Alemania despertaron un gran interés en la vacunación contra las enfermedades infecciosas. Esta técnica fue desarrollada primero en Gran Bretaña, a finales del siglo xviii, por el veterinario William Jenner y se empleó con éxito para prevenir la viruela. Pero las vacunas a la vez seguras y eficaces llegaron lentamente; así, por ejemplo, sólo en los años treinta se introdujo la profilaxis de la difteria.

Para entonces se habían sentado los fundamentos de los tratamientos a base de medicamentos de enfermedades infecciosas que marcaron los jalones de la medicina en la segunda mitad del siglo. En 1931, Alexander Fleming, del Hospital St. Mary de Paddington, descubrió que un hongo o moho del género *Penicillium*, transportado por el aire, poseía la propiedad, antes insospechada, de ser letal para las bacterias. Durante la segunda guerra mundial, un eficaz producto químico llamado penicilina fue el primero de los antibióticos empleados. Más tarde se descubrieron muchas variantes del mismo tema como resultado de investigaciones sistemáticas de las propiedades bactericidas de otros hongos y mohos. Comparados con otros costes medicinales, estos productos son relativamente baratos y su empleo generalizado en las décadas que siguieron a la guerra ha reducido considerablemente la mortalidad infantil y de adultos en los

países desarrollados, y ha contribuido a modificar los patrones demográficos de otros lugares.

Hay infecciones causadas por virus, entre las cuales se encuentra la viruela, que no son directamente susceptibles a los antibióticos, de modo que las vacunas siguen siendo la principal defensa frente a ellas. El desarrollo en 1956, por el inmunólogo norteamericano Jonas Salk, de una vacuna contra la poliomielitis fue un jalón importante en la mejora, a nivel internacional, de la salud pública, especialmente después de que Albert Sabin, también norteamericano, desarrollara una vacuna de administración oral, lo que hace su empleo mucho más fácil en los países pobres. En 1995, la Organización Mundial de la Salud (OMS) adoptó como objetivo, para la primera parte del nuevo siglo, la erradicación de la poliomielitis en todo el mundo. Desde 1990, no se ha registrado ningún caso de viruela.

Pese a estos éxitos, las habituales expresiones de optimismo de los años cincuenta acerca de la erradicación de las enfermedades infecciosas se moderaron hacia finales de siglo, tras reconocerse que muchas bacterias son capaces de cambiar genéticamente y con ello dejan de ser susceptibles a los antibióticos —fenómeno que se llama resistencia—, y que los virus y bacterias en el medio ambiente (o que infectan crípticamente otras especies de animales) cuya existencia acaso ni siquiera esté catalogada, pueden surgir como graves amenazas al bienestar humano. Es notable que en los decenios finales del siglo se reconocieran por primera vez la enfermedad del legionario y la enfermedad de Lyme (ambas causadas por bacterias antes desconocidas), la fiebre de Lassa, las enfermedades virales de Ébola y del Mono Verde y, cosa aún más grave, el Sida (síndrome de inmunodeficiencia adquirida), todas ellas causadas por virus antes ignorados. Al terminar el siglo existía notable preocupación ante el temor a un resurgimiento virulento de bacterias como las que causan la tuberculosis y otras. Hay buenas razones para creer que la aparición de nuevas infecciones continuará a medida que cambien las características demográficas de la población mundial y al hacerse más frecuentes los viajes por el mundo.

Tal como están las cosas, puede que el tratamiento del Sida resulte un modelo para tratar nuevas formas de infección que todavía no han aparecido. Esta enfermedad se identificó por primera vez

como infección en 1981, y en 1984 como causada por un virus, que probablemente evolucionó a partir de un inofensivo parásito de monos africanos. En 1990 ya se había comprendido en gran medida la función de siete de sus genes diferentes; en 1995 se disponía ya de su estructura genética entera, y en 1996 los productos químicos llamados «inhibidores de proteasa» se administraban a pacientes para interferir concretamente con uno de los genes. Los primeros resultados son alentadores, pues incluso si no constituyeran una cura representan un triunfo considerable de lo que se ha empezado a llamar «medicina molecular».

La medicina del siglo xx se ha ocupado, aparte de las infecciones, principalmente de controlar, con mayor o menor éxito, el funcionamiento de los órganos del cuerpo humano, por medio de hormonas naturales o de sus equivalentes sintéticos. Con este fin, en 1922 Frederick Banting y Charles Best, de la Universidad de Toronto, trataron a los pacientes de diabetes con un producto que llamaron insulina, extraída del páncreas del perro. A finales del decenio, la insulina animal (conseguida habitualmente de cerdos) ya era de empleo general como paliativo para el tratamiento de la diabetes en los países ricos. Ahora se produce sintéticamente con los métodos de la biotecnología.

El tratamiento con medicamentos de otras condiciones se ha extendido también (especialmente a partir de la segunda guerra mundial) a la regulación de la presión arterial, a las diversas funciones del corazón en general, y al mejoramiento de las funciones de los riñones. Estos tratamientos han tenido consecuencias sociales considerables; por ejemplo, el empleo, a partir de los años sesenta, de análogos de las hormonas sexuales para controlar el ciclo de fertilidad femenino. También hay tratamientos con medicamentos (paliativos y no curativos) de la mayoría de las enfermedades psiquiátricas, pero incluso aquellos cuyo diseño se ha guiado por la creencia de que ya se comprendía el mecanismo subyacente de la enfermedad, han producido tanta perplejidad por su modo de acción como la misma condición que están destinados a tratar. Con todo, la eficacia de estos paliativos ha alentado a muchos gobiernos a suprimir el cuidado en asilos para los psiquiátricamente incapacitados.

Entretanto, en la cirugía de finales de siglo se expresa la idea del cuerpo humano como una robusta máquina. ¿Necesitas un nuevo riñón o un corazón nuevo? Lo tendrás, si encontramos uno. ¿Tienes la sangre llena de indeseables productos de desecho? Te la limpiaremos. Las perspectivas son todavía más deslumbrantes: complementar los genes que no cumplen con su trabajo por otros que lo hagan (terapia genética lo llaman), regenerar órganos, como los músculos y el hígado partiendo de células embrionarias que quedan de la ontogénesis, el proceso cuya fórmula es la misma que la del ADN y por el cual una única célula fertilizada produce un adulto capaz de manufacturar sus propias células germinales, con lo cual se evita la necesidad de trasplantes de órganos. Se trata, desde luego, de posibilidades inscritas en el futuro, acaso para dentro de un decenio.

Hay que aclarar la distinción entre ciencia y tecnología. La ciencia es la tentativa colectiva y acumulativa de comprender el mundo natural, mientras que la tecnología es el conjunto de técnicas por las cuales personas e instituciones (entre ellas las empresas comerciales) tratan de alcanzar sus objetivos: curar enfermos, cultivar alimentos y manufacturar máquinas, instrumentos y otros productos.

No hay una conexión necesaria entre ciencia y tecnología. Las máquinas de vapor de James Watt, que en los dos primeros decenios del siglo XIX transformaron la tecnología de Europa occidental, fueron diseñadas sin tener en cuenta lo que ahora llamamos ciencia. Pero la primera máquina voladora, construida por Orville y Wilbur Wright, que en 1903 voló a lo largo de una milla en Kitty Hawk, en Carolina del Norte, se había probado antes muchas veces en un túnel de vientos que los dos hermanos construyeron en su base de Ohio. La ciencia de la aeronáutica llegó sólo más tarde, como una especie de racionalización del fenómeno de volar.

La otra impresionante innovación del primer decenio del siglo, sin embargo, estaba firmemente enraizada en la ciencia. En 1901, Guglielmo Marconi cruzó el Atlántico con señales de radio y al hacerlo se basó en el trabajo de laboratorio del físico alemán Heinrich

Hertz, realizado en los años ochenta del siglo XIX, y en las teorías anteriores de James Clerk Maxwell. De modo similar, el desarrollo en 1909 por el químico Fritz Haber, de la Universidad de Karlsruhe, de un método industrial para la conversión del nitrógeno de la atmósfera en amoníaco fue la fuente principal de los fertilizantes agrícolas de décadas posteriores, al mismo tiempo que mostraba al resto de Europa la flexibilidad de la industria química alemana.

En el curso del siglo XX se reforzó mucho la dependencia mutua entre ciencia y tecnología. A finales del siglo, algunas industrias (la biotecnología, por ejemplo, y el diseño de computadoras) han surgido de los laboratorios de investigación, mientras que destacados descubrimientos del último decenio del siglo relativos a los confines del universo se llevaron a cabo principalmente con técnicas desarrolladas con fines militares entre 1935 y 1970. Es muy probable que las tecnologías de la próxima década estén enraizadas todavía más firmemente que en el pasado reciente en los laboratorios de investigación.

Las cuatro ramas de la tecnología que ya se esbozaban en el primer decenio del siglo incluían casi todo lo que siguió. Tomemos como ejemplo la producción de energía. En 1897 Charles Parsons, cuya empresa familiar de ingeniería competía por participar en la electrificación de Gran Bretaña, se dio cuenta de que el rendimiento de una máquina de vapor aumentaría notablemente si el vapor caliente perdía su energía a lo largo de una serie de etapas. Inventó así la turbina de vapor, que se instaló en un pequeño buque al que se bautizó con el nombre de *Turbina* y que alcanzó una velocidad superior a los treinta nudos en el puerto de Cowes, donde tenía lugar una regata real para celebrar el jubileo de diamante de la reina Victoria. Dado que las turbinas de Parsons eran fuentes de energía menores que las viejas máquinas de vapor, se prefirieron inmediatamente para la propulsión de navíos, y en 1914, al estallar la primera guerra mundial, varios buques de la armada británica, entre ellos el acorazado *Dreadnought*, estaban ya equipados con turbinas. Éstas siguen siendo el modo más eficaz para grandes navíos, tanto comerciales como mili-

tares. Las turbinas de vapor son también las fuentes corrientes para mover grandes generadores de electricidad, en gran parte debido a su rendimiento. A finales de siglo se hallan en servicio turbinas capaces de producir mil megavatios de electricidad con un rendimiento del cuarenta por ciento.

Como el equipo para utilizar el vapor es forzosamente voluminoso, la innovación de Parsons no aportó nada a lo que más interesaba a comienzos de siglo, es decir, la propulsión de los vehículos pequeños, en especial los automóviles. El motor de combustión interna de cuatro émbolos, inventado por Nikolaus Otto en 1876, se había convertido en la base de la industria automovilística de Estados Unidos, que a comienzos de siglo estaba ya en pleno crecimiento. En 1898, Rudolf Diesel anunció el desarrollo de una variante radical del diseño de Otto, que ofrecía un rendimiento mayor y la posibilidad de eludir la necesidad de emplear como combustible una fracción destilada del petróleo crudo. Los motores Diesel se han convertido, a finales de este siglo, en los preferidos para los vehículos pesados y los buques menores, así como para diversas fuentes inmóviles de energía, como los generadores supletorios de electricidad.

Siguiendo la tradición de Parsons a finales de los años treinta, el británico Frank Whittle empezó a estudiar una nueva fuente de energía motriz, una turbina movida por aire caliente comprimido *(jet stream)*, con la que se proponía reducir el peso de la propulsión de aeronaves con el atractivo de un mayor rendimiento a altas velocidades en el aire. En esta ocasión, sin embargo, los militares británicos se mostraron menos acogedores con la innovación, que sólo después de la segunda guerra mundial se desarrolló plenamente; hoy, la enorme industria civil del transporte aéreo descansa plenamente en las ventajas técnicas del motor de jet. La propulsión por cohetes, en contraste, sigue siendo predominantemente una tecnología militar; su origen se halla en el programa alemán de desarrollo de misiles durante los años treinta y en un programa ruso equivalente.

La energía motriz exige carburante, tradicionalmente madera o agua corriente, y carbón desde finales del siglo XVIII. El siglo XX ha mostrado imaginación en la explotación de otras fuentes de energía. La industria automovilística norteamericana se fundó en el descubrimiento de petróleo en los esquistos de pizarra de Pennsylvania, cuya

importancia quedó pronto superada por nuevos descubrimientos en Louisiana y Texas en los años veinte. La economía petrolera mundial se desarrolló con la constatación de que las reservas petrolíferas del Próximo Oriente son a la vez mayores y más fáciles de explotar (y, por tanto, más baratas) que las de cualquier otro campo petrolífero. Desde los años setenta, las plataformas continentales han resultado también prolíficas fuentes de petróleo crudo.

La otra innovación importante del siglo xx ha sido la explotación de la energía nuclear, concretamente la del uranio fisible como fuente de energía; el optimismo de los años cincuenta acerca del potencial de esta nueva fuente de energía se moderó en décadas posteriores por el alto costo de los dispositivos de seguridad y por el accidente de uno de los reactores de la central nuclear de Chernobil, en Ucrania, en abril de 1986. Aun así, en los años noventa más de la mitad de la energía de Japón y Francia la generaban fuentes nucleares, pero queda por ver si en los próximos decenios se reanima la industria nuclear.

El desarrollo de la aviación fue muy rápido después de los primeros vuelos de Carolina del Norte, aunque principalmente con fines militares. Gran Bretaña, Francia y Alemania establecieron industrias de construcción de aviones y las emplearon con ciertos resultados en la primera guerra mundial. Ni las distancias que podían recorrer estos aviones ni la carga que podían llevar eran bastante grandes para causar grandes daños, lo cual tuvo por consecuencia que las máquinas voladoras se emplearon sobre todo para reunir información táctica. En todo caso, siguió mejorando firme e inexorablemente el uso de las máquinas más pesadas que el aire, gracias al aumento de la demanda tanto militar como civil. En medio siglo la velocidad se ha multiplicado por cinco y la carga por veinte. En el último cuarto del siglo, las líneas aéreas británicas y francesas han llegado a operar con un avión supersónico, el Concorde, que puede viajar al doble de la velocidad del sonido por el aire. Pero no está claro si se sustituirá la pequeña flota en servicio de estos aviones.

El invento de Marconi a comienzos de siglo tuvo una secuela muy espectacular. Por entonces, resultaba evidente para sus usuarios y para los hombres de negocios el valor de la comunicación a larga distancia mediante el telégrafo, pero su capacidad de transportar mensajes era muy reducida. El teléfono, inventado en los años setenta del siglo XIX, había mostrado cuán beneficioso sería un sistema que transmitiera la palabra hablada a grandes distancias, mayores que las que pudieran cubrir el par de cables de cobre que conectaban los teléfonos.

La demostración de Marconi produjo una gran conmoción en ambos lados del Atlántico y despertó el interés por entender los mecanismos de la propagación de ondas de radio y por mejorar los medios para detectar las señales de radio. Lo primero condujo a identificar capas electrificadas de gas en la atmósfera terrestre, ahora llamadas colectivamente ionosfera, que hacen posible que las señales de radio se reflejen, como si hubiese un espejo en el cielo, en partes muy distantes del mundo. Lo segundo llevó al desarrollo de la electrónica, con el apoyo de descubrimientos científicos y de ingeniosas innovaciones de ingeniería.

La comunicación por radio se basa en el principio de que una onda electromagnética puede transportar una señal. El mecanismo que se desarrolló para hacer identificable cada señal al oído de su receptor fue la válvula termiónica (llamada *tube* en Estados Unidos), que es acaso el invento más ingenioso de todo el siglo XX. Al principio, cada una costaba el equivalente de una semana de salario en los países donde se empleaba profusamente, y se manufacturó por millones todos los años, al ir creciendo la industria de la transmisión radiofónica internacional. Luego, a principios de los años treinta, la Radio Corporation of America empezó a transmitir señales que correspondían a imágenes móviles (en monocromo) y las transmisiones de televisión comenzaron a lo grande al terminar la segunda guerra mundial. Poco después se inició la televisión en color, una vez resuelto el problema de representar las señales.

Entretanto, en los años treinta Robert Watson Watt, en Gran Bretaña, había propuesto el empleo de las vibraciones de las ondas

de radio para detectar aviones hostiles, que se creía que pronto serían muy numerosos. Esta técnica, llamada «radar» (por las primeras letras de *radio detection and ranging*) fue la base de un extenso sistema de defensa aérea instalado por Gran Bretaña en 1940. Sigue siendo el medio principal para regular el tráfico de aviones civiles y ha transformado la navegación marítima, al mismo tiempo que se emplea para seguir objetos en órbita alrededor de la Tierra. Las microondas son el mejor medio para comunicar entre la superficie de la Tierra y los objetos activos en el espacio. Principalmente por lo compacto que es el equipo, como puede verse por la pequeña dimensión de las antenas parabólicas que se emplean para la recepción de las emisiones procedentes de los satélites terrestres.

Entretanto, el diseño cada vez más perfeccionado de circuitos electrónicos, en el curso de los años treinta, reavivó el interés por un campo descuidado desde que Charles Babbage, casi exactamente un siglo antes, intentara construir «máquinas computadoras». Por un lado, se consideró que las propiedades de los circuitos electrónicos podían escogerse para simular directamente la conducta de otros sistemas, lo que llevó al desarrollo de computadoras «analógicas». Otros medios fueron electromecánicos, en los cuales se combinaban los circuitos electrónicos y las articulaciones mecánicas movidas por pequeños motores eléctricos. Pero los verdaderos precursores de las hoy ubicuas computadoras electrónicas fueron las máquinas desarrolladas en Estados Unidos a finales de los años treinta, en las que se empleaban tarjetas perforadas (llamadas *punched cards*) para representar datos y para proporcionar información sobre cómo debían procesarse estos datos.

La importancia de estas máquinas, llamadas digitales porque manipulan separadamente los dígitos en los números, es doble. Primero, confían en el código binario o en líneas de dígitos «0» y «1» para representar la información numérica. Segundo, las operaciones matemáticas arbitrarias que han de efectuarse pueden representarse también con el mismo código, proporcionado a la máquina por lo que se llama un «programa».

La segunda guerra mundial proporcionó ingenieros expertos en

el procesamiento y la transferencia exacta de señales, y ya en 1949 se habían construido por separado dos aparatos prototipo, que funcionaban uno en el Instituto de Tecnología de Massachusetts y el otro en la Universidad de Manchester. Aunque luego se construyeron versiones más refinadas de estos aparatos, que se vendieron con fines comerciales y de investigación (especialmente para el diseño de armas nucleares), su dependencia respecto a las válvulas termiónicas hacía que fueran lentas y de difícil manejo.

Una maravillosa coincidencia facilitaría una solución. En 1947, William Shockley, John Barden y Walter Brattains, del laboratorio de investigaciones de la Bell Telephone Company en Nueva Jersey, inventaron un aparato al que llamaron transistor, que a finales de siglo ya había sustituido casi por entero la válvula termiónica excepto cuando se necesitaban señales de muy alta energía. Las ventajas de estos aparatos saltaron a la vista inmediatamente: eran intrínsecamente pequeños, robustos (hasta toscos), de fabricación potencialmente barata, capaces de operar con altas frecuencias con un consumo muy bajo de electricidad. El resultado inmediato fue doble: la producción en masa de aparatos electrónicos (por ejemplo el radio transistor, que se popularizó en todo el mundo en los años sesenta) y el desarrollo de computadoras digitales económicas, mucho más potentes de lo que antes se previera. En los años sesenta y setenta, empresas como la IBM manufacturaron y vendieron a organizaciones comerciales, de defensa y de investigación miles de computadoras *mainframe*, cada una de las cuales era capaz de efectuar varios millones de operaciones aritméticas por segundo.

Pero había muchas aplicaciones potenciales de la computadora para las cuales no se podían utilizar estos aparatos, especialmente en aviación y para guiar misiles estratégicos. A finales de los años sesenta, la Advanced Research Project Agency del Departamento de Defensa norteamericano patrocinó un programa de investigación que condujo al desarrollo del microprocesador —nada menos que una computadora electrónica grabada en un pedazo de silicio (que suele llamarse «chip») de una dimensión no superior al milímetro—. Esto, a su vez, hizo posible el diseño y la manufactura del PC u ordenador o computadora personal, gracias no sólo al bajo costo de los microprocesadores sino también al desarrollo de programas que

permitían que los usaran personas no adiestradas en la ciencia informática.

La moda del ordenador personal fue la fuerza motriz de otra innovación técnica: una red global (llamada «internet»), por medio de la cual ordenadores de todos los tamaños pueden intercambiar información voluntariamente (y a veces involuntariamente). Por ahora, este sistema depende de que haya espacios disponibles en las redes de comunicación global por medio de satélites aéreos y de cables submarinos. El próximo siglo nos permitirá ver si se desarrollará en forma de sistema de comunicaciones separado, o en la de una editorial, o ambas cosas, y también cómo pagarán por su uso quienes lo empleen.

La fábrica industrial de Haber, dedicada a la síntesis del amoníaco, fue importante no sólo porque proporcionaba una fuente barata de fertilizantes nitrogenados para la cada vez más productiva industria agrícola europea y norteamericana, sino también porque ofrecía a la industria química del siglo xx uno de sus objetivos más conspicuos: cómo realizar en una fábrica las trasmutaciones químicas que suelen tener lugar mediante procesos naturales.

Sabiendo que las fibras textiles naturales son, químicamente, polímeros, es decir, moléculas compuestas de gran número de unidades químicas idénticas ligadas entre sí, los químicos se propusieron sintetizar estructuras de este tipo. Una de las primeras síntesis fue la de un análogo de las fibras que se encuentran en la pulpa de madera para la manufactura de papel, el «rayón». A esto siguió en 1929 el primer caucho sintético, y en 1935 el nylon. Las bases de la industria textil británica con poliéster se establecieron en 1941, y al mismo tiempo tuvo lugar el proceso para desarrollar el polietileno. El fundamento del «milagro económico» de Italia de los años cincuenta fue el desarrollo en este país, en 1954, de la manufactura de una versión estructuralmente regular de polietileno.

En los decenios finales del siglo, el interés por el diseño de polímeros que simularan las fibras textiles pasó a otros con propiedades especiales. Un polímero diseñado para ser resistente al calor, y empleado en los años sesenta para recubrir las cabezas nucleares de los misiles balísticos, protegiéndolas del calor por fricción producido

por el rápido movimiento en la atmósfera, tiene importantes aplicaciones en la ingeniería (además de producir el «teflón» para recubrir utensilios de cocina). Se han diseñado otros polímeros de material químico orgánico para conducir electricidad, y de algunos se ha afirmado incluso que tienen la propiedad de ser superconductores, es decir, que no ofrecen literalmente ninguna resistencia al paso de la corriente eléctrica.

A fines del siglo, la imitación más directa de la vida en el laboratorio (y en la fábrica) es la que representa lo que se llama «biotecnología». Desde que en 1972 se confirmó que cuanto se sabía sobre la constitución de los organismos vivos bastaba para permitir la manipulación artificial de los genes, aumentó mucho el recurso a las bacterias y otras células para producir medicinas importantes, por ejemplo la insulina para el tratamiento de la diabetes, el Factor VIII para el tratamiento de la hemofilia. A partir de los años ochenta se han producido de esta manera muchos otros materiales biológicos.

No es fácil calibrar el impacto económico de esta nueva industria. El valor anual en el mercado de los productos de la ingeniería genética (en su mayoría medicamentos de alto coste) se estimó para el año 1995 en más de quince mil millones de dólares, una cifra probablemente inferior a la real, dada la rapidez con que se han concedido licencias de venta de nuevos productos en los años finales del siglo. Además, la aplicación de nuevas técnicas en el cultivo de cosechas mejoradas tuvo poco efecto antes de terminar el siglo, en parte por los obstáculos administrativos al cultivo de organismos preparados «en el campo», en tanto que la terapia genética, propugnada en los años ochenta para el tratamiento de enfermedades genéticas humanas y para algunas formas de cáncer, espera aún que se descubra una técnica que permita injertar genes sanos en cromosomas humanos en el lugar al que corresponden de manera natural. La misma dificultad afecta al trasplante de genes para la mejora artificial de las razas de animales domésticos.

Este orden de cosas no presagia para el siglo XXI una situación clara, si bien algunas tendencias actuales tienen suficiente empuje para seguir influyendo en el futuro. No es fácil que se desvanezca la

ambición actual de conseguir nuevos materiales mediante la manipulación y la distribución de átomos, ni tampoco que se echen al olvido los diversos planes para simular partes del sistema nervioso humano en el diseño de sistemas informáticos capaces de desplegar poder sensorial y analítico. Esto último puede que llegue a hacer realidad uno de los sueños frustrados del siglo xx, reflejado en la expresión «inteligencia artificial».

La biotecnología ejercerá, sin duda, una poderosa influencia en la medicina y la agricultura de las décadas venideras. Ahora que, por ejemplo, se comprenden las causas moleculares de muchas formas de cáncer, no parece probable que se retrasen mucho los tratamientos eficaces, al mismo tiempo que la mejora genética de las plantas puede tener efectos radicales en la agricultura y la producción mundial de alimentos.

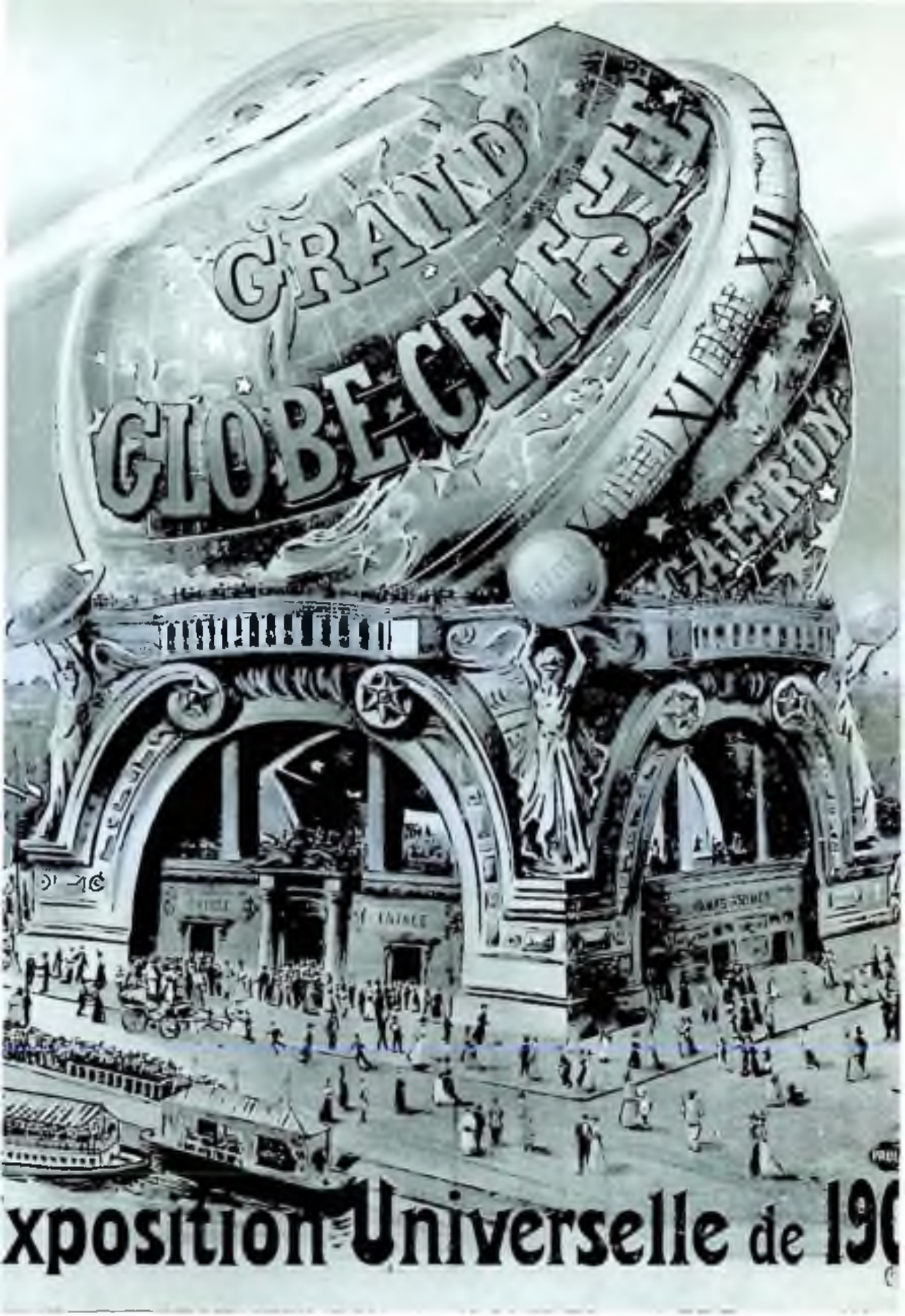
Finalmente, la producción de energía será, verosímilmente, causa de muchas disensiones. A finales de siglo existen motivos considerables para temer que el clima terrestre cambie a peor debido especialmente al constante consumo de carburante fósil, carbón y petróleo en especial. La energía nuclear es la única fuente alternativa de electricidad, pero suele ser impopular. Sin ella, la elección parece vacilar entre sentir demasiado calor al aire libre y demasiado frío en casa. No parece probable que el próximo siglo se resigne a esta incómoda situación. Como consecuencia de esto, el mundo se ha convertido en una única comunidad global cuya población ejerce una importante presión sobre los recursos finitos del planeta.

# 5. El crecimiento de una economía mundial

ROBERT SKIDELSKY

En el siglo xx, la economía mundial medida en ingreso real por persona ha crecido en un 1,5 por ciento por año, lo cual significa un incremento dos veces y media superior al del siglo xix. Como resultado de ello, los niveles absolutos del ingreso per cápita son tres o cuatro veces más elevados a finales de siglo que en su comienzo. Sin embargo, estos avances se han distribuido de modo desigual. Aunque Asia y América Latina han crecido más rápidamente que Europa occidental y Estados Unidos, su ingreso por persona ha aumentado más lentamente, debido a que el aumento de su población ha sido tres veces mayor. Al terminar el siglo, el ingreso promedio por persona de tres quintos de la población mundial —tres mil millones de personas, principalmente en el África subsahariana, India y China—, apenas representa una veinteava parte del de los veinticuatro países más ricos del mundo. A lo largo del siglo, sólo un puñado de países pobres ha alcanzado a los que lo comenzaron siendo ricos.

El crecimiento no ha sido continuo a lo largo del siglo. Pueden distinguirse cuatro fases, con tres rupturas de tendencia provocadas por «sacudidas» externas, que orientaron la economía mundial hacia caminos de crecimiento menor o mayor. Cada fase se caracteriza por un tipo diferente de economía política, pues dichas sacudidas provocaron cambios en instituciones y políticas. Podemos identificar las cuatro fases de la vida económica del siglo xx por sus características político-económicas: mercado liberal (1900-1913); autarquía (1914-1950); mercado administrado u orientado (1950-1973) y mercado neoliberal (desde 1973). La figura 3 indica los rasgos más visibles de estas cuatro




Este cartel de Paul Dupont para la Exposición Universal de París, de 1900, sugiere la fuerza de la concepción global del mundo a comienzos de siglo.

La rebelión de los bóxers, en 1900, tuvo como resultado un acuerdo punitivo impuesto por las potencias occidentales a China, que incluía la ejecución de los jefes de la sublevación delante de las tropas extranjeras, como se ve en la foto superior. En la inferior, la emperatriz viuda Ci Xi, figura decisiva en la política china desde los años setenta hasta su muerte en 1908. Se la ve en su silla imperial cargada por los eunucos de la corte, cinco años después del aplastamiento de los bóxers.

Imágenes de las clases acomodadas en sus momentos de ocio, al comienzo del siglo. *Arriba*, el gran duque Mijail Alexandrovich de Rusia, con un lujoso y caprichoso traje. *Abajo*, unos británicos en Birmania soportan «la carga del hombre blanco». Para muchos europeos, las colonias tropicales ofrecían un nivel de vida, una carrera y unas oportunidades sexuales que, de otro modo, habrían estado fuera de su alcance.

La tasa anterior de emigración anual a Estados Unidos casi se dobló al empezar el siglo. En 1906 llegaron al país 1 100735 personas, procedentes en su mayoría de Europa central, meridional y oriental, que buscaban libertad y prosperidad en una «nueva» tierra. *Abajo*, una manifestación popular en Petrogrado contra el opresor régimen zarista.

Al avanzar el siglo xx, la vida cotidiana de muchas personas en todo el mundo cambió gracias a los progresos científicos y técnicos. *Arriba*: Orville Wright en su primer vuelo con pasajero, en 1908. *A la derecha*: J. J. Thomson y F. B. Jewett examinan en 1923 un tubo al vacío en el famoso laboratorio de Cavendish de Cambridge; los estudios de Thomson de rayos dentro de tubos en que se había hecho el vacío condujeron en 1897 al descubrimiento del electrón. *Abajo*: Tres damas de paseo en un Ford modelo T, en 1924.

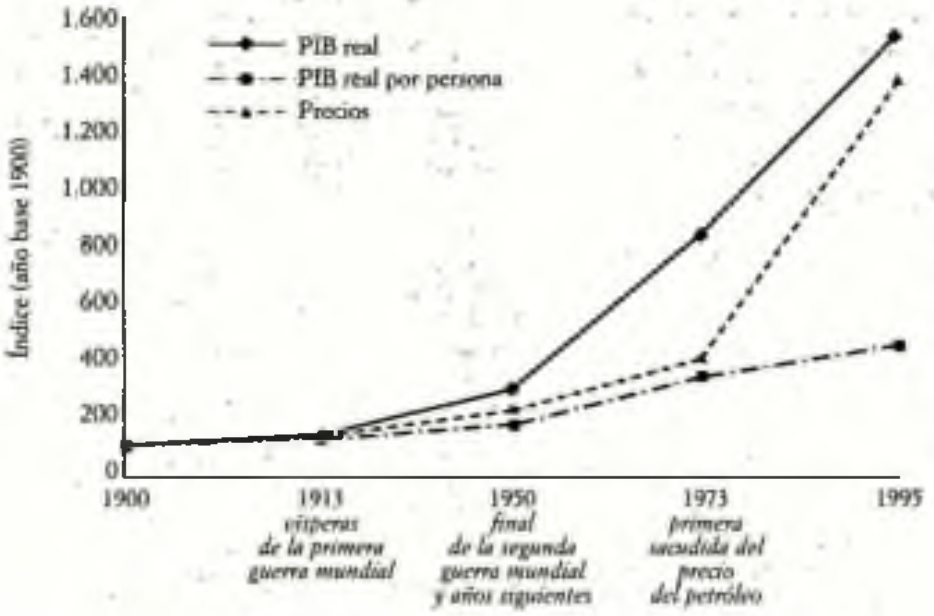
Representación pictórica japonesa del ataque por sorpresa a buques de guerra rusos, en Port Arthur, ataque que dio origen a la guerra ruso-nipona. A diferencia del ataque a Pearl Harbor en 1941, el de 1904 suscitó mucha admiración en Gran Bretaña y Estados Unidos. Su victoria dio a Japón un lugar entre las grandes potencias.

Una excepcional foto del kàiser Guillermo II y su séquito al subir a los automóviles imperiales. En general se los retrataba a caballo, espléndidamente ataviados, pues se adaptaron a regañadientes a las monótonas exigencias del siglo xx.

«La guerra para acabar todas las guerras.» Tropas australianas en Passchendaele, en 1917, donde la artillería pesada convirtió el terreno en un pantano que hizo imposible todo movimiento de avance. En la foto de abajo, terminada la guerra, el 4 de diciembre de 1918, un satisfecho Woodrow Wilson embarca hacia Europa, donde espera dar forma a un orden mundial justo, pacífico y democrático en la Conferencia de Paz de París.

Brancusi, ayudante durante un breve tiempo de Rodin, rechazaba el fácil atractivo de la escultura del famoso artista y opuso a su célebre *Beso* de tamaño natural este pequeño pedazo de piedra casi sin estilo, con escaso detalle y ninguna excitación, a la vez primitivo y profundamente emotivo.

*Las señoritas de Aviñón*, pintadas en 1907 por Picasso en un intento inacabado de marcar un jalón decisivo, se consideran ahora con ambigüedad como el comienzo del cubismo o como un adiós a su anterior personalidad, más española que parisina.




3. Índices del PIB real; del PIB por persona, y nivel de precios, 1900-1995
*Nota*: Los países se clasifican según su PIB relativo, de acuerdo con Maddison. El índice no incluye las hiperinflaciones de Asia y América Latina. África no se incluye en ninguno de los índices.
Fuentes: Angus Maddison: *The World Economy in the 20th Century* (OCDE, 1990); B. R. Mitchell, *International Historical Statistics* (2ª edición, Basingstoke Publications, 1993).

fases, junto con los principales acontecimientos que determinaron la transición de una fase a la siguiente.

El hecho de que los años de mediados del siglo fueran una «edad dorada», no sólo para el mercado capitalista sino asimismo para las economías planificadas comunistas, sugiere que los sistemas planificados, partiendo de una base baja, pueden también acumular riqueza rápidamente durante cierto tiempo, con tal de que supriman implacablemente las exigencias de consumo de su población. Desde comienzos de los años setenta, el mundo capitalista ha avanzado más despacio y el mundo comunista se ha hundido. Asia oriental ha sido la principal excepción en esta reciente pérdida de dinamismo económico, lo cual podría sugerir a muchos que el próximo siglo será asiático.

Los primeros años del siglo fueron una coda, a la que se prestó poca atención, de la época liberal. Keynes los vio como un «Eldorado económico» al que apenas afectaban «los proyectos y la política del militarismo y del imperialismo, las rivalidades culturales y raciales, los monopolios, exclusiones y restricciones». El orden económico mundial estaba todavía moldeado por los principios del liberalismo clásico: los gastos gubernamentales y los impuestos eran bajos y los presupuestos equilibrados, el estado del bienestar estaba en su infancia, los precios y los tipos de cambio eran estables, el capital y el trabajo eran geográficamente móviles, y la clase gobernante, mezcla de aristocracia y burguesía, dirigía los principales Estados. La premonición más inquietante de lo que iba a venir fue la subida de los aranceles después de 1880, aunque, con algunas excepciones, se mantenían relativamente bajos. Y las restricciones cuantitativas eran desconocidas.

Con la recuperación económica de finales de los noventa del siglo pasado llegó el auge de las inversiones —mayor en duración y volumen que las alzas anteriores—, durante el cual los ahorros de Europa occidental fluyeron no sólo hacia sus propias economías locales, sino también hacia servicios públicos, ferrocarriles, puertos, agricultura e industrias mineras en todo el mundo. La subida de los ingresos reales y los nuevos inventos (el motor de combustión interna, la electricidad, los materiales sintéticos y plásticos) dieron lugar a nuevas industrias de producción en masa, especialmente en Estados Unidos, que iban a dominar el siglo xx. En los tres años de 1911 a 1913, el crecimiento económico anual promedio de Europa fue del cinco por ciento.

Estos años anteriores a la primera guerra mundial fueron la culminación del patrón decimonónico, gracias al cual el crecimiento de los países avanzados de Europa occidental se difundía por el mundo «subdesarrollado», debido a la demanda e importación de alimentos y materias primas y a la exportación de capital y mano de obra. La integración era extensa pero superficial —pues el grueso de la población mundial se dedicaba todavía a la agricultura de subsistencia—, y se conseguía con una mezcla de intercambio económico y de control político (colonialismo), que podían efectuarse gracias a una red de comunicaciones —ferrocarriles, buques de vapor, correos y telégrafo— que en 1914 cubría ya todos los continentes.

Gran Bretaña y Alemania eran las piezas clave de este sistema. Gran Bretaña, el mayor mercado de alimentos y materias primas de Europa, «administraba» el patrón oro que unía las naciones comerciales del mundo en un sistema multilateral de pagos. Su capacidad de contrarrestar su déficit con América del Norte gracias a los excedentes obtenidos por los productos manufacturados exportados a su imperio, en especial India, le proporcionaba un considerable margen para la exportación de capital: en 1913, éste alcanzaba los cuatro mil millones de libras esterlinas, o sea, el doble de su renta nacional. Estas exportaciones de capital, junto con las de Francia y Alemania, proporcionaron los fondos para el desarrollo de Rusia, América Latina, el imperio británico, China, Japón y el Próximo Oriente, al mismo tiempo que la posición central de la City de Londres la convertía en «prestamista de última instancia» de los países cuya balanza de pagos se encontraba en dificultades transitorias. Alemania, más dinámica industrialmente que Gran Bretaña, era la locomotora económica de Europa y proporcionaba a los países vecinos gran parte de sus productos manufacturados y de su capital, y recibía de ellos la mayoría de sus importaciones.

En contra de los argumentos marxistas posteriores, el capitalismo mundial no se hallaba en crisis en el período de preguerra y resulta difícil justificar la afirmación de que las rivalidades económicas causaron la primera guerra mundial. Lo que llevó a su fin esta primera «edad dorada» fueron los cálculos de política extranjera, motivados o reforzados por la inseguridad política de los dirigentes no elegidos de los tres grandes imperios de Europa central y oriental.

La economía política del período de entreguerras estuvo dominada por las consecuencias de la primera guerra mundial, que constituyó lo más próximo a una verdadera línea divisoria de este siglo. La principal característica del período fue el aumento del control gubernamental sobre la vida económica. Esto resultó incompatible con la tentativa de los años veinte de restaurar la tradicional «disciplina del mercado». El choque de dos sistemas de economía política, así como la destrucción del equilibrio de antes de la guerra entre Europa y Estados Unidos, y entre Europa y las periferias que dependían

de ella, proporcionan el contexto indispensable para la gran crisis de 1929-1932 y, en los años treinta, la división de la economía mundial en bloques casi autárquicos, así como para la segunda gran guerra europea.

La primera guerra mundial puso de relieve las técnicas mediante las cuales el Estado puede dirigir con eficacia la vida económica y política de una sociedad. En la economía de guerra, los recursos se asignaban por medio de compras estatales y de la planificación central más que por los mercados y los precios. Los gobiernos movilizaron recursos para el esfuerzo de guerra utilizando una combinación de impuestos altos, empréstitos e inflación. Emplearon hombres de negocios y dirigentes sindicales como agentes de la coordinación de guerra y el control de salarios y reforzaron deliberadamente sus organizaciones.

Estos procedimientos tuvieron un efecto profundo sobre las prácticas subsiguientes de los tiempos de paz, y enraizó la idea de que un gobierno podía planear el desarrollo económico de su país. La noción de que los gobiernos podían dirigir libremente los recursos humanos y de capital de una comunidad sustituyó a la anterior idea liberal de que los recursos de propiedad individual podían ponerse a disposición de los gobiernos sólo para ciertos propósitos limitados y bajo condiciones estrictas. El modelo corporativo o «solidarista» de relaciones industriales sustituyó tanto al modelo de contrato individual predilecto de la derecha como al modelo de lucha de clases de la izquierda.

Estas innovaciones fueron ávidamente aprovechadas por las nuevas dictaduras surgidas de la guerra, que las usaron para justificarse. Cuando Lenin tomó el poder en 1917, aplicó el modelo alemán de la guerra para convertir a Rusia en una gran potencia industrial; el comunismo, dijo, «es el poder de los soviets más la electrificación». El sistema soviético de planificación iniciado por Lenin y completado por Stalin iba a tener gran influencia en la política de desarrollo de China y de la India poscolonial.

La guerra había enseñado al líder italiano Mussolini que la nación es más fuerte que la clase y que el control totalitario es posible, además de necesario, en una «época de lucha». El fascismo italiano inspiró el nacionalsocialismo alemán, el franquismo español y el pe-

ronismo argentino, así como gran parte de la teoría del «Estado de desarrollo» autoritario, tan influyente, después de la guerra, en gran parte de Iberoamérica y del África poscolonial. Su ventaja retórica respecto al leninismo era que dejaba intacto el sistema de propiedad privada, contentándose con someterlo al control estatal.

Pero la primera guerra mundial tuvo una influencia considerable y duradera también en las democracias occidentales. ¿Por qué no aplicar a las tareas de la paz la capacidad organizativa mostrada por los gobiernos durante la contienda? La guerra liquidó la idea del «gobierno limitado», del «Estado vigilante nocturno». La idea de la «planificación democrática» surgida durante la guerra y reforzada por la gran crisis de 1929 y por la segunda guerra mundial persistió hasta los años setenta. La guerra minó la clásica idea liberal de presupuestos equilibrados con bajos niveles fiscales y de gastos. En el siglo xx, los gobiernos democráticos se han apropiado crecientes porciones de la renta nacional para fines de bienestar social y a menudo han gastado más de lo que podrán recaudar en impuestos; el gasto estatal como parte del PIB subió en los principales países capitalistas del 12 por ciento en 1913 al 20-25 entre las guerras y al 45-50 por ciento a finales de los años noventa. Durante todo el siglo, los largos experimentos con políticas de renta tienen asimismo sus raíces en la primera guerra mundial.

Las innovaciones de tiempos de guerra podían contrastarse con los mediocres resultados de las economías de posguerra devueltas a las fuerzas del mercado. Las pérdidas demográficas, la destrucción material y la desorganización económica provocadas por la primera guerra mundial, se vieron agravadas por los enormes errores económicos cometidos al instaurarse la paz. En nombre de la autodeterminación nacional y con el fin de debilitar a Alemania y a sus aliados —objetivos razonables en sí mismos—, los países victoriosos desmembraron los imperios alemán y austrohúngaro, sin pensar siquiera en cómo conservar los beneficios de lo que había sido, de hecho, un mercado único con una población comparable a la de América del Norte. Igualmente desastrosa fue la tentativa de franceses y británicos de hacer pagar reparaciones a Alemania, sobre todo para liquidar su deuda de guerra con Estados Unidos. La lógica tradicional de apoderarse de recursos de los enemigos vencidos se enfrentó a la lógica económica de ayudarlos a recuperarse. Lo que Europa necesitaba era un flujo neto de capi-

tal norteamericano para su reconstrucción y no un flujo negativo para hacer frente al peso muerto de su deuda. En vez de ocuparse de las necesidades financieras de la reconstrucción de Europa, los mejores cerebros de Europa y de Norteamérica gastaron cuatro años tratando de imaginar medios de extraer de Alemania tributos que en realidad nunca serían pagados porque no podían aplicarse.

Como resultado de estos errores de acción y omisión la paz comenzó muy mal. En los Estados sucesores de los vencidos imperios centrales se permitió que continuara y se acelerara la inflación de guerra, en lugar de dar ayuda financiera oficial para aliviar el hambre y favorecer la reconstrucción y una base adecuada de ingresos. Una breve expansión de posguerra, basada más en la demanda, hasta entonces reprimida, que en perspectivas a largo plazo, produjo extravagantes beneficios sobre el papel, que a su vez alimentaron una desbocada especulación en divisas, mercancías, propiedad inmobiliaria y empresas. Era la manera propia de la naturaleza de librarse de la deuda interior y de volver a reanudar la actividad industrial. Pero la locura inflacionaria arruinó a millones de ahorradores, mientras que el colapso de la expansión dejó a una masa de empresas excesivamente capitalizadas y sin perspectivas. El capitalismo se enfrentó a la posguerra con una reputación mancillada.

Las características de cada Estado dictaron la política financiera que se siguió. Mientras que Estados «fuertes», como Suecia, Gran Bretaña y Estados Unidos pudieron imponer pronto severas medidas de estabilización, Estados «débiles» como Francia, Italia, Alemania, Austria y Rusia, siguieron hasta 1924 con la inflación, aunque con tasas distintas. El Estado británico resultó demasiado fuerte para la salud de la economía británica. No se contentó con que se estabilizaran los precios a finales de 1920, sino que persistió en una política deflacionaria para bajar los precios y los costes británicos al nivel de los norteamericanos, con el fin de que la libra esterlina recobrara su paridad de preguerra con el dólar. La economía británica de los años veinte nunca se recuperó de la doble sacudida de un aumento de costes por unidad en 1919 y una prolongada dosis de moneda cara en 1920-1922. En otras partes, por ejemplo en los débiles Estados sucesores de Europa central y oriental, predominaba la hiperinflación; los precios aumentaron un trillón de veces en Alemania. En

esta zona, la estabilización general de la moneda, apoyada por préstamos extranjeros y severas políticas monetarias, no se consiguió hasta 1924, con nuevas monedas basadas en el oro que valían una ínfima parte de las de anteguerra. En contraste, Francia e Italia llegaron sin proponérselo a una tasa «óptima» de inflación, suficiente para permitir que continuara la reconstrucción sin provocar la huida de la divisa nacional. La lira y el franco se estabilizaron entre 1922 y 1924 al 20-30 por ciento de la paridad de anteguerra frente al dólar. Italia (en tiempos de Mussolini) se recuperó rápidamente de la guerra y Francia era el país europeo que mejor se encontraba a finales de los años veinte.

Las condiciones internacionales más estables (una vez resuelta en 1924 la cuestión de las reparaciones, firmado el Tratado de Locarno de 1925 y restablecido gradualmente el patrón oro entre 1924 y 1927) trajeron unos pocos años de desigual prosperidad antes de que estallara la gran crisis de 1929 (que en Estados Unidos llamaron *Great Depression*). El debilitamiento de Gran Bretaña y Alemania fue sólo parcialmente compensado por la constante expansión del consumo de masas en Estados Unidos (más espectacular en los titulares de prensa que en las frías estadísticas) y por el impresionante crecimiento de Japón (partiendo de una base muy baja). En cada medida adoptada se notaba el débil impacto de Gran Bretaña y Alemania en la economía mundial, en especial de su capacidad exportadora. Las exportaciones de productos manufacturados alemanes y británicos en 1926-1929 apenas alcanzaron el 78 y el 88 por ciento de su volumen de 1913, respectivamente, aunque las exportaciones mundiales de esos productos excedieron su volumen de antes de la guerra. El descenso de los sectores tradicionales de carbón, hierro, textiles y construcción naval —motivado por la industrialización de ultramar durante la guerra, la proliferación de aranceles en la posguerra, el cambio de la demanda de carbón por la de petróleo, y el lento crecimiento de nuevos productos—, produjo un persistente y considerable desempleo en ambos países, lo que redujo su capacidad de importar alimentos y materias primas de Europa oriental y de ultramar. La presión a la baja de los precios de productos primarios, que se diagnosticó erróneamente como resultado del exceso de oferta, fue en realidad un problema de insuficiente demanda de Europa

occidental. La expresión monetaria de estos desequilibrios comerciales fue una serie de cambios de divisas inadecuados que condujo a una persistente salida de oro desde Europa, Australasia y Latinoamérica hacia Estados Unidos, así como hacia Francia a finales de los años veinte. Una furiosa competencia por el oro sustituyó así al patrón oro administrado por Gran Bretaña, de la era anterior a 1914.

Además del desbaratamiento de la unidad económica de Europa, primero a causa de una guerra destructora y luego por una paz inepta, el regreso a la normalidad que anhelaba la burguesía europea resultó imposible, debido a una grave inconsistencia en la economía política. Después de la guerra se restauró en el plano internacional el mecanismo de los precios, pero quedaron intactas las organizaciones patronales y obreras reforzadas durante la guerra. El precio de la estabilidad burguesa de los años veinte fue un inmovilismo corporativo que obstaculizó el ajuste de las economías europeas a las nuevas condiciones. Quedó así una situación muy rígida y artificial, en la cual evitar un grave descenso de los ingresos reales de las principales naciones comerciales europeas dependía de las exportaciones de capital de Estados Unidos. La participación de este último país en el comercio mundial era relativamente pequeña; era en gran medida autosuficiente en agricultura y excluía de sus costas los productos manufacturados con los cuales los europeos —y especialmente Alemania— esperaban reembolsar las enormes sumas que recibían en préstamo. Cuando, entre 1928 y 1930, Estados Unidos disminuyó al mismo tiempo sus préstamos y sus importaciones, la economía mundial se hundió.

La gran crisis de 1929-1932 fue el mayor colapso sufrido por la economía mundial en tiempos de paz desde la revolución industrial. Se calcula que el PIB mundial cayó casi el veinte por ciento en volumen, con un descenso del veintiocho por ciento en Estados Unidos. En este país, el desempleo subió al veintidós por ciento y en Alemania, al diecisiete por ciento. En las periferias productoras de bienes básicos, la caída de los precios de exportación redujo los ingresos de la población rural. Con la extensión del colapso, la economía mundial comenzó a desintegrarse. En 1931 se abandonó el patrón oro y, con él, el sistema de compensación multilateral de pagos. A medida que los países trataban de eludir la crisis y luego de recuperarse de la

destrucción económica, se convirtieron en corrientes los aranceles, los controles de cambios, las devaluaciones competitivas, el bloqueo de cuentas y las suspensiones de pagos.

Los años 1929-1932 abarcaron una doble catástrofe, pues, en contra de lo que aseguraba la leyenda, la Unión Soviética también experimentó un desastre tanto económico como demográfico: la NEP (Nueva Política Económica) de Lenin, iniciada en 1921, que sancionó el renacimiento del capitalismo rural, finalmente se abandonó en 1929, cuando el hundimiento del precio mundial del trigo destruyó la posibilidad de financiar la industrialización a través de las exportaciones. Stalin decidió hacer pagar la crisis a los campesinos mediante la confiscación de sus tierras. En enero de 1930, decretó la integración de todas las propiedades agrícolas en gigantescas «fábricas» productoras de alimentos. Entre 1930 y 1933 fueron asesinados o murieron de hambre millones de campesinos, al hundirse la producción agrícola; según estimaciones revisadas, se produjo un descenso del veinte por ciento en el PIB soviético durante el primer plan quinquenal (1928-1932). Estos «éxitos» del estalinismo indujeron a muchos intelectuales occidentales a considerar la planificación centralizada como la única alternativa racional a la «anarquía» de las fuerzas del mercado.

Pero fue Estados Unidos y no la Unión Soviética quien decidió la suerte de la economía mundial para el resto del siglo. Durante la segunda mitad de 1928, los ahorros norteamericanos se apartaron de los préstamos mundiales y se concentraron en el mercado bursátil neoyorquino al alza, y esto destruyó la financiación de las reservas de alimentos y materias primas en Canadá, América Latina, Australasia, así como en los municipios alemanes que habían pedido prestadas grandes sumas en el mercado norteamericano. En interacción con esta tendencia a la deflación actuó la recesión industrial que había comenzado antes y que el hundimiento de Wall Street el 24 de octubre de 1929 intensificó considerablemente. El colapso de las economías norteamericana y alemana convirtió una recesión mundial en una crisis mundial.

La política económica, en lugar de contrarrestar el declive de la actividad económica, lo acentuó. La Ley Hawley-Smoot de 1930, que elevó al cuarenta y ocho por ciento los aranceles norteamericanos impuestos a los productos manufacturados, y la ley británica

sobre importaciones de 1932, que abandonó una tradición casi secular de libertad comercial, redujeron el mercado mundial en un momento en que ya estaba encogiéndose. Veintitrés países elevaron sus aranceles, y treinta y dos aplicaron cuotas de importación, prohibiciones, licencias y otras restricciones cuantitativas. La política fiscal tendía en general a la contracción, pues los gobiernos trataban de equilibrar sus presupuestos, a la vista de la disminución de ingresos, elevando los impuestos y reduciendo el gasto. También la política monetaria tendía a la contracción. Al no inyectar dinero en el sistema bancario norteamericano, durante y después de la primera crisis bancaria de octubre de 1930, el Federal Reserve Board norteamericano dejó que se produjera una oleada de bancarrotas sin hacer nada para contenerla. En el plano internacional, ni Nueva York ni París, que controlaban la mayor parte de las reservas mundiales de oro, quisieron ocupar el lugar de Londres como «prestamista de última instancia». El abandono del patrón oro por Gran Bretaña, en 1931, transfirió la presión deflacionista a Estados Unidos y Alemania. En 1933, el presidente Roosevelt devaluó el dólar americano, con lo que traspasó la deflación y la contracción al bloque del oro encabezado por Francia, y los países dirigentes de la economía mundial rompieron el bloque para protegerse.

Los años treinta marcaron un retroceso general de la vida económica. La política autárquica sustituyó a los mecanismos económicos. Se controlaron de cerca las transacciones internacionales, se manipularon deliberadamente los precios y las tasas de cambio, se subsidiaron industrias y actividades agrícolas. Los productores latinoamericanos de materias primas, afectados por el descenso de los precios y las deudas, iniciaron políticas de industrialización inspiradas por el Estado, recurriendo a restricciones cuantitativas y acuerdos comerciales bilaterales, un método iniciado por el mago económico de Hitler, doctor Hjalmar Schacht. En las economías fascistas se organizó deliberadamente la recuperación de la crisis, con éxito sobre todo en Alemania y Japón. Hitler consiguió establecer el pleno empleo en tres años, mediante una mezcla de obras públicas y subsidios. El *New Deal* de Roosevelt probó los mismos medios, con menos éxito. Una recuperación mundial limitada, basada en políticas nacionalistas, dio paso a una renovada crisis en 1937-1938, que, una vez más,

se inició en Estados Unidos. Esto hizo creer a algunas potencias que habían acertado al apartarse de la economía mundial. En Alemania e Italia se mantuvo y hasta aumentó la producción, mientras que se redujo en Suecia, Gran Bretaña, Francia y Canadá. A mediados del decenio, las medidas norteamericanas y británicas en favor de la estabilidad monetaria y de la liberalización del comercio fueron como promesas de lo que estaba por venir, pero no tuvieron influencia alguna en los acontecimientos inmediatos.

Una consecuencia inevitable de la autarquía fue que quisieran ampliar sus fronteras políticas aquellas potencias que encontraban las vigentes demasiado estrechas para asegurar su existencia encerradas en sí mismas. En 1932 los japoneses ocuparon Manchuria e iniciaron su expansión militar en Asia oriental. Tres años más tarde, Italia atacó Abisinia. En 1939, Alemania invadió Polonia, tras absorber pacíficamente Austria y Checoslovaquia. Diez años después del comienzo de la gran crisis estalló una nueva gran guerra. Significó el fracaso del experimento autárquico de los años treinta para restaurar la prosperidad general o mantener la paz, lo cual convenció a los dirigentes de las democracias de la necesidad de reconstruir un orden económico liberal sobre una base política e institucional mejor.

A diferencia de la primera, la segunda guerra mundial condujo a una «edad dorada». La expansión económica mundial, iniciada con la reconstrucción de las industrias europeas y japonesas prosiguió sin interrupción durante más de veinte años, todo un récord. Entre 1950 y 1973 el PIB mundial por persona creció en un 3 por ciento anual, tres veces más de prisa que en la fase anterior. En el mundo desarrollado el desempleo promedio fue del 2,6 por ciento entre 1950 y 1973, comparado con el 7,5 por ciento entre 1920 y 1938. Los precios subieron el 4,1 por ciento anual en el mismo período, lo que se consideró un precio aceptable para mantener el pleno empleo. Los elementos centrales del crecimiento de las economías de los países desarrollados fueron la amplia oportunidad de imitar la tecnología norteamericana (promocionada por inversiones directas norteamericanas en Europa occidental), la contracción de la agricultura de baja productividad y la explotación de energía barata. Las oportunidades

de mejorar la tecnología dieron al capital una alta productividad marginal, dando así lugar a grandes incrementos de las tasas de inversión. El aumento de la productividad permitió la transferencia constante de mano de obra poco cualificada desde trabajos rurales a la industria y los servicios, así como una mejora suficiente del ingreso real para satisfacer las aspiraciones de los obreros. Junto con la inmigración, el aumento de la competencia internacional y el relativo descenso de los precios de las mercancías mantuvo bastante estables los costos por unidad. La rápida expansión de los ingresos reales financió mejoras en los servicios sociales sin recurrir a una financiación inflacionaria.

Fuera del Occidente más próspero, los países latinoamericanos experimentaron también altas tasas de crecimiento, estimulado por las inversiones. El bloque comunista pudo crecer rápidamente en los años cincuenta y sesenta, movilizando las reservas de mano de obra, explotando los recursos naturales y controlando rígidamente el consumo, pero sus ganancias comerciales no fueron tan grandes como las del mundo libre, pues no pudo importar una tecnología refinada, al tiempo que su sistema de planificación le impedía orientar la producción, por faltarle eficacia competitiva.

Por una vez, las fuerzas que impelían al crecimiento se vieron ayudadas en lugar de frenadas por la política de posguerra. A diferencia de lo ocurrido después de la primera guerra mundial, se prestó una atención mucho más explícita a asegurar los «bienes públicos» de una economía de mercado. El Acuerdo de Bretton Woods de 1944 constituyó un compromiso entre el nuevo internacionalismo económico norteamericano y la exigencia británica de autonomía económica nacional para aplicar una política de pleno empleo; integró el deseo británico de prudencia fiscal y monetaria dentro de un marco de reglas que establecían la convertibilidad monetaria a tipos de cambio fijos pero ajustables, garantizó el derecho de recurrir a un Fondo Monetario Internacional (FMI) para hacer frente a dificultades transitorias en la balanza de pagos, creó un Banco Mundial de Reconstrucción y Fomento (Banco Mundial) y mantuvo el control nacional de los movimientos de capital. En 1947 se agregó un mecanismo de negociación para liberalizar el comercio, el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT). Aunque estas reglas e ins-

tituciones no se pusieron en marcha hasta los años sesenta, fortalecían el principio de administración central de un orden internacional de mercado, que se había echado de menos en el período de entreguerras.

En la práctica, esta administración fue ejercida por Estados Unidos. Cuando comenzó la guerra fría, en 1948, este país asumió la responsabilidad de garantizar la prosperidad y la seguridad del mundo libre, con intervenciones concretas en cada región, determinadas por la amenaza de un avance comunista. La ayuda del Plan Marshall a la Europa no comunista, en 1948-1951, proporcionó el modelo de las ayudas norteamericanas a Japón y (después de la toma de China por los comunistas en 1949) a Corea del Sur y Taiwan, así como a América Latina en los años sesenta, después de la revolución de Castro en Cuba. Con el Plan Marshall, Estados Unidos entregó trece mil millones de dólares a condición de que se suprimieran las barreras al comercio y a los pagos. Así se crearon los fundamentos de la Comunidad Económica Europea (CEE), iniciada en 1958, que promovió la restauración del mercado europeo único, destruido por la primera guerra mundial. Estados Unidos se hallaba también mucho más dispuesto que en el pasado a abrir su propio mercado a importaciones extranjeras, como quedó de manifiesto en las «negociaciones Kennedy» de los aranceles, en el marco del GATT, en 1964-1967. La combinación en Estados Unidos de un sistema de tipos de cambio fijos y de políticas fiscales y monetarias conservadoras (hasta mediados de los sesenta) proporcionó al mundo una base razonablemente segura contra la inflación. No debe ignorarse el efecto estimulante por sí mismo de los gastos militares norteamericanos en todo el mundo, especialmente en Asia oriental, donde Estados Unidos libró dos breves y duras guerras contra el comunismo, en Corea y en Vietnam. A través de una red de instituciones supranacionales, así como con su acción directa, Estados Unidos ejerció el papel informal que Gran Bretaña había ejercido en el siglo XIX, para dar energía y estabilidad a un orden liberal de mercado.

Esto quedaba lejos, sin embargo, de ser el mercado mundial integrado que existiera antes de 1914. La Unión Soviética encerraba a sus satélites de Europa oriental en su sistema autárquico de planificación; la China comunista, las socialistas India e Indonesia planificaban sus

economías con escasa relación con las condiciones mundiales; en América Latina, las políticas autoritarias de desarrollo basadas en la sustitución de importaciones sobrevivieron al derrumbamiento del fascismo europeo. En grandes zonas del África subsahariana, el efecto positivo de la descolonización fue contrarrestado por la descomposición de los Estados, con repetidas guerras, genocidios y hambrunas. Básicamente, los países capitalistas y los comunistas se integraron cada uno en su esfera, y el resto del mundo se ajustaba a ayudas e intercambios especiales, que reflejaban los intereses estratégicos y los lazos coloniales tradicionales.

Se ha discutido mucho acerca del papel de las ideas como motor generador de la «edad dorada» del capitalismo. A los años de mediados del siglo se los llama a veces «la era de Keynes», debido al explícito compromiso de muchos gobiernos de países desarrollados (notablemente los de Estados Unidos y Gran Bretaña) de seguir una política de pleno empleo basada en las teorías de John Maynard Keynes. La influencia keynesiana puede verse, indudablemente, en el diseño antideflacionario del sistema de Bretton Woods y en la mayor importancia del gasto gubernamental y de la transferencia de pagos en los ingresos nacionales de la posguerra. La declarada voluntad de los gobiernos de emplear políticas fiscales y monetarias para mantener el pleno empleo y para estimular el crecimiento pudo tener también un efecto favorable en las expectativas de los negocios. Sin embargo, la administración «nacional» de las economías fue un factor menor comparado con la administración «internacional» ejercida por Estados Unidos. Y esto, como hemos sugerido, se basaba más en la política de la guerra fría que en la teoría económica, aunque no ha de negarse a las consideraciones económicas toda influencia en las decisiones políticas. Los políticos aprendieron de los errores económicos de los años de entreguerras y les añadieron otros nuevos.

La influencia de las ideas en la política nacional fue más evidente en la cuestión de las estrategias de desarrollo seguidas por los países pobres en su afán de alcanzar a los ricos. Se basaban en nociones prekeynesianas (la India de Nehru fue muy devota de la planificación soviética), completadas por «modelos de crecimiento» neokeynesianos. En su conjunto, estas estrategias produjeron un crecimiento per cápita de casi cero (en India) o un crecimiento tan inestable que hubo que

anular muchos de sus resultados en los años ochenta y noventa. A lo largo de toda la «edad dorada», los países latinoamericanos tuvieron una inflación anual de dos cifras, con Argentina, Brasil y Chile como países en peores condiciones.

Desde mediados de los sesenta este sistema de precarios equilibrios entre Estado y mercado, hegemonía norteamericana y autonomía nacional, empezó a desmoronarse. La causa inmediata de ello fue la financiación inflacionaria de la guerra de Vietnam por Estados Unidos, a finales de los años sesenta, seguido por una serie de sincronizadas expansiones occidentales inducidas por la política económica, a comienzos de los setenta. Estas circunstancias destruyeron en 1971 el sistema de tipos fijos de cambio, que dio paso a un flotamiento generalizado de las divisas, lo cual a su vez desencadenó una explosión de los precios de alimentos y mercancías, que culminó al triplicarse el precio del petróleo en 1973-1974. (Como resultado de dos aumentos de precios, el segundo en 1979-1980, el precio del petróleo importado subió de 3,73 dólares por barril en 1973 a 33,50 en 1980.) Este aumento puso fin a la «edad dorada» en Occidente. Según la OCDE (Organización de Cooperación y Desarrollo Económico), la tasa de crecimiento del PIB real cayó del 3,9 por ciento en 1960-1968 al 1,9 por ciento en 1973-1979. Una consecuencia importante de esta desaceleración del crecimiento fue la «crisis fiscal» del Estado. Los gastos de bienestar social siguieron creciendo, con el Estado como «fuente de trabajo de última instancia», en tanto que se ralentizaba el crecimiento de los ingresos estatales.

Aparte de los errores de política económica, la «edad dorada» se vio minada por fallos en las decisiones monetarias. Ya en 1957, el economista Robert Triffin señaló el carácter autodestructivo de un patrón oro basado en las reservas de dólares, es decir, dependiente de un aumento continuo de los pasivos en dólares, lo cual minaba la confianza en esta divisa. El crecimiento de un mercado de estos pasivos (el mercado del eurodólar) debilitó el control nacional sobre la oferta de divisas y creó cada vez mayores oportunidades para la especulación en divisas. Los aumentos súbitos de costes de los comienzos de los setenta fueron una consecuencia previsible de las condiciones monetarias inflacionarias. En todo caso, debía preverse una desaceleración del crecimiento económico, al irse agotando al-

gunas de las fuentes de crecimiento de la posguerra. Pero la política financiera superexpansionista, que reflejaba la mentalidad presuntuosa de los administradores macroeconómicos keynesianos, hizo inevitable que la desaceleración se produjera en una situación de inflación acelerada, lo cual hacía inaplicables las medidas keynesianas de estimulación de la demanda. Los intentos de contener los costes salariales con medidas relativas a los ingresos (empleadas por primera vez en la primera guerra mundial) fueron superados por el impacto inflacionista de la política monetaria, liberada, después de 1971-1973, de la limitación de las tasas de cambio fijas. Este creciente «índice de miseria» (desempleo más inflación), que puso fin a la «edad dorada», se expresa en la tabla 1.

La percepción, cada vez más generalizada, de que la política gubernamental errónea era responsable, a la vez, de la explosión inflacionista y de la lentitud del crecimiento de comienzos de los setenta condujo al renacimiento de la economía neoliberal, proclamada por Milton Friedman y aplicada por Ronald Reagan en Estados Unidos y Margaret Thatcher en Gran Bretaña. Ante el segundo aumento de

*Tabla 1.* Índice de malestar (en los siete países principales)

| año | desempleo (%) | aumento de precios al consumo (%) | índice de malestar | año | desempleo (%) | aumento de precios al consumo (%) | índice de malestar |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | 1 | 2 | 1+2 | | 1 | 2 | 3 |
| 1959 | 3,8 | 1,2 | 5,0 | 1969 | 2,6 | 4,9 | 7,5 |
| 1960 | 3,4 | 1,7 | 5,1 | 1970 | 3,1 | 5,6 | 8,7 |
| 1961 | 3,6 | 1,6 | 5,2 | 1971 | 3,7 | 5,0 | 8,7 |
| 1962 | 3,1 | 2,1 | 5,2 | 1972 | 3,7 | 4,4 | 8,1 |
| 1963 | 3,2 | 2,3 | 5,5 | 1973 | 3,2 | 7,7 | 10,9 |
| 1964 | 2,9 | 2,0 | 4,9 | 1974 | 3,7 | 13,4 | 17,1 |
| 1965 | 2,7 | 2,6 | 5,3 | 1975 | 5,4 | 11,1 | 16,5 |
| 1966 | 2,5 | 3,2 | 5,7 | 1976 | 5,3 | 8,1 | 13,4 |
| 1967 | 2,8 | 2,8 | 5,6 | | | | |
| 1968 | 2,7 | 4,0 | 6,7 | 1980 | (4) | (5) | (6) |

Fuente: P. McCracken y otros, *Towards Full Employment and Stability* (OCDE, 1977), p. 42.

precios del petróleo, en 1979-1980, los Estados «fuertes» (Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania) ajustaron su política monetaria; Gran Bretaña y Alemania también lo hicieron con la política fiscal, lo que acarreó la peor crisis repentina desde los años treinta. En los países latinoamericanos, que habían conseguido mantener su expansión de inversiones públicas a lo largo de los años setenta gracias a préstamos de petrodólares reciclados, con tasas reales de interés negativas, se encontraron de repente ante deudas abrumadoras al colapsar las ganancias por exportación. Las tasas reales de interés subieron entonces hasta niveles de castigo y se secaron las fuentes de inversiones extranjeras. Después de la crisis de la deuda mexicana de 1982, el FMI (Fondo Monetario Internacional) y los bancos comerciales intervinieron, imponiendo severas medidas de estabilización a cambio de fijar nuevos plazos para el pago de la deuda. Los países satélites soviéticos, como Polonia, Hungría y Rumania, que en los años setenta también habían pedido considerables préstamos a bancos occidentales en un vano esfuerzo de fomentar las exportaciones pagadas con divisas fuertes, se encontraron asimismo ahogados en deudas. La crisis del capitalismo «dirigido» tuvo una contrapartida mucho más espectacular en el mundo comunista, donde se frenó por completo el crecimiento. En 1978, el dirigente comunista chino Deng Xiaoping llevó a cabo una reforma decisiva y restauró el capitalismo rural. Acosado por los problemas del crecimiento negativo y del relajamiento del control, Mijaíl Gorbachov, que en 1985 había ocupado el cargo de primer secretario del Partido Comunista Soviético, empezó a desmantelar el sistema estalinista de planificación centralizada.

La principal causa de la inflación acelerada se debía principalmente a los crecientes déficit presupuestarios, según reconocían muchos responsables; así que un elemento central de la nueva política económica fue el compromiso de reducir estos déficit hasta «niveles soportables» —es decir, niveles que no tuvieran que ser financiados por el «impuesto inflacionario» o por la creciente deuda gubernamental— y mantenerlos en ese punto. En el Tratado de Maastricht de 1992 se establecieron unas tasas de deuda y un máximo de déficit gubernamental que en principio aceptaron todos los Estados europeos firmantes. Este acuerdo indica un notable rechazo de la administración «prudente» keynesiana y un regreso a la filosofía tradicional del

presupuesto equilibrado. Sin embargo, el compromiso de mantener presupuestos equilibrados entraña una disminución del papel del Estado, pues los desequilibrios macroeconómicos de los años setenta obedecían a la expansión de los compromisos de gasto que no se cubrían con impuestos. También se argumentaba que la excesiva expansión del sector público (gastos e impuestos) frena el crecimiento al reducir los beneficios y los incentivos a trabajar, ahorrar y correr riesgos. La privatización de las industrias estatales, iniciada por Margaret Thatcher en Gran Bretaña a comienzos de los años ochenta, se extendió por todo el mundo y culminó con la restauración del capitalismo en Rusia y Europa central. Los años ochenta vieron también la tentativa de reducir las cargas fiscales y de simplificar el sistema impositivo, especialmente en Gran Bretaña y Estados Unidos, aunque esta tendencia se invirtió en parte debido a la recesión de comienzos de los noventa. Otro aspecto de la política neoliberal fue la supresión de reglamentaciones en cuanto a los servicios financieros y a los movimientos de capital. El tema central de la revolución neoliberal era que los gobiernos debían abandonar las tentativas de dirigir y controlar lo que se había convertido en incontrolable e indirigible.

Este hecho ponía de relieve que la innovación en los negocios y en la tecnología es un elemento crucial de la revolución neoliberal. A partir de los setenta, la «economía nacional» se ha visto minada, desde arriba, por la extensión de empresas multinacionales capaces de organizar el flujo a través de las fronteras de información, capital, tecnología y capacidad manufacturera; desde abajo, la mina la electrónica miniaturizada, que ha puesto las ventajas de la especialización al alcance de los pequeños productores. Ya no existen empresarios, financieros, firmas, industrias y economías inmóviles en el espacio, a las que se pueda regular, administrar y hacer pagar con fines nacionales. Esto significa que los gobiernos han perdido gran parte de su anterior poder de «escoger» los tipos de cambio, las tasas de inflación, de salarios y de impuestos, así como de los sistemas de seguridad social que se financiaban con ellos. Pero no se han encontrado todavía los sustitutos supranacionales de la administración nacional en vías de desaparición. La política norteamericana ya no establece las condiciones económicas mundiales y, a despecho de la ambición de la Unión Europea (UE), las organizaciones regionales

todavía están lejos de llenar los vacíos de la autoridad estatal. Los organismos internacionales, como el Fondo Monetario Internacional y la nueva Organización Mundial de Comercio (OMC), poca cosa pueden hacer sin apoyo político. En consecuencia, las fuerzas del mercado alcanzan a los individuos y a las comunidades de modo mucho más directo y penoso que en la «edad dorada», cuando las contenían las instituciones estatales y no estatales. ¿Es esto bueno o malo? La decisión colectiva queda restringida, se amplía la decisión individual, el mundo es más peligroso, las economías son más volátiles, pero se ofrecen mayores oportunidades a los emprendedores.

Quienes tengan una visión histórica verán en esta nueva «mercantilización» de la vida económica una repetición de los cambios tecnológicos que destruyeron los grandes imperios mercantiles del siglo XVIII y abrieron paso a la edad del comercio libre; o cuando menos, verán una modesta regresión hacia el mundo como era al iniciarse el siglo. La nueva economía global es ciertamente más de una sola pieza que en cualquier momento desde 1913, pero es también, en cierto modo, más anárquica, pues carece de un sistema de cambios monetarios fijo (no hay a la vista un nuevo Bretton Woods), con una potencia para garantizarlo, de un sistema estable de seguridad y de una clase hegemónica, como la burguesía decimonónica. En algunos aspectos, Rusia y China se parecen al Oeste salvaje americano del siglo pasado. Y la concepción occidental de finales de siglo respecto a la protección social no puede combinarse fácilmente con la lógica de la competencia global. Éste es el punto más inconsistente de la política económica de los Estados de bienestar con alta fiscalidad de Europa occidental. Cómo se resolverá o si realmente precisa resolverse dependerá de la imprevisible dinámica del neoliberalismo. Las economías de Asia oriental —Corea del Sur, Taiwan, Hong Kong, Singapur, Malasia, Tailandia e Indonesia, junto con China— fueron la gran excepción en la desaceleración del crecimiento económico de los setenta y ochenta. (El crecimiento de Japón, en contraste, se ha ralentizado, poniéndose a nivel occidental, lo que confirma la explicación del crecimiento económico por el esfuerzo de alcanzar a Occidente.) En contra de lo que muchos creen, sus éxitos se han debido, en gran parte, a oportunidades para recuperar el tiempo perdido más que a espectaculares progresos técnicos. A esto deben añadirse

políticas macroeconómicas adecuadas, flexibilidad en cuanto a la mano de obra y una fuerte orientación hacia las exportaciones. Su capacidad para mantener sus «milagros» dependerá en gran parte de si puede elevar el nivel de su eficiencia técnica y de su probidad financiera. Europa occidental tendrá que invertir más en «capital humano» y liberalizar sus mercados de productos y de mano de obra si ha de seguir siendo competitiva.

Hay indicios de una «fatiga de crecimiento» en Europa occidental, que apenas afecta a otras regiones del mundo, ni siquiera a Estados Unidos, cuyo apetito de crecimiento se ve constantemente estimulado por sucesivas oleadas de inmigrantes. En los países de la Unión Europea aumenta cierto escepticismo acerca de si el crecimiento del PIB constituye una medida apropiada del incremento del bienestar, especialmente si entraña congestión, contaminación, destrucción de la belleza natural, desarraigo de comunidades y un constante aplazamiento de ocio y consumo, todo en aras de un crecimiento más rápido. Para qué se quiere crecer, qué tipos de crecimiento son sostenibles desde el punto de vista del medio ambiente, de la psicología, de la sociedad y de la moral, cómo las sociedades ricas deben cuidar de sus enfermos y lisiados son temas que, al acercarnos al nuevo siglo, presentan (por lo menos en la zona del mundo que nosotros habitamos) un grave desafío a la hegemonía del neoliberalismo.

# 6. El desarrollo de una cultura global

ALAN RYAN

Cuando se habla de «cultura» a menudo aparecen múltiples pecados, especialmente los de esnobismo, amaneramiento y mal humor. Esto se debe, tal vez, a que la «cultura» abarca dos temas distintos, y ambos pueden suscitar fuertes sentimientos. Este capítulo se ocupa de los dos, y aunque no estén por completo desconectados, es conveniente distinguirlos claramente. En primer lugar está la cultura que cualquier persona educada posee, la capacidad de «apreciar lo mejor que se ha pensado y escrito», según frase de Matthew Arnold, y cuyo propósito es aportar «dulzura y luz» a nuestras vidas; es lo que a menudo llamamos «alta cultura» y, en este sentido, a todos nos resulta muy fácil imaginar una sociedad que no posea cultura alguna.

La otra es la cultura en el sentido antropológico, algo que las sociedades deben poseer casi por definición: el conjunto de creencias, valores y lazos que da a cada sociedad su carácter y permite a sus miembros dar sentido a su vida y sus aspiraciones. Es lo que podríamos llamar cultura «adjetiva», y es en este sentido que la cultura juvenil, la cultura de bandas o la cultura carcelaria son culturas, por muy alejados que sus valores estén de la «dulzura y luz» de la vida.

La alta cultura y la cultura adjetiva entrañan ideas diferentes de la cultura, pero tienen algo en común. Cuando admiramos las esculturas de los templos con que se expresa la cultura religiosa del hinduismo de Bali, las admiramos a la vez como arte y como una vívida expresión de una cultura popular. La música es una parte importante de la cultura occidental moderna, en su sentido antropológico, pero la capacidad de distinguir en ella la buena de la mala es un sig-

no de la persona culta, y todos los padres saben que no están de acuerdo en esto con sus hijos. Novelas, poesía y relatos detectivescos son parte de la cultura literaria de las sociedades occidentales del siglo xx, pero los relatos detectivescos raramente se consideran como parte de la alta cultura. Cuando algunos analistas nos piden que tomemos en serio la ficción detectivesca, puede que quieran recordarnos la importancia del desahogo de la imaginación anárquica en las sociedades estrechamente organizadas, o que nos sugieran ver en las obras de Raymond Chandler, Dashiell Hammett o Arthur Conan Doyle la sutileza, imaginación y profundidad literaria que disfrutamos en las novelas de Virginia Woolf o de Faulkner, lo primero para mostrarnos su lugar en la cultura adjetiva y lo segundo con el fin de reclutarlos para la alta cultura.

Los temores de los siglos xix y xx se aplican a ambos sentidos del término cultura. Muchos escritores consideran que las sociedades democráticas no pueden sostener la alta cultura, mientras que otros creen que una sociedad democrática no puede sostener una única cultura pública, que están condenadas a la disparidad y a ser destructivamente multiculturales. Estas inquietudes tienen su contrapartida global. Muchos críticos temen que, a medida que se extienden por el planeta la política democrática y un alto nivel de bienestar material, una cultura uniforme (en el sentido del antropólogo) hostil a la cultura (en el sentido de Matthew Arnold) infectará al mundo entero, y que éste se convertirá en un vasto suburbio, cubierto de supermercados todos iguales que venden *jeans* de diseño y comida rápida. Muchos otros temen que, lejos de convertirse en uniforme suburbio, el mundo será escenario de interminables guerras entre religiones y grupos étnicos enemigos. El politólogo norteamericano Benjamin Barber ha descrito con agudeza estas dos visiones como «Jihad contra McWorld», haciendo un juego de palabras con MacDonald's.

El hecho central del siglo xx es que el mundo occidental moderno ha barrido el resto del mundo hacia su órbita económica, tecnológica y, de modo menos directo, cultural. Las sociedades afectadas por este proceso se han resistido, lo han aceptado, o se han unido a

él con entusiasmo, y a menudo diferentes combinaciones de las tres cosas o las tres a la vez. Casi cada definición sumaria de este proceso ofenderá a alguien; la «occidentalización» no es lo que una sociedad como la de Singapur se propone cuando trata de conservar el respeto confuciano por la tradición, la familia y la comunidad al mismo tiempo que gozar de los beneficios de la tecnología más avanzada, las finanzas más complejas y los lazos económicos con el mundo entero. Incluso la «modernización» más neutral molesta a muchos intelectuales del mundo en desarrollo, debido a que parece implicar que las sociedades con una tecnología simple son siempre «primitivas». Pero el hecho estricto es que las sociedades del litoral del Atlántico Norte han impuesto al resto del mundo ideales de prosperidad material y niveles de racionalidad económica de los que nadie ha escapado. Es también un hecho, y éste desagradable, que no han conseguido exportar nada más que eso, como pudiera ser el respeto a los derechos humanos y al imperio de la ley y las instituciones políticas representativas. Es asimismo un hecho que, a lo largo de este proceso, se han destruido muchos aspectos que eran atractivos y vitales en la cultura de las sociedades no occidentales.

La insistencia en el impacto del mundo tecnológicamente avanzado en el resto del globo puede antojarse etnocéntrica. No lo es, aunque acaso acabe pareciéndolo. Puede muy bien suceder que en el siglo XXI alguna de las sociedades arrastradas, quieras que no, al mundo del capitalismo internacional resulte más atractiva para otras sociedades de lo que fueran sus predecesoras occidentales o más capaz que sus predecesoras de utilizar su poderío militar y económico. En el siglo XX el cambio cultural ha reflejado el equilibrio global entre poder militar y poder financiero. La presión del poder occidental y el atractivo de la prosperidad material occidental son los hechos centrales, junto con la aspiración a ambos o la resistencia a los mismos que otras sociedades han mostrado, así como los efectos imprevisibles de estas interacciones.

La mayoría de los pensadores del siglo XIX creyó que la modernización significaría secularización y que la ciencia erosionaría la religión, que la medicina moderna dejaría sin clientes a curanderos y

brujos, y que las plegarias serían sustituidas por la técnica. En cierta medida, acertaron. Las lealtades religiosas tradicionales se han debilitado en la mayoría de las sociedades industriales y en éstas la industrialización ha entrañado a menudo la secularización. En otras partes, la modernización ha sido más nacionalización que secularización. Así, las religiones tribales se han visto extirpadas, tanto por la actividad de los misioneros procedentes del mundo cristiano desarrollado, deseosos de reclutar nuevos fieles para los diversos credos cristianos, como por los gobiernos temerosos de que las lealtades religiosas y culturales locales compitieran con ellos por su más estrecha autoridad política. La Unión Soviética y la República Popular China tomaron la excepcional decisión de establecer el ateísmo como credo oficial y se esforzaron en suprimir los vínculos religiosos tradicionales. Hasta qué punto esta política iba contra la tendencia rusa se ha visto, en todo caso, por el rápido crecimiento de la Iglesia ortodoxa rusa después de la disolución de la Unión Soviética, en 1991. Un caso todavía más extremo se debió al mismísimo Stalin, durante la segunda guerra mundial, cuando, ante la necesidad de unir a la renuente población en lo que se llamó «la gran guerra patriótica», suspendió los ataques del Partido Comunista al cristianismo y aceptó complacido el apoyo de la Iglesia ortodoxa.

El asalto comunista a las creencias y prácticas religiosas era instigado y promovido por personas concretas y por integrantes de los partidos comunistas nacionales. Pero gran parte de la presión contra las lealtades religiosas tradicionales procedía de fuentes impersonales y a menudo no identificadas. Incluso en un país como India, donde no hay una política nacional de hostilidad a la religión en general ni a religiones locales en particular, las lealtades religiosas locales y tribales se han debilitado a medida que la economía iba desarrollándose y volviéndose más centralizada. Sin embargo, la dislocación que sufren los obreros de remotas zonas cuando emigran a las ciudades en busca de trabajo no tiene como resultado la secularización prevista por los teóricos del siglo pasado. Los analfabetos desplazados no adoptan de la noche a la mañana los hábitos mentales científicos modernos, sino que muy a menudo se convierten en presas de los predicadores de diversos fanatismos, como sugiere el ejemplo de la misma India.

El gobierno indio adoptó una política de estricta neutralidad entre hindúes, musulmanes, sijs y otros grupos desde que el país obtuvo la independencia en 1947. Esta política se ha mantenido durante medio siglo debido al vívido recuerdo de la horrible violencia comunal que condujo a la división del subcontinente y a la creación de Pakistán como Estado separado e independiente. Aun así, a finales de siglo, India es testigo del resurgimiento del fundamentalismo hindú, que amenaza con minar el Estado laico creado en el momento de la independencia; después del asesinato de la primera ministra Indira Gandhi en 1984 por su escolta de sijs, hubo matanzas de sijs en Nueva Delhi y otras ciudades.

El ejemplo indio no es único. El resentimiento por el impacto social del cambio económico y la resistencia al mismo se han manifestado en reacciones comunes dentro de los grupos social, económica y geográficamente marginados de las sociedades en vías de desarrollo. En el escenario mundial, sociedades enteras se han sentido marginadas y han desplegado pautas similares de resentimiento y resistencia, alimentando el fundamentalismo, a veces con el paradójico resultado de que un gobierno nacional se encuentra sostenido por actitudes y creencias que son casi anarquistas por su hostilidad a todo gobierno como tal. El triunfo más espectacular del fundamentalismo islámico fue el derrocamiento del sha de Irán, en 1979. Aunque el régimen de Pahlevi era un Estado policíaco brutal, ambicionaba llegar al nivel de los Estados occidentales modernos. Su fracaso ilustra un rasgo importante de la cultura adjetiva: la dificultad de modificarla en el sentido deseado por medio de la acción política. El sha de Irán tenía razones para creer que la prosperidad y la educación fomentarían la cultura política que un Estado secular moderno necesita, pero la realidad fue muy distinta. Resulta, además, que la atracción del fundamentalismo religioso se superpone a la atracción del nacionalismo, pero es distinta de ésta. Ambos dan a sus partidarios razones para detestar y resistir a las potencias dominantes del mundo moderno y especialmente Estados Unidos. Pero en Egipto y Argelia hay casi una guerra civil entre gobiernos nacionalistas e insurrectos fundamentalistas.

Algunos países desarrollados han resultado también asombrosamente resistentes a las presiones que han debilitado los vínculos reli-

giosos. El filósofo del XIX Friedrich Nietzsche declaró que «Dios ha muerto», pero el noventa y cuatro por ciento de los estadounidenses de finales del siglo XX informan a los encuestadores que creen en un dios personal, y más del cuarenta por ciento afirma haber asistido a servicios religiosos en las dos semanas anteriores, aunque si se cuentan los asistentes a los templos se tiene la impresión de que no dicen la verdad. Fuera de Irlanda, pocos europeos muestran tanto entusiasmo. Del mismo modo que ha florecido el fundamentalismo fuera de las sociedades industriales de las costas del Atlántico Norte, en estas últimas son las ramas evangélicas y fundamentalistas del cristianismo las que han prosperado. Los comentaristas hace tiempo que expresan su sorpresa por que los países en vías de desarrollo adquieran tan rápidamente la tecnología occidental sin asimilar las actitudes con las que coexisten en Occidente... pero setenta y cinco años antes de que el *ayatollah* Jomeini derrocara al sha, en 1979, estimulando el descontento popular con discursos del líder exiliado distribuidos en discos, los japoneses creían tanto en la divinidad de su emperador como en la eficacia de su artillería naval. Tal vez sea más sorprendente que la secularización haya conllevado tan pocos avances en el propio Occidente.

Una de las razones de esta situación hay que achacarla a que muchos filósofos y científicos se han mostrado muy escépticos respecto a los beneficios de la modernidad. Antes del final del siglo XIX se tenía por evidente que el progreso era una arma de dos filos. Aunque en general los trabajadores gozaban de mejor salud y estaban mejor alimentados, los que habían dejado el pueblo por la ciudad se sentían a menudo perdidos y desgraciados. Los beneficios de la paz eran mayores que nunca, pero las primeras guerras mecanizadas, como la guerra civil norteamericana, mostraron lo que podían ser las matanzas en masa perpetradas científicamente y anticipaban los horrores de la primera guerra mundial. A muchos críticos, la perspectiva de vivir en una sociedad secular les parecía hueca y fría. Max Weber, el más importante de los sociólogos modernos, se refirió al proceso de «desencanto», que describe mejor el término original alemán *Entzauberung* o «pérdida de la magia». En un mundo no mágico, el

cálculo racional es la única manera de sobrevivir, pero el cálculo sirve para decirnos solamente cómo alcanzar los objetivos que la razón no puede, por sí sola, escoger para nosotros.

De hecho, a comienzos de siglo hubo en las ciencias sociales y en la filosofía algo parecido a una revuelta contra la razón o, mejor dicho, contra el racionalismo. Weber era irracionalista sólo en la medida en que afirmaba que los valores últimos se escogen arbitrariamente; pero entre sus seguidores, Roberto Michels acabó adhiriéndose al fascismo como sistema más satisfactorio que cualquier régimen parlamentario para unir los líderes a sus partidarios. El anarcosindicalista francés Georges Sorel, en sus *Reflexiones sobre la violencia* (1908), obra que admiraban tanto Lenin como Mussolini, aducía la importancia de los mitos no racionales para forzar cambios sociales y políticos. Un mito no constituía el plan racional de una sociedad futura sino una imagen vaga e indefinida en torno a la cual podían formarse pasiones revolucionarias. También en la obra del sociólogo-economista Vilfredo Pareto y sus discípulos se entendía la política no como un medio para conjugar intereses sino como un terreno en el cual los que luchaban por el poder caían y se levantaban haciendo malabarismos con fuerzas irracionales.

El marxismo se mantenía alejado de estos argumentos. El Marx, filósofo más humanista, sensible a la estética, fue redescubierto después de la segunda guerra mundial, cuando sus *Manuscritos económicos y filosóficos* (1843) proporcionaron ideas, como la teoría de la enajenación (o alienación), capaces de atraer a críticos sociales radicales que no comulgaban con la Rusia de Stalin ni se interesaban por la economía. Durante casi todo el siglo, el marxismo atrajo por lo que tenía de análisis científico de los conflictos de clase, cuya base era la oposición el choque entre los intereses económicos de los dueños del capital y el de los proveedores del trabajo. Hubo revolucionarios, como León Trotski y Rosa Luxemburgo —tal vez el mismo Lenin— cuya capacidad para infundir energía insurreccional en sus partidarios no parecía tener mucho que ver con la validez científica de la economía marxista. Sin embargo, por lo menos como aspiración, el marxismo era una forma de «socialismo científico».

El gran asalto al racionalismo, en la medida en que afectaba a los legos y a los intelectuales refinados, lo dio la teoría del psicoanálisis.

Es una afirmación injusta para Sigmund Freud, que quería reforzar el papel de la razón en la vida humana y que pensaba que su trabajo con sus pacientes les permitía ejercer un control inteligente sobre impulsos hasta entonces irracionales e incontrolados. Freud fue, sin duda alguna, la figura más importante del movimiento, el primero en sobrecoger a sus lectores con la afirmación de que nuestra conducta está en gran parte determinada por deseos de los cuales sistemáticamente no nos damos cuenta, porque estos deseos, con frecuencia de naturaleza sexual y destructora, son inconfesables a otras personas y hasta a nosotros mismos. Freud nunca pretendió haber descubierto el subconsciente, sino sólo haber dado una explicación científica de su funcionamiento. Esta pretensión ha resistido mal el paso de los años, pero poetas, artistas, pintores, novelistas y dramaturgos se han inspirado en las ideas freudianas. El movimiento psicoanalista ha sido siempre propenso a las divisiones. Alfred Adler pensaba que la voluntad de poder más que el deseo de satisfacción sexual era fundamental, mientras que Carl Jung atrajo a quienes rechazaban el ateísmo de Freud y su convicción de que quienes no han alcanzado la salud psíquica en la juventud nunca la conseguirán. A Jung le debemos ideas como la de la crisis de la edad madura, así como no poco del misticismo de la Nueva Era.

El marxismo, el psicoanálisis y gran parte de la sociología moderna son retoños algo distanciados de la filosofía alemana. Desde hacía mucho tiempo, ésta albergaba cierta tensión entre las ambiciones de los racionalistas, que seguían a Immanuel Kant, al tratar de explicar las estructuras permanentes de la razón y la percepción humanas, y el escepticismo de los antirracionalistas, que enseñaban que el ansia del mundo moderno por la razón y el orden era una muestra de mala fe. Friedrich Nietzsche murió al iniciarse el siglo, tras muchos años de vivir en estado catatónico, pero pese a esto su influencia no dejó de crecer entre los críticos sociales y literarios. La figura del superhombre amoral —que considera más importante explorarse a sí mismo que atender a cualquier deber social y a cualquier obligación institucional— llegó a las páginas de las novelas y a los escenarios de toda Europa. En el siglo actual, la filosofía irracionalista más importante fue el existencialismo, asociado para siempre con Jean-Paul Sartre y expuesto no sólo en su *El ser y la nada* de 1943,

sino también en una serie de obras de teatro y de novelas, entre las cuales se cuenta la trilogía *Los caminos de la libertad* (1945-1950).

El maestro de Sartre fue el filósofo alemán Martin Heidegger, uno de los dos o tres filósofos más influyentes del siglo. Pese a su notorio deseo de congraciarse con los nazis, pocos pudieron resistir la atracción de su visión. Fue Heidegger quien nos describió como «arrojados al mundo», afligidos por el *angst* (angustia) y malditos más bien que benditos por la libertad, pues lo que nos hace libres es el conocimiento de que no hay respuestas racionalmente defendibles a las preguntas: ¿quién soy? y ¿qué debo hacer? La influencia de Heidegger ha sido incalculable en la teología moderna, así como en lo que se ha llamado posmodernismo.

No todos los filósofos de habla alemana suscribieron estas ideas. El Círculo de Viena —que se formó en los años veinte; su desaparición fue forzada por los nazis al llegar a Austria en 1938 y sus componentes tuvieron que huir a Inglaterra, Francia y Estados Unidos— se adhería a un positivismo que, en una u otra forma, dictó lo que los filósofos de habla inglesa siguieron considerando interesante durante muchos años después de la segunda guerra mundial. Ludwig Wittgenstein, por su parte, estuvo en el centro de dos revoluciones filosóficas; su *Tractatus Logico-Philosophicus* (1921) inspiró la búsqueda de una explicación lógica y epistemológica pura de la relación entre el lenguaje y el mundo, mientras que sus *Investigaciones filosóficas*, publicadas póstumamente (1958), mostraban por qué era fútil esta búsqueda.

Los filósofos de habla inglesa en general estaban de acuerdo en que la explicación más convincente del mundo la proporcionan la ciencia y las matemáticas más que la poesía o la religión. Bertrand Russell destacó por abandonar casi todas las posiciones que adoptó, pero nunca abandonó la convicción de que la tarea de la filosofía consiste en explicar cómo podemos conocer lo que conocemos del mundo. En Estados Unidos, el pragmatismo ha sido, hasta ahora, el único movimiento filosófico indígena, surgido en las fértiles mentes de C. S. Peirce, William James y John Dewey. Era, como decían sus partidarios, una forma de «empirismo radical», puesto que no daba por sentado ni siquiera la existencia del yo y de la mente, sino que trataba también de encontrar una explicación naturalista de ambos.

Pero los pragmatistas confiaban en que la ciencia sería el camino real hacia la verdad y pensaban que la tarea de la filosofía consistía en exponer su funcionamiento.

A los legos, estas formas de filosofía les resultaban insatisfactorias, pues no ofrecían una filosofía de la vida. Aunque Russell dedicó gran parte de su actividad a diversas buenas causas radicales, sostenía que no lo hacía como filósofo, y el impacto de John Dewey en la educación norteamericana no se vio acompañado por una comprensión general de su filosofía. La sed pública de elevación filosófica probablemente encontró más satisfacción en movimientos como la teosofía de la señora Blavatsky o por los popularizadores del misticismo indio como Krishnamurti. Y hasta hoy sucesivas oleadas de gurús continúan encontrando una calurosa acogida en el Oeste norteamericano.

El siglo xx ha sido, por lo tanto, un siglo en el cual se han enfrentado los modernizadores y los tradicionalistas, los racionalistas y los místicos, tanto globalmente como dentro de sociedades concretas. Ha sido en las ciencias naturales donde la modernización ha encontrado menos resistencia y los Estados se han preocupado poco de proteger a sus ciudadanos de las nuevas ideas científicas. Pero esto es sólo cierto en términos muy amplios. En Estados Unidos la enseñanza de la evolución estuvo prohibida en el estado de Tennessee hasta los años veinte. Cosa aún más impresionante, Stalin casi destruyó la biología soviética al insistir en que debía ser coherente con la dialéctica marxista, gracias a lo cual el especialista soviético en genética Trofim Lísenko (1898-1976) pudo eliminar a sus rivales y las pruebas que echaban por tierra su afirmación de que las plantas podían heredar características adquiridas del medio ambiente; sólo a la caída de Nikita Jruschov se pudo demostrar que Lísenko era un charlatán. El daño que estas estupideces causaron a la agricultura soviética fue incalculable. Antes de la segunda guerra mundial, la Alemania nazi empujó a exiliarse a muchos de sus más destacados científicos, tanto judíos como liberales no judíos que simpatizaban con sus colegas perseguidos; el perjuicio que esto causó al esfuerzo de guerra alemán es difícil de evaluar, pero parece indudable que no fue pequeño y, en

todo caso, significó que los aliados pudieron recurrir a algunos científicos refugiados para desarrollar la bomba atómica.

Una de las explicaciones de la actitud relajada de las autoridades ante la difusión de los conocimientos científicos es que los resultados de la investigación científica son cada vez más y más inaccesibles para el público. La idea general de la evolución darwiniana —la de que el hombre no fue creado por Dios sino que evolucionó desde antepasados primates que comparte con gorilas y chimpancés— era fácil de comprender y, por ello, causó dolor. El análisis detallado del genoma humano tendrá consecuencias mucho mayores en nuestra vida cotidiana pero resulta casi imposible que lo comprendan los no expertos. Por esta razón es menos inquietante de lo que acaso debería ser. La descodificación de las secuencias del ADN y del ARN que albergan la información necesaria para que la vida continúe, llevada a cabo por Francis Crick y James Watson y que les valió el Premio Nobel de 1962, impresionó a la imaginación popular por la forma de «doble hélice» que adoptan estas largas moléculas. Pero aparte de un vago temor a las peligrosas consecuencias que pueda tener la ingeniería molecular, no ha ido más allá la comprensión popular de los asombrosos progresos de la biología molecular y las ciencias relacionadas con ella.

Fue una excepción el impacto de la teoría de la relatividad de Einstein en intelectuales que sólo tenían una vaga comprensión de las ciencias naturales, y no fue muy diferente del impacto de la explicación de la evolución por Darwin. Lo que impresionó al público no fueron las implicaciones de la teoría para la física, sino dos ideas concretas: una fue la errónea inferencia de que la física de la relatividad apoyaba, de algún modo, el relativismo moral, la idea de que el bien y el mal son cuestión de perspectiva, relacionada con los orígenes individuales y sociales de cada uno; la otra fue que, incluso en la física, la posición subjetiva del observador determina lo que se pueda ver o comprender. El principio de incertidumbre de Heisenberg, según el cual no podemos conocer la posición y la velocidad de las partículas subatómicas en órbita en torno a un núcleo, tuvo acaso mayor impacto en los intelectuales, que concluyeron que la ciencia había revelado que, en el fondo, el mundo no era racionalmente explicable. No precisa decir que la «incertidumbre» en que pensaban los críticos y

los comentadores era muy distinta de la incertidumbre que se había introducido en la física.

Dada la autoridad de las ciencias físicas, parecía impresionante que la subjetividad y la incertidumbre hubiesen sido reintroducidas en el mundo por las fuerzas físicas que antes, según se creía, las habían descartado. Esta manera de ver las cosas reforzó la tendencia antirracionalista que habían adoptado a finales del siglo XIX los consagrados a las ciencias sociales y a la psicología. De allí vino la idea de que Einstein y Freud se habían aliado, por decirlo así, para defender el relativismo moral y cultural. Para la mayoría, sin embargo, la ciencia ha sido una fuerza culturalmente perturbadora de modo más indirecto, a través de su impacto tecnológico. Un ejemplo obvio está en las consecuencias culturales del automóvil, producto de inventos del siglo XIX, pero cuyos efectos en los rituales de cortejo de los adolescentes norteamericanos se empezaron a notar en los años veinte y que se extendieron a medida que se extendía el uso del automóvil.

Los efectos de este medio de locomoción en las ciudades de los países ricos han sido desastrosos, y en los países pobres parece que serán mucho peores. No se trata del ruido y la contaminación que acarrean y que son inferiores a los que hubiese provocado un número igual de carruajes tirados por caballos. Las ciudades son lugares menos atractivos para vivir debido a que prevalece la necesidad de fácil acceso y rápida salida para los automóviles, por encima de las necesidades de los peatones. La cultura urbana requiere, esencialmente, que se la disfrute a pie, sin la interferencia del tráfico motorizado, pero se ve que resulta muy difícil reconquistar la ciudad para la vida de quienes caminan por las calles.

Entre las tecnologías benignas, la medicina hizo pocos avances hasta los años veinte, aunque ya durante la segunda mitad del siglo pasado la anestesia y los antisépticos hicieron menos penosa y peligrosa la cirugía. La impotencia de la medicina frente a las infecciones bacterianas y virales se verificó de modo impresionante en la pandemia de gripe del invierno de 1918-1919, que en unos pocos meses mató, sólo en Europa, a al menos veinte millones de personas, es decir más del doble del número de soldados muertos por heridas y enfermedades en la primera guerra mundial. Pero con la disponibilidad de antibióticos, a partir de 1945, los médicos han reducido mucho

las muertes por difteria, tuberculosis y muchas otras enfermedades infecciosas. Terrores antaño familiares, como el de la poliomielitis, han sido casi eliminados de los países ricos, y la viruela, del todo. Uno de los importantes efectos culturales ha sido la reducción espectacular de la mortalidad infantil en los países pobres. Con el tiempo, esto conducirá a una reducción de la tasa de natalidad, aunque durante los últimos cincuenta años haya tenido por efecto aumentar el número de niños y el de jóvenes sin empleo, lo que a su vez ha tenido por consecuencia la evidente inestabilidad política de esos países.

Esta inestabilidad es un ejemplo de un fenómeno general: en vez de que el cambio tecnológico llevara sin dolor hacia valores liberales y democráticos, su efecto fue a menudo el de un aumento de las fuerzas antiliberales, antidemocráticas e irracionales. Las emisiones de la Radio Europa Libre y de la Voz de América pudieron contribuir algo a debilitar la Unión Soviética, y la televisión de Alemania Occidental debilitó aún más la República Democrática Alemana, pero los transistores de radio fueron una bendición para los demagogos y los deseosos de fomentar las luchas religiosas y étnicas.

De hecho, las sociedades se han mostrado asombrosamente aptas para absorber técnicas sin cambiar sus expresiones culturales propias. No es sorprendente que hayan adoptado la tecnología militar, aunque a la mente occidental todavía le resultan tan difíciles de comprender los pilotos suicidas kamikaze de los meses finales de la última guerra como los islámicos suicidas portadores de bombas en el Próximo Oriente o los tamiles suicidas de Ceilán. Lo sorprendente es la manera como se han retorcido las nuevas tecnologías artísticas para adaptarlas a la cultura local. La industria cinematográfica india es un ejemplo de ello; los estudios de Bombay estrenan más películas que los de Hollywood —recientemente, más de ochocientas al año—. A diferencia de las películas realizadas por directores indios como Satajayit Ray, que suscitaron la inmediata admiración de los espectadores occidentales, habituados a las obras de Federico Fellini y otros directores realistas de los años cincuenta, esas otras películas para las masas indias no tienen contrapartida en el cine occidental. Con su mezcla de melodrama, canciones e intervención de

los dioses, están más cerca de Homero en celuloide que de los productos de la Twentieth Century Fox. Del mismo modo, la extensión universal de la televisión ha supuesto la difusión en el mundo entero de culebrones norteamericanos como «Dallas» y también la creación de programas para el consumo local ininteligibles fuera de su zona inmediata, aunque hay algunas migraciones asombrosas, como el éxito sin precedentes en Rusia del culebrón mexicano «Rosas salvajes».

El impacto cultural de los nuevos medios de comunicación en las sociedades occidentales en que surgieron ha sido importante aunque no resulta fácil calibrarlo. Las películas ofrecían maneras nuevas de contar historias y algunos críticos han dicho que los directores del cine mudo encontraron modos de narrar por medios visuales que el cine hablado no pudo emular en muchos años. El sonido retrasaba la respuesta de los espectadores al tratar de asegurarse de que habían oído lo que veían. Sólo cuando llegaron a asimilar el cine sonoro pudieron los directores volver al relato visual como antes. Lo difícil es saber de qué manera la forma o el contenido del nuevo medio de diversión ha afectado al público.

El teórico de los medios de comunicación de masas más famoso del siglo, el canadiense Marshall McLuhan, afirmó que la humanidad inventa nuevas herramientas y que éstas cambian a quienes las inventan. Lo que resulta muy difícil discernir, sin embargo, es el efecto que los medios de comunicación de masas han tenido en sus creadores. El hecho de que la obra maestra de D. W. Griffith *El nacimiento de una nación* (1915) fuera un elogio racista de la resistencia de los estados sureños a la reconstrucción posterior a la guerra civil norteamericana y una glorificación del Ku Klux Klan, ha avergonzado por mucho tiempo a los admiradores de las grandes películas del cine mudo, lo que tiene su paralelo en la vergüenza causada por *El triunfo de la voluntad* de Leni Riefenstahl (1935). De todos modos, no es seguro que estas películas fortalecieran en su derrengada fe a los devotos de la segregación racial o a los admiradores de Hitler. De igual modo, *El acorazado Potemkin* de Serguéi Eisenstein (1925), probablemente hizo más para recordar al público el abandono por el Partido de su pasado revolucionario que para inspirar lealtad hacia el nuevo Estado soviético.

El efecto de las películas, reforzado en la segunda mitad del siglo

por la televisión, puede haber sido mayor a un nivel subliminal. Las películas y la televisión pueden haber contribuido más a cambiar el modo como la gente recibe información y la utiliza que a orientar de algún modo concreto sus pensamientos. Esto no entraña precisamente una ganancia en favor de la racionalidad. Ésta exige que no nos dejemos influir por las primeras impresiones, por fuertes que sean, pero los medios visuales confían en las primeras impresiones para alcanzar convicciones. En Estados Unidos especialmente, y en menor grado en todas partes ya, el efecto de esta afirmación en la discusión política ha sido el de reducir el intercambio de opiniones a «frases hechas y oídas». Las primeras esperanzas —o temores— de que la televisión crearía una «aldea global» no se han visto confirmadas, excepto en el sentido de que el mundo se parece a una aldea de familias disfuncionales que no se hablan unas a otras.

Los gobiernos dictatoriales se aseguran con suma facilidad de que cuanto aparezca en la televisión no perjudique a su régimen. Esto no se debe a su capacidad de producir buen material que apoye su sistema. Por ejemplo, a mediados de los años ochenta, el gobierno militar del general Ershad redujo la televisión de Bangladesh a un bajísimo nivel en un país demasiado pobre y demasiado puritano para importar obras frívolas e inocuas, como «Dinastía» y «Dallas» —los culebrones con los que el gobierno sudafricano del *apartheid* narcotizó a sus ciudadanos blancos en su década final—, de modo que la televisión de Bangladesh emite interminables monólogos de sus nada carismáticos gobernantes. La televisión pirata no constituye la amenaza que puede representar la radio pirata, pues, a diferencia de ésta, depende demasiado de un equipo voluminoso para recibir emisiones, y, además, las señales televisivas tienen un alcance muy limitado.

Esto puede cambiar. Los Estados dictatoriales fronterizos con Estados democráticos no pueden impedir a sus ciudadanos que vean las emisiones de los países vecinos. La televisión de Alemania Occidental hizo no poco para convencer a los alemanes del Este de que sus vidas eran innecesariamente sórdidas y limitadas. Las emisiones por satélite, además, ofrecen la posibilidad de cubrir cualquier país con programas televisivos no deseados. Hasta ahora no se ha utilizado este recurso para minar ninguna sociedad, pero la posibilidad de que

pueda suceder ya se le ha ocurrido al gobierno de China. A instancias del gobierno de la China comunista, el mayor operador comercial británico de televisión por satélite dejó de emitir los programas de la BBC World Service destinados a Asia.

Aunque las industrias de la televisión y del cine han sido y son espectaculares éxitos comerciales, la imagen móvil no es, ni con mucho, el único medio visual que influye en el siglo xx. En las zonas donde ha sido más viva la interacción de las culturas coloniales y colonizadas, los ejemplos de la pintura y la escultura moderna son obvios. En una curiosa inversión de efectos, a medida que el arte moderno se iba apartando cada vez más de la cultura popular se volvía más hospitalario a las formas que adquiría de las culturas ajenas. No era exactamente una variación lo que Paul Gauguin hizo cuando fue a Tahití en 1891 y pintó temas locales. Fue más bien el reconocimiento de que las esculturas y los tejidos oceánicos, los bronces de Benín y otros objetos africanos satisfacían un gusto moderno, occidental y muy refinado por el no literalismo, es decir, por descubrir en su forma o estructura algo que ocultaba la apariencia superficial. Así, no es sorprendente que un pintor tan constantemente inventivo como Picasso fuera a la vez cubista y empleara en su obra imágenes de Oceanía.

La busca de un «estilo moderno» auténtico en arte, arquitectura, música, poesía y literatura de ficción no ha ido en una única dirección. En arquitectura y diseño industrial ha logrado cierta credibilidad el principio de que «la forma sigue a la función»; un avión construido siguiendo líneas barrocas o del gótico victoriano notaría tanto las turbulencias y la resistencia al viento que no podría volar. Los automóviles de diseño deslizante consumen menos carburante. De todos modos, la estética funcional distó de ser una simple consecuencia de la búsqueda de eficacia; el más famoso de los automóviles aerodinámicos, el *Airflow* de Chrysler de 1934, no necesitaba la línea aerodinámica que se le dio. Incluso ahora, pocos autos circulan suficiente tiempo a velocidades de más de ciento veinte kilómetros por hora para que su aerodinamismo revista importancia. Las propiedades estéticas del *Airflow* no se debían a sus propiedades funcionales; más bien, su aspecto aerodinámico resultaba muy atractivo en

toda clase de ambientes; ejemplo: el edificio Chrysler de Nueva York, que marcó la tendencia que se convirtió en un tropo de la decoración.

De manera algo parecida, la pintura moderna pudo tomar una diversidad casi infinita de direcciones porque una tímida modernidad podía significar, entre otras cosas, la busca de la estructura más escueta y leve debajo del mundo visible. Un reconocimiento de que, con el invento de la fotografía, el arte ya no tenía como propósito la representación literal y podía, por tanto, entrañar cualquier jugueto-na manipulación de las apariencias, o una feliz superabundancia de maneras de explotar el pasado, y así sucesivamente hasta el infinito. Sólo esto podría explicar que se describan adecuadamente como «modernos» movimientos artísticos tan diferentes como el surrealismo, el cubismo, el suprematismo de comienzos de la revolución rusa, el pop-art de Roy Lichtenstein y Claes Oldenburg, el expresionismo alemán y las pinturas aleatorias de Jackson Pollock y otros.

Lo que es cierto para las que ya no son artes figurativas lo es asimismo para la literatura y la música. El comienzo de siglo fue, acaso, el punto culminante de la novela realista, con George Gissing en Gran Bretaña y Jack London en Estados Unidos. Pero el producto más característico de la «alta» cultura del siglo ha sido la novela experimental; la historia de la novela a comienzos de siglo se define con nombres como Thomas Mann, cuya novela más famosa, *La montaña mágica*, se publicó en 1924; James Joyce, cuyo *Ulises* apareció en 1922, y Virginia Woolf, que en 1927 dio a conocer su *Al faro*. Aunque la novela comenzó como una forma artística europea, ha adquirido una dimensión enteramente universal: de América Latina procede la novela de «realismo mágico», cuyo mayor exponente acaso sea Gabriel García Márquez, autor de *Cien años de soledad* (1967), en tanto que la lista de galardonados con el Premio Nobel de Literatura indica el interés por la novela en Egipto, India, Japón y otros países. La novela popular casi no se ha visto afectada por estos experimentos y los cambios que ha experimentado han ido en la misma dirección que la cultura popular: mayor tolerancia por las descripciones sexuales explícitas, mayor aceptación de la existencia de familias disfuncionales, acción más rápida y violenta.

También la poesía y el teatro han buscado la modernidad. Una

vez más, sin embargo, el más interesante contraste se advierte entre la tendencia a la experimentación que ha definido la alta cultura y el conservadurismo de la cultura popular. Los dramaturgos y directores occidentales han experimentado con las técnicas del teatro No japonés, se ha sustituido el arco del proscenio por el teatro en círculo o por el proscenio de los tiempos de Shakespeare, e incluso, en ocasiones, por representaciones en que los actores se mezclan con los espectadores. Para consternación de los innovadores, han sido los dramas tradicionales los que han atraído a las masas: *La ratonera* de Agatha Christie se ha venido representando desde 1952 para el público londinense, y las comedias musicales de más éxito de los últimos tres decenios han sido las producciones de Andrew Lloyd Weber, muy cuidadas pero intelectualmente y musicalmente nada exigentes.

Lo que se presta a mayor discusión es dónde situar las principales líneas de división en el campo de la música. En la obra de compositores como Arnold Schoenberg, Anton von Webern, Igor Stravinski y Alban Berg, se descartan las viejas reglas de la armonía y se experimenta con estructuras musicales muy formales, como la composición dodecafónica. Pero los experimentadores buscaron su inspiración en lugares muy diversos; en Béla Bartók influyó tanto la música popular húngara como la del atonalismo, y Stravinski, después de escandalizar incluso a los parisinos con *La consagración de la primavera* (1913), se acordó más tarde de Pergolesi para algunos de sus ballets más famosos. La música popular de diversos tipos continúa teniendo vida propia e influyendo en el arte de alta cultura. El jazz, por ejemplo, surgido de las canciones de los esclavos negros de los campos norteamericanos, ya ha perdido sus sencillas líneas melódicas y sus ritmos marcados con el pie, cuando llega a Ornette Coleman, aunque sigue siendo más jazz que cualquier otra cosa.

La separación entre la música popular y la música de las salas de concierto ha sido, a la vez, tajante y discutible. La razón, acaso, es que la música popular misma se ha visto constantemente subvertida por influencias ajenas; en los años cincuenta, el rock and roll tal vez escandalizaba tanto a los oyentes porque pedía prestado al *blues* y a los ritmos negros como porque era muy estrepitoso, estridente y atraía a los adolescentes prestos a destruir cines y salas de concierto.

De todos modos, la mayor parte de la música popular occidental se basa en baladas sentimentales que no pueden soportar ni el público de la música clásica ni los adolescentes atraídos por la última versión del *grunge* o del rock duro. Lo que sí se puede afirmar de todas las formas de la música popular es que se han convertido en una forma de cultura global; los Rolling Stones son un grupo británico cuyas localidades se agotan en Tokio lo mismo que en Los Ángeles o en París. El mundo de la cultura consumista de los adolescentes es el de una cultura muy McWorld.

De hecho, el cambio cultural moderno parece seguir la corriente del cambio demográfico. A medida que la población mundial se vuelve más joven y más móvil, surge una cultura juvenil internacional, de gustos asombrosamente uniformes en vestido, música y diversiones, mientras que no lo son las lealtades sociales y políticas. Los francotiradores serbios de la antigua Yugoslavia llevan copias baratas de tejanos Levi's mientras se vengan de la derrota serbia... en la batalla de Kosovo del siglo XIV. De igual modo, el gusto juvenil por experimentar ha fomentado el desarrollo de una cultura internacional de las drogas. Hasta comienzos del siglo XX, las drogas narcóticas y psicotrópicas no provocaban inquietud en los gobiernos ni en la ciencia médica. Los fumadores de opio aparecen en las novelas de aventuras victorianas, pero la adicción a la heroína no constituía un problema social. Sólo durante la primera guerra mundial se descubrió en Estados Unidos que la marihuana era una droga peligrosa. Lo paradójico es que al cabo de setenta años, en el mundo desarrollado, gran parte del consumo de drogas es «de recreo», en el sentido de que atrae a personas que consumen de modo casi casual marihuana, cocaína y diversos derivados de anfetaminas, para potenciar su goce de la música, el baile o el sexo, y nunca se convierten en adictos, mientras que en el otro extremo del espectro está el gravemente adicto, cuya necesidad de su veneno lo conduce al robo y al asesinato. Todo indica que, independientemente de su carácter delictivo, las drogas psicotrópicas, aun incluyendo en ellas el crack, causan menos daño médico y provocan menos violencia y menos muertes por accidente que las drogas legales. De éstas, el alcohol es responsable

de un cuarenta por ciento de todas las muertes en accidentes de tráfico en los países desarrollados, y el tabaco contribuye a una cuarta parte de las defunciones por cáncer y enfermedades cardíacas en los mismos países. Nadie sabe cuál sería el efecto de la despenalización del consumo de drogas psicotrópicas, pues las estimaciones varían desde una mayor incidencia del consumo, pero con menor incidencia de adicción y de delitos, hasta un vasto aumento de la adicción. Una vez más, no cabe aquí sino señalar la enorme diferencia en el contexto cultural en el cual un adolescente norteamericano o británico toma éxtasis y aquel en que un campesino peruano masca hojas de coca mientras carga enormes pesos en los Andes, y lo que esto pueda significar para quien quiera hacer predicciones.

En suma, el siglo xx ha conocido una plétora de paradojas culturales. Es casi universal una cultura popular difundida por las películas, la televisión y la música popular, y hoy también por el modo de vestir: los jóvenes que económicamente están en condiciones de entrar en esta cultura, lo hacen. Los regímenes que la desaprueban y tratan de hacer retroceder sus incursiones tienen escaso éxito, como lo atestiguan Arabia Saudí, Irán y la República Popular China. La pobreza más que la vitalidad de la cultura tradicional es la barrera a su difusión en la mayoría de países, y resulta difícil creer que los Estados teocráticos que son su mayor enemigo puedan resistir eternamente. Al mismo tiempo, aumenta nuestro apetito por la diferencia y la variedad culturales. Los turistas norteamericanos se quedan boquiabiertos ante las ruinas mayas y reflexionan sobre su significado. Los hoteles indonesios organizan representaciones del *Rāmāyana* para turistas australianos. Prósperos taiwaneses visitan las universidades de Oxford y Cambridge. Con todo, puede que no haya nada paradójico en esta circunstancia. No existen dos familias en una aldea que lleven exactamente la misma vida. Ya que el mundo se convierte realmente en una aldea global, cabe esperar que sus diferentes familias nacionales insistan tanto como lo han hecho siempre en lo que distingue a cada una de las demás.

# 7. Las artes visuales

NORBERT LYNTON

Si pudiéramos mirar hacia atrás desde finales del siglo xxi, el arte del siglo actual nos aparecería como una fase de la historia del romanticismo, una cima en su rechazo de modelos tradicionales y de la autoridad en favor del relativismo y el individualismo. Nos parecería una fase precipitada por el estímulo del deleite del cambio, superior al deseo de cada generación de romper con su predecesora.

Se consideraría como un período en que se produjo gran arte. Se gozaría de las nuevas obras, aunque fueran destructoras de los valores artísticos, debido a sus características positivas que ni siquiera sus artífices más destacados reconocerían. Del mismo modo que el impresionismo ha resultado la forma artística más popular de la historia, pronto serán evidentes para todos los deleites del cubismo, como lo serán los de la amplia categoría que llamamos pintura abstracta, donde los elementos de la pintura se exploran como medios suficientes en sí mismos de la poesía visual. Basta con cambiar la atención desde los signos negativos que señalan el cambio hasta los positivos que liberan. Por muy radical que fuese la intención, por muy ardiente el llamamiento a destruir la herencia artística (escuchado por primera vez en nombre de los neoclásicos, alrededor de 1800), el resultado ha sido un arte que contiene pasiones positivas, constructivas. Las artes no destruyen ninguna herencia sino que le añaden.

En la vida cotidiana, las imágenes se han vuelto corrientes y transitorias. André Malraux señaló el «museo imaginario» como una creación moderna, por medio de la cual examinamos el arte de todos los períodos y lugares mediante ilustraciones. Hoy, el ordenador pro-

mete un acceso todavía más fácil a todo el arte conocido. A fin de cuentas, esto puede demostrar lo que la reproducción en masa nos impidió ver: que el arte sólo puede experimentarse de primera mano.

Se verá que el cambio estuvo acompañado por fases de concentración y de expansión, todas con sus aspectos positivos. La cantidad de artistas y de producción subió, durante el siglo xx, en parte debido a que se apreciaban menos las habilidades que exigían un largo aprendizaje y al desarrollo de nuevas técnicas que han hecho que la producción de cierto arte fuese más rápida. A los niños se les ha alentado a producir arte siguiendo sus instintos, a los adolescentes se les ofrece en la escuela adiestramiento básico en arte, y la enseñanza del arte, antes aislada en academias, florece ahora en instituciones de educación superior. Ni el sexo ni la posición social impiden hacer carrera en las artes. Entretanto, el arte y la arquitectura occidentales han absorbido influencias de otras culturas y, en cambio, se han vuelto globales. Exposiciones internacionales, dispuestas en secciones nacionales de casi todos los rincones del mundo, han demostrado cómo las características nacionales pierden importancia ante el deseo de estar informados de los últimos cambios en los centros promotores del arte moderno. Los concursos para nuevos edificios importantes atraen propuestas de todo el mundo y los encargos recaen tan a menudo en extranjeros como en nacionales. El tiempo dirá si el futuro acarreará una mayor erosión de las expresiones artísticas locales debida al empuje de los estilos mejor propiciados, o si habrá reacciones regionales ayudadas por una percepción más profunda. El modernismo fue, en sus comienzos, un acontecimiento esencialmente occidental y mostró mucho interés por las influencias no occidentales; la arquitectura moderna ha aprovechado las fuentes vernáculas y también las tradiciones mundiales, atendiendo a razones de estilo y a veces a razones funcionales. Hay muchos indicios de que se siente la necesidad, sobre todo en países en fase de transición cultural, de aportar elementos religiosos o étnicos a la amalgama internacional, como se ve, por ejemplo, en obras israelíes, indias y africanas. También aumenta la atención a las necesidades locales, especialmente en arquitectura.

Todo esto entraña la inestabilidad de los centros del arte moderno. En 1900, París era el centro para el estudio y la práctica del arte moderno. Después de 1950, en parte debido a las perturbaciones ocasionadas por la guerra, Nueva York se convirtió en el lugar a tener en cuenta y en el que convenía darse a conocer, pese a que la ciudad había hecho aportaciones modestas al arte moderno, salvo en lo referente a colecciones. En la actualidad, las candilejas iluminan otros centros, como Berlín, Roma y Londres. En esto, como en otras cosas, la pluralidad domina.

La arquitectura moderna, en cambio, debía eludir ante todo la pluralidad y a ella ha vuelto, tras un período de coherencia que se juzgó autoritaria. Los arquitectos del siglo pasado estaban agobiados por demasiado datos, históricos y técnicos, y se convencieron de que se requerían nuevas formas de arquitectura para satisfacer nuevas necesidades. La ingeniería ofrecía espectaculares formas nuevas, pero ¿podrían adaptarse para convertirlas en arquitectura? ¿Podían ser por sí mismas arquitectura? Un Crystal Palace de acero y vidrio (en Londres, en 1851) no podía hacer por sí solo un verano arquitectónico, pero la polaridad que estableció fue repetida en puentes y en construcciones como la torre Eiffel, construida para su exhibición provisional en una exposición universal (en París, en 1889). A esto respondió el diseño arquitectónico de tipo artesanal, arraigado en las necesidades y los materiales tradicionales. Existía otra manera de eludir la atracción de los estilos históricos, adoptando y adaptando los métodos de construcción vernáculos. Frank Lloyd Wright lo consiguió de modo espectacular en Norteamérica con sus casas de las Praderas de los años noventa del siglo pasado, al tiempo que Charles Annesley Voysey, Charles Rennie Mackintosch y otros arquitectos británicos diseñaban sus casas, a la vez asombrosamente originales y muy «viejo mundo». Fue notable su influencia en Europa. Los dos extremos, ingeniería y diseño sin estilo pedante, se unieron, en cierta medida, por la necesidad de un nuevo lenguaje arquitectónico, en el *Art Nouveau* y el *Jugendstil*. Mucho de lo que entonces se hizo era demasiado individualista, pero en los años próximos al 1900 hubo también estudios serios sobre nuevos

métodos de construcción, especialmente para el empleo del hormigón reforzado y de elementos estandarizados, y también sobre el lenguaje de las formas. En esto, el diseño y el arte evolucionaron parejos y en ambos hubo tentativas de emplear métodos analíticos para probar y desarrollar primeros principios.

Los movimientos citados han moldeado nuestro conocimiento del arte moderno. Algunos dominan ciertos períodos, como el cubismo (1910-1920) y el expresionismo abstracto, más o menos a partir de 1945. El expresionismo abstracto, que iniciaron distintos artistas neoyorquinos en estrecho contacto entre sí, se convirtió en un movimiento norteamericano y europeo y encontró seguidores en todo el mundo. Éstos compartían ciertas cualidades de estilo, aunque sus propósitos eran demasiado dispares para que el movimiento pionero se convirtiera en una moda internacional. Movimientos de reducido alcance y relativamente específicos (fauvismo, futurismo, dadaísmo, constructivismo, *De Stijl*, *Op Art*, minimalismo), y una amplia variedad de actividades reunidas bajo un término como lema o grito de combate (expresionismo, surrealismo, conceptualismo), se convirtieron casi de inmediato en contenedores, dentro de los cuales el arte se empaquetaba para el consumo público, con o sin actividades paralelas en otras artes. La historia del arte del siglo xx todavía se explica como una sucesión de esos movimientos. Muchos otros grupos y movimientos surgieron y se olvidaron rápidamente. Cualquier historiador sabe que, en el mejor de los casos, esta historia no puede ser más que un truco mnemotécnico para no olvidar lo sucedido y que fue creada por críticos y conservadores de galerías y museos cuya misión principal era promocionar y convencer. Formulaciones recientes, como neodadaísmo, neoexpresionismo, neogeométrico y neoconceptual, así como la noción de posmodernismo en arte (en arquitectura tiene cierto sentido) confían en la culpable ignorancia de los movimientos cuya desaparición dan por supuesta. El renacimiento del arte figurativo, en torno a 1980, del que algunos se jactan, dependía de la ignorancia del importante trabajo (mucho menos convencional) llevado a cabo en los sesenta y setenta, decenios que, según influyentes críticos, fueron ocupados por la pintura

abstracta y el arte conceptual, pero que, sin embargo, presenciaron la labor figurativa de los artistas pop y fotorrealistas, de viejos maestros modernos como Picasso (hasta 1973) y Balthus en Francia, Philip Guston (un gran expresionista abstracto que en 1970 volvió al arte figurativo), Alex Katz y otros artistas en Estados Unidos, así como Francis Bacon, Lucien Freud, Frank Auerbach y otros en Gran Bretaña, y también la aparición y primera popularidad de los neoexpresionistas alemanes, entre ellos Anselm Kiefer y Sigmar Polke, en los años sesenta.

Más importantes que los movimientos estilísticos han sido ciertos focos de investigación y de realización. El movimiento simbolista de fines del siglo pasado proporcionó la base de buena parte de lo que siguió. El modernismo (entendido aquí como todo el arte no reaccionario del siglo XX) relacionó al principio la labor de los artistas con contenidos literarios. Emuló el interés simbolista por la fuerza comunicadora de los componentes esenciales de cada arte, como en la utilización que hizo Mallarmé de la resonancia de cada palabra y en la ambición casi religiosa de interesarse y dar validez a todas las experiencias, que Richard Wagner predicó y practicó. Mallarmé buscaba la economía de medios y podía hacerse eco de llamamientos al primitivismo y a la pureza, reclamada ya antes por el neoclasicismo, y luego también en otros aspectos del romanticismo, como los nazarenos alemanes y los prerrafaelitas británicos, que rechazaban las zalamerías del alto Renacimiento. Wagner encajaba en el interés del siglo XIX por las obras extensas, que ofrecían una experiencia total; deseaba que la ópera fuese una *Gesamkunstwerk*, interacción de drama verbal, drama musical y nuevos modos de representación teatral, lo cual reflejaba el deseo barroco de llegar al éxtasis. Si bien puede parecer que el siglo XX desconfía de la sumisión emocional, de hecho invita a ella por otros medios: la abrumadora experiencia del cine, los mítines de *Realpolitik* de la Alemania nazi, y pronto las diversiones de la «realidad virtual». Este deseo de hacer participar a los espectadores en una experiencia compleja, que se manifestaba ya en el interés del modernismo por los *happenings* y por el *Performance Art* (ambos a partir de alrededor de 1950: representación en parte espontánea en un lugar preparado y con participación del público) y el *Installation Art* (un lugar preparado en el cual entran los

espectadores), empezando aproximadamente en la misma época, aunque con antecedentes en las últimas exposiciones surrealistas en las cuales las aportaciones individuales en un entorno dramático incluían diferentes categorías. Este conjunto de manifestaciones propone lo opuesto a la búsqueda de Mallarmé de lo sucinto de la palabra, de la resonancia y de la imagen, pero el arte sucinto, muy destilado de Mondrian y del grupo holandés *De Stijl* (a partir de 1917), se ofrecieron como modelos para una brillante civilización del futuro, en la cual no se necesitaría el arte mismo, en tanto que el arte minimalista (a partir de 1965) ofrecía formas simples en dos o tres dimensiones que sensibilizaban al espectador para las experiencias visuales y táctiles. La ortodoxia del grupo *De Stijl* enlazaba con el gusto neoclásico de la claridad y la economía de medios, para proporcionar la base de lo que llegó a ser un estilo internacional en arquitectura, en los años veinte.

Existe otra contradicción en el deseo del modernismo de afirmar la autonomía de cada forma artística y de disolver los límites de cada forma de arte. La pintura, que en 1900 era sin ninguna duda la forma artística de Occidente, sigue siendo una forma artística principal, a pesar de que se ha anunciado muchas veces su muerte. «Recuerda que, más que un caballo de batalla, una mujer desnuda o alguna anécdota, una pintura es esencialmente una superficie plana cubierta con colores dispuestos en determinado orden.» Esta definición, que el pintor Maurice Denis dio en 1910, se convirtió en un principio memorable que orientó lo que más tarde se conoció como postimpresionismo, o sea, la labor de los pintores que partían del impresionismo y se alejaban de él. Entre éstos hubo figuras clave como Gauguin y Redon (ambos relacionados directamente con el simbolismo), Van Gogh, Seurat, Cézanne, y más tarde Munch, Matisse y Bonnard. Condujo, de modo evidente, al arte abstracto, en su mayor parte bajo la influencia simbolista y con fines simbólicos, como se ve en Delaunay, Kandinsky y Malevich (todos ellos alrededor de 1913). Pero este desarrollo debía no poco a unas tendencias casi religiosas que reclamaban más atención a las preocupaciones espirituales y que se asociaban con especulaciones cósmicas, y condujo asimismo a las inves-

tigaciones del *Art Nouveau* y del *Jugendstil*. Para muchos artistas modernistas, el meollo de su trabajo se centraba en el esfuerzo por encontrar el punto de equilibrio entre la explotación de los medios artísticos y el ofrecimiento de un tema legible; sobresalen entre ellos Matisse, Mondrian, Brancusi, Giacometti, Moore y De Kooning.

Rodin había llamado a la escultura «el arte del vacío y de la masa», pero manifestó un deseo simbolista de llevarnos a referencias narrativas imprecisas; si gran parte de su obra exploró las formas expresivas a costa del naturalismo, especialmente en sus pequeñas piezas modeladas, su *Puertas del Infierno* (empezada en 1880, y que quedó sin terminar a su muerte en 1917) era una especie de ópera esculpida, influida por la pintura barroca, que excedía el alcance normal de la escultura. Fue la idea del «vacío y la masa» lo que dominó la escultura modernista, a menudo en combinación con otro lema, el de la «fidelidad a la materia». La escultura, como la pintura, ha tratado de alcanzar la perfección técnica: la piedra (como la pintura) puede parecer que se convierte en carne, o la pintura en cielo, aire, luz. A los artesanos especialistas en esculpir y tallar, armados de instrumentos mecánicos, a menudo se les encargaba realizar versiones en piedra de tamaño natural de las figuritas modeladas en barro o yeso por el maestro escultor. Pero la «fidelidad a la materia» vino a exigir que el escultor esculpiera él mismo su obra y que, al hacerlo, creara de nuevo, respondiendo a la naturaleza de la pieza concreta de la piedra o de la madera escogida. El momento culminante en esta evolución fue la piedra de unos setenta centímetros de alto de *El beso*, esculpida por Brancusi en 1907-1908, que su autor dejó que se pareciera mucho a un bloque de piedra. Brancusi, de origen rumano campesino, había rechazado un puesto en el taller de Rodin. Su escultura, espectacularmente primitiva, respondía al mármol de Rodin *El beso* (1898), muy admirado pero también censurado por su explícita sexualidad. La representación nada explícita de Brancusi parecía ahora la imagen más apasionada de las dos. En otras obras posteriores, modeladas y esculpidas, Brancusi mostró que la expresión se volvía más plena cuando la forma se identificaba más de cerca con la materia. Además, al pulir sus bronces posteriores, minimizó su presencia como sólidos, convirtiéndolos en masas de luz y de aparente transparencia.

El *Dom-ino* de Le Corbusier (1914-1915), a su manera tan pri-

mitivo como *El beso* de Brancusi, era lógico en términos de función, materia y desarrollo. Fue concebido como una manera de construir nuevas casas, utilizando en parte las ruinas dejadas por la guerra, pero ahora lo vemos como el primer ejemplo claro de lo que llegaría a ser el Estilo Internacional. El esqueleto es funcional y desaparece detrás de muros y ventanas, pero proponía para la vivienda una estética mínima que se encontraba ya en el avanzado diseño de fábricas, como en la fábrica Fagus de Gropius (1911, Alfeld, Alemania). Mantenía la misma separación de la estructura respecto a los muros y la misma voluntad de dejar que el estilo surgiera de los materiales empleados racionalmente. Aquí, de nuevo, el diseño y el arte encontraron un principio común, y con él formularon alusiones morales.

La combinación de un cuidado artesanal por el medio empleado y una atención primitiva a su carácter natural encontró plena expresión en el principio de Klee de dejar que las imágenes surgieran de un diálogo entre el artista y el material y los elementos formales que empleaba. Este proceso genético es lo opuesto a la preparación exigida por el arte culto tradicional, pues exigía intimidad con los medios empleados en el arte y confianza en el proceso casi natural de desarrollo. En una época asociada a menudo con artistas de suprema arrogancia y egoísmo, entrañaba la cesión de las funciones de control, una actitud que encontró eco en las otras artes (por ejemplo, en la afirmación de Stravinski de que él era el recipiente por medio del cual nos llegó *La consagración de la primavera*) y adoptó muchas formas, graves y juguetonas. Los objetos que Duchamp tomaba de cualquier parte y que designaba como arte al presentarlos en exposiciones (a partir de 1913) anulaban el papel del artista como inventor, pero le dejaban la función, propia de dioses, de obrar una especie de apoteosis sólo con su voluntad. Por la misma época, Jean (Hans) Arp alistó al azar como colaborador suyo para hacer sus *collages* abstractos.

También entrañaban un abandono del control las distintas clases de primitivismo estilístico que encontramos en el arte a partir de 1880. Éstas se distinguen del neoclasicismo y del prerrafaelismo por la atención que prestan a las fuentes no europeas. La imitación había sido desde hacía mucho tiempo un principio académico fundamental, en el sentido de aprender de los grandes maestros del Renacimiento y de la antigüedad y de citarlos.

Imitar artefactos antes considerados sólo curiosos constituía una gran innovación. No fue el arte oriental en su mejor aspecto, sino grabados japoneses baratos sobre madera, lo que llamó la atención de Manet y de los impresionistas, debido a su dibujo sin perspectiva y sus colores y pautas planos. Gauguin pasó de imitar el arte rural bretón a adaptar figuras javanesas (igual que hizo Rodin) antes de abandonar la civilización para sumergirse en la vida y la cultura primitivas de los mares del Sur. A partir de 1906, Derain y Picasso emplearon artefactos africanos y tribales en sus obras, un verdadero desafío a la sazón, ya que lo refinado era la cultura oriental. Fue igualmente sorprendente el súbito entusiasmo de Rusia por su propia tradición de iconos pintados, que afectó al arte nuevo a partir de alrededor de 1908. El interés por el arte popular y también por la práctica medieval se introdujo en el plan para la reforma de la artesanía y el diseño preparado por William Morris y otros. Pero el modernismo extendió radicalmente esta tendencia, buscando contenidos en el arte de los niños y de los dementes, es decir, de cuantos no habían sido afectados por la educación convencional. Los intentos de los surrealistas de penetrar en los niveles precivilizados de la mente humana constituyen un grado más de esta campaña. El interés modernista por el arte «inculto» o bajo, especialmente por sus formas urbanas, desde la publicidad a las tiras de cómics y los *grafitti*, se explicaba en el reconocimiento de que poseen una fuerza que a menudo le falta al arte «culto». El cubismo y el futurismo gustaban de sumergirse en las aguas del arte «inculto»; la explotación del mismo por el pop-art, en los años sesenta, fue más refinada, pues a menudo se centraba en la fuerza y la suavidad estilísticas de las imágenes de la sociedad de consumo.

La arquitectura modernista supo hacer frente a demandas altas y bajas, por decirlo así, gracias a los mismos medios y formas. El mismo tipo de diseño que Le Corbusier propuso para las viviendas utilitarias de masas, fue adaptado por él mismo, Mies Van der Rohe, Gropius, Oud y muchos otros a la construcción de unidades destinadas a la clase media, edificadas en Stuttgart en 1927 para el *Weissenhof Siedlung*, una exposición de viviendas modernas con igual

inspiración. Mies lo empleó en el exquisito y efímero pabellón de la Exposición Internacional de Barcelona (1929), que se proponía demostrar la calidad de que era capaz el nuevo diseño alemán, cuya simplicidad se veía subrayada por hermosas proporciones y materiales semipreciosos. Al mismo tiempo, Le Corbusier demostraba la versátil idea de su sistema al emplearlo como base para casas como la villa Savoye (1928-1929, en Poissy, Francia), un cubo de hormigón blanco, en parte elevado sobre columnas, con pendientes y elementos curvos en su interior, para satisfacer las necesidades de la vida de los sectores acomodados durante los fines de semana y las vacaciones. Los años veinte fueron, en muchos aspectos, un período de consolidación, y la arquitectura de Le Corbusier, Gropius, Mies y otros, que abarcaba la estética utópica de los movimientos constructivos ruso y *De Stijl* holandés, encabezados por Mondrian y Van Doesburg, se convirtió en un lenguaje mundial. Se extendió por Gran Bretaña, Escandinavia y de vuelta a Rusia, y floreció en Estados Unidos, en parte gracias a su parentesco con aspectos de la arquitectura de Louis Sullivan y Frank Lloyd Wright.

A comienzos del siglo se aceptaba en general el impresionismo como medio de describir el mundo, aunque en ciertos círculos todavía se lo consideraba destructor de todo idealismo y de toda habilidad pictórica. A mediados de siglo, el expresionismo abstracto hacía furor en el mundo. Sus mayores exponentes fueron primero las grandes telas de Jackson Pollock, con torbellinos y chorros de pintura, y las imágenes, primero abstractas y luego agresivamente figurativas, de Willem de Kooning, con vehementes colores y brochazos —ambos expuestos alrededor de 1948—. Luego vinieron las composiciones, controladas y reflexivas en el uso de los colores, de pintores de más edad como Mark Rothko, Barnett Newman y Clyfford Still. La nueva pintura norteamericana encontró al principio cierta resistencia en su propio país, pero pronto se consideró en todo el mundo como una prueba de la nueva confianza cultural estadounidense. A mediados de los cincuenta Europa tenía ya sus propias variantes, con nombres como tachismo, *Art autre* y *Art informel*. Se relacionaba el movimiento norteamericano con las dimensiones y el

viejo espíritu pionero de Estados Unidos y el europeo demasiado a menudo con una especie de existencialismo visual surgido de la constante amenaza de destrucción. Lo que compartían no era un estilo sino una actitud respecto a las imágenes y al material, así como una inclinación a la expresión personal intensa combinada con significados arquetípicos. El éxito repentino que este arte tuvo en los años cincuenta ocultaba grandes diferencias en calidad y en modos de expresión. Si algunos artistas dieron a la pintura nuevo dramatismo, con figuración o sin ella, aunque dejándonos dudosos acerca de las emociones expresadas (como Jackson Pollock y Willem de Kooning en Estados Unidos, Jean Fautrier en Francia, Roger Hilton en Gran Bretaña y Karel Appel, miembro holandés del grupo Cobra), otros, como Clyfford Still, Mark Rothko, de origen ruso, en Estados Unidos y el español Antoni Tàpies, lograron hacer afirmaciones notablemente fuertes y duraderas con medios limitados y controlados. Sus mejores obras sugieren sublimes experiencias ante la naturaleza, comparables a las de los grandes románticos. La amplia gama del expresionismo abstracto muestra una preferencia general por el contenido emotivo por encima del intelectual, y los críticos contemporáneos lo justificaron como una manera de «aventurarse hacia lo desconocido». Bajo la influencia norteamericana, Japón aportó las lecciones de la caligrafía tradicional a los medios de expresión pictórica cada vez más desarrollados.

La escultura poco podía aportar directamente a esta evolución, pero trató de contrarrestarla. De diversas maneras la escultura de Picasso y la de Henry Moore, que desarrolló impulsos derivados de Brancusi y Picasso, así como de antiguas obras vistas en los museos, aportó nueva vida a la tradición figurativa, en los años treinta y cuarenta, inyectándole audaces metamorfosis. Más adelante, sus esculturas se instalaron en lugares públicos en el mundo entero, lo que devolvió a la escultura parte de la preeminencia de que gozara a partir del siglo XVII. Los años cincuenta vieron mucha escultura figurativa, siniestra o elegante, que reflejaba la guerra y el deseo de placer, pero también un retorno a lo abstracto, principalmente en metal soldado o atornillado, lo cual suponía una extensión importante de un arte hasta entonces dependiente del tallado o del moldeado y fundido. El norteamericano David Smith y el británico Anthony Caro abrieron

el camino, mostrando que quedaba por explorar otro campo ilimitado y no un estilo. Caro, en especial, expuso la riqueza de su territorio, inventando imágenes que a veces parecían una especie de arquitectura y otras veces hacían pensar en la música; en su obra posterior agregó sugestiones figurativas y hasta referencias concretas, en los años noventa, a los héroes homéricos. Las tentativas de asociar más estrechamente la escultura con la pintura expresionista abstracta fracasaron en general; en cambio, los minimalistas de los años sesenta dieron una respuesta más eficaz, con sus formas sencillas pero monumentales que impresionan al espectador dentro del espacio de una galería y agudizan sus percepciones, no muy diferentes de la que produce la dramática yuxtaposición de simples formas pintadas.

El Estilo Internacional en arquitectura seguía floreciente después de la segunda guerra mundial, en parte gracias a la labor incesante de sus creadores. Pero uno de ellos produjo también nuevas obras que ponían en tela de juicio su validez. En una serie de edificios, y en especial en la capilla de Ronchamp (1950-1954, en Francia), con fluidas curvas y lomas, sin apenas un solo ángulo recto, Le Corbusier se manifestó primitivo y poético, así como monumental en sus grandiosos diseños para los edificios oficiales de la nueva capital india, Chandigarh (a partir de 1951), y la vasta *Unité d'Habitation* en las afueras de Marsella (1947-1953). Su ejemplo favoreció un espíritu más aventurero, lo que dio como resultado edificios de pronunciado individualismo, en que cada encargo se consideraba como una ocasión de ofrecer una respuesta poética a las condiciones del mismo. Hay numerosos ejemplos de esta nueva libertad y responsabilidad, entre ellos los de Luis I. Kahn con sus Laboratorios Médicos en Filadelfia (1957-1963, Estados Unidos) y los de Stirling y Gowan con los edificios de Ingeniería de la Universidad de Leicester (1959-1963, Gran Bretaña). Los últimos años cincuenta y los sesenta fueron testigos de una vuelta al diseño urbano radical, que recuerda las visiones de los arquitectos de los años inmediatamente posteriores a la primera guerra mundial, especialmente en Alemania y Rusia, donde los trastornos políticos crearon un falso amanecer utópico. Había vuelto el momento de calibrar el potencial de las nuevas tec-

nologías y la necesidad mundial de un mejor control de los recursos humanos y naturales. Los sueños de ciencia-ficción se transformaron en ambiciosos proyectos que establecían como prioridad las consideraciones económicas y ecológicas.

Ese mismo período destaca por la demanda de contenido intelectual entre los artistas jóvenes. La situación artística necesitaba que se la desbaratara y esto ocurrió de diversas formas, agrupadas bajo etiquetas poco claras como arte conceptual, *Performance Art*, *Land Art*. El éxito internacional de lo que todavía se llamaba arte de vanguardia, garantizado por la bien financiada interacción de galerías y museos, e hinchado por el interés de los medios de comunicación y las lujosas revistas de arte, descansaba en sofismas que los ambiciosos artistas, al acercarse a la madurez, podían descubrir fácilmente. ¿Es que no había contradicción alguna entre las santas profundidades proclamadas por el expresionismo abstracto y la campaña publicitaria que las acompañaba? ¿Qué tenía que ver todo esto con la vida cotidiana en un mundo abrumado por las secuelas de la guerra y la posibilidad de nuevas contiendas, con espirales económicas, amenazas de desastre ecológico, abierta hostilidad racial, con el arte inmovilizado por el éxito, producto de una generación entrada en la senectud que brindaba a los artistas jóvenes escasas posibilidades de dejar su huella? Los artistas actuaban como adivinos, apartados de las cuestiones estéticas. Marcel Duchamp había pasado de la pintura a la discusión de las bases filosóficas del arte, trasladando el interés de los simbolistas por lo esotérico a obras como su complicada construcción pictórica sobre la frustración sexual, *La novia desnudada por los solteros*, también conocida como *El gran vaso* (1915-1923), una obra profundamente original llena de eruditas referencias y que evocaba un altar renacentista. A partir de 1950, las exposiciones y las revistas llamaron la atención hacia las tendencias «antiarte» del modernismo, hasta entonces casi olvidadas, así como hacia las ideas y las actividades dadaístas y en especial hacia Duchamp, lo cual era una irónica respuesta a la solemnidad con que los comentaristas (aunque no todos los artistas) relacionaban el expresionismo abstracto. Les escandalizó la frialdad de lo que surgió: las actitudes y el trabajo destructivos de Jasper Johns y Robert Raushchenberg en Estados Unidos, así como la utilización de la iconografía comercial en el arte se-

rio pero a menudo satírico de Richard Hamilton, Eduardo Paolozzi y otros en Gran Bretaña (ambos a partir de mediados de los años cincuenta). La misma reacción tuvieron ante un tipo insistentemente inexpresivo de pintura abstracta que surgió a finales de la misma década a la que llamaron pintura de cantos duros o abstracción pospictórica. Vino luego la erupción del pop internacional, al comienzo de los sesenta. La notable expresión verbal y la percepción de la política entre los artistas se vieron acompañadas por un nuevo tipo de comentarios sobre arte, casi filosóficos y también dictatoriales, con lo cual la simbiosis entre arte y crítica alcanzó una intimidad sin precedentes. A finales de los sesenta ya se promocionaban internacionalmente estas formas de arte bajo etiquetas poco claras como la de nuevo realismo. Parecía haberse entronizado la simple destreza a costa de una expresión sincera; sólo gradualmente se hizo evidente la humanidad y la poesía de lo que hacían estos artistas que negaban la dependencia del arte respecto al comercio de objetos artísticos vendibles. Muchos nombres reclaman atención, como los de Robert Smithson, Joseph Kossuth, Bruce Naumann y Jonathan Borofsky (en Estados Unidos), los socios Gilbert y George, Richard Long, Michael Craig-Martin (en Gran Bretaña), Yves Klein y Arman (en Francia), el búlgaro de nacimiento Christo y los alemanes activos internacionalmente, como el mismo Christo, Joseph Beuys y Hans Haacke. Este último llegó a especializarse en una campaña que consistía en meter las narices de los consagrados en la mierda de los patrocinadores de arte, como cuando se propuso una exposición que siguiera las huellas de las manos por las que había pasado una obra menor de Manet hasta llegar a la colección del museo más prestigioso de Colonia. Resultado: esta exposición en el museo se canceló. Acontecimientos desafiantes como éste señalaban una nueva relación entre los artistas y los principales coleccionistas y museos. Beuys hizo esculturas e instalaciones que se referían simbólicamente a su casi muerte en la segunda guerra mundial; sus obras le sobrevivieron, pero se hizo famoso gracias a su enseñanza en Düsseldorf y a sus conferencias sobre la necesidad de toda persona de enfrentarse a los sistemas políticos. Para él, el arte no era una ocupación reservada a unos cuantos, sino el primer paso hacia la acción revolucionaria. La pintura, las instalaciones y reuniones de objetos demostraron su va-

lía social al ocuparse de cuestiones similares mediante imágenes, como en la obra de Jannis Kounellis, Robert Longo y David Salle. Sin embargo, buena parte de la pintura desde finales de los setenta se limitó a jugar refinados juegos con las imágenes y estilos del pasado, al mismo tiempo que hacía irónicas referencias al mundo contemporáneo, como en las obras de Francisco Clemente, Julian Schnabel y Mimmo Paladino. Los países de origen de estos artistas no tienen ahora importancia, dado lo internacional de su vida, posición y reputación.

En los años ochenta la expresión «posmoderno» se empleó con una frecuencia mayor para indicar el final de las prescripciones e inhibiciones y el inicio en arquitectura de una nueva fase que prometía libertad estilística. Los codiciosos constructores habían adoptado una versión del Estilo Internacional, pero los juegos y el historicismo de los llamados posmodernistas dejaron lugar a sus propias banalidades y rutinas. La arquitectura viva de la última parte del siglo xx se halla representada por un nuevo tipo de constructivismo, que acepta con entusiasmo los servicios técnicos, la informalidad de las ferias y de los edificios provisionales, junto con una concepción de la vida social de los edificios. El Centro Pompidou, de Rogers y Piano, en París (1974-1976), fue una de las primeras y claras demostraciones de este espíritu, que tuvo un refinado desarrollo en el edificio de Lloyd en Londres, obra de Richard Rogers (1979-1986), y alcanzó la dignidad de un auténtico funcionalismo en el Museo de Arte Temporal de Adolf Krischanitz (1992), en la prestigiosa Karlplatz de Viena. Allí tenemos una estructura de tipo fábrica que alberga hermosas galerías, pero que desde el punto de vista estilístico ofrece sólo la ausencia de estilo.

En otros tres aspectos es visible el cambio. Uno es el hecho de que en 1900 había pocas mujeres artistas, mientras que en los años noventa hay muchas, aunque sigue siendo cierto que es más difícil para ellas que para los hombres hacer del arte una carrera. Pocos artistas viven exclusivamente de su arte. Muchas más mujeres entran en las escuelas de arte que las que se convierten en artistas profesionales o diseñadoras, pero muchas han llegado a ser muy conocidas

en el mundo artístico moderno. Esta situación empezó a notarse en los años diez y veinte, especialmente en Alemania y Rusia, y ha continuado de modo más evidente a partir de los años cincuenta. Nombres destacados del primer período son los de Käthe Kollwitz, Alexandra Exter y Lyubov Popova, y del período más reciente, los de Germaine Richer, Bridget Riley, Agnes Martin, Marina Abramovic y Eva Hesse.

El segundo cambio se refiere a una forma de arte y de pensar en el arte que se desarrolló en Rusia en los años veinte, el constructivismo, que se dividió poco después en una rama que aplicaba la inventiva y el conocimiento artísticos a las necesidades prácticas, con el productivismo, y otra que exploraba ideas y métodos cercanos a las matemáticas y la ciencia con el arte constructivo. Vladimir Tatlin fue la figura principal, al principio; Naum Gabo y otros llevaron el arte constructivo a Occidente, donde tuvo efectos inmediatos. Aunque este trabajo ha seguido y se ha extendido, no ha alcanzado mucha fama, pues sus productos, a menudo inteligentes e impersonales, a los coleccionistas les parecen insuficientemente emotivos y los críticos y los museos consideran que no están de moda. Uno de sus protagonistas casi cubre el siglo: Max Bill (1908-1995). Nacido en Suiza y formado en el arte artesanal y el diseño, estudió en la Bauhaus y encarnó perfectamente el deseo de ésta de producir artistas diseñadores capaces de cubrir una amplia gama de actividades, desde la pintura hasta la arquitectura. Las obras más destacadas de Bill son probablemente sus esculturas, simples propuestas matemáticas de expresión poderosa, incluso monumental.

El tercer cambio es la necesidad de señalar a un artista como figura clave del siglo, necesidad que no se había sentido desde Miguel Ángel. Y este artista es Pablo Picasso (1881-1973), cuya fama, enorme mientras vivía, ha ido creciendo después de su muerte, a pesar del deseo natural de archivar a los fallecidos y seguir adelante. Se ha dicho que, dondequiera que vaya el arte, Picasso ya está allí, pero en realidad no es así; su asombrosa productividad, estimulada por temores y dudas, le vedó formas artísticas menos autobiográficas. Pero tanto su energía como su inquietud encajan en el siglo actual, y la alternancia de la ansiedad con explosiones de alegría representa muy bien el arte moderno. Su aguda percepción del arte del pasado y del

de otras culturas, y su empleo de éstas entre grandes muestras de inventiva, sugiere una fusión de lo clásico y lo romántico y lo exótico con lo occidental, cosa que muy bien puede ser el principal don del arte al siglo XXI.

Ha quedado tanto del pasado, desafiado y renovado por el modernismo, que tal vez la característica fundamental del arte del siglo XX sea más su crecimiento que su cambio; crecimiento en la cantidad, en la diversidad de formas y propósitos, en la difusión a través del globo del arte occidental, en nuestra capacidad de aceptar formas amplias de gran alcance y a menudo contradictorias. Crecimiento, también, en sus sistemas de promoción y presentación. Crecen, de año en año, los programas y los medios, mientras que la prensa coloca al arte entre las «diversiones» y alienta a los críticos a distraer al lector más que a guiarlo. Si mañana nos enteramos de que un grupo de entusiasmados ciudadanos han llevado a un emplazamiento permanente una nueva gran obra de arte —sin duda actualmente un museo—, como nos cuentan que los florentinos llevaron las pinturas del altar de Cimabue a su catedral, hace siete siglos, antes que en las cualidades de la obra, pensaremos inmediatamente en el gran poder de los medios de comunicación para provocar acontecimientos. Al finalizar el siglo XX nos encontramos en una situación en la que la facilidad de acceder al arte nos obliga, como individuos, a establecer nuestro propio y silencioso contacto con el mismo en medio de la algarabía que es, ahora, su ambiente normal.

SEGUNDA PARTE

# El mundo eurocéntrico 1900-1945

# 8. Los imperios coloniales europeos

WM. ROGER LOUIS

A comienzos del siglo xx, se relacionaba a los imperios coloniales con ideas de grandeza nacional, competitividad y supervivencia de los más aptos. Los diferentes colores de los mapas en vastas zonas de Asia y África simbolizaban el poderío nacional, el prestigio y el destino. Las colonias parecían fortalecer el carácter nacional y resumir la gloria nacional. Había que civilizar a los «indígenas», mientras que las materias primas y otros recursos de las colonias debían beneficiar a la economía de la metrópoli. Pero las ideas populares no eran por entero optimistas o benéficas. Los avances tecnológicos hacían más fácil creer en el progreso humano en todo el mundo, y pese a ello la humanidad parecía atrapada en una lucha evolucionista. Sólo las naciones más aptas y los imperios más aptos sobrevivirían. Las grandes potencias debían poseer grandes imperios, a costa, si fuese necesario, de imperios menores. Antes de 1914, el ministro de Asuntos Exteriores británico, sir Edward Grey, calificó las colonias portuguesas de «cloacas de iniquidad» y pensaba que era sólo cuestión de tiempo que Alemania y Gran Bretaña se las repartieran. Las posesiones de las potencias coloniales menores se verían absorbidas por las más fuertes, del mismo modo que los territorios de las naciones «moribundas», como Turquía y China, serían anexionados por los países europeos más viriles. La aspiración imperial fomentó un espíritu de implacable militarismo.

Los historiadores que escriban dentro de cien años, cuando se haya desvanecido el interés general por los detalles de los imperios europeos, seguirán registrando el fantasmagórico significado atribui-

do, antes de 1914, a las colonias. Señalarán asimismo la frenética energía de los exploradores, aventureros, soldados, misioneros, comerciantes y administradores que, para bien o para mal, extendieron de modo tangible la influencia europea y afectaron a la vida de los no europeos en el mundo entero. Muelles, carreteras, plantaciones, vías férreas y minas surgieron en todas partes, a la vez que las mercancías y las monedas occidentales penetraban en las sociedades no europeas. En este sentido, el comienzo del siglo xx representó un Rubicón atravesado, sin vuelta atrás. Nunca se permitiría que las sociedades indígenas continuaran su propia evolución natural, sino que se las modernizaría y, en algunos casos, se las asimilaría. El imperialismo sería el motor que arrastraría el cambio social y económico.

Cada nación con posesiones coloniales, grandes o pequeñas, no sólo creía en la necesidad del imperio, sino que albergaba también un sentimiento de superioridad como raza gobernante y de divina misión de civilizar al mundo no europeo. Esto era, acaso, una racionalización, pero fue asimismo una fuerza galvanizadora. La ética del imperio creaba su propia dinámica. Rudyard Kipling escribió sobre la misión británica: «Se nos ha asignado, a nosotros y no a otros, un deber concreto. El de llevar la luz y la civilización a los lugares oscuros del mundo, el de iluminar la mente de Asia y África con las ideas éticas de Europa, dar al tropel de millones, que de otro modo nunca conocerían la paz ni la seguridad, estas primeras condiciones del progreso humano.» En la misma vena, el más elocuente de los procónsules británicos, lord Curzon, escribió que el imperio británico era el mayor y mejor instrumento para el bien que el mundo hubiese conocido.

La creación de los imperios coloniales modernos fue obra de una sola generación, cuya vida se extendió desde los últimos decenios del siglo xix hasta la primera guerra mundial. Había, desde luego, antecedentes históricos. Fundamentalmente, los imperios fueron un producto de la revolución industrial y del consiguiente avance, en tecnología y armamento, de Europa respecto al resto del mundo. Europa se convirtió en una central eléctrica que generaba comercio e intercambio, y en los últimos decenios del xix y hasta 1914, se expandió más rápidamente que en cualquier otra época. Entre 1800 y 1880, los imperios coloniales añadieron diecisiete millones de kiló-

metros cuadrados a sus dominios. En las tres décadas siguientes, los imperios crecieron una veintena de millones más de kilómetros cuadrados, de modo que el dominio europeo pasó del 65 por ciento al 85 por ciento de la superficie terrestre. El imperio británico por sí solo se extendía sobre una cuarta parte del globo y un cuarto de la población mundial. Los progresos en medicina, lo mismo que en tecnología, permitieron a los exploradores penetrar en el interior del continente africano y a los misioneros cristianos establecer misiones en los trópicos. El avance occidental parecía irreversible. En África, el ferrocarril llegó a Bamako en 1905, a Katanga en 1910, a Kano en 1911 y a Tabora en 1912. Se emplearon aeroplanos en las campañas militares de Libia en 1911 y de Marruecos en 1912.

Con un aumento tan espectacular del dominio territorial, ¿quién sacaba provecho? Ésta era la pregunta que formulaba John A. Hobson, el escritor más destacado sobre el tema del imperialismo. Al analizar la cuestión de motivo y provecho, durante el período de la guerra sudafricana (bóer) que tuvo lugar a finales del siglo XIX, conjeturó, en su libro *Imperialism*, que la expansión europea en África tropical iba a producir beneficios, pero su interpretación fue errónea. Él y otros confundieron expansión política con inversión económica; ésta seguía fluyendo hacia otras partes, como las Américas, China y Rusia, y África quedaba al fondo del barril económico del imperialismo. La crítica de Hobson fue, sin embargo, influyente. Todas las teorías del imperialismo, incluyendo las de Rosa Luxemburgo y de Lenin, se derivaban de la obra de Hobson, que expresó la indignación moral de centenares de otros escritores, pues los imperios coloniales no carecieron de críticos, ya fueran liberales o revolucionarios.

Los imperios del siglo XX tuvieron un origen más casual de lo que muchos teóricos reconocerían, pero uno de sus objetivos consistía en impedir que los rivales consiguieran fuentes de riqueza nacional. En la arrebatiña por colonias hubo algunos golpes de suerte. Así, los inversores y empresarios sacaron beneficios de los diamantes y el oro de África del Sur, el cobre de Katanga, del caucho de Malaca y del petróleo de las Indias Orientales y del Próximo Oriente. En general, sin embargo, las posesiones coloniales demostraron ser elefantes blancos, incluso en comercio e intercambios. En 1910, las colonias alemanas representaban menos del uno por ciento del comer-

cio germano y en 1912 el Congo belga aportaba sólo el uno por ciento al comercio de Bélgica.

El imperio colonial más reducido, en el siglo xx, era el español. La pérdida, en 1898, de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas en favor de Estados Unidos, y de las islas del Pacífico en favor de Alemania, redujo el imperio español a las islas Canarias, el Sahara español, un protectorado de parte de Marruecos y la Guinea española en África ecuatorial (única colonia hispana de cierto valor económico, especialmente en cacao). Sin embargo resultó más importante la tradición del viejo sistema colonial español: autoritarismo, legalismo y paternalismo, es decir, el antecedente de los regímenes coloniales del siglo xx. De los legados españoles duraderos el más notable tal vez fuera la asimilación del catolicismo y del modo de vida español por parte de los filipinos. Los colonizadores eficaces no fueron los capitanes de barco ni los conquistadores españoles, sino los frailes y sacerdotes que construyeron iglesias, crearon parroquias y escuelas. La estructura de clase, así como el sistema clientelista de la era española continuaron intactos en la era de la independencia.

Los imperios de Estados Unidos y Rusia quedan fuera del marco de este capítulo, pero será útil tener en mente que al mismo tiempo que los imperios coloniales europeos se extendían por África y el Pacífico, Estados Unidos establecía un imperio comparable con los restos de las posesiones españolas, y que Rusia seguía extendiendo un vasto imperio terrestre por Asia central y, al final del siglo xix, había completado una enorme red ferroviaria que unía Siberia con Vladivostok, principal puerto ruso en el Pacífico. El dominio colonial norteamericano comprendía Guam, Filipinas, Puerto Rico y las islas Vírgenes —que compraron a Dinamarca en 1917—. Pero Estados Unidos nunca describió estas posesiones como colonias sino como «territorios», debido a la herencia revolucionaria y antiimperial estadounidense. La adquisición de lo que eran colonias en todo menos en nombre provocó cierta turbación ideológica. En este sentido, hay una semejanza entre Estados Unidos y la Unión Soviética, la de una herencia revolucionaria propia. Ambos evidenciaron siempre un talante anticolonialista, si bien poseían su propio imperio colonial.

A los contemporáneos que fueron testigos del destino del impe-

rio español les parecía inevitable que los débiles hubieran cedido el lugar a los fuertes. Nadie preveía que la vida de los grandes imperios coloniales sería relativamente breve. La opinión preponderante, al final del siglo XIX, era que los nuevos imperios durarían cuando menos mil años. Pero a los cien años de lo que los españoles llamaron «el desastre» de 1898, hasta el gran imperio de la Unión Soviética había desaparecido.

El imperio alemán fue el de vida más breve. Nació en 1884 y se extinguió en 1919. Casi todo estaba concentrado en África. El África Oriental alemana cubría una superficie de 994 560 kilómetros cuadrados (casi el doble que la de la Alemania imperial), a la que debían añadirse los 839980 kilómetros cuadrados del África del Suroeste, los 789950 kilómetros cuadrados de Camerún, los 88060 kilómetros cuadrados Togolandia y, en el Pacífico, los 240870 kilómetros cuadrados de la Nueva Guinea alemana. Alemania poseía también territorios menores en Asia y el Pacífico, entre ellos Kiau-Chao en China, el archipiélago Bismarck, parte del grupo de las Samoa y las islas Carolina, Mariana y Marshall al norte del ecuador. Sólo algunas regiones de África oriental y suroccidental atrajeron a colonos. Pese a la brutal represión de la rebelión de los herero en África Suroccidental en 1904-1907, y de la sublevación de los maji-maji en el África Oriental alemana, en 1905-1906, los alemanes no fueron ni más ni menos bárbaros que los franceses en Argelia, los británicos en Kenya o los belgas en el Congo antes de 1908. Una falacia común sostenía que las colonias eran vitales para la prosperidad económica alemana; pero, lejos de ser una fuente de ingresos, las colonias alemanas, antes de 1914, excepto Togolandia (productora de cacao y caucho) y las Samoa (por la copra), necesitaron siempre subsidios. Los financieros y los emigrantes alemanes preferían claramente Europa del Este y América a las colonias de su país. En 1919, Alemania perdió su lugar bajo el sol y con él su nada provechoso imperio. En los años treinta pareció que algunas de las colonias iban a ser restablecidas (o que se cederían a Alemania territorios africanos, a costa de Bélgica y Portugal). No sabemos cómo hubiese afectado al África negra la ingeniería social del Tercer Reich, y si el holocausto hubiera tomado una dirección algo diferente de haberse dispuesto de lugares como el África oriental para vertedero de judíos y gitanos.

Lo único que puede decirse con certeza es que después de 1945 los alemanes se ahorraron el trauma de la descolonización.

Durante la primera guerra mundial, Gran Bretaña y Francia se convirtieron en las potencias importantes del Próximo Oriente y aumentaron sus dominios coloniales africanos. El estado de ánimo público cambió. Las potencias europeas aceptaron, al menos de labios afuera, el ideal de que conservarían en tutela las colonias hasta que las poblaciones indígenas pudieran gobernarse por sí mismas. Alemania no sólo perdió sus colonias sino que, gracias a la propaganda británica, adquirió injustamente la reputación de potencia bárbara incapaz de gobernar a poblaciones indígenas. Las colonias alemanas fueron ocupadas por los británicos (con ayuda de tropas indias), por los franceses, los belgas, los sudafricanos, los australianos, los neozelandeses y los japoneses. Los franceses y los británicos y, en menor medida, los italianos, desmantelaron el imperio otomano. Los imperios holandés, belga y portugués, de menor rango, siguieron intactos, igual que los mayores imperios francés y británico, gracias a que Japón era aliado de Gran Bretaña y su vigilancia en los mares orientales permitió a la escuadra británica concentrarse en aguas europeas, y con ello contribuyó a la victoria aliada y al mantenimiento de los imperios aliados.

Después de derrotar a China en 1894-1895 y a Rusia en 1904-1905, Japón se anexionó Corea en 1910, con lo que entró sin invitación en el club blanco de los imperios. Durante la primera guerra mundial, la influencia japonesa aumentó en China y en el Pacífico. En 1919, las islas alemanas al norte del ecuador pasaron a ser territorios bajo mandato nipón. Como en Alemania en los años treinta, surgió en Japón, que ocupó Manchuria después de 1931, la doctrina de que los mercados y las materias primas eran indispensables para la supervivencia. Al sur, la «esfera de mayor coprosperidad», durante la segunda guerra mundial, se proponía asegurar la hegemonía económica y política japonesa en el Sureste asiático. Durante la primera parte de la guerra, la conquista nipona de Filipinas, Malasia y las Indias Orientales, así como el control de Indochina, mostraron la vulnerabilidad de los regímenes occidentales en Asia. Si los japoneses no hubiesen salido derrotados de la segunda guerra mundial, todo el Sureste asiático hubiese podido formar parte de un bloque

autárquico, no muy distinto del que los británicos habían deseado formar con la zona de la libra esterlina. Las islas al norte del ecuador se habrían visto ocupadas por inmigrantes nipones y asimiladas como una extensión del territorio japonés. Pero la realidad fue que los japoneses no dejaron ningún legado en Micronesia, ninguna tradición de lengua y educación, ni estatuas o parques. El rasgo más duradero de la experiencia colonial japonesa fue la profunda amargura de los coreanos por la violación de su «alma nacional». Después de 1945, la pérdida de posesiones coloniales demostró que Japón, como Alemania, no necesitaba colonias tropicales para recuperarse económicamente.

El imperio colonial italiano fue otra víctima de la segunda guerra mundial. Al finalizar el siglo XIX, Etiopía (o Abisinia) no sólo se había mantenido libre de todo control europeo sino que había infligido una humillante derrota a los italianos, en la batalla de Adowa en 1896. La invasión de Etiopía por Mussolini en 1935-1936 pretendía ser un desquite y establecer asimismo un imperio neorromano en África oriental. Los dominios italianos en esta zona comprendían Eritrea, de 408802 kilómetros cuadrados y 4188 italianos, según el censo de 1931, y la Somalia italiana, con una superficie de 502460 kilómetros cuadrados (casi el doble que la de Italia) y 1631 italianos. El número de italianos es importante debido a la obsesión por el «exceso de población» que caracterizaba la actitud oficial italiana en los años treinta. La emigración se dirigía sobre todo a Libia, que Italia había conquistado a Turquía en 1911, y que en el período de entreguerras pasó a ser «la cuarta costa» italiana, con una población, en 1938, de 89098 italianos, cifra que se puede comparar con los 18269 blancos de Kenya, los 386084 judíos en Palestina y los 987252 europeos en Argelia. Bajo el dominio italiano, Libia se convirtió en uno de los países más urbanizados del norte de África, con concentraciones de población en Trípoli y Bengazi. Unos treinta mil campesinos italianos se asentaron también en la llanura de Gefara, en Tripolitania. El gobierno fascista italiano construyó puertos amplios y carreteras, pero estableció a los beduinos nómadas cerca del desierto, con lo que su número se redujo drásticamente, quizá hasta la mitad. Estos planes, aplicados para mayor gloria del Estado fascista, fueron al final una carga para el presupuesto italiano y devastaron a la población indígena.

La segunda guerra mundial destruyó otro sistema colonial de mucha mayor importancia y longevidad: el de los holandeses, que poseían colonias desde el siglo XVII. En las Indias Occidentales, las posesiones holandesas comprendían Surinam y Curaçao. En las Indias Orientales, el vasto archipiélago indonesio con trece mil islas —que se extendían, de este a oeste, sobre cerca de seis mil kilómetros—, los holandeses desarrollaron una economía colonial que producía tabaco, té, café, azúcar, copra, estaño, carbón, caucho y petróleo. Ni en el siglo XIX ni al calor de la primera guerra mundial extendieron los holandeses su imperio. Su superficie era la misma en 1939 que en 1815. Pero desde finales del siglo XIX, la expansión de la economía llevó a las Indias Orientales una nueva población neerlandesa de comerciantes y funcionarios. En 1939 había 240 417 holandeses, muchos de los cuales consideraban las Indias Orientales como su hogar, donde criaban a sus hijos, donde se jubilaban, y que se sintieron muy amargados durante la lucha de posguerra que condujo a la expulsión de Holanda. La población indígena había subido de seis millones a treinta millones en el siglo XIX y a setenta millones en 1940. El dominio holandés reflejaba en parte el problema de cómo gobernar una población tan enorme y cambiante, pues desde el comienzo de su dominio los holandeses conservaron las dinastías indígenas y gobernaron a través de ellas. Sin embargo, la expansión de las actividades europeas a finales del XIX y durante el XX condujo cada vez más a la anexión. Hacia 1930, los holandeses tenían plena soberanía sobre el 93 por ciento de Java y más de la mitad de las islas exteriores, pero daban a los distritos administrativos una autonomía considerable. A semejanza del sistema británico y en contraste con el francés, el holandés se caracterizaba por la descentralización y el gobierno indirecto. Era desigual la influencia holandesa en zonas densamente pobladas, como Java, y en las zonas periféricas. Una burocracia indígena servía de parachoques con las comunidades rurales. La ocupación japonesa, a partir de 1942, rompió la continuidad del dominio holandés. Se internó en campos de concentración a los holandeses y la élite indonesia ocupó los cargos administrativos que antes se le habían negado. Al ganarse el apoyo de los nacionalistas y de los dirigentes islámicos, los japone-

ses fomentaron el movimiento nacionalista. Los holandeses esperaban reafirmar su dominio después de la guerra, pero hubo una larga y agria lucha, que terminó cuando Estados Unidos se puso del lado de los nacionalistas. La nueva nación de Indonesia logró su independencia en 1949, hecho considerado en Occidente como uno de los dos grandes acontecimiento asiáticos del año; el otro fue el ascenso del régimen comunista en China.

Ahora trataremos de los imperios que duraron hasta la segunda parte del siglo xx, es decir, los de Bélgica, Francia, Gran Bretaña y Portugal, que guardan entre ellos similitudes fundamentales. Cada colonia tenía un «marco de acero» de policías, militares y funcionarios encargados de mantener el orden y defender las fronteras. Un puesto europeo podía consistir meramente en un funcionario de distrito, algunos intérpretes y un pequeño destacamento militar. A comienzos de siglo, los portugueses, más que los otros países, carecían de recursos militares y administrativos para llevar a cabo algo más que una ocupación mínima. Todas las colonias, de hecho, desarrollaron sistemas fiscales basados en impuestos sobre las cosechas, que a menudo entrañaban trabajo forzado o su equivalente. Cada potencia colonial exportó una forma simplificada de su propio sistema de gobierno y de legislación y cada colonia poseía un sistema judicial, aunque éste a menudo se expresaba con una autoridad ilimitada y arbitraria. Como unidades administrativas de las potencias europeas, las colonias eran, asimismo, Estados en gestación, cada una en vías de adquirir las características modernizadoras de los Estados europeos. Cada sistema colonial invirtió en puertos, carreteras y ferrocarriles, así como en educación y en medidas sanitarias, por ejemplo, contra la enfermedad del sueño. A mediados de siglo, cada una de las colonias había establecido una red de oficinas gubernamentales, con sus archivos, máquinas de escribir y teléfonos. Antes, probablemente daba igual que un africano estuviera bajo un régimen u otro, pero más tarde importó mucho. Cada sistema colonial llegó a poseer características distintivas que han persistido en el período poscolonial hasta el final de siglo.

A mediados de siglo, el Congo belga tenía la reputación de ser una colonia modelo. No siempre fue así, pues cincuenta años antes, bajo el régimen autocrático del rey Leopoldo, el Congo había destacado por

el hecho de que Leopoldo lo gobernaba como propiedad privada y no como rey de los belgas. Su régimen era explotador y rapaz. Se obligaba a los africanos a recoger una cuota determinada de caucho bajo pena de castigos a veces atroces. Esto se debía en parte a la naturaleza de la *force publique*, más parecida a un ejército de mercenarios que a una policía colonial. En 1905 estaba compuesta por 360 oficiales europeos de distintas nacionalidades y 16000 africanos. Leopoldo quería beneficios, pero su aparato administrativo era demasiado débil para impedir abusos. En 1908, Bélgica se anexionó el Congo para remediar las maldades de su rey. La inmensa colonia medía casi 2345000 kilómetros cuadrados, ochenta veces más que Bélgica. La población africana era relativamente reducida, unos ocho millones al establecerse el gobierno belga y 13540182 en 1958. Los belgas eran solamente 17536 en 1940 y 88913 en 1958. La región proporcionaba una gran variedad de recursos, como cobre, diamantes y uranio, además de productos agrícolas, entre los cuales caucho, aceite de palma y algodón. La minería era la parte más valiosa de la economía. Sin embargo los beneficios de las inversiones belgas no eran elevados, pues ascendían al cuatro o cinco por ciento anual. Antes de 1937, Bélgica subsidiaba el presupuesto colonial. Habida cuenta de la época, el dominio de Bélgica era benévolo y eficiente. Ninguna otra colonia tenía mejores condiciones de trabajo, mejor sistema sanitario o de educación primaria. Ninguna otra, quizá, era tan paternalista. Las misiones católicas contaban con la asistencia del cincuenta y seis por ciento de los niños a la primaria, pero pocos pasaban a la educación secundaria y todavía menos a la universitaria. Cuando llegó la independencia, había solamente dieciséis congoleños con formación universitaria. En diciembre de 1959, unos motines en Léopoldville hicieron comprender tardíamente a la administración belga la fuerza del nacionalismo congoleño. Los belgas cometieron entonces un error de cálculo, pues por temor a que los motines llegaran a adquirir la importancia de la revolución argelina, pero presumiendo que los congoleños no podrían arreglárselas sin ellos, decidieron reconocer de inmediato la independencia de su colonia el 30 de junio de 1960. El Congo cayó en seguida en la anarquía. El verano de 1960 se recordará siempre como uno de los grandes desastres de la descolonización europea. Las expresiones «Congo» y «caos poscolonial» se volvieron sinónimas.

Antes de la segunda guerra mundial, el imperio francés era el único comparable al británico. En 1939 se extendía sobre 11 959 539 kilómetros cuadrados, con una población de 64 496 975 habitantes. Argelia, administrada directamente como parte de Francia, era la principal colonia en la que se instalaban colonos permanentes y contaba con casi un millón de europeos y más de seis millones de musulmanes, con una de las tasas más altas del mundo de aumento de población. Otras zonas norteafricanas del imperio incluían los protectorados de Túnez y Marruecos, y en el Próximo Oriente, los territorios bajo mandato de Siria y Líbano. En el Sureste asiático, los franceses poseían Indochina y en el Pacífico, Tahití y Nueva Caledonia; además, administraban con Gran Bretaña el condominio de las Nuevas Hébridas. En el Caribe, Francia conservaba las colonias azucareras de Guadalupe, Martinica y la Guayana francesa, pero ya no Haití, que se había rebelado con éxito en 1804. Frente a Terranova, poseía las bases pesqueras de St. Pierre-et-Miquelon. En el África tropical los dominios galos eran mayores que los de cualquier otra potencia; se extendían desde el sur de Argelia hasta el Congo y al este hasta el Sudán angloegipcio. Había dos unidades administrativas principales. La Federación de África Occidental Francesa comprendía las colonias de Mauritania, Senegal, Costa del Marfil, Dahomey, el Sudán francés, la Guinea francesa, Alto Volta y Níger. El África Ecuatorial francesa, por su parte, abarcaba el Chad, Gabón, el Congo Medio y Ubangui Chari. Francia administraba asimismo los territorios bajo mandato de Camerún y Togo. Y esta larga lista no es completa, pues entre otras posesiones galas estaban también la Somalia francesa, Madagascar y grupos de islas en el océano Índico. En todos estos territorios, el objetivo, desde la época de la Revolución francesa, había sido el mismo: ofrecer a sus súbditos la herencia republicana y la civilización francesas, para permitirles asimilarse como ciudadanos franceses. El imperio, por lo tanto, debía formar parte integral de Francia.

Ya a comienzos de siglo los franceses comprendieron que sería difícil, si no imposible, asimilar sociedades enteras en lugares como Argelia, Indochina y el África negra. En 1922, había sólo 96 ciudadanos franceses negros en el África Occidental, aunque en 1937 esta cifra se había elevado a 2000. En 1936 sólo 7817 argelinos ha-

bían accedido a la ciudadanía francesa renunciando al islam y a la sociedad tradicional. Era evidente que el proyecto de transformar a africanos negros y a árabes en ciudadanos franceses tenía sus límites. Pese a ello, no desapareció del todo la idea de la asimilación. El destacado ministro francés de Colonias de después de la primera guerra mundial, Albert Sarraut, había animado a invertir para desarrollar las colonias y conseguir que las economías coloniales fueran interdependientes de la metrópoli. Esto era un hecho notable, porque los franceses se mostraron siempre más dispuestos a dar dinero y a emplear la fuerza militar que cualquier otra potencia colonial. El carácter universalista de la filosofía republicana francesa y de su *mission civilisatrice* podía no ser práctico, pero las aportaciones económicas y militares ayudaron a los franceses a producir una pequeña élite asimilada, devota de la civilización francesa. La asimilación era tanto cultural como política, y los árabes *évolués* no fueron bastante fuertes para impedir que los nacionalistas sirios defendieran su independencia en 1945. El fin de Francia como potencia en el Próximo Oriente se debió a la segunda guerra mundial, que minó también la fuerza de los franceses en Indochina. El año 1954 vio la humillante y decisiva derrota francesa en Dien Bien Phu, derrota que de hecho puso fin al imperio francés en Asia. El mismo año, el gobierno de París reforzó con 20000 hombres sus tropas en Argelia, cifra que iba a crecer hasta medio millón a finales de la revolución, en 1962. Uno de los más destacados logros del general De Gaulle, después de su regreso al poder en 1958, fue su decisión sobre el futuro de Argelia y del destino del imperio colonial francés. En 1958 ofreció a los africanos una elección clara: sea la independencia, con un lugar privilegiado en la comunidad francesa y con el mantenimiento de la ayuda económica y militar, sea una independencia sin trabas y la brusca interrupción de todos los lazos con Francia. Sólo Sekou Tourée de Guinea decidió romper los lazos con Francia. Las demás colonias, ya independientes, permanecieron dentro de la Union Française. En abril de 1961 De Gaulle sobrevivió a una rebelión militar del ejército francés en Argelia y avanzó decididamente hacia una *Algérie algérienne*. Argelia había atraído la atención de todo el mundo, en parte gracias a la película *La batalla de Argel*, que transmitía dramáticamente el mensaje de que medio millón de soldados, con armas mo-

dernas y el auxilio de la tortura no podían destruir una revolución que reclamaba la libertad nacional. El 3 de julio de 1962, De Gaulle declaró la independencia de Argelia.

El imperio británico difería del sistema colonial francés ante todo por la posesión de India y por los Dominios autónomos. A finales del siglo XIX, India era por sí misma un imperio, con una extensión territorial de casi cinco millones de kilómetros cuadrados y una población de 294.361.052 habitantes. En 1900, la población de India era casi cinco veces mayor que la de todo el imperio colonial galo. Nos da una medida no sólo de la capacidad de fuego, sino también de la confianza y del prestigio británicos, que fuese administrada por menos de mil miembros del cuerpo de funcionarios (Indian Civil Service), casi todos británicos. En 1915, el porcentaje de indios en este cuerpo había alcanzado el 5 por ciento y era del 32 por ciento en 1935. A comienzos de siglo el ejército indio, con un meollo de 250000 soldados, hacía de Gran Bretaña el primer poder militar de Oriente. Durante ese tiempo, los Dominios de Australia, Nueva Zelanda, Canadá y África del Sur habían llegado a gobernarse a sí mismos y eran virtualmente independientes. El Estatuto de Westminster de 1931, al marcar el nacimiento de la Commonwealth reconocía simplemente la existencia de naciones de parientes y amigos, asociadas libremente por interés propio. Hasta 1947, la Commonwealth fue un club exclusivamente de blancos, que representaba una pequeña parte del todavía vasto imperio, cuya mayor extensión territorial se alcanzó en los años de entreguerras. En 1939, las colonias británicas del Caribe comprendían Jamaica, Trinidad, Guayana Británica, Honduras, las islas de Sotavento (Leewards), las islas de Barlovento (Windwards), las Bahamas y Bermuda. En el Pacífico, Gran Bretaña administraba Fidji, Tonga y grupos de islas menores. En el este y el sureste asiáticos, las posesiones británicas incluían Hong Kong, Malaca, Birmania, Singapur y partes de Borneo. En el Próximo Oriente, el Mediterráneo y el océano Índico, Gran Bretaña gobernaba Gibraltar, Malta, Chipre, Palestina, Jordania, Adén, los protectorados del golfo Pérsico, Ceilán, la isla Mauricio y las islas Seychelles. Los territorios africanos comprendían Gambia, Sierra Leona, Costa de Oro, Nigeria, Camerún, el Sudán angloegipcio, la Somalia británica, Kenya, Uganda, Tanganyika, Rhodesia del Norte, Niasalan-

dia (Malawi) y Rhodesia del Sur. Esta lista, con ser extensa, no es completa. El imperio británico y la Commonwealth formaban un complejo sistema mundial que cubría casi treinta y dos millones de kilómetros cuadrados, es decir, aproximadamente una cuarta parte de la superficie terrestre, e incluía territorios adquiridos en el curso de cada etapa de la historia de la colonización, a partir del siglo XVI.

Retrospectivamente, los años entre las dos guerras mundiales representaron la edad de oro del colonialismo británico, por lo menos en la imaginación. El jefe *(officer)* de Distrito inspiraba a sus súbditos, lo mismo que al público británico, la confianza de que el gobierno colonial era justo y benévolo, como se le representó en la película *Sanders of the River*. La realidad era más complicada, pero los relatos novelescos solían dejar claro que el gobierno británico dependía de las autoridades indígenas. El Indian Office junto con el Colonial Office eran los monitores de un imperio descentralizado que se financiaba a sí mismo. La *Indian Act* de 1919 daba responsabilidad ministerial a las provincias y mediante un sistema al que llamaron «diarquía», transfirió a manos indias la autoridad en cuestiones de educación, salud pública, obras públicas y agricultura, reservando a los británicos los servicios cruciales, como justicia, policía, finanzas y asuntos exteriores. Su propósito era, en parte, conseguir la lealtad y la colaboración de los líderes indios. La *Indian Act* de 1935 dio mayor autonomía a las provincias y creó una estructura federal, además de un Tribunal Supremo, siempre con el propósito no de poner fin al *Raj* (dominio británico en India) sino de prolongarlo, consolidando el control británico en el centro del gobierno indio. En África emergió un propósito similar. En 1922, el Mandato Dual de sir Frederick Lugard inspiró la doctrina de que debía dejarse la administración local a las autoridades indígenas, de preferencia a los jefes hereditarios. Como en India, el objetivo era conseguir la colaboración sin debilitar el control británico. Las autoridades indígenas se financiaban a sí mismas, de modo que satisfacían las rigurosas exigencias fiscales británicas. Mediante el gobierno indirecto, los británicos actuarían de tutores y los africanos conservarían su propia identidad, con lo cual se resolverían los problemas étnico y ético del imperio. La dificultad consistió en que los jefes no eran capaces de proporcionar la dirección necesaria para un Estado colonial moderno.

Después de la segunda guerra mundial, el Colonial Office empezó a desmantelar el gobierno indirecto y a democratizar el imperio mediante sistemas de gobierno local, con lo que se esperaba que se desahogarían las ambiciones nacionalistas. El objetivo era, de nuevo, el mismo que en India: atraerse a los nacionalistas antes de que se volvieran irreconciliables. Durante algún tiempo pareció que la estrategia daría resultado. En 1945, nadie hubiese creído que el fin llegaría tan rápidamente, aunque ya era evidente que no podía mantenerse a India dentro del imperio. El gobierno laborista estaba comprometido con la libertad de India y, en cualquier caso, la debilidad económica y militar imponía retroceder.

El desmantelamiento del imperio comenzó en Asia con la concesión de la independencia a India y Pakistán en 1947, y a Ceilán y Birmania en 1948. Todos, menos Birmania, permanecieron en la Commonwealth, lo cual proporcionó un amortiguador psicológico durante la era de la descolonización. En 1948 se expulsó a los británicos de Palestina, en parte debido a la intervención de Estados Unidos en favor de los sionistas y la creación del Estado de Israel. Podría ser tentador ver en estos acontecimientos el comienzo de una decadencia y caída predeterminadas, pero no les parecía así a quienes los vivían y que esperaban rejuvenecer el imperio en el Próximo Oriente y en África. Con la pérdida de India y Palestina apartada a un lado, se desarrollaría África como sustituto de India, y el petróleo del Próximo Oriente sostendría a Gran Bretaña como gran potencia mundial. El hundimiento del imperio se evitaría llegando a acuerdos sinceros con los nacionalistas africanos y del Próximo Oriente, tratándolos como iguales y no como inferiores, a diferencia de lo ocurrido en períodos anteriores. Los sudaneses fueron los primeros en beneficiarse de este nuevo enfoque, aunque el apoyo de Egipto a su causa fue para ellos tanto o más valioso que el cambio de política británico. Sudán llegó a la independencia a comienzos de 1956. Es interesante preguntarse cómo hubiera llegado el fin del imperio británico de no haber estallado la crisis de Suez, a finales del mismo año. Suez reveló la verdadera dimensión de la debilidad militar y económica de Gran Bretaña, así como de la dependencia de ésta respecto a Estados Unidos. Después de Suez, Harold Macmillan accedió al cargo de primer ministro y procedió a liquidar el imperio como un

activo económico dudoso y una carga en las relaciones anglonorteamericanas. Macmillan se veía arrastrado por los vientos del nacionalismo africano. Deseaba evitar guerras coloniales y una «Argelia británica» en África central. Ya se había previsto para 1957 la independencia de Costa de Oro y de Malasia, y fijado para 1960 la de Nigeria. Pero fue el ministro de Colonias de Macmillan, Macleod, quien aceleró espectacularmente las decisiones en los años 1959-1961. En gran parte debido a esta aceleración, se proclamó la independencia de Tanganyika, Chipre, Sierra Leona y Kuwait en 1961; de Uganda, Jamaica y Trinidad en 1962; de Kenya y Zanzíbar en 1963, de Niasalandia (Malawi), Rhodesia del Norte (Zambia) y Malta en 1964. Quedaban Adén y los protectorados del Golfo, y la solución del problema de Rhodesia se dejó para otra generación, veinte años más tarde. Pero, esencialmente, el imperio que había sido representado en los mapas por grandes manchas rojas llegó a su fin en un período de cuatro años, a partir de 1960. La decisión fue implacable, en el sentido de que se basó en el interés exclusivo de Gran Bretaña y no en preocupaciones humanitarias por los habitantes de las colonias. Prolongar la presencia británica hubiese acabado en conflicto; era mejor, por lo tanto, terminar el gobierno colonial lo más pronto posible y confiar en la buena voluntad y la colaboración africanas; era preferible a la certidumbre, para más tarde, de malas voluntades y derramamiento de sangre.

El imperio portugués fue el último en liquidarse; de hecho, era, en todos los sentidos del término, un anacronismo. Paradójicamente, cuando los demás imperios coloniales europeos estaban agonizando, los portugueses no habían perdido nada, hasta que India ocupó Goa en 1961. Las principales colonias lusas eran los inmensos territorios de Angola (1246375 kilómetros cuadrados) en África occidental, y Mozambique (770924 kilómetros cuadrados) en África oriental, descubiertos ambos por Vasco de Gama y otros en el siglo xv; las colonias ocupaban un lugar vital en el alma nacional. Las otras colonias lusas eran la Guinea portuguesa en África occidental, las islas de Cabo Verde, Santo Tomé y Príncipe en el golfo de Guinea, Macao frente a Cantón y Timor, en el archipiélago malayo. En el primer decenio del siglo, los portugueses pudieron insistir en reclamaciones en gran parte ficticias sobre los vastos territorios del in-

terior de Mozambique y Angola sólo porque las otras potencias coloniales no querían ver estos territorios en manos de sus rivales. En 1910, no más de una décima parte de estas dos colonias estaba realmente bajo control luso. El instrumento colonizador adoptó la forma de compañías concesionarias, dominadas por capitales británicos, que para explotar sus plantaciones utilizaban trabajo forzado, lo cual provocó una protesta humanitaria internacional hasta que se reformaron las leyes de trabajo en 1926. Portugal adquirió la reputación de un poder despótico y duro casi comparable al del régimen del rey Leopoldo en el Congo, aunque la razón de ello era la pobreza del propio Portugal y el mantenimiento en el siglo xx de hábitos de trabajo propios del siglo anterior. Portugal mismo era un país subdesarrollado, pues no había recibido los efectos de la revolución industrial y no contaba con un movimiento humanitario. El período crítico de modernización comenzó con el *Estado Novo* de Salazar, en 1928, y la mística del imperio ocupó un lugar destacado en el renacimiento del Estado. Salazar gobernó durante un período de desarrollo colonial con la introducción del teléfono y el telégrafo, la construcción de puertos y ferrocarriles, hospitales y escuelas. A mediados del siglo, las colonias portuguesas eran equiparables a las demás colonias europeas, aunque los observadores señalaban un retraso de unos veinte años. En ellas, la barrera del color era menos acentuada que en cualquiera de las demás colonias europeas. Los portugueses veían Angola y Mozambique como sociedades multirraciales, siguiendo el modelo de Brasil, y también como parte integral del Estado portugués. Pero pese a los subsidios estatales para la educación a las misiones católicas, en 1950 había únicamente 30089 «asimilados» en Angola y sólo 4353 en Mozambique. En 1961 se inició en Angola un levantamiento nacionalista, y en 1964 hubo insurrecciones en Mozambique y Guinea. Durante un decenio, Portugal luchó contra las fuerzas rebeldes en las tres colonias africanas. Da idea de la vitalidad de la misión colonial portuguesa el hecho de que se enviaran cerca de doscientos mil soldados, cifra enorme para un país con sólo ocho millones de habitantes. La mitad del presupuesto nacional se dedicó a la guerra en las colonias, pero finalmente el imperio colonial portugués murió en 1974, como resultado de la revolución en la metrópoli y no de derrotas en las colonias.

Tras la descolonización, el mundo ha sido testigo del ascenso y la caída de tiranos como Idi Amín en Uganda y Jean-Bedel Bokassa, en la República Centroafricana. Se discutirá mucho tiempo sobre cómo las potencias coloniales europeas hubiesen podido preparar a sus colonias para la independencia y en qué medida los nuevos Estados son responsables de sus propios problemas. Muchas de las antiguas colonias son rehenes de la economía internacional, pero los legados del colonialismo son cartográficos, culturales y estéticos, tanto como económicos y políticos. Para bien o para mal, las fronteras trazadas hace cien años por los países coloniales en Asia, Próximo Oriente y África han resultado notablemente duraderas. También lo han sido los bloques lingüísticos francés, inglés, español y portugués. La influencia cultural francesa probablemente supera la británica, aunque los británicos han dejado un legado persistente en el mundo del criquet y el fútbol. Los franceses se han mostrado más dispuestos que los británicos y otros a prestar ayuda militar y económica a sus antiguas colonias, y en especial a las desgarradas por luchas étnicas y religiosas. No obstante, el legado político puede resultar, a la larga, menos aparente que las tradiciones estéticas y hasta culinarias. En los antiguos territorios franceses el vino tinto es todavía obligado en comidas y cenas, y en las antiguas colonias tropicales británicas pueden encontrarse *mulligatawny* (caldo de pollo sazonado con curry), cordero asado y pudín de jengibre. En las antiguas colonias francesas, desde Senegal a Tahití, una de las impresiones más sorprendentes es la de calles flanqueadas por árboles y casas de aspecto provinciano francés. En Canadá, Sudáfrica e India, impresiona la semejanza de los edificios públicos y especialmente la grandiosidad del palacio del antiguo virrey, diseñado por Lutyens, en Nueva Delhi. Al entrar en el siglo XXI, bien podría ser que la arquitectura, así como la lengua, figurasen entre los recuerdos más sobresalientes de la era colonial.

# 9. Europa en la era de las dos guerras mundiales

MICHAEL HOWARD

A finales del siglo XIX, dos acontecimientos llevaron a pensar que los días de la hegemonía europea en el mundo estaban contados. En 1898, Estados Unidos destruyó el imperio ya en derrumbe de una potencia europea, España. Seis años más tarde, en un conflicto mucho más grave, Japón humilló a otra potencia europea, el enorme imperio ruso. Desde una perspectiva mundial, Europa parecía encogerse. Los analistas llevaban décadas sugiriendo que los Estados históricos de Europa podían verse superados, en el nuevo siglo, por un nuevo «club de las potencias mundiales», al cual sólo podrían pertenecer los Estados de dimensión continental, como Estados Unidos, Rusia y las naciones europeas capaces de establecer y explotar imperios de alcance mundial. Este temor, o esperanza, explica mucho de lo que sucedió en el medio siglo de conflictos europeos que iba a seguir.

En 1900 el único Estado europeo que podía alardear de este poderío mundial era Gran Bretaña, que había llegado a ser la primera nación industrial del mundo y cuyo imperio cubría una cuarta parte habitable del planeta. Pero le estaba dando alcance a toda prisa, económica e industrialmente, la recién unificada Alemania, cuya población, en rápida expansión, de cincuenta y siete millones sobrepasaba los treinta y siete millones de británicos. Su producción de carbón, hierro y acero (como la de Estados Unidos) ya había superado a la británica, y estaba iniciando una nueva revolución industrial basada en la electricidad, los derivados del petróleo y los productos químicos industriales. Muchos alemanes creían que merecían que se les re-

conociera como una *Weltmacht* (potencia mundial) y estaban decididos a conseguirlo.

El crecimiento del poderío alemán inspiraba especial preocupación en Francia, país sacudido por conflictos sociales e ideológicos y cuya población, consistente sobre todo en pequeños propietarios agrarios, parecía estancada en treinta y seis millones. En una época en que los ejércitos se basaban en el reclutamiento universal, la población era todavía un indicador claro de la potencia militar. Los franceses veían su salvación en una alianza con Rusia, cuya población se acercaba en 1900 a los ciento treinta y tres millones y que en 1910 excedería los ciento sesenta millones. Pero esta enorme cifra no podía ser militarmente significativa sin un desarrollo considerable de su atrasada industria y de su sistema ferroviario. La derrota infligida a los rusos por los japoneses mostraba cuánto camino le quedaba por recorrer para que se la considerara una potencia militar modernizada, aunque esta derrota puso en marcha una serie de reformas militares y económicas, financiadas por los franceses, que desde Alemania se veían con profunda inquietud.

La situación interior también preocupaba a los dirigentes de Alemania, pues en este país la industrialización había sido más rápida que en otros países y por ello eran más intensos los conflictos sociales. La creciente influencia de la clase obrera urbana, cuya dimensión crecía al mismo tiempo que crecía la industria, alarmaba a los industriales (en su mayoría afincados en la Alemania occidental) que empleaban a estos proletarios; pero también inquietaba a la población agraria católica del sur —a la que desagradaba la tendencia a la urbanización—, y molestaba, sobre todo, a los *junkers*, grandes terratenientes del este —una clase que conservaba el predominio social de que gozara bajo la monarquía prusiana, en cuyos gobiernos ocupaba una posición privilegiada, y cuya arcaica mentalidad militarista dominaba las capas superiores de la sociedad alemana.

Para el gobierno, el antisocialismo era una buena consigna propagandística con el fin de reclutar posibles aliados políticos. Lo era también, en 1900, la promesa de una política extranjera «de avance». Afirmarse en el exterior parecía la mejor manera de conseguir la unidad en el interior. Nadie estaba más fervorosamente convencido de esta verdad que el káiser Guillermo II, que personificaba la inestable

combinación de arcaísmo feudal y de dinámica modernidad que caracterizaba el país en el que reinaba. Según el káiser y sus consejeros más influyentes, no había mejor manera de afirmar la potencia alemana que la construcción de una gran escuadra que fuera, a la vez, el símbolo y el instrumento de la determinación alemana de rebasar los límites tradicionales de la política europea y entrar en el nuevo club de las potencias mundiales.

Puesto que el formidable ejército alemán le daba ya preponderancia en el continente europeo, la construcción de una flota sólo podía verse como destinada a la guerra con Gran Bretaña. En ésta, un gobierno liberal que llegó al poder en 1906 con un programa de reformas radicales, se vio obligado a sostener una costosa competencia naval con Alemania y a estrechar relaciones con sus viejos rivales imperiales, Francia y Rusia. Con ellas, Gran Bretaña estableció *ententes* que distaban de ser alianzas militares formales, pero en Alemania se veía su diplomacia como un intento deliberado de ponerle cerco con el fin de impedir que afirmara sus legítimas aspiraciones. En 1914, las suspicacias y animadversiones entre ambos países habían adquirido casi la intensidad de una guerra fría.

Pero cuando llegó la guerra, estalló en el otro extremo de Europa, por la rivalidad entre la monarquía de los Habsburgo y Rusia, acerca de la sucesión del imperio turco que se estaba desintegrando en la península de los Balcanes. En éstos, durante los cien años anteriores, y con el apoyo occidental, nuevas naciones habían afirmado con éxito su independencia frente al gobierno otomano: Grecia, Rumania, Bulgaria, Montenegro, Albania, y, sobre todo, Serbia. Los serbios se veían a sí mismos como los caudillos naturales de todos los pueblos eslavos de la región, destinados a unirlos en una gran nación, del mismo modo que el Piamonte había unido a los italianos en el siglo anterior. Era una analogía con inquietantes implicaciones para la monarquía de los Habsburgo, una inestable amalgama de nacionalidades, muchas de ellas eslavas. En Rusia, en cambio, poderosos elementos paneslavos veían a los serbios como aliados naturales y se consideraban obligados a apoyarlos.

En el último cuarto del siglo XIX, las monarquías de los Habsburgo y Rusia habían mantenido un precario equilibrio. En 1903, éste se vio fuertemente amenazado cuando un régimen nacionalista

sustituyó brutalmente a una dinastía serbia sumisa a Viena, e inició una política de enfrentamiento con la monarquía austríaca; se proponía explícitamente liberar a sus hermanos eslavos del otro lado de la frontera con Bosnia-Herzegovina, una provincia turca que los austríacos habían gobernado desde 1879 y que en 1908 se anexionaron abiertamente. Esto provocó el estallido de una serie de crisis que culminaron en las guerras balcánicas de 1912-1913, durante las cuales una Liga de Estados Balcánicos, apoyada por Rusia, expulsó a los turcos de toda la península, excepto un pequeño territorio en Tracia oriental.

Estas guerras doblaron el territorio, el potencial militar y las aspiraciones de Serbia y llevaron los temores de Austria a un punto crítico. Ahora era tan grande la amenaza a la cohesión de la monarquía austríaca, que en Viena se llegó al convencimiento general de que sólo podía superarse mediante la eliminación de Serbia. La oportunidad para ello pareció presentarse en junio de 1914, con el asesinato en Sarajevo, capital de Bosnia, del archiduque Francisco Fernando por terroristas bosnios, apoyados en secreto por elementos del alto mando militar serbio. Viena lanzó a los serbios un ultimátum que no les daba otra salida que reconocer la hegemonía austríaca o someterse a una guerra de conquista.

En esta situación, Rusia se consideró obligada a apoyar a Serbia, y Austria-Hungría necesitaba el apoyo alemán para enfrentarse a Rusia. Este apoyo se manifestó, pues Alemania no podía permitirse ver cómo se desintegraba su único aliado y se sentía cada vez más alarmada por el aumento del poderío ruso. La guerra con Rusia entrañaría, con seguridad, la guerra con su aliado, Francia. Pero desde comienzos de siglo, el Estado Mayor alemán había elaborado un plan, preparado por el conde Alfred von Schlieffen, para sostener una guerra en dos frentes, según el cual los ejércitos alemanes se mantendrían al principio a la defensiva frente a Rusia y destruirían al ejército francés, mediante un amplio movimiento envolvente a través de la neutral Bélgica. Que esto entrañara un acto no provocado de agresión contra Francia y la invasión de un pequeño país cuya neutralidad estaba garantizada no sólo por Alemania, sino también por Gran Bretaña, no bastó para detener a los círculos gubernamentales de Berlín. Mas las consideraciones de moral internacional, junto con la

tradición de equilibrio de fuerzas y la repulsión ideológica que se sentía en Londres hacia los «militaristas prusianos», se combinaron para hacer que el gobierno británico declarara la guerra el 4 de agosto, de manera que una querella local en Europa central se transformó en una guerra mundial.

El plan Schlieffen no tuvo éxito. Tras una desastrosa ofensiva inicial del ejército francés, éste se retiró para evitar la trampa alemana, y contraatacó en el Marne, justo cuando los alemanes, viéndose demasiado diseminados, se retiraban a posiciones defensivas. Los intentos de cada bando de rebasar al otro por los flancos fracasaron, y a finales de año ambos ejércitos se encontraron atrincherados, formando líneas de las que poco o nada se moverían durante los cuatro años siguientes.

Entretanto, las naciones que iniciaron la guerra, Rusia y Austria-Hungría, se convirtieron rápidamente en actores de importancia secundaria. Pese a ambiciosas ofensivas de ambos lados, la incompetencia logística y administrativa les impidió obtener una victoria militar decisiva y desde entonces la suerte de la guerra en el frente oriental la determinó Alemania. En 1914, en la batalla de Tannenberg, los alemanes detuvieron el avance ruso hacia la Prusia oriental y echaron a los ejércitos rusos de la Polonia occidental. En 1915, controlando cada vez más los exhaustos ejércitos austríacos, hicieron retroceder a los rusos hacia sus fronteras étnicas. En cuanto a los rusos, aunque consiguieron lanzar con éxito una última ofensiva contra Austria en mayo de 1916, al año siguiente se hundieron, más por la incapacidad del gobierno del zar para resolver los enormes problemas de la guerra total que por alguna derrota concreta en los campos de batalla.

A lo largo de 1915 los alemanes se concentraron en su frente oriental y se mantuvieron a la defensiva en el occidental, donde los franceses perdieron más de un millón de hombres en repetidas ofensivas, en las cuales los ejércitos británicos, que iban aumentando de volumen, participaron con renuencia. Estas ofensivas se justificaron, aduciendo que sin ellas los rusos probablemente firmarían una paz separada. En el frente occidental se fue desarrollando una nueva y

quilibrio entre la producción y el consumo de dicho fertilizante fue tan grande, que varias oficinas salitreras suspendieron el trabajo y muchos obreros quedaron cesantes. Para sacar adelante la industria se creó la Asociación Salitrera de Propaganda, financiada por los capitalistas y el fisco, y encaminada a abrir mercados al producto. Hacia 1900 se advertía ya un creciente mejoramiento de la situación.

Al estallar en 1914 la Primera Guerra Mundial, la exportación de salitre fue extraordinaria y cada vez en aumento, pues los beligerantes lo utilizaron para la fabricación de explosivos. Pero luego el bloqueo impuesto a Alemania por las potencias enemigas y la aparición del salitre sintético y, en seguida, el término del conflicto armado, en 1918, causaron una grave paralización en la industria que se encontró sin mercados.

### LA MONEDA Y LOS BANCOS

El deseo de poner término al régimen de papel moneda e ir a la conversión metálica se tradujo en la dictación de una ley en 1895 que dispuso la conversión al cambio de dieciocho peniques. Pero su vigencia fue breve. Desde el año siguiente y en forma progresiva se fue produciendo un malestar económico, provocado en gran parte por la paralización de la industria salitrera, las malas cosechas agrícolas y los crecidos gastos de la defensa nacional. A mediados de 1898, la guerra con la República Argentina pareció inminente y el pánico condujo a la corrida de los bancos y a la ocultación del oro. Fue entonces preciso decretar una moratoria de un mes y dictar una ley que suspendió la vigencia del padrón de oro y volvió al sistema de papel moneda. El afianzamiento de la paz internacional y la recuperación de la industria salitrera, trajeron ya la confianza en 1900. Pero la conversión metálica fue postergándose por sucesivas leyes.

Este sentimiento de urgencia política decidió al Estado Mayor alemán, a finales de 1916, a iniciar una guerra submarina sin límites contra Gran Bretaña, el único adversario al que no podía alcanzar su ejército. Gran Bretaña y Francia dependían ahora casi enteramente de los suministros enviados por Estados Unidos, que, pese a repetidas declaraciones de neutralidad de su presidente Woodrow Wilson, había adquirido así un interés en la victoria aliada. El gobierno norteamericano, molesto por los anteriores hundimientos de buques, declaró que consideraría la guerra submarina ilimitada como un casus belli, pero los alemanes esperaban que, para cuando Estados Unidos hubiese movilizado y desplegado sus fuerzas, la guerra en Europa ya habría terminado. En diciembre de 1916 decidieron correr el riesgo.

Casi tuvieron éxito. En abril de 1917, Estados Unidos declaró la guerra, pero tardaría todavía un año en enviar un ejército a Europa. Entretanto, Rusia se hundió. En febrero de 1917, los motines por alimentos en San Petersburgo se convirtieron en una revolución; ésta derribó a la dinastía de los Romanov y estableció un gobierno provisional que siguió vacilante con la guerra hasta que, en octubre, lo derribó, a su vez, una nueva revolución. En abril, el ejército francés sufrió motines y fue incapaz de iniciar una ofensiva durante el resto del año. Entre agosto y noviembre, los británicos se agotaron con ataques sin resultado en Flandes. En noviembre, los italianos, que en abril de 1915 se habían dejado persuadir de unirse a los aliados con promesas territoriales a costa de Austria-Hungría, y cuyo ejército habían diezmado repetidas y mal dirigidas ofensivas, se hundió en Caporetto. Hacia finales de año, a los aliados les parecía que los alemanes se hallaban en vísperas de una victoria total.

Los alemanes, sin embargo, se veían en vísperas de una desintegración total. El aliado austríaco buscaba la paz; en las ciudades germanas eran corrientes las huelgas, y la revolución rusa aparecía como un siniestro portento de lo que podía ocurrir en la propia Alemania, a menos que llegara pronto la paz. Por el tratado de Brest-Litovsk, de marzo de 1918, Alemania consiguió, sobre el papel, grandes anexiones en el Este, aunque no estaba en condiciones de explotarlas. Ludendorff comprendió que su única posibilidad estaba en lanzar una enorme ofensiva en el oeste. Con técnicas de ataque desarrolladas en el frente oriental, los ejércitos alemanes asaltaron las debilita-

das líneas francesas y británicas con una serie de ataques que se iniciaron en marzo de 1918 y continuaron hasta julio. Pero los aliados resistieron con firmeza. La campaña submarina alemana había fracasado, pues los suministros y las tropas de Norteamérica llegaban en cantidades crecientes a través del Atlántico. En agosto, los aliados tomaron la ofensiva. El ejército alemán se retiró en buen orden, pero su moral se desintegraba y la situación en el interior se volvió tan alarmante que a comienzos de octubre Ludendorff sondeó al presidente Wilson, con la esperanza de conseguir un armisticio tolerable.

No lo obtuvo. Los aliados querían la rendición virtual de las fuerzas armadas alemanas y el fin de la dinastía de los Hohenzollern. Ludendorff rechazó estos términos, pero ya era demasiado tarde, pues Alemania se volvía ingobernable. El 9 de noviembre se proclamó la república en Berlín y dos días después sus representantes aceptaron las condiciones aliadas para el armisticio.

Al mismo tiempo, la monarquía de los Habsburgo se desintegraba. El emperador abdicó; Hungría y una nueva república de Checoslovaquia se declararon independientes; en Viena se estableció la república austríaca que proclamó su unión con Alemania, decisión que prohibieron los victoriosos aliados. Se creó un Reino de los *Yugo* (del sur) eslavos, que unía a los serbios con sus primos croatas de Hungría y con los eslovenos de Austria. Los imperios que habían dominado Europa central durante dos siglos desaparecieron en pocos días, y el destino del continente quedó en manos de los vencedores: Francia, Gran Bretaña y, sobre todo, Estados Unidos.

Cuando, en enero de 1919, se reunieron en París los representantes de los victoriosos aliados, con el propósito de reconstruir el orden europeo hecho pedazos, tenían ideas distintas acerca de cómo hacerlo. La figura dominante era la del presidente Wilson, al que muchos, y él mismo en primer lugar, veían como un deus ex machina que crearía un nuevo orden mundial cuyos lemas serían «autodeterminación» y «seguridad colectiva». Con los restos de los anteriores imperios se formarían nuevos Estados democráticos, cuya seguridad se garantizarían mutuamente en una nueva Sociedad de Naciones, en cuyo seno las negociaciones públicas sustituirían a la diplomacia

secreta del desacreditado viejo orden. Pero el primer ministro francés Georges Clemenceau, hablando en nombre de todos los franceses y, al principio, de la mayoría de los británicos, deseaba ante todo impedir el resurgimiento de una Alemania cuyo poder latente no había resultado afectado por la derrota militar. Una tercera figura no estaba presente en la conferencia, pero los que sí lo estaban tenían plena conciencia de su importancia: Lenin, el dirigente del victorioso régimen bolchevique, que desde Moscú lanzaba llamamientos a los pueblos de Europa occidental para que se rebelaran a su vez. A muchos de los dirigentes aliados de Occidente, contener a la Rusia revolucionaria les parecía tan urgente como contener a la derrotada Alemania.

Para los nuevos regímenes de Europa oriental, en especial, el antibolchevismo era, cuando menos, tan importante como la legitimidad democrática. Allí, tras meses de sangrienta confusión, se formó un *cordon sanitaire* de nuevos Estados creados bajo la protección occidental, que iban del Báltico al mar Negro. Entre ellos, tenía especial relevancia Polonia, cuyas luchas por la independencia habían suscitado la simpatía occidental desde que la perdiera en 1795, y que ahora se reconstruía con los restos de los imperios alemán, austríaco y ruso. Los aliados observaron con aprobación cómo, tras defenderse con éxito de las tentativas rusas de recuperar sus antiguos territorios polacos, Polonia contraatacaba y establecía su dominio en el Este, más allá de su territorio étnico, mientras que en sus fronteras occidentales obtenía acceso al mar por un corredor a lo largo del valle de Vístula, que separaba la provincia de Prusia Oriental del resto de Alemania.

Era evidente que este arreglo, por naturaleza inestable, no podría sobrevivir cuando Rusia y Alemania se encontraran en condiciones de cambiarlo. La pérdida en favor de Polonia de sus territorios orientales fue uno de los reproches de los alemanes a los acuerdos de paz. Otros fueron la pesada carga de las reparaciones y la exigencia de que aceptaran la plena responsabilidad por haber declarado la guerra. Podía discutirse en qué medida ambas exigencias eran «injustas», pero el hecho es que unieron a los alemanes, casi sin diferencias de partido, en un resentimiento común que hizo aún más precaria la posición del gobierno que tuvo que firmar el Tratado de

Paz en Versalles. La nueva república de centro-izquierda establecida en Weimar se encontró asediada, por un lado por las irreconciliables fuerzas de la derecha y, por el otro, por los comunistas, hasta que a éstos los privaron de toda eficacia política las feroces «acciones de limpieza» del ejército y de cuerpos paramilitares de extrema derecha *(Freikorps)*.

Para contener a Alemania, Francia necesitaba aliados tanto al oeste como al este y, al principio, esperaba obtener garantías de Estados Unidos y de Gran Bretaña. Pero Wilson no logró convencer al Congreso norteamericano para que se comprometiera con ninguna nación europea concreta y ni siquiera con la Sociedad de Naciones, en la que se basaba su concepto de «seguridad colectiva». La Sociedad de Naciones quedó, así, privada no sólo de Estados Unidos sino también de las dos naciones parias de Europa, Alemania y Rusia, cuyo acercamiento, en Rapallo, en 1922, fue un siniestro indicio de su capacidad conjunta de destruir, si lo deseaban, la situación establecida en Europa del Este.

Los británicos imitaron a los norteamericanos al negarse a dar a Francia cualquier garantía militar. Desde 1914, Gran Bretaña había pasado por una virtual revolución social, que culminó, en 1918, con el reconocimiento del derecho al voto de toda la población masculina y del grueso de la femenina. La prioridad del gobierno era, ahora, lograr la tranquilidad y el bienestar en el interior, al tiempo que su preocupación principal en el exterior era la inquietud en sus posesiones imperiales, inquietud que en Irlanda se aplacó sólo en parte cuando, en 1922, la reconoció como Estado libre, excepto por la provincia del Ulster, de población mayoritariamente protestante. En cuanto a Europa, una vez calmadas las pasiones de la guerra, los británicos veían las mejores esperanzas de paz y de recuperación económica en la conciliación con Alemania. Se apartaron, por lo tanto, de sus antiguos aliados cuando, en 1923, los franceses alegaron una falta de pago de las reparaciones para ocupar las orillas del Rin y establecer una república independiente de Renania.

La decisión francesa resultó desastrosa, pues condujo a que la población alemana se negara a colaborar e indujo deliberadamente en el resto de Alemania una hiperinflación galopante. París se vio forzado a cambiar de política. En París y en Berlín ocuparon el mi-

nisterio de Asuntos Exteriores dos políticos de espíritu conciliador, Aristide Briand y Gustav von Stresemann, y en 1925 Gran Bretaña se unió a ellos en Locarno para establecer una garantía mutua de las fronteras franco-belgas-alemanas. El «espíritu de Locarno» parecía inaugurar una nueva era. En 1926, Alemania entró en la Sociedad de Naciones, y en 1934 lo hizo la que ahora se llamaba Unión Soviética. Los norteamericanos aceptaron cierto grado de responsabilidad económica, ya que no política, por la estabilidad de Europa, al iniciar el Plan Dawes para la liquidación de las deudas de guerra. Hacia 1928, a los diez años de terminar la contienda, parecía que Europa estaba por fin en paz.

El «espíritu de Locarno» apenas sobrevivió a la década. El colapso económico mundial de 1929 y el consiguiente desempleo en masa minaron la estabilidad de todos los regímenes recién establecidos en Europa y la confianza en la validez misma de la democracia liberal. La alternativa que el comunismo ofrecía atrajo no sólo a la clase obrera organizada sino también a muchos intelectuales de Occidente. La Unión Soviética, con la imagen cuidadosamente embellecida que ofrecía al mundo, parecía presentar una alternativa preferible con mucho al capitalismo, incapaz, al parecer, de resolver el problema permanente del extenso desempleo y de la pobreza.

Pero también eran importantes los elementos de la sociedad occidental, entre las clases acomodadas y la pequeña burguesía, que veían en el comunismo no una solución sino una amenaza. Unos movimientos populistas de derechas conocidos en general, por su progenitor italiano, como «fascistas» empezaron a proliferar en Europa, tan hostiles a la democracia liberal como al comunismo. El régimen fascista, establecido en Italia por Benito Mussolini en 1922, tuvo sólo una influencia superficial en la sociedad italiana y coexistió pacíficamente con instituciones tan conservadoras como la monarquía y la Iglesia. Eran muy diferentes, en cambio, sus imitadores alemanes del Partido Obrero Nacionalsocialista (nazis), que llegaron al poder en 1933, quienes sacaban una enorme fuerza no sólo del resentimiento por el tratado de Versalles, que los acuerdos de Locarno no consiguieron apaciguar, sino también de la desesperación de las clases medias,

dos veces arruinadas en un decenio. Pero su activo mayor era su líder, Adolf Hitler.

Hitler era no sólo un político de maquiavélica sutileza sino también un orador sin igual por su capacidad de atraer a las masas en un ambiente teatral que sabía montar con habilidad. Llegó al poder manipulando a los políticos conservadores que esperaban utilizar su talento para obtener el apoyo de las masas que eran incapaces de controlar por sí mismos. Una vez triunfante, Hitler desmanteló el andamiaje democrático que le había servido para encaramarse al poder, y se convirtió en invulnerable, gracias a una mezcla de intimidación implacable, hábil propaganda y realizaciones innegables. En pocos años creó por lo menos una apariencia de estabilidad económica, acabó con el desempleo y, sobre todo, consiguió que los alemanes recuperaran el respeto por sí mismos y el prestigio en asuntos internacionales. Casi todos los sectores de la sociedad alemana se sintieron momentáneamente satisfechos, excepto los judíos, contra quienes Hitler desencadenó una persecución de brutalidad sin par en la historia de Europa occidental, y que hizo que cuantos pudieron salvarse se exiliaran.

Pocos políticos occidentales se dieron cuenta de que a Hitler no le interesaba un nuevo ajuste del equilibrio en Europa, sino su destrucción, para volver a recrear de sus ruinas una Alemania que fuera una potencia mundial de una dimensión que sus predecesores imperiales ni siquiera soñaron. La debilidad de la «seguridad colectiva» ya se había echado de ver cuando la Sociedad de Naciones tuvo que ocuparse de un acto de agresión prima facie, la ocupación japonesa de Manchuria, en 1931. Fracasó de nuevo cuando Mussolini invadió Abisinia en 1935, en un postrer acto de conquista colonial europea, que Francia y Gran Bretaña habrían tenido dificultad en condenar si Abisinia no hubiese sido miembro de la Sociedad de Naciones y no hubiese pedido en vano que actuara en su favor la «seguridad colectiva». Se formó un nuevo Eje germano-italiano, al que más tarde se unió Japón y que, al presentarse como paladín del anticomunismo, ganó simpatizantes en Francia y Gran Bretaña en un momento en que la Unión Soviética, alarmada por el ascenso del militarismo de derechas en Alemania y Japón, había ingresado en la Sociedad de Naciones y trataba de acercarse a las «democracias burguesas» mediante un Frente Popular contra el fascismo.

En todo Occidente las divisiones ideológicas adquirieron más importancia que las lealtades nacionales como se puso de manifiesto durante la guerra civil que estalló en España en 1936, cuando una junta militar con poderoso apoyo clerical trató de desplazar un régimen socialista laicista. Las potencias del Eje apoyaron a los rebeldes y la Unión Soviética apoyó al gobierno español. Gran Bretaña y Francia, a través de la Sociedad de Naciones, trataron de aislar la crisis y su fracaso en este punto desacreditó todavía más el sistema de cooperación internacional.

Entretanto, Hitler había abandonado la Sociedad de Naciones, emprendido un plan de rearme a gran escala y empezado, paso a paso, a destruir las servidumbres impuestas a Alemania por el Tratado de Versalles. En 1936, volvió a ocupar la Renania, cuya desmilitarización había sido una de las principales garantías exigidas por Francia. En la primavera de 1938, Hitler invadió una acogedora Austria y declaró su unión con Alemania. A finales del mismo año pidió que Checoslovaquia, acogotada entre Silesia y Austria, abandonara el territorio fronterizo de los sudetes, con una población étnicamente germana, cuya posesión era indispensable para la defensa militar de los checos.

Gran Bretaña y Francia observaban, impotentes, cómo el equilibrio de fuerzas se invertía. En ambos países la opinión pública temía la perspectiva de otra guerra y acogía con agrado cualquier iniciativa diplomática que pudiera evitarla. La figura principal del gobierno británico, Neville Chamberlain, primer ministro desde 1937, creía que Hitler era un político racional con el que podía tratarse. Estuvo, por lo tanto, dispuesto a resolver la crisis de los sudetes en Munich, en setiembre de 1938, obligando a los checos a ceder a las exigencias de Hitler, con el compromiso de que ya no formularía otras.

Los pueblos británico y francés acogieron el acuerdo de Munich con gran alborozo. Pero en marzo de 1939, cuando Hitler ocupó lo que quedaba de Checoslovaquia, en Gran Bretaña se produjo un cambio de estado de ánimo, pues se aceptaba como inevitable la guerra. Sus colegas apremiaron a Chamberlain para que diera una garantía militar al país que se veía como la próxima víctima de Hitler, es decir, Polonia. Era una garantía casi imposible de cumplir, desde

el punto de vista militar, sin la colaboración de la Unión Soviética, cuya mala voluntad respecto a las democracias burguesas no era menor que respecto a Alemania. Pero el jefe soviético Iósiv Stalin estaba menos dispuesto que Occidente a entrar en guerra. Deseoso de aplazarla más que de provocarla, ansiaba conciliarse con Hitler. La razón de Estado triunfó en ambos bandos sobre la ideología. El 23 de agosto de 1939, los gobiernos alemán y soviético anunciaron la firma de un pacto de no agresión. Hitler sabía que ahora podía invadir Polonia sin riesgo alguno. Y también lo sabían todos los demás.

El 1 de setiembre de 1939 Hitler atacó Polonia; dos días después Gran Bretaña y Francia le declararon la guerra. El ejército alemán ocupó Polonia en tres semanas; el 17 de setiembre la Unión Soviética invadió el este del país para apoderarse de su parte del botín. Cada uno de los dos Estados totalitarios impuso, entonces, su propia versión del nuevo orden mundial. Los alemanes encerraron a los judíos en sus guetos y trataron al resto de la población como *Untermensch* (subhombres). Ambos eliminaron a todos los intelectuales y dirigentes potenciales; los soviéticos hicieron en el bosque de Katyn una matanza de 4400 oficiales polacos que cayeron en sus manos. Poco después, Stalin ocupó los Estados bálticos y exigió a Finlandia un reajuste territorial para que Leningrado fuese menos vulnerable. En lugar de someterse, los finlandeses libraron una guerra de resistencia que causó la pérdida de doscientos mil hombres a los soviéticos, frente a veinticinco mil de los suyos, antes de capitular el 13 de marzo de 1940.

La resistencia de Finlandia tuvo dos consecuencias. Por una parte, reveló a los alemanes la debilidad del Ejército Rojo; por la otra, ofreció a los aliados la oportunidad de extender la guerra. Con el pretexto de proporcionar ayuda a Finlandia, planearon una invasión de la Noruega septentrional y de Suecia para apoderarse de los recursos en hierro de los que, según creían, dependía mucho la economía alemana. La capitulación finesa puso término a esto, pero no antes de que Hitler decidiera adelantarse a los aliados. El 9 de abril de 1940, invadió Dinamarca y Noruega con una rapidez y eficacia que hicieron imposible que los británicos obtuvieran nada, aparte de algunas cabezas de puente de las que pronto fueron expulsados. Sólo en el extremo norte

consiguieron algo, pero antes de poder aprovecharlo los alemanes iniciaron, el 10 de mayo, el ataque a Francia y a los Países Bajos.

A finales de junio, la campaña en el oeste estaba terminada. Holanda había sido ocupada, la pequeña fuerza expedicionaria británica se había retirado por Dunkerque abandonando todo su armamento. Francia había aceptado un armisticio cuyas cláusulas entrañaban la ocupación alemana del norte del país y de su costa occidental, y dejaban sólo el centro y el sur bajo la administración del régimen sumiso que el mariscal Pétain estableció en Vichy. Al acabar el año 1940, los británicos se encontraban sitiados en su isla. Los alemanes abandonaron sus intentos poco entusiastas de improvisar una invasión, cuando la Royal Air Force consiguió impedir que la Luftwaffe se adueñara del espacio aéreo británico, intento que ambos bandos tenían por un preliminar esencial de un ataque con éxito. Hitler se contentó con acelerar la guerra submarina y con emplear la Luftwaffe contra las ciudades británicas para tratar de destruir la determinación británica de continuar la guerra.

De hecho, esta determinación sorprendió a todos, incluyendo a los propios británicos, quienes tuvieron la suerte de encontrar en Winston Churchill un dirigente que, por muy errático que hubiese sido en tiempos de paz, descubrió en la guerra su verdadero elemento. Al principio poco pudo hacer, aparte de apelar a la ayuda norteamericana, mantenerse a la defensiva en el mar y en el aire y ordenar ataques aéreos casi simbólicos contra Alemania. Pero la poco juiciosa entrada de Mussolini en la guerra del lado de Alemania, en junio de 1940, con el fin de cosechar beneficios que no se había ganado, y su torpe intento de invadir Egipto, permitieron a las fuerzas británicas y de la Commonwealth estacionadas en el Próximo Oriente lanzar un contraataque que barrió a los italianos de Cirenaica y finalmente de toda África oriental, con lo que se salvaguardaron las comunicaciones con el océano Índico.

Sin embargo, los británicos, a su vez, excedieron sus posibilidades. Mussolini había atacado a Grecia en octubre de 1940, y sus fuerzas sufrieron una humillante derrota. Los diplomáticos británicos trataban de establecer una alianza entre Gran Bretaña, Grecia, Yugoslavia y Turquía para crear un frente contra los alemanes en el sureste de Europa. En marzo de 1941, lograron un éxito cuando un

golpe de Estado derribó al gobierno germanófilo de Yugoslavia. Las fuerzas alemanas penetraron entonces no sólo en Yugoslavia sino también en Grecia, barriendo a las fuerzas británicas, que acudieron tardíamente en ayuda de estos países, y lograron, a un alto costo, la conquista de Creta con fuerzas aerotransportadas. Para completar la humillación británica, mientras sus soldados estaban ocupados en Grecia, una pequeña fuerza alemana, bajo el mando del general Erwin Rommel, enviado para contener la descomposición de Libia, pudo organizar un contraataque en el desierto occidental y hacer retroceder a los británicos hasta la frontera egipcia.

Durante el verano de 1941 parecía ya cercano el triunfo de Hitler, conseguido además a muy bajo costo. Aparte de algunos heroicos grupos, el esfuerzo británico para alentar la resistencia no encontró eco en los pueblos de Europa occidental, que por mucho que detestaran la ocupación alemana no veían ninguna alternativa práctica a aceptarla, y muchos de los cuales —justo es reconocerlo— compartían el antisemitismo de Hitler y su desprecio por la democracia. En Europa del sureste los regímenes derechistas de Hungría, Bulgaria y Rumania conservaron una sombra de independencia a cambio de aceptar la hegemonía alemana. Los checos fueron sometidos por la brutal represión ordenada cuando un grupo de resistentes adiestrados por los británicos asesinó al gobernador alemán Reinhard Heydrich. Yugoslavia fue dividida en Croacia, cuyos dirigentes emprendieron una campaña de exterminio racial de su población serbia, y Serbia, donde, aunque la tradición y la geografía mantenían viva una cultura de resistencia, los jefes resistentes que surgieron estaban tan interesados en emplear sus armas unos contra otros como contra los ocupantes alemanes e italianos. Lo mismo ocurría, trágicamente, en Grecia. Si la fanfarronada de Hitler de que el Tercer Reich duraría mil años parecía exagerada, pocas razones había para suponer que no sobreviviría hasta bien entrado el siglo XXI.

Entonces, el 22 de junio de 1941, Hitler invadió la Unión Soviética.

Los historiadores no se han puesto de acuerdo acerca de lo que le llevó a dar este paso. Las relaciones alemanas con la Rusia soviética no habían sido exactamente buenas, pues los soviéticos se nega-

ban a abandonar su interés tradicional por el sureste europeo, aunque habían mantenido lealmente las entregas de petróleo y cereales necesarias para alimentar la economía de guerra alemana. Algunos sostienen que ante el hecho de que debía hacer frente a una guerra prolongada con Gran Bretaña, ahora abiertamente apoyada por Estados Unidos, Hitler no confiaba en la buena voluntad de Stalin para acceder a los recursos que necesitaba. Otros arguyen que Hitler creía, erróneamente, que la neutralidad de Stalin era un factor importante en la decisión británica de continuar la guerra. Sea como fuere, lo cierto es que Hitler no podía alcanzar sus objetivos finales sin destruir la Unión Soviética y sin incorporar al Tercer Reich amplias zonas de su territorio: no sólo los recursos industriales de la cuenca del Donetz y el petróleo del Cáucaso, sino también las vastas tierras productoras de cereales de Ucrania y Rusia occidental, que harían autosuficiente la economía alemana; allí, además, podría trasladar y criar a buenos alemanes para contrarrestar la decadencia implícita en la civilización urbana de Europa occidental.

Pero había otro paso, paralelo a éste, que debía darse si Hitler quería alcanzar todos sus objetivos. En su programa, la pureza racial del Tercer Reich era tan importante como su equilibrio económico. Antes de la guerra había tratado de resolver el problema de los judíos acosándolos hasta echarlos del país, pero las conquistas alemanas no les dejaban ningún lugar adonde ir. No podía mantenerlos indefinidamente en campos de concentración. La lógica dictaba, pues, que se les exterminara físicamente y que se diera al proceso de exterminación la misma prioridad que a la guerra. A partir de principios de 1942, las fuerzas policíacas de toda la Europa ocupada se lanzaron a la captura de todos los judíos, sin tener en cuenta su clase, sexo o edad; los enviaban a Alemania, desde donde se les transportaba a campos en remotos rincones de Polonia, en los cuales trabajaban hasta morir o se les mataba en cámaras de gas, para después destruir sus cadáveres en enormes crematorios. Gracias a la experiencia logística, los recursos industriales y la capacidad científica de la sociedad tecnológicamente más avanzada del siglo XX, cuando terminó la guerra, unos seis millones de personas habían sido eliminadas de este modo. La sociedad europea no se ha repuesto nunca por completo de esta atroz herida que ella misma se infligió.

Los exterminadores siguieron al ejército alemán cuando éste se adentró por territorio soviético, en la segunda mitad de 1941. Comunidades enteras de judíos fueron rodeadas y exterminadas allí donde las encontraban, y no sólo de judíos. Hitler había dejado claro a sus jefes militares que esta guerra no sería una guerra más entre potencias europeas, sino una guerra de conquista colonial y de exterminio racial. Debía ejecutarse sin más a los comisarios políticos, toda resistencia civil debía provocar represalias salvajes, y a los prisioneros de guerra se les haría trabajar hasta que murieran o se los dejaría morir de hambre. A finales de 1941, se habían hecho más de un millón de prisioneros de guerra; a medida que los alemanes trituraban la desorientada y desorganizada resistencia soviética, habían rodeado Leningrado, donde murió una tercera parte de la población, habían dominado Ucrania y la cuenca del Donetz y habían alcanzado, a primeros de diciembre, los aledaños de Moscú.

Luego, en apenas cuarenta y ocho horas, dos acontecimientos entrelazados cambiaron los derroteros de la guerra. El 6 de diciembre, las fuerzas soviéticas contraatacaron inesperadamente al norte de Moscú, y al día siguiente los japoneses atacaron la flota norteamericana anclada en Pearl Harbor.

La relación entre ambos acontecimientos era ésta: tras el pánico inicial, Stalin conservó la serenidad. Pese a los desastres inmediatos, la Unión Soviética estaba preparada para una larga guerra. Sus principales industrias de guerra se hallaban instaladas muy al interior, fuera del alcance de los invasores germanos, y las fuerzas de reserva del ejército soviético eran mucho mayores de lo que había creído el servicio alemán de información. En el lejano Este se había desplegado un ejército entero, para enfrentarse a un ataque del aliado de Hitler, Japón, pero los japoneses tenían otros planes y el servicio de información soviético los descubrió. El colapso de las potencias imperiales de Europa occidental —Gran Bretaña, Francia y los Países Bajos— había dejado virtualmente sin defensa sus posesiones en el Sureste asiático, cuyos recursos permitirían a Japón construir una economía autárquica que no estuviera a merced de la hegemonía económica occidental. A finales del verano de 1941, el gobierno japonés tomó la decisión de apoderarse de estas colonias y de impedir por adelantado una intervención norteamericana mediante la destrucción de su flota

del Pacífico. La pacificación de China causaba ya suficientes problemas al ejército nipón para que en Tokio se pensara en añadir la Unión Soviética a sus enemigos. Una vez que Stalin descubrió esto, pudo concentrar todos sus recursos en un solo frente contra una Alemania que no estaba preparada para una guerra prolongada, y que, al mismo tiempo, tuvo que enfrentarse a un nuevo adversario capaz de sostener una guerra a una escala mucho más vasta.

Hasta ese momento, ni la hostilidad ideológica al nazismo ni las persuasivas demandas de Churchill habían bastado para hacer entrar a Estados Unidos en la guerra. El presidente Franklin D. Roosevelt estaba convencido de que era en interés de Norteamérica mantener a Gran Bretaña luchando y proporcionarle toda la ayuda posible, tanto si los británicos podían pagarla como si no, y durante los anteriores dieciocho meses lo había hecho en cantidades crecientes. Pero el pueblo norteamericano no deseaba entrar activamente en la contienda. Mas no le quedó alternativa cuando Hitler tomó la iniciativa y declaró la guerra a Estados Unidos, en apoyo de su aliado japonés, el 11 de diciembre de 1941.

De momento, la entrada de Estados Unidos en la guerra estuvo a punto de ser un desastre para Gran Bretaña. Como en 1917, ésta no pudo disponer de su ayuda física hasta casi un año más tarde, y los norteamericanos necesitaban para su propio ejército el material que hasta entonces le había proporcionado. Los submarinos alemanes podían hundir tranquilamente los barcos norteamericanos, en tanto que en Asia los japoneses ocupaban las posesiones británicas y holandesas y hacían 130000 prisioneros británicos en Singapur, infligiéndoles una humillación de la que nunca se repuso el imperio británico. Sin embargo, Hitler vio que las cosas se ponían inexorablemente contra él. En junio de 1942 lanzó una ofensiva final contra la Unión Soviética, para apoderarse de los recursos petrolíferos del Cáucaso, que le eran indispensables para librar una guerra prolongada.

No fue sino en el otoño de 1942 cuando Estados Unidos pudo poner todo su peso en la balanza. En noviembre, las fuerzas norteamericanas hicieron su primera aparición en el teatro de guerra europeo con una invasión angloamericana del África del Norte francesa. Simultáneamente, una superioridad naval, aérea y de artillería pesada, cuidadosamente amasada, permitió al Octavo Ejército británico

infligir a Rommel una derrota decisiva en El-Alamein. Esto le permitió limpiar toda la costa africana del Mediterráneo y restablecer la confianza en sí mismos que los británicos había perdido después de tres años de derrotas casi ininterrumpidas. Pero todavía más importante que esto fue que, en Stalingrado, los rusos habían hecho caer en una trampa a todo un ejército alemán, cuya rendición en febrero de 1943 dejó claro para todos —y probablemente también para el mismo Hitler— que Alemania había perdido definitivamente la guerra. Mensaje que reforzaron las escuadrillas de bombarderos norteamericanos y británicos en 1943 al emprender la destrucción sistemática de las ciudades alemanas.

En julio de 1943 las fuerzas anglonorteamericanas desembarcaron en Sicilia, con lo cual precipitaron la caída de Mussolini y la rendición de Italia, hecho que obligó a los aliados a improvisar una invasión de la península italiana. Al mismo tiempo, el ejército soviético rodeó y destruyó el grueso de las fuerzas de artillería pesada germanas en la batalla de Kursk e inició una serie de avances ininterrumpidos que, a finales de año, habían liberado todo su territorio de invasores. La lucha en el Mediterráneo y las exigencias de la guerra en el Pacífico demoraron la invasión anglonorteamericana del noroeste de Europa hasta junio de 1944. Y entonces, esta operación fue posible sólo gracias a la superioridad naval y aérea que proporcionaban los recursos de Estados Unidos. Una hábil resistencia alemana retrasó la invasión de Alemania misma durante casi un año, cuando los ataques aéreos aliados habían reducido a escombros.todas las ciudades importantes de Alemania. El 29 de abril de 1945, Hitler se suicidó en las ruinas de Berlín, cuando los soldados soviéticos entraban en la ciudad.

Cuatro días antes, fuerzas norteamericanas y soviéticas se habían encontrado en Torgau, a orillas del río Elba, en el centro no sólo de una Alemania, sino de un continente entero convertido en ruinas. Había amanecido la era de las potencias mundiales y la hegemonía ejercida sobre el resto del mundo por las naciones europeas durante los cien años anteriores ya no podría resurgir.

# 10. El imperio ruso y la Unión Soviética, 1900-1945

RICHARD STITES

En 1900, el imperio ruso era la potencia terrestre más extensa del mundo. En sus confines habitaban fineses luteranos, georgianos ortodoxos, tadzhiks musulmanes y chukchis animistas, y cada pueblo vivía de manera muy ajena a la de los demás. Entre ellos había cien naciones gobernadas por los rusos, constructores de este enorme Estado que se extendía desde el Báltico hasta el Pacífico. Fuera de las capitales, viejas y nuevas —Kíev, Moscú, San Petersburgo—, había nuevas ciudades industriales, poblaciones de guarnición y un mar de campesinos y pastores. En las zonas fronterizas se asentaban multitud de cosacos que vigilaban con regimientos fronterizos. La relativa debilidad de la sociedad civil, la todavía reciente historia de la servidumbre de los campesinos, la división étnica y el turbio movimiento clandestino que había asesinado a un zar dos decenios antes... todo contribuía de diversas maneras a dar a los militares y a la policía un papel predominante en la administración del país. Una extensa burocracia central, con largos tentáculos, se encargaba de cosas que en el resto de Europa estaban en manos privadas, y lo hacía con un estilo arrogante y a veces brutalmente indiferente a las necesidades populares.

Coronaba el sistema una autocracia cuyo poder emanaba del zar. En la práctica, la voluntad imperial la ejercían ministros y gobernadores locales nombrados dentro de una pequeña comunidad de varones, en su mayoría rusos ortodoxos de la aristocracia; no había ni Parlamento ni elecciones nacionales. El último zar, Nicolás II (1894-1917), era un incompetente cargado de buenas intenciones,

políticamente ciego y poseído de una peligrosa nostalgia —reforzada por su esposa Alejandra— por lazos místicos entre el trono y el pueblo. Su preocupación por el heredero hemofílico los condujo por un camino peligroso que los alejaba de la realidad. Un terco conservadurismo aislaba a Nicolás de las sugerencias de consejeros con mentalidad reformadora y de las aspiraciones tanto liberales como de las clases bajas.

La revolución de 1905 surgió de la convergencia de la inquietud social y de una guerra impopular; ambas cosas estaban relacionadas con el avance de Rusia hacia la industrialización, en el último decenio del siglo XIX. Acicateado por el atraso económico, el ministro de Finanzas Serguei Witte apoyó la creación de nuevas industrias y de líneas férreas, entre ellas el ferrocarril transiberiano que llegaba al Pacífico. Paralelamente, aventureros e inversores progresaban por el Asia oriental, lo que alarmó a Japón, potencia modernizadora que tenía sus propios intereses en la misma zona. En 1904, Japón lanzó un ataque por sorpresa contra la flota rusa en Port Arthur y desplegó fuerzas terrestres en Manchuria. La capacidad militar de los jefes rusos no estuvo a la altura y no pudo derrotar a Japón. En medio de la costosa guerra estalló la revolución. La agitación estudiantil, las huelgas, la rebeliones campesinas, las acciones terroristas, la inquietud étnica y el fermento entre los intelectuales habían llevado a la formación de grupos protestatarios: liberales, marxistas (entre ellos, los muy militantes bolcheviques dirigidos por Vladimir Lenin, y los más moderados mencheviques), y socialistas revolucionarios interesados por la suerte de los obreros y los campesinos. El 9 de enero, el Domingo Sangriento como se la denominó, una espantosa matanza tuvo lugar: centenares de pacíficos obreros que se manifestaban con sus familias fueron asesinados a sablazos por las tropas del gobierno en la capital, San Petersburgo. Esta matanza fue la chispa que prendió por el país entero hasta convertirse en una revolución que, con una violencia sin precedentes, duró todo el año de 1905. La represión de un levantamiento popular en Moscú acabó con la revolución. Entretanto, Witte convenció a un renuente zar para que convocara una Duma (Parlamento) con elecciones auténticas y partidos políticos legales. Las primeras dumas estuvieron sumidas en tensiones creadas por los partidos de oposición, por un trono tercamente re-

sistente y por la violencia en el país. Las dumas siguientes fueron más apacibles, pero menos representativas de la población.

El principal logro del gobierno fue la reforma de la propiedad de la tierra de los campesinos. Para satisfacer el hambre de tierra de la población rural, sin perjudicar por ello a la aristocracia terrateniente, el Estado comenzó a desmantelar las comunidades de los pueblos, que periódicamente distribuían pequeñas parcelas. Algunos campesinos se retiraron de estas comunidades para formar granjas entre familias, pero esto no calmó el hambre de tierra. Por su parte, el proletariado mostraba numerosos signos de agitación. Escaso, en comparación con el de Europa, pero concentrado en grandes fábricas bajo condiciones muy duras, resultaba más fácil de manejar para los agitadores radicales. Después de 1905, hubo cierto avance del sindicalismo legal, pero en vísperas de la primera guerra mundial, oleadas de huelgas barrieron toda Rusia, hasta desembocar en combates callejeros en la capital, en julio de 1914. La Duma representaba sobre todo a los elementos conservadores de la sociedad educada y a la aristocracia terrateniente, temerosa de una renovación del caos de 1905, durante el cual muchas haciendas fueron saqueadas. La élite urbana comprendía desde los monárquicos antisemitas hasta los industriales conservadores y los profesionales liberales. La opinión pública se sentía indignada por la indiferencia y la ineptitud del trono y del gobierno, especialmente por la creciente influencia del curandero Grigori Rasputín, que sabía calmar al enfermizo zarevich. También causaron indignación la violenta represión de los mineros de las minas de oro siberianas —que pedían mejor alimentación—, y la acusación de asesinato ritual montada contra un judío inocente. ¿Estaba la sociedad rusa tan desgarrada por los conflictos que la revolución era inevitable, incluso sin la maldición de la guerra mundial? ¿O era bastante dinámica para desarrollarse según el modelo europeo? Los indicios culturales señalan en ambas direcciones. La alta cultura, una oscura mezcla de erotismo, misticismo y ocultismo, estaba sumida en apocalípticas premoniciones, pero su misma vitalidad podía verse como un indicio de salud política. Y la cultura de las masas presentaba pocos indicios de una catástrofe inminente.

La catástrofe llegó con la confluencia de la diplomacia europea, la política exterior zarista y los acontecimientos de Bosnia y Serbia.

Vacilante al principio, Nicolás se enfrentó a Alemania y a Austria, en agosto de 1914, con un ejército de enormes dimensiones pero con escasez de jefes eficientes, de confianza entre oficiales y civiles y de recursos militares-industriales. Millones de soldados, en su mayoría campesinos, murieron por fuego de ametralladora, artillería pesada y gases. Se combatía a través de Polonia, con ocasionales victorias rusas que dejaban lugar a un implacable avance de las fuerzas alemanas. El frente se convirtió en una gran tragedia: enormes pérdidas de vidas, marchas forzadas, prácticamente hasta la muerte, de la población arrancada de sus casas, aldeas judías arrasadas por las huestes rusas. La censura, la euforia y el patriotismo ocultaron, durante los primeros meses de la guerra, gran parte de estos horrores. Los políticos soñaban con heredar Galitzia y más tarde territorios turcos como botín de guerra. Los poetas cantaban al fuego purificador de la batalla. La alta y la baja cultura convertían en demonio al enemigo y glorificaban a los eslavos. Pero la multitud que aclamó con adoración al zar el primer día de la guerra representaba una pequeña parte de Petrogrado (así se había bautizado de nuevo a la capital), mas no las masas que sufrían el costo económico de la guerra. La reacción de los campesinos iba de la indiferencia a la hostilidad. Pronto se desvaneció el entusiasmo por la guerra, incluso el de las clases altas y los intelectuales. El zar cometió errores fatales: tomó personalmente el mando de los ejércitos, permitió que la emperatriz y Rasputín ejercieran en la corte una influencia desorbitada e hizo oídos sordos a los consejos sensatos de quienes deseaban ganar la guerra y proteger la monarquía. Personajes de la Duma, cortesanos, enviados extranjeros, generales y miembros de la familia imperial trataron de hacer entrar en razón a Nicolás. Pero éste, terco, hizo caso omiso de la sociedad política y de la creciente desilusión que experimentaban las masas ante la guerra.

Después de que unos patriotas de derechas asesinaran a Rasputín y de una serie de nombramientos desastrosos durante el invierno de 1916-1917, en la capital estalló la revolución, como respuesta directa a la escasez de pan. Durante cinco días del mes de febrero, huelguistas de los barrios obreros, a los que se unieron otros ciu-

dadanos, ocuparon el centro de la capital, convencieron a gran parte de las tropas para que se pasaran a su lado y mantuvieron desconcertada a la monarquía. Miembros de la Duma corrieron al tren del zar, en Pskov, y le convencieron de que abdicara. Al día siguiente, su hermano y sucesor rechazó la corona, poniendo así término a una dinastía de trescientos años y a un imperio de dos siglos. Los líderes de la Duma formaron un gobierno provisional que gobernó Rusia durante los ocho meses siguientes. Éste despidió o detuvo a monárquicos leales e hizo llegar por la radio y el ferrocarril la noticia del nuevo orden a las ciudades del imperio. Rusia era una república de facto, aunque el nuevo gobierno declaró que la forma de gobierno sería decisión de la Asamblea constituyente que se iba a elegir pronto. El gobierno provisional estaba dominado por ministros liberales, que deseaban fervorosamente llevar la guerra a una conclusión victoriosa. Pero se les oponían numerosos dirigentes socialistas de diversas tendencias, que deseaban o bien la paz, o bien una guerra estrictamente defensiva. Como en 1905, los socialistas formaron en Petrogrado un consejo obrero o *soviet* que pronto tuvo imitadores en toda la nación. El abogado radical Alexander Kerensky estaba a la vez en el gobierno provisional y en el soviet, y estos dos organismos disputaban constantemente sobre quién daba las órdenes y ejercía el poder. El soviet apoyaba de mala gana el gobierno «burgués», pero se negaba, por razones ideológicas, a tomar el poder.

La primavera de la revolución no duró mucho, con su euforia de libertad, sus manifestaciones y la liberación de los presos políticos. Ni el conservador gobierno provisional ni el radical soviet podían gobernar lo ingobernable. Los campesinos ocupaban las haciendas, los obreros declaraban huelgas, los dueños de empresas contestaban cerrando fábricas y declarando *lockouts* y los pueblos no rusos empezaban a organizar su futuro como Estados autónomos o independientes. La continuación de la guerra era, con mucho, la cuestión más ardua y provocó en los intelectuales una serie de posiciones muy diversas, y, entre las clases bajas, un gran descontento, que aumentó cuando se descubrieron los objetivos imperialistas de Rusia contenidos en tratados secretos. Los soviets, que contaban con gran número de representantes de soldados, trataron de democratizar el ejército sin perjudicar su capacidad combativa, pero esto provocó fricciones, indisciplina y

deserciones. La erosión de la autoridad militar indignaba al ministro de la Guerra del gobierno provisional y las revelaciones sobre los objetivos de la contienda provocaron la furia de las masas contra el ministro de Asuntos Exteriores, Pavel Milyukov, que era la personalidad más fuerte del gobierno. Ambos ministros dimitieron y de este modo un gobierno casi enteramente liberal dejó paso a una serie de gobiernos de coalición en los cuales los liberales compartían el poder con socialistas moderados dirigentes de los soviets. Era una mezcla inestable, tanto más cuanto que los dirigentes socialistas —en su mayoría mencheviques y socialistas revolucionarios— iban perdiendo apoyo político entre las masas a las que trataban de contener. Cuando el bolchevique radical Lenin regresó del exilio en Europa, propuso derribar el gobierno provisional y establecer el poder de los soviets.

Posteriormente, los bolcheviques se atribuyeron el haber radicalizado a las masas y dirigido sus energías contra el gobierno provisional, y en esto han estado de acuerdo los anticomunistas. Pero las masas no se radicalizaron en el vacío. El violento verano de 1917 mostró que obreros, marineros y soldados iban a menudo más lejos que los bolcheviques en su deseo de tomar el poder. Después de la reorganización del gobierno provisional, a Kerensky le correspondió el Ministerio de la Guerra y en julio lanzó una ofensiva que terminó en desastre. En el ejército comenzó la desbandada. Al mismo tiempo, unidades de la guarnición de Petersburgo ocuparon el edificio del gobierno provisional y el soviet de Petrogrado pidió que los soviets tomaran el poder. Aunque gran parte de estas iniciativas estaba fuera de sus manos, se acusó de ellas a los bolcheviques y se les detuvo o se les forzó a refugiarse en la clandestinidad. Kerensky, primer ministro en una nueva coalición, se encontró asediado por la inquietud urbana, los excesos rurales, la descomposición del ejército y las exigencias de las nacionalidades minoritarias. En busca de una base más amplia de apoyo, reunió en Moscú una conferencia de dirigentes, pero le salió el tiro por la culata, pues en ella se manifestó una fuerte reprobación a la debilidad del poder central. Un movimiento contrarrevolucionario patriótico de conservadores y de liberales moderados se formó en torno al comandante en jefe, general Kornilov, con la esperanza de que pudiera restaurar la disciplina en el ejército y el orden en la sociedad. Aunque Kornilov no planeó un golpe, un poco meditado movimien-

to de tropas en dirección a Petrogrado se interpretó como tal y Kerensky pidió ayuda a obreros y a socialistas, incluyendo a los bolcheviques. Kornilov quedó descalificado y el consiguiente temor a una contrarrevolución aumentó el radicalismo de las masas y desplazó su apoyo a socialistas moderados hacia los bolcheviques, que eran más militantes y más receptivos a sus estados de ánimo.

El constante debilitamiento del gobierno provisional de Kerensky coincidió con un fortalecimiento de los bolcheviques. Su partido creció en afiliados y se reforzó con el ingreso de nuevos dirigentes, entre los cuales el más importante fue Lev Trotski. Lenin convenció al equipo dirigente de que el momento era propicio para la toma del poder. Tras un acalorado debate se decidió pasar a la insurrección cuando se inaugurara el Congreso de los soviets en Petrogrado. El 24 de octubre (el 6 en el viejo calendario) grupos de obreros armados, al mando de bolcheviques, ocuparon puntos clave de la ciudad y atacaron el Palacio de Invierno, último cuartel general del gobierno provisional. Aunque muchos congresistas protestaron, el régimen dominado por los bolcheviques fue reconocido como gobierno de los soviets. Ciudades muy alejadas siguieron el ejemplo de la capital, aunque con muchas variantes. Ahora empezaba la verdadera revolución: se legalizaron las ocupaciones de tierra por los campesinos, se colocó a las industrias bajo la vigilancia de los obreros, y se dispersó una Asamblea constituyente libremente elegida. En 1918 se firmó en Brest-Litovsk un tratado de paz con las potencias centrales, por el cual se cedían todos los territorios fronterizos no rusos, como Finlandia, el Báltico, Polonia y zonas de Bielorrusia y de Ucrania. Esto, la publicación por los bolcheviques de los tratados secretos y su repudio de la deuda externa indignó a las potencias aliadas y en algunos casos las condujo a intervenir para derribar el nuevo régimen. El tratado indujo también al ala izquierda de los socialistas revolucionarios, que durante un tiempo colaboraron con los bolcheviques, a sublevarse contra ellos. Una fuerza policíaca revolucionaria que se hizo famosa, la Cheka, aplastó toda oposición, mientras Lenin, primer ministro o presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, se instalaba en la nueva capital, Moscú, y daba forma a su Estado con el nombre de Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

La guerra civil rusa fue una experiencia devastadora para cuantos intervinieron en ella, y sobre todo para el pueblo llano. La toma del poder por los bolcheviques y sus medidas radicales desencadenaron en el invierno de 1917-1918 un movimiento «blanco» de oficiales zaristas apoyados por liberales, conservadores y socialistas, que se proponía aplastar el bolchevismo. Una limitada ayuda de las fuerzas aliadas de intervención bastó para que se los calificara de agentes imperialistas, pero no bastó para ayudarles a vencer. La fuerza de los «blancos» radicaba en el talento de sus oficiales; su debilidad, en su dispersión geográfica por los aledaños del norte, el noroeste, el sur y el este, así como en su división ideológica y sus confusas políticas nacional y social, especialmente su negativa a reconocer las ocupaciones de tierras por los campesinos. Los bolcheviques disponían de líneas interiores de comunicación, un Ejército Rojo bajo el enérgico mando de Trotski, y un aparato de propaganda muy eficaz. Ambos bandos tuvieron que hacer frente a la impopularidad causada por los reclutamientos forzosos, las requisas y el terror. Tres años de duras luchas llevaron a la victoria de los Rojos y al exilio de alrededor de un millón de rusos. Se recuperaron las tierras fronterizas no rusas (en el oeste, tras la derrota de Alemania y la anulación de Brest-Litovsk), en gran parte gracias a conquistas militares. El país estaba en ruinas. Una política económica llamada retrospectivamente comunismo de guerra había eliminado de hecho el mercado y la empresa privada, impuesto el racionamiento y sometido a brutales requisas de alimentos a los campesinos. Éstos se alzaron en numerosos lugares contra los bolcheviques, que en 1918 cambiaron su nombre por el de comunistas. Los marineros radicales de la base naval de Kronstadt también se alzaron, afirmando que los comunistas habían traicionado la revolución. En una de las muchas trágicas ironías de la revolución, unidades del Ejército Rojo ahogaron en sangre todas estas protestas.

La Rusia de Lenin era un Estado de partido único, gobernado por un partido revolucionario muy centralizado, que administraba y transformaba la nación. Aunque dentro del Partido Comunista se le veneraba como su jefe de facto, Lenin no se adornaba con la parafer-

nalia de un dictador típico del siglo xx. En los cenáculos del Partido sus camaradas le discutían constantemente su política y no envió a la cárcel a ninguno de ellos. Por otro lado, no toleraba ninguna oposición organizada al gobierno o a la política de su partido —en 1921 se prohibieron todas las «fracciones» dentro del Partido Comunista— y no vacilaba en emplear los tribunales y los pelotones de ejecución contra los enemigos del Estado. Cuando murió, en 1924, se convirtió en objeto de culto nacional. En 1921 había abandonado el comunismo de guerra e iniciado la NEP (Nueva Política Económica), que permitía un limitado comercio privado y que recurría a impuestos en el mercado agrícola, en lugar de requisas de cereales. Pero en manos del Estado quedaban la banca, la industria pesada, el comercio exterior y la política económica, y todo esto formó un nuevo paisaje de empresas privadas bajo la hegemonía política de los socialistas. Pocos habitantes de las ciudades se sentían satisfechos con esta situación. Los capitalistas de la NEP querían menos interferencias del estado en sus negocios. Muchos trabajadores industriales se quejaban de la administración estatal de las empresas en las que trabajaban, de las escalas salariales y del control estatal de sus sindicatos, y les molestaba el éxito de los hombres de negocios de la NEP. Los ideólogos del Partido se preguntaban qué había sido del sueño socialista. Los de izquierdas, como Trotski, pedían un rápido avance hacia el socialismo, con el fin de superar el atraso de Rusia y establecer la justicia social. El economista Nikolái Bujarin propugnaba una evolución gradual. Este conjunto de circunstancias constituía uno de los principales elementos de la lucha por el poder de los años veinte.

Otro elemento era la revolución mundial. Desde el primer momento el régimen soviético y el mundo exterior a Rusia se habían mirado con mutua hostilidad. Occidente, indignado por las extravagancias «rojas», el anticapitalismo y el antiimperialismo, intervino con poco ahínco en la guerra civil rusa. Lenin tomó represalias, incitando a la revolución en cuantos lugares pudo. Hubo partidos revolucionarios que trataron de tomar el poder en Finlandia, Alemania y Bulgaria en los años 1918-1923. Estos intentos fracasados enfurecieron a las clases gobernantes y ayudaron a que se desarrollaran los movimientos fascistas consagrados a barrer en todas partes a los comunistas. Sin desanimarse, los soviets insistieron en la misma políti-

ca en Asia, donde, a mediados de los años veinte, colaboraron con una importante lucha revolucionaria en China, desastre que culminó en un baño de sangre. A partir de 1919, la Internacional Comunista (Komintern), con sede en Moscú, dirigió estas tentativas y parecía una amenaza constante al orden mundial.

Pero a mediados del decenio se llegó a una transacción internacional. Los gobiernos occidentales deseaban comercio, inversiones y el cobro de viejas deudas, así como la posibilidad de «civilizar» a los soviets a través de relaciones diplomáticas normales. Lenin se mostraba dispuesto, pues Rusia necesitaba inversiones y tecnología de toda índole. Después de que lo hicieran algunos Estados menores, Francia y Gran Bretaña reconocieron el régimen soviético. Gran Bretaña, a causa de su propia agitación social y de las intromisiones de la Komintern en el imperio británico, rompió las relaciones una vez en la década de los veinte, pero luego las reanudó. En 1922, en Rapallo, Alemania firmó un acuerdo secreto de colaboración militar con Rusia, el otro paria del sistema de Versalles. Los extremistas de Moscú, encabezados por Trotski, ansiaban una revolución mundial agresiva, pues creían que era lo único que podía salvar a la Rusia revolucionaria. Stalin, cuya influencia crecía, respondió con la consigna, más cautelosa y nacionalista, de «socialismo en un solo país».

Los años veinte no sólo se vieron afectados por la política, la economía y la diplomacia, ni fueron sólo un intervalo entre la revolución y el estalinismo sino que también vieron un intento de dar nueva forma al arte, a la sociedad y a la humanidad misma. La revolución había barrido la aristocracia terrateniente y la alta burguesía, pero entre sus consecuencias imprevistas hubo hambruna, millones de niños sin hogar y desempleo femenino. Los optimistas consideraban el egoísmo, la religión, el patriarcado, la ignorancia y el analfabetismo como profundas e inestables condiciones heredadas del pasado. Hubo agitadores que trataron de transformar los valores sociales enseñando la igualdad sexual y étnica, la ciencia, la eficiencia y el culto a la máquina. Ese decenio vio el nacimiento de la Unión Soviética, una federación de un centenar de nacionalidades —algunas de ellas organizadas en «repúblicas»— con el propósito de dar a sus gobiernos un valor más «nativo» y de elevar —e incluso crear— su cultura local a través de alfabetos y campañas de alfabetización. Más huella

dejó en el mundo —aunque atrajo sólo parcialmente al público— la explosión cultural, a la vez de propaganda y de vanguardia, en literatura, arte, teatro y cine. Aunque la censura prohibía las corrientes de oposición y las autoridades reprimieron a algunos escritores, la mayoría de los artistas creadores que se adhirieron a la revolución dieron obras espectaculares y duraderas en respuesta a su desafío transformador. Los nombres de Vladímir Maiakovski, Lyubov Popova, Vsiévolod Meyerhold y Serguéi Eisenstein, creadores formados o inspirados en la época prerrevolucionaria, brillaron en el mundo de la cultura. En vísperas de la revolución desde arriba todavía florecieron, hasta cierto punto, la espontaneidad, el pluralismo social, la creatividad artística y hasta la buena voluntad revolucionaria, casi todo lo cual pronto desaparecería.

Si existió una relativa libertad en los años veinte fue porque los dirigentes estaban enfrascados en el dilema de si seguir a Lenin con un sistema de comités o seguir a un nuevo líder carismático. En caso de decidirse por lo último, ¿quién sería? Al terminar el decenio, Stalin (Iósiv Vissariónovich Dzhugashvili) había resuelto ambas cuestiones, al emerger como líder indiscutido. Georgiano de nacimiento, fue un bolchevique de segunda fila en el Cáucaso. Su energía y su lealtad a Lenin le valieron cargos clave después de 1917; como comisario de las nacionalidades, diseñó la estructura de la Unión Soviética; como secretario general del Partido construyó un imperio organizativo dentro de él y se mantuvo en segunda fila durante los primeros años después de la muerte de Lenin. En el Partido, a finales de los años veinte, se disputaba sobre cuestiones como la política rural, la rápida industrialización, la revolución mundial y, sobre todo, las ambiciones y animadversiones personales. Stalin cambió de campo (como hicieron otros), pero amplió su red burocrática, a pesar de que Lenin, ya en sus postreros días, había reclamado que se le sustituyera en su crucial cargo. La extraordinaria capacidad de maniobra de Stalin, sus protegidos, su carisma de hombre duro, y su nacionalismo ruso (que sustituyó al georgiano) junto con las debilidades de sus oponentes, como Bujarin y Trotski, le dieron la victoria sobre diversos grupos que se le enfrentaban. En 1929, con ocasión de sus

cincuenta años, Stalin apareció en la plaza Roja de Moscú como dictador o *vozhd* del Partido y del Estado. Durante las angustias de la colectivización se mantuvo firme frente a oposiciones reales e imaginarias, y cuando un alto cargo del Partido fue asesinado en circunstancias sospechosas, en 1934, Stalin empleó este asesinato —y, más tarde, otros— para atacar a todos sus oponentes anteriores. De 1936 a 1953, fue el gobernante supremo de todo el imperio soviético y llegó a ser el líder más homicida y poderoso de todo el siglo XX.

En 1928-1932 Stalin inició una revolución desde arriba. Se transformaron la industria y la agricultura y se borraron los restos de capitalismo y de sociedad civil. El poder en la cima no les bastaba a Stalin y su equipo. Querían el pleno control social, un ejército poderoso y lo que entendían por socialismo: propiedad del Estado y control de los medios de producción, así como economía planificada. El primer plan quinquenal estaba destinado a aumentar espectacularmente la producción nacional en las industrias clave de la infraestructura. De la noche a la mañana surgieron gigantescos complejos industriales, presas hidroeléctricas, canales y ciudades, construidos por eufóricos jóvenes, campesinos desplazados y presos. Los planificadores aumentaban constantemente los objetivos de producción, ya de por sí sobrehumanos. Los resultados, a veces falsificados, eran impresionantes. El sistema —llamado más tarde economía de mando— incluyó planes sucesivos, ausencia de mercados legales, falta de empresas privadas, fijación de precios por parte del Estado, servicios subvencionados, un tipo de pleno empleo en el cual muchos estaban muy subempleados y también una explotación abusiva del medio ambiente. A pesar de sus distorsiones, la economía contribuyó a la victoria del país frente a los violentos ataques alemanes. Pero el costo de crear un sistema como aquél fue tan terrible que debe tomarse en serio la hipótesis de que Rusia también habría podido ganar la guerra de 1941 con una economía diferente. El deseo de los jefes de controlar la producción de alimentos y a sus productores llevó a la decisión de colectivizar a los campesinos en contra de su voluntad. El Estado se apoderaba por la fuerza de los cereales y detenía, deportaba o fusilaba a quienes se resistían, y trasladaba a aldeas enteras, como rebaño, a las granjas colectivas. La hambruna que siguió, aunque no había sido planificada por el Estado, costó millones de vidas en

Ucrania, Kazajstán y en las regiones rusas del Volga y del Cáucaso septentrional.

La oposición al creciente poder de Stalin y a sus duras medidas nunca cesó durante este período. Incluso de haber cesado, Stalin, que albergaba negras fantasías de traiciones, odios profundos a sus anteriores rivales y una profunda ansia de venganza, no lo hubiese creído. El terror no empezó en 1936 con las depuraciones judiciales sino en 1928, con persecuciones de gente del común, que rebasaron la violencia del período de la guerra civil. Lo extraño no fue que Stalin desplegara su policía política, a la que había dado más poder, contra intelectuales y políticos, sino que el terror llegara tan cerca de los palacios del Kremlin desde los cuales Stalin mandaba. No puede atribuirse el terror a una sola causa. Una serie de procesos semipúblicos en Moscú eliminó virtualmente a todos los antiguos camaradas de Lenin y oponentes reales o potenciales de Stalin. Las víctimas fueron forzadas a confesar horrendos crímenes contra el Estado, como traición y colaboración con los nazis y los japoneses. Los juicios, con sus terribles conjuras, tenebrosos malvados y folclóricos héroes y mártires, se parecían a la ficción y el arte de la época, la del realismo socialista. Haber violado el creciente culto a Stalin no era bastante, pues se debía demonizar a los acusados. Se liquidó a Bujarin y a otros antiguos oponentes, así como a la flor y nata del mando militar y del cuerpo diplomático, a jefes comunistas extranjeros y a gran cantidad de miembros del Partido, de la burocracia, de los intelectuales y de la comunidad cultural. Falsas denuncias amenazaban a la gente ordinaria. Millones de inocentes murieron en cárceles, cámaras de tortura o en los infernales campos de trabajos forzados conocidos con el nombre de *gulag*. La mayoría de aquellos a los que el terror no castigó —y no sólo los millones educados bajo el poder soviético— probablemente lo apoyaron, y millares de sus víctimas creyeron, realmente, que Stalin era una inocente presa de «tenebrosas fuerzas».

En 1939, Stalin había construido un sistema político y una cultura política que duraría hasta su muerte y sus estructuras mentales y de organización perdurarían hasta finales del siglo. Su reglas escritas eran la constitución estalinista de 1936, que ratificaba la hegemonía del Partido en el Estado, describía las repúblicas no rusas y procla-

maba su esencia democrática. El poderoso mito de una democracia soviética y de una economía socialista atrajo a muchos intelectuales en el mundo entero y a obreros que emigraron a la Unión Soviética. El estalinismo se parecía al hitlerismo en acción: terror, culto de los jefes, propaganda desvergonzada, Estado de partido único y la ficción de un dominio popular que ocultaba un implacable monstruo totalitario. Sin embargo, difería en su revestimiento ideológico, que no era enteramente cínico ni mendaz: internacionalismo, ateísmo declarado, nivelación social y odio de clases en vez de racismo. El Partido quedó devastado por las depuraciones y el terror, que no sólo causaron víctimas sino que redujeron el papel antaño tan elogiado del mismísimo Partido. La policía política aumentó su influencia, aunque sus jefes fueron ejecutados y sustituidos periódicamente. El ejército, descerebrado por las depuraciones, no podía albergar a potenciales Bonapartes. En las repúblicas se reprimieron algunas expresiones de nacionalismo fomentadas durante los años veinte. La sociedad estaba estructurada en términos corporativos, con organizaciones de masas para mujeres, jóvenes y obreros, todos educados en escuelas y universidades severamente controladas. Intelectuales y artistas acomodaticios —creyentes de buena fe, cínicos y supervivientes natos— construyeron una refinada fachada para dar legitimidad al jefe supremo y al sistema en los medios académicos, la prensa, los templos del arte y en los centros de cultura popular.

La guerra entre Hitler y Stalin no era inevitable; ninguna guerra lo es. Pero dadas las desmesuradas ambiciones expansionistas de Hitler, muy superiores a las de Stalin, cuya moderación no estaba en modo alguno basada en restricciones morales, la guerra resulta ciertamente comprensible. Hitler odiaba a los bolcheviques, a los rusos y a los judíos, a los que a menudo englobaba en una sola entidad. Todo manifestaba su intención de invadir Rusia, albergada desde mucho antes, y de sojuzgar a sus habitantes. Los historiadores debaten sobre si en los años treinta Stalin era un aliado potencial viable para Occidente frente a la Alemania nazi; unos reprochan a los partidarios de aplacar a Hitler que no buscaran esta alianza, mientras que otros invocan el cinismo y el crudo oportunismo de Stalin. Pero

estos dos puntos de vista no son incompatibles. Si los cínicos de Berlín y Moscú podían aliarse —como lo hicieron en 1939-1941—, entonces Gran Bretaña y Francia hubiesen podido colaborar con Stalin contra Hitler antes de 1939, como lo hizo Gran Bretaña en 1941-1945. De haber sucedido así, es posible que la segunda guerra mundial ocurriera en otro momento y se desarrollara de otra manera, pero probablemente no habría podido evitarse. Stalin apoyó la seguridad colectiva y el antifascismo en diversos organismos internacionales, en tratados y con los frentes populares. También se rearmó e intervino en la guerra civil española de 1936-1939. Después de la ocupación alemana de Austria, Checoslovaquia y Memel, a Stalin le pareció que las cartas estaban echadas. En 1939 despidió a su ministro de Asuntos Exteriores, Maxim Litvinov, judío y defensor de la seguridad colectiva, abriendo así el camino hacia las negociaciones con Alemania que culminaron en el pacto nazi-soviético, cuyos protocolos secretos disponían el reparto de Polonia y de otras zonas de Europa oriental. Este pacto indignó a Europa occidental, como lo hizo también la guerra soviética contra Finlandia y la brutal anexión en 1940 de las tres repúblicas bálticas.

Por temor a que fueran equivocadas, Stalin no hizo caso de las numerosas advertencias sobre la inminente invasión alemana, que se desencadenó con ímpetu el 22 de junio de 1941, una fecha que en la historiografía soviética se trata como una infamia comparable a la de Pearl Harbor. Los alemanes y sus aliados irrumpieron por las fronteras de Finlandia, los Estados bálticos, Bielorrusia y Ucrania. La avanzada del norte puso cerco a Leningrado durante casi tres años, sometiendo a sus residentes a horribles sufrimientos y pérdidas. La avanzada del centro llegó a acercarse a Moscú, pero no pudo atacar la ciudad, en parte porque algunas de sus fuerzas fueron desviadas para ayudar en la conquista del sur, que se llevó a cabo con asombrosa rapidez, por Kíev, el Don, Crimea y finalmente el Cáucaso. En el verano de 1942, la situación parecía favorable a los alemanes y a sus numerosas brigadas extranjeras de rumanos, húngaros, españoles, noruegos y otros voluntarios anticomunistas. Fue el momento más oscuro del Estado soviético y de sus fuerzas armadas. Aún más oscuro fue para los habitantes de sus zonas ocupadas, donde las fuerzas alemanas —y no sólo destacamentos especiales de las SS sino

también soldados y oficiales— cometieron inauditas atrocidades contra hombres, mujeres y niños, a veces con la ayuda de la población anticomunista local. Comunistas y judíos fueron ejecutados sumariamente y grupos de rehenes y aldeas enteras fueron ahorcados, muertos a tiros o incinerados. Los alemanes abrieron algunos templos y cerraron algunas de las odiadas granjas colectivas, pero no en número suficiente para contrarrestar su brutal política de deportación de trabajadores forzosos a las fábricas alemanas y la agónica muerte por inanición de los prisioneros de guerra.

Tras algunos momentos iniciales de pánico, Stalin hizo frente a la amenaza reorganizando el mando; despidió a algunos generales anquilosados y movilizó a la población. Se organizaron guerrillas detrás de las líneas enemigas para hostigarlas, aunque su efecto fue más psicológico que militar. Se evacuaron a retaguardia ciudades, aldeas e industrias enteras, y las instituciones soviéticas, con gran parte del gobierno, se trasladaron a ciudades en la región del Volga. Se movilizó a las mujeres para sustituir a los hombres en las fábricas y en las baterías antiaéreas, y un millón de ellas sirvieron uniformadas como pilotos, artilleras y tanquistas, así como doctoras y enfermeras. Se movilizaron todas las artes en una campaña propagandista de defensa nacional y de odio al enemigo. Hubo una gran oleada de patriotismo emocional fundado en el amor al hogar, a la patria y a la familia, con escaso contenido ideológico. Y, cosa más importante, igual que el propio sistema soviético, el ejército se mantuvo firme pese a una mayoritaria mala administración en todos los niveles. Se movieron grandes reservas de hombres para la batalla decisiva de Stalingrado, en 1942-1943, con el fin de rodear y derrotar una de las mayores fuerzas alemanas. Esta derrota puso término al asalto de la Wehrmacht al Cáucaso, que tenía por objetivo capturar los centros petroleros. De hecho, marcó el comienzo de una larga retirada. La superioridad alemana inicial en tanques y en aviones se deshinchó e invirtió en la mayor batalla de toda la historia mundial, la de Kursk en 1943. En 1944 se levantó el cerco de Leningrado cuando el Ejército Rojo se dirigió hacia Polonia. Algunos historiadores militares han dicho que la Unión Soviética casi perdió la guerra contra Alemania y esto puede ser casi cierto. Pero el «casi» sirve sólo por cuanto desmitifica el heroico relato de la guerra escrito por los historiadores oficiales soviéticos.

Este relato era mendaz en muchos aspectos. Subestimaba el papel de los aliados que suministraron material con el sistema de préstamo y arriendo. Pero, más importante aún, ignoraba la guerra de los soviets contra sus vecinos y su propio pueblo, pues durante el tiempo del pacto nazi-soviético hubo deportaciones en la Bielorrusia y la Ucrania polacas, y millares de oficiales polacos fueron ejecutados a sangre fría. De igual sadismo fue la conducta del Ejército Rojo, que cometió asesinatos y violaciones en el curso del avance hacia Berlín, ciudad que ocupó en mayo de 1945, después de haberse detenido frente a Varsovia para permitir a los alemanes aplastar el levantamiento popular de 1944 en esta ciudad. La diplomacia soviética se fue volviendo más rígida con cada nueva victoria militar, incrementando los planes de expansión que Stalin hubiese podido concebir antes. La ocupación soviética de Europa oriental, al final de la contienda, sometió a sus habitantes al terror y luego durante décadas a una hegemonía soviética que no deseaban. En la misma URSS, millares de presos políticos fueron ejecutados en los campos, durante los primeros tiempos de la guerra, como medida de seguridad, y millares fueron enrolados en batallones de castigo utilizados en misiones suicidas. A los prisioneros de guerra supervivientes y a los residentes rusos de Europa central los enviaron a Rusia para encarcelarlos o ejecutarlos. Se arrancó de su territorio histórico a pueblos enteros para trasladarlos a otros lugares, aduciendo una colaboración, real o sospechada, con los invasores. Los alemanes del Volga, residentes en Rusia desde el siglo XVIII, estaban entre los inocentes, mientras que los chechenos y otros pueblos de la montaña, en el Cáucaso, y los tártaros de Crimea, por ejemplo, albergaban a algunos colaboradores. Pero el vengativo Estado llevó en vagones de ganado a los inocentes junto con los culpables, a un exilio que duró decenios. Finalmente, Stalin y el Partido «robaron» la victoria al pueblo, exagerando su propio papel y desdeñando el de las fuerzas espontáneas que la hicieron posible.

# 11. Estados Unidos, 1900-1945

HUGH BROGAN

El siglo xx empezó pronto para los norteamericanos. Fue en el xix cuando empezaron a vivir fenómenos propios de la modernidad, como las revoluciones industrial y agrícola, la democratización, la centralización y la urbanización. El efecto de estos cambios fue que ya antes de 1900 Estados Unidos estaba equipado para hacer frente a todos los desafíos que le presentara la nueva era. No había sido cosa fácil ni fue completa, y la mayoría de los estadounidenses tardaron en comprenderlo y aceptarlo; algunos todavía no lo han hecho. La historia de Estados Unidos en la primera mitad del siglo xx es la continuación de un proceso ya en marcha pero obstruido por una formidable resistencia. En las dificultades con que se encontró se parecía a otros países y continentes; en sus éxitos al superarlas fue excepcional, y fue único en el alcance de su empeño y su recompensa por el mismo: la hegemonía mundial.

La buena suerte desempeñó su papel en todo esto, cuando menos en los comienzos, cuando lo que Sherlock Holmes describió como «la insensatez de un monarca y la metedura de pata de un ministro» obligó a los norteamericanos a enfrentarse prematuramente a dos de los problemas típicos de la modernidad, cuando todavía eran manejables. Se descolonizaron a sí mismos con la Revolución Americana y, en consecuencia, tuvieron que inventar un tipo de gobierno apropiado para su nueva situación. Esto les llevó menos de veinte años, de 1774 a 1788, y lo hicieron con tanto acierto que nunca se ha podido recusar su resultado. Su éxito fue posible porque en 1774 una población de apenas algo más de un millón estaba esparcida a lo

largo de toda la costa atlántica, desde Maine a Georgia, y porque en esta población la élite educada, aunque mayor en proporción a lo habitual, era con todo suficientemente reducida y homogénea para compartir una misma concepción en casi todas las cuestiones importantes (por ejemplo, estaba enérgicamente a favor del individualismo y del federalismo). En consecuencia, Estados Unidos gozó en su infancia de las mejores ideas de la época (Ralf Dahrendorf lo llamó «la Ilustración aplicada»), y gracias a ello pudo enfrentarse a la marea creciente de la industrialización, la urbanización y el capitalismo con las instituciones propias de una república moderna, diseñadas racionalmente, y con un sistema político de dos partidos que, como demostraron los hechos, fue de importancia decisiva.

A comienzos del XIX los estadounidenses hicieron, y no sin razón, de sus instituciones un verdadero fetiche. Durante sus primeros setenta años de república, dominaron políticamente los elementos más reaccionarios —de hecho, sus únicos reaccionarios—, los dueños de esclavos del Sur. Precisó una guerra civil para descartar esta ascendencia, salvar la unión de los estados y acabar con la esclavitud, cuando los dueños de esclavos se negaron a abdicar airosamente, pero el gobierno fue lo bastante fuerte como para vencer. La industrialización entrañó conflictos obreros, a veces con violencia, en una escala comparable a cualquiera de Europa, pero una alianza de financieros, empresarios y abogados capturó los organismos del Estado —en especial el Senado y el Tribunal Supremo—, y su egoísta e inteligente determinación aseguró una estabilidad política duradera. A finales del siglo XIX, Estados Unidos se extendía imperialmente desde el Atlántico al Pacífico, y gracias al sistema federal (y a los ferrocarriles transcontinentales) ya no hubo, después de la guerra civil, ninguna posibilidad de que surgiera el tipo de fallas que destruyeron todos los demás imperios del siglo XX. Un período de crisis, a mitad de la última década del siglo XIX, dio pasó a una renovada prosperidad y hacia 1900 la única prueba moderna por la que Estados Unidos no había pasado todavía era la de una guerra internacional importante, cosa que a muchos, acaso a la mayoría, de los norteamericanos conscientes no parecía importarles, pues suponían que esa clase de guerras era cosa del pasado. También creían que, en caso de estallar una guerra internacional, no participarían en ella. Una de las

tradiciones norteamericanas más poderosas era el aislacionismo, por el cual veían como su mejor e indispensable política permanecer al margen de cualquier conflicto europeo.

Norteamérica gozaba también de una muy difundida tradición de prosperidad en constante crecimiento, de tal modo que a mucha gente, dentro y fuera del país, les parecía que ésta era la razón misma de ser de Estados Unidos. La promesa de la vida americana era que cada generación viviría mejor que su predecesora inmediata. Estados Unidos emergía rápidamente como la mayor potencia industrial del mundo y, tecnológicamente, como la más innovadora. La mayoría de los grandes inventos que transformarían la sociedad en el siglo xx —el teléfono, el fonógrafo, el motor de combustión interna— se realizaron en el siglo xix (aunque no fue sino hasta 1903 cuando los hermanos Wright hicieron el primer vuelo en un aeroplano con motor), pero los norteamericanos, encabezados por Thomas Edison, se pusieron en primera línea en aplicar y adaptar esos inventos. Tal vez la principal aportación de Edison fue la industria eléctrica. En 1908, Henry Ford empezó la producción del modelo T de su automóvil en lo que fue la primera fábrica con cadena de montaje. Norteamérica imprimió, pues, su sello en el siglo xx, y no sólo en la industria. También generó una cultura urbana original, de la cual el béisbol, el *ragtime* y el vodevil fueron, tal vez, sus muestras más visibles.

Pero el progreso no fue nunca suave ni se aceptó con facilidad; era demasiado irregular e incompleto y para muchos entrañaba demasiados sacrificios. En el primer decenio del siglo xx la opinión pública parecía confusa y, en muchos aspectos, contradictoria. Los problemas nacionales podían no ser insolubles, pero eran difíciles y costosos y se hicieron más apremiantes al ir creciendo el país (cuya población era de 75,9 millones en 1900 y de más de 100 millones en 1920). No ayudaba a resolverlos la diversidad regional y la de sus numerosos grupos étnicos. Las ciudades habían crecido con asombrosa rapidez en el medio siglo anterior, demasiado de prisa para ser otra cosa que incoherentes aglomeraciones de gente, mal administradas y mal diseñadas; la reforma urbana era, pues, una necesidad urgente pero resultaba difícil llegar a un acuerdo acerca de la forma que debía adoptar. La agricultura se había recobrado bien de la crisis de finales de siglo, pero se iban intensificando de modo poco visible sus

debilidades estructurales (ante todo, demasiados granjeros y poco capital). Eran todavía intensos los conflictos sociales, que a menudo se sobreponían unos a otros, entre clases, razas, población nativa y población inmigrante, religiones y regiones, deseosas de conservar o aumentar su cuota de riqueza nacional. En los espíritus conservadores había inquietud por las manifestaciones de la vida moderna, entre las cuales se consideraban más alarmantes el excesivo consumo de bebidas alcohólicas y la comercialización del sexo. Y los estados del sur (catorce, quince o dieciséis, según cuáles se incluyeran entre ellos) eran un ejemplo magnificado de todos estos problemas, con la adición de un fenómeno nada estadounidense, o sea, un crecimiento al parecer permanentemente lento de la economía.

Retrospectivamente, resulta evidente que estos problemas determinaron la política interior del siguiente medio siglo o más. El modo como se enfrentaron a estos problemas estuvo determinado por los muy volubles impulsos, ideas e intereses del pueblo americano en todas sus variedades, así como el impacto, enorme e imprevisto, de dos guerras mundiales. Pero el marco no cambió. Independientemente de los desafíos (el más grave de los cuales fue la gran crisis de 1929-1939), Estados Unidos siguió siendo un país liberal y hasta 1945 se enfrentó a cada una de las crisis sin abandonar su constitución o alguna parte de ella, sino ampliando su alcance. Según los criterios de finales del siglo xx, Estados Unidos era, en sus comienzos, una democracia muy defectuosa: los ciudadanos negros y muchos de los blancos pobres no podían votar en el sur, y las mujeres sólo tenían voto en cuatro de los estados del Oeste. Había otros defectos, pero los norteamericanos creen que los males de la democracia se remedian con más democracia. En 1913, una enmienda constitucional dio al Congreso el poder de fijar impuestos sobre la renta; otra estableció que los senadores debían ser elegidos por el pueblo y no por las legislaturas de los distintos estados. Muchos de éstos introdujeron, en el mismo período, el sistema de elecciones primarias para escoger a los candidatos a cargos electivos, y también el referendo y la anulación de elecciones para controlar a los políticos de los estados. En 1920, otra enmienda constitucional —la decimonovena— extendió el derecho al voto a todas las mujeres adultas, y veinte años más tarde estaba ya en marcha una campaña, dirigida por la Asociación Na-

cional para el Progreso de las Gentes de Color (NAACP), con el fin de eliminar las distintas restricciones al sufragio de los negros.

Una notoria anomalía en este aumento constante de las funciones y la legitimidad del gobierno republicano fue la adopción, en 1919, de la decimoctava enmienda, que trataba de prohibir la «manufactura, venta o transporte» de bebidas alcohólicas. Era la culminación de una campaña contra la bebida ya muy enérgica antes de que Estados Unidos entrara en la guerra, ante la existencia de familias desunidas, obreros alcohólicos y corrupción política relacionada con los bares; la abstinencia forzada pareció a los patriotas entusiastas una medida razonable en tiempos de guerra. Pero llegada la paz, la prohibición resultó imposible de aplicar y fomentó el crimen organizado. El realismo volvió por sus fueros y en 1933 se anuló la enmienda constitucional sobre la bebida.

El compromiso efectivo y creciente de Estados Unidos con la democracia revistió enorme importancia para la historia del mundo, tanto más cuanto que la tradición nacional lo sostenía. Pero no hay duda de que la estabilidad de la estructura política se debió al éxito práctico de la misma. Daba lo prometido y, si no lo hacía, lo daba el sistema industrial y se atribuía el mérito a la democracia. En todos los otros temas de la política norteamericana moderna subyace la preocupación por el papel que el Estado y el gobierno federal deben o pueden desempeñar para asegurar la prosperidad de las personas y para reglamentar su equitativa distribución. La opinión de la mayoría ha apoyado unas veces un gran activismo gubernamental, y otras, uno menor. Pero ha sido siempre el sistema político lo que ha permitido que fuese efectiva la opinión de la mayoría y ha protegido esporádicamente los intereses de las minorías. Los sistemas político y económico se han apoyado mutuamente, y la incesante lucha de ideas y de intereses que ambos sistemas entrañan explica la adaptabilidad de Estados Unidos. Su riqueza y su seguridad física, aunque hayan creado en la gente cierta complacencia y provincianismo, también han mitigado a menudo los malos efectos de la tendencia norteamericana a la división y al autoengaño, y han conseguido el tiempo necesario para que la democracia adopte las decisiones acertadas. En suma, que el éxito de Estados Unidos en el siglo xx siga siendo impresionante no es precisamente inexplicable.

Era tal la fuerza que germinaba en el país que muchos de sus dirigentes vieron claramente, en 1914, que éste gozaría de preeminencia en lo que treinta y cuatro años después Henry Luce, de la revista *Time*, llamaría «el siglo americano». La manera eficaz con que el gobierno estadounidense apartó al imperio británico para encargarse de la empresa de construir en solitario el canal de Panamá (1904-1914) fue un ejemplo del surgimiento de la potencia norteamericana; otro fue la represión de la rebelión de las Filipinas que siguió a la anexión de este archipiélago después de la guerra con España de 1898. Aunque los norteamericanos eran aislacionistas, no estaban aislados; lindando con dos océanos, eran vecinos del mundo entero, y no sólo de las repúblicas latinoamericanas por el sur y del dominio de Canadá por el norte, o del imperio ruso al otro lado del agua frente a su remoto territorio de Alaska. Miraban al este y al oeste —especialmente al este—, hacia los países de donde procedía la mayoría de ellos.

Comercialmente, Estados Unidos desde sus comienzos fue el mercado extranjero más importante de Gran Bretaña, la madre patria y primera nación industrializada. Súbditos ingleses, galeses, escoceses e irlandeses, tanto católicos como protestantes, habían dado la principal estirpe del pueblo norteamericano. En el siglo XIX se les unieron inmigrantes procedentes de todos los Estados y naciones de Europa, en una corriente que no cesaba; entre 1903 y 1914, la inmigración anual nunca fue inferior a tres cuartos de millón de personas. En 1914 hubo 1218480 inmigrantes, la cifra más alta registrada en cualquier año; 284000 de ellos eran italianos y 256000, polacos. Los giros monetarios atravesaban el Atlántico y sostenían la economía de muchas aldeas de Calabria. Había un número importante de retornos al país de origen y con los nuevos transatlánticos grandes, rápidos, cómodos y baratos, hubo una notable migración estacional, de trabajadores temporeros que llegaban al Nuevo Mundo en la primavera y se marchaban después de la recogida de la última cosecha. Los ricos no emigraban, pero viajaban mucho y músicos (como Dvořák y Mahler), actores, escritores y artistas europeos cada vez eran más sensibles a las oportunidades que ofrecía Estados Unidos. El año 1913 fue el de la Exposición de la Armory de Nueva York, que introdujo en Norteamérica la escuela pictórica de París. El financiero

J. P. Morgan fue simplemente el mayor coleccionista entre los multimillonarios que despojaron iglesias y palacios europeos en beneficio de los museos norteamericanos, y más de un hijo de lord se casó con la hija de un multimillonario (y con su fortuna). Entre 1900 y 1913, último año completo de paz, las exportaciones estadounidenses a Europa crecieron en casi el cincuenta por ciento y las importaciones se duplicaron y algo más. En conjunto, es probable que la relación entre el Viejo Mundo y el Nuevo Mundo nunca fuera tan estrecha como en vísperas de la primera guerra mundial.

El impacto de esta guerra en Estados Unidos fue inmenso, horroroso, y hoy en día todavía se percibe. Fue perceptible no sólo en el breve período de beligerancia de Estados Unidos (declaró la guerra a Alemania el 6 de abril de 1917), aunque el esfuerzo económico y militar de esos dieciocho meses no tuvo parangón en toda la historia anterior del país: en ese lapso se formó, entrenó, desplegó y abasteció un ejército de cuatro millones de hombres. El Estado norteamericano superó brillantemente la prueba, se organizó de modo ejemplar para la guerra y la victoria; adquirieron mucha experiencia jóvenes oficiales como George C. Marshall y Dwight D. Eisenhower y jóvenes funcionarios como Franklin D. Roosevelt, subsecretario de la Marina, así como dirigentes de empresas y del gobierno que colaboraron en la organización del esfuerzo de guerra. Pero para la mayoría de norteamericanos, la experiencia fue, en su conjunto, odiosa. Las bajas fueron elevadas (110000 hombres murieron) aunque no podían compararse con las europeas. En este y en otros aspectos, la guerra parecía ser no sólo un desastre personal y una intolerable alteración de la normalidad, sino que se la veía incluso como si rompiera la promesa del modo de vida norteamericano. El costo de la vida se dobló y aunque los sueldos en su conjunto se mantuvieron a la par con la inflación, los salarios no lo hicieron. Al auge de la guerra siguió un breve pero penoso declive. El reclutamiento se llevó de las granjas a los jóvenes, y las mujeres y los predicadores se preocupaban por el efecto de la guerra sobre su moral. La guerra se llevó también a obreros blancos de las industrias del norte, cuyos directores contrataron a mujeres e inmigrantes negros del sur, lo cual suscitó problemas cuando regresaron los

soldados. La rabia y el patriotismo de la época de la guerra se expresaron en una oleada de patrioterismo, dirigido especialmente contra la nutrida comunidad de germano-americanos, que pronto se extendió a todos los «americanos con guión [-]» y a cuantos, por la razón que fuese, discutían lo apropiado de la contienda o de las medidas de guerra. (El dirigente socialista Eugene B. Debs fue condenado a diez años de prisión por desafiar la Ley sobre Espionaje de 1917.) Las noticias sobre la revolución bolchevique reavivaron el viejo temor al socialismo y a cualquier cosa a la que se pudiera colgar la etiqueta de subversión extranjera, lo cual tuvo por resultado la famosa «alarma roja» *(Red Scare)* de 1920. Diversos episodios marcaron el final de la guerra: desde motines en Chicago a la negativa a ingresar en la Sociedad de Naciones, desde la adopción de la enmienda a la Constitución sobre la ley seca, hasta una abrumadora victoria republicana en las elecciones presidenciales de 1920 (los demócratas habían ocupado el gobierno durante la guerra). Sumados unos a otros, demostraban el rechazo del camino en que se había extraviado el país. La reacción continuó hasta muy entrada la década, con el crecimiento del segundo Ku Klux Klan y la Ley sobre Inmigración de 1924, que redujo drásticamente el número de inmigrantes que podían ser admitidos, suspendió por completo la entrada de japoneses y estableció un sistema de cuotas que discriminaba a todas las nacionalidades que en 1890 no formaban ya parte sustancial de la población norteamericana.

Pero desde el momento en que comenzó la guerra en agosto de 1914, los dirigentes en Washington, Nueva York y otros lugares tuvieron que enfrentarse a problemas que no podían pasar por alto, ni siquiera temporalmente. En sus primeros meses, la guerra casi arruinó a los plantadores de algodón del sur, que dependían de las exportaciones, y aunque a fin de cuentas Estados Unidos salió muy bien parado de la guerra (el capital manufacturero dobló su valor entre 1914 y 1919, igual que los ingresos de las granjas, el superávit de los pagos internacionales subió de 56000000 de dólares a 352000000, y en 1919 Estados Unidos fue por primera vez una nación acreedora, que exportaba más capital del que importaba), la recesión económica de la posguerra hundió al sector agrícola en dificultades de las que no logró salir hasta la segunda guerra mundial. Más aún: la ruina durante la guerra de todas las economías desarrolladas dejó a Estados Unidos en

una situación de peligrosa preeminencia para la cual no estaba preparado ni política ni institucionalmente; su poder económico le confería responsabilidades globales que no aceptó por completo hasta que, durante la segunda guerra mundial, se llegó al Acuerdo de Bretton Woods. Pero, sobre todo, como descubrió penosamente Woodrow Wilson (presidente de 1913 a 1921), en el mundo moderno ya no era apropiada una política exterior basada en lemas como aislacionismo, puerta abierta y doctrina Monroe, pues se necesitaba una política exterior activa de alcance global. Wilson creía que el comercio libre y las instituciones libres traerían la paz y la mejora de toda la humanidad, y trató de encauzar su estrategia de acuerdo con estos principios, tanto como líder, primero, de la mayor potencia neutral del mundo como, luego, en su condición de comandante en jefe del país en guerra, o como el principal elaborador de la política de paz en 1919. Sin embargo, aunque Estados Unidos luchó, según la frase de Wilson, «con el fin de hacer el mundo seguro para la democracia», la realidad era que entró en la guerra porque los submarinos alemanes hundían buques mercantes norteamericanos y Berlín amenazaba con formar una alianza con México para apoderarse de Arizona y California, y estuvo a punto de poner de rodillas a Francia, Gran Bretaña y Rusia. El mundo no era para los norteamericanos un lugar tan seguro como creían, pues incluso durante el período de neutralidad, Wilson descubrió que, para aplicar su política, Estados Unidos debía armarse de una manera sin precedentes en tiempos de paz. Esta necesidad no desapareció con la victoria de 1918, pero la mayoría de los norteamericanos —y especialmente el propio Partido Demócrata de Wilson— no pudo aceptarla en los años veinte y treinta, decenios en que se redujeron drásticamente las partidas presupuestarias para la Marina y el Ejército.

No obstante, la reacción contra la guerra y lo que significaba no tardó en provocar su propia contrarreacción. Se recuerdan los años veinte como de prosperidad y de espíritu alegre y juvenil. Aunque el conservador Partido Republicano ganó todas las elecciones nacionales, el ímpetu reformador a nivel local, que había caracterizado al país antes de la guerra, siguió funcionando, especialmente en el estado de Nueva York, donde fue elegido gobernador cuatro veces sucesivas Alfred E. Smith, primer americano-irlandés católico que ocupaba este cargo. Herbert Hoover, como secretario (ministro) de Comercio,

estaba animado del mismo espíritu en el gobierno, y cuando derrotó a Smith en las elecciones presidenciales de 1928 prometió al país una nueva era de prosperidad permanente. Parecía plausible, pues empezaba a dejarse notar la transformación consumista de la economía del siglo XX. El Ford modelo T suele tomarse como símbolo de esta década, pero en realidad Ford perdía terreno frente a su competidor principal, la General Motors (y el modelo T dejó de producirse en 1927). Los grandes fabricantes de autos pusieron lo que había sido un lujo al alcance de millones de personas, y sentaron la economía nacional sobre una nueva base: a partir de entonces, el sector más importante de la industria fue el automóvil y no el acero, el carbón o los ferrocarriles. El ascenso igualmente rápido del cine fue otra característica del período. A los severos moralistas les parecía que la busca del placer estaba en todo y lo era todo y, aunque exageraban, no es de extrañar que en tal ambiente fracasara la Ley seca. El negocio del alcohol pasó a ser clandestino y la gente buscaba los *speakeasies*, los bares clandestinos; en aquellos dudosos ambientes se realizaron otros excitantes descubrimientos, como el jazz de los músicos negros, que pronto modificó la tradición judía de las canciones melódicas conocidas como del Tin Pan Alley. La música popular adquirió nueva importancia, tanto cultural como económica, especialmente tan pronto como el sonido entró en el cine con *El cantante de jazz,* en 1927. Nuevos métodos de control de la natalidad, aunque todavía no eran legales, transformaron el sexo en un pasatiempo menos arriesgado. El espíritu de la «era del jazz» sigue maravillosamente vivo en la novela de Francis Scott Fitzgerald *El gran Gatsby*, de 1925.

El transporte motorizado fue de muchas maneras un gran estímulo, por ejemplo para la construcción de puentes y carreteras. Moldeados por un espíritu tan innovador y por tantas innovaciones, no resulta sorprendente que los años veinte parecieran un decenio de gran éxito económico y de promesas aún mayores. Pero el país continuaba preso de dislocaciones sociales y de problemas económicos que, así podía pensarse, exigían decisiones de alcance nacional. Las dificultades del sector agrícola necesitaban cuidadosa y especial atención, y la suscitaban, pero el problema estaba en alcanzar un acuerdo sobre lo que convenía hacer. Todavía en 1940 la mitad de la población norteamericana vivía de la tierra o en pequeñas localida-

des rurales, pero la agricultura ya no bastaba para sostenerla. Llegaban las innovaciones tecnológicas (en 1918 había 80000 tractores en las granjas; en 1929, eran 850000), pero no lo bastante de prisa. La demanda de productos agrícolas norteamericanos bajó rápidamente una vez que el campo europeo recuperó cierta productividad, después de 1918, y los ingresos de las granjas norteamericanas cayeron y fueron inferiores a los gastos, situación que no mejoró con las tentativas de producir cosechas mayores, pues el exceso provocaba nuevos descensos de los precios. En parte por esta razón, al sur abrumadoramente rural permaneció sumido en el racismo y la pobreza. Incluso en el próspero sector industrial, demasiados obreros no percibían los altos salarios que habrían contribuido a crear el mercado de masas que pudiera absorber las mercancías norteamericanas. Los empresarios no destacaban por su perspicacia y la guerra había provocado una reacción, tanto de los hombres de negocios como de la población en general, cuyo objetivo principal era una rebaja de los impuestos y tanta libertad como se pudiera de los negocios respecto a las interferencias del gobierno; éstas habían ido bastante lejos durante la guerra e incluso se nacionalizaron temporalmente los ferrocarriles. Se buscaban a toda costa los beneficios y cuando se lograban, se invertían en la Bolsa. No se tomaba en consideración que la producción superaba al consumo, incluso en Estados Unidos, ni que el resto del mundo de posguerra no estaba en condiciones de absorber el remanente (una debilidad agravada por el miope proteccionismo aduanero de Norteamérica). Muchos directivos de Wall Street eran temerarios, cuando no timadores. Un gobierno inerte y débil completaba la receta para el desastre. Pero la crisis de la Bolsa de 1929, que casi barrió los ahorros de toda una generación, no habría tenido resultados tan catastróficos si la economía de Estados Unidos no hubiese sido, desde hacía años, la única realmente próspera del mundo. Todas las demás naciones dependían del éxito de Norteamérica y se hundieron cuando aquél se acabó. Esta circunstancia también era nueva y otra consecuencia de la guerra: el mundo no podía permitirse que los norteamericanos cometieran errores, pero ¿qué grupo de seres humanos no comete errores, de vez en cuando?

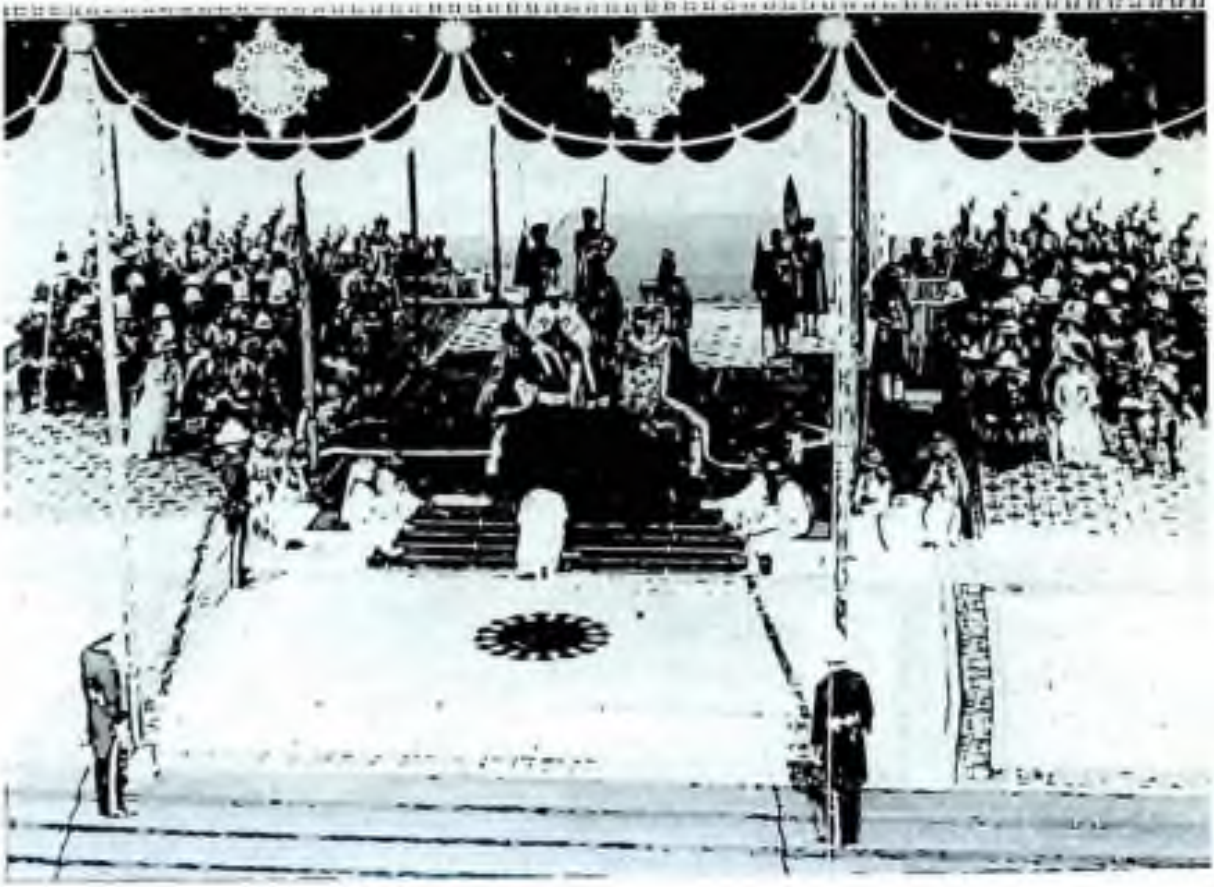
La gran crisis fue mundial y bien podría ser considerada como el factor que por sí solo revestía mayor importancia de todos los que llevaron a la segunda guerra mundial. Desencadenó males de toda clase, incluyendo el hambre y la tiranía. En Estados Unidos, en 1932-1933, cuando las cosas estaban en lo peor, el desempleo era del 24 por ciento de la fuerza de trabajo de 53200000 personas. Si fue esto lo que, en la misma época, derribó la República de Weimar en Alemania y abrió paso a la dictadura nazi, la inmensa y tradicional estructura de la democracia de partidos norteamericana, en cambio, no iba a desaparecer en uno o dos años, por muy largas que fueran las colas para la comida de beneficencia. Hubo graves disturbios en las zonas mineras y en los estados agrícolas, pero en su conjunto los norteamericanos se mantuvieron firmes. Al profundizarse la crisis, no se desesperaron del todo ni se entregaron al comunismo, sino que, simplemente, abandonaron al presidente Herbert Hoover y a sus republicanos, que se habían mostrado incapaces de hacer frente con eficacia a los problemas del país, y en 1932 eligieron a Franklin D. Roosevelt para la Casa Blanca y a una amplia mayoría demócrata para el Congreso.

Era lo sensato, pero en apariencia ni Roosevelt ni su partido eran los apropiados para la labor que se necesitaba. Primo lejano y sobrino por matrimonio de Theodore Roosevelt, que había sido el presidente republicano más famoso desde Lincoln, era un caballero terrateniente del norte del estado de Nueva York, al frente del partido del sur blanco y de los cacicazgos de las grandes ciudades («máquinas», los llamaban), como el Tammany Hall de Nueva York; afectado por la poliomielitis y sentado en una silla de ruedas, sabía estimular a cuantos lo trataban con su humor contagioso, su coraje y su energía. Su partido era todavía más anómalo; «No soy miembro de ningún partido organizado; soy un demócrata» dijo un cómico famoso. Hasta 1912, la tradición hacía de los demócratas un partido agrario, aislacionista y fanático. Woodrow Wilson había comenzado a cambiar esta situación, y las realidades demográficas completaron su obra, pues rápidamente aumentaba el electorado urbano, inmigrante y católico, al que no atraían los republicanos conservadores, de clase media, rurales y protestantes.

Con otro líder, el Partido Demócrata podría fácilmente haber desaprovechado la oportunidad, pero supo atraparla gracias a Roosevelt, que era tan alegremente audaz como sus rivales, republicanos o demócratas, eran timoratos y conservadores; gracias a esto, los demócratas ocuparon una posición dominante en la política norteamericana, la conservaron casi cincuenta años, y de paso reconstruyeron el país.

Roosevelt prometió un «nuevo trato» *(New Deal)* para el pueblo norteamericano. «Ayuda, recuperación y reforma» fue el mantra con que se presentaba el Partido Demócrata y de acuerdo con el cual lo juzgaban sus numerosos críticos. No puede negarse su éxito en aportar remedios o ayuda a millones de desesperados; mediante una red de programas de emergencia, la ayuda federal llegó a los parados, los jóvenes, los granjeros, los banqueros, los empresarios industriales, los gobiernos de los estados, a todos los grupos y organismos de la vida norteamericana que la crisis había llevado a la desesperación. La recompensa fue una serie de aplastantes victorias de los demócratas en las elecciones de 1934 y 1936. La recuperación, en cambio, resultó mucho más problemática; el producto nacional bruto descendió de 103 800 000 000 de dólares en 1929 a 55 800 000 000 en 1933, y a partir de este año subió muy lentamente y sufrió un grave contratiempo (la «crisis de Roosevelt») en 1937-1938, sin llegar a sobrepasar la cifra de 1929 hasta 1941. El desempleo siguió una curva similar y en 1942 no había bajado todavía hasta el nivel de 1929 (1 550 000). No se resolvió el problema de la confianza; el país no confiaba en el mundo de los negocios, y éste no la tenía en el *New Deal*. El término «reforma» es tendencioso; no hay duda de que el *New Deal* dio nueva fuerza a grupos de la sociedad norteamericana anteriormente menospreciados —como los sindicatos y los indios norteamericanos—, hizo entrar de pleno en la política a católicos y judíos, sometió las Bolsas a normas establecidas por el gobierno, ilegalizó el trabajo infantil y aumentó algo la participación de los negros en el gobierno. Pero no todos los ciudadanos aprobaban estos cambios y hubo quienes creían que no iban bastante lejos; por ejemplo, Roosevelt nunca consiguió que el Congreso votara una ley contra los linchamientos.

Podría decirse —si la expresión no estuviera consagrada en el lenguaje corriente de los norteamericanos a las luchas por los derechos



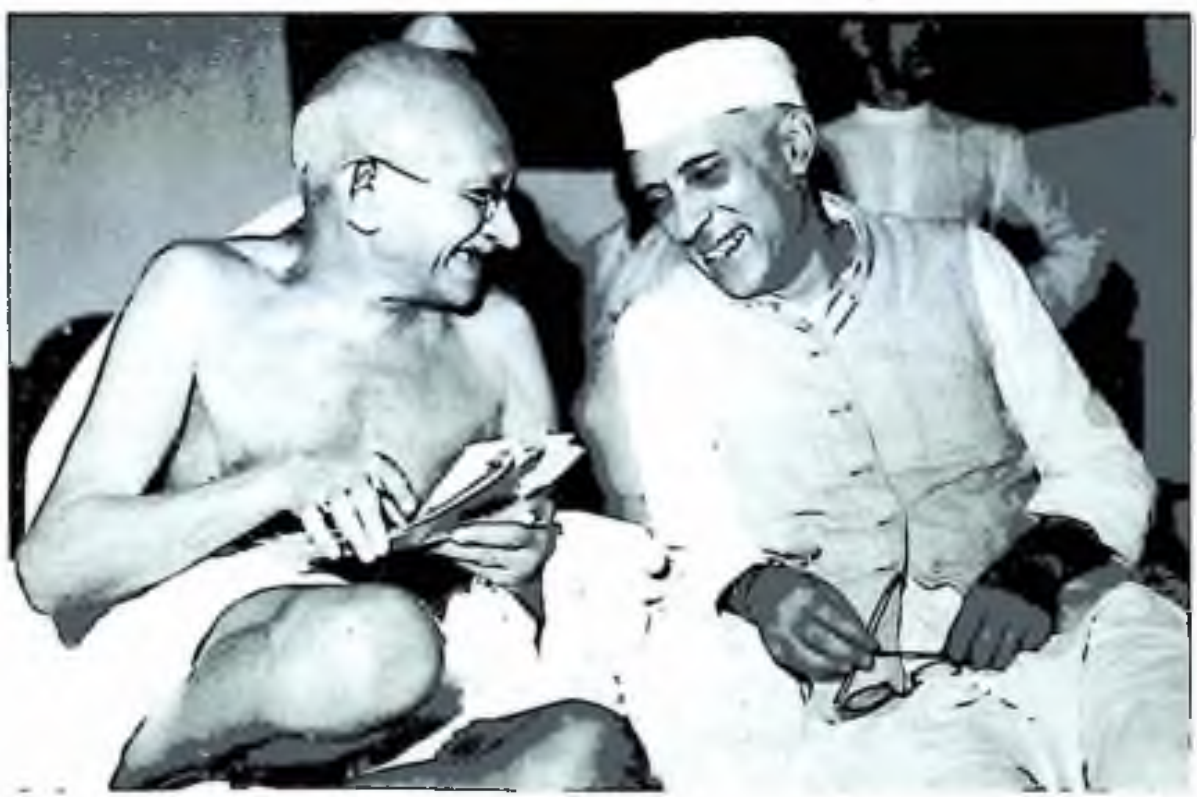
El apogeo del *Raj*. *Arriba*: El rey Jorge V y la reina María reciben el homenaje público de sus más prestigiosos súbditos indios, en una *Durbar* (audiencia) celebrada en Delhi en 1911, cuando el dominio imperial estaba en su más esplendoroso y apacible momento. *Abajo*: El poder militar se desplegó de modo más visible en el entierro del comandante británico del ejército egipcio, asesinado en 1924 en El Cairo. La ocasión dio motivo para reafirmar el control británico, que obligó a apartar del gobierno al primer nacionalista que lo ocupara, Sa'ad Zaghlul.

Aunque la industria cada vez estaba más mecanizada, seguía basándose en el trabajo manual. En esta fábrica de Liverpool (*a la derecha*), en 1926, las obreras acaban a mano las galletas que se producen en ella. *Abajo*: Una cola en Nueva York para recibir ayudas caritativas durante la gran crisis, la peor de la historia, que provocó el desempleo en masa y escenas de espantosa penuria.

El gran terremoto de 1923 (*arriba*) asoló Tokio y sus alrededores y causó más de cien mil muertos, entre ellos algunos coreanos víctimas de grupos de paramilitares. *Abajo*: En 1934, la estrella del béisbol Babe Ruth visitó Japón, donde era muy popular, aunque su visita poco hizo para mejorar las relaciones nipo-norteamericanas, afectadas por la conquista japonesa del nordeste de China (Manchuria).

Iósiv Stalin (*derecha*) fotografiado con Alexis Rykov; en 1922 se convirtió en secretario general del Partido Comunista y en jefe de hecho de la URSS (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) establecida ese mismo año. Hacia los años treinta su gobierno se había transformado en un reinado de terror sobre todo el país. *Arriba*: Su imagen preside la *Fiesta en la granja colectiva*, pintada por Arkady Plastov.

Los más destacados físicos del mundo se reunieron en 1933 en la Conferencia de Solvay (*arriba*). En Londres, a finales de los años treinta, el exiliado vienés Sigmund Freud exploraba los dominios de lo psicológico. Su sala de consulta de Hamstead aparece (*abajo*) con su famoso diván.



La oposición al imperio. «Estoy aquí, hoy, para reclamar la justicia que se debe a mi pueblo», fueron las palabras con que el emperador Hailé Selassié se dirigió a la Asamblea de la Sociedad de Naciones en 1936 (*arriba*), para acusar a Italia de agresión y de emplear gas venenoso, y a la Sociedad de Naciones de traicionar a su país después del ataque italiano del 3 de octubre de 1935. *Abajo*: El Mahatma Gandhi y Jawāhārlal Nehru, la «gran alma» de India y su político laico radical, que eran muy amigos y aliados políticos y que fueron los principales creadores de la nación india moderna, notables ambos por haber dirigido la lucha no violenta en favor de la independencia.

Mediante espectáculos como éste en Nuremberg (*arriba*), Hitler no sólo hipnotizó al pueblo alemán sino que intimidó al resto de Europa. Las ambiciones alemanas de conseguir la hegemonía en Europa tuvieron su equivalente en Asia con la agresión militar japonesa. En 1939, las fuerzas niponas se apoderaron del puerto de Swatow, en el sur de China. Pese a los demonios militares con que se les presentaba en la propaganda norteamericana y británica, la imagen (*a la izquierda*) que se ve aquí es heroica.

Hundimiento del acorazado *USS Arizona* en Pearl Harbor, el 7 de diciembre de 1941 (*arriba*). El ataque japonés demostró a Estados Unidos que ya no estaba seguro detrás de sus océanos y determinó su entrada en la segunda guerra mundial. Los éxitos militares japoneses continuaron en Asia. La rendición incondicional (*abajo*) de las fuerzas británicas y de la Commonwealth en Singapur, por el general Percival al general Yamashita, el 15 de febrero de 1942, fue un duro golpe a la moral aliada y marcó el principio del fin del dominio colonial en el Sudeste asiático.

civiles—, que la realización fundamental del *New Deal* radicaba en la reconstrucción de la sociedad y del gobierno norteamericanos. Los años treinta fueron un decenio de inmensas obras públicas, emprendidas para crear empleo, pero que también aceleraron la modernización del país. La Tennessee Valley Authority (TVA) canalizó las aguas del sureste para generar electricidad; por empeño personal de Roosevelt, se construyó en el río Columbia el que era entonces el mayor embalse del mundo, el Grand Coulee. La Reconstruction Finance Corporation gastó ocho mil millones de dólares en ocho años para refinanciar y estabilizar la estructura económica nacional. La Public Works Administration construyó puentes, aeropuertos, carreteras y edificios gubernamentales. La Agricultural Adjustament Administration y los organismos que tomaron su relevo pusieron el financiamiento federal a disposición del cultivo comercial de la tierra; aunque poco pudieron hacer para los pequeños granjeros y nada para los aparceros del sur. Para cumplir con sus nuevas funciones, el gobierno federal creció: en 1932 había menos de medio millón de funcionarios, en 1940 se contaban 727 000, más de los que había en los momentos culminantes de la primera guerra mundial. En 1939, después de una gran batalla política, Roosevelt consiguió que el Congreso aprobara una ley que reorganizaba la presidencia misma, y anteriormente, tras otra lucha todavía más dura, que le costó mucho, logró quitar al Tribunal Supremo el poder de tomar decisiones económicas, en las cuales se había inmiscuido a menudo desde la guerra civil. Roosevelt consideraba que el Congreso y el Tribunal debían tener funciones subordinadas y distintas, dejando el poder y la iniciativa al presidente. Esta medida era demasiado radical y por ello fue derrotado, en 1940, por una coalición de republicanos y de demócratas (conservadores sureños) que iba a dificultar las iniciativas presidenciales durante los veinticuatro años siguientes. Sin embargo, visto en su conjunto, el alcance de la reestructuración del gobierno fue asombroso. Roosevelt reanimó a los sindicatos y con la ley de Seguridad Social de 1935 fundó el Estado del bienestar norteamericano. Con menos publicidad, comenzó a reconstruir la Marina y la aviación militares. En 1939, los años de penuria quedaban ya muy atrás, Alemania y Japón no se dieron cuenta de que Norteamérica había recobrado su potencia.

Era un logro notable, pero representaba menos una ruptura con

el pasado de lo que conservadores o radicales querían reconocer. Antes del Grand Coulee hubo el embalse Hoover, en Colorado, empezado en 1928, y la Reconstruction Finance Corporation había comenzado a funcionar, de manera más restringida y menos eficaz, con el gobierno de Hoover. La ayuda federal para la economía era habitual desde la época de los ferrocarriles e incluso desde que Alexander Hamilton escribiera su informe sobre las manufacturas, en 1791. La preparación militar y un gobierno nacional fuerte eran más bien ideas de los republicanos que de los demócratas. En suma, la modernización era una tradición tan norteamericana como el conservadurismo. Franklin Roosevelt nunca se consideró un revolucionario.

Los resultados de todos estos cambios se vieron con la segunda guerra mundial, para la cual casi podría afirmarse que la primera guerra mundial y el *New Deal* eran meros ensayos. El bombardeo japonés de la base naval norteamericana de Pearl Harbor en Hawai (7 de diciembre de 1941) puso término al apasionado debate entre aislacionistas e internacionalistas acerca de si Estados Unidos debía entrar en la guerra, una controversia que los supervivientes recordarían, cincuenta años después, como la más agria de toda su larga vida. Como reacción al ataque, la nación se unió como no lo había hecho en otras contiendas; ahora poseía la fuerza y la organización necesarias para alcanzar la victoria por sí misma al propio tiempo que proporcionaba a los aliados lo necesario para la victoria. Tuvo lugar la reconciliación, que Roosevelt deseaba ya en 1933, entre gobierno y mundo de los negocios. Los impuestos subieron mucho, pero también subió mucho el producto interior bruto (de 125 300 000 000 de dólares en 1941 a 213 100 000 000 en 1945), igual que subieron los beneficios y las remuneraciones. Desapareció el desempleo. En 1945, 12 000 000 de ciudadanos vestían el uniforme. Más aún que la primera guerra mundial, la segunda movió a la población de un lado a otro, llamó a las mujeres al trabajo, estimuló la migración negra desde los campos del sur a las ciudades del norte y del sur; surgieron nuevas industrias en lugares nuevos, de las cuales la de peor agüero fue la que desarrolló la energía nuclear (que la electricidad de la TVA hizo en parte posible) y las armas atómicas. Las inversiones de guerra estimularon, por fin, la resurrección económica del sur. Se impuso el racionamiento, severo en términos norteamericanos, pero

se crearon los sólidos fundamentos de la nueva sociedad de consumo de la que ya en los años veinte se habían atisbado tentadoras expectativas, y también se sentaron las bases para el período de prosperidad más largo de la historia de Norteamérica.

Los norteamericanos en guerra tenían poca fe en un futuro semejante, pues creían que la paz traería de nuevo la crisis. No sucedió así, por diversas razones, una de las cuales fue el legado no tanto del *New Deal* como de la gran crisis de 1929 en sí. El gobierno de Washington aceptaba ahora que había establecido un contrato con sus ciudadanos, y no sólo para reconocer sus sacrificios y servicios en la guerra, sino también para sentirse obligado a ocuparse siempre de su bienestar. Norteamérica aceptaba asimismo su destino como primera superpotencia del mundo, lo cual debía tener consecuencias importantísimas para su historia nacional. Se estaba convirtiendo en lo que Anthony Badger llamó «un Estado de negocios-guerra-bienestar». Como el *New Deal*, aquello era tanto la consecuencia de realidades anteriores como una innovación, pero el *New Deal* era una de esas realidades y se lo recordó, no con total acierto, por haber acudido en ayuda de la gente en su peor crisis.

Existía, por lo tanto, una convergencia de ideas, simbolizada sin duda por la Ley para la readaptación de los soldados, de 1944, conocida popularmente como el *GI Bill of Rights* («Declaración de Derechos del soldado», especialmente el soldado raso). Tenía por objeto garantizar empleo, vivienda y educación a los soldados que regresaban de la guerra y pedían participar en el programa. Su éxito fue clamoroso, pues ayudó a millones de veteranos, cuyo consumo alimentó la economía. Fue así una piedra fundamental de la prosperidad de posguerra y ninguna ley muestra mejor que ésta la mezcla de tradición e innovación con que el pueblo norteamericano y sus dirigentes han aprendido a hacer frente a los desafíos del siglo xx.

# 12. Asia oriental y la presencia creciente de Japón, 1900-1945

AKIRA IRIYE

La historia del mundo entró en una nueva fase al comenzar el siglo, cuando Japón emergió como una nueva potencia, la primera entre una serie de naciones no occidentales que, en el transcurso del siglo, fueron haciendo su aparición y desafiaron con firmeza, cada una por su cuenta o colectivamente, la posición hegemónica de las potencias europeas en la política, la economía y la cultura globales. Si el siglo XIX fue una era eurocéntrica, el siglo XX sería aquel en que Estados Unidos se manifestaría como el miembro más fuerte de toda la comunidad internacional. Al mismo tiempo, los pueblos no occidentales ganaron visibilidad, hasta el punto que la historia del nuevo siglo, al llegar éste a su fin, se caracterizaría no sólo por el poder norteamericano sino también por la conciencia multicultural.

No es que lo que estaba fuera de Occidente existiera desde el principio como una entidad definida, o que Japón persiguiera conscientemente una política de desafío a la supremacía occidental. De hecho, hubiese podido parecer, cuando Japón se enfrentó militarmente a China, en 1894, y con su victoria adquirió la isla de Taiwan como su primera colonia, que el país seguía simplemente el ejemplo de las potencias europeas y minaba la posición de China y de otros países asiáticos. Pocos habrían podido prever que Japón acabaría decidiendo luchar contra Occidente en nombre de la liberación de Asia, y menos aún habrían predicho que el desarrollo del poder militar y económico asiático convertiría a toda la región en un centro de gravedad de los asuntos militares y económicos internacionales. Retrospectivamente, sin embargo, parece claro que la era del imperia-

lismo, que vio extenderse constantemente el control europeo (y más tarde norteamericano) sobre los pueblos y recursos del globo, abriría el camino también al desarrollo asiático en política, economía y cultura. Si Asia oriental habría llegado a desarrollarse hasta ese punto sin el imperialismo occidental es algo que no podemos saber. Lo que no es tan discutible es que Japón tuvo un papel dual, como un imperialismo al estilo occidental y como una potencia no occidental, cuya política y actividad desafiaron a Occidente, al mismo tiempo que propiciaban reacciones nacionalistas en el resto de Asia. Aunque gran parte del nacionalismo asiático iba dirigido contra el imperialismo japonés, podía también desarrollarse como una fuerza constructora de naciones, cuyo objetivo final era la liberación frente a todos los imperialismos, tanto el japonés como el occidental.

El imperialismo japonés, sin embargo, difería en importantes aspectos del europeo y del norteamericano. Por una parte, no puede decirse que Japón se encontrara en una etapa avanzada de desarrollo económico cuando inició la expansión fuera de sus fronteras. Su ingreso per cápita, que era de unos veinte dólares en 1900, colocaba a la nación al final de la lista de las potencias coloniales. Los países europeos y Estados Unidos habían pasado ya por su «primera» revolución industrial, caracterizada por la industria textil, y estaban llevando a cabo una «segunda» revolución industrial, cuyos símbolos principales eran el hierro, el acero y el petróleo. Estos países no necesitaban realmente nuevas colonias para proseguir la industrialización, aunque los apologistas de su imperialismo argüían a menudo en este sentido. Por otro lado, si Japón quería llevar a cabo simultáneamente las dos revoluciones industriales, las colonias con abundantes materias primas, alimentos y espacio tenían una evidente importancia. De Taiwan, por ejemplo, los japoneses podían importar azúcar, además de aprovechar este mercado para las todavía jóvenes manufacturas niponas. Aunque costaba dinero establecer una plaza fuerte militar —el ejército de ocupación debía enfrentarse a un movimiento de resistencia organizada de la población indígena— con su correspondiente maquinaria administrativa, se dio por descontada, desde el comienzo, la importancia de la isla para los intereses económicos japoneses.

En segundo lugar, el imperialismo nipón difería del europeo o

norteamericano por el hecho de que sus objetivos inmediatos eran tierras vecinas, habitadas por personas muy parecidas, étnica y culturalmente, a los japoneses. De hecho, los chinos y los coreanos se consideraban superiores a los japoneses, pues les habían transmitido gran parte de su civilización, incluyendo los caracteres de la escritura y las religiones tradicionales. Verse bajo el dominio japonés, por lo tanto, les parecía una afrenta, una vergüenza mucho mayor que la que sentían respecto a los imperialistas occidentales. Desde el punto de vista asiático, el imperialismo japonés era más odioso a este respecto que el occidental. En vez de unirse a ellos en la lucha contra el imperialismo, diríase que los japoneses se habían unido a los occidentales en sojuzgar a sus países.

Esta actitud, sin embargo, no hacía a los japoneses más simpáticos a los ojos de los occidentales que a los de otros asiáticos, pues Occidente desconfiaba muchísimo de las intenciones niponas y les atribuía conspiraciones panasiáticas, incluso cuando no existían. Algunos occidentales comenzaron a considerar el creciente poder de Japón como una amenaza no sólo a su posición en Asia sino también a la supremacía cultural occidental.

Por estas razones, ni Asia ni el mundo volverían a ser los mismos después de la guerra chino-nipona. Durante los cincuenta años siguientes, de 1895 a 1945, los temas que surgieron en esta contienda y su posguerra acabaron involucrando al mundo entero. A propósito o sin proponérselo, Japón se convirtió en un agente de drásticos cambios en las relaciones internacionales.

La expansión colonial de Japón prosiguió después de la guerra con China, de modo que se encontró inevitablemente enfrentado a otras potencias imperialistas. Una vez asegurado su control sobre Taiwan, trató de atraer a Corea hacia su dominio imperial y consideró el sur de Manchuria como parte de su esfera de influencia.

Rusia apareció como la mayor amenaza a sus ambiciones y el mutuo interés en oponerse a las ambiciones rusas unió a Japón y Gran Bretaña. Las dos naciones insulares firmaron una alianza en 1902, y dos años más tarde Japón atacó a las fuerzas rusas en Asia del nordeste. La victoria nipona en la guerra ruso-japonesa de 1904-1905 resolvió, cuando menos de momento, el problema de las esferas de influencia de los dos países y, a partir de entonces, iniciaron un acer-

camiento para mantener el statu quo derivado de la guerra. Como Gran Bretaña y Francia también estaban preparando una alianza en Europa, a la cual se incorporó Rusia en 1907, se fue desarrollando en Asia oriental una situación de colusión imperialista entre Japón, Gran Bretaña, Francia y Rusia. Las dos únicas potencias excluidas de esta *entente* fueron Alemania y Estados Unidos, que hubiesen podido organizar un sistema rival de alianzas, pero que no lo hicieron, en parte porque sus armadas se consideraban mutuamente como antagonistas en potencia. Además, y de modo fundamental, Estados Unidos estaba por entonces tratando de desarrollar una pauta alternativa de relaciones internacionales, en Asia como en todas partes.

La importancia decisiva de la aparición de Estados Unidos como potencia asiática, tras la guerra con España de 1898, radica en el hecho de que buscaba ejercer su poder no sólo para mantener su seguridad, sino también para definir una política alternativa de poder, o geopolítica, como clave de sus relaciones exteriores. Incluso un dirigente tan geopolíticamente orientado como el presidente Theodore Roosevelt estaba interesado en ayudar a los países del Caribe a modernizar su economía y a elevar con ello el nivel de vida de sus habitantes. Los sucesores de Roosevelt, William Howard Taft y Woodrow Wilson fueron más lejos y aplicaron lo que los historiadores han llamado una concepción internacionalista liberal (o capitalista), de acuerdo con la cual las naciones debían propiciar un orden mundial económicamente interdependiente en el que el derecho internacional, más que la fuerza armada, dirimiría las divergencias. A estas ideas, Wilson añadió una concepción de transformación democrática del mundo entero, con el fomento de la paz y la armonía gracias a una «opinión pública mundial», producto de la democratización.

Ninguna de estas ideas era exclusiva de los norteamericanos. Desde el siglo XVII, hombres de Estado y escritores europeos expertos en Derecho público habían tratado de imaginar un tipo de relaciones entre Estados que rebasara el marco del poder militar y de las consideraciones geopolíticas. Lo relevante de las nuevas iniciativas norteamericanas era su aplicación a las zonas no occidentales del mundo, a las entonces llamadas regiones sin civilizar, es decir que no

habían iniciado el proceso de transformación modernizadora. Y en esa época ninguna atraía más la atención de los norteamericanos que China, país caracterizado por un gobierno central débil, un aparato militar desmoralizado por una serie de derrotas en sucesivas guerras, y una opinión pública que pedía cambios drásticos y cuya radicalización iba en aumento. Un país en tal situación era un candidato ideal para despertar el interés de Estados Unidos, pues parecía reunir todos los males de una sociedad premoderna, pero al mismo tiempo prometía la posibilidad de transformaciones importantes. Si se podía modernizar China, con sus abundantes recursos y su hormigueante población de más de cuatrocientos millones, se aumentaría inconmensurablemente el bienestar de la gente y también las posibilidades de paz en Asia. El prestigio norteamericano aumentaría vertiginosamente y sus intereses comerciales quedarían satisfechos con creces.

En otras palabras, el destino de China empezaba a verse afectado por el imperialismo japonés, apoyado por la mayoría de las potencias europeas, y por el internacionalismo norteamericano. Como la atención europea se apartaba de Asia, enfrascada en rivalidades más cercanas, era inevitable que Japón y Estados Unidos se convirtieran en los principales rivales en torno al desarrollo de China. Pero los chinos no estaban por completo a merced de las potencias extranjeras. Trataban de determinar su propio futuro, si bien faltaba un consenso nacional sobre la mejor estrategia para conseguirlo. En muchas provincias se inició la modernización, pero esto no acarreó el fortalecimiento nacional ni la aparición de movimientos nacionales. El único símbolo de unidad nacional, la dinastía Qin, trataba desesperadamente de prolongar su propia vida con intentos de última hora de reformas administrativas y educativas, pero llegaron demasiado tarde y eran demasiado débiles para cambiar la situación. Así, los extranjeros podían desempeñar un papel importante y fue mala suerte que las principales potencias, sobre todo Japón y Estados Unidos, adoptaran estrategias contrapuestas respecto a los últimos Qin.

Actitud que se hizo muy evidente durante la primera guerra mundial, que coincidió con un período de agitación en China tras la caída de la dinastía Qin, en 1911. Las potencias europeas no estaban en condiciones de mantener una política activa en Asia oriental, lo

que dejaba el campo libre a Japón y Estados Unidos. Japón trató de sacar provecho tanto de la agitación china como de la guerra europea para reforzar su influencia en diversas regiones chinas, mientras que Estados Unidos se esforzaba en conservar la integridad territorial china y en fomentar su transformación económica. Aunque Japón tuvo éxito, de momento —por ejemplo, en 1915 impuso una serie de condiciones al nuevo régimen republicano de Pekín, las llamadas «veintiuna exigencias», entre ellas la cesión de la provincia de Shantung—, creció la influencia norteamericana entre los dirigentes políticos, económicos y culturales chinos. Muchos de ellos se volvieron hacia Washington para hacer frente a las ambiciones de Tokio. El presidente Wilson envió consejeros al gobierno chino y alentó a los bancos norteamericanos a invertir en la naciente industria china. Sin embargo, incluso con esta ayuda, China no pudo reducir el poder japonés en el continente, poder que aumentaba a medida que disminuían los intereses europeos. Mas las transformaciones que experimentaba China se debían en una medida considerable a la influencia norteamericana. La mayoría de los reformadores de la «joven China», deseosos de modernizar su país, volvían los ojos hacia Estados Unidos en busca de inspiración y de apoyo.

La primera guerra mundial fue un jalón importante en la historia de Asia oriental y de Estados Unidos. Mientras que los europeos concentraban sus recursos en su guerra, Japón, China y Estados Unidos aumentaron considerablemente su comercio. El peso de Japón en el comercio mundial, por ejemplo, pasó de algo más del uno por ciento en 1913 a casi el cinco por ciento en 1918, mientras que el norteamericano creció del diez por ciento a más del veinte por ciento. Con su enorme excedente comercial, que podía utilizarse para préstamos exteriores así como para inversiones interiores, Japón y Estados Unidos se convirtieron en naciones acreedoras por primera vez en la historia moderna. Al mismo tiempo, tanto Japón como China aprovecharon la ausencia transitoria de importaciones europeas para industrializarse.

Más importante aún fue la afirmación de su propia personalidad y sus derechos por parte de los japoneses, los chinos y otros asiáticos

orientales, que reflejaba su percepción de la pérdida de prestigio de los europeos. El hecho de que lo que se daba por centro de la civilización mundial hubiera sufrido una carnicería de proporciones sin precedentes bastó para que los asiáticos perdieran todas sus ilusiones sobre Occidente. Pocos, sin embargo, se atrevían a pensar que la guerra señalaba el fin de la era de la supremacía europea, pues los observadores asiáticos recordaban que las naciones europeas habían recuperado su fuerza una y otra vez tras largos conflictos. Pero los europeos mismos hablaban de que su dominio sobre el mundo estaba desapareciendo, sentimiento que se expresaba también en Estados Unidos. Incluso después de la entrada de este país en la contienda, los dirigentes norteamericanos atribuían el origen del conflicto a deficiencias inherentes al sistema europeo de naciones. Además, después de 1917, Rusia, bajo los dirigentes bolcheviques, que afirmaban que la guerra había sido consecuencia inevitable de la competencia de las naciones capitalistas en busca de mercados, se volvió contra Occidente. Estos ataques debían forzosamente impresionar a los asiáticos, que tomaron entonces a Estados Unidos y, en menor grado, a Rusia, como nuevos centros de poderío mundial.

La Conferencia de Paz de París, reunida en 1919, tuvo una importancia histórica no sólo para Europa sino también para Asia, pues en ella China y Japón se sentaron por primera vez en la mesa de los vencedores para juzgar las culpas de Alemania. (Japón había declarado la guerra a Alemania en 1914 y China en 1917.) La nueva Sociedad de Naciones, que debía ser la alternativa al sistema de equilibrio de fuerzas de anteguerra, contó desde sus inicios con un alto número de miembros no europeos. A Japón se le atribuyó un puesto en el Consejo, como uno de los cinco miembros permanentes, junto con Gran Bretaña, Francia, Italia y Estados Unidos. China no estaba entre los miembros permanentes, pero apoyó activamente la Sociedad de Naciones y se identificó con el nuevo sistema internacional. Aunque los delegados chinos a la Conferencia de Paz se sintieron decepcionados porque Japón no devolvió a China la provincia de Shantung, esto no impidió a los dos países insistir en que el preámbulo del acuerdo sobre la Sociedad de Naciones incluyera una cláusula sobre la igualdad racial. Fue un ejemplo impresionante de la toma de conciencia de los asiáticos en cuanto a su propia identidad, pues era

la primera vez en la historia moderna en que Estados no europeos se unían para exigir un trato igual. Su iniciativa no tuvo resultado esta vez, ya que el delegado británico, por presión de Canadá y Australia, se opuso inflexiblemente a la inclusión de la cláusula de igualdad racial, pero de todos modos los chinos y los japoneses informaban al mundo que serían mucho más radicales en sus protestas por casos de discriminación.

Pero Asia, aunque despertaba, no se volvió colectivamente contra Occidente, sino que tanto China como Japón centraron sus energías en su desarrollo y en las reformas interiores, empeño en el cual sus dirigentes consideraron a menudo deseable la cooperación.

Con todo, la estructura fundamental del imperialismo nipón en el continente asiático seguía inalterada. Aunque China logró finalmente en 1923 desalojar a los nipones de Shantung, las fuerzas japonesas regresaron a esta provincia en 1927 y de nuevo en 1928 para proteger en ellas a sus súbditos. Además, Japón se mostró inflexible en la conservación de sus derechos en Manchuria y no cambió el gobierno colonial japonés en Taiwan y Corea, si bien éste se mostró más dispuesto que antes a aceptar el nacionalismo cultural de las poblaciones indígenas. (Por ejemplo, se autorizaron periódicos y revistas en lengua coreana, por primera vez desde 1910, cuando Japón se anexionó Corea como colonia.) La política japonesa fue, a partir de 1919, más moderada que antes, como pudo verse con la firma por Tokio de una serie de tratados y acuerdos en la Conferencia de Washington de 1921-1922, que sostenían los principios de integridad de China y el de Puerta Abierta, y denunciaban toda acción unilateral de cualquier potencia a costa de China. Como se concretaba en el tratado de las nueve potencias, Japón y otros siete países (entre ellos Estados Unidos y Gran Bretaña) se comprometían a colaborar para mantener estos principios y para ayudar al establecimiento de un gobierno chino unificado. La importancia de estos acuerdos y de otros firmados en Washington era simbólica: por primera vez, las potencias cooperarían entre sí y con China con el fin de establecer un nuevo orden regional en Asia oriental.

Si Japón aceptó los tratados de la Conferencia de Washington fue primordialmente por razones de política interior. Después de la guerra, los partidos políticos y los dirigentes se vieron muy influidos por

las ideas wilsonianas y reconocieron que la «tendencia de la época» empujaba a más países a tomar el camino de la democracia y el liberalismo. Se alzaron voces de protesta contra el poder oligárquico, muchas de las cuales reclamaban lo que se llamó la «democracia Taisho», por el nombre del reinado del emperador que subió al trono en 1912. Aunque era un monarca débil, enfermizo y de pocas luces, su hijo Hirohito simpatizaba con la idea de una monarquía constitucional, en especial después de viajar por Europa en 1921. Muertos ya la mayoría de los oligarcas de la era Meiji, el gobierno fue a manos de políticos y burócratas más jóvenes, con mayor sensibilidad por la opinión pública. Los intereses industriales, comerciales y financieros, reforzados durante la guerra, pedían tener voz en las decisiones del Estado, y la política exterior japonesa reflejaba todas estas tendencias.

En vez de seguir una política abiertamente militar e imperialista, Japón se concentró en una diplomacia económica y cultural en China. En los años veinte, llegó a ser el principal inversor y el mayor socio comercial de China. Las fábricas japonesas en Shanghai y Cantón eran tan numerosas como las británicas y norteamericanas y en ellas trabajaban millares de obreros chinos. A menudo los directivos y los obreros chocaban, pues los segundos desarrollaron una conciencia de clase y nacionalista y recurrían a menudo a huelgas y boicots. Pero ni así contempló Japón el uso de la fuerza militar para proteger sus inversiones. El apoyo a una China moderadamente nacionalista, como la que representaba el régimen nacionalista establecido en Nankín en 1928, indicaba la comprensión japonesa del nacionalismo chino, de modo que incluso los conflictos laborales podían resolverse pacíficamente. No era siempre éste el caso, pero en Japón había mucho interés en la comunicación y el intercambio cultural entre ambos países. Se consideraba que atrayendo a estudiantes chinos a Japón e invitando a intelectuales chinos a entrar en contacto con los intelectuales japoneses, se podría generar una atmósfera de mejor comprensión, que a la larga conduciría a una relación más estable. A su vez, millares de turistas, intelectuales, periodistas y estudiantes japoneses visitaron China.

La influencia de Estados Unidos en Japón llegó a grados sin precedentes, incluso cuando las relaciones entre los dos países se vieron seriamente amenazadas por la aprobación, en 1924, de una nueva ley

norteamericana que prohibía la inmigración de todos los grupos a los que no se les permitía, por otra ley anterior, nacionalizarse. Japón era el blanco principal de esta ley, y esto enojó a muchos japoneses y preocupó a muchos más norteamericanos. Pero este episodio no impidió a los norteamericanos aumentar sus inversiones en Japón. Habían aportado a los ciudadanos de Tokio y Yokohama ayudas importantes cuando en 1923 estas dos ciudades fueron devastadas por un terremoto, y siguieron comprando títulos de las deudas municipales y acciones de empresas niponas. El fordismo y el taylorismo se pusieron de moda en Japón, como ya lo habían hecho en Europa; el sistema de producción en masa de la Ford Motor Company y la teoría de las relaciones eficientes entre trabajadores y administradores, expuesta por Edwin Taylor, simbolizaban el capitalismo norteamericano, y se daba por supuesto que Japón no tenía nada que perder y podía ganarlo todo invitando a más inversiones norteamericanas y aprendiendo de la filosofía norteamericana de la producción en masa. A esto contribuía la influencia de la cultura norteamericana, desde las películas de Hollywood y los programas de radio hasta el jazz y los rascacielos. La cultura popular y material de Norteamérica parecía extenderse por todo el mundo, con lo cual los habitantes de los distintos continentes aparecían como intercambiables. Japón no era una excepción, pues mientras su población, cada vez más urbana y educada, absorbía la cultura norteamericana, sus intelectuales se hacían eco de la afirmación de uno de sus colegas norteamericanos, según el cual estaba surgiendo una «comunidad mundial única».

La prometedora evolución de los asuntos de Asia oriental dentro del marco de los tratados de la Conferencia de Washington resultó muy breve, pues Japón violó estos tratados en los años treinta y volvió a actuar unilateralmente en China y, en ciertas ocasiones, en toda Asia, provocando así la oposición no sólo de China sino también de Estados Unidos y de varias potencias europeas.

La historia de las renovadas agresiones japonesas en China y la resistencia de este país, que acabó teniendo éxito, forma parte de la historia de la segunda guerra mundial, cuyo origen en Asia fue distinto del de Europa. A diferencia de Alemania, donde la opinión pú-

blica, agraviada por los duros términos impuestos por la Conferencia de Paz, fue presa fácil de la retórica extremista del Partido Nacional Socialista, los japoneses no tenían, en los años veinte, motivos para quejarse de su posición internacional. Aparte de la disputa con Estados Unidos sobre inmigración, hubo pocas crisis en los asuntos exteriores nipones y la nación prosperó junto con los demás países capitalistas. Incluso después de 1929, cuando la gran crisis se extendió por el mundo y produjo en Alemania un alto nivel de paro forzoso, la economía japonesa sufrió relativamente poco, pues estaba menos industrializada que la alemana. Pero Alemania y Japón tenían algo en común: el aumento de la influencia de quienes se oponían ideológicamente al liberalismo y al internacionalismo capitalistas. Siempre existieron fuerzas antiburguesas y antiliberales, pero la gran crisis, cualquiera que fuese su gravedad, les daba un pretexto para denunciar el capitalismo y su manifestación política, la democracia parlamentaria. En Japón, como en Alemania, la violencia acompañaba a menudo la agitación política. Entre 1930 y 1936, fueron asesinados dos primeros ministros, un ministro de Hacienda y un destacado banquero. Quienes escaparon a esos ataques se vieron impulsados a guardar silencio o comenzaron a imitar como loros el lenguaje de los extremistas, con el fin de salvar el pellejo.

Aun así, Japón podría haberse ahorrado el militarismo y el totalitarismo si el nacionalismo chino hubiese permanecido quieto o sólo moderadamente activo. Pero el régimen de Nankín de Chang Kai-shek no consiguió moderar la opinión pública nacionalista. A fin de cuentas, los chinos se dedicaban a la tarea de construir su nación, tarea para la cual la opinión nacionalista proporcionaba el pegamento. Aunque su administración no cubría todo el país, pues los comunistas y otros disidentes desafiaban su autoridad, el gobierno nacionalista se mostró desde sus comienzos deseoso de negociar la rescisión de todos los tratados existentes con el fin de aumentar sus aranceles y fomentar la modernización económica. Estaban muy particularmente interesados en minar los intereses japoneses en Manchuria (o las Tres Provincias Orientales, como los chinos llamaban a esta región), construyendo, por ejemplo, una línea férrea paralela a la de Manchuria del sur controlada por los japoneses, y también quisieron expulsar de allí a los campesinos nipones y coreanos que habían acu-

dido en busca de tierras cultivables. Fue el temor a que China se unificara cada vez más y su fuerza y sentimiento nacionalista aumentaran lo que en Japón alarmó a militares, administradores coloniales, comerciantes y otros nipones radicados en Manchuria, inclinándolos a actuar para proteger sus intereses antes de que fuese demasiado tarde. No había nada nuevo en estos propósitos imperialistas, pero esta vez los activistas militares debían vencer la oposición, o cuando menos la falta de entusiasmo, de los dirigentes civiles, entre ellos el propio emperador, que habían aceptado el marco de la Conferencia de Washington como la mejor estrategia para el bienestar de la nación. Los activistas militares y sus partidarios —ideólogos y políticos de derecha, así como los representantes de las organizaciones japonesas en China— consideraban indispensable minar, ya que no suprimir por completo, la dirección civil, a medida que su estrategia en Manchuria se volvía más agresiva.

La dirección civil del país resultó demasiado débil para hacer frente a este desafío. El emperador es un buen ejemplo de ello. En 1928, cuando algunos oficiales del ejército de Kwantung (es decir, el ejército japonés en Manchuria) asesinaron a Chang Tso-lin, un señor de la guerra chino, con el fin de provocar el caos en la región, el emperador se mostró inflexible para que se castigara a los culpables. En los años treinta, sin embargo, se mostró menos dispuesto a interferir en asuntos de esta índole, renuencia que compartían algunos de los dirigentes civiles de su confianza, atemorizados por los militaristas y nacionalistas, que les reprochaban su falta de iniciativa frente al creciente nacionalismo chino. Sin duda la crisis económica, aunque no tan severa como en Alemania o Estados Unidos, favoreció a los activistas, pues les permitía apelar a las masas empleando una retórica anticapitalista y antiliberal. El capitalismo había fracasado en Occidente, decían, y en Japón los que se identificaban con él no estaban capacitados para dirigir la nación.

Era una retórica antioccidental, nueva en el vocabulario del imperialismo japonés, que antes se había expresado como el imperialismo occidental, implicando con ello que Japón se transformaba en un país similar a los de Occidente. Pero ahora el punto de vista dominante era que la civilización occidental se hallaba en crisis, y no debido a una pérdida transitoria de prestigio, como durante la pri-

mera guerra mundial, sino de modo permanente, según lo demostraban la gran crisis y los desafíos a la democracia liberal en toda Europa y hasta en Estados Unidos. Los nacionalistas japoneses consideraban que con las potencias occidentales sumidas en la crisis, no tenía sentido basar la política exterior del país en colaborar con ellas. Los países europeos y Estados Unidos se entregaban a una política cerrada, como lo demostraban los aranceles prohibitivos y la formación de bloques comerciales. Japón debía hacer lo mismo, abandonar cualquier intento de cooperación y, además, debilitar la posición occidental en Asia. Debía establecerse en Asia oriental un nuevo orden, del cual, en definitiva, se excluiría cualquier influencia europea y norteamericana.

Era, por tanto, un plan panasiático que los activistas militares tomaban muy en serio; en setiembre de 1931 recurrieron a medidas drásticas para separar Manchuria del resto de China. Desde entonces dirigieron su ambición al norte de China y aspiraron a una Nueva Asia, en la cual Japón, China y Manchuria (ahora bautizada Manchukuo) cooperarían, o sea, que esta última proporcionaría a Japón espacio y recursos, en tanto que las armas japonesas protegerían la región contra posibles ataques de la Unión Soviética o de cualquier otro adversario. Esta visión no fue sólo de los militares, pues otros acabaron compartiéndola. Tras una fácil victoria militar en Manchuria, el gobierno de Tokio no deseaba regresar a la situación anterior a 1931; al contrario, dio un apoyo activo a esta audaz estrategia. El mejor ejemplo de que la aceptaban los civiles fue la decisión de retirarse de la Sociedad de Naciones, cuando ésta, en 1932, hizo público un informe sobre la crisis de Manchuria en el cual se exhortaba a Japón a restablecer la situación previa al conflicto. Japón desafiaba, pues, a la Sociedad de Naciones y el principio de la cooperación internacional.

El problema fundamental con el panasiatismo japonés era, desde luego, que no lo aceptaban los demás países asiáticos, y menos que nadie los chinos. En vez de unificar a los asiáticos, para generar un poder colectivo, los japoneses los dividieron entre una minoría de colaboracionistas y una mayoría que, o bien aceptaba pasivamente el

dominio nipón, o se oponía activamente a él. Así, los asiáticos ya luchaban entre sí con cientos de miles de víctimas, antes de que, en 1941, el conflicto se fundiera en la segunda guerra mundial. Especialmente irritante fue la agresión japonesa, después de julio de 1937, cuando un enfrentamiento entre fuerzas japonesas y chinas cerca de Pekín se convirtió en una guerra en toda regla. El ejército japonés, decidido a conquistar China, tomó por asalto ciudades y líneas férreas, y, de paso, fue asesinando a civiles. El ataque a Nankín (o «violación» como se lo llamó) tuvo lugar en diciembre de 1937, al entrar tropas japonesas en la capital china y causar trescientas mil víctimas, según las estimaciones chinas. A partir de allí, el empuje japonés se dirigió al interior, empujando a las fuerzas chinas hacia la ciudad de Wuhan, en el Yang-Tsê, y llegando más allá, hacia Chong-K'ing. El bombardeo estratégico de esta última ciudad, iniciado en 1940, presagiaba los ataques a las poblaciones civiles de la segunda guerra mundial.

Por supuesto, los chinos no fueron víctimas pasivas, sino que lucharon directa e indirectamente, mediante la resistencia clandestina, la propaganda y llamamientos a la ayuda de gobiernos extranjeros. Es cierto que al principio los dirigentes nacionalistas encabezados por Chang Kai-shek no quisieron llegar a una guerra con los japoneses y dieron por perdidas, de momento, las Tres Provincias Orientales. Los nacionalistas concentraron sus esfuerzos en desarrollar la nación, tarea muy difícil puesto que no podían contar con grandes inversiones y otras ayudas extranjeras durante la gran crisis económica mundial. Con todo, consiguieron algunos resultados impresionantes. Por ejemplo, la producción agrícola subió, durante la primera mitad de los años treinta, igual que la producción de hierro y acero, y la construcción de carreteras prosiguió a buen ritmo. A comienzos de 1937, menos de diez años después de que los nacionalistas tomaran las riendas del gobierno, incluso los militares japoneses se sentían impresionados por la creciente confianza y fuerza de China. Por esta razón, algunos de ellos propusieron que se llegara a un acuerdo con los chinos en lugar de provocarlos constantemente, mientras que otros insistían en que había que atacar, como lo hiciera en 1931 el ejército de Kwantung, antes de que China cobrara aún más fuerza.

Cuando Japón atacó, China estaba más preparada que nunca. Los nacionalistas y los comunistas combinaron sus fuerzas, trasladaron al interior fábricas y universidades para mantener la producción y la educación, y, cosa especialmente importante, los chinos consiguieron ayuda exterior contra Japón. Llegó primero de la Unión Soviética y luego de Gran Bretaña y Estados Unidos, que proporcionaron armas, vehículos militares y préstamos, de manera que la guerra chino-japonesa adquirió una dimensión cada vez más internacional. Cierto que Alemania dio a Japón apoyo diplomático; cierto también que al firmar, en abril de 1941, la Unión Soviética un tratado de neutralidad con Japón, disminuyó su ayuda a China. Con todo, China ya no luchaba sola, como evidenció el hecho de que los japoneses comenzaron a considerar los países occidentales como obstáculos a su victoria. Dijeron que su país estaba siendo «cercado» por una combinación que llamaban ABCD, de América (Norteamérica), (Gran) Bretaña, China y las Indias Orientales Holandesas (Dutch East Indies).

Que se hubiese formado la coalición ABCD indicaba la división de Asia entre Japón y su imperio, por un lado, y por el otro, el resto, con la «China Libre» y las colonias occidentales en Asia suroriental, así como Australia y Nueva Zelanda. La Unión Soviética estaba entre los dos, cambiando de posición de vez en cuando. La segunda guerra mundial, en 1939, confirmó la división de Asia, pues Japón trató de aprovecharse de la contienda para extender su dominio a la Indochina francesa y, con el tiempo, a las Indias Orientales Holandesas, intentos que provocaron fuertes reacciones de los países coloniales y también de Estados Unidos, decididos a mantener el statu quo y a impedir que los abundantes recursos del Asia suroriental cayeran en manos de los japoneses. De ahí la formación de la coalición ABD, a la que se agregó China en 1941, como era inevitable, pues para impedir la penetración japonesa en Asia suroriental era indispensable mantener a las fuerzas niponas atascadas en el continente.

Japón estaba solo, excepto por su relación con Alemania. Y ésta hacía más sólida la alianza entre Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética (una vez que ésta fue invadida por Alemania en junio de 1941). Fue el sentimiento desesperado de que todos los caminos de expansión estaban cerrados, y que la guerra con China se hallaba en punto muerto, lo que condujo a los militares japoneses a

arriesgarse a una guerra contra la coalición ABCD. Cómo pudieron creer que tenían alguna posibilidad de éxito, cuando no lo habían logrado contra un solo país, China, es algo que no puede explicarse desde el punto de vista de lógica racional ni de cálculos geopolíticos. En lo que supone un buen ejemplo de confusión de los deseos con la realidad y de la fanática convicción de la superioridad del espíritu japonés frente a los recursos materiales de Occidente, los dirigentes de Tokio, incluyendo al emperador, decidieron atacar las posesiones norteamericanas, británicas y holandesas el 8 de diciembre de 1941 (7 de diciembre al este de meridiano de cambio de fecha).

Este ataque unió en una sola guerra la de los asiáticos y la de los europeos. Sólo la Unión Soviética, entre las potencias, no participó en la guerra de Asia, pues ni Tokio ni Moscú querían violar abiertamente el tratado de neutralidad. Pero, aun así, tanto los japoneses como sus adversarios preveían que, tarde o temprano, la Unión Soviética entraría en la guerra. Y cuando Japón se rindió, en agosto de 1945, más de cincuenta países le habían declarado la guerra.

Resulta irónico que, pese a un acto tan suicida de su parte, Japón intensificara su retórica panasiática. Era evidente que necesitaba la colaboración, cuando menos pasiva ya que no activa, de los asiáticos cuyas tierras ocupaba, para que lo ayudaran a expulsar de la región los intereses norteamericanos y europeos. Oficialmente, en Japón se dio a la contienda el nombre de Gran Guerra del Asia Oriental, con lo que Tokio quería indicar que luchaba por la liberación asiática del dominio occidental. Pocos asiáticos tomaron en serio esta retórica, y menos que nadie los dirigentes de los movimientos de liberación nacional, que habían iniciado su actividad mucho antes de 1941. Los ocupantes japoneses no alentaron, al comienzo, estos movimientos, por temor a que se volvieran contra ellos. Había que incorporar plenamente las tierras del Sureste asiático al esfuerzo de guerra, para que proporcionaran materias primas, alimentos y mano de obra. Se enviaron a la región burócratas civiles, periodistas y hombres de negocios para que hicieran de suplemento del personal del ejército y de la armada. Sustituyeron a los dirigentes europeos y norteamericanos, pero actuaron igual que ellos. De hecho, para las poblaciones locales, el dominio japonés resultó más odioso, pues iba envuelto en una retórica de liberación asiática de escaso contenido.

A partir de 1944, cuando la guerra cambió de rumbo, el emperador y los círculos de la corte, así como algunos políticos destacados y jefes militares retirados, buscaron una manera de terminar la guerra que no supusiera una humillante rendición. Que les llevara más de un año dar los pasos decisivos para poner fin a la contienda se debió principalmente a factores internos: el temor a provocar el desagrado del ejército, el miedo a incitar un cambio político radical como resultado de la derrota, y la estructura misma del mecanismo para adoptar decisiones que exigía consultar a todas las personas importantes antes de alcanzar una decisión trascendental que obtuviese la aprobación del emperador. El retraso costaría muy caro a Japón. Habría podido ahorrarse la mayoría de los devastadores bombardeos, entre ellos las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, si a comienzos de 1945 hubiese tanteado a los países enemigos para negociar una rendición. Complicaba la situación el principio de rendición incondicional establecido por las potencias aliadas, que se reafirmó en la declaración de Potsdam de julio de 1945 por la que reclamaba a Japón que se rindiera. Pero Japón ni siquiera trató, hasta que fue casi demasiado tarde, de ver si se podía salvar la institución imperial en el caso de rendirse. Estados Unidos y sus aliados aceptaron, finalmente, esta condición, con lo que fue posible que el emperador anunciara por radio, el 15 de agosto, que Japón aceptaba la declaración de Potsdam.

La guerra modificó rotundamente la situación en Asia. Causó entre quince y treinta millones de víctimas, y provocó increíbles sufrimientos en China, en el Sureste asiático y en el propio Japón. En cambio, tuvo por efecto extender la influencia de Estados Unidos por el Pacífico occidental y hasta por el continente asiático, en contraste con la erosión del prestigio e influencia de Europa. Para las naciones europeas, la rendición japonesa fue sólo el comienzo de una larga lucha con las poblaciones locales, que exigían mucha más autonomía y en algunos casos la independencia total. La lucha contra Japón había dado a los nacionalistas chinos la oportunidad de desarrollar su capacidad administrativa y económica. Previendo la derrota japonesa, los coreanos, por su parte, se prepararon para la independencia. En suma, cuando el poderío japonés sufrió un golpe al

parecer fatal, los países asiáticos surgieron como factores importantes en el drama de la región.

Esto y el recién adquirido poder y prestigio de Estados Unidos fueron las características principales de la historia asiática de posguerra, como lo fueron en otras partes del mundo. Las zonas no occidentales del globo cambiaron profundamente durante la guerra, lo que hizo que fuesen cada vez más visibles y que insistieran más y más en que se escucharan sus voces. Que la nueva institución mundial, la Organización de las Naciones Unidas (ONU), establecida en San Francisco en junio de 1945, endosara clamorosamente el principio de la igualdad racial —cuando apenas veintiséis años antes las potencias occidentales se negaron a aprobar este principio en la carta de la Sociedad de Naciones—, era una señal evidente del creciente peso de lo no occidental, como lo fue la buena disposición de los gobiernos occidentales a dar un puesto permanente a China en el Consejo de Seguridad.

Que Estados Unidos sería la principal potencia en la región de Asia y el Pacífico se reveló inevitable en cuanto decidió que debía defender un cambio de la situación regional para hacer frente a la agresión nipona. Tuvo un papel principal en la derrota japonesa, en especial con su campaña de «salto de isla en isla» en el Pacífico, pero también con la ayuda militar y económica que prestó a China. Las bombas atómicas fueron un símbolo del nuevo poderío norteamericano. A partir de entonces, no tendría lugar ningún acontecimiento, en Asia o en cualquier otro punto, sin alguna participación norteamericana.

Pocos se preguntaban si el nuevo poder norteamericano y la nueva autoafirmación de los pueblos asiáticos eran compatibles, pero su importancia en la historia posterior a 1945 es evidente. La historia de Asia oriental en la posguerra iba a evolucionar en torno a esos dos hechos. En cierto sentido, fue la misión histórica de Japón provocar el desarrollo de un nacionalismo asiático más capaz y mejor organizado y también el surgimiento de Estados Unidos como principal potencia mundial. Pocos japoneses eran conscientes de esta misión, y menos aún se percataron de su propia responsabilidad por la guerra salvaje que comenzaron y continuaron, durante tanto tiempo, una guerra que fue la culminación apropiada de los principales aspectos de la historia de la primera mitad del siglo xx.

TERCERA PARTE

# La guerra fría, 1945-1990

# 13. El enfrentamiento de las superpotencias, 1945-1990

LAWRENCE FREEDMAN

Los años 1945 y 1990 son como dos puntos y aparte en la historia internacional. El primero marcó el fin de la segunda guerra mundial y la derrota de Alemania, que dejó a ésta dividida y con sus ambiciones europeas hechas trizas. El segundo marca la reunificación de Alemania y una nueva etapa en sus relaciones con sus vecinos. En 1945, la Unión Soviética surgió como el país más poderoso de Europa; en 1990, se disolvió el imperio soviético en Europa. El período entre estas dos fechas constituye la «guerra fría», el enfrentamiento, que afectó al mundo entero, entre dos bloques ideológicos, cada uno encabezado por una superpotencia.

El enfrentamiento entre la Unión Soviética y sus aliados norteamericano y británico iba gestándose antes de que acabara la segunda guerra mundial y se había hecho evidente en las cumbres de «los tres grandes» en Yalta y Potsdam, en 1945, en las que debía diseñarse el mundo de posguerra. Inmediatamente después, este enfrentamiento dominó la política mundial. En términos de preparación militar, de organización de alianzas y de diplomacia competitiva, el antagonismo continuó hasta la brecha en el muro de Berlín, el 9 de noviembre de 1989. A comienzos de diciembre de 1989, los presidentes George Bush y Mijaíl Gorbachov se reunieron en alta mar cerca de la costa de Malta y anunciaron el fin de la guerra fría. El portavoz de Gorbachov, Gennady Gerasimov, dijo con sarcasmo: «Ha durado de Yalta a Malta.» Un final más formal llegó un año después, en noviembre de 1990, en la cumbre de París de la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), que ayudó a organizar el fin del

Pacto de Varsovia. Un año después, la Unión Soviética se dividió en quince Estados separados.

Hay tres tipos de explicación de la guerra fría. El primero puede resumirse en la frase «la habitual política de poder», según la cual en la guerra fría no había nada fuera de lo común. Las grandes potencias están condenadas a desconfiar unas de otras, pues lo que han de hacer para su propia seguridad puede parecerle amenazador a sus vecinos. La Unión Soviética se veía impulsada por la misma necesidad de expansión que condujo a la vieja Rusia a extender sus fronteras. Su dimensión la convirtió en abrumadora y los países más pequeños al oeste de Rusia que no estaban todavía dentro de su órbita se habrían sentido intimidados quienquiera que ocupara el poder en Moscú. Su único recurso consistía en agruparse para apoyarse y/o en confiar en la fuerza de la superpotencia alternativa. Esto fue lo que sucedió en 1949, cuando las democracias europeas se unieron para incitar a Estados Unidos a aceptar un comité permanente de seguridad para el continente, de acuerdo con el Tratado del Atlántico Norte. Después de la toma del poder por los comunistas en China, también en 1949, se aplicó el mismo modelo en Asia.

La segunda explicación ve en el antagonismo ideológico la fuente de la que surgió la guerra fría. Había dos conceptos opuestos acerca de cómo organizar la sociedad y la economía y de la organización política necesaria para esta tarea. Esto daba a la política de poder un filo mucho más agudo de lo habitual, pues la amenaza mutua no era sólo la de una agresión exterior, sino también la de la subversión interna. Desde la perspectiva soviética, el sistema de alianzas organizado por Norteamérica reflejaba una estrategia de cerco capitalista que se proponía aplastar un experimento socialista; Occidente, por su parte, consideraba que el comunismo internacional se proponía imponer un orden socialista que, de otro modo, habría sido rechazado por los mismos en cuyo nombre actuaba.

La tercera explicación, que puede verse como una consecuencia, se basa en la carrera armamentista. En los frentes opuestos de la guerra fría se desarrollaron importantes organizaciones e intereses militares, apoyados por la aterradora potencia sin precedentes de las armas atómicas. Si bien el origen de la guerra fría pudo hallarse en conflictos fundamentales de intereses, los que adoptan esta tercera

explicación afirman que la adquisición competitiva de armamentos cada vez más abrumadores militarizó las relaciones políticas y reforzó la desconfianza y la suspicacia.

En el presente capítulo se argumentará que el antagonismo ideológico estaba en la raíz misma de la guerra fría, pues dio a la política de poder de este período sus características distintivas. Por este motivo, la conclusión de la guerra fría llegó con la derrota del socialismo de Estado al estilo soviético. Sin embargo, mucho antes de que se llegara a este punto, el factor ideológico había ido perdiendo fuerza, al mismo tiempo que se acentuaba la importancia del enfrentamiento entre superpotencias en la mayoría de las actividades internacionales. Esto explica que la guerra fría no fue el único y ni siquiera el más importante de los rasgos distintivos del período. Gran parte de sus aspectos dramáticos surgieron de la interacción entre los imperativos estratégicos que se derivaban del enfrentamiento Este-Oeste y de los relacionados con los trastornos más duraderos y profundos provocados por el proceso de la descolonización de posguerra.

En 1945, no existían dudas acerca del poder supremo de Estados Unidos. Su fuerza militar había sido decisiva para poner fin a la guerra, durante la cual su economía creció hasta el punto de que representaba el cincuenta por ciento del producto interior bruto del mundo entero. El inquietante final de la contienda, con la explosión de dos bombas atómicas sobre Japón, confirmaba a la vez la proeza técnica y la superioridad militar de Norteamérica.

Sin embargo, Gran Bretaña, exhausta por la guerra e incapaz de mantener su imperio, había llegado ya a reconocer que su influencia futura dependería de mantener una estrecha relación con Estados Unidos y de impulsarlo a proteger la seguridad europea. Después de la primera guerra mundial, los norteamericanos se habían encerrado de nuevo en su aislacionismo. Franceses y británicos estaban ahora decididos a que esta vez Estados Unidos aceptara sus responsabilidades internacionales.

El motivo de preocupación era la nueva amenaza que significaba la Unión Soviética. Aunque devastada por la guerra y las enormes pérdidas humanas que en ella sufrió y que se añadían a las causadas por la colectivización forzosa de la agricultura y las depuraciones de Stalin, su ejército controlaba un territorio que se extendía desde la frontera soviética hasta el centro de Alemania y los Balcanes hacia el sur. La envergadura de los sacrificios soviéticos y la impresionante determinación de sus ejércitos victoriosos dieron un gran prestigio al comunismo, reforzado, además, por la convicción de que era la ideología del verdadero progreso y de la justicia social.

Mientras Stalin sometía a su control a los Estados de Europa oriental, el gobierno de Truman no necesitaba convencerse de que, a menos de participar activamente en la política europea, sería cómplice de la imposición de un nuevo totalitarismo. Por eso, el primer objetivo de la política exterior norteamericana fue la «contención». Cuando, en marzo de 1947, el gobierno norteamericano se encargó, sustituyendo a Gran Bretaña, de oponerse al comunismo en Grecia y Turquía, el presidente Truman describió su política como apoyo a los «pueblos libres que se resisten a verse sojuzgados por minorías armadas o presiones exteriores». En junio del mismo año, el secretario de Estado George Marshall anunció el plan que se asoció ya para siempre con su nombre, destinado a aportar sumas considerables a la economía europea con el fin de restaurar la prosperidad y reducir, así, las oportunidades políticas del comunismo en Europa occidental.

Algunos consejeros de Iósiv Stalin habrían aceptado gustosos los créditos occidentales, pero el jefe supremo soviético vio en el plan un complot para revitalizar a Alemania como instrumento antisoviético y minar su dominio sobre Europa oriental. Rechazó el Plan Marshall y lanzó tal campaña contra él en toda Europa que los no comunistas se vieron obligados a reconocer que había llegado el momento de tomar partido y aceptar la polarización del continente. El año siguiente Checoslovaquia cayó en la esfera soviética, al tiempo que la división de posguerra de Alemania en zonas de ocupación se volvía permanente. Berlín occidental, a cargo de los aliados occidentales, era el único enclave capitalista en la Europa socialista, y sobrevivió al cerco soviético gracias a un puente aéreo que duró de junio de 1948 a setiembre de 1949, cuando Stalin cedió. Para entonces, se había fir-

mado el Tratado del Atlántico Norte (4 de abril de 1949) por el que Estados Unidos se comprometía a acudir en ayuda de las democracias occidentales si las atacaban.

Empezaba a tomarse muy en serio la posibilidad de una tercera guerra mundial, aunque ningún bando tenía aún planes importantes de rearme. Estados Unidos había esperado mantener por cierto tiempo su monopolio de las armas atómicas, pero lo perdió en agosto de 1949, cuando la Unión Soviética hizo estallar su primera bomba nuclear. Esto indujo a Estados Unidos a revisar su capacidad militar convencional, aunque sólo se aportaron recursos para financiar un rearme en serio cuando en el verano de 1950 la comunista Corea del Norte invadió la del Sur. Esta agresión, agregada a la toma de China por los comunistas el año anterior, convenció al gobierno Truman no sólo de que en Asia se iba abriendo paso un enfrentamiento tan grave como el de Europa, sino también de que la guerra fría podía calentarse mucho.

La respuesta inicial de Washington a la primera prueba nuclear soviética consistió en avanzar hacia la siguiente etapa de la fuerza nuclear y desarrollar una bomba termonuclear (de hidrógeno). A ello se opusieron enérgicamente quienes temían las consecuencias de una carrera de armamentos de una capacidad destructiva virtualmente ilimitada, cuya fuerza explosiva se mediría en términos de su equivalencia en millones de toneladas (megatones) de TNT antes que en millares de toneladas (kilotones) de bombas atómicas. Los partidarios de desarrollar la nueva bomba argumentaban que Estados Unidos no debía esperar a que la Unión Soviética diera el primer paso, pero no presumían, de todos modos, que esto pudiera sino extender el período de superioridad norteamericana hasta que la neutralizara una capacidad soviética comparable. Creían que el lapso que así se ganara debía aprovecharse reconstruyendo la fuerza militar convencional de Occidente, y esto fue lo que se puso en práctica, a un costo considerable.

El gobierno republicano que llegó al poder a comienzos de 1953, con la elección a la presidencia de Dwight D. Eisenhower, tenía una perspectiva estratégica distinta de la de su predecesor demócrata.

Comprendía lo impopular de una guerra sin victorias en Corea y de los perjuicios económicos provocados por un rearme convencional. Después de flirtear durante la campaña electoral con la idea de «hacer retroceder» el comunismo, aceptó que el único objetivo realista consistía en contener nuevos avances soviéticos y que, por tanto, Occidente debía pensar a largo plazo en su enfrentamiento con el Este. También llegó a la conclusión de que podía no ser tan difícil como supuso su predecesor si se confiaba más en el miedo que una guerra nuclear suscitaba, lo cual haría innecesario desarrollar una fuerza convencional equivalente a la de China y la Unión Soviética juntas. En 1954, John Foster Dulles, secretario de Estado de Eisenhower, advirtió a Moscú que nuevos avances soviéticos lo exponían a «represalias masivas», y para dar credibilidad a sus palabras trató de establecer una serie de alianzas, siguiendo el modelo de la OTAN, en la periferia de lo que ya se conocía como el «bloque chino-soviético». Winston Churchill hizo observar que, como resultado de un miedo compartido a la guerra nuclear, la paz podía llegar a ser el «robusto hijo del terror».

Había muchas razones que inducían a los comentaristas contemporáneos a considerar la «represalia masiva» una estrategia muy temeraria. Podía permitir que una incursión soviética menor en algún territorio distante desencadenara una catástrofe nuclear o, si no, obligar a un humillante abandono debido a la falta de fuerza convencional adecuada. Los analistas de estrategia no estaban de acuerdo con la idea de un empate nuclear, pues describían cómo un ataque por sorpresa bien ejecutado podía anular la capacidad de la víctima de tomar represalias y dejar al agresor en posición dominante. Si un bando conseguía este tipo de capacidad de ataque inicial, se vería enormemente reforzado en crisis futuras. Si ambos bandos avanzaban en esta dirección, las crisis futuras podían llegar a ser sumamente peligrosas, pues los dos bandos mantendrían su arsenal nuclear a punto de disparar, para evitar que los tomaran por sorpresa. Por otro lado, si ambos bandos confiaban en su capacidad de resistir un ataque inicial y de replicar al mismo, ¿cómo podían amenazar con una guerra nuclear? Confiar en este tipo de amenaza con el fin de desanimar al contrario podía llevar a que éste aceptara el reto.

Durante más de treinta y cinco años se mantuvo un debate sobre

estrategia siguiendo más o menos estos argumentos. Cada nuevo avance tecnológico —misiles intercontinentales, radar de aviso inmediato, submarinos con misiles, misiles antimisiles, misiles con múltiples cabezas nucleares— suscitaba un examen a fondo para decidir si haría posible un ataque inicial decisivo o lo frustraría. A mediados de los sesenta, la opinión de consenso era que los dos bandos habían llegado a una situación de «segura destrucción mutua», es decir, un empate. La dificultad de encontrar y luego hundir submarinos armados con misiles, y de descubrir e interceptar misiles en el aire significaba que era imposible planear un ataque que garantizara que el enemigo no tomara represalias.

Esta opinión se veía constantemente desafiada por la descripción de complicados ataques nucleares que podían paralizar la capacidad de decisión del enemigo o de formas de mortal regateo basadas en ataques limitados contra objetivos políticamente decisivos. Estas ideas ganaban y perdían importancia, pero ninguna llegó a dominar lo bastante a quienes adoptaban las decisiones para que se sintieran tentados de ponerlas en práctica en una crisis real.

Pero los riesgos que de todos modos pudieran surgir de estas tentaciones y provocar una escalada militar casi incontrolable entre el Este y el Oeste, hasta llegar a una catástrofe nuclear de suficiente envergadura (y no precisaba que fuese mucha), eran lo bastante importantes para suscitar una gran dosis de cautela en la adopción de decisiones, tanto en el Este como en el Oeste. Vista la situación con lógica, era sensato prepararse para la lucha con la presunción de que los dos arsenales nucleares se neutralizaban uno a otro. Una política deliberada de contención mutua, tal vez reforzada por compromisos mutuos de no ser los primeros en emplear las armas atómicas, podría permitir que las hostilidades se desarrollaran de modo convencional. Mas en la práctica, parecía peligroso confiar en esta presunción, especialmente cuando se pensaba en una guerra que se librara por botines o causas nada triviales.

La lógica de basar la disuasión en la perspectiva de una guerra convencional larga más que en una guerra nuclear breve y convulsiva resultaba costosa. Mientras pareciera que funcionaba la disuasión, pocos gobiernos deseaban llevar las fuerzas convencionales a un nivel superior al necesario para asegurarse una serie de opciones sufi-

cientes con que hacer frente a las crisis y sostener hostilidades de bajo nivel sin recurrir a la guerra nuclear. Confiar en la disuasión nuclear en momentos de crisis y de relaciones en general tensas hacía que pareciesen inquietantes y temerarios los recursos gastados en mantener al día los arsenales y las energías intelectuales empleadas en refinar esta doctrina. A partir de finales de los años cincuenta hubo oleadas de protestas, especialmente en Europa occidental, contra la carrera de armamentos atómicos y la espantosa conclusión a la que parecía conducir. A medida que el orden comunista en Europa oriental se consolidaba y luego se estancaba, la «amenaza atómica» parecía a menudo más peligrosa que cualquier «amenaza soviética».

Ambas superpotencias, ignorantes sobre qué era exactamente lo que en sus propias fuerzas atómicas contribuía a disuadir a la otra, consiguieron adquirir un excedente en la gran capacidad de sus arsenales. Acabaron reconociendo que les interesaba limitar sus arsenales nucleares y configurarlos de tal modo que aliviaran los temores de un ataque por sorpresa. Ésta fue la base de un esfuerzo de veinte años por el control de las armas atómicas, que tuvo algunos éxitos, pero que siempre se veía dificultado por la complejidad técnica del tema y el consiguiente arduo carácter de las negociaciones. Y ello a despecho de que, en la práctica, el poder destructivo necesario para la disuasión era probablemente más bien reducido y que los cálculos estratégicos relacionados con el tema eran más bien simples y toscos.

La disuasión nuclear funcionaba mejor y de modo más seguro en la práctica que en la teoría, en parte porque el enfrentamiento Este-Oeste que se proponía estabilizar era, por sí mismo, estabilizador. La división de Europa era tan tajante que los dos bloques ideológicos podían desarrollar sus propios y distintivos sistemas económicos, políticos y militares. A finales de los años cincuenta, el sucesor de Stalin, Nikita Jruschov hablaba de una «coexistencia pacífica» por la cual los dos sistemas podían sobrevivir y hasta florecer sin tratar de destruirse uno a otro. A la sazón, después de los éxitos soviéticos con el primer satélite artificial y el primer hombre en el espacio, Jruschov confiaba en que el sistema que presidía era tan dinámico tecnológicamente y su futuro tan dorado como el del sistema capitalista.

Cuando en 1959 dijo a Occidente que «os enterraremos», no era porque esperara derrotarlo en una guerra sino porque creía que el comunismo sobreviviría al capitalismo.

Pero, con la limitada excepción de Francia e Italia, el comunismo era ya una fuerza política agotada en Europa occidental. El propio Jruschov había hecho no poco para minarla, al confirmar en un informe ante el Congreso del Partido Comunista soviético, en 1956, que Stalin había sido realmente el horrendo monstruo que aseguraban los capitalistas, y luego, a finales del mismo año, con su propia represión brutal de una rebelión en Hungría, que confirmaba que eran los tanques soviéticos y no la lealtad de la clase obrera lo que sostenía el orden comunista. Ya era visible que, si la guerra fría podía volverse caliente, sería tanto por los trastornos dentro del Pacto de Varsovia como por una ofensiva soviética contra Occidente.

El punto más inflamable era evidentemente Berlín, considerado por Jruschov como una joya occidental que deslucía una corona oriental. A principios de los sesenta se hizo todavía más molesto, pues la libertad de movimiento proporcionaba una ruta de evasión a decenas de miles de alemanes orientales deseosos de encontrar una vida mejor en Occidente. Esta hemorragia amenazaba con desestabilizar al régimen germano oriental. En agosto de 1961 la hemorragia se contuvo cuando, de la noche a la mañana, se levantó el Muro de Berlín.

Fue una exhibición evidente del carácter represivo del comunismo, que condujo, por un tiempo, a grandes tensiones. Pero era también una acción defensiva. La respuesta indicaba que había escaso entusiasmo en Occidente por arriesgarse a una guerra en nombre de un Berlín unido, y menos de una Alemania unida. Pero los aliados se mostraron firmes en cuanto a mantener el statu quo. Ahora, la división de Europa era todavía más clara, pero no existía en la guerra fría una dinámica propiamente europea. Durante el resto de la década, los alemanes occidentales asimilaron las consecuencias de esta realidad y acabaron decidiendo, a finales de los sesenta, que la mejor manera de entreabrir el telón de acero consistía en el diálogo y la cooperación económica. Incluso un desafío interno, como el que surgió en Checoslovaquia durante la Primavera de Praga de 1968, podía aplastarse con una «fraternal invasión» del Pacto de Varsovia, sin apenas riesgo de una mínima reacción occidental.

Dicha contención hizo que Moscú se sintiera lo bastante seguro para insistir en la consolidación del statu quo. Éste fue el punto de partida de una *détente* europea expresada a comienzos de los setenta en una serie de acuerdos que establecieron las relaciones de Alemania occidental con Alemania oriental y otros Estados comunistas y normalizaron la situación de Berlín. En 1975 todos los Estados europeos, con Estados Unidos y Canadá, se reunieron en una Conferencia para la Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), donde todos aceptaron el statu quo.

El Acta Final de la CSCE, que en términos generales era un himno a la estabilidad, también contenía las semillas de cambios futuros. Además de declaraciones sobre la inviolabilidad de las fronteras y la no intervención en asuntos internos, las había sobre los derechos humanos, que fueron empleados cada vez más dentro del bloque soviético para legitimar la disensión, y disposiciones sobre la cooperación económica que reflejaban muy poca comprensión de las consecuencias del juego entre dos sistemas económicos, uno de los cuales era tan dinámico como estancado lo era el otro.

Las consecuencias de todo esto no se vieron hasta una década más tarde. Antes, las apaciguadoras palabras de la *détente* fueron sustituidas por una retórica mucho más áspera. Las razones se hallaban fuera de Europa, en el Tercer Mundo.

Al principio las viejas potencias europeas trataron de justificar sus imperios y su resistencia a los movimientos anticoloniales como parte de una respuesta general a la amenaza comunista. Finalmente, se vieron obligadas a reconocer que la marea anticolonialista era irresistible. En los años cincuenta y sesenta, al ir consiguiendo su independencia las antiguas colonias, se dio por descontado que unas seguirían el modelo ideológico occidental y otras el oriental. En respuesta a tal suposición, en 1955 se estableció, en una reunión en Bandung, el movimiento de los No Alineados para demostrar la posibilidad de formas alternativas de desarrollo político. La expresión «Tercer Mundo» expresaba la idea de entidades muy distintas de las de los mundos primero y segundo, capitalista y comunista.

En la práctica, los nuevos Estados independientes vieron en el en-

frentamiento de las superpotencias una amenaza a la vez que una oportunidad. No querían perder su independencia, pero encontraban ventaja en mostrarse como anticomunistas, o como anticapitalistas a su conveniencia, para ganar apoyo en sus conflictos con enemigos locales. Las dos superpotencias sucumbieron a estos trucos más a menudo de lo prudente, tanto con la idea negativa de impedir que el otro bando obtuviera ventajas estratégicas atrayendo a clientes del Tercer Mundo como con la idea positiva de fomentar sus valores autóctonos. Debido a que las regiones del Tercer Mundo resultaron mucho menos estables que Europa, hubo muchas oportunidades de conflicto, que en muchos casos fueron harto peligrosas.

La crisis más peligrosa tuvo lugar en octubre de 1962, cuando la Unión Soviética intentó instalar misiles en Cuba. Las relaciones de este país con Estados Unidos habían empeorado progresivamente después del derrocamiento del régimen de Batista a finales de 1958, hasta el extremo que el nuevo líder, Fidel Castro, declaró que su revolución era marxista-leninista, y que John Kennedy, en una de las primeras acciones de su presidencia, apoyó un fracasado desembarco de exiliados en la isla. Castro deseaba la protección soviética contra una invasión norteamericana y Jruschov vio ahí la oportunidad de corregir un cambio desfavorable para él en el equilibrio militar, puesto que la producción norteamericana de misiles balísticos intercontinentales superaba a la soviética. Cuando Kennedy, después de avisar a Jruschov de lo peligroso de su decisión, descubrió el engaño soviético, se enfureció y exigió que se desmontaran las bases soviéticas de misiles. Tras varios días de mucha tensión, Jruschov se resignó, salvando algo de su prestigio al obtener de Washington la promesa de que no invadiría Cuba y de que retiraría de Turquía los misiles norteamericanos (cuya retirada ya estaba programada de todos modos).

La crisis cubana resultó tan inquietante para Jruschov y para Kennedy que condujo a una serie de medidas, entre ellas el establecimiento de una «línea roja» telefónica para que se comunicaran en situaciones similares, además de algunas negociaciones con el fin de suavizar la amenaza nuclear. El primer resultado fue el Tratado de Prohibición Parcial de Pruebas Atómicas de 1963, que puso fin a las pruebas nucleares en la atmósfera. Después de Cuba, las dos superpotencias nunca más llegaron a una situación en la que se arriesgaran

a un enfrentamiento directo. Esto no significó que eludieran intervenir en los conflictos del Tercer Mundo, pero su participación en ellos se limitó a proporcionar adiestramiento y material a los amigos, o bien, cuando más, a luchar contra los amigos del otro bando.

El caso más grave fue la intervención norteamericana en el conflicto de Vietnam del Sur, que se inició a finales de los años cincuenta y comienzos de los sesenta, cuando el régimen anticomunista apoyado por Norteamérica vacilaba ante el empuje de una insurrección apoyada por Vietnam del Norte. A comienzos de 1965, cuando el gobierno sudvietnamita parecía a punto de hundirse, los norteamericanos lanzaron una amplia campaña aérea contra el norte, y al ver que ésta no provocaba grandes cambios en la situación en tierra, llevaron allí a gran número de tropas de combate. El impacto de la campaña aérea se vio limitado por el deseo de no provocar una guerra con China, y la campaña terrestre se vio minada por la escasa experiencia norteamericana en la guerra de guerrillas y por la creciente exasperación del pueblo norteamericano, al comprobar que el número de bajas crecía sin ningún propósito claro.

La lección que sacó el presidente Richard M. Nixon, al llegar a la Casa Blanca a comienzos de 1969, fue que los amigos (o clientes) de los norteamericanos debían librar sus propias guerras, aunque podían contar con un importante apoyo logístico. Basándose en esto, en 1973 ya había sacado de Vietnam a las tropas norteamericanas y negociado un acuerdo de paz, que no consiguió evitar que los comunistas se apoderaran del Sur. El mismo enfoque se aplicó en el Próximo Oriente, aunque con mayor éxito, cuando en 1973 los israelíes se tambalearon ante un ataque por sorpresa de Egipto y Siria. Estados Unidos no intervino directamente, pero estableció un masivo puente aéreo para ayudar a que los israelíes se repusieran.

Mientras los norteamericanos se empantanaban y desmoralizaban en Vietnam, la Unión Soviética había invertido en toda clase de medios militares y en la capacidad de proyectarlos por todo el mundo. Una parte importante de este aumento de poder puede atribuirse a la ruptura soviética con China, que se convirtió en una guerra ideológica en 1963 y que en 1969 casi condujo a una guerra abierta cuando hubo escaramuzas por las disputas fronterizas entre los dos gigantes comunistas. Los norteamericanos aprovecharon esta ruptu-

ra para mejorar sus relaciones con China y con la Unión Soviética y también para facilitar su salida de Vietnam.

Al avanzar la década de los setenta, sin embargo, las actividades soviéticas que aspiraban a explotar los conflictos del Tercer Mundo con el fin de aumentar su influencia global alarmaron a la opinión pública norteamericana. Por ejemplo, los soviéticos llevaron por avión a cubanos y a alemanes del Este a países africanos desgarrados por luchas internas (Angola, Abisinia) y ayudaron a Vietnam a extender su hegemonía por toda Indochina. La inquietud por las intenciones soviéticas llegó a su punto culminante en diciembre de 1979, cuando tropas soviéticas entraron en masa en Afganistán, donde reinaba una situación caótica desde el año anterior, después del golpe dado por un grupo marxista.

La acción soviética estuvo determinada por la situación local, aunque en Occidente se le dio una interpretación más espeluznante; algunos la vieron incluso como el inicio de un avance hacia el Golfo. Esto reflejaba la inquietud occidental y no los objetivos soviéticos, debido a que los aumentos de precio del petróleo, en el decenio anterior, habían fomentado una percepción muy clara de la dependencia occidental respecto al petróleo del Golfo, tanto más cuanto que después del derrocamiento del sha de Irán por los fundamentalistas, en 1979, hubo una nueva crisis petrolera.

La invasión de Afganistán provocó la congelación de las relaciones soviético-norteamericanas. Cuando Ronald Reagan llegó a la presidencia, en 1981, mostró poco interés por la *détente* y pidió al Congreso importantes créditos militares. Se armaron guerrillas afganas anticomunistas. Los aliados europeos de Washington se sentían inquietos por temor a que se rompiera la compleja red de acuerdos Este-Oeste que habían aportado cierto grado de estabilidad a Europa. Cuando se aplastó otro movimiento de liberación en Europa oriental, esta vez con la declaración del estado de sitio en Polonia, pidieron que la reacción fuese moderada, pues seguían reconociendo la existencia de una esfera de influencia soviética. Sin embargo, a despecho de las vociferantes protestas soviéticas y de grandes manifestaciones de masas organizadas por movimientos locales favorables al desarme, aceptaron la introducción en Europa occidental de nuevos misiles intermedios, como respuesta a un formidable aumento de la capacidad soviética en misi-

les, aunque al mismo tiempo alentaron a Reagan a adoptar nuevas iniciativas sobre control de armamentos. Ahora sabemos que fue un período de gran inquietud en Moscú, donde se temía que los norteamericanos estaban preparando realmente la guerra.

El temor soviético reflejaba una creciente sensación de debilidad en Moscú. Las fuerzas soviéticas no obtenían éxitos en Afganistán y sus bajas aumentaban. Los reducidos beneficios obtenidos con las demás intervenciones de los años setenta condujeron a una nueva evaluación de este tipo de acción global. Entretanto, el incremento de armamento norteamericano, con algunos planes muy imaginativos sobre defensa basada en el espacio frente a ataques por misiles, mostraban cuánto más avanzado tecnológicamente estaba Occidente respecto al Este. Desde mediados de los años sesenta, la economía soviética se hallaba estancada, y las tentativas de utilizar la *détente* de comienzos de los setenta para importar tecnología occidental habían generado más deudas que dinamismo. En la lucha ideológica, el comunismo estaba perdiendo terreno a ojos vista. El nivel de vida occidental entrañaba un desafío a las vacilantes economías del bloque soviético. Los dirigentes habían envejecido junto con la economía. Tres de ellos —Leonid Brézhnev, Yuri Andrópov y Konstantín Chernenko—, murieron en rápida sucesión mientras ocupaban su cargo.

A principios de 1985, los dirigentes soviéticos hicieron un último y desesperado intento por salvar el sistema. A Chernenko le sucedió Mijaíl Gorbachov, mucho más joven, que trató de modernizar el sistema soviético con los lemas de *perestroika* (reorganización) y *glasnost* (transparencia), y habló sinceramente de la necesidad de una reforma política que hiciera posible una reforma económica. Esta tarea exigía calmar las relaciones con Occidente mediante acuerdos sobre control de armamentos y una campaña de apaciguamiento político. Su disposición a reducir el poder militar soviético impresionó incluso a los gobiernos conservadores de Ronald Reagan en Estados Unidos y de Margaret Thatcher en Gran Bretaña.

Al parecer, Gorbachov creía todavía que el Partido Comunista podría ser un instrumento de cambio radical, pero para que fuese eficaz debía desafiar directamente los privilegios del Partido y la

ideología que los apoyaba. También era necesario un desafío similar en Europa oriental, a pesar de que los partidarios de la línea dura se hallaban tan firmemente instalados en el poder que allí la alternativa no era un partido reformador sino la supresión del Partido. Ya estaban abandonando el viejo orden comunista Polonia, bajo estado de sitio, pero con un movimiento sindical disidente muy poderoso, Solidaridad, y una Hungría más liberal. En 1989 se alcanzó un punto decisivo cuando Gorbachov tuvo que decidir entre poner fin al viejo poder comunista o sostenerlo y correr el riesgo de perder la buena voluntad occidental que había obtenido y de reforzar en el país a los partidarios de la línea dura. En honor suyo, optó por lo primero.

Cuando Hungría abrió su frontera con Austria, los alemanes del Este lo aprovecharon para escapar hacia Occidente. A diferencia de 1961, esta vez la pérdida de población coincidió con manifestaciones de masas en Leipzig y otras ciudades. El gobierno de Alemania Oriental perdió la serenidad y confió en que podría obtener una imagen más moderada, simbolizada por el derribo del Muro de Berlín. Fue una esperanza vana.

El año 1990 se abrió con el comunismo en retirada en toda Europa oriental y con el aumento de las presiones favorables a la reunificación de Alemania, debidas en gran parte a los movimientos de población de Este a Oeste y pese a recelos tanto en Occidente como en el Este. Al parecer, ya no existía ninguna base geopolítica o ideológica para un Estado alemán oriental separado. Los primeros meses del año se ocuparon en tratar de decidir cómo llevar a cabo esta unificación sin alarmar a la Unión Soviética, aunque el resultado sería inevitablemente reforzar la OTAN, y esto al mismo tiempo que el Pacto de Varsovia se hundía. Para conseguirlo, Occidente debía demostrar que no trataría de aprovechar la debilidad de Moscú, y que ayudaría al proceso de reforma política y económica. Pero esta vez la podredumbre en el sistema soviético era demasiado profunda para que bastaran para combatirlo simples reformas. Tras sobrevivir a un inepto golpe de los comunistas de la línea dura, Gorbachov cometió el error de no advertir que esto significaba el final del poder del Partido Comunista. No quedaba nada que mantuviera unida la Unión

Soviética. Los Estados bálticos reclamaban desde hacía tiempo su independencia y ahora se accedía a esta demanda, con lo que Rusia se encontró sin unos territorios costosamente adquiridos a lo largo de los siglos. Como parte del acuerdo de 1990, Occidente continuó halagando a los rusos, reconociendo todavía su condición de gran potencia y consultándolos en toda clase de crisis. A fin de cuentas, Rusia poseía un importante arsenal nuclear.

Pero la situación internacional había cambiado. Junto con la euforia del final de la guerra fría y de la reunificación de Alemania, en octubre de 1990 se produjo el brutal acto de agresión de Iraq contra Kuwayt, en el Golfo, en agosto de 1990 y luego la sangrienta desintegración de Yugoslavia, que comenzó en el verano de 1991. La situación en el Golfo permitía una respuesta enérgica y coherente a un desafío que se comprendía bien en el marco claro de las relaciones internacionales, pero la situación de Yugoslavia pilló a las viejas potencias desorientadas frente a conflictos insolubles y destructivos, sumergidos en una atmósfera de nacionalismos étnicos. Para algunos, incluso la guerra fría aparecía como un período de calma y estabilidad en la turbulenta historia de Europa en el siglo xx.

La tajante bipolaridad de los años de la guerra fría condujo a una especie de orden en Europa, pero no era un orden que pudiese durar indefinidamente, pues se basaba en una división ideológica inevitablemente competitiva. Mientras un bando prosperaba a ojos vista y disfrutaba de libertad, el otro estaba marcado por el estancamiento y la represión. Fuera de Europa, ni la bipolaridad estratégica ni la ideológica fueron tan absolutas y las corrientes encontradas derivadas de las diferentes condiciones locales y sus historias produjeron una gran diversidad de políticas locales. La influencia del antagonismo Este-Oeste podía ser, por lo tanto, una fuente de gran violencia, como en Asia oriental, o bien de estabilidad. La guerra fría se vio, además, acompañada por el temor constante a que un choque de las superpotencias tendría consecuencias realmente apocalípticas. Que esto pudiera evitarse, de modo que la conclusión formal llegara con relativa suavidad, y que los valores políticos liberales triunfaran, nos permite afirmar que, en la medida en que una guerra puede ser buena, ésta lo fue.

# 14. Estados Unidos desde 1945

JAMES PATTERSON

La historia de Estados Unidos entre 1945 y 1995 puede dividirse, a grandes rasgos, en dos épocas diferentes, cada una de aproximadamente veinticinco años. La primera, desde el final de la segunda guerra mundial hasta finales de los años sesenta, se caracterizó por un crecimiento económico y una abundancia sin precedentes en la historia del mundo. Una economía dinámica, basada en gran medida en la producción de bienes de consumo, permitió que se viviera con una comodidad inimaginable durante la gran crisis de los años treinta y que sobrepasaba con mucho los niveles de otras zonas del mundo. El progreso económico, a su vez, parecía erosionar las divisiones sociales, religiosas, regionales, étnicas y de clase. A mediados de los cincuenta algunos intelectuales creyeron que la nación se había convertido en una sociedad «postindustrial» de consenso. Dwight *Ike* Eisenhower, presidente de la nación desde 1953 hasta comienzos de 1961, gozó durante el desempeño de su cargo de una extraordinaria popularidad. Se resistió a cambios importantes y para muchos norteamericanos representaba una áncora de estabilidad y prosperidad en un mundo tempestuoso.

La riqueza del período suscitó enormes esperanzas sobre la capacidad de Estados Unidos de fomentar una buena vida para las personas, una gran sociedad para grupos antes desafortunados, especialmente para los afroamericanos, y un orden mundial democrático no comunista. A mediados de los sesenta, cuando el optimismo llegó a su punto álgido, la mayoría de los norteamericanos se sentía extraordinariamente esperanzada respecto al futuro y con-

fiada en una mayor extensión de sus derechos personales y civiles.

El desarrollo de la conciencia de los derechos hizo de los años sesenta un decenio excepcionalmente turbulento de cambio social y político. El Tribunal Supremo, dominado por su juez presidente Earl Warren y otros liberales, amplió considerablemente los derechos civiles y las libertades de grupos agraviados, entre ellos los negros, las mujeres, los perceptores de ayudas de bienestar social, los izquierdistas y los acusados de delitos. John F. Kennedy, que sucedió a Eisenhower, fomentó las esperanzas al hablar de una «nueva frontera» que transformaría la vida norteamericana. Lyndon Johnson, que ocupó la presidencia después del asesinato de Kennedy, en noviembre de 1963, proclamó su compromiso con lo que llamó la Gran Sociedad. Elegido por una mayoría aplastante en 1964, convenció al Congreso para que aprobara en 1965 una profusa legislación liberal. Los partidarios de las reformas estaban más esperanzados que nunca, pues confiaban en la virtual abolición de la pobreza y en un orden social cada vez más igualitario. Johnson se sentía igualmente optimista acerca de la capacidad de Norteamérica de proteger la democracia y el capitalismo en el mundo, incluso en zonas muy lejanas, como el sureste de Asia. A los norteamericanos les parecía, en aquel momento, que no había tarea que no pudiera emprender la nación incomparablemente más rica y más poderosa de la historia del mundo.

Incluso antes de 1970 la incesante «revolución de las expectativas» empezó a sobrepasar la capacidad de las instituciones políticas y económicas para satisfacerla. Esto era muy evidente en lo relativo a Vietnam, que atascó al país en diez años de lucha —la guerra más larga de la historia norteamericana— y que fomentó una gran animosidad en su población. Los defensores de los derechos se enfrentaron, además, a otros obstáculos. Los militantes negros, alcanzados por fin los derechos legales, reclamaban igualdad social y económica. Inspirándose en su ejemplo, otros grupos —mujeres, indios, mexicano-americanos— luchaban también por una mayor justicia social. La mayoría de los norteamericanos, sin embargo, creía en la igualdad de oportunidades para los individuos y no en la imposición gubernamental de igualdad de condiciones para los colectivos. Por ello se resistieron a la concesión de más garantías de derechos, espe-

cialmente tras una serie de disturbios callejeros que asolaron el centro de las ciudades a finales de los años sesenta. En 1968, una reacción contra las reclamaciones de derechos sacudió la política y la cultura del país, dividido por cuestiones de raza, etnias, sexo, región y clase social.

La turbulencia de finales de los sesenta y comienzos de los setenta perjudicó la imagen del gobierno a los ojos del pueblo. Johnson desorientó a la nación acerca de la actuación en Vietnam y prometió más de lo que podía dar en cuestiones interiores. Cuando su popularidad se hundió, en 1968, decidió no volver a presentarse para la presidencia, y su sucesor republicano, Richard Nixon, desorientó aún más al pueblo en lo referente a Vietnam y mintió acerca de la participación de sus ayudantes en un robo en la sede del Comité Nacional Demócrata, en el edificio Watergate de Washington. Cuando quedó al descubierto su encubrimiento, el escándalo Watergate le obligó a dimitir en 1974. Fue el primer presidente en la historia del país que tuvo que hacerlo.

Los engaños de Johnson y Nixon indignaron a millones de norteamericanos y contribuyeron a la elección de candidatos que rechazaban las soluciones gubernamentales de los problemas públicos. El demócrata Jimmy Carter ganó las elecciones a la presidencia en 1976 frente al presidente Gerald Ford, con una campaña en la que insistió en su desconfianza ante Washington. Ronald Reagan, presidente de 1981 a 1989, afirmaba que el gobierno en sí era el problema. Su sucesor, George Bush, era casi tan conservador como él. Bill Clinton, que en las elecciones de 1992 acabó con el dominio republicano de la Casa Blanca, hizo una de las campañas electorales más conservadoras de los demócratas de la posguerra.

El peor golpe a la era de optimismo de la posguerra fue el de la situación económica, cuando, a finales de los sesenta, aumentaron las presiones inflacionarias causadas sobre todo por los gastos militares. Otras fuerzas agravaron la inestabilidad económica: la debilidad del sector manufacturero, especialmente en el acero y los automóviles, el auge de la competencia de otras naciones, como Alemania y Japón, y una crisis petrolera que sacudió a gran parte del mundo industrializado en 1973-1974. Para entonces, millones de norteamericanos, nacidos con el *baby boom* (aumento espectacular de la natalidad) de los

cuarenta y cincuenta, entraron en el mercado de trabajo y encontraban dificultades para obtener empleos seguros y bien pagados. Lo mismo ocurría con las mujeres que, en número sin precedentes, trabajaban por un salario, pues el porcentaje de mujeres adultas en el mercado de trabajo pasó del veintiséis por ciento en 1940 al cuarenta y dos por ciento en 1970, y siguió subiendo a lo largo de los años setenta y ochenta.

La economía se volvió todavía más incierta a finales de los setenta y principios de los ochenta. Una «estanflación» con desempleo forzoso e inflación de más del diez por ciento inquietó tanto al pueblo como a los dirigentes políticos, que parecían incapaces de restaurar la estabilidad y el crecimiento. La situación mejoró a mediados de los ochenta, pero el crecimiento económico siguió siendo lento y a comienzos de los noventa otra recesión agitó al país. Un porcentaje creciente de personas trabajaba en el sector de servicios, donde se ofrecían salarios bajos y pocas prestaciones. En 1996, Estados Unidos y Sudáfrica eran los dos únicos países industrializados que carecían de un sistema público de seguridad médica.

La inestabilidad económica exacerbó las tensiones sociales que ya se habían intensificado a finales de los sesenta. La tasa de pobreza, que descendió del veintidós por ciento de la población en 1959 al once por ciento en 1973, volvió a subir y permaneció entre el trece y el quince por ciento en los dos decenios siguientes. Aumentó la desigualdad de ingresos, lo mismo en los tiempos relativamente buenos de mediados de los ochenta que en los inciertos de finales de los setenta y comienzos de los noventa. Las informaciones sobre los millones acumulados por los magnates de las empresas y por los especuladores acuciaron los antagonismos de clase. Los embarazos fuera del matrimonio y los divorcios, que comenzaron a aumentar a comienzos de los setenta, alcanzaron porcentajes muy altos en los setenta y ochenta. Lo mismo ocurrió con los delitos de violencia, que superaron con mucho los de otros países occidentales. En las ciudades, los guetos habitados por los afroamericanos sufrían una tasa especialmente elevada de desempleo, delincuencia y disolución de las familias. Las relaciones raciales parecían más agrias en los ochenta y noventa que en cualquier época posterior a 1945. Otros grupos —mujeres, indios, inmigrantes recientes— se quejaban con ira de la

discriminación que sufrían y afirmaban su derecho a una identidad de grupo, en una sociedad cada vez más multicultural. Grupos religiosos fundamentalistas actuaban abiertamente, desafiando con audacia los valores laicos y se oponían a causas como la del derecho de las mujeres al aborto. Ya en los ochenta y noventa, la derecha religiosa había conseguido una considerable influencia política, especialmente en el sur y el oeste.

Algunos observadores insistían en que la resistencia y la fragmentación crecientes de después de los años sesenta no era motivo de alarma. Estados Unidos, a fin de cuentas, era una nación geográficamente vasta y muy poblada, en la cual debían esperarse desacuerdos. (La población aumentó de unos ciento cuarenta millones en 1945 a más de doscientos cincuenta millones a comienzos de los noventa.) Era también un país muy heterogéneo. En 1990, vivían en él unos treinta millones de negros, que formaban el doce por ciento de la población. Un total de veintidós millones de personas declararon en el censo, en la misma época, que eran hispanoamericanos, o sea, el nueve por ciento de la población, porcentaje que aumentaba rápidamente. En los noventa, llegaban al país cada año aproximadamente un millón de inmigrantes legales, en su mayoría asiáticos y latinoamericanos. Muchos otros llegaban ilegalmente. Dadas estas circunstancias no sorprende que abundaran los conflictos multiculturales, especialmente en una época de gran conciencia de los derechos y en que los medios de comunicación de masas prestaban mucha atención a los casos de explotación.

Los que aconsejaban conservar la calma recordaban también a los alarmistas que Estados Unidos seguía siendo una nación notablemente estable políticamente. Pese a los excesos de dirigentes como Johnson y Nixon, el centro se mantenía. El país seguía fiel a la Constitución que fuera ratificada en 1789 y a unas prácticas electorales que eran la envidia de gran parte del mundo. Las leyes de derechos civiles, de amplio alcance, aprobadas en 1964 y 1965, continuaban vigentes en los años noventa, lo mismo que la mayoría de las decisiones liberales del Tribunal Supremo de Warren. La conciencia de los derechos, que había alcanzado su punto máximo en los años sesenta, dejó una profunda huella en la vida de los norteamericanos, al ampliar los derechos civiles y las libertades del pueblo.

Incluso la economía consiguió avanzar, traqueteando y con modestas tasas, casi todos los años a partir de 1982. La mayor parte de las familias estaba algo mejor, en cuanto a ingresos reales, de lo que estuviera en los setenta, en parte porque muchas esposas y madres formaban parte de la fuerza de trabajo. A mediados de los noventa, las tasas de inflación y de desempleo eran moderadas en comparación con las de muchas otras naciones industriales. Y el llamado «sueño americano», según el cual quienes trabajaban duro podían ascender en una sociedad libre y democrática, conservaba parte de su magnetismo, especialmente para los millones de extranjeros que seguían percibiendo Estados Unidos como un faro de oportunidades económicas y políticas.

Sin embargo, había menguado el creciente optimismo que caracterizó los años cuarenta, cincuenta y comienzos de los sesenta. Los retrocesos y la fragmentación parecían endémicos. No se veía que cediera el egocentrismo de los grupos de interés. El ruido de los antagonismos culturales resultaba a veces ensordecedor. Aunque Estados Unidos seguía siendo una nación rica y poderosa, estaba lejos de resolver sus divisiones internas.

La fortaleza de la economía norteamericana entre 1945 y finales de los sesenta se debía en gran medida a la vasta expansión de la producción durante la segunda guerra mundial y al enorme aumento de los gastos en todos los niveles de los gobiernos federal, estatales y municipales. La guerra sacó a Estados Unidos de la gran crisis, erradicó virtualmente el desempleo y permitió a millones de norteamericanos ahorrar. Además, dejó a la nación en una asombrosa posición dominante. A finales de los cuarenta, con el siete por ciento de la población mundial, poseía el cuarenta y dos por ciento de los ingresos del mundo, representaba la mitad de la producción manufacturera mundial y poseía las tres cuartas partes de las reservas de oro del globo. El ingreso per cápita de los norteamericanos, a mediados de 1949, era de 1450 dólares, mucho más alto que el del siguiente grupo de naciones (Canadá, Gran Bretaña, Nueva Zelanda, Suiza y Suecia), que estaba entre los 700 y los 900 dólares. El norteamericano urbano consumía, a la sazón, más de tres mil calorías diarias de ali-

mentos, cifra que era aproximadamente el cincuenta por ciento más alta que la de los habitantes de Europa occidental.

Hechos de muy diversa índole aceleraron el crecimiento económico norteamericano a finales de los cuarenta y en los cincuenta. Uno, que persistió hasta los setenta, fue el precio notablemente bajo de la energía, especialmente del petróleo. Otro fue la ausencia de competencia exterior por parte de las naciones asoladas por la guerra. El Congreso ayudó también a la expansión económica, al aprobar en 1944 la llamada Ley de derechos de los GI (o sea, «personal militar licenciado»), que ofrecía a los veteranos de regreso considerables beneficios que les permitían matricularse en institutos y universidades. Los organismos federales encargados de los veteranos y de la vivienda les proporcionó hipotecas a muy bajo interés. La enseñanza superior y la construcción experimentaron así un fantástico crecimiento en la posguerra.

Los ahorros de la época de la guerra estimularon un *boom* de la producción de bienes de consumo, especialmente de automóviles. Ya en 1950 había 49300000 autos registrados en una nación que contaba solamente con 39300000 familias, y en 1960 se habían registrado 73800000 vehículos. Era un nivel de propiedad de automóviles que asombraba a los visitantes del país y que estimuló muchas otras actividades económicamente importantes, como el consumo de aceite y gasolina, el crecimiento de los suburbios, la construcción de centros comerciales y autovías; estimuló, asimismo, los negocios de moteles y restaurantes.

Un *baby boom* acompañó esta aceleración del progreso económico. En 1946 —el año que siguió al regreso al país del personal militar—, el número de nacimientos subió a 3400000, un veinte por ciento más que en 1945. Para sorpresa de los demógrafos, esta subida persistió hasta los sesenta. Las tasas de natalidad (nacimientos vivos estimados por millar de habitantes) fueron de entre dieciocho y diecinueve anuales durante los años de la crisis económica; a partir de 1946 y hasta 1959, siempre fueron de veinticuatro o más. El número total de nacidos, entre 1946 y 1964, fue de 76400000, o sea, dos quintos de la población de 1964, que era de 192000000.

Los demógrafos han sugerido diversas explicaciones para este extraordinario incremento de la natalidad. Las causas variaron conside-

rablemente. Una razón fue la psicología de muchos adultos jóvenes de la posguerra, pues los norteamericanos, que vivían en una era de gran prosperidad, se sentían optimistas respecto al futuro; se daban cuenta de que podían permitirse casarse —la edad promedia del matrimonio bajó—, comprar una casa y criar una familia de tres o cuatro hijos. Este aumento tuvo, además, enormes consecuencias económicas, pues estimuló un dinámico «mercado juvenil» de juguetes, golosinas, discos, ropa infantil, lavadoras, muebles y toda clase de las llamadas «máquinas para ahorrar trabajo» en el hogar. Aceleró también la extensión de la televisión, que llegó virtualmente a todos los hogares ya a mediados de los sesenta. La construcción de escuelas y las plazas de personal docente para ellas se convirtieron en una importante actividad económica de los cincuenta y sesenta.

La respuesta de muchos norteamericanos a esta prosperidad suscitó considerables críticas contemporáneas. El economista John Kenneth Galbraith, en *La sociedad opulenta* (1958), deploraba la manera como los norteamericanos despilfarraban dinero en bienes de consumo de baratillo mientras denegaban fondos para los servicios públicos. Había, realmente, un aspecto barroco —enormes y brillantes aletas traseras en los automóviles, por ejemplo— en el ávido consumismo de la época. Otros libros, especialmente *The Other America (La otra América)* de Michael Harrington (1962), lamentaban la persistencia de la pobreza en medio de la abundancia. Más del veinte por ciento de la población vivía en familias que no tenían ingresos suficientes para alcanzar ni siquiera la «línea de pobreza» fijada por el gobierno. Como la agitación social de los sesenta reveló con especial claridad, las tajantes diferencias de clase seguían afectando a millones de personas. Se había exagerado el supuesto consenso socioeconómico de los cincuenta.

De todos modos, el progreso económico era lo bastante importante para incitar al optimismo a las clases medias, cada vez más numerosas y que fueron ascendiendo entre 1945 y finales de los sesenta. Después de todo, muchos recordaban los miedos de la Gran Depresión, cuando el desempleo afectó al veinticinco por ciento o más de la fuerza de trabajo y cuando el porcentaje de los norteamericanos sumidos en la pobreza (que a la sazón no se medía oficialmente) alcanzó, tal vez, el cincuenta por ciento. En contraste, muchos de los años cincuenta y sesenta presentaron un desempleo

relativamente bajo (habitualmente del cuatro al seis por ciento), precios estables y un importante crecimiento económico. Los programas sociales gubernamentales, la mayoría de ellos iniciados en los años treinta, crecieron lenta pero firmemente.

El número de personas ancianas que recibían cheques de la Seguridad Social pasó de 1 200 000 en 1950 a 5 700 000 en 1960, y el total pagado por este concepto durante esos años pasó de 960 000 000 a 10 700 000 000 de dólares.

Los indicadores sociales parecían especialmente prometedores durante los años cincuenta y comienzos de los sesenta. La tasa de divorcios permaneció inusualmente baja entre 1947 y 1963; la delincuencia no era una preocupación mayor; los jóvenes terminaban más años de escolaridad y tenían más probabilidades de ir a la universidad. Gracias en parte a los bajos niveles de inmigración (a causa de leyes restrictivas promulgadas en los años veinte), se creía que las distinciones étnicas disminuirían gradualmente; el «crisol» *(melting pot)* parecía hervir con especial fuerza. Los conservadores (entre otros) se sentían tranquilizados por las estadísticas sobre asistencia a funciones religiosas, que en 1959 llegó al nivel nunca antes alcanzado del sesenta y nueve por ciento de la población. Evangelistas como el reverendo Billy Graham atraían a una enorme audiencia. En 1954 el presidente Eisenhower firmó una ley que añadía la frase «una nación bajo Dios» *(One nation under God)* al juramento de lealtad que recitaban los escolares. Un año después, el Congreso aprobó una ley que añadía la frase «confiamos en Dios» *(In God We Trust)* a las monedas y los billetes norteamericanos.

El progreso económico y la aparente estabilidad social de finales de los cuarenta y de los cincuenta fomentaron una complacencia política que hacía el juego a los dirigentes moderados y conservadores. Harry Truman, que sucedió en la presidencia a Frankin D. Roosevelt a la muerte de éste, en abril de 1945, intentó ampliar muchos de los programas sociales de Roosevelt y que se aprobaran leyes de seguro médico y de ayuda a la educación con financiación federal. Aunque gozaba de suficiente popularidad para ser reelegido en 1948, la coalición de conservadores de ambos partidos, que dominaba el Congreso, frustró estas iniciativas. En 1952 Eisenhower consiguió una victoria clara y si no trató de abrogar las medidas sociales ya exis-

tentes, se opuso a más propuestas liberales. Salvo por una ley de 1956 sobre autovías, que destinó miles de millones a la construcción de carreteras, no salió del Congreso ninguna legislación importante entre 1945 y comienzos de los sesenta.

En estos años, la guerra fría dominaba la política norteamericana, especialmente después de que Estados Unidos se viera involucrado en la guerra de Corea entre 1950 y 1953. Tanto Truman como Eisenhower dedicaron más tiempo y esfuerzo a la política exterior que a la interior. Los dirigentes políticos no se atrevían a parecer «blandos» frente al comunismo ni a proponer programas progresistas, pues la izquierda era más débil en Estados Unidos que en otros países. El senador Joseph McCarthy, un demagógico senador republicano de Wisconsin, atrajo mucha atención entre 1950 y 1954 acusando a Truman, a funcionarios del Departamento de Estado y a liberales en general de dar refugio en el gobierno a elementos subversivos. En 1954 se excedió al atacar al ejército, lo que le supuso la pérdida de toda respetabilidad. Antes de esto, sin embargo, una «alarma roja» de posguerra emponzoñó la política norteamericana y puso a los liberales a la defensiva, de la que no salieron hasta comienzos de los sesenta, cuando otros alborotos agitaron la sociedad y la política del país.

Retrospectivamente resulta fácil advertir que algunas de las raíces de esta agitación se hallaban en una evolución social y cultural que fue adquiriendo fuerza durante los años cincuenta. Al final de este decenio, grupos dispersos de jóvenes, muchos de los cuales se llamaban a sí mismos *beats* (hastiados), rechazaban deliberadamente lo que consideraban el craso materialismo y el conformismo de la sociedad norteamericana. Un número mucho mayor de jóvenes seguía ávidamente a Elvis («la Pelvis») Presley y otros músicos del rock and roll. Los conservadores se asustaron por el desarrollo de una cultura juvenil irreverente y también les preocupaba que algunas mujeres empezaran a pedir algo más que el papel de criar hijos y ocuparse del hogar que la cultura les había prescrito.

Los negros se mostraban especialmente inquietos. En una vasta e importante migración, millones partieron del Sur en los años cuarenta y cincuenta (y posteriores) buscando empleo y mejor trato en

el Norte y el Medio Oeste. Los que se quedaron en el Sur, sin embargo, seguían enfrentándose a la discriminación y a la segregación legales. En 1954, el Tribunal Supremo dio por unanimidad una sentencia que hizo historia, en el caso de Brown contra el Ministerio de Educación, por la que ponía legalmente fin a la segregación racial en las escuelas públicas; pero no podía imponer el cumplimiento de su sentencia y en el Sur profundo siguió siendo la norma, hasta los setenta, que hubiera escuelas para blancos y escuelas para negros. A los negros les molestaba igualmente la discriminación y la segregación en lugares y transportes públicos. En 1955, la costurera negra Rosa Parks se negó a ceder su asiento a un viajero blanco en un autobús de la ciudad de Montgomery, en el estado de Alabama. Su acto de resistencia desencadenó un espectacular boicot por parte de los negros, a los autobuses de la ciudad, boicot que duró un año y que estableció la reputación del reverendo Martin Luther King Jr., un joven y carismático defensor de los derechos civiles y de la no violencia, que se convirtió en el líder del movimiento. El boicot terminó con una victoria parcial de los derechos civiles (los autobuses cambiaron sus normas) pero no alteró la segregación en Montgomery ni en ningún otro lugar del Sur.

Estas y otras manifestaciones de desasosiego de finales de los cincuenta, sin embargo, no guardaban relación entre sí y no parecían cambiar el aire del tiempo. El activismo de los derechos civiles se presentaba más bien como apacible, en 1958 y 1959. Y el Congreso se mantuvo contrario a cualquier cambio hasta mediados de los sesenta. Aunque el llamamiento de Kennedy en favor de una Nueva Frontera pudo ayudarle a ganar las elecciones presidenciales de 1960, su victoria fue muy reducida y la coalición conservadora del Congreso bloqueó sus propuestas de ayuda federal a la educación y a la sanidad. Kennedy, como sus predecesores, gastó la mayor parte de su capital político no en cuestiones internas sino en medidas para reforzar el país frente al comunismo en el mundo.

Sin embargo, mientras los políticos libraban la guerra fría, a comienzos de los sesenta se traslucían signos de un cambio espectacular. En 1960, la Dirección de Alimentos y Medicamentos autorizó la venta del Enovid, una píldora anticonceptiva, con lo que adquirió nuevo ímpetu una ya iniciada revolución en la conducta sexual. El

mismo año, jóvenes radicales fundaron el movimiento Estudiantes para una Sociedad Democrática (SDS), que ya adentrado el decenio se convirtió en la más conocida entre muchas otras organizaciones de izquierdas. En el Sur ocurrió algo de gran importancia: jóvenes activistas, muchos de ellos negros, iniciaron en 1960 una serie de «sentadas» *(sit-ins)* en protesta por la segregación racial en bares, restaurantes y otros locales. Su audacia inauguró una fase mucho más activista del movimiento de los derechos civiles. En los años siguientes, King y otros participaron en miles de manifestaciones, la mayoría en el Sur, generadoras de una irresistible fuerza moral, que entusiasmaba no sólo a los partidarios de los derechos civiles de los negros sino también, con el tiempo, a activistas de muchos otros grupos postergados de la sociedad norteamericana, como mujeres, mexicano-americanos, indios, gays y minusválidos. Ningún hecho social de la historia norteamericana de posguerra fue, pues, más importante que el movimiento por los derechos civiles.

Muchos otros acontecimientos de principios de los sesenta revelaron también crecientes presiones en favor de una sociedad más libre e igualitaria. En 1962 el cantante Bob Dylan escribió *The Times They Are Changing (Los tiempos están cambiando)*, profecía de los cambios culturales que se avecinaban. El mismo año, la bióloga Rachel Carson publicó *Silent Spring (Primavera silenciosa)*; su conmovedora condena de la contaminación ambiental fue el evangelio de un movimiento ecologista que llegó a su auge en los setenta y la ya mencionada obra de Harrington, *The Other America*, tuvo el mismo papel para los críticos de la pobreza. En 1963, James Baldwin, un destacado escritor afroamericano, publicó *The Fire Next Time (La próxima vez el fuego)*, airada advertencia sobre el enfrentamiento racial, y Betty Friedman editó *The Feminine Mystique (La mística femenina)*, un ardiente llamamiento, profusamente leído, a luchar por los derechos de las mujeres. En 1964, el dinámico dirigente negro Malcolm X rompió con los Musulmanes Negros, formó la Organización para la Unidad Afroamericana y movilizó a los negros de los guetos del Norte. En California, César Chávez y otros organizaron a los trabajadores del campo y dirigieron huelgas y boicots que obtu-

vieron mucha resonancia entre la opinión para mejorar las condiciones de trabajo de los explotados peones agrícolas, muchos de los cuales eran filipinos y mexicano-americanos.

Aunque estos y otros acontecimientos de principios de la década de los sesenta no formaban un movimiento coherente, se sucedieron unos a otros rápida y enérgicamente. Muchos de ellos, especialmente los enfrentamientos, a menudo sangrientos, por los derechos civiles, fueron ampliamente difundidos gracias a la televisión, que llegaba a su mayoría de edad como medio de comunicación. Los tiempos estaban cambiando realmente, con repetidos golpes a las normas y a la beatería de los años cuarenta y cincuenta. A mediados y finales de los sesenta, cientos de miles de estudiantes de institutos y universidades exigían la liberalización de los programas de estudio y de las reglas referentes a las relaciones sociales entre estudiantes masculinos y femeninos. Algunos jóvenes, entre ellos los que se calificaban a sí mismos de miembros de una «contracultura», formaron comunas en las cuales a modo de desafío tomaban drogas y exhibían su libertad sexual. Las revistas y las películas abandonaron las normas, establecidas desde hacía mucho tiempo, contra la exhibición de escenas de sexo y violencia. El «rock ácido» —estruendoso y sólo vagamente comprensible para muchos—, hacía que el sonido de los pioneros, como Presley, pareciera domesticado y anticuado. En 1969, los homosexuales de Stonewall Inn, en el barrio neoyorquino de Greenwich Village, lucharon contra el hostigamiento policial durante cinco días de motines, y así suscitaron una mayor conciencia de grupo entre los gays.

Algunas de estas actividades, especialmente el movimiento por los derechos civiles, ejercieron una enorme presión sobre la política del país, que se escoró brevemente hacia el centro izquierda en 1964 y 1965. Johnson, hábil dirigente formado en el poder legislativo, utilizó estas presiones lo mismo que el deseo popular de redimir las aspiraciones de Kennedy para conseguir la aprobación de reformas. Tuvo la suerte de que la economía fuera más próspera que nunca anteriormente, pues los años sesenta constituyeron el período de crecimiento económico más largo de la historia del país, lo cual estimuló las ya considerables expectativas e hizo que fuera posible llevar a la práctica varios programas sociales. Además, dio la impresión de

que él y sus consejeros liberales, rodeados de una economía saludable, sabían lo que estaban haciendo.

En aquellos dos años, y gracias a estas y otras razones, Johnson pudo obtener del Congreso leyes importantes. Se aprobó una «guerra a la pobreza», la ayuda federal a la educación primaria y secundaria, el sistema contributivo de seguro médico para los ancianos llamado Medicare, un programa de cuidados médicos para los pobres llamado Medicaid, financiado por los impuestos, y una reforma de la ley sobre inmigración que puso fin al sistema, que había durado cuarenta años, basado en una espuria clasificación racial. Y, algo aún más importante, el Congreso aprobó dos leyes de derechos civiles. La primera, votada en 1964, abolía la discriminación y segregación de iure en la vida pública. La segunda, aprobada después de espectaculares manifestaciones en Selma, Alabama, a comienzos de 1965, establecía la imposición federal del derecho al voto, lo cual puso término a la discriminación racial en la política sureña. Estas dos leyes constituyeron la legislación interior más importante aprobada en Estados Unidos durante el siglo xx.

Cuando en agosto de 1965 se firmó la Ley del Derecho al Voto, muchos liberales se alegraron, pues preveían una era nueva, más igualitaria. Pero cinco días después los negros se amotinaron en el gueto de Los Ángeles llamado Watts. A este estallido siguieron muchos disturbios raciales, los peores de los cuales tuvieron lugar en 1967, revelando la persistente ira de muchos afroamericanos. Los amotinados, como muchas otras personas, habían sido arrastrados por la revolución de las grandes expectativas y de la conciencia de los derechos. Pedían no sólo la igualdad ante la ley —cosa que otorgaban las leyes sobre derechos civiles—, sino también mayor justicia económica y social. Al mismo tiempo, el movimiento por los derechos civiles, hasta entonces orgullosamente interracial, se dividió en términos raciales y renunció a la no violencia. Las divisiones en un movimiento que había sido el más importante motor de cambio de los sesenta perjudicaron la consecución de reformas sociales que en 1965 parecían estar muy al alcance.

Además, gran parte de la legislación aprobada en 1964 y 1965 no satisfizo todas las esperanzas que Johnson y otros políticos habían suscitado. La «guerra contra la pobreza» disponía de pocos fondos,

y por este y otros motivos tuvo menos impacto que el crecimiento económico en la disminución de la pobreza en los sesenta. Los programas de «acción comunitaria» fomentaron el antagonismo entre los pobres, que querían dirigirlos, y los dirigentes municipales que se oponían a tales desafíos a su autoridad. La ayuda a la educación, que se había anunciado como un medio para mejorar la educación de los pobres, no parecía tener efectos importantes, en parte porque los administradores del sistema escolar desviaron gran parte de los fondos a suburbios acomodados. Las escuelas de los barrios pobres, generalmente en el centro de las ciudades, a las cuales asistían sobre todo grupos de minorías, parecían empeorar en vez de mejorar. Medicare y Medicaid mejoraron la atención médica de millones de norteamericanos, pero ambas iniciativas carecían de controles eficaces de los costos, que con el tiempo ascendieron vertiginosamente. Las limitaciones de estos y otros programas se derivaban en gran parte de la fuerza de los grupos de intereses específicos —dirigentes municipales, administradores escolares, empresas, la profesión médica—, que ejercieron presión para dar forma a la aplicación de las leyes. Las limitaciones, además, contrastaban fuertemente con la hipérbole que Johnson y otros liberales emplearon para conseguir que se aprobaran las leyes en cuestión. Este contraste perjudicó gravemente a los liberales y, por extensión, a la reputación del gobierno. A partir de finales de los sesenta, los conservadores llevaron la ofensiva en el debate y en la práctica de la política.

Lo que más perjudicó a los reformadores fue la participación norteamericana en la guerra de Vietnam, que Johnson intensificó en 1965. A finales de su presidencia, en 1969, había más de medio millón de personal militar norteamericano en el Sureste asiático. A medida que aumentaba esta participación, resultaba cada vez más difícil encontrar dinero para los programas sociales del país, y al ir aumentando de modo alarmante las cifras de bajas humanas, los norteamericanos comenzaron a comprender que Johnson los había engañado en cuanto a la situación militar y política en Vietnam. En todo el país hubo airadas protestas contra la guerra, muchas de ellas encabezadas por estudiantes universitarios (y por organizaciones radicales, como la SDS). No impresionaron al presidente, que se mantuvo tercamente fiel a su política, pero fueron constantes recordato-

rios de la agitación en el país. La gente se quejaba de un «vacío de credibilidad» entre lo que el gobierno aseguraba que hacía y lo que hacía en realidad. Este vacío persistió mucho después de terminada la guerra; de hecho, hasta los años noventa.

Por otra parte, los indicadores de estabilidad social, tan importantes para el optimismo de los años cuarenta y cincuenta, cambiaron considerablemente a mediados y finales de los sesenta. Empezaron a subir las tasas de divorcio, de hijos ilegítimos, de delitos violentos, así como el número de personas que recibían subsidios del Estado. Empezaron a bajar las notas de los exámenes de los estudiantes de secundaria. Las razones de esta situación eran complejas. Algunos lo achacaban a la revolución sexual, la televisión, las películas o la tolerancia de los padres al criar a sus hijos. Otros lamentaban el papel de la desigualdad y la relativa pobreza, pues las estadísticas sociales más alarmantes se referían a los pobres. Y aun otros llegaron a la conclusión de que las causas del aumento de la delincuencia eran en parte demográficas. Alrededor de 1963, un número sin precedentes de niños producto del *baby boom* llegó a la adolescencia, es decir, la edad susceptible de delinquir y participar en otras formas de conducta desordenada. Sin embargo, ninguna teoría lo explicaba todo. Muchos norteamericanos, confusos y furiosos por lo que estaba sucediendo, achacaron lo que les parecía una fragmentación de la sociedad civilizada a los jóvenes y los activistas: negros, mexicano-americanos, feministas, estudiantes, manifestantes contra la guerra, «holgazanes» que vivían de la caridad oficial, grupos contraculturales, músicos de rock.

A finales de los sesenta el resentimiento de clase había crecido de modo claro. Cuando los afroamericanos y otros grupos reclamaban una «acción afirmativa», es decir, dar plazas en escuelas, universidades, empleos, etc., a los colectivos más desfavorecidos, u otras formas de protección federal, muchos blancos de clase obrera o de clase media baja protestaron contra lo que consideraban un tratamiento favorable a otros. Los obreros (incluyendo los obreros negros) se resentían también de lo que consideraban como una hipocresía de los estudiantes de clase media que protestaban contra la guerra, la mayoría de los cuales gozaba de aplazamientos para su servicio militar. «Ahí estaban esos chicos, esos chicos ricos que podían ir a la univer-

sidad y que no debían ir a la guerra —se quejaba un obrero de la construcción—. Te dicen que tu hijo murió en vano. Te hacen sentir que toda tu vida es una mierda, que no vales nada.»

Era una típica expresión del *backlash* (la reacción), como lo llamaron los comentaristas de aquel momento. En parte era de origen racial, en parte se basaba en antagonismos de clase. Cualesquiera que fuesen las causas, ayudaron, a partir de 1964 a las aspiraciones políticas de los dirigentes conservadores y reaccionarios, entre ellos el gobernador de Alabama George Wallace, uno de los candidatos a la presidencia, que resultó muy popular en los barrios obreros de las ciudades norteñas lo mismo que en el Sur. El año 1964 fue en muchos aspectos un año terrible en la historia de Estados Unidos, pues, entre otras cosas, fueron asesinados Martin Luther King y Robert Kennedy, hermano de Jack Kennedy y candidato a la presidencia. Nixon, que competía con Wallace por el voto producto de la reacción popular, ganó las elecciones con un programa que no manifestaba ningún entusiasmo por las reformas interiores y ofrecía sólo un vago «plan secreto» para poner fin a la participación en la guerra de Vietnam.

Muchos de los cambios sociales que sacudieron a la gente en el decenio crucial de los sesenta persistieron en los años siguientes. La desconfianza respecto al gobierno, ya fuerte de por sí, se generalizó cuando Nixon mantuvo la guerra en Vietnam cuatro años más y trató de ocultar el papel de sus ayudantes principales en el escándalo del Watergate. Gerald Ford, que lo sustituyó, no tenía ningún mandato favorable al cambio. Para entonces, además, la economía había caído en una situación inestable, que persistió durante los veinte años siguientes. Ni él ni Jimmy Carter, su sucesor, lograron sacar al país de la murria que lo dominaba. Ronald Reagan obtuvo la victoria en 1980 achacando a Carter la situación económica y prometiendo mostrarse más duro que nadie con la Unión Soviética. La guerra fría seguía activa y muy presente en la política norteamericana.

Reagan era, en cierto modo, una figura extraordinaria. Profundamente conservador, atrajo a los norteamericanos que desconfiaban del gobierno afirmando que reduciría sus funciones. Obtuvo también

el apoyo de muchos elementos de la derecha religiosa, que había adquirido nueva vitalidad, lo mismo que de muchos decididos anticomunistas. Antiguo actor de cine, tenía buena imagen en la televisión, ahora parte vital de las campañas políticas. El capital político más valioso de Reagan, aparte de una cierta mejora de la economía en 1982, pudo muy bien ser su contagioso optimismo. Los norteamericanos, tras soportar los tumultos de los sesenta y el estancamiento de los setenta, deseaban un dirigente que les dijera una y otra vez que todo iba bien en Estados Unidos y en el mundo. Fue reelegido en 1984 y, a despecho de algunos escándalos en su segundo mandato, siguió siendo popular hasta que terminó éste en 1989.

George Bush, que llegó a la presidencia en 1989, había sido vicepresidente con Reagan. Aunque más moderado que su predecesor, compartía el desinterés de éste por las cuestiones interiores. Si bien se ganó una popularidad pasajera librando con éxito una breve guerra con Iraq en 1991, los votantes le achacaron la brusca recesión económica que sufrieron durante su mandato y eligieron a Bill Clinton en 1992. Éste demostró ser el primer presidente de posguerra, después de Johnson, que se concentraba en liberalizar la política interior, especialmente la referente a la atención médica. Algunos liberales esperaban que pudiera romper el bloqueo legislativo que, aparte de un breve intervalo en 1964-1965, había prevalecido en la política nacional a partir de 1945.

Las encuestas a comienzos de los noventa seguían revelando poderosos sentimientos antigubernamentales en los electores, y en 1994 los republicanos recuperaron el control de las dos cámaras legislativas, por primera vez desde 1954. La nueva legislatura amenazaba con anular muchas de las leyes sociales y ecológicas aprobadas por los liberales en los años sesenta, y consiguió (con la anuencia de Clinton) poner fin a los derechos a las prestaciones sociales establecidos en 1935. Aunque Clinton consiguió vencer de nuevo en las elecciones de 1996, se encontró con mayorías republicanas en ambas cámaras y no parecía que fuese a defender causas liberales. Para colmo, nada sugería que pudieran repararse pronto las divisiones sociales del país. Los conflictos de clase, región, sexo, raza, étnicos y religiosos eran tan agudos como siempre, incluso más. Distintos grupos de interés conservaban un importante poder político. En muchos as-

pectos los norteamericanos estaban mejor que en 1950 o incluso 1975, pero sus expectativas y la conciencia de sus derechos, fomentadas por la prosperidad y el optimismo de los años de posguerra, eran a menudo mayores de lo que sus instituciones podían satisfacer. A finales de los años noventa, como en la mayor parte del tiempo desde finales de los sesenta, mucha gente está algo mejor pero se siente algo peor.

# 15. La Unión Soviética y después

ARCHIE BROWN

La Unión Soviética sufrió enormes pérdidas, tanto humanas como materiales, durante la segunda guerra mundial, pero salió de ésta con remozado prestigio. Aunque ningún Estado había aportado tanto a la derrota de la Alemania nazi, la gratitud de sus aliados occidentales pronto se transformó en temor y hostilidad cuando Stalin convirtió la esfera de influencia soviética en Europa oriental en un bloque rígidamente controlado y volvió a imponer en la URSS un régimen totalitario, en nada menos opresivo que el del período de preguerra.

La mayoría de los rusos no se daba cuenta de su grado de opresión, mientras que sí la percibían los pueblos de los territorios incorporados a la URSS, como las repúblicas bálticas (que antaño fueron parte del imperio ruso pero que gozaron de independencia en el período entre las dos guerras mundiales), y zonas de Ucrania occidental. El líder soviético no tuvo dificultad en restablecer su dictadura de los tiempos de paz, gracias a una combinación de rígido control estatal del sistema educativo y de los medios de comunicación, a la ubicua presencia de la policía secreta y al apoyo ciego a Stalin, cuyo nombre se relacionaba estrechamente, por encima de todo, con la victoria en la Gran Guerra Patriótica. Era una dictadura cuyos súbditos, patrióticamente orgullosos de participar en la reconstrucción de su país devastado, creían sinceramente que vivían en una sociedad más justa que cualquiera de los países occidentales.

Una mendaz pero eficaz maquinaria de propaganda tuvo su parte en producir esta visión de las cosas, por la cual la supresión de la libertad y de la individualidad, así como la presencia de penuria eco-

nómica acompañaban un apoyo entusiasta de una gran parte de la población al Estado soviético. Los años de la posguerra llegaron a una siniestra culminación a comienzos de los cincuenta. Se aumentó selectivamente la represión, que ya era muy severa, con malévolos ataques a los «cosmopolitas desarraigados» (lo cual, en el lenguaje codificado soviético indicaba a los judíos), y es probable que sólo la muerte de Stalin, en marzo de 1953, salvara al país de un baño de sangre de una envergadura que hubiese recordado los postreros años de la década de los treinta.

Aunque la Unión Soviética acabó cada vez más influida por el mundo que la rodeaba, mientras Stalin vivió pudo aislarse en notable medida de todas las influencias exteriores. De hecho, incluso en la generación que siguió a la muerte de Stalin (hasta mediados de los ochenta), el conocimiento que los ciudadanos soviéticos tuvieron de Occidente fue limitado por una censura estricta, por la interferencia de todas las emisiones extranjeras en ruso y por la vigilancia de todos los contactos con ciudadanos extranjeros, aunque esto último fue menos riguroso que en tiempos de Stalin.

En la cima del Partido Comunista, el Politburó del Comité Central y, sobre todo, la Secretaría General, se concentraba tanto poder político que el tono de la vida política siguió siendo el que daba el jefe supremo del Partido (el secretario general o primer secretario del Comité Central, como se le llamó desde 1953 a 1966). Al principio, sin embargo, no estuvo claro que el nuevo jefe supremo, Nikita Jruschov, fuese realmente el sucesor de Stalin como jefe del Partido. En sus últimos años, Stalin había gobernado a través del aparato administrativo, como presidente del Consejo de Ministros, a través de la policía secreta, y a través del Partido Comunista, de modo que quedaba confuso el hecho de que quien ocupara la Secretaría del Partido Comunista dispondría de más recursos políticos que cualquier otro.

Durante el primer año tras la muerte de Stalin, el nuevo presidente del Consejo de Ministros, Gueorgui Malenkov, disponía de poderes que rivalizaban con los de Jruschov y en Occidente se le veía como el jefe soviético número uno. Siguió una lucha por el poder en

la cual los adversarios de Jruschov fueron personas que habían estado más cerca de Stalin que él, aunque todos (incluyendo el propio Jruschov) habían sido estalinistas y ninguno tenía las manos limpias. Algunos, sin embargo, como Malenkov (que en 1955 perdió su cargo de presidente del Consejo de Ministros en favor de Nikolái Bulganin) estaban dispuestos, en los primeros años postestalinistas, a adoptar una línea más suave, una de cuyas manifestaciones fue el apoyo a un desarrollo más rápido de las industrias de productos de consumo, mientras que otros, como Lázar Kaganóvich y Viacheslav Molótov, seguían siendo partidarios de la línea ultradura, aunque aliados con el intrigante Malenkov en su desconfianza respecto al efervescente e imprevisible Jruschov.

Éste les hizo la vida más peligrosa —y, de hecho, se la hizo a los comunistas en todas partes— cuando expuso los crímenes de Stalin. En su «discurso secreto» en una sesión a puerta cerrada del XX Congreso del Partido Comunista Soviético, a comienzos de 1956, Jruschov lanzó un devastador ataque contra los métodos de Stalin para aterrorizar y asesinar a miembros del partido gobernante (aunque no dijo nada sobre la represión de los no comunistas). El jefe que hasta entonces había sido tratado como una figura divina quedó al descubierto como un cruel déspota.

Muchos comunistas, sinceros aunque crédulos, fáciles de embaucar, en la Unión Soviética y todavía más fuera de ella, quedaron destrozados por la información que Jruschov reveló. Aparte de algunos detalles, la mayor parte de lo que divulgó no era nuevo para los observadores occidentales objetivos, pero a los comunistas rusos y occidentales les había resultado fácil considerarlo como embustes cuando procedía de fuentes de información «burguesas». Nada los había preparado para el impacto psicológico que representaba enterarse por el mismísimo jefe del Partido Comunista soviético de que Stalin había sido personalmente responsable de la muerte de muchos de sus héroes revolucionarios. Lo más peligroso para Jruschov fue que la denuncia de los crímenes de Stalin estimuló a algunos disidentes y suscitó el comienzo de un movimiento reformador en los partidos comunistas de Europa oriental y central, y ayudó a que se manifestasen los descontentos en Polonia y Hungría. Aunque en otras ocasiones Jruschov mostró un sentido humano que estaba completa-

mente ausente en Stalin, no dejaba de ser un comunista de la vieja escuela, y en el otoño de 1956 no vaciló en enviar tanques soviéticos a Hungría, para poner fin a lo que se convirtió en una revolución y una amenaza potencial a la hegemonía soviética en el conjunto de los países satélites.

Los enemigos de Jruschov en el equipo dirigente soviético creían, no sin razón, que con su informe sobre Stalin había hecho trizas el mito de la infalibilidad del Partido Comunista soviético, y se unieron en 1957 para intentar derribarlo. Frente a una oposición de lo que describió como «una llamada mayoría aritmética» en el Politburó (o Presidium del Comité Central, como a la sazón se llamaba al Politburó), Jruschov obtuvo el apoyo del Comité Central, organismo que hasta entonces había seguido siempre obedientemente los edictos del Politburó, aunque, según los estatutos del Partido, al Comité Central le correspondía elegir al Politburó y en principio poseía una autoridad superior a la del pequeño grupo de los líderes del Partido. Jruschov ya había usado con habilidad su poder como jefe del Partido Comunista, pues revitalizó la organización del Partido e hizo numeroso cambios de personal, tantos que muchos de los miembros del Comité Central le debían su puesto. Ante el dilema de escoger entre su protector, Jruschov, y los enemigos de éste en el Politburó, una mayoría del Comité Central apoyó a Jruschov, que en pocos años pudo eliminar de la vida política a los otros herederos de Stalin que habían tratado de desplazarlo. Los calificó de «grupo antipartido», y así se los llamó en las historias oficiales del Partido Comunista soviético, aunque habían pasado largos decenios en el seno del Partido; de hecho, era estrictamente un grupo opuesto a Jruschov, unido sólo por su temor a que éste se convirtiera en todopoderoso y por su deseo de conservar lo esencial del sistema que Stalin construyó sobre los fundamentos dejados por Lenin.

Era revelador, sin embargo, que a los adversarios derrotados de Jruschov se les dieran cargos menores o se les permitiera jubilarse, en vez de ser ejecutados como habría ocurrido en tiempos de Stalin. El propio Jruschov era consciente de la medida en que sus propios reflejos y convicciones políticos se habían moldeado durante los años de Stalin, pero poseía la capacidad de superar esta experiencia. Poco educado pero inteligente, era capaz de mostrarse brutal, aunque

también de responder a las necesidades corrientes del ciudadano soviético. Creyente sincero en los ideales de los fundadores del poder soviético, fue probablemente el último dirigente soviético que creía sinceramente que se consagraba a construir una sociedad comunista que se gobernaría a sí misma y en la cual el Estado acabaría por marchitarse por sí solo. Era pragmático más que teórico —a Mao, que le irritaba con sus pretensiones de ideólogo, le dijo que «no se puede hacer sopa con una idea»— y el haber dado los primeros pasos de la desestalinización no fue el único logro de la era de Jruschov.

Un vasto programa de construcción de viviendas permitió a millones de ciudadanos soviéticos salir de los pisos comunales e instalarse en pisos unifamiliares, tiempo en que mejoraron las condiciones de vida cotidiana familiar. Además, disponer de vivienda propia —la mayoría, de propiedad municipal— tenía un significado que iba más allá de lo material. La mayor intimidad era un estímulo a la libertad de expresión en privado; tres decenios más tarde se le sumó la libertad de expresión en público, para la cual la privada había sido una condición previa vital.

La economía soviética seguía creciendo, en términos cuantitativos —aunque no tan rápidamente como pretendían las estadísticas oficiales—, y cuando las prioridades políticas y los recursos económicos se concentraban en una determinada zona de desarrollo se podían lograr resultados espectaculares. El aspecto que más impresionó al mundo exterior y que ayudó a crear la ilusión entre los dirigentes occidentales de que la economía soviética podía superar a la de Occidente fue la hazaña tecnológica de lanzar el primer *Sputnik* en octubre de 1957, y la de poner en el espacio a la primera persona, Yuri Gagarin, en abril de 1961. La Unión Soviética también dedicó grandes recursos a mejorar y aumentar su fuerza militar, con especial interés por los misiles, si bien no fue sino hasta los años de Brézhnev —concretamente, en la primera mitad de los setenta— cuando se alcanzó una cierta paridad militar con Estados Unidos.

Aunque, tomado en su conjunto, el período de gobierno de Jruschov fue mucho menos inhumano que el de Stalin, se caracterizó por inconsistencias en muchas esferas, entre ellas la cultural. Así, por un lado, se vilipendió a Borís Pasternak por la publicación en el extranjero de su novela *Doctor Jivago* y se le prohibió que aceptara el Pre-

mio Nobel de Literatura en 1958, mientras que, por otro lado, se permitió en 1962 que Alexandr Solzhenitsin publicara su poderoso relato corto *Un día en la vida de Iván Denisóvich*, que rompió el silencio sobre los escandalosos malos tratos infligidos a los presos políticos en los campos de trabajo de Stalin. Una nueva contradicción fue que Jruschov desempeñó un papel decisivo en la liberación de varios millones de víctimas de Stalin encerradas en estos campos, pero en cambio persiguió con energía la religión y clausuró centenares de iglesias, especialmente durante sus últimos años en el poder.

El estilo de gobierno de Jruschov comprendía frecuentes reorganizaciones administrativas y gran inseguridad en sus puestos para los funcionarios del Partido y del Estado (incluso si la pérdida del cargo era una sanción muy suave comparada con la pérdida de la vida en tiempos de Stalin); estas reorganizaciones le fueron enajenando el apoyo de sus camaradas y sus subordinados. A partir de 1958, Jruschov combinó su dirección del Partido con la presidencia del Consejo de Ministros e impulsó muchas decisiones, entre ellas la instalación de misiles nucleares en Cuba, en 1962, que sus colegas consideraron imprudente y peligrosa. Cuando conspiraron para arrebatarle el poder, en octubre de 1964, no se repitió la crisis del «grupo antipartido» de 1957. Esta vez la mayoría del Comité Central se alegró de verlo derrotado y la población en general, convencida de que los cambios políticos en la cumbre estaban tan fuera de su influencia y control como la meteorología, siguió con su vida como si nada hubiese sucedido. No fue sino hasta finales de los años ochenta cuando se pudo publicar en Rusia una evaluación equilibrada de la era Jruschov, y sólo entonces se le reconoció que, pese a su negativa a cambiar fundamentalmente el sistema soviético, había roto el tabú de las críticas a Stalin.

La resistencia a un cambio fundamental del sistema fue una actitud todavía más característica de los sucesores inmediatos de Jruschov. Después de éste se estableció una dirección más colegiada, con Leonid Brézhnev como dirigente del Partido y Alexéi Kosiguin como presidente del Consejo de Ministros. Brézhnev se mantuvo en la Secretaría General durante casi dos décadas, hasta su muerte en el cargo en 1982. Kosiguin ocupó el suyo hasta unos meses antes de fa-

llecer, en 1980, pero en los años setenta, a diferencia de la segunda mitad de los sesenta, tuvo mucho menos poder que Brézhnev, que demostró una vez más que la Secretaría General del Partido era el cargo más poderoso. Comunista cauteloso y conservador, Brézhnev se contentó con aumentar gradualmente su poder y con correr pocos riesgos, en la política interior lo mismo que en la exterior; incluso se puso término a la relativa libertad de criticar los crímenes de Stalin, pues los sucesores de Jruschov se dieron cuenta de que una investigación sin trabas de la historia soviética minaría su propia autoridad. Los miembros más viejos del Politburó —Brézhnev, Kosiguin, Suslov, Kirilenko y (a partir de 1973) Gromiko, Ustinov y Andrópov— habían hecho carrera en tiempos de Stalin y con métodos que no resistirían un examen a fondo, aunque algunos, como Ustinov, que tuvo un papel importante en el esfuerzo de guerra, y Kosiguin, que era un eficiente administrador económico, tenían en su haber sólidas realizaciones.

Que se pusiera fin a la desestalinización fue algo muy inquietante para aquel sector del mundo cultural que había empezado a pensar en términos reformistas del sistema, y los más audaces comenzaron a disentir abiertamente ya en la segunda mitad de los años sesenta. Los dirigentes, sin embargo, adoptaron medidas severas y eficaces para evitar que la disidencia se convirtiera en un movimiento de masas. Un signo inicial de su determinación de no tolerar la menor oposición fue el proceso y encarcelamiento, en 1966, de los escritores Yuri Daniel y Andréi Siniavski por haber publicado en el extranjero, y bajo seudónimo, obras consideradas antisoviéticas. Fue en esa época cuando dejaron de aceptarse para su publicación las obras de Alexandr Solzhenitsin, lo cual lo convirtió de un opositor encubierto en un opositor declarado del régimen. Fue sometido a constante vigilancia y se le acosó y hostigó hasta que se vio obligado a irse al exilio, del cual no regresó a Rusia hasta 1994. El otro disidente soviético de comparable prestigio internacional, el físico Andréi Sajárov, fue desterrado de Moscú en 1980 y obligado a vivir en exilio administrativo durante los siete años siguientes en la ciudad provincial de Gorki (que ahora ha recobrado su viejo nombre de Nizhny Nóvgorod). A los disidentes menos famosos se los trató todavía con mayor dureza y algunos de ellos murieron en campos de

trabajos forzados, aunque en pequeño número comparado con los que perecieron durante el terror en masa de los tiempos de Stalin.

Para la mayoría de la población, los años de Brézhnev fueron, sin embargo, los más estables y previsibles de la historia rusa en el siglo XX, el período que suscitaba más nostalgia a juzgar por las encuestas de opinión de mediados de los años noventa, aunque al propio Brézhnev no se le apreciaba mucho, ni en estas encuestas ni cuando estaba en el poder. Mientras que el terror de Stalin era arbitrario y podía golpear a cualquiera sin previo aviso, en la Unión Soviética de Brézhnev había reglas de juego. Las críticas en privado podían compaginarse, con razonable ausencia de peligro, con una conducta política conformista y una lealtad total en público. La extrema atomización de la sociedad soviética y el miedo, característico de la era de Stalin, a expresar puntos de vista políticos heterodoxos, incluso en un círculo de amigos, empezó a sustituirse bajo Jruschov y también bajo Brézhnev, por una franca dicotomía entre las maneras de hablar en casa y en el trabajo. La URSS era todavía un Estado muy autoritario, pero iba convirtiéndose gradualmente en postotalitario.

Con todo, estaba lejos de poseer una sociedad civil, pues los grupos y las redes informales eran una cosa, y los grupos organizados otra muy distinta. Aparte de los círculos disidentes, numéricamente reducidos y constantemente perseguidos, no se permitía que surgieran colectivos autónomos capaces de criticar a las autoridades del Estado-Partido, una situación que perduró hasta la era de Gorbachov. En los últimos años de la existencia de la URSS, el desarrollo de algunos elementos de la sociedad —en la medida en que esto era posible— fue más consecuencia de las reformas de Gorbachov que una precondición de éstas. Pero en la era de Jruschov y Brézhnev hubo graduales cambios sociales, de modo que a mediados de los ochenta la sociedad estaba más preparada para reformas liberalizadoras que en el momento de la muerte de Stalin. Pese a las presiones ideológicas, el sistema educativo había alcanzado niveles que podían compararse sin desventaja a los sistemas de los países occidentales, y la expansión de la educación superior produjo una amplia capa social de profesionales, un número importante de los cuales se resentía cada vez más de la imposibilidad de viajar al extranjero o de leer libros que las autoridades consideraban políticamente inapropiados. Estos

elementos formaban potencialmente un estrato favorable al cambio, aunque muchos de ellos habían caído en el cinismo durante los años de Brézhnev y se politizaron solamente cuando, gracias a Gorbachov, ya no fue peligroso disentir.

A finales de los setenta, la salud de Brézhnev se deterioró y, aunque los medios de comunicación soviéticos trataron de compensar su progresiva mala salud construyendo un culto de la personalidad que resultó un miniculto comparado con el de Stalin, la verdad era que las decisiones importantes las adoptaba una reducida oligarquía dentro del Politburó, en cuyo seno, además del mismo Brézhnev, las voces más influyentes eran las de Suslov, Gromiko, Ustinov, Andrópov y (excepto en los Asuntos Exteriores) Chernenko. Una decisión adoptada por Brézhnev junto con este grupo fue la de enviar tropas soviéticas a Afganistán, en diciembre de 1979, lo cual empeoró las ya malas relaciones con Estados Unidos y empujó a la URSS a un empantanamiento militar comparable, en ciertos aspectos, a la guerra norteamericana en Vietnam.

En el interior del país, la política de Brézhnev de «estabilidad de los cuadros» permitió que el grupo dirigente envejeciera junto, mientras que muchos problemas fundamentales no recibían la atención apropiada, entre ellos el de la tasa de crecimiento económico, que a comienzos de los ochenta había descendido a cero, además del deterioro de los indicadores de salud y mortalidad, el empeoramiento de la contaminación ambiental y el aumento del alcoholismo y de la corrupción. La estructura de edad del grupo dirigente era tal que Brézhnev fue el primero de tres secretarios generales que murieron en el espacio de dos años y medio. Su sucesor, Yuri Andrópov, que fuera jefe de la KGB durante quince años, trató de revitalizar la economía soviética y de hacer frente a la corrupción, pero había límites estrictos a su reformismo, lo mismo que a su capacidad física. A los pocos meses de suceder a Brézhnev, en noviembre de 1982, su salud empezó a declinar y murió en febrero de 1984. Su sucesor, Konstantín Chernenko, duró sólo trece meses en el cargo antes de morir a su vez. Subordinado leal de Brézhnev durante muchos años, Chernenko no hizo nada digno de señalarse durante su breve mandato. Dada la su falta de experiencia en asuntos internacionales, Andréi Gromiko tuvo las manos más libres que nunca para ocuparse de la política exterior soviética... que no

cambió ni en estilo ni en contenido mientras se encargó del Ministerio de Asuntos Exteriores. Las relaciones con Occidente seguían siendo tensas en el momento en que finalmente hubo un cambio generacional en el grupo dirigente soviético y se escogió a Mijaíl Gorbachov, de cincuenta y cuatro años de edad, para suceder a Chernenko.

Desde que en 1978 entró en el grupo dirigente soviético, a la temprana edad de cuarenta y siete años (temprana para la Rusia de Brézhnev), Gorbachov era, con mucho, el miembro más joven del grupo. Su relativa juventud le fue adversa al principio, pero cuando Chernenko, después del largo período de visible decadencia física (de Brézhnev y Andrópov), murió en marzo de 1985, los oligarcas gobernantes comprendieron que el ritual anual de los entierros oficiales estaba convirtiéndose en una broma de mal gusto. Esto, junto con la sólida base de poder que Gorbachov se había formado para entonces en el secretariado del Comité Central, lo designó como sucesor natural. Fue, así, el sexto, y resultó que el último, de los secretarios generales del Partido Comunista de la Unión Soviética.

La sugerencia que se ha hecho a veces en Occidente de que el Politburó escogió a un partidario de la «línea blanda» en respuesta a la «línea dura» del presidente norteamericano Ronald Reagan es una fantasía. La política exterior soviética no estaba en discusión cuando se eligió a Gorbachov, y éste no dio el menor indicio de que quisiera adoptar una política de conciliación con Occidente, ni en público ni en las reuniones del Politburó, como tampoco lo hizo en la reunión en que sus colegas del Politburó votaron por unanimidad recomendarlo al Comité Central para el puesto de secretario general. Ni estaba claro para sus colegas que elegían a un auténtico reformista, y menos a alguien que sacudiría los fundamentos mismos del sistema soviético.

La llegada al poder de Gorbachov fue, sin embargo, un hecho decisivo para la historia de Rusia y de Europa. Su relativa apertura de espíritu significaba que sus puntos de vista se fueron desarrollando durante sus años como dirigente y que pronto se dio cuenta de la necesidad de reformas económicas y de cambios políticos. Al principio, se trató de reformas dentro de los límites del sistema existente, con la reorganización *(perestroika)* de la economía soviética, que llevaría a

una aceleración *(uskorenie)* del crecimiento económico. Propició una mayor transparencia *(glasnost)*, deseable por sí misma y por razones pragmáticas, como un medio de revitalizar y movilizar a una sociedad estancada. Desde el comienzo de su jefatura, Gorbachov habló también de la necesidad de democratización *(demokratizatsiya)* de la sociedad soviética, aunque los cambios políticos propiciados durante sus tres primeros años en el cargo de secretario general podrían describirse más como de liberalización que de democratización. Fue en la XIX Conferencia del Partido Comunista soviético, en el verano de 1988, cuando Gorbachov asumió la responsabilidad del gesto decisivo de convertir el sistema soviético en algo de esencia totalmente diferente, y cuando aceptó no sólo el principio de elecciones para una nueva legislatura sino que propuso que se redactaran aquel mismo año las leyes correspondientes y que la nueva Asamblea empezara a funcionar en la primera mitad de 1989.

En cada año de la segunda mitad de los ochenta se fueron ensanchando los límites de la *glasnost* hasta que no pudo distinguirse esta apertura de la libertad de expresión y de publicación. Se suprimió un tabú tras otro, al ir tomando impulso la evolución política del país. La crítica a Stalin precedió a la crítica a Lenin, y a finales del decenio ya se podía atacar en letra impresa no sólo al principal fundador del Estado soviético, sino también a los actuales dirigentes del Partido Comunista y hasta los fundamentos mismos del sistema económico y político soviético. Se publicaron en ediciones de gran tirada obras antes prohibidas y que tuvieron un efecto profundo en la opinión pública, como *El archipiélago gulag*, de Alexandr Solzhenitsin, *Relatos del Kolimá*, de Varlam Shalamov, que exponía lo más abyecto de la vida en los campos de trabajo soviéticos, las obras de Daniel y de Siniavski, el *1984* y *Rebelión en la granja* de George Orwell, y *El cero y el infinito* de Arthur Koestler. Decenas de millones de rusos, que antes daban por descontado el sistema comunista, se convirtieron en anticomunistas.

Si la *perestroika* fue en sus inicios una «revolución desde arriba», aunque en sus aspectos más radicales contaba sólo con el apoyo de una minoría de la dirección del Partido (aunque incluyendo en ésta, de modo crucial, a Gorbachov), para 1989-1990 se había convertido ya, cada vez más, en un movimiento desde abajo. Las elecciones que

tuvieron lugar en marzo de 1989 trajeron la derrota de numerosos funcionarios del Partido Comunista y dieron puestos en la legislatura a nacionalistas de las repúblicas bálticas y caucásicas, así como a numerosos rusos liberales y radicales, entre ellos Sajárov. El propio Gorbachov había pasado de reformador en ciernes del sistema soviético a dirigente que reconocía la necesidad de una profunda transformación. En 1988 en privado y en 1990 en público, había aceptado la necesidad de sustituir el unipartidismo de autoridad por un pluralismo político, en el cual las elecciones irían produciendo un sistema de partidos que compitieran entre sí, mientras que la economía de mando, propiedad en su totalidad del Estado, dejaría paso a una propiedad mixta y a una economía predominantemente de mercado.

Sin embargo, por temperamento y por convicción política, Gorbachov era más partidario de la evolución que de la revolución, y su posición resultó extraordinariamente difícil cuando la anterior unidad, artificial pero eficaz, del sistema soviético fue dando paso a un alto grado de polarización. De un lado, en 1990 se encontró superado por radicales como Borís Yeltsin, cuya rápida transformación de jefe comunista local en tribuno democrático del pueblo fue posible gracias al espacio para la acción política independiente abierto por las reformas de Gorbachov. Por otro lado, Gorbachov se encontraba sujeto a presiones cuando menos igualmente intensas por parte de los defensores del sistema soviético en los aparatos del Partido y del Estado, entre los militares y la KGB, temerosos de que los cambios de largo alcance propiciados por él pusieran en peligro el sistema tal como lo conocían y la integridad del Estado soviético.

Gorbachov no sólo estaba dispuesto a ver transformarse el sistema soviético, sino que tuvo un papel decisivo en el avance hacia el pluralismo político. Pero no formaba parte de su proyecto de evolución tolerar la ruptura del Estado soviético. Él y el ala reformista de la dirección del Partido Comunista intentaban sustituir un Estado unitario, que había pretendido con falsedad ser un sistema federal, por una auténtica federación. En 1991 llegó a aceptar como posición de retirada que la Unión Soviética fuera una confederación menos rígida, pero era firmemente contrario a una ruptura completa de la unión. La presión por la plena independencia era especialmente fuerte en las repúblicas bálticas y, cada vez más, en Ucrania, Georgia

y Armenia. El más sorprendente defensor de la independencia respecto a la unión era, sin embargo, la República Rusa. En su ambición de poder, Yeltsin jugó la carta rusa, y pese al papel histórico predominante de Rusia y los rusos en la Unión Soviética, afirmaba en 1990 que las leyes rusas tenían precedencia respecto a las soviéticas. El 8 de diciembre de 1991, junto con los presidentes de Ucrania y Bielorrusia (ahora Belarus) aplicó el golpe de gracia al sistema, al anunciar unilateralmente que la URSS había dejado de existir y que sería sustituida por una Comunidad de Estados Independientes (CEI).

La figura de Yeltsin había crecido con su éxito en tres sucesivas elecciones: al Congreso de Diputados del Pueblo de la URSS en 1989, al Congreso de Diputados del Pueblo de Rusia en 1990 (tras lo cual fue elegido miembro del Soviet Supremo), y, sobre todo, a la Presidencia de Rusia en junio de 1991. Una aportación considerable, aunque no intencionada, a la ruptura de la Unión Soviética y al aumento de la autoridad de Yeltsin fue el golpe de los partidarios de la línea dura que intentaron derrocar a Gorbachov en agosto de 1991. El primer ministro (Valentín Pávlov), el jefe de la KGB (Vladimir Jriuchov), el jefe de la industria militar soviética (Oleg Baklánov) y el ministro de Defensa (Dmitri Yazov) figuraban entre los que formaron un autodenominado Comité estatal para el estado de emergencia; el 18 de agosto detuvieron a Gorbachov en Crimea durante sus vacaciones y trataron de volver al statu quo anterior.

La negativa de Gorbachov a proporcionar una «hoja de parra» constitucional a los conjurados tuvo un papel importante en el fracaso de la intentona, aunque la atención internacional se concentró en la «Casa Blanca» de Moscú, el edificio del Parlamento ruso donde Borís Yeltsin dirigió la resistencia al golpe, apoyado por decenas de millares de moscovitas que formaron un cinturón protector en torno al edificio (lo cual aumentó el costo político del asalto al mismo), y también por la gran mayoría de los dirigentes del mundo. El 22 de agosto, el golpe ya había fracasado, el prestigio de Yeltsin aumentado y Gorbachov regresaba a Moscú debilitado. Yeltsin explotó plenamente el hecho de que los jefes del golpe fueran personas nombradas por Gorbachov para sus cargos; no perdió la ocasión de subrayar que en la nueva situación de «dualidad de poder» en Moscú (poder soviético y poder ruso), él era, con mucho, el más fuerte.

Estos últimos meses de existencia de la Unión Soviética fueron el momento culminante de la popularidad de Yeltsin. En cambio, Gorbachov, que había sido el político más popular de Rusia y de la URSS durante los cinco años transcurridos entre su elección como secretario general del Partido Comunista, en marzo de 1985, y su elección como presidente de la URSS por el Congreso de los Diputados del Pueblo en marzo de 1990, gozaba ahora de mucho menos apoyo y se le respetaba menos que a Yeltsin. Sin embargo, Gorbachov fue quien dio los pasos clave para desmantelar el sistema comunista. La libertad de palabra, de publicación y de culto, las elecciones libres, un legislativo que podía criticar al ejecutivo, y que lo hizo, organizaciones políticas independientes (incluyendo la formación de grupos de presión, amplios movimientos políticos y embrionarios partidos políticos), habían surgido bajo la protección de Gorbachov y, en su mayoría, como resultado de su apoyo decisivo. Esto significaba que Rusia, a finales de los ochenta, había adquirido muchos de los rasgos propios de una sociedad civil y del pluralismo político. De hecho, los rasgos esenciales del comunismo habían sido descartados cuando menos dos años antes de que se suprimiera el Partido Comunista soviético, después del fracaso del golpe de agosto, y mucho antes de que la bandera roja con la hoz y el martillo se arriara del Kremlin el 25 de diciembre de 1991.

La era Gorbachov vio también el fin de la guerra fría, gracias a la nueva línea de pensamiento adoptada por Gorbachov y a la nueva conducta soviética que lo acompañó. Los complejos militares-industriales, tanto de la URSS como de Estados Unidos, habían alcanzado un volumen enorme, pero el costo de mantenerse a la altura de la superpotencia rival significaba una mayor tensión para la economía soviética que para la norteamericana, dado el nivel superior tanto del PIB como de la tecnología de Norteamérica. Sin embargo, fue necesaria la audacia de un dirigente soviético para dar prioridad al apaciguamiento de los temores occidentales sobre los de su propio aparato militar. Tras establecer buenas relaciones personales con los principales dirigentes occidentales —y de modo decisivo con los sucesivos presidentes norteamericanos Ronald Reagan y George Bush, pero también con Margaret Thatcher, François Mitterrand, Helmut

Kohl y Felipe González—, Gorbachov pudo llegar a acuerdos con ellos sobre una vasta diversidad de cuestiones.

Más importante incluso que los tratados de control de armamentos para demostrar que el nuevo pensamiento de que tanto se hablaba era presagio de una nueva realidad política, fue el cambio de la conducta soviética respecto a Europa oriental. Cuando los países de esta zona pusieron a prueba el nuevo pensamiento de Gorbachov, que proclamaba que cada país tenía derecho a escoger su propio sistema político y económico, las acciones soviéticas no lo desmintieron... mejor dicho, la inacción soviética, pues no hubo ningún intento de intervención militar cuando, uno tras otro, los países del antiguo bloque soviético se convirtieron en independientes y no comunistas, durante los años de 1989-1990. El cambio que a los dirigentes soviéticos debió de resultarles más difícil de tragar (y que causó disensiones en los círculos dirigentes) fue la reunificación de Alemania como miembro de la OTAN, hecho que finalmente Gorbachov aceptó.

Aunque la actitud de Gorbachov era diferente respecto a lo que a veces se llamaba el «imperio interior» de la URSS, para diferenciarlo del «imperio exterior» centroeuropeo, también en esto se abstuvo de recurrir a lo que, en 1990-1991, era el único medio posible de mantener unida toda la Unión Soviética, o sea, una represión dura y constante. Por el contrario, trató de negociar —aunque ya algo tarde— un nuevo tratado de la Unión que mantuviera unida voluntariamente a toda o a la mayor parte de la URSS. Fracasó, pero no, esencialmente, a causa de errores cometidos por los dirigentes soviéticos de después de 1985, sino por el legado de todo el período soviético y hasta de la historia de la Rusia imperial. Una vez iniciadas la democratización y la liberalización, se presentó la oportunidad de exponer, primero, los numerosos agravios nacionales sobre opresiones e injusticias del pasado, y luego de elegir a políticos que, lejos de dejarse controlar por Moscú, se adherían a las causas nacionalistas estonia, lituana, letona, ucraniana o georgiana. Y con esto, las probabilidades estaban en contra de la conservación de una unión política que cubriera todo el territorio de la antigua URSS.

Hubo partes de la Unión Soviética en las cuales las élites nacionales no reclamaron la plena independencia —en particular el Kazajstán, bajo la dirección de Nursultán Nazarbáiev, y las repúbli-

cas de Asia central—. De una manera que tiene su importancia, la independencia les cayó encima en diciembre de 1991. Una razón de que las élites locales vacilaran era que habían alcanzado el poder sirviendo a Moscú y creyendo —o fingiendo creer— en el marxismo-leninismo. Dado que parecía más que probable que en el Asia central postsoviética la ideología oficial del Estado sería el islam, no era ni mucho menos evidente que quienes formaron las capas gobernantes en el último período soviético pudieran mantenerse en posiciones de poder y privilegio. De hecho, el cambio de élites fue muy reducido. En toda la antigua Unión Soviética, y en especial en los Estados de Asia central, los funcionarios del antiguo Partido Comunista se convirtieron en los principales dirigentes y en los beneficiarios económicos del poscomunismo.

Esto también era cierto respecto a la misma Rusia, donde en el verano de 1996 el antiguo secretario del Comité Central, Borís Yeltsin, fue elegido presidente por un nuevo período de cuatro años, tras lo cual conservó los servicios, ahora como primer ministro, del antiguo jefe del Departamento del Comité Central Víktor Chernomirdin. Durante el pasado decenio la visión política de Yeltsin había cambiado radicalmente. En el terreno en que bajo Gorbachov hubo sólo cambios moderados, el de la privatización parcial y la introducción de la economía de mercado, Yeltsin introdujo cambios espectaculares entre 1992 (el año en que el economista favorable a la economía de mercado Yegor Gaidar fue primer ministro en funciones) y 1995. Aunque los ciudadanos rusos mejor informados veían claramente que no podría volverse a una economía de estilo soviético y al mundo de los planes quinquenales, los costos de la transición fueron altos. La separación entre ricos y pobres se ensanchó trágicamente, la inflación barrió muchos ahorros, la seguridad en el empleo se vio amenazada y floreció el crimen organizado.

Mientras que una amplia capa de la población rusa había apoyado en 1991 la democracia y la economía de mercado, considerándolas como panaceas que conducirían rápidamente al nivel y a los esti-

los de vida de Europa occidental, para la vasta mayoría no sucedió así, ni podía suceder sobre la base de la economía soviética erróneamente desarrollada más que subdesarrollada. Una creciente hostilidad a la presidencia de Yeltsin y a la política seguida por su gobierno condujo a un enfrentamiento entre el presidente y el Soviet Supremo, que estalló en 1993 y condujo a que Yeltsin disolviera la legislatura que antes había presidido. La Casa Blanca de Moscú, que Yeltsin defendiera en agosto de 1991, fue la sede de la resistencia de la legislatura a Yeltsin, que terminó sólo cuando éste consiguió persuadir, no sin dificultades, al ejército para que pusiera término a la situación. El asalto a la Casa Blanca dejó varias docenas de muertos, pero abrió el camino a la adopción, en diciembre de 1993, de una nueva constitución y a elecciones a una nueva legislatura —una Duma del Estado y una Asamblea federal—. Este Parlamento tenía muchos menos poderes que su predecesor, algo que convenía a Yeltsin, pues el cambio en la opinión pública se reflejó en un importante apoyo electoral al movimiento nacionalista, el mal llamado Partido Liberal Democrático, dirigido por el ultrapopulista Vladimir Zhirinovski, y a los comunistas y sus aliados. Exactamente dos años después, en las elecciones a la Duma, comunistas y nacionalistas obtuvieron una proporción igualmente importante del voto popular y de escaños, aunque en 1995, a diferencia de 1993, los comunistas superaron a los nacionalistas.

Si bien los perdedores de la Rusia postsoviética se hacían oír ahora, no era fácil que los vencedores cedieran sus ganancias sin dura lucha; entre ellos había muchos antiguos altos funcionarios comunistas, que se habían convertido en propietarios de los bienes que antes administraban. Parecía probable que seguiría predominando algún tipo de economía de mercado, aunque muy distorsionada, debido al volumen de los intereses creados que la apoyaban y también porque no se había encontrado ninguna alternativa viable a la economía de mercado, como la experiencia soviética de más de setenta años había demostrado elocuentemente. Parecía que la mayoría de los ciudadanos rusos deseaba alguna forma de socialdemocracia, en la cual las nuevas libertades se combinaran con un estado de bienestar y su seguridad social. Pero como era muy limitado el espacio para maniobras económicas en aquellas condiciones de pluralismo político y de declive industrial, y dado que los socialdemócratas estaban

divididos y no conseguían coincidir en un partido político fuerte, un número importante de rusos se sentía inclinado una vez más hacia los comunistas y sus aliados, pese a que quienes seguían siendo miembros del Partido Comunista eran los mismos que se habían opuesto tenazmente a las reformas de Gorbachov para introducir libertades políticas e intelectuales y al programa de privatizaciones de Yeltsin (y a veces precisamente a causa de esto).

Parecía muy improbable que Rusia volviera a un sistema comunista clásico, del tipo que prevaleció en la Unión Soviética hasta los años ochenta. Un factor que dificultaba este retorno era la resolución en las comunicaciones. Mientras que antes de Gorbachov incluso las fotocopiadoras se mantenían bajo triple llave y que el régimen tenía el monopolio de la información, la situación cambió espectacularmente a finales de los ochenta y en especial en los noventa. A mediados del último decenio del siglo, el correo electrónico, los aparatos de fax y la televisión por satélite habían despegado en Rusia. Al regreso a la sociedad cerrada se oponían el deseo de la nueva élite de los negocios de gozar de por lo menos las mismas ventajas que sus homólogos occidentales, y también el deseo de los gobiernos postsoviéticos de integrar a Rusia más plenamente en la economía mundial. De modo más general, debe recordarse que es más difícil retirar libertades una vez concedidas que negar las que nunca se han gozado. Pero la tentación autoritaria seguía muy presente, y Rusia entró en los postreros años del siglo no sólo con una economía mixta, sino también con una política mixta, en la cual los elementos democráticos y los autoritarios se combinaban, a veces en una misma persona. De nuevo se había depositado mucho poder en manos de los dirigentes del ejecutivo, y aunque en 1997 todavía era posible criticar al presidente y al gobierno, resultaba menos fácil exigirles responsabilidades en los períodos entre elecciones, e incluso en éstas sólo de modo parcial.

Hay que buscar una de las razones en la gran influencia de que disfrutaban los poderes financieros. Una irónica observación que circuló mucho en la Rusia postsoviética era que «todo lo que los comunistas nos dijeron sobre el socialismo era mentira, y todo lo que nos dijeron sobre el capitalismo era verdad». De una curiosa manera, la antigua propaganda soviética sobre los sistemas capitalistas,

que ocultaba la importancia de las instituciones democráticas occidentales y subrayaba el poder de los banqueros, no habría estado lejos de la realidad si se hubiese expresado como una predicción sobre el capitalismo ruso; pero, dado que los comunistas soviéticos ortodoxos nunca creyeron que fuera posible una transición en tal dirección, no merecen ningún crédito especial por presciencia. Pero la política rusa de los años noventa se caracteriza por el surgimiento de triángulos de oro con estrechas relaciones entre determinados banqueros, dirigentes políticos y el sector de la industria rusa que todavía daba beneficios (especialmente en el sector de la energía). Mientras que el conjunto de la producción industrial seguía declinando, consiguieron grandes ganancias algunos banqueros que tenían amigos en la «corte» o que adquirieron un lugar en la misma «corte», pues varios de ellos fueron nombrados para altos cargos en los gobiernos de Yeltsin.

Una economía capitalista, con ciertas características corporativas, se ha consolidado con sorprendente rapidez, mientras que la democracia dista mucho de estar consolidada. Ante la amenaza de la vuelta al poder de los comunistas de la línea dura, algunos partidarios de Yeltsin manifestaron sus deseos de que no se celebraran las elecciones presidenciales fijadas para junio de 1996. Yeltsin resistió esta tentación y en la campaña confió mucho en el apoyo de los nada objetivos medios de comunicación, especialmente la televisión. Entre los problemas a que se enfrentaba estaba la guerra, muy impopular, que comenzó en 1994 contra Chechenia, una república de la Federación Rusa que se había declarado independiente. En la campaña, Yeltsin afirmó que esta guerra estaba terminada, añadiendo que Rusia la había ganado. Su afirmación distaba mucho de ser verdad. Ganadas las elecciones, las fuerzas rusas intentaron conseguir la victoria militar que les había eludido antes y lanzaron una nueva ofensiva contra Chechenia, que fracasó.

A diferencia de 1991, Yeltsin no consiguió una mayoría electoral en la primera vuelta, si bien en la segunda derrotó con bastante margen a su principal adversario, Gennadi Ziugánov, aunque este comunista nacionalista, que parecía hablar desde el pasado, recibió más del cuarenta por ciento de los votos. Entre las dos vueltas, Yeltsin reforzó su posición nombrando como asesor para la seguridad

nacional al general retirado Alexandr Lébed, que había llegado en tercer lugar en la primera vuelta. Fue Lébed quien, a finales de agosto y comienzos de setiembre de 1996, negoció un acuerdo para poner fin a la situación en Chechenia, apareciendo así como quien puso fin a una sangrienta e innecesaria guerra que, según su plausible estimación, había costado unas ochenta mil vidas. Como cabía prever, el ambicioso Lébed pronto chocó con otros miembros del gobierno y con el mismo Yeltsin. Éste lo destituyó una vez hubo servido a sus propósitos electorales, y Lébed puso la mira en las siguientes elecciones presidenciales, en las cuales, si no se cambiaba la constitución, Yeltsin no podría participar. No parecía seguro que Yeltsin pudiera concluir su segundo mandato, pues una vez que lo hubieron reelegido, se reveló que había sufrido un grave ataque cardíaco entre los dos turnos electorales de 1996. Durante el resto del año, estuvo incapacitado y se sometió por dos veces a cirugía cardíaca. Pero en 1997 ya volvía a mostrarse activo, aunque más dependiente que en el pasado de sus subordinados.

Lo que ha hecho excepcionalmente difícil la transición soviética y rusa ha sido la necesidad de transformar simultáneamente los sistemas político y económico, mientras que, al mismo tiempo, un tipo de imperio (ya fuera el de la Unión Soviética, ya el de la federación rusa) tenía que convertirse en un federalismo auténtico si se quería dar una posibilidad real de éxito a la transición hacia la democracia. Estos enormes cambios se vieron complicados, además, por la necesidad de que los ciudadanos y los dirigentes rusos aceptaran la posición internacional de potencia importante en vez de la de superpotencia, y por el difícil ajuste psicológico que entrañaba el pleno reconocimiento de la independencia de territorios que, en algunos casos, habían formado parte de la Gran Rusia desde el siglo XVIII o antes.

A la luz de estos obstáculos históricos a la transición hacia la libertad y la democracia en Rusia, lo que realmente impresiona a los observadores, más que los fracasos y los contratiempos, es el alcance de lo conseguido entre mediados de los años ochenta y mediados de los noventa, especialmente en lo relativo a la libertad. Pero para millones de rusos, la transición fue tan dolorosa que, a mediados de los

noventa, situaban la libertad en el área inferior de su escala de valores, más abajo que al principio del decenio. En especial la generación vieja expresaba, tanto con sus votos como en las encuestas de opinión, la nostalgia por la seguridad y el carácter predecible de las cosas que asociaban con las últimas décadas del gobierno comunista. Al llegar a su término el siglo, los auténticos demócratas rusos se encuentran, una vez más, a la defensiva y muy conscientes de las dificultades y los peligros que acechan.

# 16. La reconstrucción de Europa

ANNE DEIGHTON

En muchos aspectos, la historia de la guerra fría en Europa fue una historia de éxitos espectaculares. Hubo una paz general en un continente que había sufrido dos guerras devastadoras en el siglo XX. Tras un breve período de reconstrucción económica y política, Europa occidental pasó por una fenomenal prosperidad económica que duró hasta los años setenta. Los cambios tecnológicos afectaron a la sociedad entera, desde el empleo a los sistemas de comunicación, desde los bienes de consumo a los transportes. El efecto de «imán» de Europa occidental ha sido impresionante, y el número de miembros de la Unión Europea ha pasado de seis a quince, con la perspectiva de llegar a veinte al cambiar de siglo. Las prestaciones sociales para los ciudadanos de toda Europa han sido igualadas por la extensión de la democratización, la secularización, mayores libertades personales, la rápida ruptura de las estructuras de clase restrictivas y el aumento de las oportunidades educativas.

Predecir este éxito en 1945 hubiese parecido demencial. «¿Qué es Europa, ahora? —preguntó un día Winston Churchill—. Es un montón de ruinas, un osario, un semillero de pestes y odios.» Al terminar la guerra, Europa se encontraba en una situación desesperada. Desorganizados el comercio, la industria y las normas de los negocios, la producción era sólo el veinte por ciento de lo que fuera antes de la contienda. Los bombardeos habían destruido ciudades enteras y sistemas de transporte. La ayuda y no la reconstrucción era lo urgente. Enormes masas de refugiados y de personas desplazadas se movían por el continente; ocho millones marchaban hacia el Oeste

desde Polonia y otras zonas ocupadas por los soviéticos, al mismo tiempo que otros millones se veían forzados a repatriarse hacia el Este. Era general la aguda escasez de alimentos, carburante y otros productos y cien millones de europeos vivían con menos de mil quinientas calorías diarias, pese a los grandes esfuerzos de la UNRRA, la Comisión de Ayuda y Rehabilitación de las Naciones Unidas. Amenazaba un desastre financiero. Gran Bretaña estaba en bancarrota. Pese a que los desacreditados regímenes títeres de la guerra habían sido depuestos, reinaba una grave incertidumbre política en todo el continente. No había gobierno alemán alguno. El debilitador efecto psicológico de las dictaduras y la guerra se incrementaba con las informaciones sobre los crímenes de guerra de los nazis, que habían quitado la vida a más de cinco millones de personas.

Resulta irónico que fuese la naturaleza misma de la victoria sobre el nazismo y el fascismo lo que caracterizó el aspecto geoestratégico de la Europa de posguerra. Estados Unidos, la Unión Soviética y Gran Bretaña se reunieron, finalmente, en los campos de batalla de una derrotada Alemania para tratar de llegar a un acuerdo de paz. Pero la «Gran Alianza» se había sostenido gracias a la lucha contra un enemigo común y, victoriosa ahora, poco quedaba que pudiese mantenerla unida. En las conferencias en la cumbre de Teherán, Yalta y Potsdam se había discutido interminablemente el destino de Europa cuando volviera la paz, pero en realidad apenas se tenía idea de la enormidad de los problemas con que se enfrentaría el mundo de posguerra.

El temor occidental al poderío alemán persistía incluso después de la victoria militar, pero el miedo al comunismo y a las intenciones de la Unión Soviética pronto se hizo más apremiante. La ruptura con la Unión Soviética se produjo, sobre todo, respecto a Alemania, el corazón geoestratégico y económico de Europa. Poco después de la Conferencia de Yalta, en febrero de 1945, los aliados dividieron Alemania (y Berlín) en zonas de ocupación militar norteamericana, soviética, francesa y británica. El sistema de control de las cuatro potencias se quebró casi tan pronto como se estableció, pues resultaba imposible gobernar el país de común acuerdo. La lucha para derrotar a Alemania pronto se convirtió en lucha por Alemania. Occidente prodigó el dinero con el fin de impedir un colapso económico, y

estableció un nuevo sistema político para que, cuando menos la parte occidental del país, no sucumbiera al comunismo sino que se convirtiera en parte del recién inventado «Oeste».

Para 1955, la división territorial de Alemania y la desaparición de Europa central detrás del Telón de Acero de Stalin reflejaban claramente la bipolaridad entre Este y Oeste. Las dos superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, eran los dos Estados hegemónicos que determinaron en gran medida la nueva organización de Europa. Mientras el oeste del continente restablecía la democracia e iniciaba la reconstrucción económica, en los países «liberados» en 1945 se instalaban regímenes estalinistas, que colectivizaron la agricultura y aplastaron toda oposición política a Moscú. La desaparición de Europa central bajo las faldas del estalinismo fue un proceso lento pero implacable, que abarcó la zona oriental de Alemania, Checoslovaquia, Polonia, Hungría, Bulgaria, Rumania, Albania y los países bálticos. De este modo, Berlín, Alemania y el continente europeo quedaron progresivamente divididos en campos ideológicamente hostiles. El único país que eludió la presión oriental —y también la occidental— fue Yugoslavia, donde el jefe comunista Tito gozaba de fuerte apoyo popular, después de haber dirigido la resistencia a los nazis durante la guerra.

Dos programas de reconstrucción estaban en competencia: el Plan Marshall (el Programa de Reconstrucción Económica) y el Comecon (Consejo de Ayuda Mutua Económica), surgidos a finales de los años cuarenta. En 1947, el presidente norteamericano Harry Truman se había convencido de que la economía europea —y los mercados comerciales de Estados Unidos— necesitaba algo más que paliativos a corto plazo, y entre 1948 y 1952 Estados Unidos dio o prestó doce mil millones de dólares a los dieciséis países que participaron en el Plan Marshall. Sería difícil exagerar la importancia psicológica, política y económica de esta ayuda a Europa occidental. Estados Unidos era un modelo de éxito y desde el punto de vista de crecimiento, inversión e innovación se había beneficiado con la guerra. Aunque la tasa de población norteamericana era aproximadamente igual que la europea, su nivel de vida era muy superior. Pero con el Plan Marshall, las economías de Europa occidental —incluyendo las de las zonas occidentales de Alemania— se recuperaron

rápidamente de las pérdidas de la guerra, crecieron hasta niveles superiores a los de la anteguerra y buscaron una mayor integración. La Unión Soviética, su zona alemana y los países de Europa central no participaron en el plan, y resulta difícil imaginar retrospectivamente que los norteamericanos hubiesen sido tan generosos si no hubiesen percibido su ayuda como un factor para contener la expansión del comunismo. De modo que tanto la división territorial e ideológica de la Europa de la guerra fría como las raíces de la integración económica de Occidente se hallan en el Plan Marshall. La primera reacción soviética al mismo fue incrementar la guerra de propaganda. Su subsiguiente organización del Consejo de Ayuda Mutua Económica dispuso de menos fondos y fue menos eficaz. Sin embargo, en los años cincuenta existía una competencia real entre las economías europeas del Este y del Oeste, fomentada, por ejemplo, por el espectacular éxito soviético del satélite *Sputnik* en 1957.

Simultáneamente a la rivalidad económica en Europa, se desarrollaron dos sistemas de seguridad en competencia, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en 1949, y el Pacto de Varsovia en 1955. La OTAN ha seguido siendo una organización de amplio alcance que simboliza lo que el término «occidental» ha representado para Europa: el compromiso de Estados Unidos con la seguridad militar y política de Europa occidental, al ampliar la seguridad norteamericana para abarcar también la de los europeos occidentales. La idea subyacente era que la muerte de un soldado norteamericano en territorio europeo desencadenaría una abrumadora respuesta norteamericana contra la Unión Soviética. Pero la OTAN representaba también un compromiso político con los europeos occidentales, que incluía transferencias financieras masivas y una diplomacia y planificación transatlántica permanente. Nuevos miembros —Grecia y Turquía en 1952, Alemania Occidental en 1955, España en 1986— reforzaron la influencia de la organización. En una inquietante simetría, el miedo al capitalismo occidental y a la OTAN ayudó a dar forma a la política militar soviética con la creación del Pacto de Varsovia, integrado por los principales países de Europa central y encabezado por la Unión Soviética. Cada bando probablemente sobrestimó las intenciones agresivas y la capacidad del otro, pero a la sazón los peligros parecían muy reales y el sistema

bipolar de alianzas quitó importancia a cualquier otro acuerdo europeo de seguridad durante todo el período.

La competencia ideológica entre socialismo y capitalismo se reflejaba en la guerra de propaganda que se libraba, por ejemplo, a través de la Cominform y de la Voz de América, para reforzar constantemente la hegemonía ideológica en ambos bloques. Europa era una región políticamente dividida en un escenario global, con sólo unos pocos Estados técnicamente, ya que no emocionalmente, neutrales (Suecia, Finlandia, Suiza, Austria), o fuera del nuevo sistema bipolar (España).

Los primeros treinta años posteriores a la guerra aportaron una fenomenal prosperidad a los Estados económicamente desarrollados. A ambos lados del Telón de Acero el progreso industrial y los avances tecnológicos iban paralelos a un notable aumento de los niveles de vida, lo que elevó las expectativas acerca de lo que cada Estado debía proporcionar a sus habitantes. Lo que se consiguió en los primeros cuarenta años del siglo xx fue considerable, con primas a la natalidad, planes de pensiones y de remuneración para los desempleados, atención médica gratuita y una ampliación masiva de la duración y abundancia de los sistemas educativos estatales. Aunque estas medidas variaban entre los distintos Estados europeos, aparecieron modelos comunes que muestran que las expectativas de bienestar iban aumentando continuamente y que el crecimiento económico, conjugado con los sistemas fiscales, intensificó espectacularmente el papel de la autoridad pública y de su política en la vida de los ciudadanos europeos. Los «años dorados» se caracterizaron por un crecimiento espectacular y acaso único de las economías desarrolladas, con base en un creciente producto interior bruto, pleno empleo, descenso constante de la tasa de mortalidad, desarrollo tecnológico e internacionalización de las empresas. La extensiva aplicación de la informática, de nuevas investigaciones en las aplicaciones de la química —desde el nylon a los fertilizantes—, y de las industrias basadas en el petróleo y la energía nuclear, así como la expansión comercial de la producción de automóviles, de la televisión y de las telecomunicaciones, transformaron la vida pública, la industrial y la

privada. A medida que se iban desarrollando estas nuevas industrias, declinaba el empleo en actividades tradicionales como la agricultura, los arsenales, la minería del carbón y las manufacturas, con los consiguientes cambios en las pautas y las expectativas de empleo. En Europa occidental, un Triángulo de Oro de regiones industrializadas (situado más o menos entre París, Hamburgo y Milán) se convirtió en el núcleo de la nueva prosperidad europea. No se ha comprendido plenamente cómo ocurrió todo esto, pero puede explicarse en parte por el sistema de Bretton Woods de cambios fijos de divisas, el Plan Marshall y el bajo punto de partida de las economías occidentales en la inmediata posguerra.

En toda Europa occidental existía una aceptación general de los principios keynesianos de intervención, aunque los instrumentos que se emplearon variaban de un país a otro. La economía social de mercado alemana se basaba en la liberalización del mercado y en el estímulo fiscal a las inversiones en industrias. La política italiana prefería fomentar la producción de bienes de consumo y el sector de servicios. En Francia prevaleció una línea más *dirigiste*, caracterizada por el Plan Monnet. Al iniciarse la Quinta República, en 1958, con el final de las preocupaciones imperiales francesas en Indochina y norte de África, y con la creación de la Comunidad Económica Europea (CEE), las tasas de crecimiento francesas despegaron con energía. Después de la guerra, el producto interior bruto británico era ya superior al de sus vecinos continentales, y aunque la economía británica siguió creciendo, lo hizo a un ritmo relativamente menor que el de las economías continentales; su estrategia económica se basaba en un crecimiento orientado a la importación, aunque, debido a algunos factores como aferrarse a la importancia psicológica de la libra esterlina, el crecimiento fue desigual y la política se caracterizó por medidas alternativas de estímulo y freno, inflación y niveles de tasas de interés que cambiaban rápidamente.

En los años setenta, todas las economías europeas tuvieron que reaccionar ante el final de la convertibilidad del dólar, al que siguieron las crisis petroleras de 1973-1974 y de 1979-1980. El poco glorioso final de los «años dorados» trajo inflación, caída de precios y recesión, así como un aumento del desempleo en todo el continente. Gran Bretaña —aunque poseía su propio petróleo en el mar del

Norte— se vio muy afectada y el gobierno conservador de Thatcher (1979-1990) encabezó un cambio fundamental en las prioridades económicas gubernamentales, con una política encaminada a reducir la influencia de los sindicatos, aumentar las privatizaciones y recortar los fondos para las medidas de bienestar. El primer ministro francés Chirac también siguió, después de 1986, una política de privatizaciones. Pese a una breve recuperación a mediados de los ochenta, las economías europeas han sido en general incapaces de mantener un crecimiento sostenido y de lograr la seguridad económica y la prosperidad que caracterizaron los decenios inmediatamente posteriores a la guerra. La inmigración, que se consideraba aceptable cuando el mercado de trabajo crecía (Europa recibió a ocho millones de inmigrantes, entre 1950 y 1980), se convirtió en un problema social cada vez más apremiante en los años setenta, pues provocaba reacciones alarmistas la presencia de trabajadores turcos en Alemania Occidental, norteafricanos en Francia y del antiguo imperio en Gran Bretaña. Los acontecimientos en la esfera económica, a partir de mediados de los setenta, han puesto de relieve la interdependencia y la potencial fragilidad del sistema económico de cada Estado, así como la necesidad de que los dirigentes sean capaces de asegurar un crecimiento que pueda dar viabilidad a la legislación social y, a la vez, mantener las sociedades abiertas, tanto hacia el exterior como en el interior.

Junto con el crecimiento de las economías nacionales durante los «años dorados», los europeos fueron testigos de la «europeización» de sus economías, y, especialmente, del desarrollo de instituciones supranacionales de integración económica y política en la zona occidental del continente. Este fenómeno es, probablemente, el rasgo más impresionante del período y debió su origen a la convergencia de factores muy diversos. Figuran entre los motivos más poderosos el sangriento legado de la nación-Estado, después de dos guerras, y la idea radical de que el equilibrio de poder en Europa occidental podía orientarse mejor mediante instituciones de integración que con alianzas militares antagónicas. También tuvo su importancia la protección militar norteamericana frente a las presiones comunistas. Otro factor fue que las empresas nacionales y trasnacionales en rápi-

do desarrollo exigían mercados más amplios, sin aranceles ni prácticas restrictivas.

La descolonización fue asimismo un factor importante que incitó a la integración. El paso de potencia colonial a potencia regional representó un cambio muy profundo, casi sísmico, en la situación internacional de Europa. Al ir disminuyendo en volumen e importancia los mercados coloniales británicos, franceses, italianos, belgas y holandeses (y más tarde portugueses), el núcleo colonial europeo necesitó una nueva base de poder tanto económica como estratégica. La fracasada invasión de Suez en 1956 fue un acicate poderoso para los franceses en su torturada transición de poder global a poder regional y tuvo el mismo efecto en Gran Bretaña, donde tardó más en percibirse. La Política Comercial Común Europea con sus antiguas colonias y zonas de interés en ultramar, especialmente mediante los acuerdos de Lomé y de África central, proporcionó un mecanismo comercial mundial.

El predecesor de la CEE fue la Comunidad Europea del Carbón y el Acero (CECA) de 1952, que expresaba abiertamente un mensaje político: había que hacer imposible otra guerra entre Alemania y sus vecinos —especialmente, Francia—. Se lograría con la integración de las industrias del carbón y del acero, que eran tradicionalmente industrias propicias a la guerra. Pero fue la CEE (establecida por el Tratado de Roma de 1957), acoplada a la Comunidad Atómica Europea (Euratom), la que prometía libertad de movimiento de bienes, capitales, servicios y personas entre los Estados miembros, y que se proponía administrar en el futuro las cambiantes economías en vez de contentarse con mirar hacia atrás a las tradicionales industrias metalúrgicas y mineras. La característica más impresionante de la CEE era su supranacionalidad, expresada en un ejecutivo no elegido, la Comisión, y la disposición de los Estados miembros a aceptar que algunas decisiones se adoptaran por el voto de la mayoría. Además de eliminar los aranceles y las prácticas restrictivas entre sus miembros, se adoptó un arancel común exterior contra otros países y se protegió la agricultura mediante una política agraria común. Políticamente, la Comunidad estaba dominada por Francia, que veía en ella un mecanismo para su nueva *entente* con Alemania Occidental. Pero los miembros fundadores —Italia, Bélgica, Holanda y el pe-

queño Luxemburgo— apoyaron siempre con vigor a la CEE, y su pertenencia a ésta realzó su relevancia internacional. Gran Bretaña rechazó imprudentemente la oportunidad de ser un miembro fundador, en tanto que Estados Unidos respaldó constantemente el deseo de integración de Europa occidental.

La Comunidad se convirtió en el fundamento de la integración económica de Europa occidental, y la CEE (o Comunidad Europea —CE— como se la llamó a partir de 1967) fue el foco del desarrollo económico europeo. En 1987 se revisó el tratado original de Roma, con el Tratado del Mercado Único, para conseguir que Europa fuese a finales de 1992 un mercado único, tal como habían deseado los firmantes del Tratado de Roma. La revisión de Maastrich de 1993, que volvió a cambiar el nombre de la Comunidad, ahora por el de Unión Europea (UE), fue más lejos al crear nuevas zonas de actividad y un sistema más eficaz de adopción de decisiones. Estos tratados reflejaban el lugar que ocupaban las ideas del libre mercado en el pensamiento económico europeo, junto con cierto grado de planificación e intervención del Estado (o de la Comunidad). Estas políticas regionales, con fondos de ajuste estructural y tolerancias especiales para las economías más atrasadas, coexisten con el compromiso de alcanzar «un terreno de juego nivelado», con competencia industrial y comercial libre y auténtica y amplios mercados europeos. Parte del éxito de la Comunidad se deriva de la percepción de sus limitaciones, por lo menos hasta el final de la guerra fría. No era apropiada para administrar una política exterior o de defensa común, que quedaron reservadas para la OTAN. No trataba, en la práctica, de destruir los Estados-nación europeos, a pesar de privarles de algunos de sus poderes soberanos. Pero una gran uniformidad de costumbres y estilos de vida ha surgido en Europa, a través del comercio, los viajes y las telecomunicaciones.

Desde 1958 los no miembros han tratado constantemente de adherirse o de asociarse a la Comunidad, y muchos países tienen acuerdos de asociación y tratados comerciales especiales con ella. En 1973, se adhirieron Gran Bretaña, Dinamarca e Irlanda, desgraciadamente en el momento en que se acababa la prosperidad de la posguerra. En 1981 se admitió a Grecia, en 1986 a España y a Portugal, en 1990 se absorbió a la antigua Alemania Oriental cuando Alemania

se reunificó, y en 1995 ingresaron Suecia, Finlandia y Austria en lo que ya era la Unión Europea. La CEE había sido un símbolo de democracia para Grecia, España y Portugal cuando tenían dictadores, y después de 1989 la UE se convirtió también en el símbolo del deseo de los países de Europa central de «regresar a Europa», una vez se deshicieron del comunismo. Las nuevas democracias centroeuropeas —Polonia, Hungría, Chequia, Estonia, Eslovenia y Eslovaquia— aún esperaban entrar en el club de la Unión. Las ventajas políticas y económicas de pertenecer a ella pesan más que la erosión de la soberanía nacional y de la autonomía que la adhesión conlleva. Para países como Turquía, cuya pertenencia a la OTAN desde 1952 ha sido crucial para la defensa del flanco sur de la Comunidad, la adhesión a ésta ha sido un objetivo inalcanzable y su creciente inestabilidad puede convertirse en un ejemplo de los costos políticos de desalentar a nuevos solicitantes.

En el Este, la modernización de la posguerra se buscó por medios muy distintos. En el Oeste la integración se obtuvo por el voluntario deseo de combinarse, apoyado por una fuerte presión económica y política de Estados Unidos. En contraste, la unidad en Europa central fue impuesta desde arriba a pueblos renuentes, cuando no recalcitrantes. La integración política, económica y militar, con dimensiones declaradamente ideológicas, metió a los Estados centroeuropeos en el molde soviético de socialismo de posguerra. Las estructuras económicas orientadas a asegurar el desarrollo de la Unión Soviética, aunadas a la afluencia a la región de sumas considerables, no impidieron que pronto se perdiera la carrera con el Oeste en competitividad tecnológica y en satisfacción de los consumidores, aunque la información estadística sobre el imperio soviético en Europa es notoriamente poco digna de confianza. La integración política y económica en Europa oriental produjo algunos regímenes macabros y provocó rebeliones en Alemania del Este en 1953, en Hungría y Polonia en 1956, y en 1968 en Checoslovaquia, aun antes de que el efecto de la oposición a Moscú, instigada desde Polonia a partir de 1981, abriera el camino hacia el derrumbe del imperio europeo de la Unión Soviética.

La división bipolar que obligó a los europeos a llegar a acuerdos de seguridad con sus respectivos países hegemónicos, y el empuje hacia la modernización económica que los indujo a integraciones supranacionales, parecen indicar que, después de la segunda guerra mundial los días de la nación-Estado estaban contados. Pero no ha sido así. En 1955 había veintidós Estados europeos más o menos autónomos (de ellos, quince, en términos generales, en el campo occidental). En 1995 había casi treinta Estados europeos. Estados, economías y sociedades de Europa occidental comparten muchos rasgos, pero conservan características nacionales, ya en su cultura social y política, ya en su organización, composición religiosa o lengua.

Entre los Estados de Europa occidental han dominado dos tendencias principales de pensamiento político, una conservadora y a menudo católica, y la otra de concepción socialista. En la práctica, la diferencia entre los partidos en el poder se encuentra sobre todo en el énfasis y las prioridades, más que en principios fundamentales. Los partidos democristianos han estado más estrechamente asociados con la tendencia hacia la unidad europea, personificada por el canciller de Alemania Occidental Konrad Adenauer, mientras que los partidos socialdemócratas se han identificado tradicionalmente con los obreros y los sectores más pobres y menos privilegiados de la sociedad. En política interior, por ejemplo, en Gran Bretaña el Informe Beveridge de 1942 reclamaba la protección pública de las personas y las familias, «desde la cuna hasta la tumba», contra la enfermedad, la pobreza, el desempleo y la ignorancia. Tuvo eco en toda Europa y sus ideales inspiraron la mayor parte de la legislación social sobre salud, vivienda, educación y otras prestaciones que han sido cosa corriente en los países europeos hasta los años ochenta.

La reforma constitucional era uno de los problemas más urgentes de la posguerra en la Europa continental; finalmente, el establecimiento en Europa occidental de regímenes democráticos, con un sistema real de partidos y estructuras administrativas eficientes fue uno de los grandes éxitos del período. La necesidad de crear estabilidad política inmediatamente después de la contienda topaba con las duras luchas políticas en países que se enfrentaban también a una

transición económica y social de la guerra a la paz. Hasta 1947, los partidos comunistas locales reflejaban un cambio general hacia la izquierda, especialmente en Italia y Francia. En Italia, la Asamblea Constituyente de 1946 votó una nueva constitución y abolió la monarquía, que había tenido un papel nada glorioso durante el régimen fascista. La habilidad de Alcide de Gasperi aseguró que durante todo el período de la guerra fría dominaran los democristianos, aunque el sistema gubernamental era por naturaleza inestable, con constantes cambios de gobiernos de coalición y una corrupción endémica. En Francia, donde la Tercera República se había hundido en 1940, el régimen de Vichy, de durante la guerra, fue sustituido en 1946 por la nueva constitución de la Cuarta República. Sin embargo, esto sucedió después de un año de crisis, durante el cual gaullistas, comunistas, católicos y antiguos dirigentes de la resistencia se enfrentaron unos a otros, de manera que el apoyo público a la nueva constitución fue débil. Como en Italia, el gobierno cambiaba con alarmante frecuencia, creando así una atmósfera de inseguridad e inestabilidad.

El dilema político francés lo resolvió el éxito del general Charles de Gaulle, que hizo aprobar una nueva constitución en 1958, la de la Quinta República, más presidencialista —y más autocrática—, pero más duradera que su predecesora. De Gaulle dominó la vida política francesa y europea entre 1958 y 1969, aplicando con tenacidad un programa que reforzaba la imagen de la *grandeur* francesa. El papel activo desempeñado por los norteamericanos en Europa occidental, así como la muy elogiada «relación especial» anglo-norteamericana le alentaron, basándose en los anteriores esfuerzos de reconciliación con Alemania Occidental, a seguir una estrategia amplia, europea e intrínsecamente antianglosajona. Aunque retiró a Francia de la estructura de mando integrado de la OTAN y rechazó unilateralmente la adhesión británica a la CEE, en 1963 y en 1967, De Gaulle nunca se arriesgó a poner en peligro la alianza occidental, sino que combinó alardes retóricos con un considerable pragmatismo acerca de la capacidad real y del interés nacional de Francia. Este enfoque dual de la política internacional siguió vigente durante las presidencias siguientes. En política interior, la centralización siguió siendo el rasgo dominante de la Quinta República, con una complicada red de

estructuras políticas y administrativas sometidas a París. No fue sino hasta los años ochenta cuando se iniciaron en serio medidas de descentralización bajo la presidencia socialista de François Mitterrand (1981-1995), irónicamente en la misma época en que en Gran Bretaña aumentaba espectacularmente la centralización del poder gubernamental.

Para Alemania, 1945 fue el año cero, y las dos Alemanias que surgieron en 1955 eran como dos gemelos de la guerra fría. Dividido el país en cuatro zonas, pronto se vio que sería imposible un programa común de reforma constitucional. En 1947 se creó una «bizona» anglo-norteamericana, que se amplió a una «trizona» con los franceses, y se hicieron planes para una moneda común y una constitución común de las tres zonas occidentales. En 1949 se presentó la Ley Fundamental, cuando se instaló en Bonn la capital de la recién creada República Federal Alemana. La Ley Fundamental insistía en la tradición federalista de la Alemania de Weimar, estimulaba una mayor democracia «desde abajo», mediante los Länder, y reducía los poderes del presidente en relación con los del canciller. Aunque la Ley Fundamental fijaba el compromiso de buscar eventualmente la unificación, los aliados occidentales fueron los monitores de la nueva democracia hasta que se adhirió a la OTAN. En 1949 se estableció, por inspiración soviética y con una interpretación muy distinta de la democracia, la República Democrática Alemana.

Berlín, situada muy en el interior de la zona oriental, también se dividió en cuatro zonas, en 1945. En 1948-1949 sus accesos terrestres fueron bloqueados por los soviéticos durante casi un año, y en 1961 éstos erigieron con gran rapidez una muralla a través de la ciudad para detener el flujo de alemanes del Este al Oeste. El Muro de Berlín se convirtió en el símbolo principal de una Alemania y una Europa divididas, hasta que fue derrumbado en noviembre de 1989.

Alemania Oriental y Alemania Occidental fueron, por tanto, Estados «inventados» de la guerra fría. Para el anciano pero tenaz canciller de la segunda, Konrad Adenauer (1949-1963), la recuperación nacional, política y económica, exigía ante todo un compromiso con la integración europea occidental y con la Alianza Atlántica, es decir una *Westpolitik*. Esta reforzaría la legitimidad de su país y, en un futuro lejano, podría proporcionar la base para la reunificación alema-

na. Entretanto, proporcionó a Alemania Occidental las «esposas de oro» que impedirían el «revanchismo».

Bajo el gobierno socialdemócrata de Willi Brandt (1969-1974) se siguió más vigorosamente la complicada y sutil *Ostpolitik*. No se hacía público explícitamente el objetivo inmediato de la reunificación alemana, y tal vez ni siquiera se tenía por tal de modo consciente. Más bien se trató de un proceso de alivio de tensiones dentro de Berlín, con Alemania Oriental, con los Estados de Europa oriental y con la Unión Soviética. Un proceso que había que llevar a cabo sin perturbar la estructura de la Alianza occidental. El contenido de la *Ostpolitik* comprendía desde nuevos tratados (que, por ejemplo, reconocían el statu quo alemán de «dos Estados en una nación») hasta visitas oficiales, transferencias financieras a Alemania Oriental y medidas para que los alemanes pudieran cruzar las fronteras entre las dos Alemanias. Fue una política que sobrevivió a los cambios en las relaciones entre las superpotencias, particularmente en los años de tensa inquina entre ellas, a comienzos de los ochenta, y que contribuyó mucho a mantener viva la idea de una Alemania y una Europa no divididas.

En Gran Bretaña surgió, apenas terminada la guerra, el «excepcionalismo». Durante la contienda se habían conservado las instituciones británicas, aunque en el curso de las hostilidades se suspendieron muchos derechos democráticos. El Parlamento, la monarquía y el sistema legal se tenían, en 1945, como modelos de flexibilidad y de eficacia en un país que no había sido invadido y que había luchado de comienzo al fin en el frente europeo. La victoria por sorpresa del Partido Laborista, en 1945, echó del gobierno a Winston Churchill, pero llevó al mismo a muchos hombres (Clement Attlee, el nuevo primer ministro, y Ernest Bevin, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, por ejemplo) que ya habían ocupado cargos en el gobierno de coalición del período de guerra. El laborismo aplicó un programa radical de cambios sociales y económicos, incluso un servicio de salud y un sistema de seguridad social nacionales y nacionalizó muchos sectores clave de la economía. Durante treinta años, ni los propios laboristas ni los conservadores discutieron los principios subyacentes de estos cambios. Sólo a comienzos de los años ochenta se planteó la cuestión de desmontar el Estado del bienestar y de privatizar las industrias nacionalizadas.

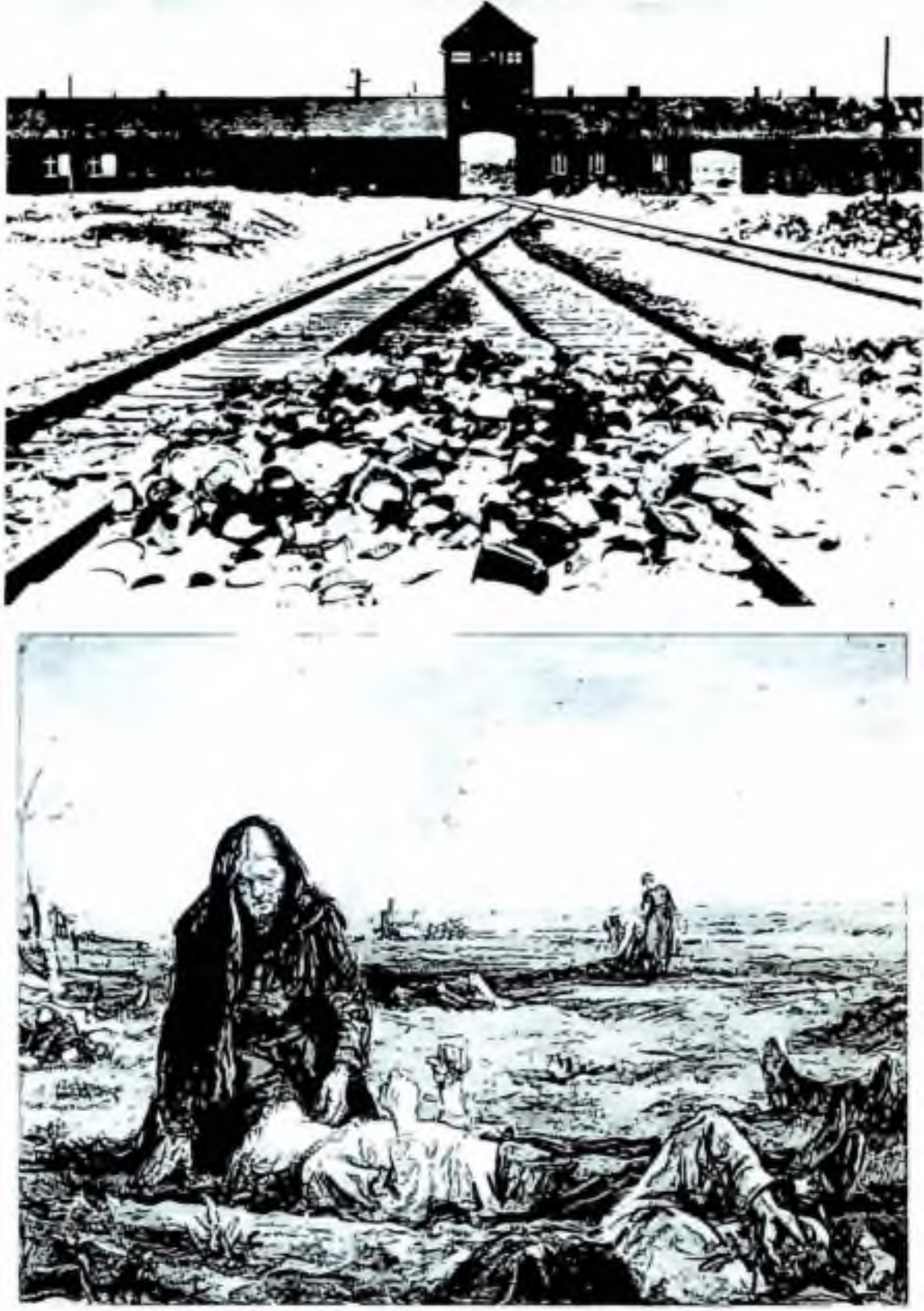
La política exterior británica se caracterizó por su bipartidismo. El esquema churchilliano de tres grandes círculos entrelazados: Imperio/Commonwealth-Estados Unidos-Europa, en cada uno de los cuales Gran Bretaña era el único país que tenía intereses, era una medida adecuada del lugar de Gran Bretaña en el mundo de 1945. Pero el esquema cambió pronto, al desvanecerse rápidamente el círculo Imperio/Commonwealth y al empezar Estados Unidos a prestar mayor atención al renacimiento de la fuerza de Europa occidental. Desde mediados de los años cincuenta, la política británica fue de contención de daños, lo mismo con conservadores que con laboristas, cuando por dos veces y de modo humillante, De Gaulle rechazó (en 1963 con Harold Macmillan en el gobierno británico, y en 1967 con Harold Wilson de primer ministro) la adhesión británica a la CEE. Cuando finalmente, en 1973, se admitió a Gran Bretaña en la Comunidad Europea, dominaba la crisis y no el crecimiento económico, por lo que fue más difícil integrar plenamente el país en la cultura política de la Comunidad Europea. El final de los compromisos globales en el subcontinente indio y al este de Suez acentuó inevitablemente el declive del papel imperial británico. La llamada «relación especial» con Estados Unidos, basada en la comunidad de intereses estratégicos, políticos y de servicios de inteligencia, siempre fue más importante para Gran Bretaña, como potencia menor, que para Estados Unidos. Aunque Gran Bretaña seguía siendo una potencia mundial (hecho que puso de relieve la guerra de las Malvinas, en 1982), así como miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU y un poder ocupante en Alemania Occidental hasta 1990, su capacidad de «pegar más fuerte de lo que pesa» en los escenarios mundial y europeo resultó cada vez más difícil de mantener.

En la península Ibérica, la reforma constitucional no fue una cuestión de primer plano al terminar la guerra mundial. En España, la guerra civil de los años treinta y el subsiguiente régimen autocrático de Franco entrañaron en gran medida la exclusión española de la política general europea, hasta que murió el general y tanto España como Portugal transformaron sus constituciones en democráticas, a mediados de los setenta. En 1989, ambos países, así como una Grecia democratizada, ya habían sido admitidos en la CEE. Las economías ibéricas se desarrollaban rápidamente; Grecia (en 1952) y Por-

tugal (en 1949) habían entrado en la OTAN y España lo hizo luego. Los tres países se encontraban, por tanto, engastados en el sistema occidental.

El drama del 9-10 de noviembre de 1989, cuando los alemanes bailaron sobre el muro que dividía a Berlín entre Este y Oeste, no tiene paralelo en la historia de Europa. Este acontecimiento presagiaba no sólo el fin de la división de la ciudad, sino también el de la división del país más poderoso de Europa y de una Europa asimismo dividida, cuya multiplicidad de instituciones de la guerra fría había puesto de relieve las barreras artificiales que se sobreponían a las fronteras geográficas europeas.

En 1985, cuando Gorbachov llegó al poder en la Unión Soviética, este país estaba enfrascado en una agotadora guerra en Afganistán, había perdido en rápida sucesión a tres dirigentes, su economía estaba estancada y se enfrentaba a un demoledor descontento en Polonia. Las tentativas de Gorbachov para reanimar y modernizar la Unión Soviética mediante la *perestroika* y la *glasnost* mostraban los peligros que entrañaba intentar reformar un sistema profundamente podrido. En 1989, el gobierno empezaba a perder el control del ritmo de los cambios, aunque inicialmente había deseado que la región se reformara sin perder la cohesión del imperio soviético europeo. El movimiento Solidarnosc, con su enérgica oposición al régimen comunista de Polonia llegó al poder con una abrumadora victoria electoral; Hungría avanzaba hacia el pluralismo político; en Checoslovaquia y Alemania Oriental había grandes manifestaciones de masas, aunque estos dos países tenían una dirección políticamente conservadora; aumentaba la actividad de los disidentes en Bulgaria y hasta en Rumania. Las manifestaciones de gente común y corriente y el movimiento de los pueblos a través de las fronteras provocaron una enorme presión en favor del cambio en el imperio soviético europeo. Primero, Hungría abrió sus fronteras; los alemanes del Este atravesaban el país para entrar en Austria y de allí a Alemania Occidental, dando lugar a extraordinarias escenas al asaltar las embajadas en busca de visados de entrada. En noviembre, tras grandes manifestaciones en Alemania Oriental, el gobierno decidió finalmente abrir los puestos fronterizos de Berlín. Se rompió el Muro y se subió el Telón de Acero de norte a sur del continente. En los dos años siguientes, el

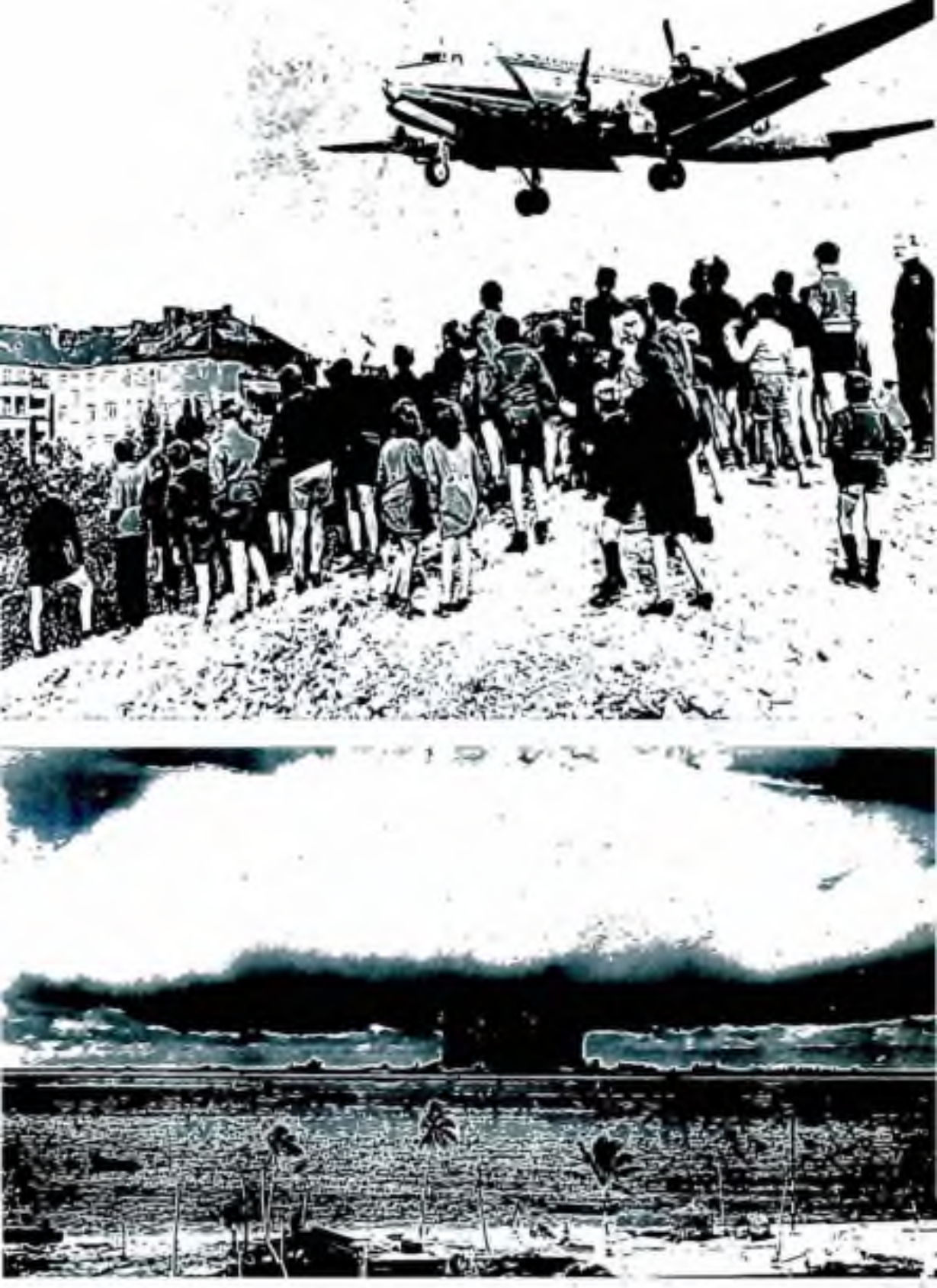


*Arriba*: Las puertas del infierno. La entrada del campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau, donde mataron a aproximadamente cuatro millones de personas, en la «solución final» nazi del «problema judío» en Europa. También murieron masas de ciudadanos soviéticos. *Abajo*: El cuadro *La Madre*, de D. A. Shmarinov, muestra la muerte en un paisaje de devastación.

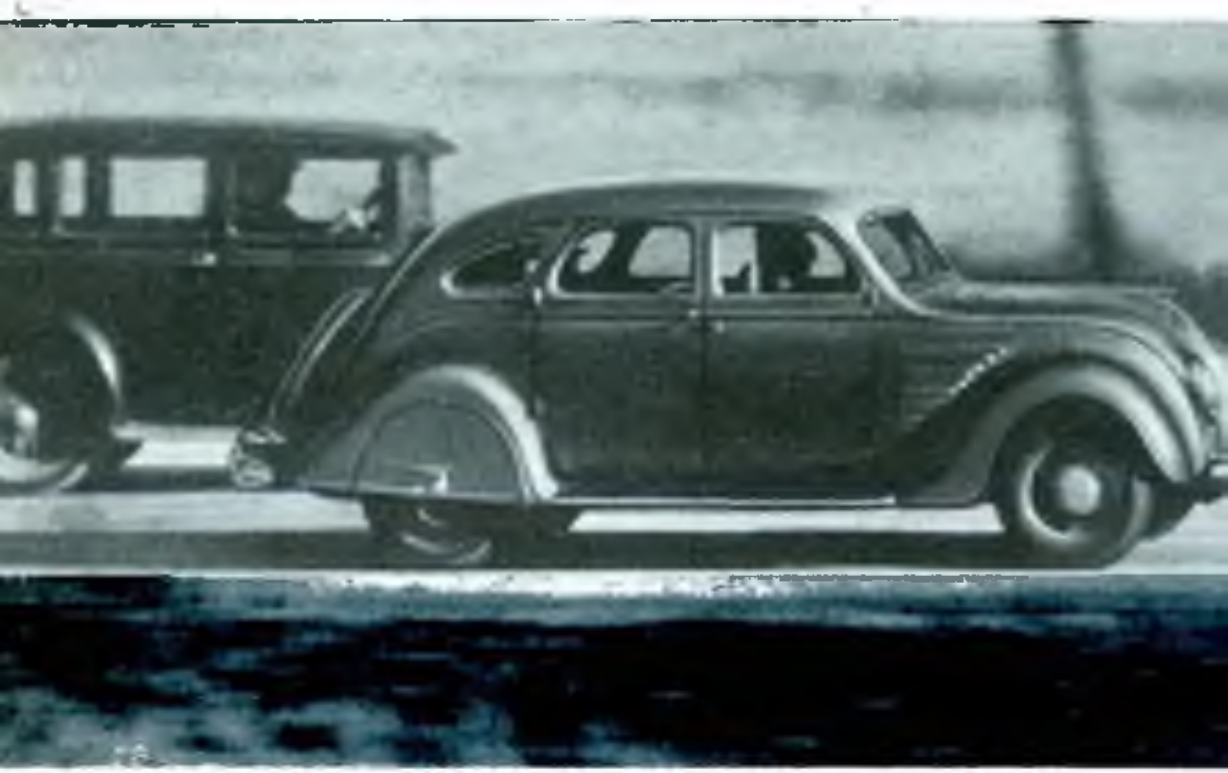
El precio de la guerra. *Arriba*: Un artista oficial de guerra dibuja en Berlín occidental. Los bombardeos aliados habían destruido en toda Alemania objetivos civiles, así como militares, provocando la parálisis económica, el hambre y la falta de alojamiento. *Abajo*: El 6 de agosto de 1945 se lanzó la primera bomba atómica sobre la ciudad de Hiroshima, que causó la muerte instantánea de unas ochenta mil personas, hirió a muchas otras y causó enfermedades por efecto de la radiación.

Los resultados de la guerra. *Arriba:* El juicio de Nuremberg contra algunas de las principales figuras del régimen nazi. *Abajo:* Las fuerzas norteamericanas ocuparon Japón entre 1945 y 1952. Entre las medidas que adoptaron estaba la de fijar nuevas placas con los nombres de las calles en el alfabeto latino, y la enseñanza del mismo a los niños en las escuelas.

Las crisis de los refugiados. *Arriba*: Un buque con judíos inmigrantes ilegales a bordo, vigilado por soldados británicos en el puerto de Haifa, en 1948. Las tentativas de limitar la entrada en Palestina a supervivientes del Holocausto influyeron para que la opinión pública europea y norteamericana se manifestara contraria a la política británica en esa zona. *Abajo*: La guerra de Corea (1950-1953) desplazó a millones de coreanos que huían de las zonas de combate. La guerra devastó la economía y consolidó la división, todavía vigente, de Corea.



La Guerra Fría. *Arriba*: Niños de Berlín observan el aterrizaje de un avión norteamericano durante el bloqueo de la ciudad, que comenzó cuando la URSS trató de controlar toda la ciudad cortando los transportes al Oeste. El bloqueo duró de junio de 1948 a setiembre de 1949. *Abajo*: La primera serie de pruebas de la bomba atómica en la posguerra tuvo lugar en el atolón de Bikini, en el Pacífico, con el fin de investigar sus efectos en los navíos.



La forma aerodinámica del Chrysler Airflow de 1934 (*arriba*), indicaba la dirección que el diseño de automóviles seguiría en la segunda mitad del siglo, al extenderse el uso y propiedad de vehículos de motor. *Abajo*: Las ventas de bienes de consumo crecieron extraordinariamente en Estados Unidos en los años cincuenta. Muchos anuncios iban dirigidos a mujeres, cuyo lugar, según se afirmaba, debía estar en el hogar.

*Arriba*: Le Corbusier, Notre-Dame-du-Haut, en Ronchamp (1950-1955). Tras demostrar que la arquitectura moderna podia ser clásica y mecanicista, Le Corbusier creó esta iglesia de peregrinación, en aparente contradicción con sus ideales. Parece modelada a mano y es un invento personal único. No pertenece, ni teóricamente ni en estilo, a ninguna escuela. *Abajo*: de Frank Lloyd Wright, la Casa de la cascada, en Pennsylvania (1936). Recibió el encargo de construir una vivienda particular entre rocas y encima de una cascada y levantó un centro de piedra con salientes de cemento para captar los sonidos y las líneas de la naturaleza y, al mismo tiempo, proporcionar la sensación de recinto cerrado.

Este *Estudio para desnudo agachado*, de Francis Bacon (1952), combina elementos que el artista había explorado por separado: la estructura de gavia en la cual aisla figuras y fotografías de figuras en movimiento (de Muybridge). El resultado es una imagen de angustia humana, que impresiona en cuanto imagen tanto como por la manera quebrada y estriada en que está pintada.

canciller democristiano Helmut Kohl dirigió una revolución diplomática que culminó en la absorción de Alemania Oriental por Alemania Occidental, sin dejar por ello de pertenecer a la OTAN, y con la anuencia de Moscú. Se desmanteló el Pacto de Varsovia, en toda Europa central los regímenes comunistas se hundieron y estalló la guerra en Yugoslavia. En diciembre de 1991, se disolvió el Partido Comunista soviético y se desintegró la Unión Soviética.

Parecía como si todo cuanto significaba el adjetivo occidental hubiese triunfado finalmente. El sistema soviético había estallado y sus dirigentes habían abandonado la lucha contra las sociedades más ricas, más inventivas y más abiertas de Europa occidental y Estados Unidos. No estaba claro si la constante presión sobre el sistema soviético, en los años cuarenta y comienzos de los cincuenta y de nuevo a comienzos de los ochenta, convenció a los dirigentes soviéticos del carácter fútil de su causa, o si fue la *détente*, expresada por la acción simultánea de una de las superpotencias, por la *Ostpolitik* a nivel europeo y también el proceso multilateral de la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), lo que erosionó la capacidad del imperio soviético de permanecer aislado de la comunidad mundial de comercio y de ideas. Pero era evidente que ahora podía volver a diseñarse Europa y que sus tierras centrales podían «regresar» a su redil. Europa occidental comenzó a darse cuenta lentamente de que los cambios en la parte oriental del continente podían también desestabilizar estructuras occidentales consagradas y minar el statu quo en la parte occidental del continente.

El nacionalismo había sido una causa de constantes irritaciones para los gobiernos de Gran Bretaña (con los nacionalismos irlandés, escocés y galés), de España (con los vascos y los catalanes), de Francia (con Argelia y Córcega), y de Bélgica (con los flamencos y los valones). Pero después de 1989, el nacionalismo hizo una aparición más inquietante en Yugoslavia, que se sumió en la guerra, y en Checoslovaquia, que se dividió. La inestabilidad política produjo una oleada de inmigraciones desde el Este y desde el norte de África que inquietaron a muchos países de Europa occidental. La estructura de seguridad de la OTAN empezó a aparecer como anacrónica, tras haber cumplido con su misión frente a la Unión Soviética. Debía reinventarse la razón de ser de los intereses norteamericanos en la Euro-

pa del futuro, mientras que en el continente mismo iba surgiendo un nuevo sistema de equilibrio de poder. La confortable Comunidad Europea, que había iniciado su programa de mercado único, ya no podía basarse en las vagas ambigüedades de «una unión cada vez más estrecha» como objetivo a largo plazo de sus doce miembros. Los ciudadanos de Francia, Gran Bretaña, Dinamarca y hasta Alemania empezaron a dudar de la política de «más de lo mismo» en la integración supranacional. Fuera de la Unión Europea, las nuevas democracias de la Europa central reclamaban ayuda política, dinero y, eventualmente, la adscripción a una «Europa» nueva y más amplia.

Nunca como ahora han sido tan agudas las presiones de una economía global y de una competencia también global, de los imperativos de la administración económica a gran escala y de la presencia regional de Europa en el escenario político mundial, por un lado, y por el otro las presiones del nacionalismo, la fragmentación social y la desilusión con la integración. Más todavía, se presentan nuevos desafíos de naturaleza muy distinta, que son motivos adicionales de preocupación, desde la proliferación nuclear incontrolada y las amenazas al medio ambiente hasta el descontento social. Los europeos tratan ahora de resolver el problema de definición de sus fronteras, especialmente las del Este y del Sur, sin la presencia hegemónica de las superpotencias de la guerra fría, y de diseñar de nuevo las características políticas, sociales y de seguridad de una identidad «europea» en el mundo de la posguerra fría.

CUARTA PARTE

# El ancho mundo

# 17. Asia oriental

AKIRA IRIYE

Como hemos visto en el capítulo 12, acerca de Asia oriental y el desarrollo de Japón, tres fueron las consecuencias más importantes de la segunda guerra mundial en la región: la destrucción y la pérdida de influencia de Japón como país que definía en gran medida la política regional; el acceso de China y otros países asiáticos a posiciones de influencia, y la emergencia de Estados Unidos como la principal potencia del Pacífico asiático. Este contexto siguió definiendo el Asia oriental de la posguerra, pero los cambios cataclísmicos caracterizarían la región, algo que ni los vencedores ni los vencidos pudieron prever en 1945.

En China, que aun antes de la celebración de la victoria sobre Japón debería de haber emergido como la única gran potencia no occidental, se intensificó el conflicto interno entre nacionalistas y comunistas, hecho que anuló todo intento de enfrentarse conjuntamente a los antiguos ocupantes y sus colaboradores. (De hecho, ambos bandos utilizaron a algunos colaboradores, así como a militares y civiles japoneses en la contienda nacional.) Los chinos no sólo no se involucraron activamente en Corea, país que las grandes potencias debieran haber convertido en protectorado conjunto, sino que permitieron que la ocuparan las fuerzas soviéticas y norteamericanas. En el Sureste asiático, la situación fue aún más fluida, pues a su regreso, las fuerzas y los funcionarios europeos se encontraron con que los pueblos autóctonos exigían libertad, autonomía y, en última instancia, independencia. La excepción fue Filipinas, pues Estados Unidos ya había prometido la independencia a este país; además, los dirigentes

filipinos, tanto colaboradores como miembros de la resistencia, fueron capaces de prepararse juntos para la independencia, que alcanzaron en 1946. Sin embargo, en otras zonas, desde las Antillas Holandesas hasta la Indochina francesa, desde la Malasia británica hasta Birmania e India, los movimientos de liberación nacional adquirieron impulso como consecuencia de la derrota de Japón. Expulsaron a cientos de miles de japoneses, aparte de aquellos a los que juzgaron y castigaron por cometer crímenes de guerra. A los europeos les resultó cada vez más difícil recuperar la posición perdida en las colonias. Algunos países, como Indochina, se declararon abiertamente independientes en cuanto Japón se rindió formalmente, mientras que otros estaban dispuestos a negociar con los gobiernos europeos, pero bajo sus propias condiciones. En el drama político subyacía una profunda transformación social y cultural provocada por las circunstancias perturbadoras de la guerra. En todo Asia se oían voces que exigían bienestar económico y numerosos dirigentes del Sureste asiático compartían un sentido de identidad regional que tenía poco que ver con las estrategias de las grandes potencias.

Resulta irónico que fuese en Japón y no en otras partes de Asia donde Estados Unidos instituyó unas medidas bien articuladas que, a pesar de no ser internamente consistentes, proporcionaron un sólido marco para el desarrollo en la posguerra de la nación derrotada. Con el fin de erradicar el militarismo japonés, las autoridades de ocupación norteamericanas, al mando del general Douglas MacArthur, aplicaron varias medidas, como juicios por crímenes de guerra y la depuración de más de doscientos mil dirigentes gubernamentales, empresariales y académicos japoneses. Alentaron la actividad de los sindicatos, emanciparon a las mujeres e impusieron una constitución muy distinta a la Carta Magna meiji. Al mismo tiempo, repartieron entre los millones de hambrientos japoneses alimentos procedentes de sus provisiones y enviados desde Estados Unidos. Llevaron a cabo reformas agrarias, gracias a las cuales los campesinos japoneses fueron propietarios de tierras por primera vez en la historia moderna de este país. Prohibieron la concentración y combinación empresarial, con el fin de fomentar el capital compartido y proteger a los empresarios individuales. Hicieron reescribir los libros de texto, corrigiendo las interpretaciones «nipocéntricas» de la historia, la geografía, la filosofía y la literatura.

Puesto que la situación en el resto de Asia era mucho más fluida, la ocupación norteamericana de Japón sirvió, sin que los norteamericanos se lo propusieran realmente, para definir la estructura de las relaciones internacionales asiáticas. Es decir, que Estados Unidos llegó a considerar Japón como uno de sus principales éxitos y como clave en su política asiática de posguerra. Así pues, en lugar de China, fue Japón —como socio comercial de Estados Unidos— el país que adquirió cada vez mayor importancia en la definición de un nuevo orden regional.

Los japoneses, por su parte, asimilaron de buen grado la situación. Antes que la ocupación por otra potencia, preferían la ocupación de los norteamericanos, que durante la guerra se habían dedicado a identificar a los «japoneses dispuestos a colaborar», que aliviarían la carga que suponía ocupar el país. Las autoridades de ocupación no eliminaron a los funcionarios japoneses, salvo a los de rango superior, y mantuvieron intacta la estructura burocrática, a fin de gobernar con mayor facilidad a más de cien millones de personas. Merece la pena señalar que aun antes de que la guerra fría llegara a Asia, a fines de los años cuarenta, Estados Unidos y Japón ya habían establecido una estrecha relación.

En Corea, la historia fue muy distinta. Las tropas soviéticas, que habían luchado en Manchuria, se apresuraron a ir al norte de Corea en cuanto Japón se rindió, en un afán de ayudar a algunos dirigentes coreanos a formar lo que esperaban que fuera un nuevo gobierno para la ex colonia japonesa. A Estados Unidos no le agradó la perspectiva de una ocupación rusa del conjunto de la península y se apresuró a sugerir la división del país en el paralelo 38, el sur del cual sería zona de ocupación norteamericana. (Por cierto, que no se designó ninguna zona para ocupación china o británica.) No obstante, no estaban preparados —ni mucho menos— para ocupar el sur de Corea: a diferencia de los planes minuciosamente trazados para la ocupación de Japón, no habían previsto esta posibilidad en Corea, y no fue sino hasta setiembre cuando acudieron los primeros contingentes, al mando del general John Hodge.

A diferencia de MacArthur, Hodge no disponía de directrices

claras ni de un personal eficaz. Muchos coreanos, individualmente y en grupo, competían por la autoridad en un nuevo gobierno, y Hodge no se decidía a elegir entre ellos. En su lugar, conservó de momento la maquinaria administrativa que los japoneses habían puesto en marcha durante la guerra. Para colmo, dejó en posiciones de poder a los coreanos que habían colaborado con el régimen colonial. Fue inevitable el caos administrativo y político en la península coreana, que debía de haberse convertido en un protectorado de las Naciones Unidas, si bien en la inmediata posguerra nada se hizo para establecerlo.

De haberse hecho en 1945, la península podría haber quedado constituida, al menos, en una unidad administrativa, pero fue dividida desde un principio. Todos los esfuerzos para establecer un gobierno unificado fracasaron, por la sencilla razón de que ni Estados Unidos ni la Unión Soviética, es decir, las potencias ocupantes, estaban dispuestos a apoyar a dirigentes coreanos que pretendían hablar en nombre del país entero. En 1948, cuando ya era tarde, las Naciones Unidas intervinieron en la refriega, y enviaron a Corea una comisión para supervisar las elecciones nacionales, cuyo resultado debía ser la creación de una república independiente y unificada. Sin embargo, los políticos de Corea del Norte boicotearon las elecciones, por considerarlas una interferencia en asuntos internos. De modo que se llevaron a cabo únicamente en el sur, con la consiguiente formación de una Asamblea Nacional que escogió a Syngman Rhee como primer presidente de la República de Corea. Los del norte respondieron con sus propias elecciones y formaron la República Popular Democrática de Corea, encabezada por Kim Il Sung.

Tanto la República Popular Democrática de Corea como la República de Corea pretendían hablar en nombre de todo el país y trataron de obtener el reconocimiento diplomático. De hecho, la Unión Soviética, Estados Unidos y la mayoría de países reconocieron sólo uno de los dos gobiernos; así, aunque en principio existía una sola Corea con un único gobierno, en realidad había dos Coreas con sendos gobiernos. La Unión Soviética retiró sus tropas del norte en 1948, y Norteamérica retiró las suyas del sur en 1949, provocando una situación sumamente explosiva, en la que la estabilidad de cada régimen dependía de un gobierno autoritario que a menudo rayaba

en el terror, y de la supuesta voluntad de las potencias externas de intervenir inmediatamente cuando hiciera falta.

Acaso no se habría presentado una crisis internacional con respecto a Corea de no ser por la extensión a Asia oriental de la guerra fría (definida, sencillamente, como una pugna entre Estados Unidos y la Unión Soviética). Los historiadores no se ponen de acuerdo sobre cuándo ocurrió esta ampliación; algunos alegan que desde un principio las superpotencias veían la región en el contexto de su lucha global por el poder. Pero, como ya hemos visto, las suspicacias y las tensiones entre Estados Unidos y la Unión Soviética no eran sino unas de las numerosas cuestiones que se presentaban en el Asia de la posguerra, y cometeríamos un error si las encajáramos todas en el marco monolítico de la guerra fría, sin importar cuan persuasivo sea este argumento referido a Europa o al Próximo Oriente. Después de 1945, Moscú y Washington tardaron varios años en fijar una estrategia sistemática de guerra fría en lo referente a Asia.

No fue sino hasta 1949-1950 cuando la guerra fría definió numerosos aspectos de los asuntos asiáticos. La división de Vietnam en dos: el norte dominado por los comunistas, y el sur anticomunista; la creación de la República Popular China (RPC); el reconocimiento de ésta por la República Popular Democrática de Corea y por Vietnam del Norte, así como el tratado de alianza entre China y la Unión Soviética —que debía durar treinta años y que se firmó después de que la URSS tuviera éxito en sus primeras pruebas nucleares—, demostraban indiscutiblemente el alcance y hasta la preponderancia de la influencia soviética en la región, lo cual provocó una respuesta sistemática norteamericana. Según el Consejo de Seguridad Nacional Norteamericano (creado en 1947, aunque hasta entonces tendía a centrarse en Europa y Próximo Oriente), la guerra fría había adquirido una dimensión mundial y resultaba imperativo defender las fuerzas de «la libertad» en Asia, lo mismo que en otras partes del mundo. Así, Japón debía convertirse en base de avanzadilla para las fuerzas norteamericanas; Estados Unidos debía ayudar militar y económicamente a Corea del Sur y a Vietnam del Sur, y mostrar flexibilidad con la República Popular China, a fin de evitar que acabara totalmente bajo control soviético.

Para Japón y Corea, las implicaciones de esta nueva estrategia fueron tremendas. Se pondría fin a la ocupación norteamericana de Japón, que sería sustituida por un nuevo acuerdo según el cual Estados Unidos conservaría bases militares en todo el país, sobre todo en Okinawa. A tal efecto, primero debía convocarse una conferencia de paz que pusiera fin al estado de guerra con Japón. Sin embargo, no era nada probable que Moscú y Pekín aceptaran un tratado de paz que fuese resultado de las maniobras norteamericanas. De hecho, hubo tantas divisiones como se había anticipado en la Conferencia de Paz de San Francisco, convocada en setiembre de 1951. La Unión Soviética y sus «satélites» se negaron a aceptar un tratado que no contara con el apoyo unánime de todos los aliados de la guerra, sobre todo de la China Popular. A ésta, sin embargo, ni siquiera la habían invitado a la conferencia, pues Estados Unidos no la había reconocido y, además, en Norteamérica había grandes presiones para reconocer como gobierno legítimo a la República China en Taiwán, la isla a la cual habían huido las fuerzas nacionalistas. Para colmo, dos países asiáticos, India y Birmania, rechazaron el tratado por las mismas razones que la URSS. A pesar de esto, la inmensa mayoría de los delegados lo aceptó. Así, el 8 de setiembre de 1951, lo firmaron el primer ministro japonés, Yoshida Shigeru, y representantes de casi todos los antiguos enemigos de Japón.

Para entonces, sin embargo, la guerra fría en Asia se había militarizado, como consecuencia de la invasión, el 25 de junio de 1950, de Corea del Sur por parte de Corea del Norte. Cuando se inició la guerra coreana, la respuesta norteamericana a la invasión fue tan contundente que Yoshida se convenció de que Estados Unidos demostraba con ello su decisión de defender el statu quo en Asia oriental, una condición esencial para la seguridad del propio Japón. Puesto que las fuerzas norteamericanas, al mando del general MacArthur, obligaron a las tropas norcoreanas a retroceder al paralelo 38, los japoneses creyeron que podían contar con el apoyo de Estados Unidos en caso de una amenaza similar. Entretanto, los militares norteamericanos, cada vez más convencidos de la importancia estratégica de Japón en la guerra fría, apresuraron el fin de la ocupación y la institución de un nuevo acuerdo de seguridad. De manera que los acontecimientos en Japón y en Corea estaban muy estrechamente relacionados, y a principios de los años cincuenta se estableció en Asia

oriental lo que podría llamarse un «sistema de San Francisco», según el cual Estados Unidos y sus socios (inicialmente Japón y Filipinas, a los que se unieron posteriormente Corea del Sur y Taiwan) medirían fuerzas con la Unión Soviética, China y Corea del Norte.

Para los coreanos, esto significaba que la división de la península sería duradera y que la relación entre ambas Coreas resultaría cada vez más difícil, ahora que luchaban entre sí. De Estados Unidos llegaban fuerzas, armas y bienes, con el fin de conservar la existencia de Corea del Sur; al mismo tiempo, la ayuda china y soviética se convirtió en una importante fuente de apoyo de Corea del Norte. Para afrontar la crisis militar, ambos regímenes adoptaron un talante más autoritario y ambos tuvieron que dedicar porcentajes cada vez mayores de sus recursos a la guerra. Aun cuando ésta se estancó, a mediados de 1951, a lo largo del paralelo 38 —estancamiento que tuvo por consecuencia un acuerdo de cese el fuego en 1953—, ningún bando podía relajar su adiestramiento militar. Así, Corea, que debería haber sido uno de los vencedores de la segunda guerra mundial al liberarse del dominio japonés, se sumió en un período de profunda incertidumbre, autoritarismo político y apuros materiales.

En contraste, a mediados de los años cincuenta Japón ya había recuperado su antiguo nivel de producción y se había convertido en miembro de pleno derecho del sistema de alianzas de Estados Unidos. Lo que en la política interior se conocería como el «sistema 1955», o sea, el surgimiento del Partido Liberal Democrático (PLD) como partido en el poder y del Partido Socialista como principal partido de oposición, se relacionaba íntimamente con las relaciones exteriores del país. El PLD, juntamente con las burocracias, los bancos y la comunidad empresarial —sobre todo los fabricantes de bienes de exportación—, desarrollaron una estrategia que permitiera una pronta recuperación del crecimiento económico. Esta estrategia consistía en orientar la industria hacia la exportación; incluía, entre otras medidas, el fomento del ahorro, para que los fabricantes de bienes estratégicos dispusieran de capital interno a bajo interés, así como incentivos fiscales y un cambio de divisas favorable a los exportadores. En la otra cara de la moneda, los gastos de defensa se mantuvieron bajos, a fin de concentrarse en los objetivos económicos. En 1953, por ejemplo, el primer año de la recién readquirida

soberanía, el total del gasto de defensa ascendió a ciento diecisiete mil millones de yenes, o sea, aproximadamente el 2,6 por ciento de los ingresos nacionales. Cinco años más tarde, las cifras eran de ciento cincuenta y un mil millones de yenes y 1,6 por ciento, respectivamente. En otras palabras, la economía crecía a un ritmo mucho mayor que el de los gastos de defensa, pues se daba por sentado que Estados Unidos podía proteger a la nación, desde sus bases así como con su «paraguas nuclear», por lo que las modestas fuerzas armadas del país se usarían primordialmente en contingencias internas.

Después de poner en marcha la orientación básica de sus estrategias económica y de seguridad, el gobierno de Japón se dedicó a normalizar sus relaciones con otros países asiáticos. Desde luego, no era posible hacerlo con China mientras Estados Unidos hiciera el vacío a Pekín. Con todo, esto no impidió que Tokio promoviera con vigor el comercio bilateral. Basándose en el principio de «separación de la política y de la economía», los consejos de ministros japoneses alentaron a las misiones comerciales para que negociaran acuerdos comerciales con China. El comercio entre estos dos países aumentó considerablemente, y en 1957 había alcanzado su punto culminante, o sea, ciento cuarenta millones de dólares. Esto, sin embargo, apenas representaba el dos por ciento del comercio total de Japón, cifra exigua comparada con las de la preguerra. Aun así, era relevante, puesto que China constituía un mercado importante para la recién nacida industria nipona de bienes de consumo, como bicicletas y máquinas de coser. China necesitaba estos bienes y los pagaba principalmente por medio del trueque, enviando a Japón carbón, hierro y otras materias primas. Este prometedor comercio bilateral recibió un golpe en 1958, cuando el régimen de Pekín, cada vez más confiado y crítico hacia la negativa de Tokio a reconocerlo, puso bruscamente fin a las negociaciones para un nuevo acuerdo. No obstante, éste fue un interludio breve, pues no resultaba fácil dar artificialmente marcha atrás a un ímpetu que ya había arrancado.

Las relaciones de Japón con Corea eran aún más problemáticas. Acaso parecía más fácil que entablara una relación normal con su antigua colonia, pero ni el régimen de Syngman Rhee ni la opinión pú-

blica de Corea del Sur estaban dispuestos a aceptarla sin una disculpa explícita por el dominio japonés y un enorme pago en concepto de indemnización. Pese a la insistencia de Washington, Seúl se mantuvo firme, mientras los japoneses respondían con sus propias condiciones, como la restitución de propiedades en suelo coreano confiscadas a los japoneses después de la guerra. Las numerosas reuniones entre funcionarios de ambos gobiernos produjeron pocos avances, y las relaciones comerciales se llevaban a cabo únicamente en una base ad hoc. Entretanto, las relaciones de Japón con Corea del Norte eran virtualmente inexistentes, con la excepción de gran número de coreanos repatriados desde Japón, a los que éste había «importado» durante la guerra para llevar a cabo trabajos forzados. Numerosos coreanos, sin embargo, permanecieron en Japón —unos 500000, de los 2300000 que había al final de la guerra—. Su situación constituía otro motivo de fricción en las relaciones coreano-niponas, pues el gobierno coreano insistía en que se les concediera una condición especial por su largo sufrimiento en cuanto trabajadores forzados, mientras que los japoneses no deseaban crear una categoría especial de residentes extranjeros.

Retrospectivamente, la década de los sesenta sembró las semillas del desarrollo futuro de la comunidad asiática del Pacífico. Tal vez esto no resulta tan claro si cuando hablamos de ese decenio nos centramos en la guerra de Vietnam. Sin embargo, lo de Vietnam fue apenas uno de los acontecimientos que aumentaron el poder relativo y la influencia de los países asiáticos en la región y estrecharon sus lazos, al menos entre algunos de ellos.

Esto se nota, por ejemplo, en el acercamiento entre Japón y Corea del Sur, que culminó en el Tratado de Normalización firmado en 1965. Por primera vez desde que Corea quedó libre del colonialismo japonés, ambos países entablaron relaciones diplomáticas. La espinosa cuestión de las reparaciones y la restitución de propiedades se resolvió con un compromiso: ambas partes aceptaron que se cancelaban entre sí, y Japón ofreció a Corea un crédito de 300000000 de dólares, además de un préstamo de 200000000 adicionales. Si bien no se las llamó indemnización, estas sumas equivalían al reconocimiento por parte de Japón de que había perjudicado mucho a Corea en los treinta y cinco años de su dominio. En cuanto a los coreanos

residentes en Japón, se les concedió la condición de residentes permanentes que, si bien conservaban su nacionalidad coreana, recibirían un trato distinto al de otros extranjeros.

El Acuerdo de Normalización no se firmó sino hasta después de que depusieran a Rhee, en 1961, tras una oleada de manifestaciones. Para entonces, su régimen era sumamente impopular, no sólo entre estudiantes radicales e intelectuales de izquierdas, que ponían en tela de juicio su actitud inflexiblemente anticomunista, sino también entre políticos, empresarios e incluso militares. Muchos creían que la inestabilidad política del país y la política anticomunista de Rhee hacia el norte dificultaban la consecución de éxitos económicos como los que se producían en Japón. Una oleada de manifestaciones en masa acabaron por desmoronar el liderazgo de Rhee y, tras un interludio en el cual algunos políticos democráticos intentaron organizar un gobierno eficaz, Park Chung Hee se hizo con el poder político. Park, un joven oficial, había dado muestras de izquierdismo, pero era conocido por su mando eficiente y disciplinado. La era de Park, que duró de 1961 a 1979 y terminó con su asesinato, no fue mucho más democrática que la de Rhee, si bien él entendía la necesidad del desarrollo económico e impulsó con energía la industrialización del país. En este esquema encajaban perfectamente los créditos y los préstamos otorgados por Japón.

El año 1965 tuvo también importancia para Japón, pues fue aquel en que por fin se registró en su balanza comercial un superávit de exportaciones, por 285 000000 de dólares. Esta cifra, por muy modesta que fuera, anunciaba un futuro prometedor, pues reflejaba la dedicación casi exclusiva del gobierno y del empresariado a la expansión de las exportaciones japonesas. Para entonces, Japón exportaba ya radios de transistor, televisores y otros productos electrónicos que incluían componentes de «elevado valor». El primer ministro, Ikeda Hayato (1960-1964), creía que el desarrollo de la industrialización en estas áreas permitiría aumentar las exportaciones, no sólo sin contener los salarios, sino aumentándolos. Este aumento estimularía, a su vez, la demanda interna de bienes manufacturados. El que en los años sesenta se tendiera a liberalizar las políticas comerciales en todo el mundo —como lo atestigua el éxito de las negociaciones de la Ronda Kennedy—, resultó favorable para Japón, que se bene-

fició y participó en el impresionante crecimiento del comercio mundial, cuyo valor se incrementó en un ciento cincuenta por ciento en ese decenio.

Cabe recordar que fue también en ese decenio, en el año 1967, cuando varios países del Sureste asiático se unieron y crearon la Asociación de Naciones del Sureste Asiático (ANSEA). Este organismo se proponía cooperar tanto en cuestiones de seguridad como de economía, y lanzó claras señales de que el Sureste asiático participaba también en la tendencia global hacia el crecimiento económico. En un momento en que la guerra de Vietnam se intensificaba, Tailandia, Malasia, Singapur, Filipinas e Indonesia se centraban en el desarrollo económico de la región, cosa que encajaba muy bien en los objetivos económicos de Japón. A mediados de los años sesenta, Japón había pagado la mayor parte de las reparaciones a los países que había ocupado durante la guerra y les otorgaba nuevos créditos y préstamos. Estos fondos les permitían comprar artículos de fabricación japonesa a la vez que los animaban a exportar productos —pescado, pulpa, aceite— cuya demanda crecía cada vez más en Japón. La relación económica entre este país y el Sureste asiático se estrechó tanto que algunos recordaron la Gran Esfera de Prosperidad Compartida del Sureste Asiático que existió durante la guerra. El que esta pauta de dominación nipona volviera a predominar dependía de las actitudes y las percepciones de los países del Sureste asiático. La opinión generalizada en Japón era que esta clase de penetración «pacífica» en los mercados asiáticos era mucho mejor que la alternativa militar. De hecho, es posible que el éxito de la estrategia económica con respecto a Asia reforzara el pacifismo nipón. Así, por ejemplo, Tokio ni simpatizaba con la guerra de Vietnam ni la apoyaba, y, mientras desde las bases en Okinawa de su aliado norteamericano partían misiones de bombardeo, el gobierno de Satō Eisaku (1964-1971) exigía el retorno de las islas a la soberanía japonesa. Obviamente, los asuntos asiáticos llevaban su propia evolución.

A finales de los años sesenta, se veían numerosas señales de que la historia del Asia oriental de la posguerra entraba en una nueva fase. Estados Unidos, que con la guerra de Vietnam había extendido su po-

der hasta donde pudo, cambió de rumbo y anunció que pondría en marcha una política de «asianización». Como dijera Richard M. Nixon en Guam, en 1969, poco después de convertirse en presidente, las fuerzas de tierra norteamericanas ya no intervendrían en los conflictos de Asia; dejarían que lo hicieran las asiáticas, si bien las apoyarían por aire y por mar, y hasta con armas nucleares, por supuesto, para mantener el orden en la región. La retirada de Estados Unidos de Vietnam, completada en 1975, evidenciaba de modo muy claro el desmoronamiento del sistema de alianzas diseñado para contener a la Unión Soviética, Vietnam del Norte y Corea del Norte. La administración de Nixon puso en marcha una nueva geopolítica. Sus arquitectos, Nixon y Henry Kissinger, creían que podrían utilizar el poderío norteamericano, no ya para contener el poder de la Unión Soviética y de China, sino para complementar el de esta última frente al de la primera. El acercamiento entre Estados Unidos y la República Popular China, cuando Nixon fue a Pekín y Shanghai a principios de 1972, tuvo por resultado una nueva definición de las relaciones internacionales asiáticas.

Estos acontecimientos tuvieron enormes repercusiones en Japón y Corea, si bien más en el campo económico que en el estratégico. Japón no había sido uno de los principales participantes en la política de contención, de modo que no se vio obligado a cambiar la orientación de su política militar cuando se produjo el acercamiento entre Estados Unidos y la RPC. Lo que este acercamiento hizo fue santificar, por así decirlo, la estrategia de crecimiento económico que Japón impulsaba desde la posguerra, pues ahora, con la nueva alineación de fuerzas en Asia oriental, se alejaban aún más las probabilidades de un conflicto militar regional. Así, la nación podía continuar dedicando su energía a la consecución de los objetivos económicos. También Corea del Sur se alegró de la reducción de las tensiones entre Washington y Pekín, pues supuso que el gobierno chino utilizaría su influencia para contener la beligerancia de Corea del Norte y que los dirigentes de Seúl podrían reforzar el interés del empresariado en el desarrollo económico mediante la rápida industrialización.

Asombra que en los años setenta —una década plagada de conmociones por los precios del petróleo, una recesión mundial y el colapso del Sistema de Bretton Woods, que se fundamentaba en tasas de cambio estables—, Japón, Corea del Sur y la mayoría de las otras

economías asiáticas registraran una impresionante tasa de crecimiento. Puesto que importaban el petróleo, sufrieron por el exorbitante aumento del precio de este combustible; sin embargo, los industriales de Japón y hasta cierto punto los de Corea del Sur y demás países acertaron a absorber los costes racionalizando el proceso de producción y aceptando percibir ganancias relativamente menores que las de los años sesenta. Las exportaciones de Japón y Corea del Sur crecieron a mayor velocidad que las de la mayoría de las naciones occidentales, y Japón se permitió incluso exportar capital, mientras que en el interior los ambiciosos planes para crear infraestructuras provocaron un *boom*.

Los éxitos acarrearon inevitables consecuencias políticas. En Japón, un escándalo político que tenía que ver con las relaciones entre políticos y empresarios deseosos de conseguir contratos gubernamentales obligó a un primer ministro a dimitir, deshonrado, y a afrontar un juicio. En Corea del Sur, una clase media cada vez más próspera empezó a exigir que se le permitiera participar en la toma de decisiones políticas. El descontento con el gobierno militar de Park Chung Hee, latente durante mucho tiempo, se desvaneció bruscamente cuando uno de sus ayudantes más íntimos lo asesinó en 1979. Le sucedió Chun Doo Hwan, también militar, pero más sensible a la opinión pública. Aun así, se enfrentó a movimientos y manifestaciones, tanto de radicales como de moderados. De estos últimos, muchos eran políticos, funcionarios, empresarios e intelectuales que habían estudiado en Estados Unidos; les parecía inaceptable que Corea, que experimentaba rápidos cambios económicos, continuara padeciendo un gobierno autócrata. Estaban a favor de la diplomacia de derechos humanos del presidente norteamericano, Jimmy Carter, pues iba dirigida no sólo al totalitarismo comunista, sino también a los países no occidentales y no democráticos.

A los países no occidentales subdesarrollados desde el punto de vista económico se les conocía en conjunto como el Tercer Mundo. Antes de los años setenta compartían la sensación de ser víctimas del colonialismo y del capitalismo occidental. Sin embargo, el éxito económico de Corea del Sur y otros países asiáticos, como Taiwan, Hong Kong y Singapur, estaba dividiendo a este Tercer Mundo, y en los años ochenta las economías asiáticas se habían distanciado clara-

mente de las del Próximo Oriente, África y América Latina, por ser las que más rápidamente se desarrollaban. De hecho, la década, en la que se produjeron cambios cataclísmicos que culminaron con la caída de las dictaduras comunistas de Europa del Este fue también notable por el espectacular crecimiento de las economías asiáticas. La mayoría de éstas crecieron aún más rápido que las europeas, tanto que a finales de la década los ingresos per cápita de algunas superaban a los de varias naciones europeas, como Portugal y Grecia.

En este contexto Japón surgió como superpotencia económica. Su PIB alcanzó el segundo lugar a nivel mundial después del de Estados Unidos, al que ya superaba en cuanto a los ingresos per cápita. Mucho dependía, desde luego, de cómo se traducía una divisa a otra; pero el hecho de que a finales de la década un dólar se cambiara por un poco más de 120 yenes, mientras que veinte años antes esta tasa era de un dólar por 360 yenes, evidenciaba la creciente fuerza de la economía japonesa. En su balanza comercial, las exportaciones superaban siempre a las importaciones, y las divisas obtenidas se utilizaban en el extranjero, en inversiones y en bienes raíces. Por todas partes las mansiones y los clubes campestres propiedad de japoneses se convirtieron en algo familiar. Lo que a la sazón no resultaba tan obvio era que el comercio y las inversiones de los japoneses fuesen a parar cada vez más a los mercados asiáticos; esto por necesidad, debido a las crecientes fricciones comerciales con Estados Unidos. Como este país cada vez protestaba más amargamente por la política industrial japonesa y el molesto sistema de distribución que obstaculizaba el aumento de las exportaciones a Japón, los empresarios japoneses empezaron a construir fábricas en los países asiáticos desde los cuales exportaban a Estados Unidos. Sin embargo, este traslado reflejaba también el progresivo aumento de la mano de obra nipona como resultado de la prosperidad. Por ello, los empresarios se volvieron inevitablemente hacia Corea, China y otros países asiáticos, en busca de mano de obra más barata (pero educada y disciplinada). El proceso lo facilitó el hecho de que las economías asiáticas crecieran de prisa, pues constituían mercados dispuestos a recibir las inversiones y la producción japonesas.

Si la emergencia de Japón como gigante económico constituía un hecho impresionante, la de Corea del Sur como formidable potencia

económica lo fue aún más. Su recuperación económica de la posguerra se asemejó bastante a la de Japón, pero obvió algunos de los pasos que dio éste, y su economía creció a un ritmo de más del siete por ciento anual. Sus exportaciones incluían coches, barcos y ordenadores, que a menudo competían favorablemente con los productos japoneses. En lo político, el sucesor de Chun, Roh Tae Woo, también militar, estaba dispuesto a hacer concesiones a los ciudadanos, hasta el punto de que se celebraron elecciones libres y, en 1993, subió al poder el primer presidente civil en treinta y dos años. Como para celebrar la madurez de Corea, gracias a las Olimpiadas de Seúl, en 1988, el mundo entero quedó impresionado por la modernización del país. Además, éste estaba igualmente deseoso de exportar su capital a otros países asiáticos, incluso a China, que durante años fue su archienemiga debido al apoyo que prestaba a Corea del Norte. No obstante, en 1992, Seúl y Pekín se reconocieron mutuamente y las relaciones diplomáticas se vieron de inmediato reforzadas por vínculos económicos.

¿Estaban creando estos acontecimientos un nuevo orden en Asia oriental? No cabe duda de que existían ciertos obstáculos. El recuerdo de la guerra permanecía vivo en la mente de los asiáticos, especialmente de los chinos y los coreanos que, según se desprende de periódicas encuestas de opinión, todavía desconfiaban de los japoneses. Algunos países asiáticos, sobre todo Corea del Sur, Taiwan y Singapur, empezaban a competir con mucho éxito con Japón en el campo económico. Así, las quejas que los japoneses acostumbraban a oír por parte de norteamericanos y europeos acerca de sus prácticas comerciales injustas se convirtieron en las quejas que ellos mismos lanzaban a menudo contra los demás asiáticos. Pero más importante aún es que, a diferencia de los países europeos que compartían una cultura y antecedentes históricos comunes, en Asia las tradiciones étnicas, religiosas y culturales divergían más, y no compartían un pasado común.

No obstante, algunas señales más positivas sugerían la existencia de nuevas tendencias en la región. Conforme el mundo admiraba los «milagros económicos» de las economías recién industrializadas (ERI) (Corea del Sur, Taiwan, Hong Kong, Singapur), China, la Asociación

de Naciones del Sureste Asiático y otros países asiáticos, nació un orgullo regional que trascendía las identidades nacionales. La extensión de la democracia, por muy dolorosamente lenta que pareciera a muchos habitantes de la región, constituyó otra señal alentadora, pues los diferentes países podían decir que compartían un vocabulario común, el de los derechos humanos. Por encima de todo, el final de la guerra fría dio a los asiáticos la oportunidad de plantearse, quizá por primera vez, si existiría algún objetivo regional al que pudieran aspirar. No quedaba claro si optarían por una definición regional (a diferencia de la nacional) de sus objetivos, si bien al menos todos reconocían que existía tal posibilidad. La alternativa no podía ser sino la división «intrarregional», con lo que acaso China surgiría como nueva fuerza hegemónica, al aumentar constantemente su poderío económico y militar. Es más, todos los países de la región compartían los efectos secundarios de la rápida industrialización, como el deterioro ambiental, el crimen urbano, el desequilibrio entre ricos y pobres y el aumento de la población de la tercera edad. Para estos problemas no había una solución nacional, sino que exigían una colaboración regional y hasta internacional. En cierto sentido, podría decirse que los asiáticos se enfrentaban a un futuro desconocido.

Al llegar a su fin el siglo xx, resulta obvio que los países asiáticos han desempeñado, individual y colectivamente, un papel importante en la historia contemporánea. Ya sea mediante el imperialismo o la guerra, ya mediante la revolución o las reformas, ya mediante la democratización y el desarrollo económico, han descartado la clase de Asia que existía en 1900; un siglo más tarde, la región que han creado es completamente distinta, es una región que el mundo entero se toma cada vez más en serio. La historia de Japón y Corea del Sur, desde 1945, es en muchos aspectos simbólica. Pese a empezar casi de cero —Japón, debido a la devastación que acarrearon las guerras que declaró y libró, y Corea del Sur porque acababa de liberarse del colonialismo—, ambos países perciben casi el quince por ciento de los ingresos mundiales y aproximadamente el diez por ciento de su comercio. No es una hazaña mediocre para dos países cuya población combinada asciende a apenas el tres por ciento de la del mundo. ¿Qué uso harán de su riqueza y su influencia? Ésa es la pregunta que dejan en herencia al siglo próximo.

# 18. China

JONATHAN SPENCE

China entró en el siglo xx bajo una oleada de terror reaccionario, ya que los «bóxers», grupos más o menos afiliados a una Sociedad Secreta China en el nordeste del país, empezaban a liquidar a todos los chinos convertidos al cristianismo, así como a los misioneros que les predicaban. Alentados abiertamente por varios funcionarios conservadores, la mayoría de los cuales formaba parte de la minoría manchú que controlaba el gobierno desde el siglo xvii, los bóxers entraron en Pekín en el verano de 1900 y sitiaron el barrio donde se encontraban las legaciones extranjeras. No levantaron el sitio hasta que una nutrida fuerza expedicionaria multinacional se abrió camino, luchando, hasta Pekín. La emperatriz viuda Ci Xi y su corte huyeron al interior, en la región rural de Xi'an, a orillas del río Amarillo. Entretanto, en Shanxi y otras provincias del norte, los generales partidarios de los bóxers y sus seguidores habían llevado a cabo una brutal redada y matanza de familias misioneras y de sus convertidos. Según las condiciones del vengativo Tratado de Población que siguió, se ejecutó a varios altos funcionarios de la dinastía Qing, se penalizó a las zonas leales a los bóxers y se obligó al gobierno chino a prometer que pagaría una colosal indemnización por las vidas y las propiedades destruidas.

Con todo, las secuelas de la rebelión de los bóxers no fueron del todo desfavorables. Gracias a la conmoción que les produjo la derrota y el tener que atravesar zonas misérrimas del país, la emperatriz viuda y sus consejeros comprendieron mejor las necesidades de los campesinos de China y se dieron cuenta de que hacían falta reformas

profundas. Los poderosos gobernadores provinciales del centro y del sur, que se habían negado, a petición de la corte, a auxiliar a los bóxers, habiendo probado cierto grado de independencia se volvieron más audaces en sus intentos de decretar cambios radicales. Además, la catástrofe supuso el último golpe al viejo sistema confuciano de educación y de exámenes, que había durado más de un milenio y que fue abolido en 1905 por órdenes de la corte.

El fin del viejo sistema de exámenes acarreó varios efectos inesperados: los estudiantes, hombres y mujeres, se sintieron más libres de atender las escuelas de los misioneros, con su programa de estudios más o menos occidentalizado; allí estaban expuestos a nuevas ideas acerca de la sociedad, la geografía, la ciencia y la ética; un buen número de jóvenes decidió ir a Japón, pues, pese al odio que este país despertaba en muchas personas por la humillante derrota que infligió a China en la breve guerra de 1894-1895, también se admiraba la eficacia de sus reformas constitucionales, militares y económicas, llevadas a cabo bajo los emperadores Meiji, y el que hubiera derrotado a Rusia en la guerra de 1904-1905. Otros, en cambio, se decantaron por una carrera militar; ésta, aunque antaño despreciada por la juventud educada con los preceptos confucianos, se veía ahora como un medio que permitiría poner fin a los ciclos de humillaciones y derrotas que sufría China.

En Japón, los jóvenes chinos se liberaban del omnipresente escrutinio de los guardianes morales de la dinastía manchú. Leían con voracidad las nuevas revistas que sus compatriotas fundaban. Escuchaban, exaltados, las audaces exigencias de los radicales exiliados, como Liang Qichao o Sun Yat-sen, emplazando a los Qing a adaptarse al mundo moderno y a instaurar un sistema de gobierno democrático. Se unían a alguna de las varias sociedades secretas políticamente radicales que habían jurado derrocar a la dinastía y que encontraban entusiastas reclutas entre los chinos que residían o estudiaban en Japón y en los barrios chinos de Canadá y de Estados Unidos.

En un esfuerzo por contener el descontento, los dirigentes Qing adquirieron armas y equipamientos modernos y reformaron las estructuras de mando y de entrenamiento del ejército para que estuviesen más acordes con las occidentales. Dieron importantes pasos

en la supresión del comercio de opio que llevaba décadas asolando China, promovieron un sistema ferroviario centralizado y ampliaron la base fiscal del Estado a fin de sufragar la expansión militar. En 1906, empezaron a estudiar activamente las estructuras de gobiernos extranjeros con el propósito de perpetuar su poder mediante una forma de monarquía constitucional. Así pues, el impulso ya no podía detenerse, y en 1908 se aplicaron planes para crear asambleas provinciales con representantes electos, que a su vez escogerían delegados a un Parlamento central o Asamblea Nacional, cuya sede se establecería en Pekín.

Ya antes del movimiento de los bóxers se habían producido esporádicas rebeliones contra los Qing y en 1911 eran corrientes en todo el país. En octubre de ese año, un motín local de un grupo de desafectos entre las tropas en la guarnición de Wuhan se convirtió en rebelión abierta y, para gran desconcierto de la corte, el descontento y los motines se extendieron a otras provincias, a menudo promovidos directamente por miembros de las asambleas provinciales. Numerosos soldados de la dinastía fueron asesinados, con sus familias, en sus guarniciones. Abandonados por muchos de los más importantes generales de los Nuevos Ejércitos que ellos mismos habían promovido, los regentes del emperador niño P'u-yi (la formidable emperatriz viuda murió en 1908) no tuvieron más remedio que la abdicación. Ésta se produjo en febrero de 1912, con condiciones favorables para la dinastía, que conservaba los palacios y los tesoros de la Ciudad Prohibida, así como una considerable asignación anual; sin embargo, también puso fin a la era de gobierno imperial central que había durado casi sin interrupciones desde 221 a. J.C.

Un grupo de delegados de las asambleas provinciales eligió a Sun Yat-sen como primer presidente provisional de la República. En muchos aspectos parecía una selección lógica, pues aunque provenía de una familia pobre del sur rural, Sun era un símbolo de la nueva e inquieta era «moderna». Criado por unos parientes que habían emigrado a Hawai, cristiano bautizado, estudió Medicina en Hong Kong, viajó y residió en Japón, Estados Unidos e Inglaterra. Fundó con éxito una sociedad secreta opuesta a los manchúes, que contaba

con numerosos miembros influyentes, y durante más de quince años fue pregonando con pasión los valores de una república china. Sin embargo, dos factores jugaban en su contra: carecía de sólidas aptitudes organizativas políticas, así como de un fuerte apoyo entre los nuevos militares profesionales. Se sintió, por tanto, obligado a ceder casi de inmediato la presidencia provisional al general con mayor apoyo militar: Yuan Shi-kai.

La aparente sinceridad con que Yuan Shi-kai apoyaba la democracia impresionó a las potencias extranjeras. Sin embargo, cuidaba cada vez más celosamente las prerrogativas que iba adquiriendo y, cuando el partido que surgió de la organización clandestina ilegal de Sun Yat-sen, ahora llamado Partido Nacional Democrático o *Kuomintang*, ganó casi la mayoría de los escaños al Parlamento con un programa que exigía la restricción de los poderes ejecutivos de la presidencia, Yuan hizo acuerdos secretos para que asesinaran a los más brillantes y jóvenes políticos del Kuomintang. Cuando éstos intentaron reafirmarse, ordenó que su partido fuese declarado ilegal y obligó a muchos de ellos, incluido Sun Yat-sen, a exiliarse. En 1915 Yuan se hizo nombrar emperador con el fin de recuperar el control central del país; el trámite tuvo elementos de farsa trágica. Al parecer, sinceramente sorprendido por el rechazo a sus pretensiones tanto en las provincias como por parte de muchos de sus «propios» generales, murió en 1916, decepcionado, y dejó el gobierno central sumido en la mayor confusión.

Pese a la desorganización en el centro, la China de los primeros años del siglo era relativamente próspera. Adquirió los principios de una infraestructura industrial moderna, gracias al aumento de las inversiones extranjeras, sobre todo mediante «concesiones» en las principales ciudades costeras, pero también en las zonas recién industrializadas, como Wuhan en el río Yang-Tsê o Shenyang en la Manchuria meridional. Las dotes empresariales de los *compradores*, o intermediarios chinos, facilitaron el trabajo de las empresas extranjeras que empezaron a introducir en China nuevos productos y nuevas técnicas de venta. Esta innovación resultó realmente espectacular en lo referente a generadores de energía eléctrica, tabaco, queroseno, máquinas de coser, armas de fuego, telares de algodón y de seda, así como buques de vapor para el transporte fluvial y costero.

Un hecho sintomático de estos cambios fue el crecimiento de varias universidades, deliberadamente desarrolladas con pautas occidentales, cuyo profesorado se componía tanto de extranjeros como de chinos poseedores de doctorados obtenidos en el extranjero. El 4 de mayo de 1919, los estudiantes universitarios de Pekín realizaron importantes manifestaciones contra la ineptitud de sus propios políticos y contra las potencias extranjeras que los explotaban. Así nació el nacionalismo chino moderno. Fue entre los dirigentes intelectuales de estas universidades donde los primeros agentes de la Komintern, enviados por Lenin en 1920, encontraron sus primeros expectantes reclutas. Con ayuda de la Komintern, un reducido grupo de delegados se reunió en secreto en Shanghai, en 1921, y fundó el Partido Comunista de China.

Mientras algunos agentes de la Komintern formaban con éxito un disciplinado Partido Comunista chino que obedeciera a Moscú, otros negociaban con Sun Yat-sen, que con el apoyo de los señores de la guerra locales había instaurado un régimen separatista en la región cantonesa. Estos agentes, junto con unos asesores militares rusos, ayudaron a Sun a crear una importante academia militar en la isla de Whampoa, al sur de Cantón, río abajo. Infiltraron el Kuomintang y la academia de Whampoa con miembros de su propio partido, hasta que en 1923 se formó un Frente Único entre ambas organizaciones chinas. Puesto que la mayoría de las principales fábricas modernas en las ciudades industriales, como Wuhan y Shanghai, pertenecían a extranjeros, eran frecuentes los choques con los administradores y las tropas extranjeras; en 1925, tanto en Shanghai como en Cantón la policía y las tropas extranjeras abrieron fuego contra unos enfurecidos manifestantes civiles, decenas de los cuales murieron, alimentando así las llamas del activismo revolucionario.

En 1926, bajo el agresivo liderazgo del comandante de Whampoa, Chang Kai-shek, uno de los principales discípulos de Sun (que había muerto en 1925), las fuerzas del Frente Único se abrieron paso hacia el norte, derrotando a una sucesión de ejércitos de los señores de la guerra y entraron en Shanghai en abril de 1927. Sin embargo, pese a la aparente unidad durante esta salvaje guerra, se habían producido importantes divisiones entre las fuerzas del Kuomintang y los comunistas. En 1927, estas tensiones salieron a la luz pública cuando

el Kuomintang ganó tres batallas contra los comunistas, una en cada uno de los tres centros urbanos clave, Cantón, Shanghai y Wuhan. A principios de 1928, en tanto las fuerzas del Kuomintang seguían abriéndose paso hacia el norte, entraban en Pekín e instauraban un «gobierno unificado» en el país, los comunistas pasaron a la clandestinidad en las principales ciudades o se retiraron a regiones aisladas a fin de reagruparse entre los campesinos.

Pese a sus triunfos en apariencia brillantes, la base de poder de Chang Kai-shek tenía fallos. En el terreno ideológico, aunque afirmaba ser el verdadero heredero de Sun Yat-sen, haber abrazado los Principios de los Tres Pueblos y continuar con la tradición que exigía una sólida lealtad personal hacia el jefe del Kuomintang, tenía numerosos rivales entre los dirigentes de su propio partido. En el terreno económico, siempre le faltaban fondos para sus ejércitos cada vez más numerosos. En Shanghai, con el fin de romper el poder de los sindicatos, dominados por los comunistas, había hecho tratos secretos con algunos de los más importantes cabecillas del submundo criminal, sobre todo con los de «la pandilla verde», que controlaba tanto gran parte del tráfico de opio y heroína que antaño asolaba a China como la prostitución y los juegos de azar. Estos mafiosos le proporcionaron eficaces rompehuelgas, pero la «alianza» resultaba obviamente costosa; a ello había que añadir el hecho de que muchos de estos cabecillas residían en las zonas asignadas a los extranjeros en las principales ciudades y, por tanto, quedaban fuera del alcance de la ley.

Pero tal vez lo más importante era que el creciente poderío de Japón en tierra china minaba, de modo constante y visible, el derecho de Chang al poder. En Manchuria, los japoneses se mostraron especialmente agresivos y llegaron a controlar las principales redes ferroviarias y empresas industriales, que protegieron, en un primer momento, con sus propias fuerzas policiales y, a partir de finales de los años veinte, con sus ejércitos regulares. En 1931 las fuerzas japonesas se hicieron abiertamente con una importante ciudad de Manchuria, Mukden, alegando que las tropas chinas allí estacionadas las habían «provocado». En 1932, asaltaron Shanghai, alegando supuestas

violaciones de sus derechos económicos en dicha zona. A mediados de los años treinta, no sólo obligaron a los chinos a establecer una «zona desmilitarizada» en el norte del país, entre Pekín y el mar, sino que formaron un Estado supuestamente «independiente» en Manchuria, al que llamaron «Manchukuo». Poco podía hacer Chang Kai-shek contra estas agresiones, dada la debilidad de su propia base de poder y la amenaza continua que para su liderazgo representaban los comunistas chinos.

El hecho de que el Partido Comunista sobreviviera se debió en gran parte a que algunos de sus miembros se retiraron a zonas paupérrimas del campo, lejos de las ciudades industriales y de sus masas proletarias, pero también de Chang y las tropas y la policía secreta de los aliados de éste, los señores de la guerra. En 1930 había aproximadamente una docena de soviets rurales en China; en ellos, los comunistas organizaron a los campesinos contra los terratenientes e implantaron varias medidas de reforma agraria, consistentes en la redistribución o la confiscación de la tierra. En este contexto Mao Zedong subió los peldaños del liderazgo del Partido Comunista chino. Mao, nacido en 1893, en el Hunan rural, era un autodidacta; en 1911, participó por breve tiempo en las revueltas contra los manchúes en Hunan y en 1918 estudió de modo informal en Pekín, donde se afilió a grupos de estudio marxistas y recibió su introducción a la teoría revolucionaria. En 1921 organizó activamente a los obreros y asistió a la Conferencia fundadora del Partido, en Shanghai. Trabajó en organizaciones campesinas del Frente Único y, tras las depuraciones y los golpes de Estado de 1927, se retiró a la montañosa y paupérrima frontera de las provincias de Jiangxi y Fujian, donde instauró un régimen que fue conocido como el «Soviet de Jiangxi». Este soviet resistió cuatro vigorosos asaltos de Chang Kai-shek, pero en el quinto las tácticas de los asesores militares alemanes contratados por Chang obligaron a Mao y a unos ciento cincuenta mil campesinos seguidores suyos a replegarse, atravesando durante un año el oeste y el norte de China; por fin, los aproximadamente treinta mil supervivientes llegaron a una base relativamente segura, en otro soviet que se había formado en la región de Yan'an, una tierra erosionada en

la curva del río Amarillo. La propaganda china y los periodistas occidentales, simpatizantes de Mao, trasmutaron este desastre en la triunfante épica de la «Larga Marcha».

En un desesperado intento de quebrar a los comunistas antes de tratar de detener a los japoneses, Chang Kai-shek viajó en avión a Xi'an, cerca de la nueva base de Mao, a fin de supervisar una «campaña de exterminio» final. No obstante, sus tropas se amotinaron y lo secuestraron en diciembre de 1936; exigían que se acabaran las luchas intestinas y que todos los chinos se unieran para imponer un alto a la agresión japonesa. Fue liberado después de que aceptara, de mala gana, formar un Frente Único contra el enemigo común. Así, cuando en el verano de 1937 las tropas japonesas que hacían maniobras en el norte de China se enzarzaron de nuevo en varios enfrentamientos provocativos con las tropas chinas, se enfrentaron a una decisiva muestra de fuerza, por primera vez desde que asaltaran Shanghai en 1932. Pero en 1937 derrotaron a las tropas chinas, después de haberles causado tremendas pérdidas. En su desesperada huida, los chinos abandonaron también Nankín, la capital del Kuomintang, donde los japoneses mutilaron y asesinaron a decenas de miles de civiles, en la orgía más sanguinaria que se hubiese visto hasta entonces en la guerra.

Chang Kai-shek tomó una decisión estratégica: trasladar su propia capital de guerra a Chong-king, en el interior, muy al norte del Yang-Tsê y dejar que los comunistas defendieran su base, Yan'an, frente a los ejércitos japoneses en el norte. Antes del colapso de Shanghai, la maquinaria de numerosas fábricas había sido trasladada por río a Chong-king, donde los trabajadores refugiados pronto desarrollaron otras industrias de guerra. Después de Pearl Harbor, el que la guerra se extendiera aún más favoreció a China, pues los norteamericanos se aliaron con ella, si bien los problemas de Chang no hicieron sino aumentar con el nombramiento como enlace con Chang del general Joseph Stilwell. El presidente Roosevelt lo había nombrado supervisor del sistema de préstamo y arriendo, y comandante de las fuerzas norteamericanas en el «escenario de guerra» compuesto por China, Birmania e India. Aunque Stilwell era valiente, había residido en China y dominaba el idioma, no tenía pelos en la lengua, era irascible, y tendía a denunciar amargamente la cobar-

día de otros oficiales menos valerosos al mando de las fuerzas de Chang. Cuando, en 1944, el «segundo frente» japonés en China acarreó la captura de numerosos campos aéreos de Chang y la mayor parte de sus reservas de combustible y municiones, Stilwell se sintió a la vez amargado y jubiloso. Su reacción indignó tanto a Chang que convenció a Roosevelt para que retirara a este general de China.

Así, cuando la guerra terminó, en agosto de 1945, China se encontraba en un curioso atolladero: varias divisiones de Chang habían sido entrenadas por Stilwell y sus sucesores, y los asesores norteamericanos, trabajando en pequeños grupos, se esforzaban en mejorar la eficacia militar de las fuerzas comunistas en su lucha contra Japón en el norte. Los norteamericanos trasladaron por aire a numerosos soldados de Chang, para que aceptaran la rendición japonesa en el este y el norte de China. Sin embargo, los comunistas habían aprovechado la oportunidad para llevar a toda prisa a muchos de sus mejores soldados a Manchuria, donde se unieron a las fuerzas soviéticas que acababan de entrar en la misma zona, en cumplimiento de los Acuerdos de Yalta. Así, China estaba a punto de reanudar la guerra civil que duraba ya veinte años.

Entre 1946 y 1949, la base de poder de Chang Kai-shek se fue erosionando constantemente. No acertó a desalojar a las tropas comunistas atrincheradas en Manchuria; además, éstas dominaban también grandes zonas rurales de otras partes del territorio chino e incluso aplicaban nuevos programas de reforma agraria. Los oficiales que el Kuomintang envió para recuperar el control de los municipios de la costa Este eran a menudo ineptos, implacables o corruptos, y su rapacidad al recuperar el control de Taiwan (que era colonia japonesa desde 1895) provocó una gran revuelta popular, seguida en febrero de 1947 por una sangrienta matanza de taiwaneses. La inflación, que ya era grave a principios de los años cuarenta, alcanzó proporciones desastrosas en 1947. El país se encontraba agotado por tantos años de feroz guerra y el Kuomintang no parecía tener soluciones, mientras que los comunistas, aunque también eran partidarios de una disciplina severa, contaban con una visión especial del futuro de China y prometían recobrar la dignidad nacional. En 1948

y 1949, las fuerzas del Kuomintang se fueron desintegrando cada vez más, y los ejércitos comunistas avanzaron desde Manchuria hacia el sur, ocupando Pekín y Shanghai. El 1 de octubre de 1949, desde una plataforma en lo alto del gran arco de la entrada de la Ciudad Prohibida, Mao Zedong, presidente del Partido, declaró inaugurada la República Popular China (RPC).

En los años cincuenta, los comunistas reafirmaron con gran energía su control. Gracias a un amplio plan de confiscación y redistribución de tierras, casi todas las familias campesinas de China consiguieron una pequeña parcela. A los funcionarios de la era nacionalista se les alentaba a permanecer en su puesto si reconocían lo equivocado de sus antiguos hábitos. Se iniciaron planes para el control estatal de la industria pesada y del suministro de materias primas. Se quebró el dominio del crimen organizado sobre las ciudades más importantes y sobre los estibadores, marineros y trabajadores del transporte, entre otras profesiones, así como sobre la fuente de ingresos que constituían la prostitución y el tráfico de heroína y opio, ahora prohibidos. Se limitó el ámbito de las pequeñas empresas extranjeras y se expulsó al personal extranjero de ellas; se inició la nacionalización de numerosas compañías que habían pertenecido a extranjeros. De Moscú, Mao obtuvo préstamos y créditos para la reconstrucción y la URSS le envió miles de técnicos para ayudar a desarrollar la energía eléctrica y ampliar el sistema ferroviario. En las regiones cuyos límites acababan de modificarse se establecieron triunviratos, cada uno compuesto por un gobernador civil de alto rango, un secretario del Partido de primera fila y un comandante militar. El Partido emprendió un enérgico programa de reclutamiento y adoctrinamiento. Las nuevas leyes matrimoniales prometían mayor libertad a las mujeres, y los ejércitos chinos se internaron en el Tibet y se concentraron en la costa de Fují para emprender un ataque anfibio contra Taiwan.

Durante esta etapa de desarrollo, al parecer prometedora, estalló la guerra de Corea, en el verano de 1950; el enérgico contraataque de las Naciones Unidas a través de Corea del Norte, rumbo al río Yalu, en la frontera china, impulsó a China a enviar sus propios ejércitos

—compuestos de supuestos «voluntarios»— a Corea, en octubre de ese mismo año. Sufrió casi un millón de pérdidas (el hijo de Mao fue una de las víctimas); la flota de Estados Unidos empezó a patrullar el estrecho de Taiwan, con lo que resultaba imposible volver a capturar dicha isla. Una oleada de ira y de paranoia hizo presa del país. Detuvieron a los extranjeros y, en numerosos casos, antes de liberarlos los torturaron de manera espantosa para que hicieran abyectas «confesiones». Se sospechaba de la totalidad de la élite profesional de la época anterior al comunismo, lo cual engendró el correspondiente colapso de la confianza y la eficacia en los negocios, el gobierno y la educación. Una vez firmado el armisticio en Corea, en 1953, el Partido continuó recurriendo a las campañas de masa como medio para controlar a su propias gentes; esto provocó un miedo constante a ser tildado de «derechista», algo que podría resultar desastroso, tanto para las personas que caían bajo sospecha como para sus familiares. En 1954, Mao ordenó la «cooperativización» de la agricultura, y en 1956, su colectivización; así, los campesinos se vieron obligados a renunciar a las parcelas que se les habían otorgado en la primera fase de la reforma agraria.

En 1956 y 1957, en otra índole de campaña de masas, con el fin de «hacer que florezcan cien flores», Mao Zedong, al parecer convencido de haber acobardado a los intelectuales, los exhortó a pronunciarse abiertamente contra los abusos de la burocracia o del Partido. Sin embargo, cuando la crítica, que él anticipaba cortés, se convirtió en un alud de quejas y ataques contra la ideología del Partido, contra los dirigentes y hasta contra el mismísimo marxismo, Mao reaccionó con vigor: echó a cientos de miles de sus puestos y los mandó a remotas zonas rurales donde «se reformarían mediante el trabajo duro».

El Movimiento de las Cien Flores coincidió con la denuncia que hizo Jruschov de Stalin, denuncia que en China muchos tomaron por una crítica indirecta de Mao Zedong y del Partido Comunista chino. La ruptura entre la URSS y China fue definitiva cuando los soviéticos criticaron duramente el carácter «aventurero» y «utópico» de la siguiente empresa de Mao, el «Gran salto adelante» de 1958 y 1959, con el que éste pretendía, mediante un mayor nivel de organización colectiva y de participación de las masas en la producción industrial y agrícola, apresurar el avance chino hacia una sociedad «verdadera-

mente comunista». Los soviéticos suprimieron los programas de ayuda y retiraron todos sus técnicos; por su parte, los chinos que estudiaban en el ejército o en las universidades de la Unión Soviética tuvieron que regresar a su país. En 1960, cuando al Gran Salto lo siguió una hambruna de proporciones catastróficas que pudo haber causado hasta veinte millones de muertos, China se encontró casi totalmente aislada.

El que la Unión Soviética, Japón, las potencias de Europa occidental y Estados Unidos la aislaran explica en parte el extraordinario y terrible período de exceso maoísta conocido como la Revolución Cultural, cuyo auge se produjo entre 1966 y 1970. Impulsado por la izquierda ideológica del Ejército de Liberación Popular, al mando del ministro de Defensa, Lin Biao, y alentado por Jian Qing, la esposa de Mao, así como por varios radicales de Shanghai, el movimiento ensalzaba todos los aspectos del pensamiento de Mao —que describían como la más elevada inspiración del país—; los jóvenes de la Guardia Roja emprendieron una campaña contra todas las instituciones del país —gubernamentales, económicas, educativas y sociales— que mostraran el más mínimo rasgo «derechista». Estas presiones de pesadilla provocaron la muerte de cientos de miles, acaso millones, así como un nuevo éxodo forzoso de las ciudades hacia el campo. El gobierno no empezó a recuperar un enfoque más realista hasta 1971, cuando parece que en una serie de acontecimientos misteriosos que aún no se han explicado Lin Biao intentó derrocar a Mao Zedong. Esta nueva dirección se ratificó de modo desconcertante en 1972, cuando, pese a la guerra de Vietnam, China invitó al presidente norteamericano Nixon, y una reunión de éste con Mao anunció el inicio de una nueva era de colaboración y entendimiento chino-norteamericanos.

Una de las numerosas víctimas de la Revolución Cultural de 1967 fue Deng Xiaoping, que había sido muchos años secretario general del Partido y que, tildado de derechista, perdió sus numerosos cargos de poder. Sin embargo, en setiembre de 1976, murió Mao Zedong, que sufría una parálisis que en Occidente se conoce como síndrome de Lou Gehrig. El mes siguiente, detuvieron a la viuda de Mao y los

tres principales radicales de la Revolución Cultural —conocidos como la «Banda de los Cuatro»—, y Deng Xiaoping regresó al poder, de modo que en 1978 ya gobernaba de hecho el país. Deng fomentó con energía los lazos con Estados Unidos; para ello, anunció una nueva era de «modernizaciones» en la industria, la educación, el ejército y las ciencias; ordenó que se rehabilitara a cientos de miles de intelectuales que habían perdido su cargo en el período de las Cien Flores o durante la Revolución Cultural, y declaró una nueva época de apertura en el mundo de la cultura en general. Sin embargo, cuando el resultado fue, de nuevo, un estallido de reacciones y un alud de críticas al régimen comunista —que se manifestaron de modo espectacular en Pekín, en «el muro de la democracia», a finales de 1978 y principios de 1979—, Deng evidenció el límite de su tolerancia. Detuvieron a los disidentes más destacados y se les impuso largas condenas, además de suprimir numerosas revistas y periódicos de poca tirada.

A partir de entonces, un pragmático Deng Xiaoping separó, en general con éxito, las nuevas oportunidades económicas de los chinos —mediante una mayor apertura— de la libre expresión intelectual —que siguió controlándose atentamente—. Desmanteló eficazmente gran parte de la estructura de subsidios y garantías salariales existente en China desde principios de los años cincuenta. Salvo algunos de los mayores complejos de industria pesada situados en ciudades clave, se eliminó el control estatal de la mayoría de las empresas, con lo que se vieron obligadas a obtener beneficios para sobrevivir. Los gerentes sustituyeron a los capataces del Partido; las materias primas se compraban a precios competitivos y los productos se vendían en el mercado abierto. Los trabajadores perdieron la seguridad que suponía la garantía de los puestos vitalicios, pues podían despedirlos por ineficacia o por faltar al trabajo. Se rompió el «cuenco de hierro de arroz». En el campo, se dividieron las vastas comunas que existían desde finales de los años cincuenta; si bien a los campesinos todavía no se les permitía comprar tierras, sí podían comprar contratos para trabajar ciertas parcelas, y, habiendo cumplido y entregado al gobierno la cuota de productos agrícolas básicos exigidos, los excedentes eran propiedad de la unidad familiar, que podía consumirlos o venderlos en el mercado abierto. Fueron tres los efectos de estos cambios. Primero: en las ciudades apareció un nuevo grupo de

prósperos consumidores independientes; segundo: la vida en el campo cambió a medida que las familias adquirían contratos para trabajar la tierra y se repartían el trabajo entre la tierra y las nuevas fábricas de la industria alimentaria o pequeñas industrias que surgieron en todo el país, y, tercero: poco a poco apareció un nuevo y abultado grupo de trabajadores desarraigados, que ya no estaban obligados a permanecer en la comuna, sino que podían ir a las ciudades en busca de trabajo.

La mismísima cultura se ajustó a las nuevas tendencias y los nuevos mercados. Un grupo de jóvenes cineastas de talento, conocido como La Quinta Generación, empezó a explorar el legado imperial y el pasado reciente de China en películas sumamente maduras en el aspecto técnico e intensamente emotivas. Una nueva generación de poetas, que eran adolescente durante la Revolución Cultural, empezó a escribir poesía —que el gobierno calificó de «brumosa» o «fantasmagórica»— que usaba las imágenes y la alegoría para explorar la sensación que todos habían experimentado, la de un pasado perdido, de existencias perdidas. Grupos de rock and roll locales, que se adaptaron rápidamente a los estilos, la ropa y la dicción occidentales, indignaron y encantaron a sus contemporáneos con su pesado ritmo y sus letras abiertamente eróticas o políticas.

En 1987, los viejos dirigentes del Partido, los que habían sobrevivido en torno a Deng Xiaoping, sentían que la sociedad ya se les escapaba completamente de las manos. Su primera cabeza de turco fue el popular ex jefe de las juventudes comunistas, Hu Yao-bang, recién nombrado secretario general del Partido. Fue destituido so pretexto de ser demasiado tolerante con los disidentes políticos. Cuando murió de un ataque cardíaco, en abril de 1989, estudiantes y demás habitantes de Pekín le rindieron homenaje en la plaza de Tiananmen. Al gobierno le salió el tiro por la culata en sus torpes intentos de dispersar a los manifestantes, y en mayo ya se había iniciado un considerable movimiento de protesta política. Las cámaras de las televisiones de todo el mundo que habían ido a Pekín con motivo de la llegada del presidente soviético Gorbachov —un acontecimiento solemne, que debía subrayar el fin formal de los treinta años de ruptura chino-soviética— cubrieron ampliamente este evento. A mediados de mayo, casi un millón de personas se manifestaba en la

plaza a favor de la democracia; rompían repetidamente los cordones policiales y cerraban filas para impedir que se acercaran las unidades militares. También los trabajadores de algunas de las mayores fábricas de Pekín empezaron a organizarse; formaron una Federación de Trabajadores y exigieron el derecho a negociar y hasta a hacer huelga para mejorar los sueldos y las condiciones de trabajo. Entonces, Deng Xiaoping decidió que había llegado el momento de emprender acciones terminantes. Apoyado al parecer por la mayoría de los viejos dirigentes, ordenó a las unidades de veteranos del Ejército de Liberación Popular —apoyadas por tanques y vehículos blindados— que irrumpieran en la plaza, como fuera, y la limpiaran de manifestantes. Impuso la censura a las cámaras de televisión extranjeras y, antes del amanecer del 4 de junio, las tropas tomaron la plaza por asalto. En las doce horas siguientes, varios centenares —acaso muchos más— de ciudadanos chinos murieron, alcanzados por las balas o aplastados por los patines de oruga de los tanques que pasaban por encima de ellos. Nunca se sabrá el número de víctimas, pues el gobierno ordenó a los hospitales que no aceptaran ni trataran a los heridos graves, no elaboró una lista oficial de muertos y prohibió a las familias que lloraran en público a los hijos que habían perdido. Pese a la ira de los habitantes de Pekín y a la profunda indignación que este asalto provocó en el mundo entero, el Partido no erró al prever la reacción internacional, pues ningún gobierno extranjero —por muy enérgica que fuera su posición pública sobre los derechos humanos— impuso a China sanciones de peso. Así, el Partido pudo reprimir tranquila y rápidamente las protestas de solidaridad que surgieron en otras ciudades importantes.

Después de junio de 1989, la vida política en China volvió a su habitual quietud, mientras Deng concentraba su atención en el crecimiento económico. La población, que en los años ochenta había superado los mil millones de habitantes, dedicó toda su energía a ganar dinero. Negociada por los británicos en 1987 y llevada a cabo en 1997, la unión de China con Hong Kong atrajo cuantiosas inversiones de este último territorio, imitado por Taiwan, que por fin intentaba adoptar una estructura democrática. El Ejército de Liberación

Popular se convirtió en uno de los principales vendedores de armas en el mercado mundial —sus ganancias netas ascendieron a miles de millones de dólares gracias a la guerra entre Irán e Iraq—; ganancias que invirtió en equipamiento de tecnología punta comprado a Estados Unidos, así como en hoteles de lujo, edificios de apartamentos y empresas de diversa índole. La aceleración del ritmo de construcción de viviendas benefició tanto a los trabajadores que se desplazaban como a las grandes empresas constructoras. Entretanto, y debido al afán de los chinos por poseer automóviles, China puso en marcha un extenso programa de construcción de carreteras. Habiendo perdido, en una votación muy igualada, la oportunidad de organizar las Olimpiadas en el tan simbólico año 2000 —Sidney recibió este honor—, el gobierno chino ejerció una fuerte presión para que se lo aceptara como miembro de organismos internacionales, entre otros el GATT y como miembro fundador de la nueva Organización Mundial de Comercio (OMC) que debía empezar a funcionar en 1995.

Las ganancias de la expansión capitalista conllevaron también ciertos peligros, como habrían podido predecir muchas personas: el creciente problema de las drogas, la multiplicación del número de prostitutas; los hurtos con violencia en calles y trenes; la corrupción en la burocracia y, de modo más visible, entre los hijos o nietos de los principales dirigentes del Partido que, haciéndose con una tajada del comercio, formaron sus propios imperios económicos; o la contaminación ambiental, tan grave que muchas ciudades se encontraban siempre envueltas en una nube de polución industrial. La disponibilidad de tierras cultivables iba disminuyendo sin cesar, engullidas por carreteras nuevas y nuevos proyectos de construcción; las capas freáticas se redujeron cómo mínimo quince metros en las llanuras septentrionales; el mal uso de los fertilizantes químicos y el cultivo intensivo en los huertos agotó la tierra. No obstante, pese a la escalada de ingobernabilidad que se percibía en muchos aspectos de la sociedad, la estructura política se mantuvo firme, en tanto los chinos observaban el colapso de la Unión Soviética. La caída de Gorbachov enseñó a los dirigentes chinos que las libertades políticas podían acarrear el caos y la desintegración. Por lo tanto, negarían estas libertades a su pueblo tanto tiempo como pudieran, y se aferrarían con tenacidad a las riendas del poder.

Los chinos acogieron con tranquilidad la noticia de la muerte de Deng Xiaoping, acaecida a principios de 1997, y los sucesores que él mismo había nombrado tras la crisis de 1989 continuaron sin dificultad con su legado. Fue Jiang Zemin, a quien Deng había escogido para la presidencia, el que tuteló la devolución del control de Hong Kong, el 1 de julio de 1997. Fue también Jiang quien, a finales del verano de ese mismo año, decidió que se privatizara la última de las enormes fábricas colectivizadas. Al llegar a su fin, el siglo revolucionario de China parecía distanciarse de los principales elementos que antaño parecían darle sentido.

# 19. El Sureste asiático

MICHAEL LEIFER

El Sureste asiático se compone de diez Estados: Myanmar (antaño Birmania), Tailandia, Vietnam, Laos, Camboya, Malaysia, Singapur, Brunei, Indonesia y Filipinas. Su geografía humana y física es variada y sus fronteras territoriales son un legado de las intervenciones y los acuerdos coloniales.

Al empezar el siglo xx, el término Sureste asiático no era usual; sus dispares territorios no eran sujetos de relaciones internacionales, sino objetos de imperio, con la única excepción de Tailandia, llamada Siam hasta 1939. No adquirieron una posición internacional propia hasta el fin de la guerra del Pacífico, en 1945.

El término Sureste asiático se hizo habitual durante la guerra del Pacífico. Los aliados occidentales lo usaron con ocasión de un acuerdo militar-administrativo para despojar a Japón de los territorios conquistados en la contienda. En agosto de 1943 se creó un mando del Sureste asiático (SEAC), con base en Ceilán (hoy Sri Lanka). En un principio, sus responsabilidades se limitaban a Birmania, Tailandia, Malaca (incluyendo Singapur) y la isla de Sumatra. En julio de 1945, la Conferencia de Potsdam extendió su dominio al británico Borneo septentrional, a la totalidad de las Indias Orientales Holandesas (excepto Timor occidental) y a la Indochina francesa, al sur del paralelo 16. No comprendía, pues, todo el Sureste asiático, y cuando el mando se desmanteló, en noviembre de 1946, aún no existía un acuerdo acerca de las fronteras de esta región.

El Sureste asiático no empezó a adquirir una coherencia política hasta el último cuarto del siglo xx. Esta coherencia se manifestó en

las actividades de la ANSEA, la Asociación de Naciones del Sureste Asiático, formada en agosto de 1967 por Tailandia, Malaysia, Singapur, Indonesia y Filipinas. Brunei ingresó en ella al recuperar su soberanía en enero de 1984. Sin embargo, no fue sino hasta el fin de la guerra fría, a principios de los años noventa, cuando los tres Estados de Indochina (Vietnam, Laos y Camboya), así como Myanmar, reconocieron las credenciales de la ANSEA, atraídos en parte por los progresos económicos de la mayoría de los Estados miembros. Vietnam entró en julio de 1995 y fue su primer miembro comunista.

El colonialismo se impuso en el Sureste asiático en el siglo XVI, pero no se consolidó hasta los comienzos del siglo XX, coincidiendo con los primeros indicios de agitación nacionalista. En 1900, los británicos se habían instalado cómodamente en Birmania, en Malaca (incluyendo Singapur) y en el norte de Borneo; los holandeses lo habían hecho en el archipiélago de las Indias Orientales, incorporándose Java (la isla principal), Sumatra, Sulawesi (Célebes) y la mayor parte de Borneo; los franceses se habían establecido en Indochina, mientras que Estados Unidos acababa de relevar a los españoles en Filipinas y los portugueses conservaban un vestigio de su imperio en el este de la isla de Timor. Sólo Tailandia gozaba de independencia y constituía un Estado tapón entre los dominios imperiales de Gran Bretaña y Francia.

La hegemonía colonial desbarató y modificó la sociedad tradicional: destronó a los reyes, como sucedió en Birmania y Vietnam, o los utilizó para prestar legitimidad a la maquinaria del gobierno colonial, como sucedió en Malaca, en Camboya y en zonas de las Indias Orientales Holandesas. También la afectó alentando la agricultura de plantación y la industria minera. Las economías de la metrópoli se beneficiaban del intercambio de sus bienes manufacturados por productos tropicales. Esta clase de desarrollo económico estuvo acompañado del flujo de trabajadores que acudían del sur de China y, en menor medida, del sur de India y Ceilán. Al hacer las veces de peones y de intermediarios económicos, estos trabajadores servían a las potencias coloniales y, por lo tanto, despertaban el resentimiento local, factor importante en el surgimiento del nacionalismo moderno, igualmente instigado por que se proporcionara educación a las élites indígenas en aras de satisfacer las necesidades de la sociedad colonial.

El nacionalismo moderno se desarrolló en los centros urbanos, donde las élites indígenas, educadas en Occidente y que habían asimilado las ideas liberales, se sintieron frustradas y humilladas por la estructura racial de las sociedades coloniales; éstas fueron capaces de contener el desafío del nacionalismo hasta que en cuestión de pocos meses, a partir de diciembre de 1941 Japón trastornó el orden colonial.

La primera manifestación significativa del nacionalismo se dio en Filipinas, que declaró su independencia en junio de 1898, en medio del vacío político provocado por la guerra de 1898 entre España y Estados Unidos. La independencia fue efímera, pues los norteamericanos decidieron conservar la posesión y aplastaron toda resistencia, aunque luego cooptaron a la élite mestiza nacida del dominio español. Los acuerdos políticos con esta oligarquía de terratenientes se sellaron con la instauración, en julio de 1901, de un gobierno civil basado en el modelo democrático norteamericano. La independencia no fue nunca un asunto contencioso, sino cuestión de oportunidad; se acordó en los años treinta y se reafirmó después de la guerra del Pacífico, pese a un brutal y destructivo interregno japonés.

La colaboración constituyó asimismo una característica de la experiencia colonial en Vietnam, aunque simultáneamente con una fuerte resistencia elitista contra el gobierno francés, inspirada en parte por la modernización de Japón y la revolución republicana en China. La represión francesa aplastó a los partidos nacionalistas que tomaron el ejemplo chino como modelo. Esta represión dio alas al clandestino Partido Comunista de Indochina, fundado en 1930 por el vietnamita Ho Chi Minh, exiliado en Hong Kong.

En otros países, el nacionalismo tuvo a la religión como fuente de inspiración. En Birmania, el budismo fue un vehículo de la resistencia anticolonialista después de la primera guerra mundial, aunque en los años treinta lo superó un movimiento estudiantil radical influido por el marxismo. Encabezado por Aung San, este movimiento estableció un vínculo militar con los japoneses antes de la guerra del Pacífico y participó en su invasión de Birmania. El budismo tuvo un papel similar en la Camboya de los años treinta.

En las Indias Orientales Holandesas, el islam proporcionó un marco organizativo para el nacionalismo, estimulado por el resenti-

miento que provocaba en la tradicional industria textil la competencia de los chinos allí residentes. En 1912 se creó la Sarekat Islam (Unión Islámica); atrajo a las masas y también a una asociación marxista que en 1920 se convirtió en el Partido Comunista de Indonesia. Las divisiones internas y la represión gubernamental le restaron viabilidad, y en 1926 una revuelta comunista fue violentamente reprimida. No obstante, a finales de los años veinte cristalizó una identidad política indonesia de base laica encabezada por un joven arquitecto llamado Sukarno, al que los holandeses confinaron en un exilio interno, hasta que, por el bien nacional, empezó a colaborar con la ocupación japonesa. También en Malaca el islam supuso una fuente de apoyo del nacionalismo, pues reafirmaba la identidad autóctona frente a la inmigración extranjera. El nacionalismo religioso, sin embargo, no tuvo el apoyo de los sultanes o gobernantes de los Estados malayos, que gozaban de un papel privilegiado bajo el dominio británico.

Aunque Tailandia no estaba sometida al dominio colonial, durante el régimen militar que derrocó a la monarquía absoluta en 1932 surgió un nacionalismo antioccidental. Las reformas modernizadoras introducidas a finales del siglo XIX por el rey Chulalongkorn habían generado tensiones entre la corte y la burocracia, acerca de algunas prerrogativas políticas que se resolvieron en favor de la primera. El jefe militar, almirante Phibun Songkhram, emuló el modelo de Japón y practicó el irredentismo a costa del colonialismo francés. Tras la caída de Francia en 1940, Tailandia entró en la guerra a fin de recuperar territorios en el oeste de Laos y en Camboya; lo consiguió por mediación japonesa, un presagio de la futura agresión nipona en diciembre de 1941. A partir de junio de 1940, Japón consiguió acceso militar a Indochina, desde donde sus fuerzas podían atacar el Sureste asiático colonial.

El 7 de diciembre de 1941, Japón atacó por el aire la base naval estadounidense de Pearl Harbor, a la vez que bombardeaba puntos del Sureste asiático, empezando por el aeródromo Clark en Filipinas, y lanzaba un ataque por mar al sur de Tailandia. Desde allí lanzó la invasión de Malaca, Singapur, las Indias Orientales Holandesas y

Birmania. En mayo de 1942, con la caída de Corregidor, en Filipinas, Japón había conquistado todo el Sureste asiático colonial. La superioridad europea resultó un mito hueco y los soldados y funcionarios coloniales supervivientes fueron conducidos como ganado a campos de prisioneros.

Una vez desplazado el orden colonial, Japón controló estrictamente el ritmo de los cambios políticos a tenor de su esfuerzo de guerra. Concedió independencia únicamente —y sólo nominalmente— a Birmania, Filipinas, en agosto y octubre de 1943, respectivamente. A Indochina le fue concedida en marzo de 1945, cuando el Gobierno de Vichy fue sustituido por elementos locales. El efecto humano de la ocupación japonesa fue profundo: las economías quedaron destrozadas y tanto los pueblos sometidos como los presos coloniales fueron tratados con gran brutalidad. En el Sureste asiático, las fuerzas aliadas apenas lograron sacar a Japón de Birmania y de parte de Filipinas, lo que significaba que tenían pocas posibilidades de limpiar su mancillada reputación colonial. En otras partes de la región, Japón perdió lo conquistado como resultado de las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki.

A su regreso, las potencias coloniales se dividieron entre las complacientes y las tercas. La más complaciente fue Estados Unidos, que cumplió la promesa hecha en los años treinta; así, el 4 de julio de 1946 acordó simbólicamente la independencia a Filipinas. Manuel Roxas, candidato del general Douglas MacArthur y colaborador de los japoneses, fue el primer presidente elegido de la república independiente. En Birmania, Gran Bretaña hizo concesiones frente a un nacionalismo enérgico y popular, organizado en la Liga Antifascista por la Liberación Popular, encabezada por Aung San. En enero de 1947 se concluyó el acuerdo de independencia, y ni siquiera el asesinato, en julio, de Aung San por un rival político, interrumpió la transferencia de soberanía, que tuvo lugar el 4 de enero de 1948; el primer jefe birmano de gobierno fue U Nu.

En Malaca, incluyendo Singapur, Gran Bretaña no se enfrentaba a muchas presiones por la independencia. La mayoría malaya tenía miedo a una numerosa comunidad china que había proporcionado la

mayoría de los reclutas de la resistencia armada contra los japoneses, a través del Partido Comunista malayo. En marzo de 1946 se fundó la Organización Nacional de Malayos Unidos (ONMU), en respuesta a la propuesta británica de crear una Unión Malaya que excluyera a Singapur y otorgara ciudadanía a los no malayos, mientras que los sultanes, que simbolizaban el dominio malayo, perderían su posición. En todo caso, Singapur continuó siendo una colonia y base naval británica aparte, mientras que Malaca se reorganizó en federación, en la que los sultanes recuperaban su posición a cambio de que los no malayos adquirieran la ciudadanía de un modo más gradual.

El estallido de la insurrección comunista en Malaca, en junio de 1948, retrasó el avance del país hacia la independencia. La transferencia de soberanía se llevó a cabo el 31 de agosto de 1957 y Tunku Abdul Rahman fue el primer jefe de gobierno, tras un acuerdo entre las élites malaya y china; desde entonces, el país se ha regido siempre por esta clase de acuerdos. Singapur adquirió el autogobierno en junio de 1959. En sus posesiones del norte de Borneo, Gran Bretaña había recuperado el control colonial directo, por razones de buen gobierno. Sarawak dejó de estar bajo el control personal de la familia Brooke y la parte septentrional de Borneo (ahora Sabah) dejó de ser una concesión empresarial, mientras que Brunei volvió a su condición de protectorado. Por su parte, Portugal recuperó el control de la mitad oriental de la isla de Timor.

En las Indias Orientales Holandesas y en Indochina estallaron duras luchas por la independencia. La república de Indonesia fue el primer nuevo Estado que obtuvo su independencia, proclamada por los dirigentes nacionalistas Sukarno y Hatta el 17 de agosto de 1945, apenas dos días después de que Japón se rindiera. Esta independencia se consiguió mediante una combinación de lucha armada y negociaciones. En agosto de 1947, se dio reconocimiento casi internacional y representación en las Naciones Unidas a este país en estado embrionario. Los holandeses se vieron obligados a transferir la soberanía en diciembre de 1949, pero sus relaciones con Indonesia siguieron siendo tensas, pues no estaban dispuestos a ceder la mitad occidental de la isla de Nueva Guinea. La guerra fría jugó a favor de la independencia de Indonesia, ya que Estados Unidos dejó de apoyar a Holanda cuando, en setiembre de 1948, los indonesios repri-

mieron una revuelta apoyada por los comunistas en Madium, en la Java Oriental.

En el caso de Indochina, sin embargo, y sobre todo de Vietnam, las tácticas de guerra fría de Estados Unidos resultaron favorables para los intereses franceses. A diferencia de Indonesia, Vietnam se declaró independiente bajo los auspicios del Partido Comunista. En julio de 1941, Ho Chi Minh creó en China meridional la Liga por la Independencia de Vietnam, o Vietminh, que atrajo el apoyo de los nacionalistas. En agosto de 1945, la Liga aprovechó la rendición de Japón para apoderarse de Hanoi y obligar al emperador Bao Dai a abdicar en su favor. La proclamación de la República Democrática de Vietnam tuvo lugar en Hanoi, el 2 de setiembre de 1945. Ho Chi Minh, por cierto, empleó en esta declaración los términos de la Declaración de Independencia de Estados Unidos en un fallido intento de conseguir el reconocimiento internacional.

Indochina había sido dividida en la línea del paralelo 16. La responsabilidad por la rendición japonesa la compartieron las fuerzas nacionalistas chinas de Chang Kai-shek, en el norte, y las del mando del Sureste asiático (SEAC), en el sur. Los chinos arrebataron Vietnam del Norte al Vietminh, y el SEAC permitió que la administración francesa volviera a Vietnam del Sur, Laos y Camboya. A finales de 1946 se acabó el modus vivendi que habían establecido los franceses y el Vietminh, cuando los chinos se retiraron. Por lo tanto, el futuro político de Vietnam, así como de Laos y Camboya, lo decidiría la fuerza de las armas, y ello en dos etapas.

Tailandia constituía una excepción en la región. Aunque era un Estado independiente, se había contaminado políticamente, al identificarse con los objetivos agresivos de Japón. Sin embargo, Estados Unidos intentó rehabilitarlo a los ojos del mundo. El gobierno norteamericano no aceptó la declaración de guerra de Bangkok, que, por otro lado, no le había sido comunicada por la legación tailandesa en Washington. El deseo francés y británico de un castigo se interpretó como un residuo de la mentalidad colonialista. Una vez restablecido un gobierno civil, no se trató a Tailandia de modo muy distinto de como trataron a los demás países liberados de la tiranía japonesa, aunque se le obligó a devolver los territorios conquistados en la guerra. No obstante, cuando un golpe militar derrocó a este go-

bierno, después de la violenta muerte inexplicada del joven rey Ananda, en junio de 1946, las prioridades de la guerra fría predominaron y el régimen militar siguió gozando del apoyo norteamericano.

Los Estados poscoloniales del Sureste asiático iniciaron su existencia independiente con dos legados: las fronteras políticas de la época colonial y, en vista del dominio global de Estados Unidos, la democracia parlamentaria considerada como un símbolo imprescindible para la legitimación internacional. Las fronteras coloniales contenían diversidades sociales escindibles que no estaban dispuestas a aceptar los imperativos culturales y económicos de centros políticos ajenos. Birmania, por ejemplo, siguió padeciendo la disidencia y el desafío de las etnias regionales durante más de medio siglo. En la vecina Tailandia, la atracción separatista del sur, principalmente musulmán, estimuló el auge del nacionalismo malayo. Indonesia, siendo un archipiélago, era la más vulnerable frente a las fuerzas políticas centrífugas, alentadas por la política holandesa antes de la transferencia de la soberanía.

Las insurrecciones comunistas constituyeron otra característica endémica del Sureste asiático después de la guerra del Pacífico. Si bien fracasaron todas, en Birmania y Filipinas su impacto fue mayor poco después de la independencia, y en Malaca e Indonesia, antes de la transferencia de soberanía. En el caso de Vietnam, un caso importante, el movimiento comunista se arropó en el manto del nacionalismo a fin de alcanzar sus metas militares y políticas.

Pese al separatismo endémico, agravado por las insurrecciones comunistas, ninguno de los Estados poscoloniales del Sureste asiático ha experimentado una fragmentación involuntaria. En 1965, la Federación de Malaysia tomó, con conocimiento de causa, la decisión de expulsar a Singapur, que ya era independiente. El irredentismo, en cambio, ha tenido mayor repercusión en la región, como ocurrió, por ejemplo, cuando Indonesia recuperó la mitad occidental de la isla de Nueva Guinea (ahora Irian Jaya), en mayo de 1963, y cuando Vietnam se unificó en abril de 1975. Salvo algunas excepciones de menor importancia, el legado territorial colonial se ha mantenido intacto. Sin embargo, el que Indonesia anexionara, en diciembre de

1965, la mitad oriental de Timor, no encajaba en la *raison d'être* nacionalista, fundamentada en el dominio colonial holandés.

El legado político de Occidente ha durado mucho menos. Los sistemas parlamentarios han experimentado altibajos. Así, en los años cincuenta, en Birmania e Indonesia, los problemas económicos agravaron las tensiones entre el gobierno y la sociedad civil. Ambos Estados optaron por una solución autoritaria, lo mismo que Tailandia. Filipinas conservó la forma hasta principios de los años setenta, cuando el presidente Ferdinand Marcos se arrogó poderes dictatoriales durante más de un decenio. Tras la independencia, Malaca/Malaysia y luego Singapur, conservaron la práctica democrática, aunque con el paso del tiempo sus parlamentos acabaron por aprobar maquinalmente todas las decisiones de los gobiernos unipartidistas.

La era poscolonial coincidió con la guerra fría, que la afectó profundamente, así como con el afán de Estados Unidos de contener el comunismo internacional. En Indochina, el enfrentamiento de Francia con el Vietminh se representó como la representación de un conflicto a nivel global. Sin embargo, el que Francia no acertara a detener el avance del Vietminh impulsó a Estados Unidos a considerar, a principios de 1954, una intervención militar directa, cosa que provocó alarma en los Estados neutrales de la región. En una reunión celebrada en la capital de Ceilán, Colombo, los gobiernos de Birmania e Indonesia, junto con los de tres Estados de Asia meridional, pidieron moderación. Esta reunión llevó a celebrar en abril de 1955, en Bandung, una conferencia de alcance asiático y africano, en la que se registró por primera vez el programa internacional de los Estados poscoloniales.

La histórica Conferencia de Bandung se celebró una vez acabada la primera guerra de Indochina. El Vietminh había infligido a Francia un devastador revés militar en la batalla de Dien Bien Phu, en el noroeste de Vietnam, cerca de la frontera con Laos. Los franceses cedieron el 7 de abril de 1954, un día antes de que se iniciara una conferencia internacional convocada en Ginebra para analizar el conflicto de Indochina. Se concluyeron acuerdos de cese el fuego para Vietnam, Laos y Camboya, además de una declaración final en la que se aceptaban las condiciones de estos tres Estados, declara-

ción que no se firmó. Vietnam quedó dividido en la línea del paralelo 17, con el fin de reagrupar las unidades militares. Esta línea se solidificó y se convirtió en una frontera internacional de facto que duró más de veinte años. Un gobierno comunista, encabezado por Ho Chi Minh tomó el poder en el norte, y en el sur se estableció un gobierno anticomunista, encabezado por Ngo Dinh Diem, que hasta entonces se encontraba exiliado. Bajo las convenciones del Acuerdo de Ginebra, al cabo de dos años se celebrarían elecciones en todo Vietnam. Sin embargo, nunca se celebraron y el país se convirtió en el foco por excelencia de la guerra fría en Asia.

La Conferencia de Ginebra no reconoció los movimientos revolucionarios, apoyados por los comunistas, de Laos y Camboya. A ésta se le devolvió la independencia, bajo el liderazgo del rey Norodom Sihanuk, que abdicó en su padre en marzo de 1955 a fin de crear una organización al estilo del Gobierno de Vichy a través de la cual dominó la política durante más de un decenio y medio. A Laos también se le devolvió una frágil independencia, si bien dos de sus provincias, fronterizas con China y Vietnam, permanecieron bajo el control de las fuerzas laosianas dominadas por el Vietminh. Estados Unidos intentó contener el avance comunista en Indochina mediante un Tratado de Defensa Colectiva del Sureste Asiático, concluido el 8 de setiembre de 1954; los países firmantes se comprometían unilateralmente a apoyar a Camboya, Laos y Vietnam del Sur. En el Sureste asiático sólo Tailandia y Filipinas firmaron. En febrero de 1955, se creó la Organización del Tratado del Sureste Asiático (SEATO), en Bangkok, aunque no contaba con mando militar. Desde principios de los años sesenta, el sur de Vietnam se enfrascó de nuevo en la lucha armada; Laos se vio arrastrado hacia el conflicto, pues sus tierras altas occidentales constituían una importante ruta de infiltración a Vietnam del Sur, una célebre ruta que llegó a conocerse como la ruta Ho Chi Minh.

En Indonesia, como respuesta a unas revueltas regionales abortadas, el presidente Sukarno sustituyó en julio de 1959 el sistema parlamentario por una autoritaria Democracia Guiada. Dominaba la política gracias a su notable habilidad oratoria y a que enfrentaba entre sí a las fuerzas armadas y al nutrido Partido Comunista. Explotó asimismo los problemas nacionalistas, sobre todo la negativa de Ho-

landa de transferirle la mitad occidental de la isla de Nueva Guinea. Para esta causa irrendentista, se agenció el apoyo de Estados Unidos, que tanto temía que los comunistas sacaran ventaja; la utilizó, además, como táctica de diversión con el fin de conservar el control político en una situación económica deteriorada. En diciembre de 1962, una rebelión en el sultanato de Brunei —un protectorado británico en el norte de Borneo— le proporcionó un pretexto para desafiar la formación de la Federación de Malaysia.

En mayo de 1961, el primer ministro de Malaca, Tunku Abdul Rahman, propuso la unificación de la península: sugirió que la unión de Malaca, Singapur y las posesiones británicas en Borneo del Norte contendría la influencia comunista en Singapur (para él, influencia comunista e influencia china eran sinónimas). El reto que lanzó respecto a la legitimidad de Malaysia en enero de 1963 se distinguió con el término *Konfrontasi* (enfrentamiento), una forma de diplomacia coercitiva utilizada contra los holandeses en Nueva Guinea Occidental. Malaysia se estableció, pues, el 16 de setiembre de 1963, pero sin la participación de Brunei. El «enfrentamiento» de Indonesia y la «Democracia Guiada» de Sukarno se vinieron abajo a raíz de un golpe de Estado en octubre de 1965, golpe atribuido al Partido Comunista del país y que abortó. El 11 de marzo de 1966, el teniente general Suharto (posteriormente presidente) se hizo con el poder. Su gobierno militar emprendió un programa de desarrollo económico y cooperación regional, que incluía la reconciliación con Malaysia y un Singapur recién independizado.

La crisis y el cambio políticos en Indonesia ocurrieron a la par que la decadencia política y el enfrentamiento militar en Vietnam del Sur. El presidente Ngo Dinh Diem no había conseguido arrancar el estandarte nacionalista al Vietminh, que, bajo el liderazgo del Partido Comunista, en diciembre de 1960 formaron el Frente de Liberación Nacional de Vietnam del Sur (FLN). Debido tanto a las protestas budistas contra el gobierno de Saigón, al que éstos consideraban dominado por los católicos, como al lamentable papel de los militares, que no lograron sofocar una insurgencia rural, Estados Unidos dejó de apoyar a Diem, que sería asesinado durante un golpe

militar en noviembre de 1963, pocos días antes del asesinato del presidente Kennedy. A continuación una serie de juntas militares ejercieron el poder, sin la menor idea de lo que hacía falta para una victoria política, lo cual obligó a Washington a asumir mayor responsabilidad en la conducción de una guerra que se iba extendiendo. En marzo de 1965, Estados Unidos cambió la naturaleza del conflicto al emprender un bombardeo aéreo sostenido sobre Vietnam del Norte. Cuando fracasó este intento de imponer un coste inaceptable al partido gobernante en Hanoi, Estados Unidos introdujo progresivamente más de medio millón de combatientes en el sur, aunque éstos no consiguieron causar el deseado revés al ejército comunista, cada vez más reforzado por la infiltración del norte.

El punto de inflexión en la contienda tuvo lugar a finales de enero de 1968, durante el festival de Tet que marca el año lunar vietnamita, cuando el FLN emprendió ataques coordinados contra blancos urbanos. Si bien fue un fracaso militar, la ofensiva de Tet fue decisiva, debido al impacto que tuvo en la opinión pública norteamericana, cada vez más contraria al enorme coste que suponía en términos de soldados muertos o heridos. Según un acuerdo de paz firmado en París, el gobierno de Saigón se mantenía, aunque no duró mucho tiempo, pues una ofensiva militar comunista llevada a cabo en marzo de 1975, en las tierras altas del centro del país, puso en fuga al ejército de Vietnam del Sur, y las fuerzas del Norte se apoderaron de Saigón el 30 de abril. El 2 de julio de 1976 tuvo lugar la reunificación formal con la proclamación de la República Socialista de Vietnam.

Los comunistas también consiguieron una victoria en la vecina Camboya, el 17 de abril, cuando un movimiento revolucionario conocido como los jemeres rojos tomó el poder en Phnom Penh. Este movimiento tenía sus raíces en la alternativa nacionalista-comunista al Partido Comunista de Vietnam, si bien sólo adquirió influencia militar y política a raíz del derrocamiento del príncipe Norodom Sihanuk por un golpe de derechas, ocurrido el 18 de marzo de 1970. La restauración de la monarquía, en abril de 1975, no cuajó y el príncipe Sihanuk abdicó y fue puesto bajo arresto domiciliario, mientras el país se convertía en Kampuchea, irónicamente denominada «democrática». Al mando del aterrador Pol Pot, se inició un espeluznante experimento social. Camboya se transformó en un campo de

trabajo basado en la agricultura primitiva, comparable a los excesos de Stalin y de Mao, y que provocó la muerte de aproximadamente un millón de personas por hambre, enfermedad o ejecución. El intento de ocultar los fallos de un dogma económico mediante el nacionalismo xenófobo acarreó el enfrentamiento militar con Vietnam. Laos, parte de una frágil coalición, cayó igualmente bajo control comunista en 1975. En diciembre, la monarquía constitucional fue sustituida por la República Popular Democrática de Laos, estrechamente vinculada a Vietnam.

A medida que se intensificaba la guerra de Vietnam, un grupo de Estados no comunistas iniciaron un experimento de cooperación regional. En julio de 1961, en Bangkok, Tailandia, Malaca y Filipinas crearon la Asociación del Sureste Asiático (ASA); razonaban que el progreso económico obtenido mediante la cooperación regional proporcionaría una base para la seguridad nacional. La ASA fue víctima del «Enfrentamiento» de Indonesia y del hecho de que Filipinas reclamara la parte de Borneo septentrional conocida como Sabah e incorporada en la Federación de Malaysia. En agosto de 1967 fue desbancada por la ANSEA (Asociación de Naciones del Sureste Asiático), creada en Bangkok, con Indonesia y Singapur como miembros adicionales.

Con la ANSEA se intentaba ofrecer un marco a la reconciliación regional. Su objetivo declarado consistía en la cooperación económica y cultural; sin embargo, era la seguridad lo que más interesaba a los gobiernos que compartían la experiencia común de resistencia a la amenaza de una revolución intestina y que, además, recelaban de la permanencia norteamericana en la región. La creciente voluntad de colaborar para evitar y manejar los conflictos ayudó a engendrar la confianza comercial en las economías regionales que, empezando con Singapur bajo el dinámico liderazgo de Lee Kuan Yew, acabaron por emular el ejemplo japonés en cuanto a alentar el aumento de las exportaciones.

En febrero de 1976, tras el éxito del comunismo revolucionario en Indochina, la ANSEA dio muestras de su valor colectivo al celebrar en Indonesia la primera reunión de jefes de Estado. Elaboraron

un programa político y llegaron al acuerdo de establecer un secretariado en Yakarta. Es más, Japón empezó a tomarse la ANSEA en serio. Tanto su primer ministro Takeo Fukuda, como sus homólogos australiano y neozelandés asistieron a la reunión de jefes de Estado convocada para agosto de 1977 con el fin de conmemorar el décimo aniversario de la ANSEA. Mediante los acuerdos de compensaciones, Japón había vuelto al Sureste asiático en los años cincuenta, con un papel económico a través de los acuerdos de reparaciones y se fue extendiendo, a medida que el acceso a las materias primas y a los mercados daban paso a las inversiones de capital con que Japón aprovechaba la mano de obra y la tierra más baratas. Esto constituyó la primera manifestación de las empresas multinacionales que empezaban a florecer.

La tercera guerra de Indochina supuso la última ocasión del siglo xx en que un conflicto local del Sureste asiático sería foco de conflicto global. Empezó en diciembre de 1978, cuando las fuerzas vietnamitas invadieron y ocuparon Camboya. Expulsaron al beligerante régimen de los jemeres rojos, que encontró un refugio activo en Tailandia. En enero de 1979, se fundó la República Popular de Kampuchea que mantenía una relación especial con Vietnam. China respondió en febrero con una expedición punitiva en Vietnam del Norte. Estados Unidos aplicó presiones económicas en Vietnam y los países de la ANSEA desempeñaron un activo papel diplomático, al apoyar la resistencia armada —incluyendo la de los jemeres rojos— a la ocupación vietnamita.

La carga de la tercera guerra de Indochina quebró la determinación vietnamita de emprender simultáneamente el desarrollo socialista y conservar una relación especial con los países vecinos de Indochina. En todo caso, Vietnam perdió el apoyo de la Unión Soviética y, a partir de finales de setiembre de 1989, se vio obligado a retirar sus tropas de Camboya, sobre todo para aplacar a China. La ANSEA adoptó entonces un segundo plano diplomático y dejó a los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU la iniciativa en la pacificación mediante la UNTAC, la Autoridad de Naciones Unidas para la Transición en Camboya, establecida en una conferen-

cia internacional que tuvo lugar en París en octubre de 1991. Auspiciadas por la UNTAC, se celebraron elecciones nacionales en Camboya, en mayo de 1993, pese a la renuencia de los jemeres rojos. El resultado fue la restauración en setiembre de la monarquía constitucional, personificada por Norodom Sihanuk y la formación en octubre de un frágil gobierno de coalición. Sin embargo, no se consiguió la paz total, pues los jemeres rojos continuaron luchando por una parte del poder, con la intención de recuperarlo del todo.

En el fin del conflicto camboyano influyó el impacto que tuvieron en la región los cambios en la política mundial a fines del siglo XX. Supuso igualmente el reconocimiento por el partido en el poder en Hanoi de que se había perdido en lo económico y había hecho peligrar su propia legitimidad. Durante la tercera guerra de Indochina, los miembros de la ANSEA —excepto Filipinas—, a la que se unió un independiente Brunei en enero de 1984, siguieron prosperando, beneficiándose de su comparativa ventaja manufacturera. Vietnam se enfrentaba a la penuria, pues al coste de la guerra en Camboya se unieron los fracasos de la rígida aplicación de la doctrina socialista. En Hanoi la revisión se dio en diciembre de 1986, en el tercer Congreso Nacional del Partido Comunista, que nombró secretario general al reformista económico Nguyen Van Linh. Este promulgó y aplicó progresivamente una nueva doctrina —*Doi Moi*— de renovación de la economía mediante prácticas de mercado libre, pese a la resistencia de los sectores intransigentes del partido.

La *Doi Moi* se debió a la necesidad de impulsar la economía de mercado libre y de invertir en el país a fin de equiparar el nivel de vida al de sus vecinos de la región. Al repudio de la doctrina económica comunista —adoptado también por Laos— no lo acompañó una revisión del sistema político; más bien al contrario, pues con el cambio económico se pretendía proteger el papel dirigente del Partido Comunista. En ese sentido, surgió una suerte de convergencia con los sistemas políticos de otros Estados de la región que habían sido pioneros en el crecimiento económico mediante el autoritarismo desarrollista. Así, el Estado intervenía para asegurar la desmovilización política en aras de la estabilidad social y el progreso económico. La eficacia de esta práctica se había demostrado no sólo en Indonesia, bajo el presidente Suharto y en Malaysia bajo el doctor

Mahathir Mohamad, sino también, y de modo asombroso, en Singapur, a cuyo ex primer ministro Lee Kuan Yew, Vietnam pidió asesoría económica.

Después de la guerra fría, gracias a sus impresionantes éxitos económicos, varios Estados del Sureste asiático se sintieron lo bastante confiados para rechazar los intentos de Occidente de imponer sus propios valores democráticos. La cuestión de la democratización en la región se había planteado en Filipinas mucho antes del fin de la guerra fría; allí, el venal gobierno del presidente Marcos dejó un resquicio político para el insurgente Partido Comunista. En un marco de decadencia política y económica, Marcos convocó elecciones para febrero de 1986. Su rival fue la señora Corazón Aquino, viuda de Benigno Aquino, el principal oponente político de Marcos que fuera asesinado en el aeropuerto de Manila en agosto de 1983, cuando regresaba de su exilio en Estados Unidos. El fraude electoral fue el contexto que dio pie a una rebelión militar en favor de la señora Aquino, encabezada por Fidel Ramos, jefe adjunto del Estado Mayor, y Juan Ponce Enrile, ministro de Defensa. La interposición física de los manifestantes civiles, alentados por la Iglesia católica, evitó que los leales a Marcos aplastaran la revuelta. Esta expresión del «poder del pueblo» indujo a Estados Unidos a retirar el apoyo que desde hacía mucho tiempo daba a Marcos; éste se exilió con su familia en Hawai y dejó que la señora Aquino asumiera la presidencia del país. Corazón Aquino restableció la democracia, aunque la estabilidad política tuvo que esperar a que la sucediera Fidel Ramos, en junio de 1992. Ramos, como ministro de Defensa, le había demostrado su lealtad al frustrar varias intentonas golpistas.

La democracia acabó por vencer también en Tailandia. En octubre de 1973 parecía que iba a triunfar, cuando una revuelta estudiantil y la intervención del rey Bhumibol restauraron el sistema parlamentario, pero otro golpe, acaecido tres años después, le puso fin. En los años ochenta, el gobierno tolerante del primer ministro, general Prem Tinsulanond, respetó el constitucionalismo. Los militares, sin embargo, dieron otro golpe en febrero de 1991 y derrocaron a su sucesor electo, Chatichai Choonhavan. El rey Bhumibol se dis-

tanció de la Junta, que nombró primer ministro a un civil, Anand Panyarachum. En marzo de 1992 se celebraron otras elecciones, pero el nombramiento de Suchinda Krapayoon, un general que no había sido elegido, provocó iracundas manifestaciones en Bangkok, manifestaciones que recordaron las de Manila en febrero de 1986, si bien culminaron con un violento enfrentamiento. El rey intervino, restableció el orden democrático, y de unas nuevas elecciones, celebradas en setiembre de 1992, salió un gobierno civil que se ha mantenido desde entonces. Tanto en Filipinas como en Tailandia, aunque surgidas de circunstancias económicas distintas, las protestas populares sirvieron a los intereses democráticos. No obstante, protestas similares en Birmania tuvieron como resultado el brutal aplastamiento de la democracia aún en ciernes.

Desde que las fuerzas armadas se hicieron con el poder mediante un golpe de Estado, y desplazaron al régimen democrático, en marzo de 1962, Birmania estaba gobernada por un régimen militar encabezado por el general Ne Win. Una mezcla de panaceas marxistas y budistas constituyó el fundamento del supuesto «camino birmano hacia el socialismo», controlado por un partido único, el PPSB (Partido para el Programa Socialista de Birmania). A finales de los años ochenta, éste había sumido al país en la penuria, hecho que quedó claro cuando Birmania pidió a la ONU que se le considerara «país menos desarrollado» a fin de conseguir préstamos. La desmonetarización, en setiembre de 1987, de los billetes de mayor denominación en circulación causó una agitación estudiantil que tuvo su auge en agosto y setiembre de 1988, y que fue brutalmente reprimida por los militares. Ne Win había dimitido como jefe del gobierno en 1981, y en julio de 1987 dimitió como jefe del PPSB, aunque no cedió su influencia política, pese a su debilidad física. Frente a las protestas populares inspiradas por la presencia en el país de Aung San Suu Kyi, hija del reverenciado mártir nacionalista Aung San, las fuerzas armadas dieron un golpe para seguir en el poder. La nueva Junta prohibió todos los organismos estatales y partidistas, se hizo llamar Consejo de Estado para la Restauración de la Ley y el Orden (CERLO) y, en junio de 1989, cambió el nombre del país a Myanmar.

En mayo de 1990 se celebraron elecciones. La Liga Nacional para la Democracia —encabezada por Aung San Suu Kyi, que se en-

contraba bajo arresto domiciliario desde julio de 1989— ganó por aplastante mayoría al Partido de Unidad Nacional, el vehículo político de la junta militar. Ésta no hizo caso del resultado electoral y el CRLOE redactó una nueva constitución con la que pretendía no sólo consolidar el papel político de las fuerzas armadas, siguiendo el modelo indonesio, sino también impedir que Aung San Suu Kyi accediera al poder.

Gracias a su actitud diplomática y a sus logros económicos, la ANSEA atrajo a un número cada vez mayor de Estados que no eran miembros y dio a la región una coherencia sin precedentes históricos. Parecía que se podría satisfacer la aspiración de transformar el Sureste asiático en una Zona de Paz, Libertad y Neutralidad (ZPLYN), manifestada en una reunión de ministros de Asuntos Exteriores de los países miembros en noviembre de 1971. De hecho, con el final de la guerra fría, el entorno estratégico de Asia oriental, incluyendo el Sureste, se transformó de tal modo que impedía a los miembros de la ANSEA configurar el orden regional siguiendo ciertas prerrogativas. El Sureste asiático no se contenía en sí mismo, sino que estaba unido, por tierra, mar y política a un más extenso este asiático. Este vínculo geopolítico se manifestó en el litigio por las islas Spratly en el mar de la China meridional, que las potencias coloniales no habían dominado o delimitado.

Desde su fundación, la República Popular de China reclamaba todas las islas del mar de la China meridional; a mediados de los años setenta hizo uso de la fuerza para apoderarse de las islas Paracel, al norte de las Spratly; a finales de los ochenta se hizo con algunas de las más meridionales de estas últimas y realizó otra incursión a mediados de los noventa. Malaysia, Filipinas y Brunei —todos miembros de la ANSEA— habían reclamado también la jurisdicción parcial de las Spratly, mientras que Vietnam, que se unió a la Asociación en julio de 1995, reclamó la jurisdicción tanto de las Paracel como de las Spratly. China demostró su talante irredentista en un momento en que gozaba de una latitud regional estratégica sin precedentes, libre de adversarios importantes, y había empezado a modernizar sus fuerzas armadas, lo que le proporcionaba una mayor capacidad de

proyectar su poderío naval y aéreo hacia el sur. Es más, Estados Unidos cedió a las exigencias nacionalistas y a finales de 1992 había retirado de Filipinas su hasta entonces formidable presencia militar.

Pese a su compromiso de mantener una Zona de Paz, Libertad y Neutralidad, los gobiernos de la ANSEA no han compartido nunca una perspectiva común de amenaza externa; tampoco han demostrado ninguna disposición a emprender una cooperación defensiva. En estas circunstancias, optaron por enfocar la seguridad regional en el marco más amplio de Asia oriental, basándose en el diálogo multilateral, a fin de hacer frente a una China que se iba consolidando y a la retirada gradual de Estados Unidos. En julio de 1993, en Singapur, durante su reunión anual, los ministros de Asuntos Exteriores de la ANSEA invitaron a dieciocho ministros de Asuntos Exteriores a una cena en la cual inauguraron el Foro Regional de la ANSEA (FRA), cuya meta consistía en promover una pauta de relaciones predecible y constructiva entre los países de Asia y el Pacífico. Aparte de los seis Estados de la ANSEA y sus siete participantes asociados en el diálogo (Estados Unidos, Japón, Australia, Nueva Zelanda, Canadá, Corea del Sur y la Unión Europea), se encontraban presentes Papúa Nueva Guinea, Vietnam y Laos, así como China y Rusia. La primera reunión de trabajo de la FRA se convocó en julio de 1994 en Bangkok.

Los gobiernos del Sureste asiático se han visto asimismo obligados a aceptar un marco más amplio para la cooperación económica. Desde hace tiempo, la ANSEA está comprometida con la cooperación económica, pero no fue sino hasta junio de 1992 cuando sus gobiernos decidieron establecer una zona de libre comercio. No obstante, para entonces, gracias a una iniciativa australiana de 1989, ya se había creado un foro de consultas más amplio, el Foro de Cooperación Económica de Asia y el Pacífico (CEAP), al que las reuniones anuales de sus jefes de gobierno han otorgado cada vez mayor relevancia.

A fines del siglo xx, los gobiernos de una ANSEA en proceso de expansión han dado coherencia al concepto de un Sureste asiático. Irónicamente, justo cuando se manifestaba esta coherencia, se han visto obligados a ampliar sus horizontes regionales, a fin de enfrentarse al cambiante entorno estratégico y económico, poniendo así en entredicho la viabilidad misma del Sureste asiático como concepto.

# 20. Asia meridional

JUDITH M. BROWN

En el siglo xx pocas zonas del mundo han experimentado tantos cambios como el subcontinente indio. Estos cambios han transformado la vida de muchos de sus habitantes, así como su relación con el ancho mundo y la imagen que en él se tiene de ellos. En 1900, a finales de la época victoriana, era «la joya de la Corona» del imperio británico, vital para la influencia de Gran Bretaña en el mundo. Al cabo de cincuenta años, se había convertido en Asia meridional, un subcontinente formado por varios Estados independientes. Al principio del siglo, los asiáticos del sur vivían en sociedades de predominio agrario, pese a la existencia de pueblos y ciudades construidos en torno al comercio, la administración y la religión. Ahora, sus nietos residen en ambientes moldeados por megaciudades, industrias modernas y agricultura comercial, y por el crecimiento de una numerosa clase media. A los asiáticos del sur los ha unido de forma práctica el transporte por carretera, tren y avión, que ha facilitado su contacto con otros continentes. En 1900 un viaje por mar de Gran Bretaña a India duraba hasta tres semanas; en los años noventa el recorrido dura nueve horas en avión. Esto ha permitido el traslado, en ambas direcciones, de un importante número de personas, como emigrantes, estudiantes, hombres de negocios y turistas.

Este cúmulo de cambios tuvo lugar en el contexto de una de las transformaciones políticas más profundas del siglo, es decir la erosión de la influencia imperial occidental en Asia y África, y la subsiguiente descolonización. Estos cambios tan radicales en el gobierno y la política han ejercido efectos en casi todos los aspectos de la exis-

tencia, desde la mortalidad y la salud hasta la educación y el desempleo, pasando por las condiciones económicas, la expectativa de vida y lo que los individuos esperan de sus gobiernos. Así, para hablar de esta zona en el siglo XX, hemos de empezar hablando de los cambios habidos respecto de la naturaleza y el uso del poder público.

El imperio indio era veinte veces mayor que la propia Gran Bretaña, o sea, como Europa sin Rusia. (Sin contar la isla de Ceilán, al suroeste, que es en sí tan grande como una provincia india de buen tamaño.) Dado el larguísimo tiempo que civilizaciones y gobiernos llevan establecidos en el subcontinente, el imperio británico era un fenómeno reciente, pues su dominio no se consolidó hasta principios del siglo XIX. Sin embargo, este dominio *(Raj)* y sus consecuencias no tardaron en adquirir una enorme importancia, no sólo para los súbditos asiáticos sino también para Gran Bretaña. India se convirtió en reserva de fuerzas de combate, pagadas por los indios, que los británicos podían desplegar —y lo hacían— por todas partes del mundo en aras de sus propósitos imperiales, desde China hasta el frente occidental en la primera guerra mundial, pasando por el Cercano Oriente. Era, además, un socio comercial que importaba bienes manufacturados y exportaba materias primas, como hacían muchos países coloniales con el núcleo industrial del imperio. Gracias a su comercio y a sus finanzas públicas, la libra esterlina era una divisa internacional; lo mismo que Ceilán, India era una de las principales zonas de inversión para los británicos, fuera de la metrópoli, inversión que, a principios de siglo, representaba aproximadamente una décima parte del total de inversiones británicas, o sea, unos 365 000 000 de libras.

Los mecanismos de gobierno reflejaban las metas británicas: conservar la capacidad de la zona para satisfacer sus necesidades imperiales, garantizar la seguridad y la tranquilidad domésticas, recaudar ingresos (sobre todo de la tierra) y evitar cambios sociales que pudieran suponer una alteración. El razonamiento del gobierno era estático y conservador; la administración se había diseñado para que cumpliera estas funciones mínimas. En dos terceras parte de India, administradas directamente por los británicos, el elitista funcionariado del Indian Civil Service (ICS), compuesto principalmente de ex-

patriados, formaba el núcleo de una administración nada numerosa, organizada por provincias y encabezada por gobernadores, al mando éstos de un virrey, cuyo secretariado era el vínculo directo con el secretario de Estado para India y su Ministerio de India en Whitehall. Ceilán, en cambio, era una colonia de la Corona, bajo la jurisdicción del Ministerio de las Colonias. Por debajo de este nivel elitista, miles de indios llevaban a cabo las funciones básicas del gobierno. Formaban, asimismo, el grueso del cuerpo policial y del ejército, aunque al mando de oficiales europeos hasta la primera guerra mundial. Una tercera parte del subcontinente, sin embargo, permanecía bajo el control de los príncipes indios que aún quedaban, aliados subordinados de los británicos. Las pautas de gastos evidenciaban las prioridades de gobierno: a principios del siglo XX, la defensa era, de todos los apartados, el que se llevaba la mayor tajada del presupuesto gubernamental en India, casi un tercio de los ingresos totales; las provincias, por su parte, gastaban casi dos veces más en policías, cárceles y justicia que en educación. «La inversión humana» era mucho menor que en Gran Bretaña y en las colonias blancas. Sólo en Ceilán aumentó de modo significativo el gasto social, pero ya cuando la hegemonía colonial se acababa.

No obstante, la sociedad de Asia meridional no podía conservarse como con naftalina ni preservarse en el molde que los europeos consideraban tradicional y estático. Había fuerzas generadoras de nuevas ideas políticas, nuevas identidades y exigencias, que culminaron en elocuentes movimientos nacionalistas y exigieron una reforma constitucional y, finalmente, la independencia. La primera de estas fuerzas fue la educación moderna, dispensada en inglés a unos cuantos privilegiados. Fueron éstos, educados al estilo occidental, expuestos a nuevas ideas políticas y sociales, preocupados por sus perspectivas de empleo en las profesiones modernas y en el gobierno, quienes empezaron a pedir mayores oportunidades y, finalmente, dieron expresión al nacionalismo político, formando nuevas agrupaciones políticas para apoyar sus exigencias. Este proceso avanzó más cuanto más expuesta estaba la zona a las influencias occidentales: el Congreso Nacional Indio surgió en los años ochenta del siglo XIX gracias a los esfuerzos de hombres cultos de Bengala, Bombay y Madrás. Sin embargo, los mejores organizadores e idealistas

nacionalistas, hombres como M. K. Gandhi, S. C. Bose o los Nehru, padre e hijo, no eran únicamente portavoces de una «minoría microscópica», pese a lo que afirmaban los británicos a principios del siglo. Su sentido de identidad «nacional» iba mucho más allá de los intereses creados de una élite. A menudo lo avivaba un renacer religioso que despertaba en respuesta a las presiones occidentales: en India fueron las tradiciones hindú y musulmana, y en Ceilán su contexto fue un resurgir budista. Cuando hablaba de la verdadera independencia, por ejemplo, Gandhi se refería a la transformación no sólo política sino también moral y social, que debía beneficiar a aquellos que se hallaban en el nivel más bajo de la sociedad india. Las fuerzas económicas creaban igualmente nuevas preocupaciones y nuevas insatisfacciones, y esto generó un apoyo más amplio para estos primeros nacionalistas de habla inglesa. Gracias a la agricultura comercial en algunas zonas de India y, sobre todo, de Ceilán, así como al desarrollo en manos indias de las empresas y las industrias modernas, se formaron grupos económicos con poder financiero que se percataron de los límites a la expansión y a las ganancias que les imponía el dominio colonial. En India, la dislocación económica provocada por la primera guerra mundial y la Gran Depresión de 1929, que golpeó con mayor dureza a los productores de materias primas, acarreó una amplia agitación social y económica, y esto a su vez alimentó un nacionalismo coherente, como, por ejemplo, los movimientos populistas de Gandhi, consistentes en no colaborar con las autoridades británicas.

Los británicos eran imperialistas pragmáticos y muy preocupados por los costes. Recorrieron el camino de la reforma constitucional en los dominios de Asia meridional, no tanto por idealismo como porque suponía un modo de aplacar a la opinión pública y de conservar un gobierno barato. Si bien tenían poder suficiente para aplastar lo que tomaban por desafección (no vacilaban en usarlo, como lo hicieron en 1942 contra el movimiento Abandonad India), reconocían que no podían convertirlo en una política permanente, pues resultaba demasiado caro y perjudicaba demasiado su imagen pública en Asia y en la metrópoli. Así pues, otorgaron a Ceilán el sufragio universal en 1931 y le prometieron un inminente autogobierno. En la India británica se produjo una progresiva devolución del poder a los

políticos indios de las provincias, mediante las reformas constitucionales de 1919 y 1935, si bien se excluía todavía a la mayoría de las mujeres y a los pobres. Con todo, estos medios para asegurarse la colaboración de los locales y un gobierno barato significaba que, más que las prioridades imperiales, eran las prioridades locales las que conformaban la política gubernamental. La zona en su conjunto dejó de apoyar los intereses imperiales. (Por ejemplo, a partir de los años veinte se aceptó que ya no se recurriría al ejército indio fuera de las fronteras indias a expensas de India; a partir de los años treinta resultó obvio que se reducía la importancia económica de India para Gran Bretaña.) La segunda guerra mundial completó este proceso. Así, con importantes depósitos de libras en Londres al término de la guerra, India era acreedora y no deudora de Gran Bretaña, de modo que la independencia, cuidadosa y oportunamente negociada, al crear aliados dentro de una Commonwealth británica que se iba desarrollando, parecía el medio más seguro de proteger los intereses británicos, ya reducidos, en Asia meridional. La supresión del nacionalismo habría resultado intolerable (en cuanto a dinero, mano de obra y reputación) para los británicos, empobrecidos por la guerra, deseosos de reconstruir el país y dependientes del apoyo norteamericano. Sin embargo, en India la independencia estaba preñada de problemas causados por la aparición de una identidad política musulmana, de la cual nació la Liga Musulmana, encabezada por M. A. Jinnah. La Liga exigía una posición especial y finalmente un Estado para una nación «musulmana». En vista del aumento de la violencia que acompañó esta exigencia al acabar la guerra, y resultó obvio que los británicos se marcharían, así como de la incapacidad de los políticos indios para llegar a una solución entre ellos, los británicos repartieron el subcontinente al marcharse, creando una India primordialmente hindú (si bien dejó en India una cuantiosa minoría musulmana que ascendía a aproximadamente el once por ciento de la población) y Pakistán, que incluía lo que es ahora Bangladesh. El proceso de división fue violento y amargo, y ha dejado un legado de recuerdos y suspicacias. Eran tales el caos y las presiones ejercidas sobre los gobiernos que nunca conoceremos a ciencia cierta las cifras de muertos, de secuestrados, de mujeres violadas ni de personas que cruzaron las fronteras.

India y Pakistán consiguieron su independencia en 1947. Ceilán los siguió en 1948 (en 1972 la isla cambió de nombre por el de Sri Lanka). La nueva conformación política del subcontinente culminó en 1971, cuando el ala este de Pakistán se separó mediante una sangrienta guerra civil, con el fin de convertirse en Bangladesh. Éstos eran los Estados gigantescos de la región, en términos de superficie, población e influencia, comparados con diminutos Estados como Nepal, Bhután y las Maldivas. La naturaleza de estos nuevos gobiernos afectaría a la experiencia de sus pueblos tan profundamente como lo había hecho la presencia de los gobernantes coloniales.

En lo que se refiere a las relaciones exteriores, los principales países de la región han intentado proteger lo que consideran sus intereses y hacer que su independencia tenga sustancia frente al mundo. Sin embargo, la zona ha estado marcada por intensos conflictos entre vecinos, a menudo exacerbados por las ambiciones y los temores de las grandes potencias del mundo, sobre todo durante la guerra fría, que llenó la zona de armas y dinero. Pese a la estrategia de no alineamiento con ninguna potencia —una piedra angular de la política exterior establecida por Jawaharlal Nehru, el primer ministro indio—, las tensiones locales y las presiones del exterior obligaron a India a cooperar durante largos períodos con la Unión Soviética, mientras que Pakistán recibía ayuda militar de Estados Unidos y se aliaba a veces con China. El principal conflicto intrarregional ha sido el de los contenciosos entre India y Pakistán, sobre la frontera y, en especial, por Cachemira, territorio que se disputan desde la repartición. Ambos países han trabado armas en varias ocasiones y en 1962 India se vio sometida a la no por breve menos humillante invasión de China. La propia India ha intervenido en otros conflictos regionales; así, apoyó a los disidentes paquistaníes en 1971, y en los años ochenta intervino en la guerra civil de Sri Lanka, una guerra entre la población cingalesa y parte de la población tamil, muchos de cuyos miembros son de origen indio. El principal impacto de estos conflictos en los habitantes de Asia meridional ha sido, aparte de un sentido agudizado de identidad nacional, los altísimos gastos gubernamentales en defensa (y el avance hacia la posición de potencia nuclear, tanto de India como de Pakistán), a expensas de las inversiones sociales. En los años noventa, el ejército indio, formado por 1 100 000 hombres, era el ter-

cero mayor del mundo y los gastos de defensa —6750000000 de dólares— representaban un quince por ciento del presupuesto total del gobierno. El ejército de Pakistán es más o menos la mitad de grande, pero en 1984 sus gastos de defensa equivalían a aproximadamente el cuarenta por ciento de los gastos totales.

Los nuevos gobiernos de Asia meridional se han dedicado también a la reconstrucción política interna, a fin de convertir los nuevos Estados en comunidades políticas nacionales y satisfacer las exigencias nacionalistas llevando a cabo lo que los gobernantes coloniales no fueron capaces —o no desearon— hacer. Sus objetivos explícitos son en parte socioeconómicos, es decir, alentar el desarrollo económico en general para elevar el nivel de vida a un nivel aceptable, generar suficiente riqueza nacional para sufragar los gastos de la defensa y las importantes inversiones sociales en transporte, educación, medicina y subsidios. Resultaba evidente que sólo esta clase de apoyos socioeconómicos transformados convertiría a los súbditos coloniales en ciudadanos que participan con un claro interés en el nuevo orden político mundial. No obstante, como veremos a continuación, los esfuerzos se vieron a menudo obstaculizados por el espectacular aumento de la población, por la increíble dimensión de la pobreza y por las trabas que se presentan en el contexto de la economía internacional al intentar transformar una economía dominada por las exportaciones de materias primas en una economía más equilibrada, donde el desarrollo agrícola y la industrialización produjeran conjuntamente un crecimiento económico sostenido.

El aspecto abiertamente político de la reconstrucción interna fue el establecimiento de una democracia de masas. Este ideal era un legado del gobierno británico, pues fue en nombre «del pueblo» como los nacionalistas pusieron en entredicho la legitimidad del colonialismo. Todos los Estados sucesores del imperio británico en Asia meridional iniciaron la nueva era con constituciones e instituciones democráticas, ya establecidas o en desarrollo. Pese al común legado británico de un ideal democrático, un funcionariado independiente y un ejército apolítico, un estamento judicial y una prensa independientes, la experiencia y la capacidad de sostenerse del gobierno y la política democrática han variado mucho de un país a otro. Así, en un extremo del espectro se encuentran Pakistán y Bangladesh, cuyas po-

líticas y cuyos gobiernos han estado dominados por largos períodos de regímenes militares y, en el caso paquistaní, por experimentos con formas controladas de «democracia básica». En medio se halla Sri Lanka, donde un estilo más bien francés de gobierno sustituyó en los años setenta a las normas británicas. En el otro extremo está India, donde las instituciones democráticas, a menudo descendientes directas de las que se crearon en 1935, han florecido, los militares no han intervenido nunca para sustituir al gobierno civil, y donde existe un sistema de partidos, abierto y con frecuencia caótico, y elecciones regulares. Hasta el gobierno de «estado de excepción» que impuso Indira Gandhi (1975-1977) fue autócrata y represivo pero dentro de un marco civil y democrático. Sin embargo, demostró cuánto podían recurrir todavía los políticos democráticos al sistema colonial de control civil. Las razones de esta divergencia política y la extraordinaria fragilidad de la democracia fuera del centro indio son complejas y profundamente arraigadas en las diferencias en estructuras sociales e historia política, pese al poder colonial que tuvieron en común. La presencia del Congreso Nacional Indio como fuerza integradora con profundas raíces sociales ha sido vital para la capacidad india de funcionar con una práctica democrática a lo largo de un largo período, y para administrar la diversidad, la pobreza y la exigencia cada vez mayor de derechos, bienes y servicios. En lo que se convirtió en Pakistán y Bangladesh, el Congreso nunca arraigó, pero tampoco lo hizo la Liga Musulmana, cuyo crecimiento y apoyo se limitaban a los años entre el fin de la guerra y la repartición. Tampoco el islam ha representado un sólido fundamento para la administración democrática del poder civil, pese a las alegaciones de una identidad musulmana nacional. Lo que la región entera —incluyendo los países más «democráticos»— comparte es el elevado nivel de violencia en la vida pública y política. Los ejemplos más extremos son los golpes militares, las guerras civiles y los asesinatos políticos. Pero hasta la democrática India ha recurrido cada vez más a menudo al ejército para controlar la disidencia interna: y dos primeros ministros, Indira y Rajiv Gandhi, fueron asesinados. En general, aumenta la violencia entre ciudadanos, lo que demuestra los graves problemas a que se enfrentan las instituciones democráticas a la hora de contener las tensiones en la sociedad y resolver los problemas urgentes.

Uno de los principales problemas que comparten todos los mayores Estados de la región es que las suyas son todas sociedades plurales, que albergan diferencias religiosas, étnicas y regionales. Si bien surgieron como Estados gracias a los movimientos nacionalistas y en nombre de sus «naciones», sus cimientos sociales no son homogéneos. Esto ha dificultado mucho la construcción de comunidades políticas nacionales, ya que el significado de identidad nacional ha suscitado disputas entre individuos de muy hondas y a veces muy diferentes percepciones de identidad pública —basadas en la religión, el idioma, la cultura y la etnia—. La mayoría de los dirigentes nacionales han reconocido este problema y han buscado un lema o una auténtica ideología que integre o supere estas otras identidades. Jawaharlal Nehru, por ejemplo, exponía con pasión su visión de una India laica, integradora, donde las minorías (sobre todo los millones de musulmanes que quedaron en el país después de la división) se sintieran seguras; donde la identidad dominante fuese una ciudadanía común, en un país dedicado a forjar una sociedad mejor y más igualitaria para todos. Los dirigentes de Pakistán han bregado con el posible papel del islam como fuerza unificadora; lo mismo han hecho los políticos de Sri Lanka con el budismo. Los observadores occidentales tendían a creer que las identidades «subnacionales» no eran sino una entre varias lealtades primitivas que desaparecerían bajo el impacto de la «modernización». Ahora, sin embargo, queda claro que muchas de estas lealtades no son ni tradicionales ni estáticas, sino más bien dinámicas y que con frecuencia se alimentan de nuevas oportunidades económicas y educativas, en particular donde estas oportunidades no son accesibles para todos por igual.

Varios ejemplos indican el poder destructivo de estas lealtades y la urgente necesidad de tratarlas con sensibilidad política, si es que no se pretende que desgarren a los Estados de Asia meridional. En India, la expresión política de las identidades arraigadas en la religión, el idioma y la cultura local consiste en exigir Estados lingüísticos dentro de la Unión India; su objetivo es conseguir el reconocimiento político y cultural de estas identidades, y asegurar el empleo, mediante el uso del idioma local, para los hombres y mujeres de la re-

gión. Aunque Nehru consideraba que estos movimientos dividirían a la nación, aceptó que se redistribuyeran las fronteras según esquemas lingüísticos una década después de la independencia. La diversidad religiosa de India ha resultado más difícil de tratar y varias minorías religiosas continúan preocupadas por su condición y su futuro en tanto que ciudadanos en pie de igualdad. Durante una década el terrorismo y la represión oficial han convulsionado la crucial provincia fronteriza del Punjab, donde algunos sijs han exigido una situación especial, ya que no la independencia. Los musulmanes indios, que forman el mayor grupo de musulmanes del mundo aparte de los musulmanes indonesios, se han ido empobreciendo y han perdido representación en toda clase de servicios gubernamentales. Mientras el Congreso Nacional Indio fue el principal partido político del Parlamento, los musulmanes obtenían cierta seguridad al apoyarlo; pero en los años noventa el Congreso ha perdido esta mayoría y ha resurgido el movimiento que quiere reactivar el hinduismo, opuesto al mosaico laico del Estado indio. Desde 1947, los musulmanes han sufrido violentos ataques en diferentes períodos, pero una ola de violencia siguió al incendio de una mezquita en Ayodyah, provocada por unos hindúes, en diciembre de 1992, y hasta en la ciudad tradicionalmente cosmopolita de Bombay los musulmanes han recibido amenazas. En Pakistán, los principales problemas de identidad nacional se deben a la fuerza del regionalismo provincial y a la reacción por parte de los que no son naturales del Punjab contra el predominio de los que sí lo son en el ejército y en el funcionariado. Esta circunstancia subyacía en la resistencia de los bengalíes a ser incorporados a Pakistán en 1971. Las lealtades regionales se han vuelto aún más complejas por la articulación de una nueva identidad, la de los representantes de la comunidad de habla urdú, hijos de emigrados y refugiados en Pakistán después de la división, que ahora se sienten excluidos de los beneficios de la nación en la que sus padres decidieron residir. En Sri Lanka, aunque mucho más pequeño, también existe una profunda división entre tamiles y budistas cingaleses, situación que se convirtió en un violento conflicto en los años ochenta y que persiste, transformado en abierta guerra civil en los últimos años del siglo.

Los cambios sociales y económicos dificultan todavía más la resolución de estos problemas de identidad. Los recursos, mal repartidos, no bastan para todos; sin embargo, las personas están aprendiendo a esperar más de las experiencias de su vida, y sobre todo de sus gobiernos.

El principal acontecimiento relativo a la sociedad de Asia meridional ha sido el espectacular aumento de la población desde mediados de siglo —favorecido sobre todo por la capacidad de la medicina moderna para luchar contra enfermedades antes mortales (cólera, malaria, fiebre tifoidea y peste), así como porque las gentes saben más sobre higiene pública y por el control de las hambrunas—. En el pasado reciente, las enfermedades y las hambrunas causaban un número devastador de víctimas, sobre todo entre los más vulnerables: las madres, los bebés y los muy ancianos. Así, más de diecisiete millones de asiáticos del sur murieron de gripe en la pandemia de 1918. La tasa de natalidad ha permanecido bastante constante, pero la tasa de mortalidad ha bajado en picado, en particular la de madres y bebés, por lo que son más los niños que llegan a la madurez y más mujeres sobreviven a los años de partos. En India, en el decenio de 1901-1911, la población aumentó en un 0,6 por ciento anual, pero desde los años cincuenta el porcentaje anual se ha elevado a más del dos por ciento. Esto significa que una población de poco más de trescientos millones en el momento de la independencia ha subido a unos novecientos millones en los años noventa. La dimensión de la familia es un problema complejo. En Asia meridional refleja, por una parte, la falta de seguridad social pública, por lo que las familias proporcionan los ingresos y los cuidados, sobre todo de los ancianos, y, por la otra, la falta comparativa de educación femenina. Allí donde las mujeres reciben más escolarización, como en Sri Lanka o en el Estado de Kerala, en India meridional, las mujeres tienden a casarse más tarde y poseen la capacidad y los incentivos necesarios para manejar su propia fertilidad. Sin escolarización para las mujeres y un sistema adecuado de cuidados sanitarios para los niños, bien podrían resultar un desperdicio las enormes sumas que los gobiernos gastan ahora en la planificación familiar. Como resultado de las tendencias populares, el perfil de la so-

ciedad de Asia meridional es ahora mucho más joven que en las sociedades occidentales —en algunos países, el cuarenta por ciento cuenta menos de quince años, comparado con el veinte por ciento en Gran Bretaña—. Esto significa que una ciudadanía más exigente ejerce una enorme presión sobre todos los recursos, desde el agua hasta los alimentos, pasando por la tierra, la vivienda, los empleos, la educación y los cuidados médicos.

Los Estados de la zona reconocieron que la educación sería un factor crucial para su desarrollo político y económico, así como para la calidad de vida de sus ciudadanos. Resolvieron proporcionar educación general gratuita en lugar de la educación elitista que, en tiempos del gobierno colonial, sólo disfrutaban quienes podían pagarla. Desde la independencia, la capacidad de leer y escribir ha aumentado de forma muy ostensible en la región. En 1951, en India, un veintinueve por ciento de los hombres, y en Pakistán, un veintiún por ciento, sabían leer y escribir. En treinta años el porcentaje se había elevado al cuarenta y siete por ciento en India y al treinta por ciento en Pakistán (este último, el más bajo de la región). En Sri Lanka había ascendido ya a más del noventa por ciento: este logro reflejaba el compromiso político existente aun antes de la independencia y la posterior capacidad de controlar el crecimiento de la población. En la mayoría de las zonas rurales los que saben leer y escribir son muchos menos que en las zonas urbanas. En Pakistán la diferencia entre zona urbana y zona rural es de casi un treinta por ciento, y de más del treinta y tres por ciento en India, mientras que en Sri Lanka es de menos del diez por ciento. Es más, las mujeres han accedido en menor número que los hombres a la educación. Hacia finales del siglo, el nivel más bajo entre las mujeres, como grupo, era el seis por ciento de Bangladesh, y el mayor, del ochenta y uno por ciento de Sri Lanka. No obstante, casi el noventa y siete por ciento de todas las mujeres en las zonas rurales de Bangladesh son analfabetas, lo mismo que el ochenta y siete por ciento de las mujeres en las zonas rurales de India. Así, pese a las nuevas prioridades y al mayor gasto en educación, quedan en el subcontinente millones de personas analfabetas, con todas las implicaciones que esto conlleva en cuanto a las barreras elevadas contra una mejora de la posición social y el aumento de la mano de obra capacitada. El retraso educativo de las mujeres li-

mita profundamente el dinamismo social y económico. En ciertas zonas, como Sri Lanka y Kerala, se ve lo que puede ocurrir cuando a las mujeres se les otorgan nuevas libertades y capacidades mediante la educación escolar.

La creación de nuevas comunidades políticas nacionales requería asimismo una importante transformación económica, para sacar a los asiáticos del sur de la pobreza profunda y mejorar su nivel de vida por encima de la mera subsistencia, y permitir así a los gobiernos recaudar los impuestos necesarios para ello. Con el fin de conseguir un crecimiento económico sostenido, los dirigentes asiáticos estaban resueltos a escapar de la trampa que suponía ser productores y proveedores de materias primas para un mercado internacional imprevisible. Todos han intentado alentar la industrialización y han comprendido (aunque a menudo con un considerable retraso) que, con el fin de alimentarse y generar suficientes ingresos rurales capaces de crear un mercado de bienes industriales, así como dinero suficiente para las inversiones continuadas, se precisaba una transformación agrícola mediante las nuevas tecnologías que permiten el uso más intensivo de la tierra. A resultas de esta transformación, los países de Asia meridional cuentan ahora con economías más activas y diversificadas, vinculadas a todo el mundo mediante pautas comerciales más variadas y la recepción de considerables sumas en ayuda exterior. (A lo largo de los años, India ha sido receptora de la mayor cantidad, aunque la economía de Bangladesh es la que más depende de esta ayuda.) Además, la región tampoco ha sufrido problemas económicos de la dimensión de algunos de los países africanos y latinoamericanos. Sin embargo, el desarrollo económico ha sido lento y muy desigual en toda la zona. La de Bangladesh es la economía más pobre, por su situación geográfica, su clima, su demografía y la naturaleza de su gobierno. India, Pakistán y Sri Lanka, por su parte, han conseguido incrementar la producción de alimentos y logran alimentar a su creciente población. India y Pakistán han alcanzado una tasa de crecimiento económico baja pero sostenida. Sin embargo, en cada país existe una gran disparidad entre regiones y entre grupos sociales. Con el uso de semillas nuevas, fertilizantes, irrigación copiosa y la inversión de las ganancias en la mecanización, la Revolución Verde de los años setenta —para el trigo y, en menor medida, el arroz—, sólo ha benefi-

ciado a ciertas zonas del subcontinente, sobre todo el Punjab y los Estados meridionales de India, Āndhra Pradesh y Tamil Nadu. Bihār, en cambio, continúa siendo una zona paupérrima, apenas tocada por el dinamismo agrario. En sus inicios, el desarrollo industrial en India se dio únicamente en ciertos lugares y proporcionó nueva riqueza y empleos a varias ciudades y sus regiones circundantes, como Calcuta y Bombay. El consumo de energía se ha ido igualando en los distintos Estados de India, una señal de que la industria moderna se extiende. Con todo, la economía de ciertos Estados, como el Punjab, Mahārāshtra o Tamil Nadu avanza claramente, en contraste con otras zonas.

A algunos asiáticos del sur les ha beneficiado mucho el desarrollo económico: el próspero campesino que produce para un vasto mercado interior y ya puede construir su casa con ladrillos y comodidades modernas, labrar su tierra con maquinaria compleja y enviar a su hijo a la universidad; el empresario moderno; los expertos en tecnología, que encabezan la revolución informática del subcontinente. Sin embargo, otros poseen poco que los diferencie de sus padres y abuelos; es precaria su existencia de peones sin tierra, o de sirvientes en las ciudades que apenas si logran encontrar dónde vivir en una barriada. En India crece el número de peones sin tierra y de campesinos marginados, y casi la mitad de la población vive en la más absoluta pobreza, sufre malnutrición y mala salud. Las hambrunas y la gripe ya no matan a millones de personas, pero la gente muere en la miseria, como descubren cada noche en las calles de Calcuta las hermanitas de la difunta madre Teresa. Algunas comparaciones nos dan una perspectiva de la situación de Asia meridional. Con el fin de entender de qué manera el cambio económico afecta de verdad a las personas y qué significa para ellas, los observadores del cambio mundial utilizan un índice para el nivel de vida, en lugar de medir ingresos o el PNB; a mediados de los años ochenta, Gran Bretaña puntuaba un 97. En Asia, la cifra más elevada era la de Hong Kong: 95, y la de los principales países de Asia meridional, como sigue: Sri Lanka, 87; India, 55; Pakistán y Bangladesh, ambos 43.

Los cambios económicos y las nuevas oportunidades educativas, por muy limitados que sean dada la envergadura de la población de Asia meridional, han impulsado procesos de cambio social —y, por

tanto, de las expectativas sociales— más rápidos y más radicales de lo que era posible bajo la hegemonía colonial. En todo caso, es cierto que todavía quedan algunas de las antiguas formaciones y tradiciones sociales que se resisten firmemente al cambio, aun en los lugares en que el Estado ha emprendido una reforma social desde arriba. En India, por ejemplo, subsiste la discriminación contra los intocables, los que están en el nivel más bajo de la jerarquía ritual hindú, pese a la legislación de 1955 que prohíbe su práctica en lugares públicos. A fin de cuentas, sólo el acceso a nuevos recursos, como la escolarización, la tierra o el capital (y todos escasean) puede transformar la situación de los intocables y proporcionarles nuevas oportunidades en la vida. De igual modo, los terratenientes han evadido las leyes que limitan la posesión de la tierra porque poseen los conocimientos y la habilidad que les permiten manipular a su favor a parlamentos locales y tribunales. En Pakistán, el poder de los terratenientes sigue siendo una de las principales fuerzas en la vida rural y se ha extendido hacia la política y el gobierno. La posición de las mujeres ha cambiado poco en toda la región; así, hombres y niños tienen prioridad en cuanto a la escolarización y los cuidados médicos; además, la tecnología moderna también juega a favor de las familias que prefieren abortar los fetos femeninos. (De hecho, preocupa cada vez más el creciente desequilibrio entre los sexos, como resultado de la población femenina «perdida» mediante diferentes tipos de discriminación médica.) La presencia de mujeres con poder en la política de Asia meridional y lo irónico de que los principales Estados de la región hayan tenido primeras ministras en un momento u otro no es un indicador de las oportunidades de las mujeres de a pie. (Las mujeres como Indira Gandhi consiguieron el poder gracias a su privilegiado acceso a la educación y a sus relaciones familiares. Ella estudió en India y en Europa —incluyendo un college de Oxford— y era hija del primer ministro de India.) Sólo las hijas de familias con suficientes recursos pueden acceder a altos niveles de escolarización, tener una profesión que les permita trabajar fuera de casa en un puesto bien remunerado y estar en pie de igualdad con los hombres.

Sin embargo, los cambios en la economía y en el acceso a la escolarización, así como un creciente contacto con el mundo exterior, empiezan a crear nuevos grupos e identidades sociales. La población

urbana es significativamente mayor ahora que a principios del siglo. De los principales Estados de la región en los años ochenta, el porcentaje de población urbana es menor en Bangladesh (15,2 por ciento), seguido por Sri Lanka (21,5 por ciento), India (23,3 por ciento) y Pakistán (28,3 por ciento). No obstante, pese a lo reducido de estos porcentajes, dadas las masas de asiáticos del sur, a finales de este siglo muchos millones de ellos residen en ciudades. Generaciones de asiáticos del sur han nacido y crecido en ciudades como Calcuta, Bombay, Kānpur, Karāchi o Dhākā. En un extremo del espectro están los realmente pobres de la ciudad, que carecen de vivienda digna, de salubridad y de agua, así como de la perspectiva de empleo permanente. Muy por encima de éstos, en cuanto a posición social y económica y a estabilidad, se sitúa una auténtica clase trabajadora, aunque mal organizada y mal protegida comparada con la de Occidente. Más arriba aún están las personas que gozan de una educación universitaria, oportunidades profesionales, empleo en el gobierno, en una empresa moderna o, y esto cada vez más, en el sector terciario. Esta amplia gama de hombres y mujeres urbanos se está convirtiendo en una nueva clase media, un proceso de formación social que se ha acelerado en los años noventa, particularmente en India, como resultado de la liberalización económica y de las empresas privadas. A los miembros urbanos de la nueva clase media se va uniendo un grupo de personas del campo que deben su ascenso social a la Revolución Verde. Éstos son los nuevos consumidores de todo, desde ordenadores y televisores a los bienes y servicios de las tiendas de moda y los salones de belleza al estilo occidental, hasta la educación universitaria en Inglaterra y Estados Unidos para sus hijos. Un observador ha hablado de «revolución burguesa» en India; sus observaciones son certeras, pero pasa por alto a los que apenas si han entrado en el mundo moderno, que no tienen capacidad de consumo, ni de mejorar social y económicamente, y cuya prioridad es la supervivencia.

Los gobernantes coloniales británicos tenían una visión «orientalista» de India; la veían como una tierra encerrada en la tradición, estancada en lo cultural, cuyo pueblo se encontraba atrapado en un orden social y económico del que ni siquiera podían elegir escapar,

dado el poder de la religión. Medio siglo después del fin del *Raj* queda muy claro que Asia meridional es una región culturalmente activa; manifiesta una gran creatividad, resultado de la interacción de fuerzas indígenas e influencias exteriores. Es probable que la región nunca haya estado tan abierta a un mundo cultural más extenso, mediante la escolarización, los viajes y las comunicaciones de masa, incluyendo la prensa, la radio y la televisión. (Gracias a las antenas parabólicas, las noticias del mundo entran en las casas de los indios más prósperos tan pronto como en las de los británicos y los norteamericanos; las cadenas por satélite a menudo proporcionan noticias más verídicas sobre los asuntos asiáticos de las que se obtienen en las cadenas nacionales. Esto constituye una auténtica revolución, pues amplía aún más los horizontes de lo que lo hizo la aparición de la prensa popular en el siglo XIX.)

Esta interacción creativa se manifiesta en una amplia gama de actividades y preocupaciones. Lo más obvio ha sido la considerable occidentalización de la ropa y del estilo de vida entre los ricos y escolarizados. Se nota en los aparatos y electrodomésticos, en la decoración, en el vestir y en la participación en deportes internacionales como el criquet, el hockey y el tenis, que cuentan con fervorosos y apasionados hinchas. (Desde hace varias décadas, India y Pakistán poseen formidables selecciones nacionales de criquet y en 1996 la diminuta Sri Lanka se unió a sus gigantescos vecinos, al ganar la Copa del mundo.) En India también se ha extendido rápidamente un nuevo hecho cultural, el turismo nacional e internacional. Los anuncios en la revista internacional *India Today* muestran cuánto atraen las prendas occidentales, los hoteles de cinco estrellas y las urbanizaciones modernas construidas según normas internacionales. Los consumidores en potencia son tanto los ciudadanos que residen en India como los que no residen en el país, los que viven y trabajan en el extranjero, cuyas inversiones y cuyos gustos influyen mucho en el desarrollo de la economía y la cultura moderna de India. Sin embargo, la occidentalización suele ser selectiva y puede combinarse con pautas de comportamiento tradicionales en ciertos aspectos de la vida. Así, no sorprende ver a un hombre de negocios que se siente tan a gusto poniéndose un traje occidental para el trabajo como un *dhoti* en casa; tampoco es raro ver a una chica que se cambia los tejanos por

un sari para las ocasiones sociales especiales, ni la familia de clase media que elige los ritos hindúes para funerales o bodas.

En el ámbito de la religión, se percibe aún mejor la vitalidad de la cultura asiática. Pese al estilo de vida moderno de muchos asiáticos del sur, no se ha producido la secularización fundamental o duradera en la mente y el corazón que los historiadores han observado en determinadas zonas del mundo occidental. Todas las tradiciones religiosas de Asia meridional han sufrido procesos y movimientos de redefinición, modernización y renacimiento, que se hicieron obvios en el siglo pasado al responder a las influencias occidentales, especialmente las cristianas, así como a los cambios en su entorno. Sri Lanka ha experimentado un renacer budista; en Pakistán el fundamentalismo islámico opuesto a la cultura occidental ha creado la *Jamāat-e-Islami*. En el mundo hindú, la misión Rāmakrishna no es sino un ejemplo de un movimiento que ha hecho que un hinduismo racional, reformado y socialmente responsable atraiga a numerosos adeptos cultos. La interacción religiosa entre Este y Oeste se ha hecho notar también en los numerosos grupos hindúes que han conseguido adeptos en India y en Occidente, al sacar las creencias hindúes de su contexto social indio. De modo más espectacular, la identidad y la pasión religiosas han dotado de un contenido violento a gran parte de la actividad política de Asia meridional, al hacer hincapié en el poder de la religión, sobre todo cuando se utiliza para endurecer las líneas divisorias en un mundo marcado por la escasez y la desigualdad.

La creatividad ha florecido en toda una serie de actividades artísticas y literarias a medida que se desarrollan los medios de comunicación. En todo Asia meridional se ha producido una explosión literaria, alimentada por la impresión más barata y una alfabetización más generalizada. Publicaciones en inglés y en los idiomas vernáculos —renovados muchos de ellos por un renacer lingüístico— cubren todos los géneros posibles: análisis político y religioso, poesía y novelas, prensa política, revistas femeninas y cuentos para niños. Sólo en India, en el siglo xx, ha habido autores de fama internacional, como Rabindranāth Tagore, educador bengalí, novelista y poeta, o Prem Chand, que escribe en hindi moderno, famoso por sus sensibles descripciones de la vida rural. Los públicos occidentales

conocen mejor a los autores que escriben en inglés, como el irónico ensayista Nirad C. Chaudhuri, R. K. Narayan (autor de los cuentos de Malgudi) y los que retratan la vida de la clase media india, como Ruth Prawer Jhabwala y Anita Desai. También el arte se ha desarrollado y se ha renovado el interés por la pintura y la danza clásicas asiáticas. En el otro extremo del espectro cultural, se nota el surgimiento de una cultura pop local y del cine asiático, con base principal en Bombay. En el subcontinente, el cine sigue siendo una de las formas más populares de entretenimiento de masas; sus estrellas reciben una amplia cobertura mediática y en algunos casos han utilizado su carrera en el cine como trampolín político. La disponibilidad de mayores ingresos significa nuevos patrocinadores y consumidores de las diversas formas de arte, en una dimensión que resultaba inconcebible en la época colonial.

Finalmente, la creatividad y la capacidad de los asiáticos del sur para adaptarse a los cambios importantes son perceptibles en sus grandes migraciones fuera del subcontinente. Desde hacía mucho tiempo eran mercaderes y estudiosos que viajaban, y en el siglo XIX un buen número se había trasladado a Sudáfrica y a las islas del Caribe como trabajadores ligados por contrato. Ya a mediados del siglo XX se produjo un cambio importante en esta pauta migratoria; así, crecieron los asentamientos asiáticos en Occidente, sobre todo en Gran Bretaña y en Norteamérica, como resultado del traslado de trabajadores libres en busca de empleo y de la oportunidad de mejorar su vida y la de sus hijos. Los paquistaníes y los bengalíes de Bangladesh que se han asentado en Gran Bretaña suelen ser obreros no cualificados, mientras que los indios suelen ser profesionales o trabajan por cuenta propia; también los indios que se han trasladado a la vertiente atlántica de Estados Unidos y Canadá son muy cultos y hábiles y su posible aportación a la sociedad les ha facilitado la consecución de visados y permisos de trabajo. En Gran Bretaña, la inmigración asiática se ha reducido de modo espectacular en el último cuarto de siglo y, aun así, hay en Gran Bretaña muchísimos más asiáticos del sur que británicos hubo nunca en India. En 1991, de una población total de casi cincuenta y cinco millones aproximadamente un millón y medio eran asiáticos del sur y el mayor grupo lo constituían indios. Los asiáticos británicos consideran Gran Bretaña su

país, en particular aquellos miembros (en la actualidad, más o menos la mitad) de la comunidad étnica que nacieron allí; Gran Bretaña ha sido el mundo de su infancia y el inglés la lengua en la que estudiaron y se comunican. Los asiáticos del sur se cuentan entre los principales usuarios del sistema de educación pública británica y están formando una clase media étnica; sus tiendas y servicios han cambiado el paisaje, la cultura y el ambiente público y político de muchas ciudades británicas. Se trata de un proceso que requiere una adaptación cultural y política, a medida que los asiáticos desarrollan una nueva identidad británico-asiática y a medida que los británicos blancos aprenden lo que significa no sólo tener vecinos y compañeros de trabajo asiáticos sino también que las tensiones políticas y religiosas de los países de origen se entrometan en la vida británica. Desde su época colonial, Gran Bretaña se ha convertido en una sociedad plural. Al acabar el siglo, los británicos ya no pueden permitirse un punto de vista orientalista de los asiáticos, ni pueden ignorar los acontecimientos en el subcontinente como si no tuvieran nada que ver con su mundo occidental.

# 21. África del Norte y el Próximo Oriente

ROGER OWEN

El empleo del término «Próximo Oriente» para cubrir una ancha franja de países que van desde Egipto hasta Irán se debe a las necesidades estratégicas de la segunda guerra mundial, cuando la región entera la administraban Gran Bretaña, la Francia Libre y Norteamérica como teatro militar único, de operaciones y de suministros. A partir de entonces, se consideró que existía en la región suficiente cohesión para justificar el uso del término, al menos en lo que se refería a los países árabes, pues todos compartían el mismo idioma, la misma historia y, en gran medida, la misma religión. A esto cabe añadir los lazos históricos que vinculaban el mundo árabe a los dos principales países no árabes, pero mayoritariamente musulmanes, de la zona, Turquía e Irán, y el hecho de que en esa franja se fundó en 1948 el Estado de Israel de mayoría judía. Los Estados de África del Norte, desde Libia hasta Marruecos se consideran también como parte del mundo árabe, pues comparten muchas características básicas, entre ellas el islam y el petróleo.

A principios del siglo XX, el Próximo Oriente y África del Norte contaban con una población de entre sesenta y sesenta y cinco millones de habitantes; la mayoría de éstos vivían en tierras controladas por lo que quedaba de tres imperios: el marroquí en el oeste, el turco otomano en el centro y el persa (iraní) en el este. Sin embargo, también se habían visto cada vez más sometidos al control político europeo, ya fuese en función de las esferas de influencia económica

y social establecidas por Gran Bretaña y Francia en los territorios que luego se convertirían en Siria e Iraq, ya por el gobierno más directo impuesto en el curso del siglo anterior por los franceses en Argelia y Túnez y por los británicos en Egipto, el norte de Somalia y Sudán. A esto debemos añadir la división anglo-rusa de Irán en zonas de influencia rivales institucionalizadas en 1907, los protectorados británicos de Kuwayt, Bahrein y varios diminutos territorios gobernados por jeques en el sector árabe del golfo Pérsico, así como el inicio de la colonización italiana en el sur de Somalia, en los años ochenta del siglo XIX, y, luego, en 1911, en la costa libia.

La primera guerra mundial constituyó el primero de varios acontecimientos que establecieron en la región nuevas pautas de control extranjero y la creación del moderno sistema de Estados. Tras la caída del imperio otomano por las presiones militares de los aliados, éstos se dividieron las provincias árabes y crearon mandatos; así, Francia controló Siria y Líbano, y Gran Bretaña controló Iraq, Palestina y Transjordania (posteriormente Jordania); estos mandatos eran administrados más bien como colonias, aunque la Sociedad de Naciones impuso ciertas limitaciones, como por ejemplo la obligación de los británicos de establecer un «hogar nacional judío» en Palestina. Los esfuerzos europeos por reforzar el control político en lo que quedaba del imperio otomano en Anatolia y en Irán chocaron con movimientos anticolonialistas encabezados por dos enérgicos jefes militares: Mustafa Kemal (posteriormente Atatürk) en el nuevo Estado de Turquía (creado en 1923) y Reza Khan (posteriormente Reza Shah), que se hizo con el poder en Teherán en 1921. Luego surgió otro Estado independiente en Egipto como resultado de la decisión británica, en 1922, de ceder el control directo, y lo mismo ocurrió con Arabia Saudí en 1926.

Los dos acontecimientos cruciales siguientes fueron la segunda guerra mundial, seguida pronto por la acumulación de ingresos petroleros en los Estados del golfo Pérsico. En la guerra, aunque la posición anglofrancesa resistió con firmeza a la amenaza militar alemana, tanto la debilidad de la posguerra como la consolidación de la posición norteamericana en la región pusieron en marcha un rápido proceso de independencia, primero en Siria, Líbano y Jordania, en 1945-1946, y después en África del Norte, en las provincias libias de

Italia, en 1951, Túnez en 1954, Sudán y Marruecos en 1956, y una Somalia unida en 1960. Esta transferencia del poder se produjo casi sin violencia, aunque en Palestina, Argelia y lo que se convertiría en Yemen del Sur dio lugar a largos y agrios conflictos bélicos.

Como consecuencia de la revelación del alcance del Holocausto nazi en la segunda guerra mundial y del gran número de judíos «desplazados» al final de la guerra, la presión para la creación de un Estado judío en Palestina fue virtualmente incontenible, sobre todo cuando recibió el decidido apoyo de Estados Unidos. Esto acabó con los esfuerzos, primero británicos y luego internacionales, de hallar el modo de dividir pacíficamente el país entre sus habitantes árabes palestinos y judíos, lo cual conllevó un breve período de luchas entre ambas comunidades, seguido en mayo de 1948 por el ataque militar contra el nuevo Estado de Israel por sus vecinos árabes. El resultado fue el reparto de Palestina entre Israel, Jordania —país al que se dejó el control de las montañas en torno a Jerusalén, o sea, lo que se conoce ahora como Cisjordania— y Egipto, que ocupó la estrecha franja de Gaza. Las victorias militares de Israel causarían, además, la huida de casi setecientos cincuenta mil palestinos, la mayoría de ellos a campamentos establecidos precipitadamente en Siria, Líbano, Gaza, Cisjordania y Jordania. Allí permanecieron, pues Israel decidió readmitir únicamente a un reducido número de estos desplazados y los demás no estaban dispuestos a ser absorbidos por las sociedades árabes del entorno o no conseguían hacerlo.

En Argelia, la lucha se trató más bien de una insurrección anticolonial en la que se enfrentaron las fuerzas del Front de Libération Nationale (Frente de Liberación Nacional, FLN) a la poderosa presencia militar francesa. Este mismo talante también se advierte en el hecho de que Francia acertó a ganar la guerra en el frente militar sólo para perderla en el frente político cuando el presidente De Gaulle decidió que suponía excesiva tensión para la sociedad francesa. Lo que hizo de ésta una lucha especialmente intensa fue que en Argelia existía una nutrida comunidad francesa, la mayor parte de cuyos miembros decidió marcharse, con renuencia, en 1962. Causó, además, una profunda división en la sociedad argelina, división que continuó latente en los años sesenta, y setenta —período en que la élite del FLN se dedicó a la construcción del Estado— y volvió a salir a la

superficie cuando la vida política inició una apertura a finales de los años ochenta.

La retirada de las tropas británicas de su colonia en Adén y de los protectorados de alrededor fue también sangrienta; acabó en 1967, cuando el National Liberation Front (NLF) se hizo con el poder y estableció uno de los regímenes de inspiración marxista del Oriente Próximo y cambió su nombre por el de República Democrática de Yemen.

El impacto de los ingresos del petróleo se advierte en un segundo proceso de independencia y construcción estatal en el golfo Pérsico. Empezando con los al-Sabbāh, en Kuwayt, las familias reinantes llegaron a la conclusión de que la mejor manera de asegurar su posición y el bienestar de sus pueblos consistía en usar los ingresos del petróleo para crear infraestructuras y prestaciones sociales modernas. Esto a su vez requería la importación de un buen número de extranjeros que llevaran a cabo el trabajo necesario. El miedo a que estos extranjeros se apoderaran de los intereses petroleros suscitó una división en las sociedades del Golfo entre, por una parte, las personas con ciudadanía local, a quienes se otorgó el control casi monopolístico de la industria, el comercio y de los activos fijos, y por la otra, los residentes permanentes que sólo iban a prestar los servicios requeridos. Luego, a medida que los Estados del Golfo se fueron desarrollando, se independizaron de la tutela y del control británicos, empezando por Kuwayt en 1961, seguido en 1971 por Bahrein y los Emiratos Árabes Unidos (Abū Dābi, Dubay y otros cinco), cuando Gran Bretaña retiró sus fuerzas armadas de la región.

Una vez establecidos en las décadas posteriores a la segunda guerra mundial, los regímenes recién independizados se encontraron con una región que, si bien compartía muchas características del resto del mundo no europeo, poseía ciertos rasgos propios. Tres de ellos eran de primordial importancia. En primer lugar, los estrechos lazos que vinculaban a los Estados árabes de la región, un factor que creó fuerzas contradictorias que, a su vez, provocaban en igual medida unión y desunión. Para empezar, los esfuerzos árabes se centraron en la utilización de los mecanismos institucionales de la Liga de

Estados Árabes (Liga Árabe, fundada en 1945) para promover planes de cooperación mutua. Sin embargo, esto se veía dificultado por el creciente poder y la influencia del Egipto de Gamal Abdul Nasser, que, aunque supuso un gran impulso para el nacionalismo árabe, causó mucha preocupación entre los jefes de regímenes más débiles como los de Líbano y Arabia Saudí, que se sentían amenazados por él. El éxito indiscutible del movimiento fue la breve experiencia de unión entre Egipto y Siria, de 1958 a 1961, aunque los intentos en este sentido de otros Estados fueron aún más efímeros y dieron paso a un ambiente en que los regímenes sólo están dispuestos a tomar en consideración los planes de cooperación que dejaran intactos su soberanía y su control.

El segundo factor era la continua hostilidad entre Israel y sus vecinos árabes; esta hostilidad no sólo fue responsable de las importantes guerras de 1956, 1967 y 1973 sino que, al ser un obstáculo insuperable para la diplomacia árabe, provocaba tanta desunión como unión entre los diversos países y, por lo tanto, un apoyo irregular de éstos a los palestinos; uno de los momentos culminantes de este apoyo fue el visto bueno a la formación de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) en 1964.

El último factor, el decisivo, fue el rápido incremento de la riqueza que el petróleo proporcionaba a los Estados del Golfo y a Libia, sobre todo después del considerable aumento de los precios en 1971-1974. Parte de esta riqueza se extendió a otros países árabes de la región mediante una combinación de ayuda directa y del dinero enviado a casa por unos cuatro millones de egipcios, jordanos, libaneses, palestinos, yemeníes y otros que encontraron trabajo allí a principios de los años ochenta.

Una consecuencia de estos tres factores fue que en el Próximo Oriente tuvo un impacto especialmente fuerte la rivalidad, producto de la guerra fría, entre Estados Unidos y la Unión Soviética en su lucha por el poder y la influencia en el mundo no europeo. Estados Unidos apoyaba a Turquía y a Irán frente a una posible amenaza soviética, así como a Israel, Marruecos y el importante Estado petrolero de Arabia Saudí. La Unión Soviética respondió con su propio apoyo económico y militar, primero a Egipto, en 1955, y luego a Siria, Iraq, Libia y Yemen del Sur. Así se creó una situación que a corto plazo

beneficiaba a aquellos Estados que, como Egipto, podían hacer frente a los dos grandes rivales. Sin embargo, a largo plazo, fomentó la carrera armamentista en el Próximo Oriente de modo que el gasto militar absorbía un porcentaje creciente de los recursos locales y profundizaba significativamente la tensión entre Israel y sus vecinos árabes, un factor vital que contribuyó al estallido de la guerra de junio de 1967.

En este contexto los regímenes recién independizados del Próximo Oriente iniciaron el proceso de construcción nacional que compartían con casi todo el mundo no europeo. Un proceso iniciado en los años veinte, cuando Atatürk intentó crear una nación turca homogénea tras la muerte o expulsión de la gran mayoría de los griegos y armenios residentes en Anatolia durante y después de la primera guerra mundial, proceso que ahora llamaríamos de «limpieza étnica». Irán inició el proceso en la misma época; Rīda sha utilizó su ejército para formar un Estado fuertemente centralizado por primera vez en la historia del país. Además, ambos gobernantes empezaron a utilizar la recién creada maquinaria estatal para poner en marcha proyectos de desarrollo económico nacional, un proceso que ganó ímpetu en los años treinta en respuesta a la caída de los precios de exportación y a la forzosa disminución de su comercio internacional como resultado de la Gran Depresión financiera de 1929. Dicha crisis fue también la causante de que Rīda sha desafiara el monopolio de la Compañía Petrolera Anglo-Persa en 1932, enfrentamiento que le supuso un pequeño incremento en el impuesto por los derechos de explotación, que subió del dieciséis al veinte por ciento de las ganancias totales.

Los pocos Estados árabes nominalmente independientes —Arabia Saudí, Yemen del Norte e Iraq una vez concluyó el mandato británico en 1931— carecían de libertad y de recursos que les permitieran seguir el mismo camino en el período de entreguerras. En 1945, sin embargo, la promesa de mayores ingresos por petróleo, así como la retirada progresiva de las potencias coloniales, parecía ofrecer una perspectiva más esperanzadora para el proceso de construcción nacional. No obstante, la derrota que les infligieran los israelíes en

1948-1949 minó en gran parte los primeros pasos hacia la creación de nuevas instituciones nacionales, como también lo hizo el que los políticos no supieran afrontar los graves problemas políticos, económicos y sociales. El resultado fue una serie de golpes militares: en 1949 en Siria; en 1952 en Egipto; en 1958 en Sudán e Iraq; en 1962 en Yemen del Norte, y en 1969 en Libia y Somalia. Estos golpes iniciaron el proceso de sustitución de gobiernos dominados por terratenientes o jefes tribales por poderosos regímenes autoritarios que aplicaron medidas populistas de rápido crecimiento económico y social, generalmente en nombre de lo que se ha llamado «el socialismo árabe».

Incluso aquellos regímenes en que las familias reinantes conservaron el poder —Marruecos, Jordania, Arabia Saudí y los Estados del Golfo— adoptaron también estrategias de desarrollo guiado por el Estado y de poca tolerancia hacia la oposición. Lo mismo ocurrió en el caso de Túnez y Argelia, donde los grupos que vencieron en la lucha por la independencia se atrincheraron en el poder de lo que eran virtualmente Estados unipartidistas. En estas circunstancias, el sistema de Parlamento y política de partidos se limitaba a Estados como Líbano —en donde era un factor esencial para el equilibrio de los intereses de una población compuesta mayoritariamente de comunidades cristiana y musulmana—, o Marruecos, Jordania y Kuwayt —cuyos monarcas utilizaban de modo intermitente una forma de democracia limitada como agregado de su propio poder.

A Turquía, Israel e Irán —por un breve período durante y después de la segunda guerra mundial— les tocaba asimismo intentar institucionalizar un sistema de política de partidos. En Turquía este proceso se inició con la derrota decisiva del Partido Popular Republicano de Atatürk en unas elecciones sumamente reñidas celebradas en 1950 y su consiguiente sustitución por el Partido Demócrata. Sin embargo, no fue un camino llano, y en 1960 las alegaciones de que los demócratas pretendían instaurar su propio sistema unipartidista provocó tres intervenciones militares, que interrumpieron la vida democrática turca a intervalos regulares hasta 1980. Como era de esperar, los oficiales que lideraron los golpes culpaban a los políticos civiles de las frecuentes crisis. Sin embargo, también se las puede achacar a la dificultad que suponía intentar conservar un sistema de democracia representativa en un país que vivía un proceso de transformación eco-

nómica y social, como se veía en la exitosa industrialización y la migración masiva de la población rural a las ciudades.

En Israel, la práctica de la política de partidos empezó en Palestina, ya antes de que Israel se convirtiese en Estado, y resistió los enormes problemas de la primera etapa de independencia teniendo en cuenta que la población casi se duplicó en los primeros cuatro años como resultado de la inmigración de judíos de Europa y del Próximo Oriente. Gran parte del éxito de esta primera etapa debe atribuirse al partido Mapai (luego socialista), con David Ben Gurión al frente; este partido no sólo encabezaba la coalición gubernamental que conservó el poder hasta 1977 sino que ayudó a crear un consenso entre los israelíes en cuanto a las prioridades del nuevo Estado, entre ellas la administración de una economía mixta y un compromiso con los partidos religiosos ortodoxos sobre la educación y la posición social, y, en lo referente a la región, una política de respuesta inmediata a los ataques árabes y a la infiltración armada. La reducida población árabe palestina que se había negado a huir ocupaba una posición difícil en estos nuevos acuerdos, pues aunque tenía derecho al voto se le prohibía servir en las fuerzas armadas y estuvo sujeta a un severo control hasta 1965.

Por fin, en Irán, una combinación de caprichosa política de partidos, repetidas interferencias extranjeras y creciente autoritarismo del nuevo sha, Muhammad Reza —que utilizó el control del ejército para reforzar su poder—, dio al traste con la fugaz esperanza de que la democracia reviviera después de que los aliados decidieran deponer a Rīda sha, en 1941. De todos los obstáculos a este proceso el más importante fue el que opuso un grupo de políticos, encabezados por Muhammad Musaddaq, que utilizó el creciente resentimiento del pueblo por la posición privilegiada de la Compañía Petrolera Británica (a la que en 1935 pusieron el nombre de Anglo Iraní [AIOC]). Musaddaq, nombrado primer ministro, obtuvo apoyo suficiente en el Parlamento para, en 1950, nacionalizar los activos iraníes de la empresa, a lo que siguieron unas largas negociaciones. Pero un golpe contra él, apoyado por Estados Unidos, puso un fin prematuro a estas negociaciones; así, el sha pudo establecer una dictadura virtual, gracias a los ingresos cada vez mayores del petróleo, una vez que se llegó al acuerdo de sustituir la AIOC por un consorcio internacional.

En los años sesenta parecía bastante asentado el sistema de Estados en el Próximo Oriente. En toda la región había gobiernos fuertes, firmemente atrincherados o camino de estarlo. No obstante, el sistema sufrió una serie de sacudidas que presentaron un grave reto al orden establecido y alentaron a varias fuerzas opositoras a manifestarse. La primera sacudida fue la de la guerra de los Seis Días, en 1967, entre árabes e israelíes, que no sólo supuso la asombrosa derrota de Egipto, Jordania y Siria, sino que significó la pérdida de una considerable extensión de tierra árabe, incluyendo la península egipcia del Sinaí, y Cisjordania, controlada por Jordania. A Egipto y Siria les fue mejor en la segunda ronda bélica, en 1973; sin embargo, el prestigio y la autoridad que les daba su política de nacionalismo y socialismo árabes se vieron gravemente minados; no tardaron, por ello, en sufrir las presiones de dos fuentes distintas: los partidarios de medidas económicas más abiertas y liberales, por un lado, y de las fuerzas religiosas por el otro.

La guerra de 1967 tuvo también un profundo impacto en Israel y en los palestinos. En Israel, la naturaleza de la gran victoria militar, combinada con la conquista de Cisjordania, que muchos israelíes consideraban el corazón del territorio judío, suscitó un fervor religioso que expresaron varios grupos resueltos a establecer asentamientos a toda prisa en la zona. Contribuyó también a socavar el consenso inspirado por los laboristas y abrió el camino para que la oposición conservadora del Likud ganara las elecciones de 1977.

La completa derrota árabe provocó asimismo un nuevo estado de ánimo entre los palestinos; un gran número se adhirió a la organización recién creada por Yāsir Arafāt, al-Fatah, dedicada a la lucha armada contra Israel. Esto permitió a Arafat y a su grupo hacerse en 1969 con las principales instituciones de la OLP e iniciar el largo proceso de crear una nueva élite palestina capaz de guiar el movimiento nacional hacia su meta, la de establecer un Estado en cualquier parte liberada de Palestina. Sin embargo, los primeros intentos de organizar ataques contra Israel, primero desde Jordania y luego desde Líbano, resultaron ineficaces y tuvieron por efecto secundario un violento enfrentamiento de la OLP con el ejército jordano y, más tarde, con las milicias libanesas, mayoritariamente cristianas; éstas veían la OLP como una amenaza a su posición y a la soberanía de su

país. Posteriormente, a medida que disminuía su capacidad de infligir daños militares importantes, los palestinos en el interior, en los territorios ocupados por Israel, empezaron a desempeñar un papel mucho más importante, que culminó, en diciembre de 1987, con el inicio de la Intifada, un movimiento de resistencia colectiva prácticamente desarmada.

La segunda sacudida que padeció el sistema de Estados del Próximo Oriente fue el incremento en espiral del precio del petróleo después de la guerra del Yom Kippur en 1973. Este aumento tuvo efectos contradictorios. Algunos Estados como Irán, Iraq y Argelia, grandes exportadores, emplearon los ingresos para impulsar ambiciosos programas de desarrollo económico y social. También lo hicieron otros Estados menos poblados, o sea, Libia, Arabia Saudí y los emiratos del Golfo, aunque se centraron menos en la industrialización y dependieron más de la mano de obra extranjera. En cuanto a los Estados con poco petróleo o sin él, el impacto fue más variado. Mientras que los regímenes árabes como Egipto, Siria y Jordania podían contar con su cuota de la nueva riqueza gracias a la ayuda exterior y a los giros de sus ciudadanos que trabajaban en el extranjero, a Israel y Turquía les resultaba muy difícil pagar el petróleo que importaban. Éste fue uno de los factores que los obligó a iniciar un largo y doloroso proceso de racionalización económica.

Las tensiones que causaron estos acontecimientos provocaron varios estallidos de graves disturbios internos. Uno de éstos fue la guerra civil libanesa, que duró desde 1975 a 1990, alimentada por repetidas intervenciones extranjeras, sobre todo de Siria e Israel. Otro fue la creciente violencia de facciones en Turquía, a la que sólo la tercera intervención militar, en 1980, pudo poner fin. Pero el más espectacular fue sin duda el derrocamiento del sha de Irán como resultado de un largo proceso de desobediencia civil que acabó por encontrar a su líder en el *ayatollah* Jomeini. Éste, un guía espiritual chiíta, inspiró un inflexible empuje hacia la toma del poder. En cuanto obligaron al sha a salir del país, en enero de 1979, los revolucionarios se dedicaron a crear un Estado islámico moderno cada vez más teocrático.

Los dramáticos acontecimientos en Irán repercutieron en todo el Próximo Oriente. Los radicales religiosos de todas partes se enva-

lentonaron y trataron de imitar el movimiento que había acertado a derrocar a un dictador tan poderoso; aparte del espectacular asesinato, en 1981, del presidente de Egipto, Sadat, durante un desfile militar, representaron una seria amenaza militar para los regímenes de Arabia Saudí y Siria. Entretanto, la influencia de la revolución iraní alimentó la militancia chiíta, que se manifestó con la creación de nuevas milicias y movimientos en Líbano; igualmente provocó una fuerte respuesta del nuevo presidente iraquí, Saddam Hussein, cuyas fuerzas invadieron Irán en setiembre de 1980. Saddam Hussein estaba resuelto a derrocar el régimen revolucionario antes de que minara su poder. Esta guerra, que se alargó ocho años y que ninguno de los dos bandos podía ganar, causó aproximadamente un millón de muertos, desconcertó y atemorizó a los monarcas de los pequeños Emiratos Árabes y provocó el regreso al Golfo de un gran número de soldados norteamericanos, por primera vez desde la segunda guerra mundial.

Lo ocurrido en los años ochenta ocasionó dos retos relacionados entre sí. Uno de carácter económico. Gracias a lo que les correspondía de la riqueza producida por el petróleo, algunos Estados árabes, como Egipto, Túnez y Marruecos aplazaron las necesarias reformas económicas. Sin embargo, en cuanto el precio empezó a caer en picado, muchos de ellos se vieron obligados a buscar el apoyo financiero del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional (FMI), a cambio de la promesa de abrir su economía al extranjero, de limitar el control estatal y de fomentar la actividad del sector privado. Turquía siguió el mismo camino, con mayor éxito probablemente en parte porque la intervención militar trajo consigo un gobierno fuerte y razonablemente eficaz, y en parte porque el *boom* del petróleo y la guerra de Irán-Iraq abrieron mayores mercados para las exportaciones turcas. Israel, en cambio, sufrió gravemente por una serie de intentos mal planeados de desregulación económica; los gobiernos de coalición que se sucedieron desde 1981 a 1992 carecían de poder suficiente para resolver los problemas estructurales más arraigados, engendrados por las décadas de control estatal.

El segundo reto lo presentaron las fuerzas religiosas que se hacían oír cada vez más, como las que había detrás del golpe que en 1989 llevó al establecimiento de un régimen islámico en Sudán.

Otros grupos religiosos se apresuraron a presentarse como principal oposición a muchos de los regímenes árabes. Fueron varios los métodos usados para afrontar esta situación. Algunos regímenes, como el sirio y el saudí, se vieron obligados a reprimir desafíos armados a la vez que los gobernantes se afanaban por demostrar que eran buenos musulmanes. Otros intentaron revivir el sistema de partidos y encajar en él a quienes percibían como elementos religiosos más moderados, directamente, como Jordania después de 1989, o indirectamente, como Egipto, Túnez y Marruecos.

El último gran desafío del siglo en la región lo presentó el colapso de la Unión Soviética, combinado con la guerra del Golfo de enero-febrero de 1991, en la que Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y varios aliados árabes acertaron a expulsar a las fuerzas iraquíes que habían ocupado Kuwayt en agosto de 1990. La mayoría de los regímenes se apresuraron a tomar posición a fin de aprovechar la situación. Algunos, como los gobernantes de los Estados del Golfo, se situaron bajo el amparo permanente de Estados Unidos; otros, como Egipto y Siria, trataron de conseguir ventajas económicas, pidiendo cuantiosas sumas de dinero para la protección de los productores de petróleo o, como hizo Egipto, lograr que los agradecidos acreedores extranjeros le perdonaran suficiente deuda para embarcarse en serio en un programa de ajuste estructural de la economía. En cambio, los pocos regímenes que apoyaron a Iraq sufrieron una espectacular pérdida de ayuda exterior; para colmo, Kuwayt expulsó a la mayoría de los trabajadores de estos Estados; la crisis contribuyó a reunificar Yemen del Sur y Yemen del Norte, proceso que se inició en 1990, al tratar ambos de mejorar su debilitada posición política.

La situación era muy distinta, sin embargo, para gran parte de los pueblos árabes. El espectáculo de dos Estados árabes musulmanes luchando entre sí, y el de una intervención armada de tanto alcance provocó una importante respuesta emocional en toda la región y alimentó el resentimiento contra sus gobiernos y su alianza con Occidente. En un esfuerzo por desviar las críticas, a su regreso del exilio la familia al-Sabah de Kuwayt volvió a instaurar el sistema parlamentario y hasta el rey de Arabia Saudí se vio obligado a nombrar,

con renuencia, un consejo asesor. En Egipto y en Túnez, la intensificación de la lucha islámica armada borró la división que los regímenes habían intentado provocar entre religiosos moderados y extremistas y colocó a los gobiernos en la difícil posición de la impresión de hacer la guerra a la religión en sí.

En Argelia se vio un ejemplo aún más espectacular de la capacidad de los militantes islámicos de atraer a numerosos partidarios. La decisión del presidente Chadli de dejar que el principal grupo religioso, el Frente Islámico de Salvación (FIS) participara en las elecciones de 1991, hizo que el ejército interviniera cuando el FIS parecía estar ganando la mayoría; esta intervención despertó la violenta respuesta de los extremistas armados contra las fuerzas de seguridad y contra los elementos más laicos de la sociedad argelina.

Un último resultado de la situación producida por la guerra del Golfo fue que los dos principales pueblos sin Estado, los palestinos y los kurdos, intensificaran su exigencia de incluirse en el sistema existente de Estados. En el caso de los palestinos, hubo un significativo avance cuando el gobierno norteamericano trató de resolver definitivamente la disputa palestino-israelí y convenció a ambas partes de que asistieran a una conferencia celebrada en Madrid, en octubre-noviembre de 1991. Hubo más progresos cuando los laboristas israelíes sustituyeron al Likud en las elecciones de junio de 1992. El resultado fue el inicio de una serie de largas negociaciones que culminaron con los Acuerdos de Oslo, seguidos por el acuerdo de 1992 entre israelíes y palestinos, que dio por resultado el establecimiento de la Autoridad Nacional Palestina en Gaza y en parte de Cisjordania.

Los kurdos, que presionaban para que se les reconocieran los derechos nacionales en Turquía e Iraq, no tuvieron tanta suerte. La consecuencia fue una intensificación de la lucha armada de unos guerrilleros conocidos como PKK (Partido de los Trabajadores Kurdos) contra las fuerzas de seguridad turcas en las montañas del este de Turquía. En el vecino Iraq, los kurdos mantenían una incómoda coexistencia con el régimen de Saddam Hussein, amparados por los aliados, pero divididos entre sí y sujetos a la creciente presión de Turquía, Irán y los dirigentes del PKK.

Las reacciones a la guerra del Golfo ilustran gráficamente algunos de los rasgos básicos del Próximo Oriente a finales del siglo xx.

Por un lado, el hecho de que casi todos los pueblos y gobiernos de la zona participaran en la lucha, directa o indirectamente, daba fe de la existencia continuada de los lazos de la religión, el sentimiento y la proximidad, factores cohesivos desde siempre. Por otro lado, la guerra reveló también las fisuras y las divisiones que sugerían que se estaban reforzando los importantes procesos que suscitaban una fragmentación siempre en aumento. Éstos incluían los diversos intentos por crear asociaciones subregionales viables, como el Consejo de Cooperación del Golfo, la Unión Magrebí del Norte de África y un mercado común o unión aduanera que uniría a Israel, los palestinos y los jordanos con algunos de sus vecinos árabes. No obstante, consideraciones de orden político interno obstaculizaban estos intentos; así, los Estados del Golfo competían entre sí por la protección norteamericana; los de África del Norte, como Túnez y Marruecos, buscaron acuerdos económicos bilaterales con la Unión Europea (UE), amparados por la Zona Euro-Mediterránea de Libre Comercio, cuya creación se propuso en Barcelona, en noviembre de 1995.

Otra tendencia fue que los conflictos entre Estados se vieron sustituidos por conflictos internos que enfrentaban los gobiernos a varios tipos de oposición, religiosa, liberal o separatista. En algunos casos, la consecuencia fue la destrucción del mismísimo gobierno central, como ocurrió en Somalia después de 1991, o la pérdida de control de amplias secciones del territorio nacional, como sucedió en Sudán. Para mantenerse en el poder, otros regímenes tuvieron que dedicar grandes esfuerzos a la seguridad, con lo que dejaban poco espacio para la reforma política, a diferencia de la económica.

La desaparición del consenso en torno a los proyectos de construcción nacional de los padres fundadores, que fueron Atatürk, Nasser o Ben Gurión, o de las élites fundadoras como el FLN de Argelia o los miembros militares del partido sirio Ba'at aumentó la complejidad de las distintas situaciones internas. Con estos proyectos mejoró el bienestar social y progresó la economía, pero las élites fundadoras y sus sucesores vieron aumentar su incapacidad de combinar el creciente progreso económico con la creación de instituciones que promovieran formas más eficaces de alentar la responsabilidad y la participación popular. El resultado fue un vacío; en algunos casos lo llenaron fuerzas religiosas, y en otros unas ideologías y unos

intereses discordantes, en los que los colectivos de mujeres, las minorías y las asociaciones comunitarias, entre otros, competían por la atención y el apoyo del pueblo. Algunos hablaban el idioma de la sociedad civil, otros hablaban de derechos humanos, y otros más, de la necesaria autenticidad y la renovación cultural frente a una triunfante occidentalización.

Los primeros nacionalistas del Próximo Oriente consideraban que la independencia ofrecía la posibilidad de un renacer nacional aunado a la de competir, de igual a igual, en un mundo de naciones-Estado. No obstante, como ocurría en otras partes del mundo, el resultado fue algo más complejo. Sin duda, la gran mayoría de los cuatrocientos millones de habitantes que pueblan ahora la zona están mejor educados y tienen una vida más larga que los de principios de siglo. En los Estados árabes, por ejemplo, la tasa de mortalidad infantil se redujo en un cincuenta por ciento entre 1965 y 1991, y las niñas y los niños nacidos en 1990 tenían una esperanza de vida tres años mayor que la de sus padres. Por contra, los Estados donde residen se han construido sobre la base de la expulsión o la inclusión forzosa de varias minorías. Las guerras, locales o impuestas desde el extranjero, han aumentado la penuria y han provocado importantes desajustes económicos y nuevas oleadas de refugiados. Sólo los regímenes autoritarios han logrado mediante el uso de la tortura y el miedo mantener el consenso nacional.

Son pocas las familias del Próximo Oriente que no se hayan visto afectadas por los acontecimientos del siglo xx. Para la mayoría siguen sin cumplirse muchas de las promesas que acompañaron a la independencia, ya de dignidad, ya de desarrollo, libertad o justicia. Como suele suceder, es la voz independiente de los novelistas y los poetas más que la de los historiadores la que atestigua este aspecto de la vida en el siglo xx y el dolor y las desilusiones que tan a menudo la han acompañado. Quienes buscan información a este respecto la encontrarán, sin duda, en las novelas de escritores como el egipcio Naguib Mahfouz y Yusuf Idris, el iraquí Abdel-Rahman Munif, los israelíes A. B. Yehoshua y Amos Oz, y el turco Yasha Kamal. Pero nadie da un visión tan clara como los célebres poetas que escriben en

árabe, Abd al-Wahhab al-Bayyati, Mahmoud Darwish y Muhammad al-Maghut, cuyo poema «Un árabe que viaje en una nave espacial» parece decirlo todo.

*¡Científicos y técnicos!*
*Dadme un billete para el espacio*
*Me ha mandado mi triste país*
*En nombre de sus viudas, sus hijos y sus ancianos*
*A preguntar el precio de un billete gratis al cielo*
*No llevo dinero en las manos... sino lágrimas.*

*¿No hay lugar para mí?*
*Ponedme en la parte trasera de la nave*
*Afuera, encima*
*Soy un campesino, y estoy acostumbrado a todo esto*
*No ofenderé ni a una sola nube*
*Lo único que deseo es llegar a Dios*
*Del modo más rápido posible*
*Para poner un látigo en Su mano*
*¡Y que con él nos impulse a la rebelión!*[1]

1. Traducción libre de la traducción al inglés hecha por May Jayyusi y John Heath Stubbs, publicada por Salma Khadra Jayyusi, *Modern Arabic Poetry: An Anthology* (Nueva York, Columbia University Press, 1987).

# 22. El África negra

TERENCE RANGER

Sería imposible relatar de modo completo y acertado la historia del África negra en el siglo xx. África es mucho más extensa que Europa; mucho más variados sus ecosistemas (comprende desde desierto a bosque tropical); antes de la era colonial se dividía en docenas de centros de poder y, después de ella, en más de cincuenta territorios. En sí, la época colonial daba una falsa impresión de simplicidad. Podía hablarse del África portuguesa, francesa, alemana y británica, de la «administración indirecta» británica, a diferencia de la «administración directa» francesa, o del militarismo alemán y de la asimilación portuguesa. Estas generalizaciones, sin embargo, apenas ocultaban una enorme variedad. En el «África británica», Sudán se gobernaba de modo muy distinto a Kenya; en el «África francesa», Senegal ofrecía un contraste absoluto con Gabón. Cuando el colonialismo cedió el paso a los Estados independientes africanos, la diversidad irrumpía de modo insistente, desmintiendo afirmaciones positivas como la «personalidad africana», y negativas como el «despotismo africano». Dado el modo escandaloso con que los medios de comunicación europeos y norteamericanos simplifican hoy en día la realidad africana, la primera tarea de un historiador consiste en establecer diferenciaciones y señalar su complejidad.

Es cierto, por supuesto, que ha existido un proceso de simplificación en el siglo xx, a medida que el África negra se ha ido integrando en la economía mundial, a medida que un mayor número, hasta millones de africanos, se han afiliado a las religiones mundiales, el islam y el cristianismo, a medida que han surgido Estados con or-

ganismos definidos como burocracias, presidencias y ministerios de Asuntos Exteriores. El nacionalismo territorial africano, criticado tanto por los enemigos como por los partidarios de la emancipación africana, ha creado nuevas unidades administrativas, clientelismo y lealtad. Estos procesos han sido definidos a menudo como «modernizadores», un tema implícito en gran parte de este libro, tema al que volveré con frecuencia para explicar las complejidades del África negra en el siglo xx. Lo haré en un contexto relacionado más o menos con la historia moderna de gran parte del subcontinente, aunque probablemente no encaje del todo en la realidad individual de ninguno de sus territorios.

Cuando nació el siglo xx, el África negra estaba perfectamente dividida en el mapa entre territorios coloniales. No obstante, apenas una parte era administrada realmente por sus supuestos gobernantes. La conquista de África fue un proceso largo y puede decirse que se completó en los años veinte, cuando por fin se quebró lo que se ha descrito como la «tradición» viva y flexible de las culturas y los sistemas políticos del África ecuatorial, sustituida por la burocracia colonial y una «costumbre» tribal inventada. En muchas zonas del África negra las violentas batallas y guerras que provocó la invasión europea a finales del siglo xix —Ombdurman, las guerras francesas contra Samory Turé, las guerras de los zulúes, la guerra contra los matabelés en 1893, etc.— dieron paso en el siglo xx a la conquista a destajo de una aldea tras otra. Este proceso lo alteraron las rebeliones africanas contra el nuevo orden colonial: la revuelta de Menelamba en Madagascar en 1896 y las de los ndebeles y de los shonas, ese mismo año; la rebelión de los maji-maji en 1905 en el África oriental alemana; las de Herero y Nama en el África sudoccidental alemana en 1904-1907; la de Bambatha en Zululandia, en 1905, y muchísimas más.

La conquista colonial estuvo acompañada de dos importantes procesos interrelacionados, uno ecológico y el otro ideológico. En casi todas partes trajo simultáneamente epidemias de enfermedades humanas y animales, grandes pérdidas de población, así como la propagación de misiones cristianas e islámicas. Claro que ambas religio-

nes existían desde hacía siglos en la costa oriental de África y habían interactuado con los Estados del interior del África occidental; el cristianismo era una fe en el norte de África, había florecido en Nubia y Etiopía y el primer movimiento misionero de los siglos XVI y XVII tenía carácter católico romano. En el siglo XIX, la segunda oleada de misiones europeas y norteamericanas —protestantes— había establecido su presencia en el interior de África antes que la ocupación formal. Pese a esto, la verdadera propagación de ambas fes se inició a finales del siglo XIX. En la misma época, las «tradicionales» religiones africanas sufrieron un cambio espectacular, debido más a las enfermedades, las sequías y la percepción de ideas y culturas ajenas que a la resistencia al cristianismo, al islam y al colonialismo.

Estos cambios se notan en las diversas formas de enfocar la modernización y son más claros en el caso del cristianismo misionero, que respondía al lema de David Livingstone, o sea «cristianismo, comercio y civilización». Antes de la imposición del dominio colonial, se dieron alianzas modernizadoras entre misioneros blancos y negros y las élites africanas. En el Estado de Merina, del Madagascar del siglo XIX, los aristócratas aprovecharon el modelo congregacionista de la Sociedad Misionera de Londres para construir un Estado «cristiano» centralizado, con un sistema de educación nacional y cuyas congregaciones tenían por función recabar impuestos y reclutar soldados y mano de obra esclava. En el Estado de Bamangwato de la Bechuanalandia (ahora Botswana) de finales del siglo XIX, Khama el Grande llevó a cabo una revolución al estilo de los Tudor, es decir que limitó los poderes de la aristocracia, creó una Iglesia protestante estatal y reafirmó el control real sobre una economía «liberalizada». El biógrafo de Khama se ha referido sin ironía a «su ética personal, puritana y capitalista». En la costa del África Occidental, los intelectuales cristianos se inspiraron en el ejemplo modernizador pero tradicionalista de Japón; como dijera J. M. Sarbah, el historiador intelectual de Costa de Oro, al hablar de la Confederación Fanti de 1871, Japón había «demostrado que es posible conservar el traje nacional y sobresalir en sabiduría y conocimientos».

Otros intelectuales de la costa occidental se inspiraron en el islam, que consideraban más africano y, por lo tanto, más capaz que el cristianismo de favorecer una modernización realmente africana. De

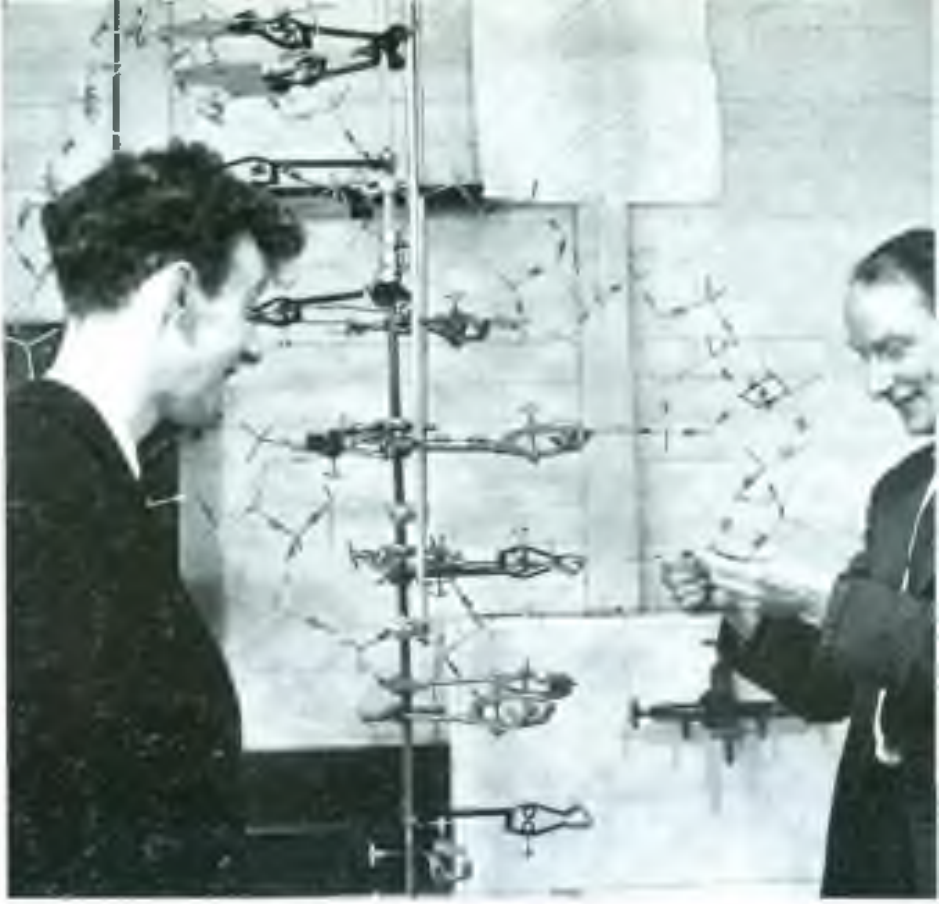
hecho, en el África Oriental, donde más se extendió el islam a finales del siglo XIX y principios del XX, las hermandades sufíes representaban un modo alternativo de responder al cambio social y económico. Los misioneros cristianos propugnaban la emancipación de los esclavos, pero condonaban la explotación de la mano de obra «libre». Los maestros sufíes juntaron antiguos esclavos y mujeres en una nueva comunidad y proclamaron la pureza y la superioridad de los pobres y los oprimidos. Hasta las transformaciones en las religiones africanas pueden verse como modernizadoras, con la emergencia de profetas y el sistemático cambio conceptual en torno a ejes como la ecología, el tiempo, la comunidad, así como las definiciones del mal.

Estas ideas y evoluciones no tenían que ver necesariamente con el dominio europeo. En todo caso, la invasión colonial suplantó a la modernización autónoma. A muchos misioneros —molestos por ser explotados por jefes y aristócratas en las sociedades donde encontraban eco, o resentidos porque los excluían—, les alegró la conquista colonial. Ciertamente era posible que los misioneros alemanes en el África suroccidental creyeran que el dominio imperial germano constituía el mejor modo de civilizar a los africanos.

Estos misioneros se sintieron profundamente escandalizados por la brutalidad y la incautación de tierras, que provocaron las rebeliones de Herero y Nama, así como por el genocidio virtual que siguió a estas revueltas. Se trataba, desde luego, de un caso excepcional, pero desde un principio el colonialismo como método para modernizar África fue realmente imperfecto; en la práctica, distorsionaba y se basaba en una ideología nada entusiasta. Ninguna de las potencias coloniales invirtió mucho en África. Los portugueses tuvieron que dar en concesión grandes regiones de sus territorios coloniales a empresas privadas; los británicos invirtieron mucho más capital en la infraestructura y la manufactura de América Latina que en sus propias colonias africanas. Las economías coloniales, que fueran extractoras, agrícolas o minerales, ya eran explotadoras y dependían de la mano de obra de esclavos o de inmigrantes mal pagados. Las raíces, no tanto del desarrollo como del subdesarrollo, pueden trazarse hasta esta primera etapa colonial. Pero la situación empeoraría aún más.

Por lo general, la compleja incursión y conquista colonial se llevó a cabo sin guerras entre intereses europeos. Pero hubo dos im-

Demagogos y dictadores. *Arriba*: en Rufino, Santa Fe, el presidente argentino, general Juan Domingo Perón, y su esposa, Eva («Evita»), aclamados por sus partidarios, entre ellos los sindicatos con cuyo fiel apoyo populista contaban. En China, Mao Zedong (*abajo, a la izquierda*), anunció la formación de la República Popular el 1 de octubre de 1949, con lo que los comunistas, que luchaban por este momento desde principios de los años veinte, se apuntaron un extraordinario triunfo. *Abajo, a la derecha*: Fidel Castro, dirigente revolucionario cubano y jefe de Estado desde 1959, hace gala del trato populista que dispensa al pueblo.



James Watson y Francis Crick demuestran la estructura del ADN (ácido desoxirribonucleico), que transporta la información genética a las células.

Yuri Gagarin en la cabina de su nave espacial, Vostok, el 12 de abril de 1961, justo antes de convertirse en la primera persona que iba a dar vueltas alrededor de la Tierra en el espacio.

Fuentes de agua en Carolina del Norte en 1950. Hasta finales de los años sesenta, la segregación racial en Estados Unidos afectaba a prácticamente todos los aspectos de la vida cotidiana en el sur del país. *Abajo:* en agosto de 1963, el reverendo Martin Luther King, el más elocuente paladín de la justicia racial, pronunció un discurso histórico ante una enorme manifestación a favor de los derechos civiles, en Washington, D. C.

La crisis del canal de Suez, en 1956, minó hondamente la autoconfianza de los imperialistas. Gran Bretaña y Francia se vieron obligados a retirarse frente a la hostilidad internacional y al nacionalismo egipcio. *Arriba*: tropas británicas en Port Said. Occidente consideraba que Bélgica había establecido una «colonia ejemplar» en el África central. Desde el punto de vista africano, sin embargo —expresado (*abajo*) por Ishibumba Kanda-Matulu—, el dominio belga probablemente no pareciera mejor que el de las metrópolis europeas de los países vecinos. El Congo Belga se independizó en 1960 con el nombre de Zaire.

El Gran Salto Adelante de 1958-1959 intentó impulsar al pueblo chino a incrementar la producción agrícola e industrial (*arriba*). La colosalmente pésima administración y la hambruna causaron más de veinte millones de muertes. *Abajo*: Nikita Jruschov, jefe del gobierno soviético entre 1953 y 1964 y gran entusiasta del cultivo del trigo, pronuncia una perorata ante un público receptivo en las tierras vírgenes del Kazajstán.

En 1962, cuando Estados Unidos y la URSS se enfrentaron por la instalación de misiles atómicos en Cuba, el mundo parecía al borde de una guerra nuclear. La crisis se resolvió con éxito y se redujeron las tensiones entre las superpotencias. En 1963 se firmó el tratado que prohibía las pruebas nucleares en la atmósfera. En Occidente, un activo movimiento de protesta antinuclear siguió actuando a favor del desarme nuclear.

Louis Armstrong (1901-1971) —«Satchmo»— el más querido de los trompetistas de jazz y uno de los principales pioneros de esta música. *Abajo:* En los años sesenta, los Beatles, el famoso grupo de Liverpool, dominó la música *pop* en Gran Bretaña. Transformó la escena musical y el estilo de vida de los jóvenes y tipificó «los alegres años sesenta». Aquí, sus admiradores se dejan llevar por la «Beatlemanía» delante del palacio de Buckingham.

Henry Moore, *Figura reclinada* (1963-1965). Hacia 1960, Moore volvió a su tema principal, la mujer reclinada, a la que relacionaba estrechamente con el paisaje. Aquí, una figura se traduce en peñascos separados por el mar, íntima experiencia de lo monumental eterno.

Este busto de Karl Marx en Chemnitz contrasta brutalmente con la obra de la lámina anterior. Las esculturas figurativas de tamaño monumental se convirtieron en algo típico del arte público en el Este europeo. Gran parte de estas esculturas fueron derribadas y destruidas públicamente en los meses que siguieron a la caída del Muro de Berlín.

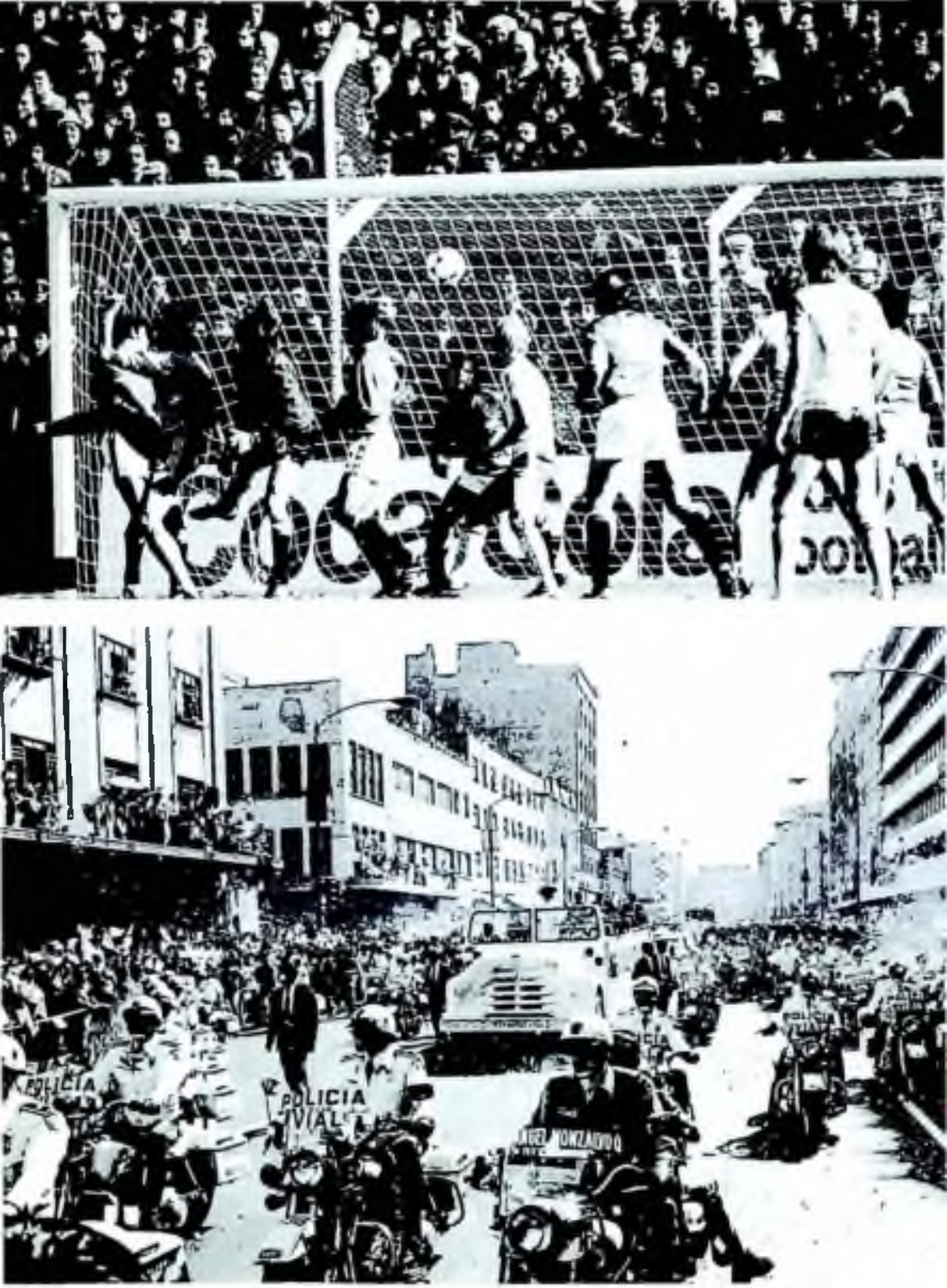
Joseph Beuys, *Nevada* (1965). La escultura de Beuys repetía a menudo sus propias experiencias durante la guerra, en la que estuvo a punto de morir y fue rescatado; las imágenes de frío extremo y de calor salvador que producía las usaba también como símbolos de inmoralidad social y política.

Andy Warhol, *Latas de sopa Campbell* (1962). Al convertir productos comerciales comunes en protagonistas, al parecer sin mediación, Warhol desafió las convenciones y los valores que todavía le quedaban al arte. De hecho, usaba métodos aceptados desde siempre (¿y se mofaba de ellos?), como la claridad neoclásica, imágenes religiosas en forma de díptico, la simetría como señal de importancia y el antiguo deber del arte, el de imitar.

29 de abril de 1975: La evacuación de Saigón, en helicópteros del personal norteamericano y de los vietnamitas leales fue el último acto de abdicación del apoyo a la República de Vietnam. *Abajo*: restos humanos descubiertos en Toul Sleng, el centro de interrogatorios y torturas de los jemeres rojos en la capital camboyana, Phnom Penh, después de que Vietnam ocupara el país en enero de 1979.

Terrorismo y terrorismo de Estado. *A la derecha*: El aeropuerto de Tel Aviv después de un ataque terrorista en 1972, en el que murieron veintiséis personas. El terrorismo —secuestros de aviones, atentados con bombas y disparos al azar— se convirtió en un fenómeno político internacional en los años setenta. *Abajo, a la izquierda*: 1979, un cartel revolucionario en Irán, que, al mostrar la victoria de Jomeini sobre el malvado sha, pretende provocar el miedo en el corazón de los tiranos de otros Estados islámicos. *Abajo, a la derecha*: caricatura iraquí en la que figura el joven Saddam Hussein, a quien interrogan por su participación en el intento de asesinar al presidente Qasim, en 1959.

El punto de vista del pueblo. En China un cartel se mofa de la Banda de los Cuatro, dirigentes de la terriblemente destructiva Revolución Cultural de 1966-1976. Jian Qing, la esposa de Mao, figura con una corona, símbolo de sus ambiciones imperiales en el campo cultural. *Abajo:* en Uganda, unos partidarios de Idi Amin exhiben su lealtad. El régimen corrupto y opresor de Amin fue derrocado en 1979.




*Arriba*: Entretenimiento para las masas, nacionalismo y consumismo (véase el anuncio de Coca-Cola) se combinaron en la Copa del Mundo de 1978, campeonato celebrado en Argentina, cuyo equipo ganó la Copa, para deleite y ventaja del régimen militar de la época. *Abajo*: Enormes multitudes aclaman al papa Juan Pablo II en las calles de la ciudad de México, en 1979. Pese a la urbanización masiva y la «modernización», América Latina no deja de ser el último bastión de la Iglesia católica; sin embargo, el Vaticano se enfrenta al desafío lanzado por el protestantismo evangélico y las divisiones en su propio seno entre la izquierda y la derecha.

Filas de ordenadores en la Bolsa de Hong Kong, en 1987. Si bien parecen estar distanciados de la vida de la mayoría de las personas, al desplazar fondos en busca de ganancias los inversores pueden ejercer un efecto devastador en los mercados monetarios, provocando inseguridad y desempleo.

En países donde el Estado proporciona sanidad pública o donde los individuos pueden permitirse la atención médica privada, se utilizan técnicas médicas cada vez más avanzadas, como la cirugía con ayuda de ordenador. En otros lugares, sin acceso a agua limpia, sin programas de inmunización y sin antibióticos, la tasa de mortalidad infantil sigue siendo elevada.

En noviembre de 1989 cayó el Muro de Berlín. A la libertad de movimiento entre el Este y el Oeste siguió la reunificación de las dos Alemanias. *Abajo:* El Paso, Texas, uno de los principales puntos de paso de los inmigrantes, tanto legales como ilegales, en la controvertida frontera entre Estados Unidos y México, de unos 3 200 kilómetros de largo. Gracias al libre comercio promovido por la NAFTA las mercancías la cruzan libremente, pero no así las personas.

portantes excepciones —guerras entre europeos que afectaron profundamente a las poblaciones africanas donde se libraban—. La primera fue la guerra sudafricana de los bóers, de 1899-1902, que enfrentó a los británicos imperiales y sudafricanos por un lado, y a los afrikáners por el otro. La segunda fue la primera guerra mundial, de 1914-1918, que llevó al África Oriental Alemana y a los territorios circundantes cuatro años de terrible violencia, graves alteraciones y muchísimas muertes.

En la campaña del África Oriental Alemana, los africanos sirvieron como soldados y cargadores, y hubo entre ellos numerosas víctimas; también fueron espías, pues las fuerzas alemanas e imperiales se perdían en los breñales y necesitaban desesperadamente información; fueron como perros ladradores, aprovechando la oportunidad de espantar a los europeos que se batían en retirada, y fueron como corderos que padecieron las represalias de los europeos que regresaban.

La campaña de África Oriental afectó a la mayor parte del África negra. Allí se desplegaron tropas de Costa de Oro, del Congo belga, de Rodhesia del Sur y de Sudáfrica, así como cargadores de Kenya, Nyasalandia, Rodhesia del Norte y Mozambique. Fue el clímax de la violencia europea. El reclutamiento forzado de cargadores provocó varias revueltas, que iban desde la dignificada protesta y rebelión utópica del frustrado modernizador John Chilembwe en Nyasalandia, en 1915, hasta la unión de jefes y brujos en la de Makombe, en el Mozambique central, en 1917. Además, hizo mucho por desacreditar las primeras esperanzas de las misiones en cuanto a la capacidad imperial de llevar a cabo una misión civilizadora. «La guerra ha enseñado a los nativos —escribía un misionero alemán— a mirar al hombre blanco desde un punto de vista desde el que nunca lo había visto. El nativo ha visto su odio, su hipocresía, su brutalidad, su deshonestidad y su inmoralidad. A menudo podría decir, y con razón, que "los negros son mejores hombres".»

Fue una terrible ironía que la experiencia que más vinculara el África negra a la historia del mundo fuese la epidemia de gripe de fines de 1918, que asoló con igual salvajismo los campos de prisioneros de guerra, los centros de desmovilización, las urbes y los comple-

jos mineros. En pocas semanas la gripe mató a entre el dos y el cinco por ciento de la población de todas las colonias de África.

Después de la primera guerra mundial, las potencias victoriosas se repartieron el «protectorado» de las colonias alemanas, pero les faltaba energía para fingir que las modernizaban. A la guerra siguió una serie de crisis económicas que obligaron a las metrópolis a recortar al máximo los gastos; las sociedades misioneras se vieron igualmente forzadas a cerrar escuelas e iglesias. En los años treinta, los precios de las materias primas disminuyeron en más de un sesenta por ciento; los mercados se desmoronaron y el empleo cayó en picado. En las colonias donde se establecían colonos europeos, éstos adoptaron medidas terriblemente discriminatorias a fin de subvencionar a los granjeros y rancheros blancos a expensas de los negros. Por toda África estallaron disturbios contra los impuestos, revueltas rurales, y los productores de cereales, algodón y productos de fácil venta boicotearon los mercados.

Las potencias coloniales respondieron con introversión y conservadurismo; abandonaron sus antiguas y optimistas esperanzas de obrar un cambio modernizador. En las colonias con colonos blancos se pasó «de la civilización a la segregación». En el mejor de los casos, pensaban los blancos, los africanos podían «tener una civilización distinta de la nuestra». En el resto del África británica, los blancos recurrieron a la alianza con las autoridades «tradicionales», truco que dignificaron con el nombre de «gobierno indirecto». Apelaron a la mística de la monarquía imperial. Los administradores coloniales se comportaban —y es lo que se esperaba de ellos— con paternalismo autocrático. Aunque las colonias se administraban en aras de los intereses del capital, ahora algo mermado, de la metrópoli y de los colonos, los administradores tuvieron que ejercer de árbitros entre estos intereses y los del campesinado africano. En África, los administradores de más alto rango debían actuar más como caballeros de lo que era posible ya hacerlo en Gran Bretaña.

Los africanos se relacionaban con ellos según los familiares papeles aristocráticos subordinados: sirvientes, soldados de infantería, campesinos honrados. Con el tiempo, a los administradores acabaron por desagradarles los modernizadores indígenas: clérigos y maestros educados en las misiones; jefes que aspiraban a transformar su

sociedad en lugar de limitarse a desempeñar el papel que les asignaba el sistema de gobierno indirecto británico, y aristócratas que deseaban poner en marcha una reforma constitucional. Todos ellos glorificaron —y en gran medida inventaron— la «tradición» africana y definieron a los africanos como «tribales» en lugar de ciudadanos. Las demandas de los africanos cristianos con afán modernizador para que se tuvieran en cuenta las connotaciones progresistas de la monarquía imperial caían cada vez más a menudo en saco roto.

Con diversos matices, esta pauta se repitió en el resto del África colonial. Se ha dicho que los etnógrafos belgas «proporcionaron los cimientos de una sociedad espuria, jerarquizada, patriarcal, para el Congo»; según los franceses, los nativos eran «familias, agrupadas en aldeas».

No obstante, pese a este conservadurismo autoimpuesto, en el período entre las dos guerras mundiales se produjeron cambios en el África colonial. La apertura de las minas de cobre en Katanga y en Rhodesia del Norte atrajo a una nutrida mano de obra y creó nuevos centros urbanos. Los administradores coloniales hacían todo lo posible por evitar que estos mineros africanos se «destribalizaran», pasando por alto la larga historia de urbanización previa a la colonia; pero no pudieron impedir que muchos africanos se trasladaran de un pueblo a otro o de una mina a otra.

Pese al cierre de muchas escuelas, aumentó el número de africanos escolarizados. Sin embargo, para hacerse una idea del mundo moderno, los africanos y las africanas recién alfabetizados contaban con un capital intelectual muy reducido. El que los misioneros fuesen los responsables de la educación de los africanos significaba que, hasta la segunda guerra mundial, los libros que dominaron la imaginación de los africanos fueron los mismos que dominaron en Europa antes del siglo XX, a saber, la Biblia, desde luego, pero también *El viaje del peregrino*, del predicador inglés John Bunyan, y sencillos libros de texto sobre la historia de la Reforma y de las naciones protestantes. En opinión de algunos católicos, incluso éstos resultaban peligrosamente modernizadores. «Como católico y como colono —escribió un hombre blanco de Ruanda en 1925—, no veo el valor de la educación protestante... pasa por alto el carácter especial de nuestras razas primitivas y les entrega alimentos espirituales que revolucionan su pen-

samiento, crean anarquía... y dan pie a un individualismo excesivo.» Los católicos africanos crecieron con una dieta de literatura piadosa del siglo XIX.

La mayoría de los africanos colaboraron de buen grado en incluir en su imaginación la identidad étnica que el lenguaje de los misioneros, el trabajo y la conveniencia administrativa habían inventado. Para muchos de ellos, no obstante, el término «tribu» poseía un potencial más modernizador que conservador. Quienes profundizaban en la imagen étnica eran los que mayor escolarización habían recibido, en lugar de los más «tradicionales». Pero los africanos que se contentaban con funcionar dentro de las limitaciones impuestas por la educación misionera, o que no eran capaces de sustraerse a ellas, también hicieron un uso innovador y a veces revolucionario de la Biblia o de *El viaje del peregrino*. Algunos protointelectuales africanos devoraban entusiasmados los libros proféticos y antiimperialistas de la Watch Tower Bible and Tract Society, establecida en Norteamérica por los testigos de Jehová. Algunos compartían la lectura de publicaciones de la UNIA (Asociación Universal para el Progreso de los Negros) de Garvey y de otros autores negros norteamericanos. Otros experimentaron con innovaciones religiosas, con iglesias independientes apostólicas y etíopes o con movimientos más extensos de renovación y purificación dentro de la religión africana. Una pequeña minoría tenía acceso al mundo fuera de África y aspiraba a una igualdad de oportunidades dentro de las naciones modernas. Es un error suponer que en el período de entreguerras la gran mayoría de los africanos se encontraba atrapada en una habitual y enfermiza parálisis.

El impacto de la segunda guerra mundial de 1939-1945 en el colonialismo y en el África negra fue muy distinto del de la primera. Para empezar, en el África negra se luchó muy poco. En la primera guerra mundial sólo los *tirailleurs* senegaleses sirvieron fuera del subcontinente, mientras que en la segunda miembros de los regimientos africanos y de las brigadas de trabajo sirvieron en África del Norte, en Italia, en la propia Alemania y en la campaña de Birmania. Para reclutarlos se les dijo que era una guerra por la democracia y contra la dictadura racista. Las grandilocuentes declaraciones, como

la Carta del Atlántico, alimentaron las esperanzas de los intelectuales africanos. En toda África afirmaron que el precio de la lealtad africana al imperio sería el desarrollo y la democracia. Así revivió en los africanos el sueño de la modernización.

Revivió asimismo entre los europeos. Resultaba obvio que África salía de la recesión. En lugar de la gran pérdida de vidas de la primera etapa de la colonización que culminó con la primera guerra mundial, en los años cuarenta se inició por primera vez un rápido aumento demográfico. Entre 1920 y finales de los años cuarenta, la población de África en su conjunto aumentó de unos ciento cuarenta y dos a doscientos millones de habitantes. Esto no alarmó a los administradores, pues necesitaban nueva mano de obra africana para la industria y para desarrollar el campo. La guerra se vio acompañada de una demanda creciente de productos agrícolas e industriales. Después de la guerra, no sólo no se produjo la habitual caída de precios de los productos africanos, sino que éstos siguieron subiendo. Los colonos blancos empezaron a creer que la tan esperada edad de oro estaba a su alcance.

También los gobiernos de las metrópolis cifraron sus esperanzas en África. La explotación de las colonias francesas había sido fundamental, tanto para el régimen de Vichy como para el de De Gaulle. Gran Bretaña pretendía recuperar en África las oportunidades que había perdido con la inevitable independencia de India. Hasta los portugueses comenzaron a moverse y a hacer planes para un cultivo más racional y menos coercitivo de cereales y algodón, entre otros. En el Mozambique de los años cuarenta, la escasez de alimentos, la huida de los campesinos y la degradación del entorno habían provocado una crisis en las zonas rurales. Allen Isaacman ha descrito cómo «una nueva política de cultivo de algodón empezó a formularse en cuanto se acabó la segunda guerra mundial... una combinación de ingeniería social, ciencia agrícola y ciencia de la nutrición».

En Europa, la guerra estimuló la planificación y la dirección de la economía por parte del Estado, y esto se extendió a África. Lo que los historiadores han dado en llamar «la segunda invasión colonial» tuvo lugar en casi toda el África Negra. En el África de los colonos blancos, éstos expulsaron a los arrendatarios y a los que ocupaban las tierras ilegalmente, a fin de aprovechar las nuevas oportunidades.

Miles de expertos técnicos invadieron las zonas asignadas a los campesinos negros para la producción de alimentos, de cereales, algodón, etc., resueltos a dar a la tierra un uso más productivo, a insistir en métodos de conservación con uso intensivo de la mano de obra, a dar órdenes sobre cómo llevar a cabo el cultivo intensivo mediante sistemas de riego. Las intervenciones de esta índole ya existían en África occidental antes de la segunda guerra mundial, pero una vez terminada ésta se generalizaron. En sus colonias africanas, los franceses invirtieron fondos públicos en el desarrollo de la infraestructura y en la producción de materias primas. Por primera vez, en 1948, los belgas formularon un plan de desarrollo para el Congo con la intención de «estabilizar» tanto las clases urbanas como las rurales.

El impacto de esta «segunda invasión» lo ilustra muy bien un caso, el del soñoliento territorio bajo mandato, Tanganyika, en donde de pronto, en los años cuarenta, se dio toda la gama de intervenciones coloniales. El Estado puso en marcha el desastroso Plan del Cacahuete, según el cual el Estado cultivaría directamente la planta; en el Plan Ganadero de Meru, se expropiaban las tierras para dárselas a los blancos; hubo intervención en la producción africana en el Plan de Desarrollo de Mbulu, el Plan de Desarrollo de Usukuma, el Plan de Rehabilitación de Mlalo, el Plan para el Uso de la Tierra de Uluguru, el plan de inmersión de Iringa, entre muchos otros. La terminología resulta elocuente. El desarrollo había vuelto a los programas y en esta ocasión no se dejó en manos de inversores privados ni de misioneros filántropos sino directamente en las del Estado modernizador.

Estas nuevas medidas coloniales precisaban más capital del que Europa había invertido nunca en África, así como «hombres nuevos», tanto blancos como negros. Los conservadores a la vieja usanza de la administración colonial fueron sustituidos por hombres que podían trabajar con equipos de expertos intervencionistas y coordinarlos. La autoridad «habitual» de los jefes perdió relevancia frente al celo emprendedor de los granjeros y los empresarios. En la provincia nororiental de Rhodesia del Norte, el gobierno alentó a los negros —incluyendo a los soldados que regresaban— a convertirse en granjeros y asentarse sobre todo en las afueras de las aldeas. Hasta en el África occidental, donde ya hacía tiempo que existían oportunida-

des para los «hombres nuevos», se ofrecieron incentivos especiales en los años de la posguerra.

Muchos africanos estaban dispuestos a participar en este impulso de modernización. Aun en los años de entreguerras, muchos de ellos habían conseguido una escolarización funcional, se habían esforzado por conservar la «opción campesina» y se habían asentado, con sus familias, en las ciudades. Estos modernizadores en potencia no constituían precisamente una minoría que luchara contra la apatía o la resistencia de las masas; podían recurrir con provecho a la habitual flexibilidad de las instituciones e ideas de antes de la colonización. Así, la cultura urbana africana del siglo xx se basaba en las formas asociativas del África rural; los pioneros africanos cristianos combinaron la capacidad de leer y escribir con el dominio de la poderosa oratoria y del lenguaje en general. Los que en épocas precoloniales habrían sido los «grandes hombres» eran ahora expertos granjeros y empresarios. Maestros, evangelistas y empresarios africanos debatían con los jefes y ancianos acerca del sentido de los términos «tribu» y «tradición».

Así, había en toda África personas deseosas de aprovechar las oportunidades de desarrollo. En un principio, en el nordeste de Rhodesia del Norte, el joven Kenneth Kaunda y otros antiguos maestros y oficinistas trataron de aprovechar los planes de desarrollo rural aplicados por el gobierno. La Asociación de Jóvenes Granjeros de Chinsali, de la que Kaunda era tesorero, pretendía «dar un ejemplo práctico para nuestros compañeros africanos... aplicando métodos modernos de cultivo y, por tanto, ayudando a mejorar la zona... [y] colaborar con los funcionarios de desarrollo, siguiendo sus métodos de trabajo y haciendo cuanto podamos para ayudarlos con nuestros consejos en cuanto a cómo abordar a los africanos». En el valle de Limpopo en el sur de Mozambique, hubo personas, algunas de las cuales habían ahorrado sus salarios como trabajadores temporeros en las minas sudafricanas, que invirtieron en tierras aluviales y se convirtieron en *machambeiros* (latifundistas). En el norte de Mozambique, Lázaro Kavandame, que regresó en 1950 de Tanganyika, donde había trabajado como reclutador de mano de obra, empezó con una pequeña tienda y una parcela de plataneros y acabó siendo el presidente de la Sociedad Voluntaria Africana de Algodón y uno de

los africanos más prósperos del territorio. En Tanganyika los productores de algodón más emprendedores, como Daudi Kabeya Murangira, fundaron importantes cooperativas de producción.

Durante un breve período parecía que el África colonial alcanzaría una auténtica prosperidad. La Federación Centroafricana, compuesta por las Rhodesias y Nyasalandia y creada en 1953, se autodenominó «Estados Unidos en potencia». Su ideología oficial, la del «asociacionismo», podría haber sido el lema de numerosos regímenes coloniales que esperaban formar empresarios de confianza con los que aliarse para llevar a cabo el desarrollo y, de ser necesario, una descolonización controlada. Las medidas de «estabilización» en las ciudades y el reparto de tierras en el campo tenían por meta formar trabajadores africanos productivos y campesinos africanos satisfechos.

Pero la prosperidad no llegó. Los intelectuales africanos sentían amargamente la traición a las promesas de democracia y de desarrollo. Allá donde se asentaron en el África negra, los blancos bregaron por frustrar el progreso africano. En Sudáfrica, donde mayor era el crecimiento industrial y urbano, y donde había más modernizadores africanos, más obreros semicualificados y más africanos con escolarización superior a la primaria que en ningún otro lugar del continente, la política del *apartheid*, instituido en 1948, constituía un intento, destinado al fracaso, de encajar a los africanos en las identidades tradicionales reinventadas, así como en las desigualdades modernas. La Federación Centroafricana más parecía un esfuerzo para frustrar el desarrollo africano en Rhodesia del Norte y en Nyasalandia que un proyecto para compartir la prosperidad. Los colonos keniatas blancos obstruyeron los cambios constitucionales y económicos. Tampoco las metrópolis convencían en su papel de impulsoras del desarrollo. Gran Bretaña, que sacó unos ciento cuarenta millones de libras de sus colonias africanas entre 1945 y 1951, utilizó en proyectos locales los excedentes percibidos por las juntas de comercialización estatal en África, aunque invirtió apenas cuarenta millones de libras de fondos británicos.

Los «hombres nuevos» de Mozambique del Norte, Rhodesia del Norte, Tanganyika y otras zonas, no tardaron en sentirse frustrados por las limitaciones impuestas a sus actividades. En gran parte del África colonial perduraban las estructuras y las actitudes de la época del go-

bierno indirecto. Los jefes se oponían al surgimiento de grupos que no pudieran controlar; los administradores blancos temían el auge de una clase media nacionalista y soñaban con planes de agricultura campesina «controlada», con un «comunismo platónico» que permitiera el avance económico sin los males del individualismo. Los que habían sido cooperativistas modernizadores, como Kenneth Kaunda, se unieron a la oposición, y a principios de los años sesenta dirigían campañas de sabotaje rural y de desafío a la política agraria. Una de las típicas ironías coloniales fue que en los años sesenta los administradores adoptaron el «desarrollo» como «probable solución a cualquier acción subversiva» y como eufemismo para el control gubernamental de la economía, a la vez que tildaban a los modernizadores africanos de enemigos del desarrollo. Kavandame y Daudi Kabeya se convirtieron igualmente en importantes agentes de movilización nacionalista.

En cuanto a los obreros y campesinos africanos, pocos frutos sacaron de las actuaciones modernizadoras de la posguerra. Las viviendas en mal estado y la pérdida de valor de los salarios reales provocaron una oleada de huelgas. En el África con colonos blancos, éstos expulsaron a los campesinos de las mejores tierras a fin de aprovechar el *boom*. En las sociedades campesinas africanas, por su parte, las intervenciones respecto a la producción agrícola suscitaron más campañas de sabotaje rural y de desafío a la política agraria. En gran parte del África Oriental y Central se oían quejas generalizadas de que a los blancos les encantaban los caminos de montaña, las presas y las carreteras, pero que nunca se les veía construirlos. «Señor —escribió una persona del campo que protestaba contra el trabajo obligatorio de reparación—, nosotros odiamos todo lo que es obligatorio. Apreciamos con placer toda decisión libre.» El *fuego en los montes* —para citar el título del relato de un movimiento de resistencia en Tanganyika—, se extendió por toda el África campesina.

Le época de posguerra trajo consigo disturbios tan violentos o más que los que se habían producido antes. El más extenso, y el que se reprimió con mayor número de víctimas, fue la insurrección nacionalista de 1947, en Madagascar, cuyos dirigentes evocaban la insurrección de Menelamba de 1896. El más célebre fue el de los Mau-Mau, entre 1952 y 1956. A numerosos observadores, la revuelta malgache y la de los Mau-Mau les parecieron protestas atávicas con-

tra la modernización, aunque de hecho eran guerras civiles entre modernizadores de distinta índole y diferentes definiciones del término «tradición».

En otras zonas se evitaron las guerras civiles y se formaron coaliciones nacionalistas, poco cohesionadas pero eficaces. Los modernizadores africanos habían adquirido intereses de clase que los separaban de la mayoría de los pobres urbanos y rurales, intereses que se harían aún más evidentes después de la derrota o la retirada del colonialismo. Pese a lo que sugiere el mito nacionalista, no existió una unidad automática de todas las clases, encabezadas por los modernizadores. Con todo, hubo suficientes vínculos entre éstos y los negros descontentos en las ciudades y el campo para que pudieran crear movimientos nacionalistas y desafiar el dominio colonial.

En cuanto a las potencias coloniales, Gran Bretaña, Francia y Bélgica acabaron por darse cuenta de que el segundo impulso colonizador había fracasado y se dispusieron a zafarse o a entregar el poder a élites en las que más o menos confiaban. Los portugueses, al carecer de otras bases de riqueza o de importancia nacional, se aferraron a las colonias hasta que les resultó demasiado costoso. Los colonos europeos olvidaron sus embriagadoras ambiciones de los años cuarenta y cincuenta, se centraron exclusivamente en el desarrollo de su propio sector y volvieron a la combinación que se había aplicado durante el gobierno indirecto, es decir, al apoyo a la «tradición» y la reducción de costos.

La idea de la modernización que tenía el nacionalismo anticolonialista resultaba paradójica. En parte se centraba en la recuperación y la glorificación de los valores y los logros africanos anteriores a la colonización; en parte en un crítica continua de los fracasos de la modernización colonial, a saber, lo limitado de programas e instituciones de educación y salud, las reservas de mano de obra cada vez más paupérrima, así como la flagrante desigualdad de los beneficios atribuidos a los colonos blancos y al capital internacional; en parte también en la resistencia a la transformación rural obligatoria, y en parte en la convicción de que un liderazgo indígena legítimo sabría conseguir una modernización y una transformación a fondo. Prome-

tían que con un gobierno elegido por mayoría se satisfaría la ambición del elevado número de individuos que siempre habían deseado la modernización según sus condiciones y su propia definición.

En algunas partes, la retirada de la potencia colonial se hizo sin muchos tropiezos y pacíficamente. En otras —Angola, Mozambique y las colonias donde se habían asentado los británicos blancos—, se produjo sólo después de duras luchas, con muchas pérdidas humanas y daños. Sudáfrica, una nación poscolonial desde hacía tiempo, siguió una trayectoria diferente, pero a la larga el resultado fue el mismo. Desde Ghana, en 1957, hasta Sudáfrica, en 1993, hubo una secuencia de gobiernos de «mayoría», en su mayor parte establecidos en los años sesenta: Congo, Nigeria, Costa de Marfil, Senegal, Gabón y Guinea, en 1960; Sierra Leona y Tanzania en 1961; Uganda, en 1962, y Kenya, Zambia y Malawi, en 1963. Las colonias portuguesas no obtuvieron la independencia hasta 1974, y Zimbabwe hasta 1980.

Durante este largo período de transición del control colonial al control africano del Estado, los analistas diferenciaban a menudo el «nacionalismo reformista», que llegó al poder como resultado de un compromiso con la metrópoli, y los «movimientos de liberación», cuya victoria en el campo de batalla les permitiría transformar las instituciones sociales, políticas y económicas de la colonia. Desde la perspectiva que ofrece el tiempo, se ha demostrado que todos los regímenes sucesores se han enfrentado a los mismos problemas y a las mismas limitaciones.

Una periodización más realista del África «poscolonial» —una época que se prolongó más de cuarenta años en muchos lugares—, divide las primeras décadas de la independencia, por una parte, y los años recientes de ajuste estructural y la retirada del Estado. En muchos aspectos, esta secuencia evoca la pauta colonial constante de empuje hacia el desarrollo, seguido del hincapié en la «tradición» y la economía. En resumen, el África actual resulta menos de una característica «africana» que de la historia del continente a lo largo de todo el siglo xx.

Durante el primer período se produjo un importante continuismo con respecto a la última etapa colonial, disfrazado con el intento de todos los regímenes poscoloniales de desmarcarse de un enfoque

exclusivamente eurocéntrico de la historia del mundo. Dirigieron su mirada a la Organización para la Unidad Africana, de África del norte; al Movimiento de Países No Alineados de Asia, y a los modelos de socialismo de Estado de Europa del Este y de China. Sin embargo, compartían con el colonialismo de la última etapa la fe en que sólo el Estado podría hacer realidad el desarrollo; y también compartían con él la noción de autoritarismo impuesto desde arriba y el desdén por los modernizadores africanos surgidos del pueblo llano.

La adopción de modelos sociales no hizo sino extremar estas tendencias. Las burocracias de los Estados socialistas se componían de la reducida élite africana que había recibido una educación escolar y que no tardó en separarse, no sólo de las «masas», sino también de los modernizadores democráticos que no eran funcionarios. Para resolver las ambigüedades del nacionalismo, optaron inequívocamente por la modernización frente a la «tradición», y por la modernización por imposición más que mediante participación. Aspiraban a ser distintos de los gobernantes coloniales, pero no en el sentido de ser más sensibles a la dinámica indígena de desarrollo, sino en el sentido de considerarse más «legítimos» y, por lo tanto, serían más fuertes y más eficaces. Los nuevos dirigentes sabían que el colonialismo había retrasado el progreso económico. Su meta consistía en planearlo e impulsarlo.

La Tanzania de Nyerere ofrece un ejemplo de las consecuencias de que, en nombre de la agricultura científica, un Estado coercitivo pase por encima de los conocimientos ecológicos. «La subespecie del modernismo a ultranza que impulsaba a Nyerere y a la TANU (Unión Nacional Africana de Tanganyika) era claramente (sin excluir su "socialismo" y su deslumbramiento con las comunas chinas de la época) de linaje intelectual occidental. La lógica que dominaba las aldeas *ujamaa* (basadas en unidades familiares) era la superioridad de las granjas a gran escala sobre las pequeñas; que cuanto más mecanizada estuviera la empresa, mejor, y que la concentración de la población en ciudades era muy preferible a la dispersión rural.» El resultado «más trágico» de la modernización a ultranza en Tanzania —y en otros Estados africanos— fue producto de una mayor fe en la ideología. Muchos administradores coloniales habían sugerido estas concentraciones de habitantes, pero carecían de voluntad para lle-

varlas a cabo. En la actualidad, aún existe en Tanzania una historia oculta de resistencia campesina a la concentración en aldeas. No obstante, el país ha sido asombrosamente estable, comparado con otros ejemplos de modernismo a ultranza fracasado, como la política del movimiento guerrillero Frelimo mozambiqueño, que dio a Sudáfrica la oportunidad de aprovechar el descontento rural y lanzar a Mozambique a una destructiva guerra civil. En muchos otros países, la creciente brecha entre el centro y los gobiernos locales provocó una política basada en colectivos artificialmente «tradicionales», tribales o étnicos.

El resto del mundo en su mayor parte, llevado por la pereza mental, se contentaba con explicar los fracasos del desarrollo africano y los consiguientes disturbios como resultado inevitable de la tradición atávica. Lo que eran en realidad descontentos característicos de la modernidad —la modernización desvirtuada y disfuncional fruto del colonialismo y de la excesiva confianza en la modernización impuesta por los regímenes sucesores— se veía como guerras étnicas. En Zimbabwe, en los años ochenta, un régimen de mayorías, legitimado por dos tercios de los votantes, pretendió desarrollar las zonas rurales mediante la planificación central burocrática. En el oeste del país, el régimen de Mugabe se topó con la suspicacia de los campesinos, que tenían todo tipo de razones para sentirse escépticos respecto de los planes estatales de modernización y que solían apoyar al partido y al ejército del rival de Mugabe, Joshua Nkomo. El escepticismo, la oposición y hasta la disidencia armada podrían haberse superado, pero los ministros no toleraban tal rechazo de su esfuerzo modernizador. «Adoramos a la mayoría como los cristianos adoran a Jesús» declaró uno de estos ministros. Por lo tanto, la quinta brigada no tardó en atacar a todos los dirigentes locales, ya fueran Ndebele o no. El mundo acabó por considerar los violentos disturbios de Zimbabwe de los años ochenta como otro ejemplo del retorno desde la política moderna a las guerras tribales, aunque el Estado todavía no se había desvanecido, ni había abandonado sus proyectos modernizadores.

No obstante, estas modernizaciones fracasaron, y aquellos Estados poscoloniales se tambalearon y cayeron. Funcionaban en un entorno internacional hostil. Desde la independencia, lo mismo que

antes, África se ha visto sometida a las crisis experimentadas o generadas por Occidente: la guerra fría, el aumento del precio del petróleo, la caída de los precios de las materias primas, el Sida. En los años setenta, el efecto combinado de estas crisis y la falta de interés de las antiguas potencias coloniales en solucionarlas, llevaron al colapso virtual de las relaciones económicas africanas con el mundo industrial. Los precios agrícolas y de minerales cayeron en casi dos tercios; la carga de la deuda creció. El Banco Mundial dejó de suponer —suposición basada en el modernismo a ultranza— que sería muy provechosa una intervención en la tan ineficaz producción agrícola africana, y pidió que la maquinaria del Estado disminuyera.

A todo esto lo acompañó la explosión demográfica. En los cuarenta años transcurridos entre 1950 y la disminución generalizada de la tasa de nacimientos a principios de los años noventa, África experimentó el mayor crecimiento demográfico de su historia. Esta circunstancia, que podría haber dado impulso a la expansión económica, no ha hecho sino provocar tensiones y destrozar las economías que ya habían iniciado un proceso de declive.

Así, nos encontramos en otro período de retirada estatal. Ahora, numerosos países, incluso Mozambique y Zimbabwe, Estados hasta hace muy poco tiempo socialistas intervencionistas, devuelven el poder a los jefes. En Zaire, los intelectuales proclaman el «retorno de los reyes». En Somalia, el Estado parece haber cedido el paso a las luchas facciosas entre jefes de clanes. Hasta en Nigeria, un enorme país amalgamado por un sistema clientelista que equivale al saqueo, las unidades de gobierno local se multiplican constantemente.

Los cínicos sostienen que en África el gobierno por mayoría no ha afectado mucho el subdesarrollo del continente. Hoy día, los africanos tienen la capacidad de hacerse mutuamente la guerra y de propagar sus propias enfermedades, pero existen pocos indicios de una capacidad sostenida para generar la modernización desde dentro. Entretanto, pese a los fracasos del colonialismo en el desarrollo, Occidente no ha perdido la convicción de que sabe mejor cómo modernizar África. En vista de todo esto, numerosos observadores, tanto en el interior de África como en el exterior, han acabado por denunciar a la nación-Estado como la peor de todas las distorsiones impuestas en África por el colonialismo.

Muchas personas creían que el gobierno por mayoría en Sudáfrica constituiría una excepción de la situación antes expuesta. Desde hace tiempo, el Congreso Nacional Africano (CNA), que posee un apoyo popular abrumador, se ha dedicado a redistribuir la modernización mediante la intervención estatal. La fuerza industrial, comercial y financiera de Sudáfrica empequeñece las economías del resto de África. Su nueva Constitución es única por su talante progresista. Nelson Mandela es un estadista de estatura mundial. Para modernizar el África en vías de desarrollo, muchos países europeos esperan poder entregarle «la carga del modernizador». El periódico *Independent* publicó una caricatura en la que el rostro de Mandela llenaba el continente entero. Por otro lado, muchos sudafricanos, tanto blancos como negros, no se consideran parte del continente caótico y empobrecido, sino parte del Primer Mundo.

Sin embargo, Sudáfrica forma parte desde siempre de la historia general del África del siglo xx. La segregación racial inspiró el gobierno indirecto; el *apartheid* fue una forma extrema y reaccionaria de esta misma política. Los problemas a que se enfrenta la nueva Sudáfrica son los mismos, con creces, que afronta el resto de África. El potencial africano se ha desarrollado muy poco; para invertir, el capital mundial exige un Estado no intervencionista y las perspectivas de una importante redistribución aparecen remotas. El empobrecimiento y el legado de «ingobernabilidad» en los municipios suscitan un alto nivel de violencia. Sudáfrica no es un país del Primer Mundo sino un país donde se combina una minoría más privilegiada que en el resto del mundo con una mayoría más desprovista que en casi todo el resto de África. Lejos de poder solucionar los problemas del continente, Sudáfrica va a tener que concentrarse exclusivamente en sus propios problemas.

No obstante, por más razonable que se nos antoje adoptar una actitud de cauteloso pesimismo incluso con respecto a Sudáfrica, podemos arriesgarnos a proponer algunas conclusiones generales optimistas para el continente a finales del siglo xx. África comparte un dilema común, pero éste no afecta por igual a todas sus naciones. Si bien existen zonas de caos, también las hay con gobiernos eficaces o

con una sociedad civil que confía en sí misma. La nación-Estado no puede descartarse. En todas partes, los pensadores africanos se esfuerzan por planificar cómo conseguir que coexista con la sociedad civil y con organismos locales fuertes. Parece seguro que se producirá un nuevo empuje hacia la modernización. Sin embargo, podemos albergar un moderado optimismo, pues, tras décadas de contención, campesinos, obreros y empresarios están encontrando su voz. Los fracasos del colonialismo y del Estado poscolonial en cuanto al desarrollo han dado lugar a un cambio más modesto, gradual y prometedor. Hay razones para suponer que el África del siglo xxi no se limitará simplemente a revivir de modo aún más extremado las calamidades del xx.

# 23. América Latina

ALAN KNIGHT

Al final del siglo XIX, América Latina estaba compuesta por diecisiete repúblicas soberanas y dos colonias españolas, Puerto Rico y Cuba; estas últimas se hallaban enzarzadas en una cruenta lucha con su metrópoli imperial, que por su parte estaba en decadencia. En estas repúblicas dos generaciones habían experimentado la independencia política y sólo una escasa minoría de nonagenarios conservaba el recuerdo infantil del dominio español, o, en el caso de Brasil, portugués. Sin embargo, el colonialismo ibérico había dejado un legado duradero. El idioma español y el portugués eran dominantes, si bien una nutrida minoría en el Altiplano andino y en las tierras altas de Centroamérica hablaba lenguas autóctonas; la Iglesia católica conservaba su poder cultural, aunque los gobiernos jacobinos la habían privado de sus extensas haciendas, y los sistemas jurídicos y de posesión de la tierra ibéricos habían favorecido la creación de grandes latifundios privados que sostenían a la clase dominante de latifundistas. No obstante, la América Latina independiente no era una mera extensión de la península Ibérica. Si bien se había aplastado a los indios nómadas del norte mexicano y del sur argentino y chileno, aún sobrevivía un nutrido campesinado indio, acorralado en su espacio, explotado económicamente y denigrado en lo cultural por las en general racistas élites eurófilas. A los indios de México, Guatemala, Perú y Bolivia se los consideraba un bocado indigesto, un obstáculo para el progreso, un síntoma de que la nación era imperfecta.

Aunque fragmentados en su interior, los Estados latinoamericanos eran coherentes en el exterior; solían contar con fronteras por

lo general estables (escaseaban los peligrosos territorios irredentos), y compartían el apego al sistema republicano de gobierno, expresado en constituciones —algunas fugaces y otras asombrosamente duraderas— que fijaban derechos civiles, elecciones regulares, asambleas de representantes y división del poder. Pero desde la independencia el sistema constitucional se había viciado, debido a las luchas entre los que ostentaban el poder y los que aspiraban a él, entre federalistas y conservadores, entre liberales y conservadores, entre jacobinos y clericales. Así, desviándose claramente del estilo de gobierno colonial, América Latina desarrolló su propio estilo de política pretoriana, que tenía el caudillismo como expresión típica, es decir, el hombre montado a caballo que gobernaba mediante el clientelismo, el carisma y las hazañas políticas y militares, a veces en cumplimiento formal de la letra de la Constitución, y a menudo desafiando su espíritu. El caudillo —que sobrevivió en el siglo xx— era una figura proteica, capaz de encarnaciones políticas opuestas: progresista, conservador, elitista, populista, clerical, jacobino. El único denominador común era el alto grado de poder discrecional y la correspondiente dependencia de sus clientelas; con estos atributos políticos sorteaba las normas constitucionales, aunque, según han alegado muchos, hacía concesiones pragmáticas a la realidad, en sociedades en donde las raíces de los gobiernos civiles que se ceñían a las normas eran muy débiles.

Con el fin del colonialismo en América Latina, la clase terrateniente adquirió un predominio social y, con el tiempo, prosperó en lo económico. Los gobiernos republicanos representaban los intereses de los latifundistas; la ley los favorecía y dejaba desamparados a campesinos, indios y peones de haciendas ganaderas. La clase media y los artesanos de las ciudades podían hacerse oír —en batallas por la reforma arancelaria y monetaria—, pero, además de ser poco numerosos, les faltaba la riqueza y la organización necesarias para desafiar los intereses de los latifundistas. El campesinado, que carecía de representación política debido a las restricciones de iure y al poder *de facto* de los terratenientes, recurría a protestas esporádicas, rebeliones o, más a menudo, a una hosca inercia. La supremacía política, sin embargo, no garantizaba el privilegio económico. La mayor parte de la clase terrateniente del subcontinente gobernaba países

pobres e improductivos. Como el Napoleón de H. G. Wells, eran gallitos sobre montones de excrementos y, por tanto, envidiaban o emulaban las costumbres europeas o norteamericanas y lamentaban la degeneración del pueblo llano, de sus inferiores.

No obstante, a finales del siglo XIX y a principios del XX, América Latina se fue integrando progresivamente en el comercio mundial, al experimentar lucrativos —aunque a menudo fluctuantes— auges en la exportación: carne de vaca y cereales en el templado Cono Sur, desde Rio Grande do Sul, en Brasil, hasta la Pampa de la región de Buenos Aires, que impondría el ritmo de la nueva pauta del llamado *desarrollo hacia afuera* del continente; café en Guatemala, Colombia y el centro de Brasil, donde, después de 1888, los plantadores de São Paulo superaron con éxito la abolición definitiva de la esclavitud; guano y después cobre, algodón y azúcar en Perú; nitratos y cobre en Chile; plata y luego estaño, en Bolivia; caucho, fugaz y eufóricamente, en la cuenca del Amazonas; azúcar en la colonia española de Cuba —que pronto sería protectorado de Estados Unidos—; petróleo en México y, luego, en Venezuela. Los inversores extranjeros, que habían desconfiado de América Latina durante décadas, financiaron los ferrocarriles que hicieron posible este amento de la exportación. En 1914, el continente había absorbido un capital de unos diez millones de dólares, más de la mitad británico. El crecimiento impulsado por las exportaciones requería no sólo vías férreas y puertos, sino también una abundante mano de obra. Frente a las oportunidades comerciales sin precedentes, los patronos conseguían obreros como podían y a menudo se quejaban —al igual que sus congéneres coloniales— de la ineficacia de los haraganes indígenas. La presión británica había acabado con la esclavitud, pero las formas de coerción sobre la mano de obra o bien no habían desaparecido, o bien se reanudaron: el endeudamiento constante en la «tienda de raya» de las haciendas para los peones del sur de México, el trabajo obligatorio en Guatemala y los Andes, y una horrible neoesclavitud en el alto Amazonas. Allí donde abundaba la mano de obra, en el centro de México, en el valle central de Chile, los terratenientes podían aprovecharse de un sistema casi feudal de propiedad de la tierra. Donde escaseaba o donde había gran demanda, recurrían a los inmigrantes que llegaban en oleadas al campo y a las ciudades del Cono Sur, entre ellos muchos europeos. La

composición étnica de América Latina, ya compleja de por sí, se enriqueció aún más. En 1914, el sesenta por ciento de la población de Buenos Aires era extranjera (el treinta por ciento, italiana). Los inmigrantes europeos trajeron nuevos oficios y algo de capital; estos trabajadores, atraídos por la promesa de mejores salarios, formaron la base de un mercado interior mayor; trajeron también nuevas palabras, acentos, músicas y gustos culinarios. (Las pastas italianas suponían un complemento a la abundancia de carne de vaca en Buenos Aires, y la ciudad afinó el oído al nuevo argot con raíces italianas, el *lunfardo*.) Sin embargo, los inmigrantes traían igualmente ideas subversivas, como el anarquismo de Malatesta, que arraigó en el movimiento sindical del Cono Sur, recién nacido pero precoz en su militancia. La nueva riqueza que proporcionaba la exportación procedía principalmente de productos agrícolas —o mineros en Bolivia, Perú y México—, aunque también estimuló el crecimiento de las ciudades. En 1914, la población de Buenos Aires ascendía a 1600000 habitantes; la de Río de Janeiro, a 1000000, y las de São Paulo y México, a unos 500000. Las ciudades de provincia también dejaron de ser pueblos atrasados y se convirtieron en activos centros comerciales. Calles pavimentadas, drenaje, luz eléctrica o de gas, y anchas avenidas al estilo de Haussmann embellecían las principales capitales. Con todo, las ciudades, si bien muy lejos de ser las atestadas megalópolis que serían después de 1945, eran también el refugio de un proletariado creciente, apiñado en el centro en insalubres tugurios; su presencia, con todos los peligros que entraña, o sea, el crimen, las enfermedades y los disturbios, alarmaba a la «gente decente» y la inducía a reflexionar sobre la nueva «cuestión social», es decir, el precio imprevisto del progreso económico.

Puesto que la mayor parte de los ingresos del gobierno procedían del comercio exterior, el aumento de las exportaciones incrementaba estos ingresos. Resultaba, así, más fácil equilibrar los presupuestos, crónicamente precarios durante casi todo el siglo XIX; los Estados contaban de pronto con recursos que, al igual que en otros países «tardíos en industrializarse», se podían invertir en infraestructuras (puertos, ferrocarriles) o, en algunos casos, en la intervención económica directa, como ocurrió con el Banco Nacional de Desarrollo de Uruguay o el Plan de Valorización del café de Brasil.

Aunque admiraban la teoría del *laissez-faire*, en la práctica solían rechazarla; en América Latina, el «Estado activo» tenía una larga historia. Si bien no se produjo una correlación sencilla entre economía y política, el empuje económico solía conllevar gobiernos estables, solventes y, cada vez más, civiles. Los afables y zalameros financieros empezaron a suplantar a los malhumorados caudillos del siglo XIX. En algunos países, este desvío del pretorianismo adquirió formas liberales, aunque no necesariamente democráticas; o sea, un decoroso gobierno civil, al amparo de una oligarquía terrateniente cosmopolita, comprometida con el comercio exterior; concesiones limitadas (y con frecuencia fraudulentas); una prensa relativamente libre y un reparto ordenado de ventajas políticas entre la élite. Este sistema fue característico de la República parlamentaria de Chile (1890-1924), de la Argentina oligárquica (1880-1916) y de la vieja República de Brasil (1889-1930), dominada por la alianza *cafe com leite* de los plantadores de São Paulo y los rancheros de Minas Gerais. El gobierno oligárquico, al fomentar el desarrollo y cierta libertad de expresión política, acabó por engendrar su antítesis, que, a la sazón, parecía más radical y desafiante de lo que era en realidad: una especie de reformismo democrático de la pequeña burguesía —no muy distinto del radicalismo francés— que fue creciendo en las principales ciudades, con el apoyo de la clase media y parte de la clase obrera; exigía elecciones libres, prestaciones sociales y empleos de cuello blanco, a la vez que expresaba ciertas críticas nacionalistas al cosmopolitismo de la oligarquía. Este reformismo coloreó el abortado desafío de Balmaceda al gobierno parlamentario chileno, en 1891, y el igualmente infructuoso enfrentamiento de Rui Barbosa con los oligarcas de Brasil, en 1910; pero también impulsó algunos movimientos políticos que tuvieron éxito, como los radicales de Irigoyen, que se hicieron con el poder en Argentina (1916-1922 y 1928-1930) y los colorados de Batlle, que gobernaron por dos veces en Uruguay (1903-1907 y 1911-1915).

Aunque en el Cono Sur la sesgada prosperidad motivada por el aumento de exportaciones tendió a consolidar el gobierno liberal, civil y oligárquico, más al norte el resultado fue diferente. En las repúblicas andinas y en Centroamérica, los minerales eran más importantes que el cultivo de productos agrícolas básicos; había menos demanda

de mano de obra y la oferta de ésta, a menudo indígena, era cuantiosa. La economía política de la minería no generaba ni una migración masiva, ni una rápida urbanización ni un mercado interior incipiente. No obstante, ayudó a consolidar regímenes más duraderos y solventes, si bien menos liberales que los del Cono Sur y con frecuencia abiertamente dictatoriales. Sin embargo, los presidentes autoritarios de Centroamérica y del norte de Sudamérica —Porfirio Díaz en México (1876-1911), Estrada Cabrera en Guatemala (1898-1910), Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez en Venezuela (1899-1935)— no eran caudillos a la antigua usanza, o, si empezaban siéndolo, como en el caso de Díaz y Castro, cambiaron con la época. Fueron más bien dictadores de «orden y progreso», casados con una especie de positivismo comtiano que situaba el desarrollo económico por encima de las sutilezas constitucionales; promovieron el desarrollo de la infraestructura —ferrocarriles, puertos, telégrafos— en aras no sólo del crecimiento económico, sino también de la estabilidad política y de la centralización, y, mientras ofrecían un refugio seguro para las inversiones extranjeras, justificaban la represión draconiana de las protestas populares. El positivismo se convirtió en el leitmotiv y el lema del México de Porfirio Díaz y de su élite tecnócrata, los Científicos. El lema positivista *Ordem e progresso* de la bandera brasileña ondeaba sobre una sociedad continental, en la cual el dinámico sur compuesto de inmigrantes se centraba en São Paulo, siguiendo el modelo del Cono Sur, mientras que el empobrecido nordeste y el interior se asemejaban más a la Sudamérica septentrional. Así, desde los Andes hasta la frontera con Estados Unidos, los gobiernos oligárquicos carecían del barniz civilizado de la élite argentina; el modelo argentino (y el de Estados Unidos) cautivaba las miradas anhelantes de gobiernos que, debido a los salarios y a las condiciones de trabajo imperantes, no conseguían atraer a los inmigrantes europeos; además, los puestos políticos eran más escasos; las ciudades, más reducidas (Caracas y La Paz tenían mucho menos de 100000 habitantes en 1914), y las clases obrera y media urbanas eran más débiles. Los partidos democráticos de clase media eran incapaces de desafiar al gobierno con tanto éxito como lo hacían los radicales argentinos. Fuera de las ciudades, abundaban las protestas: el bandolerismo social y los movimientos mesiánicos florecían en la árida

pobreza del interior brasileño; esporádicas revueltas indias sacudían el Altiplano boliviano y peruano, pero no lograban romper el caparazón del gobierno oligárquico.

La gran excepción fue México, donde el desarrollo oligárquico liberal llegó tarde, con rapidez y furiosa energía. Díaz rescató al país de la inestabilidad endémica, equilibró el presupuesto y estimuló las exportaciones. El viejo círculo vicioso de la insolvencia y la inestabilidad dio paso a un nuevo círculo virtuoso de solvencia y estabilidad, muy ensalzado por los observadores —y beneficiarios— extranjeros. Los derechos políticos, enaltecidos en la Constitución liberal de 1857, se pasaban por alto y las elecciones eran trucadas. Sin embargo, como dice el refrán popular, «si escupes al cielo, en la cara te caerá», y eso fue lo que ocurrió en 1910. En México, como en otras partes, las ciudades empezaban a generar un nuevo tipo de oposición liberal de clase media, que se organizó en torno a Francisco Madero, cuando éste desafió al octogenario Díaz en la campaña para las elecciones presidenciales en 1909-1910. Exigía una política abierta en la línea de la de la Francia republicana o la progresista Norteamérica y evocaba las gloriosas tradiciones mexicanas de liberalismo patriótico. Pese a los obstáculos iniciales a que se enfrentaron en México, esta protesta democrática de la clase media —acomodada pragmáticamente en Argentina, Chile y Uruguay, donde los partidos de clase media accedían al poder más o menos en conjunto con los intereses oligárquicos, y frustrada en Brasil, donde los oligarcas atrincherados en el poder se negaron a ceder ante Rui Barbosa, en 1910, o al Partido Demócrata, en 1926—, evitó el obstruccionismo a que se enfrentaba la brasileña, cuando Madero hizo un quijotesco llamamiento a la rebelión y, para sorpresa general, la consiguió. Las víctimas del progreso porfirista —campesinos desposeídos, peones explotados, artesanos empobrecidos y la parte disidente de la élite—, se adhirieron a la causa revolucionaria y derrocaron a Díaz en 1911. Durante el resto de aquella década turbulenta, México experimentó la primera y la mayor de las revoluciones sociales de América Latina, durante la cual el gobierno cayó y un cúmulo de fuerzas revolucionarias lucharon por el poder. El centro liberal de Madero se hallaba atrapado

entre, por una parte, la oligarquía alarmada, que trató de salvarse mediante la breve y draconiana dictadura militar de Victoriano Huerta (1913-1914), y, por la otra, unas fuerzas populares heterogéneas, incluyendo la División del Norte del fogoso Francisco Villa y los tozudos rebeldes agrarios de Emiliano Zapata. El experimento democrático de Madero terminó cuando fue asesinado en 1913, pero a los militares que lo mataron, los derrocó, con gran derramamiento de sangre, una nueva coalición revolucionaria, en 1914. México se sumió entonces en el caos descentralizado de facciones. El resultado final, el régimen constitucionalista de 1915-1920, representó una síntesis, más o menos coagulada, de dirigentes norteños progresistas y del movimiento obrero, poco numeroso pero estratégicamente situado, y una mezcla de dirigentes populares que colocaron la reforma agraria en la agenda nacional. Las metas reformistas, nacionalistas y a favor del proletariado y del campesinado, se incorporaron a la Constitución de 1917, que confirió al recién nacido Estado revolucionario un papel clave de mediador en lo que, de todos modos, siguió siendo una sociedad capitalista. Tal vez lo más importante, y lo que aseguró que estas metas no se convirtieran en papel mojado, fuese que los diez años de revolución transformaron a la sociedad mexicana: el ejército regular fue sustituido por unas díscolas huestes revolucionarias; la clase terrateniente que antes dominara se vio decididamente desplazada; el todavía joven movimiento sindical adquirió una voz política que no guardaba proporción con el número de afiliados, y, cosa única en la América Latina de la época, el campesinado, que se unió en ligas y partidos, adquirió a la vez influencia en la política nacional y la garantía constitucional del derecho a la propiedad de la tierra.

Con su revolución, México se desprendió violentamente del resto de Latinoamérica y, por tanto, se convirtió en fuente de inspiración para la izquierda nacionalista que iba surgiendo en el continente, así como en fuente de consternación para los conservadores y para los intereses del empresariado y de Estados Unidos, sobre todo en la región caribeña. Con todo, antes de los años cincuenta, ningún otro país experimentó una revolución comparable ni trató de aplicar una reforma agraria de envergadura. Aunque recurrentes, las protestas campesinas se ceñían a ciertas zonas y resultaban relativamente

ineficaces; en aquellos países cuyo perfil socieconómico se parecía más o menos al de México, como Brasil, Perú y Colombia, los partidos oligárquicos se aferraban al poder y el movimiento sindical continuó siendo débil y más sometido a la represión que a la cooptación. Incluso en los países del Cono Sur, donde el avance democrático era más visible y donde el movimiento obrero gozaba de mayor peso, quienes más se beneficiaban de las concesiones de la oligarquía eran la clase media urbana y sus caudillos.

Además, dada la coyuntura, lo que para México fue una década revolucionaria, un período de introversión traumática pero transformadora, para la mayoría de los países latinoamericanos fue la década de la guerra mundial, pues lo que ocurría en Europa no sólo acaparaba los titulares de la nueva prensa de masas, sino que tenía un impacto directo en las sociedades de la región. Así, los latinoamericanos, ahora más firmemente integrados que nunca en una economía global que, según les decían, representaba el camino hacia la prosperidad, experimentaron la primera de tres sacudidas externas sucesivas —la primera guerra mundial de 1914-1918, la gran crisis de 1929-1930 y la segunda guerra mundial de 1939-1945—, y se percataron dolorosamente tanto de los peligros como de los privilegios del desarrollo «dependiente».

La primera guerra mundial rasgó la compleja red del comercio y finanzas internacionales que irradiaba desde Londres e implicó a gran parte de América Latina. Las inversiones cesaron, las importaciones se acabaron, algunas exportaciones se detuvieron de golpe al cerrarse los mercados, y otras, estimuladas por la guerra, experimentaron un nada saludable e insostenible auge. Gran Bretaña perdió su preeminencia al repatriar su capital y las empresas norteamericanas, que ya dominaban en el Caribe y en Centroamérica, se hicieron presentes en Sudamérica, sobre todo en Venezuela, Perú y Brasil. Privadas de las importaciones manufacturadas, las principales economías de América Latina —en particular las de Brasil y Argentina— emprendieron una fase incipiente de industrialización para sustituirlas (Industrialización para la Sustitución de Importaciones, ISI). Las economías menos importantes, al perder sus mercados y sus proveedores, lan-

guidecieron. Se repitieron con mayor intensidad los viejos ciclos de auge y hundimiento de exportaciones que antes de la guerra habían afectado a los productores de guano peruanos y de caucho brasileños. Al término de la guerra, las economías latinoamericanas experimentaron un último, breve y eufórico auge (1918-1919), seguido por un hundimiento traumático, más severo en las que exportaban materias primas industriales (cobre chileno, estaño boliviano) para las que la demanda resultaba desacostumbradamente elástica. La inflación que se produjo durante la guerra alimentó la militancia sindical, cuyo momento culminante llegó en 1918, el «año rojo» (tanto en América Latina como en Europa y Estados Unidos), con una huelga tras otra, una manifestación tras otra, sobre todo en Chile y en Argentina. Aquel mismo año, estudiantes nacionalistas se reunieron en la ciudad argentina de Córdoba y pusieron en marcha un movimiento por la reforma universitaria que se extendería por todo el continente. Estas movilizaciones, sumadas a la distante amenaza de la revolución bolchevique, alarmaron a las élites, de modo que con el hundimiento posterior al auge llegó la reacción, en todos los sentidos del término. Los gobiernos se confabularon con los empresarios en los cierres patronales, deportaron a los extranjeros y recurrieron a la represión. En Buenos Aires, durante la «Semana Trágica» de enero de 1919, los derechistas, una réplica de los *squadristi* italianos, cazaron a los izquierdistas y a los judíos en las calles.

Si en esta dramática coyuntura la Europa burguesa tomó un nuevo cariz, también lo hizo la Latinoamérica oligárquica, o, en el caso del Cono Sur, la Latinoamérica pequeñoburguesa, donde los reformistas de fin de siglo se enfrentaban a serias amenazas por la izquierda. Aunque por lo general derrotada, ésta no había sido eliminada, pues el movimiento estudiantil creció y los sindicatos se reagruparon y se atrincheraron; a las organizaciones anarquistas y anarcosindicalistas, hegemónicas durante un breve lapso en el movimiento sindical latinoamericano, las sustituyeron los partidos socialistas y comunistas, que querían hacerse con el «reactivado» Estado latinoamericano, en lugar de destruirlo. En Perú, José Carlos Mariátegui fusionó el radicalismo indigenista con el marxismo, mientras que el reformismo nacionalista de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), creada en 1924 por Haya de la Torre, pionero

de un nacionalismo reformista de masas, impregnado de la revolución mexicana, arraigó profundamente en las clases media y trabajadora de la costa septentrional de Perú. En general, sin embargo, la Iberoamérica de la posguerra tomó nuevas formas; algunas, como la vanguardia de São Paulo, se avenían con la Europa de los años veinte, y otras, como los muralistas revolucionarios de México, combinaron la influencia europea con un didáctico nacionalismo radical.

Durante los años veinte —este breve hiato entre las sacudidas de la guerra mundial y la Gran Depresión económica—, los gobiernos intentaron recuperar la estabilidad externa, a la vez que afrontaban nuevos retos internos. Hasta en el México «revolucionario», el régimen de la dinastía de Sonora (1920-1934) mejoró sus relaciones con las empresas extranjeras y Estados Unidos, a la vez que batallaba con las poderosísimas compañías petroleras; en los años veinte, las inversiones norteamericanas aumentaron, lo mismo que en el resto de América Latina, y en el norte de Argentina suplantaron a la hegemonía británica. Las innovaciones más notables del régimen revolucionario mexicano se produjeron en el interior del país: inició una reforma agraria sin precedentes; promovió la educación laica; atacó a la Iglesia católica, lo cual provocó una cruenta guerra civil en 1926-1929, y se alió estrechamente con la nueva y «oficialista» Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), un presagio de las alianzas que en otros países se establecerían más tarde entre Estado y sindicatos. A fortiori, los regímenes del resto de Iberoamérica —tanto los todavía oligárquicos como los más recientes pequeñoburgueses— tendían a combinar la cautela (cuando no el conservadurismo abierto) en el interior con el esfuerzo, en vano, de revivir las relaciones exteriores de la *Belle époque*. En este sentido, muchos acabaron por adoptar la misma actitud nostálgica que su antiguo socio económico, Gran Bretaña. Sin embargo, pese a que hizo falta más de una década para percibirlo, el sistema de libre comercio anterior a la guerra se había derrumbado irremediablemente, y no recuperó nunca el nivel de 1914. Fuera de Argentina, las finanzas británicas perdieron del todo su hegemonía y Estados Unidos, cuya relación con el continente no resultaba tan fácilmente complementaria comparada con la de Gran Bretaña, no pudo o no quiso ocupar su lugar. Además, las economías latinoamericanas habían cambiado. Algunas se enfrentaban a crisis estructurales como resultado

del exceso de producción suscitado por la guerra, crisis que se exacerbaron en 1929; de ahí la alarmante y premonitoria excedencia de café brasileño y azúcar cubano. Por otra parte, y desde un punto de vista más positivo, las economías más fuertes se habían industrializado, y esto engendró nuevos grupos de interés que exigían atención política y, en algunos casos, protección económica. La *Belle époque* liberal había desaparecido para siempre.

En los años veinte, la política en América Latina era fluida y efervescente, y no se prestaba a claras generalizaciones. En Brasil, Paraguay y la república Andina, los partidos oligárquicos se aferraban al poder, pese a los nuevos retos, y favorecían a los terratenientes. Los partidos pequeñoburgueses del Cono Sur, que eran un producto de la prosperidad generada antes de la guerra, se escoraban hacia la derecha, temerosos del radicalismo de la clase obrera y comprometidos con el libre comercio. Los viejos partidos que antes habían hecho campaña por las reformas, como los radicales de Irigoyen, sufrieron una metamorfosis y se convirtieron en maquinarias políticas encabezadas por duros empresarios urbanos. En aquellos países donde el crecimiento previo a la guerra engendró una nutrida población urbana e impulsó cierto grado de movilización democrática, se presentó un dilema crónico que marcaría toda la política latinoamericana: a saber, que los votantes esperaban el crecimiento y exigían recompensas materiales; sin embargo, habiendo perdido las inversiones británicas, el crecimiento sostenido —incluyendo el económico— precisaba inversiones internas; de manera que, lo que Coolidge tildó, con poca elegancia, de «vuelta a la normalidad» resultó frustrante por elusiva. El Estado, más intervencionista que antes, todavía carecía de las técnicas y los instrumentos necesarios en toda administración, y se encontraba atrapado entre dos fuerzas contrapuestas, el consumo y la inversión; los políticos compraban votos, imprimían dinero, luchaban entre sí, y hasta en las viejas formas de gobierno civil eran vulnerables a los golpes militares. A resultas de estas presiones, los radicales de Irigoyen y los colorados de Batlle se escindieron; a mediados de los años veinte, los militares emergieron como árbitros de la política chilena. En otras partes de Sudamérica, aunque su-

ponía una menor ruptura con el pasado, el giro hacia el autoritarismo se notaba claramente a medida que los países acababan dominados por modernizadores autoritarios que, prescindiendo de la Constitución, intentaban resolver por la fuerza el dilema del consumo frente a la inversión —y los cambios políticos que esto conllevaba—; combinaban el desarrollismo económico, la represión abierta y, en ocasiones, un barniz populista. Eso fue lo que hicieron Leguía en Perú (1919-1930), Machado en Cuba (1924-1933), Gómez en Venezuela (1909-1935), Carlos Ibáñez en Chile (1927-1931) e Isidro Ayora en Ecuador (1925-1930).

Así, para América Latina, aunque sumamente traumática, la gran crisis de principios de los años treinta no fue ni tan devastadora ni tan repentina como para Estados Unidos y Alemania. No hundió la democracia madura ni el boyante capitalismo industrial. Lo mismo que en Gran Bretaña, los años veinte fueron de dificultades y fluctuaciones económicas; el hundimiento estaba anunciado y sus efectos resultaron más graduales que en Estados Unidos. Además, la política iberoamericana era ya muy oscilante, y la Gran Depresión, aunque tuvo su impacto en los regímenes establecidos, reforzó las tendencias existentes, es decir, expresión abierta del nacionalismo, radicalismo difuso, creciente autoritarismo y orden oligárquico liberal ya en decadencia.

Al hundirse las exportaciones, los ingresos del gobierno y los créditos extranjeros se desvanecieron, y los gobiernos se enfrentaron a la insolvencia y a las protestas sociales. Seis gobiernos fueron derrocados en 1930 y cuatro más, en 1931. Puesto que las víctimas solían ser dictadores —Machado en Cuba, Ibáñez en Chile y Leguía en Perú—, el resultado inmediato daba una impresión engañosamente democrática. (Cabe mencionar que la recesión de los años treinta puede compararse con la de los ochenta.) No obstante, a medio plazo, cuando la segunda guerra mundial siguió a la gran crisis, el liberalismo, tanto político como económico, se desmoronó. El viejo orden oligárquico liberal —siempre más oligárquico que liberal— entró en una fase de decadencia terminal. La gran crisis despertó una comprensible crítica a la economía del *laissez-faire*, y el interés por los modelos alternativos, o sea, fascismo, corporativismo, planificación soviética y *New Deal*. Se empezó a considerar equivocado depender de los mer-

cados exteriores como motor de desarrollo y las circunstancias dictaban pasar del desarrollo hacia afuera al desarrollo hacia dentro. En los países más grandes, que ya poseían una base industrial y un mercado interior, se aceleró el proceso de industrialización para la sustitución de importaciones; los sectores estatales, o sea, los bancos centrales, los organismos de desarrollo y los ministerios de Trabajo, desempeñaron un mayor papel. En Brasil, México y Argentina, el crecimiento industrial ayudó a compensar la caída de los ingresos debido al cambio de valor de las divisas y, de paso, transformó la economía política, con las consecuencias políticas que esto conllevó. Los exportadores agrícolas perdieron terreno frente a los industriales; la clase obrera urbana creció, lo mismo que su influencia, y el Estado acabó por desempeñar un papel regulador y mediador.

Florecieron diferentes formas de corporativismo, a menudo pragmáticas y, en ocasiones, como resultado de un proyecto oficial, como en el caso del Partido de la Revolución Mexicana (PRM) (1938-1946) de Cárdenas o el Estado Nôvo de Vargas (1937-1945) en Brasil. Entretanto, los aranceles subieron, al igual que en el resto del mundo; el comercio exterior adquirió un carácter más dirigido y bilateral. Cuba firmó un tratado de reciprocidad con Estados Unidos en 1934; Argentina lo hizo con el Reino Unido (el Pacto Roca-Runciman de 1933) y en lo referente al comercio se convirtió en un miembro honorario del imperio británico. Aunque estos pactos ofendieron a los nacionalistas, ayudaron a preservar el viejo orden económico agrario-exportador, así como una moderada prosperidad. La suerte de cada país en lo económico varió según los caprichos de la «lotería de las mercancías» de los años treinta. Allí donde era relativamente poco elástica la demanda de las exportaciones (por ejemplo de alimentos de primera necesidad como los cereales), la economía se recuperó. A Argentina, favorecida por la lotería y —a despecho de la opinión de los nacionalistas— protegida por su inclusión en el sistema preferencial del imperio británico, le fue bastante bien. Brasil sufrió la persistente caída en picado del precio del café, pero el centro de la zona cafetalera, São Paulo, experimentó un enérgico crecimiento industrial. En Colombia se dio una combinación similar de caída de precio del café e industrialización, aunque a menor escala. También México salió de la crisis bastante pronto y en relativamente buen estado, pues

poseía una base industrial, no dependía de un único producto de exportación (si bien la exportación de plata aumentó considerablemente gracias a las compras del gobierno norteamericano) y se benefició de unas previsoras medidas keynesianas fiscales aunadas a una reforma social estructural. El presidente Cárdenas (1934-1940) fomentó el sindicalismo, nacionalizó las compañías petroleras anglo-norteamericanas y promovió una reforma agraria de gran envergadura. Sus reformas, aunque controvertidas y creadoras de divisiones, sentaron las bases del Estado mexicano moderno y supusieron un ejemplo para los reformistas nacionalistas de otros países del subcontinente.

Proliferaron versiones menos radicales de reforma social nacionalista: algunas, como las de los gobiernos de Frente Popular en Chile y Perú en los años treinta, fueron breves experimentos de gobierno civil; otras, como el régimen «militar socialista» de Bolivia (1936-1949) o el Estado Novo de Brasil (1937-1945), combinaron la intervención estatal con el autoritarismo. En lo superficial semejantes al fascismo europeo —al que a menudo copiaban deliberadamente—, estos regímenes fascistoides, engendrados por sociedades muy diferentes a la italiana y la alemana, desempeñaron un papel más «progresista», popular y movilizador que los europeos de igual signo; de ahí que algunos analistas prefieran el término «populista». Los nacionalistas que se oponían a los oligarcas conservadores optaron por algunos atributos «fascistas»: movilizaron el apoyo de las masas, sobre todo entre el recién nacido movimiento sindical; repudiaron el servilismo «neocolonialista» frente a Gran Bretaña y Estados Unidos, y exigieron al Estado que promoviera un desarrollo hacia dentro, sobre todo el de la industria. En los países más pequeños, sin embargo, sobre todo en la región caribeña, donde antes de los años treinta fueron frecuentes las intervenciones militares de Estados Unidos, la amenazadora presencia del «coloso del norte» inhibió la reforma nacionalista; para los dictadores centroamericanos, los enclaves agrícolas dedicados a la exportación —el ejemplo clásico son las plantaciones de plátanos de la United Fruit—, representaban más que poblaciones a las que movilizar activos que proteger y comunidades que controlar. Excepto Costa Rica, cuya economía basada en pequeñas haciendas cafetaleras permitía una tendencia más positiva hacia la democracia y la reforma social, Centroamérica per-

maneció bajo el dominio de caudillos de mano dura, en los que se combinaba la longevidad con la tiranía; esto prueba que el «desarrollo» no siempre promueve la democracia. En Nicaragua, la dinastía de los Somoza (1937-1979), en un principio ligeramente nacionalista y reformista, con el tiempo se volvió cada vez más conservadora y corrupta. De igual modo, el astuto sargento cubano Fulgencio Batista, arquitecto de un régimen reformista en los años treinta, regresó al poder en los cincuenta, aprovechando la corrupción y enorme división de los partidos y se convirtió en un «guerrero frío» más gordo, más viejo, más conservador y más corrupto. Se llegó a los extremos de este «sultanismo», o sea, de dictaduras personales idiosincrásicas, bajo Ubico en Guatemala (1930-1944), Trujillo en la República Dominicana (1930-1961) y Maximiliano Hernández en El Salvador (1931-1944); este último inauguró su régimen con la matanza, en 1933, de veinte mil campesinos insurgentes. Ni el crecimiento económico ni la tutela norteamericana sirvieron para promover la democracia; más bien al contrario, pues ayudaron a que en toda Centroamérica y en el Caribe de habla hispana se atrincheraran las autocracias estrechamente personales y, por tanto, «sultanistas».

La segunda guerra mundial supuso una nueva sacudida venida del exterior que hundió algunos mercados mientras beneficiaba a otros y confirmó la tendencia existente hacia el dirigismo y la industrialización para la sustitución de importaciones. Pero también impuso una nueva constricción a la política del subcontinente, tan inclinada a las facciones y divisiones. Ya antes de 1939, habían adquirido influencia las alineaciones globales, con el surgimiento de un montón de partidos fascistas menores, cada uno con su particular camisa de color; los sinarquistas católicos en México, por ejemplo, imitaron la falange de Franco. Las tendencias de la política interior se definieron con respecto a la guerra civil española, sobre todo en México, cuyo gobierno apoyó con firmeza a la República. Los partidos comunistas, que en Chile y Cuba eran fuertes, se adhirieron a la idea del Frente Popular y, tras este breve pero políticamente costoso cambio de camisa en 1939-1941, se transformaron en ardientes paladines de los aliados europeos. Puesto que los aliados naturales de es-

tos últimos eran las viejas oligarquías exportadoras (ganaderos argentinos, magnates del estaño bolivianos, plantadores de café brasileños), se forjaron algunas alianzas raras, pues la izquierda estalinista se alineó, generalmente como socio menor, con sus antiguos rivales conservadores. Como reacción, los partidos nacionalistas de clase media, como el recién creado Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) de Bolivia, o los militares de la derecha radical apoyaron al Eje, en parte por simpatía ideológica y en parte por la extraña lógica de la política interior. En ésta, sin embargo, los regímenes «fascistoides», como el de Villarroel en Bolivia (1943-1946), solían ser más reformistas, populares y «movilizadores» que sus rivales estalinistas-conservadores pro aliados.

El peso relativo de estas fuerzas cambiantes variaba según el país. México, gobernado por un régimen «revolucionario» sólidamente antifascista, apoyaba con firmeza la causa de los aliados; Roosevelt, siguiendo los principios no intervencionistas de la «política de buena vecindad», toleró la expropiación del petróleo en 1938 y buscó, con éxito, una alianza económica con México durante la guerra. El país iberoamericano cooperó; su gobierno dio un repentino giro hacia la derecha, la inflación producto de la guerra benefició a los ricos a expensas de los pobres y los gobiernos «revolucionarios» ya nunca fueron iguales. En Brasil, Vargas también se despojó de sus características fascistoides y ayudó a Estados Unidos, como lo hizo la mayoría de las potencias menores latinoamericanas. Argentina, en cambio, rompió filas, y, aunque el régimen militar conservador de los años cuarenta mantuvo su postura a favor de Gran Bretaña, un ala radical del ejército se opuso a esta política; el joven, astuto y carismático coronel Perón logró desviar al movimiento obrero del incipiente izquierdismo y creó una poderosa coalición nacionalista y reformista que, a despecho de la oposición norteamericana, llegó al poder en las elecciones de 1946. Con el apoyo de su carismática esposa Evita, Perón encabezó un gobierno nacionalista y populista, hasta que en 1955 lo derrocaron los militares conservadores.

La trayectoria argentina se distinguió del resto del subcontinente, ya que el final de la guerra conllevó el descrédito generalizado de los regímenes «fascistas» y dio paso a una breve, y a menudo superficial, apertura democrática. Los dictadores cayeron y se establecieron go-

biernos democráticos. Sin embargo, la línea política en el momento de las elecciones no siempre suponía un profundo compromiso democrático y los muchos regímenes democráticos eran controlados por las acaudaladas élites, que encontraban en el anticomunismo de la guerra fría nuevas justificaciones para su antigua política de exclusión. Aun en los Estados democráticos, como Chile y Costa Rica, se prohibieron, proscribieron y quebraron los partidos comunistas y se depuró de dirigentes comunistas a los sindicatos. Las elecciones tendían a ser un fenómeno urbano; así, fuera de México, los partidos mayoritarios descartaban a los campesinos, pues preferían centrarse en las ciudades y hacer la corte a los beneficiarios de la ISI: empresarios, clase media urbana y movimiento obrero organizado, cuya influencia había aumentado vertiginosamente durante la guerra. Eran pocos y temerarios los que se apartaban de esta tendencia. Cuando la revolución democrática de Guatemala, en 1944, dio un giro hacia la izquierda y, bajo Jacobo Arbenz, empezó a repartir la tierra —incluyendo la de la United Fruit— entre los campesinos indios, Estados Unidos sacó a relucir el espectro del comunismo (es cierto que el Partido Comunista, aunque pequeño, tenía mucha influencia), y la CIA orquestó el derrocamiento de Arbenz y su sustitución, en 1954, por un régimen conservador y contrarrevolucionario.

En toda América Latina se agudizó el viejo dilema de consumo/inversión, como consecuencia de la inflación producida por la guerra y la urbanización. El electorado crecía, los partidos competían por el voto y los beneficiarios de la ISI presionaban para proteger sus intereses. El empresariado se enfrentaba a los Estados, cuyas estructura y estabilidad eran débiles, por mucho poder de intervención que tuvieran. Aunque los empresarios alababan el *laissez faire*, dependían de la protección estatal (aranceles, cuotas, divisas sobrevaloradas) para abaratar los bienes fabricados con mano de obra asalariada y evitar la competencia de Estados Unidos, industrialmente dominante y de la Europa que resurgía en la posguerra; los trabajadores urbanos, aunque desde luego no los consumidores urbanos, también tenían intereses creados; la doctrina económica de la Comisión de la ONU para América Latina (CEPAL), con el economista argentino Raúl Prebisch al frente, proporcionaba una poderosa y compleja justificación para la continuidad del proteccionismo y de la ISI. Estados Unidos, que

negociaba desde su posición de fuerza, estaba a favor de un hemisferio abierto, de libre comercio, pero también buscaba la buena voluntad latinoamericana en su cruzada contra el comunismo. Políticamente, el subcontinente le seguía la corriente: el Tratado de Río, firmado en 1947, comprometió a los Estados iberoamericanos a una defensa común contra la subversión comunista del interior y del exterior; la Organización de Estados Americanos (OEA, 1948) obedecía al mismo concepto geopolítico. Por su parte, Estados Unidos no consiguió desmantelar el aparato proteccionista de Latinoamérica. En lugar de esto, el capital norteamericano pasó por encima de las barreras e invirtió masivamente, sobre todo en las nuevas fábricas manufactureras que abastecían al comercio interior. La forma tradicional de inversión extranjera —de la que era pionera Gran Bretaña y que se centraba en minas, vías férreas y plantaciones— cedió el paso a las fábricas de automóviles y de cemento, y a un montón de empresas que atendían al nuevo consumismo «americanizado» de las acomodadas poblaciones urbanas. Las películas de Hollywood, apoyadas activamente por el gobierno norteamericano de la época de la guerra, igualaban y fomentaban el gusto recién adquirido por las pastillas de jabón Palmolive, la pasta dentífrica Colgate, las aspirinas, los aparatos de radio y las furgonetas de la Ford.

El Estado desempeñó un papel fundamental en la industrialización de la posguerra: asumió el control de algunos de los sectores tradicionales —el petróleo mexicano, los ferrocarriles argentinos— e invirtió en nuevas fábricas de bienes de capital, como la enorme acería brasileña de Volta Redonda. Sin embargo, el motor del desarrollo de la posguerra fue el capital privado, en gran parte extranjero, y orientado principalmente hacia las capas superiores de un mercado interior que iba en aumento. Entretanto, conforme prosperaba la industria —y se hundía la agricultura, tanto de subsistencia como comercial—, se aceleró el flujo de la población hacia las ciudades, en un momento en que la lógica del mercado laboral y los avances médicos aumentaban la tasa de crecimiento demográfico. Las metrópolis se convirtieron en megalópolis; deslumbrantes rascacielos dominaban el centro de ciudades rodeadas de paupérrimos tugurios

y de reducidos suburbios opulentos. En los años ochenta, la ciudad de México, con cerca de veinte millones de habitantes, era ya la mayor del mundo, y sus problemas de tráfico y de contaminación seguían la misma pauta.

La política económica de la ISI que al final del siglo xx era objeto de muchas críticas retrospectivas, tuvo un éxito asombroso. En los años cincuenta y sesenta, el crecimiento del PIB de México, Brasil, Perú, Venezuela y Colombia osciló entre el cinco y el seis por ciento anual. En cambio, el antaño próspero Cono Sur —Chile, Uruguay, Argentina— se fue retrasando. De hecho, Argentina que a principios de siglo era el modelo económico por excelencia, se transformó más o menos en un «gandul» económico; hasta se llegó a decir que se había «salido del Primer Mundo», víctima de un dilema especialmente agudo de consumo/inversión, que ejemplificaron y a la vez exacerbaron el auge y la caída del peronismo. Es cierto que la ISI favoreció un crecimiento, pero también conllevó ciertas consecuencias negativas, sobre todo en los países más grandes: beneficios para las grandes empresas y para el movimiento obrero organizado; negligencia relativa de las exportaciones y de la agricultura de subsistencia; indiferencia frente a la numerosa población marginada de los tugurios, salvo cuando representaba un peligro para el orden público u, ocasionalmente, una oportunidad para políticos populistas como el presidente peruano Manuel Odría (1948-1956).

Estas consecuencias, no obstante, no presuponían un sistema político concreto. En la era de la posguerra, Iberoamérica tuvo una gama desconcertante de regímenes, aunque después de mediados de los años sesenta se vio una clara tendencia hacia el autoritarismo. Hubo algunas pautas consecuentes, aunque no siempre democráticas. En Paraguay, la tiranía terriblemente eficaz del general Alfredo Stroessner duró más de cuarenta años (1954-1989); con el PRI, México continuó teniendo gobiernos sólidamente civiles y a medias autoritarios; el gobierno de Colombia, una vez superada la sangrienta y confusa guerra civil conocida como la Violencia (1946-1958), siguió siendo civil y democrático a medias; en Venezuela, después de 1958, los ingresos del petróleo fueron el sustento de la democracia, mien-

tras que Costa Rica constituía un ejemplo democrático, casi socialdemócrata, para una Centroamérica sultanista y contrarrevolucionaria, en la que las presiones de Estados Unidos acabaron con el desafío reformista del sandinismo nicaragüense; también Chile conservó hasta 1973 una vigorosa democracia, aunque polarizada. Pero en otros países el cambio era la norma y la democracia su víctima habitual. En lugar de fomentar la democracia, diríase que la urbanización, la industrialización, la escolarización —toda la mezcolanza característica de la «modernización» y el «desarrollo»— la destruían. Tras el golpe militar de 1955, Argentina osciló entre gobiernos democráticos inestables y gobiernos militares transitorios, ninguno de los cuales podía con un pueblo que se aferraba al peronismo. La vieja enemistad entre el APRA y el ejército supuso un grave problema para la política peruana. En 1952, Bolivia experimentó una revolución democrática y nacionalista, encabezada por el MNR, y Estados Unidos, que no tardó en aplastar el proyecto reformista guatemalteco, decidió reconocer, contener y frenar el radicalismo del boliviano; así, aunque las reformas del MNR —sufragio universal, reforma agraria y nacionalización de las minas de estaño— perduraron, la revolución pronto perdió gas y, en 1964, un nuevo ejército, con jefes formados en Estados Unidos, se cargó al MNR. Aquel mismo año, a la frágil democracia brasileña la sustituyó un duro gobierno militar que conservó el poder hasta 1985, aunque haciendo gala de cierta flexibilidad pragmática. En 1968, Perú adoptó un gobierno militar inusualmente radical y nacionalista, y dos bastiones del gobierno civil, Uruguay y Chile, cayeron en 1973. Así, a mediados de los años setenta, la mayor parte de América Latina languidecía bajo regímenes militares que, en los casos de Brasil, Chile, Uruguay y Argentina, combinaban la alta tecnología con la represión sistemática y una arrogante reivindicación del poder fundamentada en el anticomunismo, en los valores «cristianos» y en la providencial misión de los militares.

Son múltiples y discutibles las causas de este «nuevo autoritarismo burocrático», que afectó especialmente a las naciones más ricas y desarrolladas del Cono Sur. Hay quienes opinan que era la consecuencia política de un callejón sin salida económico. El mercado interior, limitado por la pobreza, se hallaba saturado y la industria había perdido su dinamismo, por lo que la ISI había llegado a un

atolladero. Los militares ofrecían un escape a esta situación. Si éste era un razonamiento ponderado, resultó erróneo. En lugar de resolver los problemas, los gobiernos militares los multiplicaron. Lo más probable es que el nuevo autoritarismo, lo mismo que el fascismo de la Europa de entreguerras, reflejara el creciente miedo a la izquierda, a los gobiernos de izquierdas, como el de la chilena Unidad Popular (1970-1973) de Salvador Allende, o a la movilización política de izquierdas, particularmente la del campesinado en Brasil y Chile, o bien a los movimientos guerrilleros urbanos, como los Tupamaros de Uruguay y los Montoneros de Argentina, así como al desafío izquierdista de la Cuba socialista, que, tras el triunfo de la revolución de Castro en 1959, ofrecía no sólo un ejemplo radical, sino que también tramó subvertir el continente, como se vio con la abortada campaña guerrillera del Che Guevara en la jungla boliviana. Tal vez la toma del poder por los militares, como se ve en el caso de Perú, reflejara igualmente la frustración por el fracaso de la política de los civiles y la promesa de los militares de que pondrían el país en orden, y no sólo disparando contra los izquierdistas.

Mientras tanto, el continente en su conjunto, norte y sur, democrático o autoritario, se vio afectado por el gigantesco cambio macroeconómico etiquetado convenientemente de «neoliberalismo». Los Estados redujeron al máximo sus actividades económicas, vendieron al sector privado las empresas nacionalizadas, liberalizaron el comercio interior y allende las fronteras. La ética neoliberal del libre comercio se veía como la piedra de toque del crecimiento y como el socio natural de la democracia liberal. Para América Latina, esto significó una súbita transformación económica; significó el rechazo a las estructuras, instituciones y prácticas de la ISI y una vuelta, mutatis mutandis, al viejo proyecto liberal exportador, previo a 1914, una vuelta al pasado que se vio como un salto hacia el futuro y que se justificó con una incesante retórica compuesta de primermundismo, teoría modernizadora y anticomunismo recalentado. (La existencia de una esclerótica Cuba socialista, desangrada por el bloqueo norteamericano y privada de su promotor soviético, resultaba ahora más providencial que amenazadora, pues de no haber existido Castro,

habría hecho falta inventarlo.) Las élites neoliberales de Iberoamérica proclamaban —sin saberlo, sin duda— una versión actualizada del viejo desarrollismo positivista de principios del siglo.

Estas élites abarcaban una amplia gama de actores políticos y de países. El gobierno militar chileno y sus *Chicago boys* fue el pionero de la política neoliberal; los militares argentinos la pusieron periódicamente en práctica, pero también se convirtió en la preferida de los partidos civiles; algunos de éstos, como el PRI de México bajo Salinas de Gortari y los peronistas argentinos bajo Menem, rompieron con la antigua tradición de su partido, o sea, de dirigismo y nacionalismo económico. Con el celo de un converso, subastaron empresas públicas, quitaron el poder a los sindicatos y metieron a sus países en bloques de libre comercio (México en el Acuerdo de Libre Comercio Norteamericano —NAFTA— y Argentina en el Mercosur). Asombra que estas medidas neoliberales —por lo general y correctamente asociadas a una mayor tasa de desempleo e ingresos reales menores—, no suscitaran un desastre electoral. La idea de un gobierno firme, aunada al descenso de la inflación y, en el caso de México, la calculada puesta en marcha de obras públicas, permitieron a estos dirigentes populistas convertidos en neoliberales conservar, al menos de momento, cierto apoyo popular.

Pero, ¿por cuánto tiempo? Mientras que la vieja ISI se había aplicado a un mercado interior protegido y al clientelismo, el proyecto neoliberal consideraba que la dependencia del exterior era virtud y cortó las tradicionales redes de este clientelismo. Las economías nacionales se encontraron a merced de los volátiles mercados internacionales, y una nueva generación de neoliberales, como el mexicano Salinas, el peruano Fujimori, el argentino Menem y el brasileño Collor de Melo, practicantes de un descarado estilo «neopopulista» hecho a la medida de la televisión —el nuevo medio de comunicación de masas—, jugaron con las expectativas del electorado tradicional, sobre todo los pequeños empresarios y el movimiento obrero. Su grado de éxito varió. Así, pese a los sustos en Argentina y Venezuela, los militares se han quedado en sus cuarteles y, al menos en Chile y Uruguay, la democracia parece sacar fuerzas de la tradición histórica. Pero, por lo general, el supuesto vínculo entre la economía neoliberal y la democracia —artículo de fe para algunos—

es aún poco claro; lo contradicen las tendencias autoritarias de varios gobiernos neoliberales y la ponen en tela de juicio los oponentes radicales, por ejemplo, el Partido del Trabajo de Brasil, los zapatistas del sur de México y, en el caso más extremo y violento, Sendero Luminoso de Perú. La inestabilidad inherente al proyecto neoliberal no promete un futuro estable y próspero para el continente. Sin embargo, si es cierta la frase, pronunciada como un mantra, de que «no existe alternativa» para el neoliberalismo, ¿qué ocurrirá cuando el neoliberalismo fracase, si es que fracasa?

# 24. La vieja Commonwealth: Los cuatro primeros dominios

PETER LYON

Hoy en día, la Commonwealth cuenta con cincuenta y cuatro miembros, repartidos por todos los continentes. A principios de siglo casi todos pertenecían a un imperio británico que formaba una espléndida mancha roja en el mapa del mundo. Ahora, cada uno ha tomado su propio camino, y a la mayoría de ellos se los describe en otros capítulos de este libro. Pero en el centro de este imperio se hallaban las colonias que contaban con autogobierno y colonos blancos; estas colonias eran Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica, llamadas «dominios» a fin de diferenciarlas del resto; para muchos de estos colonos Gran Bretaña todavía era su «hogar». Este capítulo se centrará principalmente en estos dominios.

En 1900 parecía que el imperio británico se encontraba en su cenit; abarcaba el mundo entero y conservaba una *pax britannica* que muchos de sus partidarios consideraban mejor y más gloriosa que la *pax romana*. Puesto que proyectaba una noción del orden internacional primordialmente naval basado en el poderío marítimo y mercantil de Gran Bretaña, su linaje era más griego que romano. Resulta irónico que la idea romana del mejor y mayor control de un imperio heterogéneo no hiciera mella y se pusiera mínimamente en práctica hasta que las actas de navegación alemanas de la última década del siglo anterior se convirtieron en una premonición del eclipse naval. Este control no se practicó mediante una federación imperial, ni un Parlamento imperial ni una unión aduanera, una *Zollverein* imperial, ya que eran conceptos demasiado grandiosos e impracticables, sino mediante un Comité de Defensa Imperial, una diplomacia de confe-

rencias y una mayor diferenciación entre los dominios y el resto del imperio; esto se notó en la creación, en 1907, de un departamento encargado exclusivamente de los dominios en el Ministerio de las Colonias, departamento precursor del Ministerio de los Dominios, que funcionó desde 1925 a 1947.

La concepción naval de la *pax britannica* se manifestaba en lo que el Almirantazgo británico consideraba una panacea, es decir, que Gran Bretaña tuviese capacidad naval en todos los océanos y que su dimensión y su fuerza igualaran a la de las dos potencias navales que le seguían en importancia, o sea, la «norma de las dos potencias». A principios del siglo xx estos dos requisitos fueron modificados sin grandes alharacas. Gracias a la *détente* entre el Reino Unido y Estados Unidos (según los dos acuerdos de Hay-Pauncefote) y a la alianza anglo-japonesa de 1902 (pero sobre todo a la versión más extensa de ésta, firmada en 1905 y 1911), Gran Bretaña concentró sus fuerzas navales en los mares británicos y en el océano Índico, bajo la mirada de Canadá, Australia y Nueva Zelanda, suspicaces y aprensivos por cuestiones locales.

Lo que en la primera década del siglo xx y después significaba exactamente ser un dominio estaba algo menos claro y era menos rígido de lo que suele suponerse. Canadá, el primero en conseguir condición de dominio con la Ley de la Norteamérica británica de 1867, no sólo dio por sentado y demostró que el concepto significaba autonomía interna total, incluyendo la capacidad de recaudar impuestos, la responsabilidad por la ley y el orden y toda la legislación interna (excepto en lo concerniente a enmiendas a la constitución), sino que consiguió que Gran Bretaña reconociera la presencia de embajadores plenipotenciarios canadienses cuando se tratara de sus intereses exteriores fundamentales, como la pesca del rodaballo o la demarcación de sus fronteras marítimas o terrestres. Aun así, en el territorio canadiense hubo guarniciones británicas hasta 1906 y hasta la primera guerra mundial las tropas canadienses sirvieron al mando de generales británicos. No obstante, Canadá había abierto el camino de la definición y la extensión de las competencias en cuestiones de Asuntos Exteriores, sin oponerse por principio a la hegemonía británica en cuanto a asuntos imperiales internacionales y de defensa.

Pero no fueron ni los australianos ni los neozelandeses los pri-

meros en seguir su camino. En los dominios, fueron los católicos irlandeses, los sudafricanos de habla afrikaans, y los francocanadienses los que disentían o, cuando menos, se diferenciaban del resto de la Commonwealth imperial de principios del siglo, anglófona, protestante, dirigida desde Westminster y Whitehall. Hasta la primera guerra mundial, había entre las élites gobernantes de estos dominios muchas personas que seguían considerando Gran Bretaña su «hogar», o al menos así lo manifestaban, pese a las vociferantes minorías que se oponían a lo que consideraban como una forma de dependencia e inmadurez política. Las clases gobernantes y los sistemas político y administrativo de estos dominios estaban compuestos sobre todo de blancos. Cada uno constituía una sociedad nacional embrionaria, portadora y personificación de lo británico, pero con variaciones locales diferenciadas. La Commonwealth de Australia se convirtió en dominio en 1901, Nueva Zelanda lo hizo en 1907 y la Unión de Sudáfrica, en 1910.

Estos cuatro dominios «británicos», que así se los consideraba en general, tenían la impresión de estar al frente de las modernas economías agrícolas (y, en el caso de Nueva Zelanda, de productos lácteos), pioneras en la aplicación y adaptación de la tecnología más actual. Las suyas eran economías agrícolas que utilizaban más intensivamente el capital y la maquinaria que la mano de obra y se recuperaban algo lentamente de la larga crisis agrícola mundial de los años ochenta del siglo XIX. Es más, a principios del XX, estas cuatro sociedades «paranacionales» de gobierno blanco alteraban terriblemente la ecología y seguían sometiendo a los indígenas. Gran parte —y en el caso de Nueva Zelanda, la mayoría— de los bosques accesibles habían sido víctimas del hacha o del fuego; una buena parte de la fauna nativa se encontraba en peligro de extinción y los pueblos indígenas —«pieles rojas» y esquimales (que ahora se denominan dike e inuit), aborígenes, maoríes y extensas poblaciones no blancas de Sudáfrica, acababan de alcanzar o de superar su nadir demográfico. Estos pueblos indígenas poseían únicamente tierras marginales y relativamente improductivas. Los maoríes, por ejemplo, casi no tenían tierras en la neozelandesa Isla del Sur y sólo en las zonas menos fértiles de la Isla del Norte.

A finales del siglo XIX y principios del XX, las relaciones comerciales con otros países, el transporte marítimo, la inmigración y el derecho a firmar tratados constituían las principales esferas del control imperial británico. Los gobiernos de Gran Bretaña todavía creían en el libre comercio, pero los dominios, o «protodominios», mostraban una clara tendencia proteccionista y el deseo de imponer severos controles a la inmigración de «asiáticos», es decir sobre todo chinos e indios. En 1903, Nueva Zelanda empezó a discriminar ciertas importaciones y en 1906 firmó un acuerdo de reciprocidad con la Unión Aduanera Sudafricana, si bien fracasó en el intento de hacer lo mismo con Australia.

El poder de firmar tratados era exclusivo del gobierno imperial, pero las colonias «avanzadas» tenían voz en la forma de poner en práctica las disposiciones que las afectaban. También se aceptaba que el gobierno imperial no firmaría ningún tratado que impusiera obligaciones a los dominios sin el consentimiento de éstos. Se diferenciaban los tratados comerciales y los políticos. En cuanto a los primeros, los dominios poseían ya considerables poderes, pues a partir de 1892 se les reconoció la capacidad de adherirse a ellos tras cierto plazo y, a partir de 1899, la de retirarse de ellos por separado.

Con todo, los dominios no podían ofrecer concesiones arancelarias a una potencia extranjera, a menos que las ofreciera a todas las naciones con derecho al tratamiento de nación más favorecida, y cualquier concesión hecha a una potencia extranjera debía extenderse al resto de los dominios. Un dominio no podía por sí solo llegar a acuerdos que las autoridades británicas considerasen perjudiciales para los intereses de otras partes del imperio. Si un dominio firmaba un acuerdo comercial con una potencia extranjera, como lo hiciera Canadá con Francia en 1907, no podía negociarlo directamente, sino que tenía que hacerlo a través del gobierno imperial.

En cuanto a los tratados políticos, los dominios no tenían poderes todavía, aunque el imperio debía consultar con ellos en cuestiones que les afectaran, como ocurrió varias veces con Nueva Zelanda con respecto a tratados que tenían que ver con las Nuevas Hébridas. Los ministros de los dominios e imperiales aprovecharon la Confe-

rencia Imperial de 1911 para comentar en detalle la política británica. Sin embargo, las decisiones finales quedaban todavía en manos del gobierno imperial, y se dio por sentado que esto era válido para todas las relaciones exteriores del imperio.

Los cuatro primeros dominios no fueron títeres indolentes del gobierno británico, sino que sus intereses y los de sus votantes estaban representados por políticos patriotas, aunque a menudo muy provincianos, y es bajo esta luz como se han de interpretar sus actitudes y medidas. En 1910, las realidades del nacionalismo colonial —canadiense, australiano, kiwi y, por último, aunque no por eso menos importante, sudafricano afrikáner— habían destruido ya los proyectos idealistas de una federación imperial, últimas vibraciones de un movimiento que en Gran Bretaña llegó a su clímax entre 1885 y 1895. La ley de la Unión Sudafricana, de 1910 (una fórmula política que rechazaba la federación), inspiró a muchos entusiastas del imperio un ingenuo optimismo y suscitó la formación de mesas redondas en cada uno de los dominios. Estos grupos se dedicaban, al parecer, a fomentar una «unión orgánica» en todo el imperio, una frase convenientemente ambigua y elástica, en vista de que los particularismos nacionales acabaron por pasar por encima del concepto de solidaridad imperial, y pese a que los observadores ajenos al imperio solían exagerar su coherencia y unidad.

Si la perspectiva de la inminente rivalidad naval hacía estremecer al Almirantazgo británico y a quienes lo apoyaban, a los distantes dominios les alarmó el no poder ya conceder tanta credibilidad a la pretensión de la flota británica de su capacidad para ofrecerles seguridad y protección. La segunda guerra sudafricana, la de los bóers (1899-1902), la quintaesencia de lo que Rudyard Kipling llamó «guerra salvaje de paz», había demostrado repetidamente lo inadecuado del ejército británico. Humilló al Ministerio de Guerra el que muchos de los reclutas potenciales de las ciudades industriales septentrionales no fuesen capaces de superar las fáciles pruebas físicas para alistarse; además, la mortal precisión de los afrikáners a caballo, tiradores de primera, devastó a las tropas británicas, que seguían utilizando las tácticas de avance en formación que tan eficaces habían sido en ante-

riores guerras coloniales. Los bóers del Transvaal y del Estado Libre de Orange reconocieron la soberanía británica en el Tratado de Paz de Vereeniging, firmado en mayo de 1902, a cambio de la promesa de autogobierno. Posteriormente, los generales bóers, Botha, Smuts y Hertzog, orientaron el cambio en Sudáfrica. Desde el punto de vista político, a medida que disminuía la importancia de la agricultura en la estructura económica del África meridional, al término «bóer» lo sustituyó el concepto lingüístico y étnico de «afrikáner».

Canadienses, australianos y neozelandeses sirvieron como «voluntarios» del lado británico de la guerra sudafricana; durante este tiempo adquirieron, o se arrogaron, la reputación de ser superiores a los británicos en la guerra de contrainsurgencia. La segunda guerra de los bóers fue la primera en que voluntarios de ultramar del imperio británico lucharon junto a las tropas del Reino Unido. Unos 16500 procedían de las colonias australianas (murieron 588); Canadá mandó 8500 y Nueva Zelanda, 8000.

La primera guerra mundial estimuló mucho el sentimiento nacional. En Gallipoli y, luego, en Francia, los soldados de los dominios demostraron ser excelentes. Sin embargo, sufrieron numerosas bajas. Los canadienses se distinguieron en la segunda batalla de Ypres, así como las de la cresta de Vimy, Passchendaele, el Somme y Cambrai, pero perdieron a muchos hombres. También para esa guerra Australia reclutó a 420000 voluntarios —de una población total de unos 5000000—, de los cuales 330000 sirvieron en el extranjero y poco menos de 60000 murieron. Nueva Zelanda fue la primera en aplicar el servicio militar obligatorio y casi uno de cada tres hombres de entre veinte y cuarenta años murió o resultó herido, lo que representó una tremenda pérdida de posibles dirigentes en los años de la posguerra.

De 1910 a 1924 Smuts, a la sazón ministro de Defensa, creó el ejército sudafricano, con el que conquistó el África sudoccidental alemana (ahora Namibia) en 1915. Estuvo al mando de los ejércitos aliados en el África Oriental en 1917-1918, antes de ir a Gran Bretaña para asistir a la Conferencia Imperial sobre la Guerra y trabajar en el gabinete de Guerra en Londres (de junio de 1917 a diciembre de 1918). Tras desempeñar un papel destacado en la Conferencia de Paz y en la creación de la Sociedad de Naciones, regresó a su país,

donde sucedió a Botha; a partir de entonces, los sucesivos gobiernos británicos lo trataron como a un sabio y prudente asesor.

Después de la primera guerra mundial, Estados Unidos rechazó el Tratado de Versalles y la Sociedad de Naciones, evitando así compromisos formales a largo plazo, sobre todo en Europa. Canadá, Sudáfrica, Australia y Nueva Zelanda asistieron oficialmente a la Conferencia de Paz como parte de la delegación del imperio británico, pero desempeñaron un notable papel nacional, y Sudáfrica, Australia y Nueva Zelanda aceptaron respectivamente el mandato de África sudoccidental, Papúa Nueva Guinea y Samoa Occidental. Cada uno de estos dominios se convirtió en miembro fundador de la Sociedad de Naciones, cosa que indicaba su importancia creciente y sus intereses internacionales. Canadá, por su parte, declinó cualquier papel abiertamente colonial o colonial a medias.

El aislacionismo norteamericano de la posguerra no se extendía al Pacífico. En la Conferencia de Washington de 1921-1922, los tres dominios con costas en el Pacífico se unieron a Estados Unidos para poner fin a la alianza anglo-japonesa, que se remontaba a 1902. Esta conferencia también comprometía a Norteamérica en acciones de mayor alcance, relacionadas con la integridad de China, las medidas comerciales de «puerta abierta» y el control de armas en los barcos de las principales armadas del mundo. El Tratado de Washington avisaba que en el Pacífico el dominio naval y comercial pasaba a manos de Estados Unidos, hecho del que tres de los cuatro dominios tomaron buena nota (por supuesto, Sudáfrica no tenía nada que ver con los asuntos del Pacífico). No obstante, en la política estadounidense subsistió mucha ambigüedad, hasta el ataque japonés contra Pearl Harbor, el 7 de diciembre de 1941.

Existen dos mitos especialmente tenaces acerca de la Commonwealth de entreguerras. El primero, que el informe de la Comisión Balfour, presentado en 1926, y su reflejo en el Estatuto de Westminster, de 1931, supuso la llegada a la mayoría de edad constitucional e internacional de los dominios; el segundo, que la Conferencia Económica Imperial celebrada en 1932 en Ottawa introdujo por primera vez un sistema de proteccionismo imperial de gran alcance.

El Estatuto de Westminster, al abrogar la Ley de Validez de las Leyes Coloniales de 1865 y colocar en pie de igualdad a los dominios y Gran Bretaña, puso automáticamente fin a la superioridad del Parlamento de Westminster sobre los Parlamentos de los dominios y, por lo tanto, representó una importante transición de imperio a Commonwealth. Por entonces, los gobiernos de Irlanda y Sudáfrica eran especialmente favorables a la abrogación. En cuanto a Canadá, William Lyon Mackenzie King deseaba reducir los poderes del gobernador general y apoyaba una negociación al respecto, aunque, de hecho, las provincias canadienses se oponían a que los asuntos constitucionales canadienses pasaran de Westminster a Ottawa, situación que se repetiría varias veces en los cinco decenios siguientes. Sudáfrica y Canadá ratificaron de inmediato el Estatuto, aunque, con la Ley del Estado de la Unión [Sudafricana] (1934) y con la Ley de Canadá (1947), ambos dominios aclararon su relación con la «madre patria», al considerar que el Estatuto era más una cuestión constitucional del Reino Unido que de ellos.

La Conferencia Económica Imperial celebrada en Ottawa entre julio y agosto de 1932 constituyó un desesperado intento de Gran Bretaña y de los dominios por alzar barreras económicas en vista de la tormenta de la gran crisis económica. Aunque se trató de un acontecimiento de signo claramente colectivo, lo más sustancioso fue producto de acuerdos bilaterales preferenciales entre Gran Bretaña y los distintos dominios. En la conferencia dominó el mal humor. Se frustró la esperanza del primer ministro canadiense de la época, Richard Bennett, de garantizar el precio del trigo. Según los varios acuerdos bilaterales, el Reino Unido se comprometía a permitir la importación de mercancías, alimentos y materias primas del imperio, sin imponerles aranceles o bien con aranceles preferenciales. A cambio, los dominios darían preferencia a sus propias exportaciones y a las de Gran Bretaña, a condición de que no perjudicaran sus industrias nacionales. (En 1933 se extendió el acuerdo para cubrir también a las colonias.) Cabe recordar, sin embargo, que estas medidas proteccionistas constituían un reconocimiento de debilidad en una época de restricción sin precedentes del comercio mundial. A partir de entonces, cada dominio era muy consciente de su papel y de sus puntos flacos como parte del comercio, ya no sólo imperial sino mundial.

Con el aumento de la amenaza del fascismo en Europa, sobre todo en la segunda mitad de los años treinta, al principio los dominios eran firmemente favorables a una política de «aplacamiento» y, con reservas, de seguir las preferencias británicas en lo referente a la seguridad. La Conferencia Imperial de 1937 apoyó clamorosamente el término y el concepto del «aplacamiento». Se entiende que los dominios prefirieran y esperaran evitar un conflicto en Europa, así como verse involucrados de nuevo en las luchas europeas, sobre todo las británicas, si bien, desde la invasión de Manchuria por Japón, Canadá, Australia y Nueva Zelanda se sentían cada vez más incómodos con el militarismo y expansionismo nipón.

En Sudáfrica, durante la incómoda coalición, que duró de 1933 a 1939, entre el ala de Hertzog del movimiento nacionalista y el Partido Unido de Smuts, una serie de leyes «estatutarias», incluyendo la del Estatuto de la Unión (junio de 1934) y la de representación de los nativos (abril de 1936), intensificaron la segregación racial. El «problema de los nativos» quedó relegado por la incapacidad de Hertzog de mantener la neutralidad de Sudáfrica en 1939 y por el subsiguiente liderazgo de Smuts durante la guerra (hasta que fue derrotado y eclipsado en las elecciones de 1948).

La Gran Depresión económica golpeó muy duramente a los dominios. En Nueva Zelanda, por ejemplo, como consecuencia del hundimiento del precio de la lana y la retirada de la financiación internacional para importantes obras públicas, en octubre de 1933 había ochenta mil neozelandeses desempleados. No obstante, aún a mediados de los años treinta, en plena gran crisis, Nueva Zelanda se modernizaba en muchos e importantes aspectos que afectaron el estilo de vida de sus habitantes. Por ejemplo, en 1935 había 7,6 neozelandeses por cada vehículo, una cifra cercana a la norteamericana de 4,8, y se disponía de teléfonos, radios y electricidad tanto en el campo como en las ciudades.

La prontitud con que Canadá, Australia y Nueva Zelanda entraron en la guerra, en 1939 (mientras que el Parlamento sudafricano no votó declararle la guerra a Alemania sino después de un agrio debate, y sólo por apretada mayoría, y gracias al liderazgo de Jan Christiaan

Smuts), demostró que su indudable independencia no había deshecho los estrechos lazos que mantenían con Gran Bretaña. Al principio, la guerra se pareció a la de 1914. Las tropas canadienses fueron a Gran Bretaña (y Canadá no tardó en proporcionar bases para entrenar a los pilotos, en cumplimiento del Proyecto de Entrenamiento Aéreo de la Commonwealth), y a los australianos y neozelandeses los mandaron a Egipto a entrenarse para el conflicto europeo. Al poco tiempo se encontraron luchando, debido a los avances del enemigo y pronto entraron en acción en Grecia, Creta, África septentrional e Italia.

Las fuerzas sudafricanas también desempeñaron un papel relevante en la segunda guerra mundial. Unos 200000 blancos (más de la mitad de ellos afrikáners) y 125000 no blancos, sobre todo mulatos africanos y asiáticos, se alistaron en las fuerzas armadas sudafricanas y muchos de ellos sirvieron de forma destacada en los escenarios de guerra etíope, mediterráneo y malgache. A los que no eran blancos no se les permitía cargar armas, y se encargaban de repartirlas entre las diferentes unidades, donde llevaron a cabo tareas de vital importancia como portadores de camillas, peones, etc. La industria se transformó con eficacia en productora de municiones y uniformes militares. Las hazañas de los sudafricanos en la guerra resultaron impresionantes, habida cuenta de la fuerza de la oposición a la guerra en el país, si bien, por suerte para el gobierno de Smuts, la oposición se fragmentó en las fases críticas de la contienda.

Al ataque japonés a Pearl Harbor, a principios de diciembre de 1941, lo siguió pocos meses después, el avance nipón en el Sureste asiático y en el Pacífico, que capturó, después de enfrentarse con ellos, a decenas de miles de soldados de la Commonwealth y de las colonias británicas, incluyendo canadienses en Hong Kong. Las fuerzas australianas y neozelandesas lucharon junto a las tropas británicas, de las colonias británicas y de los norteamericanos, y junto a ellas experimentaron los reveses y las victorias de las variables suertes militares. El escenario del Pacífico estaba dominado por Estados Unidos, lo mismo que los del Atlántico Norte y el Mediterráneo en las últimas etapas del conflicto. El hecho de que el desastre lo evitaran en mayor medida las tropas norteamericanas que las británicas influyó sobremanera en el cambio de actitud de los dominios acerca

de su seguridad futura. A partir de entonces, los cuatro primeros dominios intentaron definir su posición internacional con respecto a lo que era, de hecho, una *pax americana* de posguerra; o sea, un orden internacional, tanto económico como diplomático y militar, puesto que el Sistema de Bretton Woods (1944-1947) reconocía de hecho e institucionalizaba la hegemonía de Estados Unidos en los asuntos económicos del mundo.

La segunda guerra mundial demostró la veracidad de una tesis expuesta por el historiador británico Jack Gallagher, a saber, que en el siglo xx el imperio británico no experimentó una decadencia y una caída como tales, sino que en las dos guerras mundiales demostró ser una asombrosa y formidable coalición de intereses, y que sería más indicado hablar de una decadencia y un auge (dos auges, de hecho, en 1914-1918 y en 1939-1945) y sólo después una caída final del imperio británico. Es más, a lo largo de la segunda guerra mundial, mientras el imperialismo británico y otros imperialismos europeos occidentales se mantenían a raya, se produjo un fuerte desacuerdo entre Gran Bretaña y Estados Unidos acerca de cuál debía ser la naturaleza del orden colonial de la posguerra. (Diríase, en cierta forma, una repetición de las discusiones entre británicos y norteamericanos en las últimas etapas de la primera guerra mundial.) El presidente Roosevelt estaba a favor de un régimen internacional para todas las colonias, mientras que el Reino Unido, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica (todas ellas potencias con mandato según el artículo 22 del Pacto de la Sociedad de Naciones) preferían un sistema de tutela —y consiguieron el de la ONU— que, al igual que en 1919, sólo estipulara cómo se debía disponer de las colonias de las potencias derrotadas.

Los cuatro dominios desempeñaron un papel activo en la puesta en marcha del sistema de tutela de la ONU, en San Francisco, en 1945. Canadá, que así se vio impulsado brevemente a una condición sin precedentes de potencia prominente, abogaba por el funcionalismo internacional y por no ser más que una potencia media. Australia, cuya delegación encabezó el irascible y expresivo doctor Evatt, abogaba por el anticolonialismo y los intereses de las potencias menores, refiriéndose especialmente a su país. Smuts, de Sudáfrica, ya un veterano estadista de talla internacional, redactó el borrador del

Preámbulo de la Carta de la ONU, de tonos muy nobles, una aportación algo irónica teniendo en cuenta que tres años después sufriría un eclipse político y su país, dirigido por racistas afrikáners, estaría completamente decidido a institucionalizar el *apartheid*.

Al final de la segunda guerra mundial, los cuatro dominios buscaron de modos distintos reorientarse en un mundo dominado por la guerra fría, en la que Estados Unidos y la Unión Soviética eran los principales contendientes; todos se identificaron en términos generales, aunque con reservas, con la política norteamericana. Por cierto que, mientras India, Pakistán y Sri Lanka se independizaban a finales de los años cuarenta, primero como dominios y luego como Estados plenamente independientes, los cuatro primeros dominios descartaron gradualmente y sin aspavientos el término «dominio» de sus denominaciones oficiales, por considerarlo incompatible con su indudable independencia. Así pues, la «desdominización» precedió o acompañó a la marea alta de la «desimperialización» británica.

Al intensificarse los enfrentamientos de la guerra fría a finales de los años cuarenta, Canadá se unió a la OTAN cuando se creó en abril de 1949, por lo que aceptaba el compromiso de mantener tropas en Europa, en un momento en que no había ninguna guerra «caliente» en el continente. Formar parte de la OTAN constituía una estrategia tan revolucionaria para Canadá como para Estados Unidos y Gran Bretaña. El artículo 2 del Tratado se llama a veces «la cláusula canadiense», porque por insistencia de Canadá se incluyó la idea de que los signatarios debían trabajar en favor de una comunidad política y económica de los países de la organización. Después de intervenir en la guerra de Corea, Canadá se volvió (lo mismo que el Reino Unido) más cauteloso en cuanto a ser un aliado militar menor de Estados Unidos en Asia y el Pacífico y prefirió una función económica, como lo demuestra su participación en el Plan Colombo desde principios de los años cincuenta y en la Asociación de Naciones del Sureste Asiático (ASEAN), desde finales de los setenta. Aun así, los imperativos económicos impuestos por la cercanía de ambos países se ponen de manifiesto en sus filiaciones económicas internacionales, como socio de Estados Unidos en el G7, de la Cooperación Econó-

mica Asia-Pacífico y, sobre todo en el Tratado de Libre Comercio del Atlántico Norte (NAFTA), firmado a principios de los noventa. Aparte de que el setenta por ciento del comercio canadiense es con Estados Unidos, estos factores económicos tienen su lógica y su propio movimiento.

Las primeras dos décadas de la posguerra estuvieron marcadas, en Australia y Nueva Zelanda, por el apoyo activo a los objetivos regionales, tanto de Londres como de Washington, sobre todo en lo que se refiere a diplomacia y defensa. Fuerzas australianas y neozelandesas lucharon en la guerra de Corea, participaron en la «emergencia malaya», en el «enfrentamiento» de Indonesia con Malaysia y apoyaron a Estados Unidos en Vietnam; de hecho, este último conflicto dividió gravemente a la opinión publica de ambos países. El que el Reino Unido accediera a la Comunidad Europea (CE) a principios de los años setenta ponía de relieve esta evolución, de modo que los gobiernos de Australia y de Nueva Zelanda se definieron como parte de la región Asia-Pacífico, aun cuando conservaban sus fuertes lazos con el Occidente industrializado y, especialmente, todavía, con Gran Bretaña.

La crisis del canal de Suez, que duró de julio a noviembre de 1956 y que desembocó en unos días de guerra a principios de noviembre, sacudió a lo que era todavía una Commonwealth muy dirigida por el Reino Unido. Los primeros ministros de Australia y Nueva Zelanda tomaron firme partido por el británico sir Anthony Eden, y arrastraron consigo a los miembros de su gabinete, pese a los recelos apenas expresados de algunos y a las corrientes de reacciones contrarias entre su electorado. Canadá, gracias sobre todo a la hábil diplomacia de Lester Pearson, ayudó a sacar a Gran Bretaña del atolladero en que se había metido y, al inventar una Fuerza de Emergencia de la ONU (UNEF), fue el pionero de la pacificación como leitmotiv de la política internacionalista de su país. La actitud más bien indiferente del gobierno sudafricano con relación al contratiempo de Suez se resumió en la declaración de su primer ministro, Johannes Strijdom, hecha el 27 de julio de 1956: «Más vale mantener la cabeza fuera del nido de avispas —dijo—. Pero el Próximo Oriente, que ha sido siempre un lugar peligroso, es de vital importancia para Sudáfrica, puesto que es la puerta geográfica de este continente.» La Commonwealth se recom-

puso bastante de prisa en 1957, pero con la descolonización aumentó el número de sus miembros, se diluyó su talante británico y se transformó considerablemente a partir de los años sesenta.

La creciente preocupación de australianos y neozelandeses con respecto a los asuntos regionales del Pacífico se debió en parte a lo cambiante de sus economías, y en parte a que Gran Bretaña se desprendió de su papel imperial en aquella vasta región, dejando a los dos antiguos dominios de los antípodas con mayores responsabilidades, a la vez que los convertía en más dependientes del poder norteamericano. En los años cincuenta y sesenta, la política exterior tanto de Australia como de Nueva Zelanda se tiñó profundamente de anticomunismo y culminó en su participación en la guerra de Vietnam, un compromiso que resultó sumamente controvertido y causó divisiones políticas en ambos países.

En 1974 el gobierno australiano de Whitlam abandonó la política de una «Australia blanca» y, a partir de entonces, los gobiernos del país adoptaron una política de inmigración ostensiblemente liberal y no racista, aunque en la práctica el grado de apertura dependía de la situación económica y, sobre todo, del mercado de trabajo del momento. Roger Douglas, ministro de Finanzas del gobierno laborista neozelandés encabezado por David Lange, elegido en 1984, fue la fuerza impulsora del intento de convertir una economía estancada en el proteccionismo en una economía de libre comercio y de mercado (la prensa tildó sus medidas de «Rogeronomía»).

La influencia cultural norteamericana (televisión, cine, revistas) tendía a homogeneizar los aspectos cada vez más urbanizados del estilo de vida de canadienses, australianos y neozelandeses. En Sudáfrica, incluso después del fin del *apartheid*, el desorden estructural en cuanto al enorme contraste de nivel de vida de blancos y negros parecía calcar lo que, en la jerga de los años sesenta y setenta (aún aplicable en este aspecto a la Sudáfrica de fines de los noventa), se llamaba contrastes entre primer y tercer mundos.

En Sudáfrica las leyes y el fuerte liderazgo de tres primeros ministros sucesivos —Malan (1948-1954), Strijdom (1954-1958) y Verwoerd (1958-1966)— fomentaron el poder del Partido Nacionalista.

Su política formal de segregación racial en lo político y lo social llegó a conocerse como *apartheid*. Así, estos gobiernos nacionalistas adoptaron numerosas leyes raciales a fin de reforzar la hegemonía de los blancos. Crearon un registro popular que definía la categoría racial de cada sudafricano; declararon ilegales el matrimonio y las uniones de hecho entre blancos y no blancos; dividieron rigurosamente las ciudades y las regiones rurales en zonas en las que miembros de una sola raza tenían derecho a poseer u ocupar propiedades o negocios; tomaron el control de la enseñanza escolar para africanos y blancos y eliminaron las escuelas de las misiones; excluyeron de las universidades existentes a los no blancos y fundaron institutos secundarios para ellos; interfirieron en el movimiento obrero a fin de separar a blancos de no blancos; otorgaron amplios poderes a los funcionarios para expulsar de las ciudades a los africanos «indeseables»; extendieron la práctica de reservar ciertos puestos de trabajo para los blancos; impusieron la segregación donde antes no existía, como en autobuses, trenes, correos, bibliotecas, cines y teatros. Así, los sudafricanos blancos y negros rara vez se encontraban, salvo como amos y trabajadores, o gobernantes y súbditos.

Además, los nacionalistas transformaron Sudáfrica en república. En un referéndum llevado a cabo en 1960, una pequeña mayoría de votantes blancos expresó su preferencia por una república. En marzo de 1961, Verwoerd preguntó en una conferencia de primeros ministros de la Commonwealth, reunida en Londres, si Sudáfrica podía seguir siendo miembro de la Commonwealth cuando se aplicara el cambio. Retiró la solicitud cuando otros jefes de gobierno criticaron las políticas raciales del suyo. Canadá, encabezada por Diefenbaker, se expresó de forma abierta y contundente; sólo el gobierno australiano de Menzies y el gobierno anfitrión de Harold Macmillan parecían deseosos de que Sudáfrica permaneciera en la Commonwealth. A resultas de ello, cuando Sudáfrica se convirtió en república, el 31 de mayo de 1961, salió de la Commonwealth.

Por una combinación de razones geopolíticas e ideológicas, que tenían que ver con su posición en el mapa y con el exclusivismo y la hegemonía de los blancos, expresados en el *apartheid*, Sudáfrica sólo se involucró marginalmente en los compromisos y las crisis de la guerra fría. En la práctica, más que una indicación de su posición en la

guerra fría y pese a los cambios de gobierno habidos entre 1948 y 1994, la retórica anticomunista del régimen formaba más bien parte de la campaña sostenida contra los opositores en el interior (el proscrito Partido Comunista, el Congreso Nacional Africano y otros). El *apartheid* dictaba virtualmente si no una autarquía, al menos una aceptación renuente pero desafiante de su posición como Estado paria y un profundo aislacionismo y unilateralismo.

Los siguientes treinta años vieron el desafío de los sucesivos gobiernos sudafricanos a la comunidad internacional, que trataba al régimen del *apartheid* como paria. No fue sino hasta 1989 cuando, como resultado de la oposición interna, las tensiones económicas y las sanciones internacionales, se empezaron a anular las limitaciones del *apartheid* y el gobierno anunció su disposición a extender los derechos políticos a todos los sudafricanos adultos. Aunque esto coincidió con el colapso de la Unión Soviética, este colapso no fue el causante del cambio. En febrero de 1990, después de treinta años, se anuló la prohibición del Congreso Nacional Africano, y su líder, Nelson Mandela, salió de la cárcel. El 22 de diciembre de 1993, el Parlamento aprobó por 237 votos contra 45, una Constitución Transitoria, y con ello preparó el camino de un nuevo Parlamento multirracial, elegido a finales de abril de 1994.

Si bien a finales del siglo XIX Nueva Zelanda constituía un laboratorio social, un pionero de las medidas de bienestar social, en el último decenio del XX, se lo veía en general como el pionero de las privatizaciones, de una economía desregulada y de reconstrucción de gran alcance.

Hacia el fin del siglo, los primeros dominios debatían activamente sobre la naturaleza de sus respectivas identidades nacionales, sobre el lugar que debían ocupar tanto sus pueblos aborígenes como las cuestiones ambientales y ecológicas, los derechos humanos y la revisión de las constituciones. Esto significaba que Australia debía decidirse a favor o en contra del republicanismo; debía redefinirse el lugar de Quebec dentro o fuera de Canadá y aplicarse un nuevo sistema de representación proporcional en el Parlamento unicameral de Nueva Zelanda; también era necesario idear un nuevo orden político, so-

ciocultural y económico del *postapartheid* en lo que el presidente sudafricano ha llamado «la nación del arco iris», o sea, la «nueva» Sudáfrica, que se reincorporó a la Commonwealth en junio de 1994.

Desde 1990, el Programa de la ONU para el Desarrollo (UNDP) publica un informe anual sobre el desarrollo humano, que pretende sustituir «la equivocada política de basar el progreso humano exclusivamente en el crecimiento económico» con medidas de «desarrollo humano sostenible»; de este modo proporciona tanto un «espejo que refleja las pautas actuales de desequilibrio global, como un telescopio que muestra las posibilidades futuras más positivas». Entre 1990 y 1996 Canadá estuvo siempre entre los tres primeros en este índice de más de ciento setenta países, y en 1996 ocupó de nuevo el primer lugar. En 1996, Australia ocupó el undécimo lugar y Nueva Zelanda el decimocuarto, por encima del decimosexto del Reino Unido, y del decimoctavo de Alemania, pero por debajo del séptimo de Francia. Por su parte, Sudáfrica, con sus espectaculares contrastes entre ricos y pobres, no se encontraba entre los primeros cincuenta y siete países que «disfrutaban de un elevado desarrollo humano», sino que se situó exactamente en el centésimo lugar, en los dos tercios inferiores de la segunda categoría, de «países con desarrollo humano medio», y muy lejos de la tercera y final, de poco más de cuarenta países con «desarrollo humano bajo». Así, en 1995, tres de los cuatro primeros dominios de 1910 no sólo eran modernos, sino que se modernizaban continuamente, mientras que la Sudáfrica del *postapartheid* ha emprendido enérgicamente una tardía modernización para la vasta mayoría de su población.

Al término del siglo, tres de estos cuatro países son indudablemente modernos (y hasta posmodernos), en el sentido de que están al tanto de las tecnologías más avanzadas del mundo y tratan continuamente de utilizarlas y mejorarlas. Los ciudadanos de los tres países disfrutan, en términos mundiales, de un alto nivel de vida en un ambiente de paz. Muchos turistas e inmigrantes en potencia los consideran países deseables y hasta envidiables donde pasar las vacaciones o establecerse; quizá vuelvan a pensar lo mismo de Sudáfrica, si ésta, con su nueva constitución de 1996, consigue tanto la estabilidad política como una prosperidad suficiente para atraer a turistas e inmigrantes.

A principios del siglo xx y durante su primera mitad, las actitudes hacia el imperio británico y su sucesora transmutada, la Commonwealth, eran bastante consistentes. Para la mayoría de los canadienses, australianos y neozelandeses, el imperio-Commonwealth constituía una asociación entrañada con su propia historia y al menos parte de sus tradiciones. Los sudafricanos blancos, anglófonos y afrikáners solían tener opiniones contrapuestas en cuanto a sus méritos. La existencia del imperio conllevó un complejo legado de orgullo y humillación. A mediados de los años sesenta, Gran Bretaña cedió la presidencia permanente de la Commonwealth, tras lo cual se estableció una Secretaría compuesta por todos los países miembros de la comunidad, cuyo primer secretario general fue el canadiense Arnold Smith. La Commonwealth británica se había convertido, así, simplemente en «la Commonwealth».

En opinión de muchos observadores, la Commonwealth posterior a 1965 padecía tanto de un vago sentimiento benevolente como del legado de suspicacia y hostilidad de generaciones anteriores. Canadá, Australia y Nueva Zelanda se mostraron mucho más firmes que el Reino Unido en su oposición a las prácticas del *apartheid* sudafricano, sobre todo en los cónclaves de la comunidad celebrados en los años ochenta. Dejaron de reprimirse las manifestaciones negativas y ya nadie sospecha que alguien esté tratando de atraer a su país de vuelta a la matriz imperial. La impresión dominante es que la Commonwealth afirma buenos valores pero que probablemente no tenga gran relevancia, pues parece ajena a las tendencias generales de la vida contemporánea internacional, opinión a la que, naturalmente, se opondrían sus paladines.

Después de todo, la Commonwealth de los años noventa no proporcionó una defensa común, ni grandes sumas de capital a nivel bilateral, ni dio golpes cuyo impacto equivaliese a los del Banco Mundial, la Unión Europea, el G7 u otros organismos y asociaciones internacionales. Aun así, cada uno de estos primeros cuatro dominios desempeña un papel activo en los asuntos de la Commonwealth. Canadá, Australia y Nueva Zelanda han sido anfitriones de las cumbres de jefes de Estado de la Commonwealth —Canadá en 1973 y 1987, Australia en 1981 y Nueva Zelanda en 1995—. La Cumbre de Auckland, de noviembre de 1995, fue importante por el retorno de

Sudáfrica a la comunidad, con Nelson Mandela como presidente. De hecho, este país será el anfitrión de la cumbre de 1999. Desde los años sesenta, Canadá y Australia, junto con Gran Bretaña, han suministrado la mayor parte de los fondos de funcionamiento de todos los organismos de la Commonwealth, como el Secretariado de la Commonwealth y el Fondo para la Cooperación Técnica de la Commonwealth, aunque ya en los noventa, con los casos de Malaysia y de Singapur y, en potencia, de otros países de la comunidad, se había vuelto obsoleta la idea de que el Reino Unido y los cuatro antiguos dominios eran los únicos miembros ricos y que el resto era pobre.

La Commonwealth de finales del siglo xx puede parecer un anacronismo, pero para quienes la siguen de cerca constituye una asociación postimperial de gobiernos y pueblos asombrosamente activa y persistente.

# 25. ¿Hacia una comunidad mundial?: Las Naciones Unidas y el derecho internacional

ADAM ROBERTS

El siglo xx, llamado a menudo el «siglo de la guerra total», también podría llamarse el siglo del derecho internacional y de la organización global. Después de 1899 y sobre todo después de las dos guerras mundiales, hubo varios intentos de colocar el sistema de Estados soberanos, anárquico y propenso a las guerras, dentro de un marco eficaz que lo englobara. Las necesidades prácticas, unidas al deseo idealista de crear un mundo mejor, contribuyeron en gran medida a impulsar avances sin precedentes en los campos jurídico y organizativo. La idea de que los Estados del mundo constituyen una especie de «comunidad» o «sociedad», o al menos que así debería ser, se convirtió gradualmente en un lugar común. Sin embargo, las relaciones internacionales en el siglo xx no han progresado sin transición de la guerra a las leyes, ni se ha pasado enteramente de la anarquía de los Estados soberanos al marco de las Naciones Unidas.

Desde que el moderno sistema de Estados soberanos emergió en la Europa del siglo xvii, se ha aceptado hasta cierto punto que las relaciones entre Estados deben someterse al derecho. Acaso hubiera —y las hubo— frecuentes disputas en cuanto a lo que significaba el derecho, cómo se promulgaba, cómo se aplicaba en situaciones concretas y cómo se hacía cumplir, pero lo más importante es que perduraron las tensiones entre la idea del Estado como soberano y su supuesta obligación de cumplir las reglas internacionales.

Hasta al menos mediados del siglo xix, la mayoría de las reglas

de dimensión internacional se encontraban codificadas en tratados entre dos o, como mucho, unos pocos Estados, o bien en los escritos de los juristas. No fue sino hasta la segunda mitad del siglo cuando el tratado multilateral, en el que podía participar cualquier Estado, se convirtió en instrumento principal del derecho internacional. El hito se dio en la Declaración del Derecho Marítimo, firmado en París en 1856, al final de la guerra de Crimea, que establecía normas generales para el complejo problema de las relaciones entre los beligerantes y el transporte marítimo neutral en tiempos de guerra. Al cabo de un año, cuarenta y nueve Estados —tan distantes como Japón, Perú y Suecia— se habían acogido al tratado. La idea de unas normas recogidas en un tratado que se aplicara por igual a todos los Estados se convertiría en uno de los fundamentos del derecho internacional del siglo XX.

En la segunda mitad del siglo XIX se dio también un asombroso incremento en el número de organismos internacionales. Los Estados creaban organismos que se encargaran de asuntos prácticos como la navegación en el Rin y otros principales ríos europeos. En 1868 se fundó el más antiguo de los organismos intergubernamentales que aún existen, a saber, la Agencia Internacional de Telégrafos, conocida desde 1932 como la Unión Internacional de Telecomunicaciones, y en 1874, la Unión Postal (universal desde 1878). Se establecieron organismos semejantes para tratar de todo, desde los pesos y medidas hasta la salud.

Estos inicios, en el siglo XIX, de un nuevo sistema intergubernamental de derecho y de organización tenían límites obvios. El derecho internacional existente era principalmente de origen y carácter europeo, y su aplicación, en el mejor de los casos, resultaba problemática en gran parte de África y Asia, en especial donde los occidentales consideraban que los habitantes era «retrasados» o «bárbaros». Perduraban todavía grandes ambigüedades en cuanto a si la comunidad internacional que iba surgiendo era europea o global. No existían organismos internacionales permanentes para temas como la seguridad, y relativamente pocas limitaciones jurídicas al uso de la fuerza. Con todo, la creación de instrumentos legales internacionales y de organismos operativos hacía factible un futuro en el que los Estados formaran parte de un marco jurídico y organizativo más amplio.

Las Conferencias de Paz de La Haya de 1899 y 1907 constituyeron el último intento del siglo XIX y el primero del XX de resolver, a nivel general, el problema de la guerra. Las convocó el zar de Rusia Nicolás II, preocupado por la posibilidad de una gran guerra, por las nuevas armas que pudieran minar la ventaja que daba a Rusia la superioridad numérica de soldados y por el costo mismo de los armamentos. Estas conferencias, en las que participó un número sin precedente de Estados, fueron las precursoras de las reuniones diplomáticas a nivel mundial que caracterizarían las relaciones internacionales del siglo XX.

En la primera Conferencia de La Haya, celebrada en mayo-julio de 1899, participaron representantes de veintiséis Estados, incluyendo algunos no europeos como China, Japón, México, Persia y Estados Unidos. No consiguieron llegar a un acuerdo para limitar la posesión de armas pesadas, fracaso que se repetiría con frecuencia en el siglo XX. Sin embargo, adoptaron tres convenciones y tres declaraciones. Las dos primeras convenciones fueron pioneras, ya que establecían, respectivamente, un nuevo organismo jurídico internacional y un nuevo código de leyes aplicables en caso de guerra:

- *Primera Convención para el Acuerdo Pacífico de Desacuerdos Internacionales.* Estableció el Tribunal Permanente de Arbitraje, compuesto de un panel de árbitros que los Estados podían seleccionar para cada desacuerdo concreto. Entre 1900 y 1932 resolvió veinte casos. Aunque moribundo, aún existe. Tal vez esto parezca demasiado simbólico del limitado papel que desempeña el derecho internacional en el siglo XX, pero una de las principales razones por las que cayó en desuso es la creación de varios mecanismos más satisfactorios para zanjar contenciosos, incluyendo el Tribunal Permanente de Justicia Internacional (ahora Tribunal Internacional de Justicia) al que nos referiremos más adelante.
- *Segunda Convención sobre las Leyes y las Costumbres de la Guerra en Tierra.* Estableció y codificó, por primera vez en forma de tratado multilateral, una serie de normas (la mayoría de las cuales eran ya familiares para los ejércitos bien entrenados de los llamados «Estados civilizados»), que cubrían asuntos como el trato dispensado a los prisioneros de guerra, la protección de los hospitales, las ne-

gociaciones para treguas y el comportamiento de los ejércitos en los territorios ocupados. Las disposiciones básicas de esta convención, modificada apenas en la cuarta Convención de La Haya, en 1907 —ignorada a menudo pero aún vigente—, siguen aplicándose a finales del siglo xx.

En la segunda Conferencia de Paz de La Haya, celebrada en junio-octubre de 1907, participaron más países (44) que en la primera; de éstos no menos de diecisiete eran de América del Sur y América Central. Tampoco en esta ocasión llegaron a un acuerdo general sobre la limitación de armamentos, pero adoptaron trece convenciones (diez sobre normas para la guerra) y una declaración. Una interesante innovación fue el intento de limitar el uso de la fuerza para el cobro de deudas. A partir de entonces, una nube de oprobio planeó sobre las intervenciones con el propósito de cobrar deudas.

El Acta Final preveía la celebración de una tercera conferencia de paz al cabo de unos siete u ocho años, pero para entonces ya se libraba la «gran guerra» y habían muerto muchas de las esperanzas despertadas en La Haya. Diríase que se vindicaban las opiniones más críticas sobre las conferencias de paz de La Haya. Joseph Conrad había dicho, al referirse a la de 1899, que constituía «un reconocimiento solemnemente oficial de la Tierra como Hogar de las Pugnas», y el historiador germano Theodor Mommsen la había llamado «una errata de la historia del mundo». Si bien estas opiniones resultaban demasiado despectivas, considerando que algunas partes del legado de estas conferencias perduraron en el siglo xx, también se acercaban a la incómoda verdad.

El desastre de la primera guerra mundial contribuyó a reforzar decididamente la idea de que no bastaba con limitar o humanizar la guerra, lo que, según se pensaba, habían intentado conseguir, sin éxito, las conferencias de La Haya, sino que hacía falta evitarla del todo. Los victoriosos aliados, reunidos en París en 1919, crearon el primerísimo organismo internacional de alcance global y general, la Sociedad de Naciones. Su documento fundador, llamado «Pacto»

(*Covenant* —alianza— en inglés, lo que le daba un talante casi religioso), contenía varias disposiciones que pretendían desalentar a los Estados que quisieran recurrir a la fuerza; incorporaba tres enfoques principales: la reducción de armamentos nacionales, la resolución jurídica de los contenciosos y una respuesta colectiva a las agresiones. El artículo 10 era característico del pacto en su conjunto, por cuanto daba por sentado el statu quo, hacía grandes promesas y carecía de precisión con respecto a los medios que se utilizarían para hacerlo respetar. Según este artículo, los miembros de la Sociedad se comprometían a respetar y a defender la integridad territorial y la independencia política existente de todos los miembros en caso de agresiones externas. En caso de que se produjera o hubiera amenaza o peligro de tal agresión, el Consejo advertiría al agresor de los medios que se utilizarían para hacer cumplir esta obligación.

La Sociedad de Naciones, creada en 1920 con sede en Ginebra, no satisfizo las esperanzas que en ella se habían depositado; en parte porque, aunque consiguió la adhesión de unos sesenta miembros, varias potencias se mantuvieron al margen y otras la minaron desde dentro. Estados Unidos, que había hecho más que cualquier otra nación para que la Sociedad se convirtiera en realidad, se negó a participar en ella, pues al Congreso le preocupaba la posibilidad de que el país se comprometiera en conflictos lejanos y no veía con buenos ojos la transferencia de la capacidad decisoria a un organismo internacional, al entender que esto debilitaría sus propios poderes constitucionales y la soberanía nacional. Por su parte, Japón y Alemania anunciaron que se retiraban en 1933, y la Unión Soviética, que la había acusado de ser «una coalición de potencias victoriosas que desean imponer su voluntad a otros Estados», no entró en ella hasta 1934.

Parte del fracaso de la Sociedad de Naciones se debió a que los mecanismos propuestos para la consecución de la seguridad tenían fallos internos. Era imposible que funcionara la idea de una respuesta colectiva cuando los Estados no se ponían de acuerdo sobre si ciertos actos constituían una agresión; cuando no se entendían sobre si las sanciones económicas o la fuerza militar constituían respuestas adecuadas a dichos actos, y cuando las decisiones del organismo reque-

rían unanimidad, cosa imposible en los años veinte y treinta respecto a la mayoría de los problemas de seguridad. Es cierto que trató en serio la mayoría de las crisis, y en los años treinta escuchó apremiantes súplicas para que actuara contra el uso de la fuerza japonesa, italiana y alemana, pero sus respuestas resultaron ineficaces.

En la era de la Sociedad de Naciones hubo numerosos intentos de controlar legalmente la posesión de armamentos y el uso de la fuerza. Algunos de estos intentos resistieron más que otros. En 1935-1936, Italia violó en Abisinia el Protocolo de Ginebra de 1925, que prohibía el uso en la guerra del gas venenoso y de armas bacteriológicas. No obstante, quizá el protocolo influyera, junto con la amenaza de pagar con la misma moneda, en que se limitara el uso de estas armas en los principales conflictos internacionales, incluyendo la segunda guerra mundial; además, sigue vigente a finales del siglo. Sin embargo, se han producido numerosos y costosos fracasos. En el Pacto Kellogg-Briand, de 1928, las principales potencias de la época afirmaron que renunciaban a la guerra «como instrumento de política nacional en sus relaciones mutuas». La experiencia posterior demostró que las promesas de este tratado eran más bien papel mojado. La salida de Alemania de la Sociedad de Naciones eclipsó el intento más notable del organismo en favor del desarme, la Conferencia para la Reducción y Limitación de Armamentos, celebrada en 1932-1934, que, de todos modos, no consiguió ninguna medida de desarme relevante.

Aun antes del estallido de la segunda guerra mundial, la Sociedad había fracasado como instrumento de seguridad y había muerto de hecho, aunque no se la remató hasta 1946. Con todo, dejó varios legados duraderos. En los años veinte desalentó algunos conflictos incipientes y ayudó a zanjar unos cuantos contenciosos internacionales. A su amparo se crearon varios organismos internacionales que sobrevivieron a esta agónica madre; éstos incluían la Organización Internacional del Trabajo (OIT) y el Tribunal Permanente de Justicia Internacional (que, desde 1945-1946 se llama Tribunal Internacional de Justicia, TIJ), al cual los Estados pueden recurrir para que zanje jurídicamente sus conflictos interestatales. Quizá el legado más importante de la Sociedad de Naciones fuese negativo, pues supuso un ejemplo de los errores que los estadistas no querrían repetir.

El orden internacional organizativo y jurídico posterior a 1945 se conformó con firmeza no sólo gracias a las lecciones aprendidas en los años de entreguerras, sino también gracias a los acontecimientos de la segunda guerra mundial. La alianza militar contra el Eje, que, a partir de 1942 se llamó a sí misma «Naciones Unidas», se veía no sólo como la expresión de la voluntad colectiva de los Estados de resistirse a las agresiones sino que también proclamó como su propósito central el castigo de los crímenes de guerra y la creación de un nuevo organismo internacional. En respuesta directa a los acontecimientos de la guerra, se celebraron numerosos juicios de guerra y una nueva serie de leyes en pro de los derechos humanos. Más adelante estudiaremos el impacto de éstos y otros hechos jurídicos internacionales. La alianza fue asimismo la crisálida de la que surgió el nuevo organismo internacional que llevaba el mismo nombre que ella misma se había dado: Organización de las Naciones Unidas (ONU).

La Carta de la ONU copiaba algunos aspectos del Pacto de la Sociedad de Naciones: se dotó de una asamblea plenaria (la Asamblea General), un ejecutivo más reducido (el Consejo de Seguridad), un Secretariado y una red de organismos especializados como parte de un sistema en el centro del cual se hallaba la propia ONU, y, al igual que el Pacto, su preocupación principal consistía en evitar las guerras. Sin embargo, aparte de ser mucho más larga y más detallada, la Carta difería del Pacto en tres aspectos esenciales. El primero y más crucial —que debía mucho a Estados Unidos, país que participó mucho más en la redacción de la Carta que en el Pacto— hacía hincapié en los derechos humanos fundamentales, en la importancia de los problemas económicos y sociales y en el «principio de igualdad de derechos y autodeterminación de los pueblos», con lo que la Carta daba a entender que la ONU no sería meramente un sindicato de naciones ni un cártel de imperios europeos. En segundo lugar, al hablar relativamente poco del desarme, evitaba las aspiraciones demasiado elevadas que perdieran de vista la realidad. En tercer lugar, en sus disposiciones sobre el Consejo de Seguridad establecía una base para la toma de decisiones que no dependiera de la unanimidad

de todos los miembros, permitiendo así una mayor capacidad de acción.

Las disposiciones de la Carta para el Consejo de Seguridad representaban un interesante compromiso entre el principio de igualdad entre los Estados y la realidad del poder. El Consejo constaba de once miembros, ampliados a quince en 1965. De éstos, cinco (China, Estados Unidos, Francia, el Reino Unido y la Unión Soviética) eran miembros permanentes, mientras que la Asamblea General elegiría al resto por períodos de dos años. Cualquier resolución que no tuviera que ver con asuntos de procedimiento requería una mayoría de tres quintos, «incluyendo los votos concurrentes de los miembros permanentes». Estas delicadas palabras se han interpretado como que cualquiera de los miembros permanentes puede ejercer el derecho de veto al votar contra cualquier resolución que tenga que ver con un asunto importante. En los primeros cincuenta años de la ONU se ejerció este derecho 236 veces. Aunque suele considerarse que esta disposición ha impedido que la ONU tomara medidas eficaces en numerosas crisis, era necesaria para que las grandes potencias entraran a formar parte de las Naciones Unidas y permanecieran en ellas.

La Carta de la ONU preveía elementos de seguridad colectiva, enunciados con mayor detalle que en el Pacto de la Sociedad de Naciones. Así, en el capítulo VII se estipulan sanciones económicas y acciones militares, todas por decisión del Consejo de Seguridad, como medios de contrarrestar lo que se llamaron «amenazas a la paz, ruptura de la paz, y actos de agresión». No se trataba de un sistema perfecto de seguridad colectiva, ni siquiera en teoría, puesto que no funcionaría si uno de los cinco miembros permanentes se oponía a la acción, y se fundamentaba en la aceptación de que los Estados conservaban el derecho a defenderse si el Consejo de Seguridad no podía intervenir.

A diferencia de su predecesora, el ingreso en la ONU ha sido casi universal. La mayoría de los Estados han sido siempre miembros de este organismo; su número se ha incrementado gracias a las sucesivas oleadas descolonizadoras y a la desintegración de grandes Estados federales. En 1945 tenía 51 miembros; en setiembre de 1961, cien; a finales de 1984, 159, y, en enero de 1995, 185. El caso más destaca-

do de no ingreso resultó de la exclusión y no de falta de voluntad: desde la revolución de 1949 hasta 1971, se excluyó al gobierno chino, puesto que se había aceptado al régimen de Taiwan como representante de China; desde 1971, la alegación de la ONU de que es casi universal es realmente verídica. Lo paradójico es que la ONU, que tantas personas identifican con el internacionalismo, ha presidido sobre el triunfo de la idea del Estado soberano.

Sin duda los mayores logros de la ONU en sus primeros cincuenta años no atañen a la seguridad internacional desde un punto de vista restrictivo, sino a haber proporcionado un marco para el cambio más fundamental en las relaciones internacionales desde 1945, a saber, la descolonización europea y la creación de una sociedad internacional global. En ocasiones ayudó a la descolonización mediante referéndums, así como mediante resoluciones de la Asamblea General, la más notable de las cuales fue la Declaración sobre la Descolonización y la Concesión de Independencia a los Países y Pueblos Coloniales, de 1961. No obstante, su aportación más importante ha sido el marco que ha permitido ingresar en la comunidad internacional a numerosos Estados, nuevos o reconstituidos, muchos de ellos profundamente vulnerables. Para ellos, la ONU ha sido no sólo un medio para obtener el reconocimiento diplomático, sino también un escenario mundial, un foro de negociación, un proveedor de puestos de trabajo bien remunerados y una fuente de protección simbólica. La ONU incorporó principios como la igualdad racial y la igualdad soberana de los Estados, que han resultado vitales para el proceso de descolonización. Ha ayudado asimismo a zanjar numerosas crisis poscoloniales. Hasta mediados de los años ochenta, casi todas las operaciones de pacificación de la organización fueron en territorios recién descolonizados. Posteriormente, algunas tuvieron que ver con el equivalente poscomunista de la descolonización.

Desde sus primeros años, el Consejo de Seguridad de la ONU fue incapaz de funcionar con toda la eficacia que sugería su Carta. Nunca se cumplieron las cláusulas que comprometían a los Estados a poner fuerzas a su disposición. La guerra fría, caracterizada en su apogeo por la división del mundo en dos bloques y por intentos de cada uno de éstos por subvertir al otro, era la antítesis casi absoluta de la visión que inspiró la Carta, según la cual los Estados vivirían en

paz los unos con los otros y serían buenos vecinos. La ONU desempeñó un papel periférico en numerosas situaciones que amenazaban la paz y la seguridad internacionales, entre ellas la crisis de Berlín en 1948; las invasiones soviéticas en Hungría, en 1956, y en Checoslovaquia, en 1968; la intervención norteamericana en Vietnam en los años sesenta y principios de los setenta; la invasión indonesia de la antigua colonia portuguesa de Timor Oriental en 1975, y el ataque iraquí a Irán en 1980, que provocó ocho años de guerra. También desempeñó un papel periférico en importantes intentos pacificadores y de control de armamentos, incluyendo las conversaciones soviético-norteamericanas para el control de armamentos que se iniciaron en los años sesenta. En Europa, el proceso diplomático clave entre Este y Oeste, basado en el Acta Final de Helsinki de 1975, se llevó a cabo fuera del marco de la ONU.

Si bien la ONU no ha conseguido, ni mucho menos, establecer un sistema general de seguridad colectiva, la era de la ONU ha visto tres variaciones notables en este campo, que analizaremos: las alianzas regionales, el visto bueno de la ONU para el uso de la fuerza y las fuerzas de pacificación internacionales.

Las alianzas regionales se convirtieron en característica central de los acuerdos sobre seguridad internacional que surgieron en los primeros decenios de existencia de la ONU. Estaban previstos en la Carta y muchos de los acuerdos sobre seguridad regional se referían explícitamente a los principios y procedimientos incorporados en ella. Esto se verificó en el caso del Tratado del Atlántico Norte con el que se creaba la OTAN, firmado en 1949, y en el del Tratado de Varsovia con el que se establecía el Pacto de Varsovia, firmado en 1955. Estos acuerdos reflejaban el hecho de que los Estados suelen estar dispuestos a comprometer sus fuerzas en acciones militares importantes, pero no a un nivel universal, sino sólo en su región o en la defensa de países a los que les unen fuertes lazos de interés o de sentimientos.

La autorización del uso de la fuerza por países miembros, apenas contemplado en la Carta, se convirtió en una forma significativa de acción del organismo. En junio de 1950, cuando la comunista Corea del Norte atacó a la no comunista Corea de Sur, el Consejo de Seguridad aprobó una resolución que recomendaba a los Estados miembros ayudar a Corea del Sur a repeler la invasión. Pudo hacerlo por-

que hacía poco que la Unión Soviética se había retirado, con escasa prudencia, del Consejo de Seguridad, en señal de protesta por la negativa de la ONU a aceptar como miembro a la República Popular China. El papel que desempeñó entonces la ONU en la guerra de Corea (1950-1953) se consideró generalmente como algo excepcional, y las enormes pérdidas desalentaron aún más la idea de que pudiera convertirse en la entrada en vigor de una acción internacional prototípica.

Tras el fin de la guerra fría y como consecuencia de una espectacular reducción del uso del derecho al veto, el Consejo de Seguridad adquirió un papel de vital importancia como legitimador de ciertos usos de la fuerza. En 1991, autorizó las operaciones militares, encabezadas por Estados Unidos, para rechazar la invasión iraquí de Kuwayt en 1990, así como la intervención en Somalia, en 1992, y el derrocamiento del régimen militar en Haití, en 1994; ese mismo año, dio el visto bueno a la Operación Turquesa, encabezada por Francia, en Ruanda. La Operación Fuerza Deliberada de la OTAN en Bosnia, en 1995, tuvo su fundamento legal en resoluciones previas del Consejo de Seguridad. En muchos de estos casos, la intervención respondió al colapso de las instituciones civiles, acompañada de hambruna y enormes flujos de refugiados, situaciones muy distintas de la agresión internacional que tanto preocupaba a quienes redactaron la Carta de la ONU.

La pacificación, o sea, el uso de fuerzas ligeramente armadas de muchos países, que actuaban básicamente con imparcialidad y con el fin de asegurar el cumplimiento de acuerdos de paz, es la tercera de las principales variaciones de las ideas tradicionales sobre la seguridad colectiva. La Carta no la contemplaba concretamente, pues se basaba en la idea de acciones militares colectivas para apoyar a Estados víctimas de alguna agresión. Sin embargo, en la práctica, hay numerosas tareas militares que deben llevarse a cabo, entre éstas la ayuda para hacer cumplir los alto el fuego. La pacificación se debió en parte al pensamiento innovador del segundo secretario general de la ONU, Dag Hammarksjöld (1953-1961). La mayoría de los miembros aceptaron que el organismo se adjudicara esta tarea, pero la Unión Soviética se opuso a los primeros intentos pacificadores y a pagar por ellos.

Las fuerzas pacificadoras constituyen un símbolo apropiado de la ONU, pues, como la propia ONU, poseen un balance desigual de fracasos y logros. Las nutridas fuerzas de pacificación que operan en Chipre y Cachemira desde hace decenios han sido incapaces de solucionar los graves problemas subyacentes y, como mucho, han preservado una tregua armada. De igual modo, aunque la fuerte participación de los pacificadores de la ONU en conflictos intestinos, como el de Líbano o el de la antigua Yugoslavia, ha sobrepasado los límites de sus recursos, probablemente no haya sido el factor decisivo en la consecución de la paz. En Egipto, en 1967, y en Somalia, en 1995, las fuerzas de pacificación tuvieron que retirarse humilladas. No obstante, algunas de estas fuerzas han alcanzado logros impresionantes: han ayudado a evitar que fuerzas extranjeras que competían entre sí intervinieran en numerosos conflictos internos, y, a partir de finales de los años ochenta, cuando la guerra fría tocaba a su fin, han ayudado a conseguir acuerdos de retirada de fuerzas extranjeras en Afganistán, Camboya, Mozambique y Namibia. En los noventa, se las relaciona cada vez más con los intentos de observar y hasta organizar elecciones como medio de poner fin a conflictos prolongados.

El fin de la guerra fría, que culminó con la caída de los regímenes comunistas en Europa del Este, en 1989, y en la Unión Soviética, en 1991, no puede atribuirse exclusivamente al multilateralismo en general ni a la ONU en concreto. Sin embargo, constituyó un buen reflejo de estas formas de abordar los conflictos. Se redujo la intensidad del enfrentamiento Este-Oeste mediante importantes tratados de control de armas nucleares intermedias (1987), de armamentos convencionales en Europa (1990) y de armas nucleares estratégicas (1991). La ONU, sobre todo gracias a su secretario general Javier Pérez de Cuéllar (1982-1991), contribuyó a poner fin a la guerra fría, al ayudar a reducir la intensidad de numerosos conflictos regionales de ámbito Este-Oeste. También las operaciones pacificadoras de la ONU desempeñaron un papel importante en este proceso. Es más, los dirigentes soviéticos de la era Gorbachov insistieron repetidamente en los principios y procedimientos de la ONU para modificar la política soviética. Mucho antes de la caída definitiva de la URSS, su política había cambiado lo bastante para que el Consejo de Seguridad de la ONU pudiera dar una solución eficaz a una amplia

gama de asuntos, como lo hizo, por ejemplo, al autorizar el uso de la fuerza para repeler la invasión iraquí de Kuwayt en 1990-1991. Cuando la Unión Soviética dejó de existir, en diciembre de 1991, la sucesión de Rusia a su puesto permanente en el Consejo de Seguridad se manejó con fluidez.

Había diversas opiniones sobre el papel que debía desempeñar la ONU en el mundo de la posguerra fría. La cumbre del Consejo de Seguridad celebrada en enero de 1992, y el informe del secretario general Boutros Ghali, «Una agenda para la paz», publicado en junio del año siguiente, presentaban la perspectiva de un mundo en el que la ONU desempeñara un papel central, no sólo en lo referente a la seguridad internacional, sino también en la diplomacia y en el establecimiento de normas mundiales. Incluso hubo quien pronosticó que la ONU podía interferir en la soberanía de los Estados, no sólo al intervenir en los casos extremos en que se violaban los derechos humanos fundamentales, sino también al ayudar a desarrollar una sociedad civil global.

En pocos casos, donde la situación de los derechos humanos era extraordinariamente mala y el régimen notablemente débil, la ONU toleró y hasta autorizó «intervenciones humanitarias», como ocurrió, por ejemplo, en el norte de Iraq, en 1991; en Somalia, en 1992, y en Haití, en 1994. En el aspecto más rutinario, para otorgar préstamos o para invertir, los organismos financieros de la ONU condicionaban los préstamos y las inversiones al cumplimiento de los derechos humanos, a las prácticas democráticas y al buen hacer gubernamental, con lo que imponían límites controvertidos a la libertad de acción de numerosos gobiernos.

Si el fin de la guerra fría ofreció oportunidades a la ONU, también planteó graves problemas. Provocó nuevas guerras, sobre todo en los colapsados Estados federales de Yugoslavia y la Unión Soviética; estos casos en sí representaban una advertencia de lo que puede suceder con los intentos demasiado ambiciosos de organización multinacional. Frente a una variedad de viejos y nuevos retos, pronto resultó obvio que el uso del veto (en especial por parte de la Unión Soviética y Estados Unidos) durante la guerra fría no había sido la causa única de los fracasos de la ONU. El Consejo de Seguridad ya podía tomar decisiones acerca de una amplia gama de asuntos, pero

no siempre era eficaz. A partir de 1992 se plantearon dudas acerca de la calidad de sus acciones en muchas crisis, sobre todo con respecto a la antigua Yugoslavia, Somalia y Ruanda. La incapacidad de la ONU para apoyar las garantías del Consejo de Seguridad (o, más bien, la poca disposición de los Estados a hacerlo) se reveló de manera cruel con la caída en 1995 de dos zonas en Bosnia que la ONU había declarado «de seguridad». El más señalado de ellos fue el de Ruanda, cuando en mayo de 1994, el Consejo de Seguridad autorizó el incremento de la actividad pacificadora, pero los Estados se negaron a proporcionar las tropas necesarias para ello. Incluso Estados que habían votado a favor de ciertas resoluciones se negaban a veces a suministrar los recursos precisos para llevarlas a la práctica. Estados Unidos incumplió gravemente sus obligaciones financieras. Fracasaron los repetidos intentos de la ONU de financiar mejor las operaciones pacificadoras. Numerosos países se preocupaban por las enormes exigencias que la ONU podría formularles y por su incapacidad para idear metas estratégicas. La ONU, que sufría su particular versión de «extensión imperial exagerada», se negó a involucrarse en algunos conflictos, incluyendo varios en la Unión Soviética. Pese al sentimiento generalizado de que la ONU requería una reforma a fondo, los Estados miembros no llegaban a un acuerdo sobre qué se necesitaba exactamente y cómo lograrlo.

El sistema de la ONU comprendía no sólo a la propia ONU, sino también dieciséis agencias especializadas, cada una con constitución, presupuesto y miembros propios. Los dos grandes organismos financieros, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial, desempeñaban un papel fundamental y a menudo controvertido en la reglamentación de la economía mundial. Las demás agencias especializadas se centraban en la cooperación internacional, en campos tan diversos como la agricultura, la cultura, la aviación civil, la protección de los derechos de autor, la protección ambiental, la salud, el trabajo y la ciencia. Otros organismos intergubernamentales estrechamente relacionados con la ONU incluían la Agencia Internacional de la Energía Atómica, fundada en 1957, y el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT), que en 1994 se reencarnó en la Organización Mundial de Comercio (OMC). Un par de agencias especializadas que llegaron a parecer burocracias infladas, y hasta feudos,

satisfacían a algunos Estados miembros pero no respondían a las exigencias ajenas. En general, esta enorme red de organismos operacionales fortaleció el interés de los Estados en el sistema de la ONU.

Después de 1945, muchas potencias enfocaban el derecho internacional con sano escepticismo. La experiencia de los años de entreguerras les llevaba a poner en tela de juicio las declaraciones generales imposibles de hacer cumplir o que carecían de fundamentos firmes en los intereses reales de los Estados. De ahí la cuidadosa redacción del preámbulo de la Carta de la ONU, que especificaba que uno de los propósitos del organismo consistía en crear las condiciones bajo las cuales se mantuvieran la justicia y el respeto de las obligaciones contraídas en tratados y otras fuentes del derecho internacional. De hecho, la era de la ONU ha visto un enorme incremento en el número y la envergadura de los acuerdos jurídicos internacionales. Algunos han surgido fuera del marco de la ONU, testimonios de la complicidad de un sistema jurídico planteado, pero no dominado, por la ONU.

Una de las primeras tareas que se impusieron los aliados al final de la segunda guerra mundial fue enjuiciar a los principales criminales de guerra del Eje. A las declaraciones de los aliados de Londres (13 de enero de 1942) y de Moscú (1 de noviembre de 1943), que afirmaban que uno de sus principales propósitos consistía en castigar los crímenes de guerra, siguieron un gran número de juicios en tribunales nacionales, así como la creación de tribunales militares internacionales en Nuremberg (1945-1946) y en Tokio (1946-1948). En estos tribunales uno de los principales focos de atención eran las atrocidades sistemáticas cometidas por el Eje contra prisioneros de guerra y civiles en los territorios ocupados. En Nuremberg, diecinueve de los veintidós acusados fueron declarados culpables, y doce de ellos condenados a muerte. En Tokio, veinticinco de los veintiocho acusados fueron declarados culpables y siete de ellos condenados a muerte. Los tribunales de Nuremberg y Tokio han sido un famoso tema de controversia, criticados por representar la justicia de los vencedores. Sin embargo, ayudaron a respaldar la idea de que existen normas de comportamiento tan básicas que deben aplicarse

a todos los Estados y a sus ciudadanos, tanto en la paz como en la guerra, estuviesen o no explícitamente contempladas en los tratados que el Estado en cuestión hubiese firmado, y pese a las alegaciones de que los crímenes se cometían en cumplimiento de órdenes superiores. Esta idea, que desafiaba el concepto de las reglas de la sociedad internacional basadas exclusivamente en los Estados, influyeron mucho en las leyes adoptadas posteriormente en dos campos clave: los derechos humanos y la guerra.

De todas las iniciativas jurídicas de la era de la ONU, la que tuvo un efecto más complejo en el sistema de Estados soberanos fue la relativa a los derechos humanos. La Carta de la Organización ponía mayor énfasis en los derechos humanos, en parte por la creencia, reforzada por los acontecimientos de la segunda guerra mundial, de que los Estados dictatoriales que amenazaban la vida de sus ciudadanos eran también los más proclives a cometer actos de agresión internacional. En 1948, la Asamblea General aprobó la Declaración Universal de los Derechos Humanos; aunque técnicamente no tenía la fuerza de aplicación obligatoria de un tratado internacional, y, por tanto, no comprometía a los Estados, se la santificó como exposición autorizada de la Carta de la ONU. En 1966, se firmaron dos tratados formales al respecto; uno, sobre derechos económicos, sociales y culturales, y el otro, sobre derechos civiles y políticos. Las negociaciones que llevaron a su adopción fueron especialmente tortuosas, pues muchos de los Estados que lo firmaron eran dictatoriales, y el énfasis en los derechos de los individuos y los colectivos dentro de los Estados provocó que varias reuniones se convirtieran en campos de batalla retórica. Hubo acusaciones de que se estaba aplicando un doble rasero, ya que los Estados se mostraban más dispuestos a criticar a sus adversarios que a sí mismos o a sus aliados. Al final, los poderes formales acordados a la comunidad internacional para promover cambios en los Estados criticados resultaron limitados, si bien la capacidad para situar los derechos humanos en el centro de los debates internacionales y hasta nacionales tuvo enormes ramificaciones.

Después de la segunda guerra mundial, el desarrollo de las leyes que tenían que ver con los conflictos armados se dio en general fuera del marco de la ONU, en parte porque ésta, comprometida con impedir las guerras, no deseaba que se la considerara como la que es-

bozara las normas generales de conducta para posibles guerras futuras. Así, los Estados negociaron las cuatro convenciones de Ginebra de 1949, que se referían a la protección de las víctimas de la guerra, al amparo del Comité Internacional de la Cruz Roja, organismo especializado en el tema, con sede en Suiza. Estos acuerdos adquirieron la adhesión casi universal de los Estados, y en 1988 eran ya 188 firmantes. La aplicación de éste y otros acuerdos fue irregular, y estimuló nuevos esfuerzos por mejorar las leyes, en algunos de los cuales participó la ONU.

El procedimiento general para la elaboración de las leyes bajo los auspicios de la ONU fue principalmente resultado de las deliberaciones de la Asamblea General del organismo y de sus comités especializados, así como de prolongadas conferencias de la ONU sobre temas considerados clave en el momento en que se celebraban. Los consiguientes tratados internacionales abordan asuntos tan variados como el genocidio, la aviación civil, las relaciones diplomáticas y los acuerdos, la protección del entorno, la ley del mar y la no proliferación de armas nucleares.

Además de elaborar estas leyes, la ONU ha desempeñado un papel importante en el establecimiento de normas y pautas. Junto con otros organismos (algunos ajenos al sistema de la ONU), ha participado en el establecimiento de prioridades y principios internacionales. Algunas resoluciones de la Asamblea General y algunas conferencias especiales han ayudado a fijar o a mantener vivas normas como el respeto de la independencia y la integridad de los Estados, el cumplimiento de las normas para los conflictos armados, los derechos humanos, el control demográfico y la igualdad de las mujeres. Aunque la ONU está compuesta por toda clase de Estados, dictatoriales y democráticos, durante el último decenio del siglo se la relacionaba cada vez más con los procesos democratizadores. Es más, las declaraciones de la ONU hacían hincapié en la validez del pluralismo y el multiculturalismo de los Estados y expresaban apoyo a los derechos de las minorías en los Estados, como cosa distinta de la fragmentación que podría suscitar la aplicación extrema del principio de autodeterminación.

Hacer respetar la legislación referente a los derechos humanos ha resultado particularmente complejo. La ONU ha creado una am-

plia gama de comités, comisiones, subcomisiones y grupos de trabajo, pero el poder de éstos es limitado. En cambio, los Estados firmantes de la Declaración Europea de Derechos Humanos han aceptado más o menos las sentencias del Tribunal Europeo de Derechos Humanos (que no es creación de la ONU).

El respeto a la legislación referente a las normas de conducta en la guerra también es desigual; algunos Estados respetan las normas básicas, como el trato adecuado a los prisioneros de guerra, y otros las han pasado por alto. En los años setenta y ochenta, la Asamblea General de la ONU adoptó con frecuencia resoluciones que exigían mayor respeto de estas normas, pero se la ha criticado a veces por ser selectiva y hasta tendenciosa en su elección de problemas y en la manera de tratarlos. En la era de la posguerra fría, el Consejo de Seguridad ha intentado reforzar el cumplimiento de las normas de conducta en la guerra, incluso mediante tribunales internacionales para los criminales de guerra de la antigua Yugoslavia (1993) y de Ruanda (1994); pero también ha reconocido los límites de su poder frente a los Estados recalcitrantes o los señores de la guerra. No se ha presentado la ocasión de un gran y único juicio contra importantes dirigentes, como el que se celebró después de la segunda guerra mundial, cuando los aliados victoriosos controlaban Alemania. En general, la aplicación de las leyes internacionales, incluyendo las de la guerra, da lugar a la paradoja de que sea gracias a los Estados como las normas internacionales se conviertan en práctica. Si bien es cierto que los Estados precisan del derecho y de organismos internacionales, estos últimos necesitan a los Estados.

Numerosos aspectos del sistema internacional han cambiado radicalmente en el curso del siglo xx. El derecho y la organización internacionales no fueron, ni mucho menos, los únicos agentes de transformación. Como habían previsto algunos visionarios del siglo xix, las comunicaciones empresariales y globales creaban una nueva comunidad global de actividades y valores compartidos. Surgió cierto grado de interdependencia, y hasta de cosmopolitismo, entre las élites, lo que reforzó el concepto de una sociedad mundial. Sin embargo, el aumento de intercambios de toda índole no eliminó las

causas de tensión internacional ni, a despecho de lo que algunos deseaban y otros temían, minó el nacionalismo o los Estados. En todo caso, animó los esfuerzos por poner bajo control institucional el proceso de desarrollo económico, mediante la intervención de los gobiernos nacionales o mediante la exigencia de un nuevo orden internacional y social. Aunque se hizo mucho, la reglamentación del comercio y de las prácticas empresariales se da todavía, casi entera y arcaicamente, a escala nacional o, al menos en Europa, regional. La comunidad internacional y la Organización Mundial del Comercio (OMC) se enfrentan todavía al reto de establecer pautas internacionales eficaces en este terreno.

A menudo se ha considerado que el derecho y la organización internacionales han transformado enteramente el sistema de Estados. No obstante, también han debido adaptarse al sistema al que, según se cree, desafían; y esto, cuando menos, porque al apoyar la descolonización, la ONU ha ayudado a que surgieran nuevos Estados que defienden con celo la soberanía a duras penas ganada. Pese a las predicciones de que el Estado como tal se volvería irrelevante en una era de procesos transnacionales y rápidos avances en las comunicaciones globales, el Estado como entidad política conserva su importancia fundamental. Muchos de los rasgos familiares del sistema internacional, como la diplomacia tradicional, el equilibrio del poder y las esferas de influencia, no dan señales de que estén a punto de desaparecer. A la vieja sociedad de Estados la han asfixiado, pero no sustituido, elementos de un mundo más uniforme y estructurado de derecho y organización internacionales. Como dijo el abogado especializado en derecho internacional Antonio Cassese, «los rasgos de la comunidad mundial son únicos. El no entender este hecho crucial conllevaría inevitablemente una grave falsa interpretación del impacto del derecho en esta comunidad».

En el momento de su fundación, se veía la ONU como el centro de una nueva era de armonía y aplicación de los derechos humanos, que permitiría a la humanidad avanzar hacia un futuro mejor. Así figura en la parte más anticuada de su curiosa colección artística, en Nueva York y Ginebra. Pero su desarrollo ha sido distinto. En muchas de las áreas problemáticas que cubre, acaso sea más realista verla no como prototipo del organismo ejecutivo, ni como el centro de

un orden mundial enteramente nuevo, sino como proveedor de servicios en un mundo aún dividido. A veces los Estados la han utilizado meramente como cabeza de turco, a fin de desviar la atención de su propia incapacidad o deseo de actuar.

Pese a estas limitaciones y a su situación financiera perennemente alarmante, en sus primeros cincuenta años de existencia, la ONU adquirió un talante permanente y universal que había eludido a todos sus predecesores. Desempeñó un papel positivo en las grandes transformaciones internacionales derivadas de los dos grandes desafíos, es decir, la descolonización y el fin de la guerra fría. Al término de siglo xx no escasean los nuevos retos, entre ellos los problemas económicos, ecológicos y demográficos globales; el fracaso de ciertos Estados; la democratización y la necesidad de reconciliar el derecho a la autodeterminación con la estabilidad de los Estados y del sistema internacional.

A lo largo del siglo xx, ha existido una tensión subyacente entre dos ideas lógicamente incompatibles: la soberanía de los Estados por un lado, y, por el otro, la creación de un orden supranacional mediante el derecho y la organización internacionales. La soberanía supone el derecho de cada Estado a poseer sus propias normas e instituciones. El derecho y la organización internacionales, sobre todo cuando cubren la amplia gama de asuntos que ahora abarcan, suponen una considerable limitación de la soberanía. La experiencia del siglo xx es que ninguno de estos enfoques puede triunfar sobre el otro. Si ha surgido algo como una sociedad internacional basada en la ley y el orden, ha sido de modo singular, pues se fundamenta en estas dos ideas, lógicamente incompatibles, cada una de las cuales necesita a la otra para poner remedio a sus propias, inherentes limitaciones.

QUINTA PARTE

# Posdata

# 26. Cómo acaba el siglo xx

WM. ROGER LOUIS

Cada fase del siglo xx ha reflejado las angustias y las esperanzas de la década anterior. Quienes viven en los últimos años del siglo siguen pensando, con asombro y perplejidad, en algunos estimulantes acontecimientos, como la caída del Muro de Berlín, el colapso de la Unión Soviética y el derrocamiento del régimen de *apartheid* en Sudáfrica. Sin embargo, en la memoria colectiva del lado más oscuro de la humanidad queda todavía el recuerdo de la matanza en la plaza de Tiananmen, la limpieza étnica en los Balcanes y las matanzas en masa en Ruanda. A diferencia de los escritores de hace cien años, ya nadie sueña con utopías en las que tales atrocidades dejarían de ser características de la sociedad humana. No obstante, el fin del siglo xix y el del siglo xx tienen muchas cosas en común, incluyendo las visiones milenaristas del universo. Al acabarse el siglo xix, H. G. Wells escribió *La guerra de los mundos*, un relato apocalíptico del mundo invadido por marcianos. El 4 de julio de 1997, fiesta nacional en Estados Unidos, la nave espacial *Pathfinder* aterrizó en Marte, poniendo fin al siglo con una celebración muy norteamericana del futuro del universo.

Durante la primera guerra mundial los cuatro jinetes del Apocalipsis anidaron en la imaginación de la gente. Esta imagen resulta tan apropiada para los años noventa del siglo xx como lo ha sido históricamente. Desde que aparecieron en el Apocalipsis de la Biblia, hasta la novela de Vicente Blasco Ibáñez, escrita en 1916, a los jinetes que aterrorizaban al mundo los han representado el caballo blanco de la guerra, el caballo rojo de la matanza, el caballo negro de la hambruna

y el lívido caballo de la muerte, más recientemente la muerte del planeta tanto como la de sus habitantes. En el siguiente capítulo del presente libro, Ralf Dahrendorf se refiere a algunos de estos temas, como la ecología, el enfrentamiento de las civilizaciones y ciertas tendencias globales, tanto buenas como malas. Al final del presente capítulo nos referiremos a los cuatro jinetes como aparecieron en los años noventa, ligeramente disfrazados, en los caballos de la guerra civil, el genocidio, el terrorismo, la hambruna y la enfermedad. ¿Qué acontecimientos del último decenio del siglo xx recordaremos por haber inclinado la balanza en favor o en contra de estos agentes de destrucción? Como pregunta preliminar, ¿qué hay de la lucha por una vida mejor en Europa, las Américas, el Próximo Oriente, África y Asia? O planteado con menos extravagancia, como tema principal, ¿cómo se recordarán los años de la última etapa antes del cambio de siglo?

Ciertos acontecimientos revelan el talante de los tiempos. En una historia del siglo xx publicada por la británica Universidad de Oxford, conviene comentar desde un principio que a muchos de quienes observaron la victoria aplastante de los laboristas en las elecciones británicas de mayo de 1997, el Reino Unido les pareció, casi de la noche a la mañana, un lugar distinto. Con los *tories* divididos por la Unión Europea, el nuevo primer ministro Tony Blair ofrecía una visión del futuro equiparable a la de Clement Attlee —aquel otro primer ministro que en 1945 emprendió un proceso de planificación estatal y de nacionalización—, aunque con un enfoque postsocialista que el Partido Laborista de aquella época apenas habría reconocido. Los escépticos se preguntaron cuánto duraría la nueva era laborista, antes de que degenerara en algo semejante al gobierno de Harold Wilson en los años sesenta. Sin embargo, el gobierno de Blair casi no había tenido tiempo de arrancar cuando ocurrió algo que puso a Gran Bretaña en la mira del mundo entero. Temprano por la mañana del 31 de agosto de 1997, Diana, la princesa de Gales, murió en un accidente de tráfico, en París. La imagen de la joven princesa quedó congelada en el tiempo, lo mismo que la de John F. Kennedy cuando fue asesinado. La boda de Diana con el príncipe Carlos en 1971 había revitalizado la pompa de la monarquía británica. Diana

vivía en un mundo de fascinación y de moda, pero en el mundo entero la gente sentía lástima por ella debido a sus intensos conflictos personales. La pena por su muerte tocó una fibra en las Islas Británicas, que, en opinión de algunos, rayaba en la histeria. La muerte de la princesa Diana, aunada a la llegada al poder de Tony Blair, dio la impresión, por muy fugaz que fuese, de que en el Reino Unido se había movido una placa tectónica cultural; no tanto por la defunción de un viejo orden, como por el ascenso de uno nuevo que el viejo debía asimilar. Otro punto significativo de la muerte de Diana reafirma uno de los principales temas del presente libro, a saber, que la reacción mundial ante el acontecimiento reveló la existencia de una cultura global integrada. Fue un momento de luto y reflexión, tanto nacional como internacional.

En Francia, la muerte de François Mitterrand, en enero de 1996, también suscitó la reflexión. Mitterrand fue presidente de Francia durante catorce años y dejó en la política francesa posterior a 1945 una huella que sólo superó Charles de Gaulle. Paladín de la unidad europea, Mitterrand mandó tropas a la guerra del Golfo en 1990 y estrechó los lazos de su país con la OTAN. Aunque temía las consecuencias de la reunificación alemana, defendía las buenas relaciones entre Francia y Alemania como cimiento de una Europa fuerte y unida. Sin embargo, a mediados de los años noventa, el sueño de una Europa unida parecía desvanecerse. En verano de 1997, el conservador primer ministro galo Alain Juppé fue derrotado y en Alemania la peor crisis presupuestaria de las última décadas paralizó la coalición encabezada por el canciller Helmut Kohl. El euro, la divisa única que constituiría, según se suponía, el último paso importante hacia una Europa realmente unida, amenazaba con romper la Unión Europea (UE). Kohl se jugó su carrera política en que Alemania entrara a tiempo en el sistema del euro, o sea, en enero de 1999. Si se descarrilaba el plan por una unión monetaria, ¿sobreviviría la voluntad de alcanzar una integración política más firme? En la carrera hacia 1999 no existía una respuesta clara a esta pregunta, aunque, pese a los considerables obstáculos, el programa del euro parecía intacto.

Entre las sorpresas de mediados de los años noventa, la recuperación del presidente ruso Borís Yeltsin no fue la menor. Todavía en 1996 estaba a punto de sufrir un tercer ataque cardíaco, su poder se

tambaleaba por los problemas de la reforma económica y se enfrentaba a una feroz e inflexible lucha contra los viejos comunistas. A mediados de 1997, había derrotado a los comunistas, sobrevivido a una difícil operación del corazón, acelerado la privatización y seguía guiando a Rusia cada vez más hacia Occidente. Todavía se le consideraba un borracho, acaso algo reformado, que presidía el país en una época de criminalidad creciente, de inflación galopante, de descenso del nivel de vida y con una desastrosa guerra civil en Chechenia. Las drogas, el alcoholismo y la corrupción continuaban haciendo estragos en la sociedad rusa. No obstante, Yeltsin parecía haber recuperado el control de la política interior y exterior. Si bien George F. Kennan, el decano norteamericano de la historia y la cultura rusas, advertía que la ampliación de la OTAN sería «el peor error de la política norteamericana de toda la era de la posguerra fría», Yeltsin mostró una actitud relativamente conciliadora. Su aceptación de que Polonia, Hungría y la República Checa se unieran a la OTAN resultó un hito en la estructura europea de defensa de los años noventa. La propia OTAN, a diferencia de la UE, tenía por delante un futuro robusto. Si bien la amenaza de una invasión soviética casi había desaparecido, la OTAN adquirió dos nuevas funciones. Una, la de responder de inmediato a las crisis locales, como la de Bosnia, mediante un masivo bombardeo aéreo y luego el despliegue de tropas de paz, y la otra, intentar reforzar la estabilidad y la seguridad de los Estados de Europa del Este al aceptar como miembros a unos y estrechar los lazos con otros. Sin el visto bueno de Yeltsin, la nueva vida de la OTAN habría seguido otros derroteros.

Si la OTAN resucitó, en los años noventa la ONU llegó al punto más bajo de su historia. El fantasma de la operación en Somalia de 1992-1993 la persiguió y desafió su imagen de organismo mundial imparcial y moral. No sólo fracasó en su misión de reconstruir el país, sino que a los cascos azules se los acusó de cometer atrocidades. Más de ciento cuarenta soldados murieron en Somalia, una de las peores pérdidas que hubiese tenido una misión pacificadora de la ONU desde la de los sesenta en el Congo. Se tambaleó la confianza en sus operaciones de paz. Para colmo, el desánimo no se limitó a las funciones pacificadoras. Pese a las celebraciones por su cincuentenario, las relaciones de la ONU con Estados Unidos eran tensas,

pues éste le debía mil trescientos millones de dólares en concepto de cuotas y gravámenes. Jesse Helms, el republicano presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado norteamericano, trató de conseguir un recorte del cincuenta por ciento de la burocracia del organismo y un recorte del setenta y cinco por ciento de su presupuesto, y prometió el pago de 819000000 de dólares en un plazo de tres años, a cambio de que la ONU se aplicara a sí misma puntos de referencia concretos. La imposición unilateral de reformas pasaba por alto los procedimientos colectivos que Estados Unidos había aceptado al entrar en la ONU. Resulta paradójico que una reducción de la burocracia, a la larga más eficaz, sea fruto del sentimiento aislacionista de Estados Unidos. Acaso un legado duradero de los años noventa sea el reconocimiento del papel vital, aunque limitado, de las Naciones Unidas en la resolución de conflictos internacionales.

En cuanto a las Américas, el acontecimiento más sobresaliente en Canadá fue el referéndum, celebrado en Quebec en octubre de 1995, en el cual los quebequenses votaron por un margen muy estrecho contra la independencia. El acontecimiento de mayor alcance fue la conclusión en 1993 del Tratado Norteamericano de Libre Comercio (NAFTA), que unía a Canadá, Estados Unidos y México. Este tratado fue el mayor éxito del primer mandato de Bill Clinton. La liberalización del comercio sobresalió como una de sus escasas convicciones profundas. Tras su reelección en 1996, convocó una «cumbre de las Américas» en Miami, y prometió una zona de libre comercio en el hemisferio occidental antes de 2005. A mediados de los noventa, el NAFTA equivalía a corrupción mexicana, un peso (la divisa mexicana) débil, inmigración ilegal a Estados Unidos e inundación de drogas en este último país.

Tal vez a Bill Clinton se le recuerde por relaciones sexuales que llevan a recordar a John F. Kennedy, pero cuando fue reelegido en 1996 había hecho realidad la más asombrosa hazaña económica en una generación. El desempleo se había reducido al nivel más bajo del último cuarto de siglo y los resultados de la lucha contra la inflación eran casi igualmente impresionantes. La clave de la recuperación estaba en las medidas de austeridad que redujeron el déficit. Sin duda,

muchos norteamericanos eran más ricos que antes, y muchos podían aprovechar las ventajas tecnológicas de la era de la informática. No obstante, a mediados de los noventa existía un descontento generalizado con la iniquidad de la sociedad norteamericana, así como una sensación de enajenación expresada en una de sus formas más extremas por el *Unabomber,* Theodore J. Kaczynski, detenido en Montana en abril de 1996, acusado de mandar paquetes y cartas bomba a profesores universitarios, acompañados de un manifiesto de sesenta y dos páginas denunciando la revolución industrial. La mayoría de la gente lo consideraba un loco, un chiflado ludita que explotaba de diferentes modos la resistencia a la tecnología que se encuentra en los escritos de Emerson, Thoreau y E. F. Schumacher, autor de *Small is Beautiful (Lo pequeño es hermoso).* El descontento con la sociedad norteamericana explicaba, al menos en parte, el continuo florecimiento de grupos fundamentalistas y religiosos. *Unabomber* no llamó mucho la atención fuera de Estados Unidos, como tampoco lo hizo el tormento de O. J. Simpson, antiguo héroe del deporte; pero para los norteamericanos, esos dos juicios constituyeron probablemente el episodio más digno de resaltar a mediados de los noventa. En el primero, un juicio penal, se le declaró inocente del asesinato, en 1994, de su ex esposa Nicole Brown y del amigo de ésta, Ronald Goldman; en el segundo, un juicio civil celebrado en febrero de 1997, un jurado lo declaró culpable de los mismos cargos. Simpson es negro y su ex esposa era blanca. El drama televisado emocionó a todos, blancos y negros. El primer veredicto enfureció a los blancos porque parecía demostrar que la riqueza y los abogados astutos podían obstruir la justicia; los blancos se alegraron con el segundo veredicto, pero no aplaudieron los negros, que vieron en el primer veredicto la derrota de un sistema jurídico que tendía a favorecer a los blancos y creían que la policía de Los Ángeles había falseado las pruebas. Los juicios contra Simpson sacaron a la superficie la realidad subyacente en las relaciones incómodas y ambivalentes entre norteamericanos blancos y negros; relaciones que se veían exacerbadas, en los barrios negros más pobres, por las drogas y el crimen, los dos temas que más malestar causaban entre la población de Estados Unidos.

En el Próximo Oriente, asesinaron al primer ministro israelí Itzhak Rabin. Fue el asesinato de la década, casi igual en magnitud al de John F. Kennedy. Todos los israelíes recordarán dónde se encontraban el 4 de noviembre de 1995, cuando un pistolero extremista judío, Igal Amir, disparó contra Rabin durante una manifestación por la paz en Tel Aviv. Amir, un estudiante de religión, creía que Dios había dado a los judíos la tierra de Israel comprendida entre el río Jordán y el Mediterráneo, y que retirarse de esta tierra equivalía a una traición. Rabin era jefe del Estado Mayor israelí durante la Guerra de los seis días de 1967, cuando Israel conquistó el este de Jerusalén y la tierra al oeste del Jordán y la península del Sinaí, hasta entonces parte de Egipto, y los Altos del Golán, de Siria. Con el tiempo llegó a la conclusión de que, pese a su superioridad militar, cinco millones y medio de israelíes no podían enfrentarse indefinidamente a tres millones doscientos cincuenta mil palestinos en un mar de Estados árabes hostiles. Al aceptar la idea de un Estado palestino autónomo, se dio cuenta de que tendría que tratar con Yāsir Arafāt y la Organización para la Liberación de Palestina (OLP). Rabin fue uno de los gigantes de nuestro tiempo, al proporcionar tanto el liderazgo como la visión de un compromiso de paz entre dos pueblos obstinados. Una filosofía no compartida por su sucesor Benyamin Netanyahu, cuyo acceso al cargo de primer ministro marcó una vuelta a la idea tradicional de enfrentamiento permanente, por lo que, a mediados de los años noventa, el proceso de paz en el Próximo Oriente sufrió un fuerte retroceso.

En los últimos años del siglo, en todo el Próximo Oriente fueron perceptibles las consecuencias de la guerra del Golfo de 1991, en parte por la envergadura de la intervención norteamericana. Dado que las fuerzas coaligadas bajo el liderato de Estados Unidos y desplegadas en la operación Tormenta del Desierto superaron el medio millón de soldados, la guerra iraquí se equiparó en cierto sentido a las de Corea y Vietnam, como una de las principales conflagraciones de la época posterior a la segunda guerra mundial. El concepto equivocado de que a Saddam Hussein podrían derrocarlo desde dentro tuvo profundas consecuencias, pero, ¿cuál era la alternativa? ¿La

ocupación norteamericana de Iraq? Si bien la guerra resultó más improvisada de lo que se creyó entonces, y la precisión de sus sistemas menor de lo que el Pentágono quería hacer creer, quedó claro que Estados Unidos haría la guerra a fin de proteger el acceso al petróleo del Próximo Oriente y que los Estados árabes estaban dispuestos a aprovecharse de la presencia norteamericana, así como a oponerse a ella. El resentimiento popular contra los gobiernos del Próximo Oriente por haberse aliado con Occidente contribuyó a dinamizar el islam militante y planteó una gran pregunta para finales del siglo xx y los años posteriores; a saber, ¿cuál es el futuro del fundamentalismo islámico? En Irán, en mayo de 1997, la elección como presidente de un líder espiritual moderado, Mohamed Jatami, parecía indicar que se llevarían a cabo reformas sociales, entre ellas la presencia de mujeres en el gabinete presidencial, pero los votos que dieron una victoria aplastante a Jatami apoyaban igualmente la República Islámica y afirmaban su vitalidad. A lo largo de los años, sin embargo, el Irán revolucionario se ha vuelto menos salvaje. La imagen sería distinta si nos detuviéramos en los militantes islámicos de Argel, pero la tendencia general a finales de los años noventa parece responder a las tesis de uno de los libros más notables del decenio, *The History of the Arab Peoples (Historia de los pueblos árabes)*, de Albert Hourani; este autor afirma que el fundamentalismo islámico no es sino una fase pasajera y que la reconciliación de la ley pública y la moralidad seculares, por una parte, y los principios de la justicia social del Corán, por la otra, acabará por superar la atracción del islam militante.

En África, los dos centros de atención más memorables fueron Sudáfrica y el Congo. En Sudáfrica, la euforia producida a principios de los noventa con la liberación *postapartheid* —cuando maravilló al mundo la capacidad de los sudafricanos para enterrar el pasado y abrir los brazos a un futuro común— cedió el paso a la preocupación por el desempleo y la violencia. Las amenazas al nuevo Estado sudafricano ya no venían de la extrema derecha ni de la secesión zulú, sino de la transición a la democracia partiendo del fuerte control que suponía el *apartheid*. La delincuencia violenta aumentaba y ya no se limitaba al hurto y al robo de automóviles, sino que había escalado al

asesinato. El desmantelamiento del *apartheid* pareció convertir al país en una escala del tráfico de drogas de América Latina y Asia hacia Europa. Los bancos sudafricanos se convirtieron en refugio de blanqueadores de dinero. El presidente Nelson Mandela siguió encarnando la esperanza para el futuro y casi todos en el país reconocían su autoridad moral. En junio de 1995, en una de las imágenes más asombrosas de nuestra época, se puso el jersey verde y dorado del Springhooks, un equipo de rugby compuesto principalmente de blancos, que simbolizaba el nacionalismo afrikáner de línea dura, con lo que envió un mensaje que tuvo eco en todo el mundo: Sudáfrica continuaría el milagro de la transformación desde el *apartheid* a una sociedad democrática e igualitaria, que no había empujado a los blancos al mar ni invadido sus casas, pues los sudafricanos negros parecían tener una increíble capacidad para el perdón. La confianza pública se mantuvo alta en general, a despecho de las negras nubes del desempleo y de la violencia.

En junio de 1997, en el corazón de África, retumbó el grito: «¡Zaire ha muerto! ¡Viva el Congo!» La caída de la corrupta y rapaz dictadura de Mobutu Sese Seko, que duró más de tres decenios, marcó el fin de la era poscolonial en este país. El verano de 1997 se recordará como el fin de una crisis que se inició en el verano de 1960, con la brusca salida de los belgas. Sostenido por la CIA durante la guerra fría, Zaire sufrió no sólo la corrupción sino también el saqueo a gran escala y el robo sistemático al Estado: la cuenta bancaria de Mobutu no se diferenciaba de la Hacienda nacional. Al irse desvaneciendo el ejército de Mobutu frente al avance de las fuerzas rebeldes de las provincias orientales, resultó obvio que el Estado zaireño no era sino una cáscara vacía, carente incluso de organismos públicos como ambulatorios y escuelas. El nivel de vida había descendido por debajo del nivel de la época colonial. Los rebeldes de la Alianza de Fuerzas Democráticas, bajo el mando de Laurent Kabila, encontraron poca resistencia. Kabila, un radical de los años sesenta, pasó sus años de formación en el Movimiento Panafricano lumumbista. Apoyado por Uganda, Burundi y sobre todo Ruanda, creó a mediados de los noventa una alianza contra Mobutu a cambio de limpiar el este de Zaire de refugiados hutus de Ruanda. En verano de 1997 resultó claro que Kabila había dado carta blanca a las unidades de seguridad de Ruan-

da y Uganda para disparar contra los refugiados, cuyo número ascendía a casi un millón. Probablemente nunca se sepa el número de muertos ni de supervivientes. Tales matanzas no suponían un buen augurio para los comienzos del nuevo Estado post-Mobutu.

En Asia meridional, el 15 de agosto de 1997, India y Pakistán celebraron sus cincuenta años de independencia. Aquel año, sin embargo, sucedió algo mucho más importante, pues los dos países, que habían librado tres guerras entre sí, avanzaron hacia la paz. El momento decisivo tuvo lugar cuando altos funcionarios de ambos Estados acordaron negociar sobre Cachemira, que era desde 1947 el punto permanente de conflicto. De llegar a un acuerdo, las ramificaciones, tanto económicas como de defensa, podrían ser de gran importancia. Cachemira ha sido el principal obstáculo para el recorte de gastos de defensa, que en Pakistán equivalen al treinta por ciento del presupuesto gubernamental, y, en India, al quince por ciento. Puede que desde un punto de vista general, no obstante, los noventa se recuerden más por el levantamiento de los controles socialistas en India, hecho que podría impulsar la economía del país y, acaso, convertirla en una de las más fuertes del mundo. Con todo, el crecimiento económico sostenido y una distribución más equitativa de la riqueza requerirán un buen hacer que no ha caracterizado precisamente la política india en la última década de este siglo. Ésta empezó violentamente, con el asesinato, el 21 de mayo de 1991, del primer ministro Rajiv Gandhi, hijo de Indira Gandhi, asesinada en 1984 por unos extremistas que deseaban un estado sij en el Punjab. A Rajiv lo mataron unos tamiles de Sri Lanka. Como dirigente nacional, fue débil y su gobierno, corrupto. Los primeros ministros que lo sucedieron no han alcanzado tampoco la visión y la habilidad política que tuvo el primer jefe de gobierno del país, Jawaharlal Nehru. Como ha explicado Judith Brown en el presente libro, la imagen fundamental del decenio fue la destrucción, en diciembre de 1992, de la mezquita del siglo XVI en Ayodhya por nacionalistas hindis, acto que sumió a India en el peor estallido de violencia comunal desde la división del país en 1947. De las dos mil personas muertas, dos tercios eran musulmanes. Como consecuencia de este incidente, el gobierno indio

perdió la confianza de los musulmanes y, a diferencia de Nehru, no ha dado la talla en su intento de reconciliar todas las creencias religiosas de la sociedad india.

En el Sureste asiático, lo más dramático del decenio fue la crisis de las divisas que se inició en Tailandia en julio de 1997 y se extendió a Filipinas, Indonesia, Malaysia y Hong Kong. Los «Tigres de Asia» habían dado la impresión de ser Estados soberanos, aunque autoritarios, que cooperaban entre sí en un marco regional con el fin de producir un asombroso crecimiento económico. El milagro del desarrollo del Sureste asiático se había exagerado. Quizá nadie conocía mejor las carencias en la planificación y en la política que los habitantes de los tugurios urbanos o los que trabajaban como peones en el campo; todos ellos guardaban rencor contra quienes se habían hecho ricos y poderosos. La crisis financiera tendrá, probablemente, profundas consecuencias sociales y políticas. Aparte de la inestabilidad económica, dos personalidades llaman todavía la atención del mundo. En 1991, Aung San Suu Kyi, de Myanmar (Birmania), recibió el premio Nobel de la paz por su lucha no violenta en favor de la democracia y de los derechos humanos. Bajo arresto domiciliario, Aung San Suu Kyi sigue siendo una persona optimista, íntegra, de gran profundidad intelectual, una luz en un oscuro Estado tiránico. La otra figura de la región, Pol Pot, atrajo comentarios muy distintos y bien podría situarse al lado de Stalin y Hitler como uno de los asesinos en masa del siglo. Pol Pot, responsable de la muerte de unos dos millones de conciudadanos, fue hallado en el verano de 1997 en una remota jungla de Camboya. Irónicamente, sus compañeros de partido tan sólo lo condenaron a cadena perpetua, tras un espectacular juicio. Fue la figura central de los jemeres rojos, grupo maoísta radical que redujo la ya pobre Camboya a una sociedad primitiva, en la que estaban prohibidas la educación, el comercio, la cultura y la religión. A partir de mediados de los años setenta, un cuarto de la población, o más, murió ejecutada, por torturas o agotada por los trabajos forzados. Por esta razón, Pol Pot fue conocido como dirigente de uno de los regímenes revolucionarios más sanguinarios de la historia moderna, y su reaparición en los últimos años del siglo evocó recuerdos espeluznantes.

Ciertamente, uno de los acontecimientos más espectaculares del fin del siglo fue el traspaso de Hong Kong a China, el 1 de julio de 1997. ¿Cómo será el futuro de esta ex colonia? La respuesta se encuentra, sin duda, en el comentario de Zhou Enlai, citado con frecuencia en las semanas anteriores al traspaso. Cuando le preguntaron si la Revolución francesa era algo bueno o no, contestó: «Es demasiado pronto para saberlo.» Es posible, sin embargo, comprender el interés de China por Hong Kong; es triple y sirve, a su vez, para explicar la China del último decenio del siglo. Primero, no se permitiría que las ideas de democracia y libertad se extendieran al resto de China; segundo, si el concepto de «un país, dos sistemas» funcionara en Hong Kong, quizá también podría aplicarse a Taiwan, que siempre ha sido una de las principales prioridades de China, y, tercero, Hong Kong podría convertirse en fuerza motriz de una mayor creación de riqueza sin una política adversa y sin enfrentamientos democráticos. El espectro de la plaza de Tiananmen seguía planeando sobre todas las especulaciones acerca del futuro de China. Como ha dicho Jonathan Spence en el presente libro, el patriarca Deng Xiaoping ordenó personalmente a las tropas que aplastaran las manifestaciones en pro de la democracia, concentradas en la plaza de Tiananmen. Sin embargo, Deng Xiaoping inició también cambios radicales en el país, al permitir que las regiones llevaran a cabo experimentos económicos. ¿Puede China saltar hacia la economía moderna sin democratizarse? Existen numerosas tensiones subyacentes, en tanto los líderes chinos intentan dirigir un vasto país en proceso de cambio: un profundo orgullo nacional, un nivel de vida que aumenta, pero también una profunda angustia por la inestabilidad. Sería arriesgado señalar un único acontecimiento que haga recordar a la China posterior a la matanza de la plaza de Tiananmen, pero si tuviéramos que escoger uno, aparte de las consecuencias de esta matanza, sería el entierro, en febrero de 1997, de Deng Xiaoping, el último de los grandes dirigentes de la revolución comunista china. Su muerte marcó el fin de una era.

En Japón, acaso todavía no se ha producido el principal acontecimiento del decenio: el *big bang* que libere el sistema financiero de sus severas reglas. Basándose en el modelo de la Bolsa de Londres,

que está abierta a todos, el plan japonés será más ambicioso e intentará introducir reformas fundamentales en el sistema bancario. A mediados de los noventa, parecían cada vez más urgentes la regeneración y recuperación de un propósito político. La imagen dominante del Japón del último decenio es la de una nación que se retrae del avance tecnológico y la vitalidad económica hacia la sordidez política y la connivencia entre el Estado y el mundo empresarial, en resumen, hacia un sistema corrupto que se extiende a todas las zonas de la vida, y sin excluir los campos naviero, aéreo y agrícola. No obstante, en los años noventa, los japoneses parecían preocuparse tanto del pasado como de los problemas del presente. En el cincuentenario de la rendición japonesa al final de la segunda guerra mundial, el primer ministro nipón presentó sus «más sentidas» disculpas por el sufrimiento que causó su país. Y en el cincuentenario del bombardeo sobre Nagasaki, el presidente Clinton anunció una moratoria a las pruebas nucleares de Estados Unidos. Esta decisión no evitó que los franceses hicieran estallar una bomba nuclear en el Pacífico, aunque la declaración de Clinton sirvió para recordar que el mundo había conseguido atravesar la guerra fría sin recurrir a las armas nucleares y expresó, al menos, el deseo de que lo de Nagasaki no volviera a ocurrir.

¿Qué hay de los cuatro jinetes de la destrucción, uno montado en el caballo blanco de la guerra civil; otro, en el caballo rojo del genocidio; otro más, en el caballo negro del terrorismo, y el último, en el caballo lívido de la hambruna y la enfermedad? Algunas regiones del mundo acertaron a mantenerse más o menos apartadas de su camino, pero los Balcanes sufrieron con especial crudeza la devastación de la guerra civil; Ruanda, la del genocidio; la ciudad de Oklahoma, la del terrorismo, y Corea del Norte, la de la hambruna. Además, no hay lugar en el mundo que parezca inmune a las enfermedades, sobre todo al Sida. Para colmo, a los cuatro jinetes se los relacionó con un grotesco sentido del humor. Así, tras un juicio contra dos ecologistas militantes que, entre otras cosas, acusaban a la empresa de comida rápida MacDonald's de haber dañado la ecología global, un escritor del *International Herald Tribune* comentó que

la gravedad de los cargos y la rapidez de su acción «colocan a MacDonald's al lado de los cuatro jinetes del Apocalipsis, pues responsabilizan a esta compañía de la hambruna del Tercer Mundo, de ayudar e incrementar la destrucción de los bosques tropicales de Centroamérica, de servir alimentos que pueden causar cáncer, enfermedades del corazón y envenenamiento de la sangre, de explotar a niños en sus anuncios, de crueldad hacia los animales, de maltrato despreciable de los empleados y de mentir acerca del uso de papel reciclado y acerca de la información nutricional». En junio de 1997 la empresa fue declarada inocente, pero sólo después de un juicio de trescientos catorce días por calumnias, el más largo de la historia británica. Supuso una derrota, al menos legal, para los cuatro jinetes.

¿Cómo les fue a los cuatro jinetes en los cuatro rincones del mundo? Uno de los lugares más famosos fue los Balcanes, desde que estalló la guerra civil al desmembrarse Yugoslavia, en 1990-1991. La multiétnica Yugoslavia, formada por seis repúblicas, era un país donde no coincidían las naciones y los Estados recién nacidos. Los serbios y los croatas, más que nadie, sentían una antigua y duradera animosidad mutua. En tiempos de Tito y sometidas a las presiones de la guerra fría, las tensiones étnicas se refrenaban, pero cuando el comunismo empezó a tambalearse, el presidente serbio Slovodan Milosevic pretendió crear una Gran Serbia. Bandas de serbios armados aterrorizaron Croacia y Bosnia a fin de expulsar a los no serbios, sobre todo los musulmanes. La guerra civil produjo la «limpieza étnica», término espeluznante que sigue retumbando en todas las partes del mundo donde existen tensiones étnicas. La matanza de unos seis mil bosnios en Srebrenica en 1995 constituyó, probablemente, el peor crimen de guerra cometido en Europa desde 1945. Los aviones de la OTAN bombardearon blancos serbios hasta que las subsiguientes negociaciones en Dayton, Ohio, Estados Unidos, aseguraron una precaria paz. Tras el cese de hostilidades, el Tribunal Internacional de La Haya acusó a los dirigentes serbobosnios de cometer crímenes contra la humanidad; definió las atrocidades en Srebrenica como «escenas infernales, escritas en las páginas más negras de la humanidad»... un triunfo para el primero de los cuatro jinetes del Apocalipsis.

En Ruanda, la matanza superó con creces a la de Bosnia; entre

abril y mayo de 1994, bandas organizadas azotaron, apuñalaron, descuartizaron o mataron a tiros a unas ochocientas mil personas. En Ruanda y en su Estado mellizo Burundi, gobernaba tradicionalmente la minoría tutsi, o sea, aproximadamente un quince por ciento de la población, sobre la mayoría hutu. Si bien lo que divide a ambos grupos suele definirse como étnico y cultural, en realidad es algo mucho más complejo, y sus raíces políticas y económicas se remontan a unos cuatrocientos años, cuando los tutsis, pastores, se asentaron junto a los agricultores, la mayoría de los cuales eran hutus. Tutsis y hutus se convirtieron en parte de la misma cultura, y a veces se casaban entre sí; pero, política y socialmente, los tutsis recibían el apoyo de los gobiernos coloniales, primero alemanes y luego belgas, que utilizaban la clasificación étnica por motivos propios y permitían que los tutsis ostentaran cargos de autoridad. La tensión subyacente tenía que ver con la tierra. Tutsis y hutus llevaban siglos viviendo en las mismas colinas, en las mismas comunidades, y ambos creían que la tierra era suya. En 1962, cuando Ruanda y Burundi se independizaron, el gobierno de mayorías supuso una amenaza para la hegemonía tutsi. En Burundi, los tutsis atacaron primero y asesinaron al dirigente político hutu; en Ruanda, los hutus organizaron una ofensiva antes de la independencia y mataron a miles de tutsis, con lo cual consiguieron un régimen hutu, pero un régimen temeroso del desquite de los exiliados tutsis. En 1994, tras cuatro años de guerra civil, unos grupos hutus extremistas organizaron la matanza en masa de casi todos los tutsis que aún quedaban en Ruanda. Éste fue el genocidio antes mencionado, el asesinato de ochocientas mil personas, que probablemente no fuese el mayor del siglo, pero sí el más rápido, pues se llevó a cabo en un lapso de unos dos meses... un triunfo para el segundo jinete del Apocalipsis. Al final, los tutsis ganaron y unos dos millones de hutus huyeron al Congo y a Tanzania. Donald Cameron White, notable experto en historia del siglo xx, ha resumido lo que significó el genocidio, no sólo para Ruanda sino también para el mundo: «Hasta ahora, ninguna sociedad ha demostrado ser invulnerable al fomento político de las enemistades raciales o sociales en cualquier sistema de gobierno dado. Es ésta la lección que nos ha enseñado este siglo.»

En la ciudad de Oklahoma, el 19 de abril de 1994, un gigantesco

camión bomba estalló y destruyó el edificio Alfred P. Murrah del gobierno federal norteamericano; murieron ciento sesenta y ocho personas. Fue un acto de terrorismo calculado para que la bomba estallara, no de noche, cuando el edificio estuviese casi vacío, sino a una hora del día en que pudiera matar al mayor número de personas. En un principio los norteamericanos sospecharon de terroristas del Próximo Oriente, pero tras la detención casi inmediata de Timothy McVeigh, todo señalaba al terrorismo «de cosecha propia». En junio de 1997, un jurado declaró culpable a McVeigh y lo condenó a muerte mediante una inyección letal. La vida de McVeigh había sido dura, pero nada fuera de lo común. Era un veterano de la guerra del Golfo. En el ejército se encontró con compañeros que compartían su convicción de que el gobierno federal representaba una fuerza maligna en la sociedad norteamericana, creencia reforzada por la muerte de ochenta y cuatro personas cuando tropas federales atacaron a la secta davidiana cerca de Waco, en Texas. McVeigh se había relacionado con las milicias que, en unos veintitrés estados, sostenían las opiniones de supremacía blanca del Ku Klux Klan, combinadas con la obsesión por las armas de la John Birch Society y con la convicción de que la CIA había asesinado a John F. Kennedy. Tal vez lo que más llama la atención de esto es que, una vez terminada la guerra fría, las conspiraciones que estos grupos achacaban antes al comunismo internacional ahora las atribuyen al gobierno de Estados Unidos. McVeigh podría convertirse en mártir para quienes creen que el FBI cometió el atentado de la ciudad de Oklahoma a fin de limitar la libertad norteamericana. Este atentado se fundamentaba en ideas profundamente arraigadas en la historia y la sociedad norteamericanas. Fue el acto de terrorismo más espantoso que haya tenido lugar en el país... indudablemente, un triunfo para el tercer jinete del Apocalipsis.

El cuarto jinete, el de la hambruna y la enfermedad, tuvo un éxito limitado en Corea del Norte. Si bien el hambre supuso un desastre arrollador, fue mitigada por el ingenio de los campesinos coreanos, que aplicaron tenaces métodos de supervivencia. No resulta del todo claro si fue un desastre natural o si tuvo un origen político, si lo causó menos la escasez de alimentos que las decisiones políticas. El ori-

gen inmediato surgió durante el régimen de Kim Il Sung, cuya muerte en julio de 1994 representó tanto un hito para Corea del Norte como la de Deng Xiaoping en China. En tiempos de Kim Il Sung, Corea del Norte era un Estado agresivo y autoritario, donde el culto a la personalidad rivalizaba con el de Stalin y Mao. Pero la hambruna no era una de las características de Corea del Norte. Hasta principios de los años ochenta, sus arrozales probablemente fueran más productivos que los de Corea del Sur, gracias a las copiosas subvenciones, a los fertilizantes químicos y a un sistema de riego de gran envergadura. A principios de los noventa, sin embargo, desapareció el apoyo de la Unión Soviética y de China. Tractores y fábricas de fertilizantes se deterioraron. No había combustible para el transporte. La economía dirigida del país empezó a derrumbarse. Las lomas se habían quedado sin árboles y arbustos para convertirlas en terrazas destinadas a nuevos arrozales. Así, el campo se volvió vulnerable a las inundaciones, que devastaron la región en 1995 y 1996. No obstante, los norcoreanos hicieron gala de una gran entereza al afrontar la escasez de alimentos. La ayuda exterior hacía que el hambre fuese menos desesperante, aunque el pronóstico a largo plazo continuaba siendo muy sombrío. No parecía que el régimen fuese a «descolectivizar» las granjas o a aplicar reformas serias, en parte porque las reformas supondrían un reconocimiento de que no existían razones racionales para no unirse al capitalista sur. En todo caso, la larga hambruna en Corea del Norte no parecía algo que el ingenio humano fuese incapaz de resolver. En otras partes del mundo, sobre todo en África, el cuarto jinete sigue cabalgando. Pero tanto en África como en Corea del Norte, la biotecnología y los avances en las técnicas agrícolas (como el uso de fertilizantes artificiales y las semillas de alto rendimiento de la «revolución verde» india) podrían, con el tiempo, ayudar a prevenir o, al menos, paliar la gravedad de la hambruna. El hambre y la escasez de alimentos ya no parecen enemigos tan implacables como lo fueran en decenios anteriores, y desde luego no tanto como en siglos anteriores.

El cuarto jinete blandía dos espadas, la de la hambruna y la de la enfermedad. Esta última se cobró muchas vidas en el mundo entero con el Sida, si bien su impacto disminuyó con los avances de la tecnología médica. El acceso al tratamiento ha sido desigual. Unos veintiséis

millones de personas padecen la enfermedad en el mundo. En Occidente, las posibilidades de supervivencia parecen mayores que en África, por ejemplo, donde los que lo sufren suelen morir al cabo de dos años de contraerlo. En Estados Unidos, el índice de portadores del VIH (virus de inmunodeficiencia humana) empezó a disminuir en los años noventa entre los homosexuales blancos, pero subió entre los drogadictos que usan jeringuilla intravenosa, y los pobres, negros y de origen hispanoamericano, hombres y mujeres, heterosexuales y homosexuales. Quizá más que cualquier otro desastre médico moderno, el Sida agudizó los problemas de la pobreza y las drogas, un fantasma que ha planeado sobre toda la década. Con todo, el poder devastador del cuarto jinete del Apocalipsis no fue tan rotundo, y los últimos años del siglo deben considerarse desde una perspectiva a largo plazo de las tasas demográficas y de enfermedades. Así, en los últimos cien años, la población se ha cuatriplicado y los avances médicos han reducido mucho la virulencia de las enfermedades infecciosas.

Pese a las guerras civiles, el genocidio, el terrorismo, las hambrunas, las enfermedades y demás catástrofes, el resultado del siglo xx es tajantemente positivo. La lección de la alegoría de los cuatro jinetes consiste en que se pueden mantener a raya, ya que no derrotarlos. Tienen la supervivencia garantizada gracias, cuando menos, a la locura humana y a los desastres naturales, pero al valorar su importancia en los años noventa hay un cálculo que hace Ralf Dahrendorf en el capítulo siguiente y que es de suma importancia; es decir, que acaso un veinte por ciento de la población esté en peores condiciones que antes, pero un ochenta por ciento está mejor. En la primera categoría, los rusos constituyen un caso notable. Como resultado de las dislocaciones económicas y sociales producidas desde la disolución de la Unión Soviética, la esperanza de vida ha disminuido; de hecho, la tasa de mortalidad entre los rusos en edad económicamente activa es más alta de lo que era hace un siglo. Por lo general, los rusos fuman demasiado y beben demasiado vodka, de ahí la alta tasa de mortalidad por enfermedades pulmonares y alcoholismo; pero parte del problema subyacente es que el gobierno ruso gasta menos del 2,6 por ciento del PIB en asistencia sanitaria, un porcentaje muy inferior al de otras naciones industrializadas. Esta estadística es desalentadora, pero los esfuerzos humanos pueden mejorarla.

La esperanza de vida en todo el mundo ha aumentado en el último siglo, de cuarenta y cinco a setenta y cinco años. En los años noventa, el peligro de morir de parto es al menos cuarenta veces menor que hace cincuenta años. En Gran Bretaña, en 1951, había 271 personas que habían cumplido los cien años; en 1991, había 4400. Es probable que el suministro de agua más pura, de servicios sanitarios más adecuados y de una alimentación mejor sean tan importantes como los avances en los tratamientos médicos; en todo caso, sea como sea, una valoración de los años noventa revela un notable progreso humano en los últimos cien años. Y los tradicionales daños de los cuatro jinetes del Apocalipsis palidecen comparados con uno de los mayores logros de nuestro siglo: hemos sobrevivido a la guerra fría; visto desde la perspectiva de los años noventa, vivimos en una época en que la posibilidad de una guerra mundial ya no planea sobre el horizonte, y en general, pese a las extensas zonas de pobreza e inestabilidad, ésta es una era de un bienestar emocional y material inconcebible en décadas anteriores. Para muchos de los que viven en los últimos años del siglo xx, sobre todo en Occidente, este decenio bien podría llegar a parecer una época dorada.

# 27. Hacia el siglo XXI

RALF DAHRENDORF

Ahora que el siglo XX se acaba, una fuerza al parecer irresistible ha llegado a dominar la vida, las esperanzas y los miedos de todos los individuos: la globalización. Señales de ésta han acompañado todo el siglo, desde la «economía mundial» a que se refiere Robert Skidelsky en el capítulo cinco del presente libro, hasta la «cultura global» que menciona Alan Ryan en el capítulo seis. Pero sólo ahora, al acercarse el año 2000, se ha vuelto verdaderamente global el mundo de la vida humana. Pocas cosas se entienden fuera del contexto de la Tierra entera. Debemos pensar en términos globales a fin de responder a una realidad cada vez más global.

Tal vez esta nueva experiencia tuvo su inicio en serio cuando los primeros astronautas pisaron la superficie arenosa de la Luna. El resto del mundo contempló por televisión, con el aliento cortado, su pantomima: realidad virtual junto con realidad real. Después de todo, habían dejado la Tierra atrás, subrayando así su discreta unicidad. Los astronautas habían visto no sólo la Luna, sino también la Tierra y ahora contamos con fotografías y hasta películas que nos la muestran dando vueltas como Copérnico nos dijo que hacía.

El descubrimiento tuvo un lado menos encantador, cuando el hábitat humano de esta Tierra captó la atención, primero de científicos y luego de un número creciente de habitantes en peligro. No sólo es real la Tierra, sino que la cambiamos con nuestro comportamiento, sobre todo el de quienes viven una existencia privilegiada y próspera. Quizá fueran los autores del primer informe del Club de Roma, *Los límites del crecimiento* (1973), los que, por mucho que erraran en

numerosos detalles, nos hicieron conscientes de las consecuencias que tenían los intentos del hombre por sojuzgar a la naturaleza. La Tierra puede volverse inhabitable: hay demasiadas personas; demasiado $CO_2$; demasiados productos químicos en la tierra, en el aire y en el agua, e incluso en los océanos. En la capa protectora de ozono se descubrieron agujeros que dejan pasar rayos solares mortales. Existen señales de un cambio climático; debido al «calentamiento global», los mares podrían crecer e inundar países enteros. Al mismo tiempo, aumenta el número de especies en extinción. ¿Tardarán en encontrarse los seres humanos en esta lista de muerte?

El riesgo de extinción no es un efecto meramente secundario del progreso económico en términos de grandes cifras, sino que también es resultado del potencial destructor de las armas modernas, ya sean nucleares, biológicas o químicas. Puede que las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki cayeran en lugares más o menos restringidos (aunque quizá hayan tenido efectos globales desconocidos, al igual que las pruebas termonucleares llevadas a cabo en los años cincuenta y sesenta), pero las armas nucleares posteriores podrían y pueden destruir a un gran porcentaje de seres humanos, quizá a toda la humanidad. El accidente de Chernobil, ocurrido en 1986, dio a muchos habitantes de Rusia, Europa y otros países más alejados, una idea concreta de los riesgos.

La globalización no es únicamente una idea ecológica, militar o técnica. Se usa, ante todo, como concepto económico. La información le proporciona su base. Gracias a los avances técnicos, sobre todo en el campo de la electrónica, la información se ha vuelto ubicua e instantánea. En cuanto una noticia —la muerte de un estadista, el precio de una acción en Bolsa, el descubrimiento de un nuevo fármaco— entra en un ordenador de Tokio, San Diego o Dublín, está disponible en todas partes, las veinticuatro horas de cada día del año.

El efecto económico más inmediato de la globalización de la información se manifestó en los mercados bursátiles. Han desaparecido los tiempos en que los que trabajaban en la City de Londres podían marcharse a casa en cuanto recibieran por teléfono la información de las primeras tendencias de Wall Street. Ahora ya no pueden ir a casa. En todo momento se citan los precios de acciones, bonos y sus derivados; se «mueven» los fondos mediante el mundo virtual de las Bol-

sas, de día y de noche. Otras informaciones han sufrido el mismo cambio. Una agencia de viajes de Londres puede poseer un sistema informático en Bombay; una fábrica de vehículos japonesa puede encargar la producción de ciertos componentes en México; el precio de los bienes de consumo y los componentes ya no carga con los costes de transporte y las restricciones locales; la competencia, limpia o sucia, mantiene la información variada y diferente. La gente habla de Singapur y Hong Kong, de Santiago de Chile y Vancouver, de Glasgow y Estambul, como si estuvieran a la vuelta de la esquina, sobre todo si «hablan» por internet, la red informática global que parece no pertenecer a nadie.

La globalización, es decir, el mundo entero de los humanos como realidad instantánea y permanente, surte numerosos efectos, y éstos determinarán el futuro, de un modo u otro. Tal vez resulte útil diferenciar algunas de estas consecuencias, que preocupan por sus efectos en los valores defendidos por la minoría ilustrada del siglo xx, de otras consecuencias que resultan esperanzadoras.

El siglo xx se ha visto determinado en gran parte, aunque no siempre, por las divisiones que provocaron guerras, «calientes» y fría, pero que también proporcionaron fuentes de identidad: alianzas entre naciones, democracia frente a dictadura, mundo libre frente al reino del mal. La globalización se convierte en el tema dominante justo cuando estas nociones, especialmente la de un primer y un segundo mundos, el del capitalismo dominado por Estados Unidos y el del comunismo dominado por la Unión Soviética, habían perdido fuerza. Al progresar la globalización, hasta el Tercer Mundo, el de los países en vías de desarrollo, se fue volviendo una categoría cada vez más irrelevante. Resurgieron algunas naciones-Estado, pero las tendencias globales las debilitaron. Noruega no puede cerrar el agujero en la capa de ozono por encima del Polo Norte, y ni siquiera Estados Unidos es capaz de controlar los mercados financieros del mundo. Entonces, ¿quién lleva el timón? ¿Y adónde pertenecen las personas en el hábitat globalizado del siglo xxi?

Preocupan algunas respuestas, basadas tanto en la teoría como en la realidad. Una es que la guerra fría entre capitalismo y comunismo

será sustituida por poderosos bloques regionales, y así debería ser. Asia, Europa y América son los más mencionados. Algunas veces se los identifica con ciertas organizaciones, la CEAP, la UE, la NAFTA (¡cuánto gustan los acrónimos en esta época!). Se trata de alianzas económicas, aunque considerarlas en el contexto de un mercado global no tiene mucho sentido económico, a no ser el de la protección de sus miembros frente al resto. Este propósito es aún más explícito cuando entran en escena consideraciones políticas de mayor alcance, como ocurre en el caso de la OTAN y su expansión hacia el Este. El «corazón» eurasiático (según la descripción que hizo Halford Mackinder de Rusia y Europa a principios del siglo xx) lleva de nuevo la delantera, aunque al hacerlo plantea tantas preguntas como contesta.

¿Cuál es, exactamente, la razón que oculta el impulso hacia una «unión cada vez más estrecha» de los países pequeños y medianos unidos en la UE? ¿Contra quién se protegen y qué instrumentos quieren tocar en el concierto de los bloques? Una OTAN más extensa, ¿dónde deja a los que quedan al margen, esos países que no son ya ni del primer ni del segundo mundo, como Ucrania y puede incluso que los Estados bálticos y las naciones del Sureste europeo? Sobre todo, ¿cuáles serán el lugar y el papel de la Rusia postsoviética? ¿Dónde encaja China? ¿E India? ¿Sudamérica debe apoyar la NAFTA, lo cual podría acarrear una nueva doctrina Monroe? Estas son preguntas explosivas en un mundo caleidoscópico donde se conforman nuevas alianzas sin pautas y propósitos claros.

¿O es que nuevas divisiones ideológicas proporcionarán un propósito? El norteamericano, experto en Ciencias Políticas, Samuel Huntington ha encontrado numerosos lectores para su libro *El choque de las civilizaciones* (1996). Su tesis defiende que las grandes religiones del mundo, sobre todo el cristianismo y el islam, constituyen la base para nuevas fisuras con el potencial de provocar conflictos políticos y hasta armados. En todo caso, con el cambio de milenio resulta claro y evidente el contraste, cuando no el enfrentamiento, entre una cristiandad fundamentalmente laica y un islam de nuevo ortodoxo. La primera domina en Europa y en América del Norte y del Sur, así como en otras zonas del mundo; el segundo domina en el Próximo Oriente, en grandes zonas del oeste y el sureste de Asia, y, cada vez más, en África. No sólo la cristiandad, sino también otras

religiones, como el judaísmo y el hinduismo, chocan a menudo con las fuerzas islámicas.

Otro modo de considerar este nuevo conflicto consiste en contrastar las creencias laicas y las fundamentalistas. Entonces el meollo del asunto es la modernidad misma, donde los colectivos religiosos laicos otorgan al César lo que es del César y reservan sólo la vida espiritual para Dios, mientras que los fundamentalistas son «integristas», en el sentido que desean aplicar la misma ley a todas las esferas de la vida. Mientras que en las sociedades laicas los individuos se benefician de la economía mundial, las fundamentalistas quieren conservar viejas pautas de cohesión y dominio, aun a riesgo de encontrarse en desventaja económica.

Estas divergencias están estrechamente relacionadas con las nuevas divisiones políticas que contienen igualmente las semillas de futuros conflictos. Lo que se denomina democracia no es, ni mucho menos, un valor indiscutible de quienes tienen el derecho a elegir. De hecho, hay quienes denuncian la democracia y el imperio de la ley como valores neoimperialistas del mundo europeo y norteamericano. El Asia que «puede decir que no» es la del autoritarismo, del gobierno supuestamente benévolo formado por élites que se arrogan la autoridad moral y política y dejan en paz al pueblo, a condición de que éste respete su autoridad y no exija libertad de expresión ni participación política. Como en el caso de la religión, el conflicto entre democracia y autoritarismo no ocurre únicamente entre países, sino también dentro de éstos. Las tentaciones del autoritarismo son considerables también en Europa y Norteamérica, mientras que muchos asiáticos creen en la democracia y el imperio de la ley. Así, las nuevas luchas son tan «intranacionales» como internacionales, y queda por ver quién ganará.

A medida que surgen nuevas divisiones y se trazan nuevas líneas de conflicto, otros problemas graves empiezan a afectar la existencia cotidiana. ¿Qué hay de los que quedan excluidos del «mundo feliz» de la globalización? Muchos se sienten o están excluidos y hablan de anomia, de desintegración y de ausencia de normas vinculantes.

La exclusión tiene un componente internacional. Cuando a fines

del siglo xx se habla del Tercer Mundo, suele ser en referencia a África. Es posible que ese abigarrado y en muchas partes desdichado continente tenga ya menos habitantes que hace veinte o treinta años, devastado por las guerras, civiles y otras, la hambruna y las enfermedades —entre ellas, epidemias como el Sida—. África se ha convertido en un símbolo universal de exclusión. Hay «africanos» en Asia y en América Latina, en las ciudades europeas y norteamericanas. En este término globalizado subyace una connotación de miseria y muerte.

La experiencia internacional se refleja en las distintas sociedades. En los Estados Unidos de los años ochenta, autores como William Julius Wilson identificaron lo que llamaron una «subclase» de los «verdaderamente desposeídos». Desde entonces, el fenómeno ha emigrado al resto del mundo desarrollado y más allá de éste. Su dimensión es tema de discusiones —¿diez por ciento... treinta?—, pero hay coincidencia en que una buena proporción de la población ha perdido contacto con el mercado laboral, con la comunidad política y, en general, con la participación social. La suya es una existencia de pobreza, a menudo de delincuencia, al margen de la sociedad, y parece haber pocos incentivos, si es que los hay, para integrarla. En la economía global, las empresas pueden crecer con un número siempre decreciente de trabajadores. Surge, por lo tanto, un nuevo contraste entre la «macrorriqueza» y la «micropobreza extrema», lo cual agrava los problemas de cohesión social, ya por sí importantes. El camino moderno de la «posición social al contrato», o sea, de una posición firme para todos dentro de un orden social a la elección individual en un mercado abierto de par en par, ha proporcionado mucha libertad, pero también grandes tensiones en el tejido social. La «pertenencia» se convierte, por tanto, en un problema que muchos no aciertan a resolver.

Las consecuencias de este proceso son numerosas y graves. A lo largo de casi todo el siglo xx la idea de una lucha de «pobres contra ricos» dominó el pensamiento y determinó la respuesta organizada. Parecía aplicable tanto a países donde se daba la lucha de clases como en el plano internacional. Había quienes consideraban al proletariado como el precursor del futuro, la clase dominante del mañana, y al «proletariado» del Tercer Mundo como fuente de los autén-

ticos valores. Sin embargo, a finales del siglo, esta certeza —y otras— se ha desvanecido.

Así, el conflicto social del siglo XXI será de naturaleza distinta. Será una versión individualizada de las viejas luchas. Dentro de los países predominarán los problemas de «la ley y el orden». En el plano internacional, el terrorismo supondrá una amenaza para la seguridad, que damos por sentada. Los conflictos sociales se transpondrán a la acción individual, no comprometerán a colectivos sino a activistas que podrán representar a colectivos o no. Esto significa que los nuevos conflictos serán más morales que económicos, se centrarán más en los valores que unen a la sociedad que en la riqueza y su distribución.

En los nuevos problemas que el siglo XXI heredará del siglo XX existe un tema común. Muchos de estos problemas serán consecuencia de lo que podría ser una reacción emocional contra la globalización. Comparada con la familia o la aldea, la Tierra es un lugar solitario donde la gente puede perder el norte con facilidad. Buscarán, entonces, ese norte y lo más probable es que lo encuentren en grupos reducidos. Un ejemplo notable de esta afirmación es el auge de grupos «pararreligiosos» que se ganan el corazón y la mente de las personas. La apertura total parece dar pie al llamamiento para el compromiso total, a la cerrazón.

El filósofo Karl Popper llamó a este fenómeno «el regreso a la tribu». Un nuevo regionalismo está ganando terreno a finales del siglo XX, y es de carácter tribal. La gente busca unidades homogéneas y, por lo tanto, da la espalda al más amplio y heterogéneo Estado-nación creado en el siglo XIX. A veces, alegan que su Cataluña, Eslovaquia o Valonia se relacionará mejor con la red global de la nueva era; pero es altamente probable que estas regiones presuntamente homogéneas se parezcan a Chechenia o Bosnia, o a cualquier otra región destrozada por la guerra. La intolerancia en el interior y la agresividad en el exterior son frecuentes concomitantes del nacionalismo.

¿Llegará el fin de la historia? Hegel fue el primero en plantear esta idea en estos términos, a principios del siglo XIX y se ha repetido recientemente y aplicado al final del XX. Según esta teoría, la historia

consiste en la eclosión de un gran principio mediante conflictos y movimientos pendulares, tesis y antítesis. En cuanto se resuelvan estos antagonismos en la síntesis final —global—, predominará la vida «normal» y ya no habrá gran historia que contar.

No todos comparten esta visión wagneriana de la historia. Se preocuparán menos quienes creen que la historia no tiene más sentido que el que le dan los seres humanos. Pero, Filosofía de la Historia aparte, seguramente los grandes conflictos del siglo xx han llegado a su fin. Da igual que se los describa en términos sociales como lucha de clases, en términos económicos como conflictos entre libre mercado y planificación, o en términos políticos como batallas entre formas de gobierno modernas y posmodernas, y hasta en términos internacionalistas como guerras entre Primer y Segundo (y quizá Tercer) mundos, pues estas descripciones ya no se refieren a la nueva realidad de un mundo globalizado. El drama de la historia probablemente tenga otros temas en el siglo que viene.

Al ciudadano de a pie no le importará mucho una nueva historia de luchas, conflictos y guerras, como tampoco le importa al autor de esta posdata a un volumen dedicado a un siglo letal. Es más, la lista de problemas aquí presentada ofrece municiones más que suficientes a los señores de la guerra en potencia, pues los grandes y a menudo violentos conflictos de la época no son como terremotos que no podemos controlar. No surgen de una profunda lava emocional donde la gente queda atrapada sin posibilidad de resistirse. Al contrario, son resultado de la movilización de las emociones por parte de los dirigentes, o, como debería llamárseles, seductores. Los peligros más obvios, el nacionalismo y el fundamentalismo, que suelen ir de la mano, no existirían como amenazas a la libertad y seguridad de no ser por quienes los explotan para satisfacer su ansia de poder.

Si por un momento damos por sentado que la historia no tiene por qué bajar la resbalosa pendiente de los antagonismos violentos, la globalización ofrece una gran ocasión para que respuestas compatibles compitan entre sí. El capitalismo y el socialismo eran mutuamente excluyentes y, por lo tanto, luchaban entre sí. Pero versiones diferentes del capitalismo no son mutuamente excluyentes. La versión norteamericana del «capitalismo puro», así como las diversas variaciones de las economías sociales de mercado de la Europa continen-

tal, y el capitalismo asiático de cohesión social y valores tradicionales, pueden coexistir sin guerras. El mundo puede aprovechar el hecho de que ya no exista un conflicto irreconciliable entre «sistemas».

Para algunos, la globalización podría parecer una fuerza severa y nada amistosa; sin embargo, para muchos otros es también una fuente de oportunidades sin precedentes; de modo que se puede presentar otro escenario para el siglo XXI, uno que toma en cuenta la posibilidad de dar a cientos de millones de personas la posibilidad de sobrevivir. Las primeras teorías sobre el desarrollo económico daban por sentado que la riqueza de unos pocos «bajaría gota a gota» hacia el grupo mayor de individuos. No fue así. La capacidad del grupo privilegiado para proteger su privilegio y excluir a los demás es grande. No obstante, el desarrollo recuerda un fuego que se extiende sin control en una era de la globalización. China, con su población de más de mil millones de habitantes, demuestra tanto los perjuicios como la nueva vida que puede surgir del desarrollo cuando éste ha prendido. Con el cambio de siglo, aproximadamente el veinte por ciento de los seres humanos vive en la miseria absoluta, pero la otra cara de la moneda es que el ochenta por ciento sube por la escalera que lleva a una mayor prosperidad. El mundo entero se está convirtiendo progresivamente en una OCDE, una Organización de Cooperación y Desarrollo Económico.

A quienes menos alcanza la prosperidad es a quienes se resisten más a tenderle la mano. Como dijo Mario Vargas Llosa cuando era candidato a la Presidencia de Perú, ahora los países pueden decidir si quieren ser ricos. Sólo tienen que aceptar los retos de la globalización y crear cierto grado de estabilidad institucional. No es de sorprender que la mayoría de los países lo haya hecho y sin duda lo harán pronto algunos de los que no lo han hecho.

El camino hacia la prosperidad es siempre arduo. Un valle de lágrimas precede el ascenso hacia un mayor bienestar, económico y emocional. Varios de los autores de esta *Historia del siglo XX* han descrito con gran elocuencia las penas de este valle. Sin embargo, puede decirse que el recorrido por el valle de lágrimas no tiene por qué tomar tanto tiempo como cuando Gran Bretaña, Estados Uni-

dos y una sucesión de países europeos optaron por la industrialización y la modernización. Aunque parece inevitable desarraigar a la gente de su hábitat tradicional, habrá nuevas oportunidades disponibles, si no de inmediato, muy pronto. Con la ayuda de la informática, el camino entre el despegue y el desarrollo pleno puede hacerse en una generación.

El desarrollo pleno en sí suele conllevar nuevas oportunidades para millones de personas. La experiencia de los viejos países industrializados podría ilustrar esta afirmación. La vida ya no consiste en solamente trabajo y poco tiempo para otras actividades. El propio trabajo se ha vuelto más fácil; el horario de trabajo se ha reducido; con el trabajo se mezclan las vacaciones, períodos sabáticos y períodos de reactualización educativa. Mediante la extensión de la educación primaria y varios decenios de «jubilación» emerge un nuevo equilibrio entre el trabajo pagado y otras actividades, al menos para algunas personas. La transición, como todas las transiciones, resulta dolorosa, por ejemplo en Estados Unidos, donde muchas mujeres y hombres necesitan dos empleos para llegar a fin de mes. A finales de los años noventa, la mayoría de las sociedades se organizan todavía en torno al trabajo remunerado; tanto las ganancias como las prestaciones de los individuos dependen del trabajo; el desempleo es, para muchos, una maldición. Esto, sin embargo, podría ser un mero fenómeno de transición. La globalización requiere flexibilidad y hace más fácil soportar esta misma flexibilidad. En cuanto la imaginación de las instituciones sociales dé alcance a la del pueblo, podrían surgir sociedades en las que los individuos disfruten de mayores oportunidades en la vida.

A principios del siglo xx, el autor norteamericano Thorstein Veblen escribió *La teoría de la clase ociosa*; daba por supuesto que la clase obrera no dispondría nunca de los privilegios de que disfrutaba esta clase. A principios del siglo xxi parece que lo contrario será cierto. Una reducida clase gobernante (si es que ésta existe en el viejo sentido del término) insistirá en mantenerse activa con las mismas tareas durante largas horas cada día; la mayoría, no obstante, se ha convertido en una multitud más flexible que combina el trabajo con el ocio, la educación y la vida en familia, o sea, con un caleidoscopio de actividades. La gente tiene lo que Charles Handy ha llamado

«carteras de trabajo», en lugar de trabajos a la vieja usanza, o, según las palabras de Jeremy Rifkin en su libro *El fin del trabajo*, pueden moverse entre la actividad generadora de riqueza, la pública y la voluntaria.

El mundo globalizado de las futuras décadas ofrece nuevas oportunidades de participación. En los siglos XIX y XX, el mercado, donde los ciudadanos activos hablaban acerca de sus asuntos y tomaban decisiones al respecto, cedió el paso a instituciones donde un número limitado de representantes, o activistas, se sentían legitimados para dar expresión a la opinión de una mayoría que se mantenía más o menos pasiva. Ahora, la democracia directa ha muerto virtualmente, pero a la democracia representativa la sustituye igualmente una mayor participación de los ciudadanos. Esto puede tomar la forma de referéndums, pero también de iniciativas cívicas de diversa índole, y, por supuesto, del uso interactivo de los nuevos medios de comunicación e informáticos. Se va esfumando la frontera entre los activistas y los ciudadanos pasivos, con dedicación parcial, y hasta ciudadanos ocasionales. Al menos en potencia, ya todos somos ciudadanos activos.

Como en otros aspectos, los sistemas de gobierno conservan la huella de la transición; las viejas pautas ya no funcionan, pero todavía no se han establecido unas nuevas. La nación-Estado es todavía el marco más eficaz dentro del cual se pueden garantizar los derechos civiles de personas de diferentes culturas y tendencias. En las zonas más ilustradas del mundo, al menos en opinión del autor del presente capítulo, las personas son ciudadanos de naciones-Estado. Pero los vientos de la globalización han hecho mella en las fronteras nacionales. Las naciones-Estado no son capaces de adoptar normas eficaces para las transacciones financieras ni, de hecho, para los procesos económicos en general; no pueden evitar que los ciudadanos hagan uso de toda clase de informaciones, deseables o no; no pueden sostener la ecología; no pueden mantener la paz. Se precisan unidades más amplias de gobierno para que éste cumpla sus funciones básicas con una mínima autoridad.

Tal vez en el futuro el siglo XX se vea como una era de experimentación en este aspecto. En este volumen, Adam Roberts ha descrito los métodos de tanteo de este proceso, así como las contradic-

ciones que supone el intento de combinar la soberanía de los Estados con un orden supranacional fundamentado en el imperio de la ley. Ha alegado igualmente que la incompatibilidad lógica no tiene por qué descartar la viabilidad práctica. Para esta última, la costumbre de la cooperación internacional es tan importante como los estatutos de las organizaciones internacionales. En cuanto al futuro orden mundial, como en otros campos, la bola de cristal se ve borrosa. Sin embargo, podemos esperar que en el siglo XXI exista una mayor congruencia entre la acción real o pragmática y los acuerdos internacionales. Esto requiere, ante todo, una nueva combinación de lo local con lo global, y, en medio, alianzas y acuerdos adecuados, aunque quizá de menor importancia.

Los problemas y las oportunidades de una era de globalización mantienen un frágil equilibrio. Sería arriesgado predecir si la humanidad se dejará llevar por los problemas o aprovechará las oportunidades. Tal vez el pronóstico más seguro sea que hará ambas cosas. Aun así, debe resolverse una tarea crucial. Planteado en términos de asuntos interiores, se trata de cuadrar el círculo en el uso de las oportunidades económicas en un mercado global, a la vez que se conservan —y acaso se restauran— sociedades civiles cohesionadas en un contexto de instituciones políticas liberales. Deben asegurarse la prosperidad, la cortesía y la libertad. En términos de relaciones internacionales, esta tarea exige una combinación de factores: crear condiciones para el crecimiento económico, sin dejar de respetar las diferencias culturales y de establecer normas para la cooperación pacífica en el mundo en su conjunto.

No se puede cuadrar el círculo del todo, pero casi. En la economía, resulta vital levantar los obstáculos a los esfuerzos del ser humano. A los empresarios se les debe alentar y todos los que participan en la creación de riqueza deben ser flexibles, y debe posibilitarse que lo sean. Sin embargo, la otra cara de esta libertad está compuesta por normas que preserven las oportunidades de acceso y eviten los abusos en el mercado. Ésta es la función mínima de una política social de integración y ciudadanía. Más allá de la política, tanto la creación de riqueza como las reglas de equidad deben cimentarse en so-

ciedades civiles boyantes. Con sus asociaciones, la gente construirá la red de seguridad que sostendrá a los débiles o a los amenazados. Engendrará, asimismo, la sensación de pertenencia, tan difícil de conservar en una era de globalización. Desregular la economía, encontrar nuevas fórmulas para la sociedad del bienestar, fomentar la cohesión social y consolidar la democracia y el imperio de la ley son importantes tareas del mañana.

El equivalente internacional de estas tareas puede expresarse en un lenguaje similar. Ya han surgido algunos rasgos de una sociedad civil mundial. Sería difícil exagerar la importancia del papel de las Organizaciones No Gubernamentales (ONG) y las señales cada vez más evidentes de justicia internacional. Quizá los juicios de los criminales de guerra de la antigua Yugoslavia sean torpes y poco convincentes, pero ofrecen un ejemplo, lo mismo que la Comisión de la Verdad en Sudáfrica o su equivalente en otros países. Ha habido señales de nuevas normas en las reuniones anuales de organismos financieros públicos y privados bajo los auspicios del FMI y del Banco Mundial, así como del Grupo de los Treinta. La recién creada Organización Mundial del Comercio (OMC) puede ayudar. El mantenimiento de la paz y la protección eficaz de la ecología se quedan atrás, pero al menos se han hecho intentos en esta dirección. A la Cumbre sobre la Ecología en Río de Janeiro, celebrada en 1992, la siguió otra sobre Desarrollo Social, en Copenhague, en 1995.

Hay, por lo tanto, mucho sobre lo que construir, así como atisbos del espíritu con que debería enfocarse la construcción de un mundo lleno de oportunidades. De hecho, al acabarse el siglo xx tiene lugar un gran debate acerca de los valores morales y su papel en los negocios, la política y la vida cotidiana. La moral no es una ciencia exacta y las preferencias de los individuos son distintas, pero quizá quepa señalar tres factores que han surgido respecto al modo de enfocar el futuro.

El primero es que la utopía es una de las víctimas del siglo xx. Pocas personas siguen buscando un mundo perfecto. No sólo es imposible hallarlo, sino que los intentos de crearlo son desastrosos, y en el peor de los casos provocan totalitarismos y guerras. Al tratar de cuadrar el círculo, nos percatamos de que no podemos alcanzar el ideal. Habrá fallos; no escasearán los problemas; los conflictos continúan

siendo una fuente de progreso que se debe encauzar, en lugar de cerrarla. Sólo las sociedades abiertas pueden ser buenas sociedades.

El segundo factor, el más difícil, es el de una nueva moralidad y tiene que ver con las generaciones futuras. La humanidad tiene un modo desconcertante de hacer frente a los problemas, únicamente cuando suena la alarma; soluciona los problemas que ya existen y no los que los expertos anticipan para el futuro. Sin embargo, cuando ya se planteen algunos de los problemas mencionados, será demasiado tarde y esto es particularmente cierto con respecto a la guerra nuclear y a la destrucción del medio ambiente. Algunas personas han hablado del «principio de responsabilidad» en la «sociedad en peligro» en que vivimos. Debemos pensar en el futuro, en lo que estamos haciéndoles a nuestros nietos y, sin embargo, no permitimos que nadie nos diga qué hay que hacer. ¿Cómo ser responsables sin dar pie a un dictador presuntamente benévolo? La pregunta sin respuesta ha de responderse de algún modo. Es más, tendrá su respuesta, aunque sólo sea la de un silencio mortal.

El tercer factor es el de las actitudes subyacentes. Ernest Gellner, en su sermón sobre *Lo incomparable de la verdad*, las definió según varias categorías, a saber, la del relativista, la del fundamentalista y la del puritano de la Ilustración. Cierto es que una ola de relativismo asola el mundo, sobre todo en el viejo mundo desarrollado. Todo es válido, ya sea porque sirve a los intereses de quienes no quieren que se les diga lo que no deben hacer, ya sea porque parece el final lógico del camino que va de las predilecciones liberales a las libertinas. No obstante, este relativismo no nos ayudará a cuadrar el círculo en una era de globalización. Hará las cosas demasiado fáciles para quienes creen que de los tres objetivos basta con dos; es decir riqueza y cohesión social sin la libertad, o riqueza y libertad sin cohesión social, o bien solidaridad y libertad sin prosperidad.

El fundamentalismo, o integrismo, es la peor de todas las respuestas. La cohesión obligatoria roba al pueblo sus libertades más elementales y acaba por obstaculizar igualmente las oportunidades económicas. El proteccionismo, la limpieza étnica y la tiranía no son sólo malas recetas para cuadrar el círculo de las metas que se deben alcanzar, sino que destruyen tanto la sociedad civil como la capacidad de los mercados como fuentes de creación de riqueza.

Queda lo que a muchos les parece un punto de vista anticuado. Vivimos en un horizonte de incertidumbre; no sabemos bien qué es correcto, bueno y justo, pero podemos tratar de averiguarlo. Probar significa errar y nuestras instituciones deben proporcionar el modo de corregir los errores; ante todo, no debemos renunciar al intento de mejorar la calidad de vida. Estos valores, los propios de la Ilustración, no han tenido muy buena fortuna en el siglo xx, que ha visto cómo eran alabados y violados por igual. Que hayan sufrido esta suerte desigual no empaña, sin embargo, su validez. Quizá después de todo, tengan mejor suerte en el siglo xxi.

# Lecturas adicionales

## 1. El amanecer del siglo


Bull, Hedley y Adam Watson (coord.), *The Expansion of International Society* (Oxford, 1984). Contiene excelentes artículos acerca de la difusión de las ideas europeas.

Hobsbawm, E. J., *The Age of Empire, 1795-1914* (Londres, 1987) (trad. esp., *La era del imperio, 1875-1914*, Crítica, Barcelona, 1998). Es el mejor estudio general del tema.

Kiernan, V. G., *The Lords of Human Kind* (Londres, 1972). Estudio ameno de la supremacía europea.

Mayer, Arno, *The Persistence of the Old Regime, 1890-1914* (Londres, 1981) (trad. esp., *La persistencia del antiguo régimen: Europa hasta la Gran Guerra*, Alianza, Madrid, 1986). Estudio rico aunque desigual, de la supervivencia del feudalismo en Europa, ya entrado el nuevo siglo.

Romein, Jan, *The Watershed of Two Eras: Europe in 1900*, traducción de A. J. Pomerans (Middleton, Connecticut, 1982).

Tannenbaum, Edward R., *1900: The Generation before the Great War* (Nueva York, 1976). Dos estudios excelentes sobre las tendencias intelectuales a principios del siglo xx.


## 2. La demografía y la urbanización


Bairoch, Paul, *Cities and Economic Development from the Dawn of History to the Present* (Chicago, 1988). Punto de vista europeo, hace hincapié en lo cuantitativo.

Critchfield, Richard, *The Villagers: Changed Values, Altered Lives: The Closing of the Urban-Rural Gap* (Nueva York, 1994). Estudios de campo sobre el cambio rural en distintos continentes y culturas.

Ehrlich, Paul R., *The Population Bomb* (Nueva York, 1978). Con un punto de vista alarmista, hace hincapié en el impacto del aumento de la población en la ecología.

Hauser, Philip M. (coord.), *World Population and Development: Challenges and Prospects* (Syracuse, N. Y., 1979). Estudios realizados por la ONU; puntos de vista casi oficiales.

Hunt, R. Douglas, *Agricultural Technology in the Twentieth Century* (Manchester, Kan., 1991). Enfoque estrictamente norteamericano, pero este país era líder en tecnología.

Quale, G. Robina, *Families in Context: A World History of Population* (Westport, Connecticut, 1992). Hace hincapié en el papel de las mujeres: el impacto de la urbanización sobre la demografía.

Seitz, John L., *The Politics of Development: An Introduction to Global Issues* (Nueva York, 1988). Cómo lidiar con el aumento de la población y de la contaminación.

Shanin, Teodor (coord.), *Peasants and Peasant Societies: Selected Readings* (Oxford, 1987). Como indica el título: ensayos sobre el campesinado y las sociedades campesinas.

Tapinos, George y Phyllis T. Piotrow, *Six Billion People: Demographic Dilemmas and World Politics* (Nueva York, 1978). Lo que los gobiernos pueden hacer y hacen.

Todaro, Michael P., *Internal Migration in Developing Countries: A Review of Theory, Evidence, Methodology and Research Priorities* (Ginebra, 1976). Estudio oficial de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) acerca de la migración interna en los países en vías de desarrollo.

Wolf, Eric, *Peasants* (Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1966) (trad. esp., *Los campesinos*, Labor, Barcelona, 1982). Libro de texto escrito por un famoso antropólogo.

Wrigley, E. A., *Population and History* (Nueva York, 1969) (trad. esp., *Historia y población: introducción a la demografía histórica*, Crítica, Barcelona, 1985). Libro de divulgación por uno de los principales historiadores de la demografía.

*Recopilación de Thomas Fink*

Crease, Robert P. y Charles C. Mann, *The Second Creation* (Nueva York, 1986). Relato de muy fácil lectura acerca de los principales personajes de la física en el siglo xx.

Davies, Paul C. y David S. Betts, *Quantum Mechanics* (Londres, 1994). Introducción técnica, clara y compacta, a la mecánica cuántica.

Feynman, Richard P., *The Character of Physical Law* (Londres, 1965) (trad. esp., *El carácter de la ley física*, Orbis, Barcelona, 1987). Discursos sobre el carácter de la física newtoniana en el siglo xx.

Feynman, Richard P., Robert B. Leighton y Matthew Sands, *The Feynman Lectures on Physics,* vol. III (Nueva York, 1996). Clases para estudiantes universitarios, perspicaces y sumamente entretenidas, sobre la mecánica cuántica.

Pais, Abraham, *Inward Bound* (Nueva York, 1986). Relato de un físico sobre el desarrollo de la física en el siglo xx.

—, *Subtle is the Lord* (Nueva York, 1982). Biografía de Albert Einstein (tanto de su ciencia como de su vida).

Pauli, Wolfgang, *Theory of Relativity* (Londres, 1958). Texto técnico clásico acerca de las teorías especiales y generales de Einstein sobre la relatividad.

Penrose, Roger, *The Emperor's New Mind* (Oxford, 1989) (trad. esp., *La nueva mente del emperador*, Grijalbo-Mondadori, Barcelona, 1999). Un viaje fascinante y lúcido a través de los ordenadores, las mentes y las leyes de la física.

Rhodes, Richard, *The Making of the Atomic Bomb* (Londres, 1988). Historia de la bomba atómica. Ganadora del premio Pulitzer.

Schweber, Silvan S., *QED and the Men Who Made It* (Nueva Jersey, 1994). El desarrollo de la electrodinámica cuántica y sus principales actores: Dyson, Feynman, Schwinger y Tomonaga.

Weinberg, Steven, *Dreams of a Final Theory* (Nueva York, 1958) (trad. esp., *El sueño de una teoría final: la búsqueda de las leyes fundamentales de la naturaleza*, Crítica, Barcelona, 1994). La idea de una teoría final unificada, el progreso para llegar a ella y sus implicaciones, escrita para el gran público.

4. La expansión de los conocimientos

Boorse, Henry A. y Lloyd Motz, *The World of the Atom* (Nueva York, 1966).
Judson, Horace, *The Eighth Day of Creation* (Harmondsworth, 1995).
Oldby, Robert, *The Path to the Double Helix* (Macmillan, 1974).
Taton R., *Science in the Twentieth Century* (Londres, 1966)
Williams, T. I., *A Short History of British Technology* (Oxford, 1982).
—, *Biographical Dictionary of Scientists* (HarperCollins, 1996).

5. El crecimiento de una economía mundial

Bhagwati, Jagdish, *India in Transition: Freeing the Economy* (Oxford, 1993). Una crítica feroz de la planificación central en India.
Calleo, David P., *The Bankrupting of America: How the Federal Budget is Impoverishing the Nation* (Nueva York, 1992). Un excelente análisis del impacto de la política presupuestaria norteamericana en la economía mundial desde los años sesenta del siglo xx.
Carr, E. H., *The Russian Revolution from Lenin to Stalin 1917-1929* (Londres, 1979) (trad. esp., *La revolución rusa: de Lenin a Stalin, 1917-1929*, Alianza, Madrid, 1995). El mejor resumen breve de la política presupuestaria soviética en los primeros años.
Hirschman, Albert O., *Essays in Trespassing: Economics to Politics and Beyond* (Cambridge, 1981). Contiene algunos de sus mejores textos sobre la economía del desarrollo, la experiencia latinoamericana y la integración europea, entre otros temas.
Keynes, John Maynard, *The Economic Consequences of the Peace* (1.ª edición, Londres, 1919; recopilación de escritos, Londres, 1971) (trad. esp., *Las consecuencias económicas de la paz*, Folio, Barcelona, 1997). Sigue siendo el mejor ensayo clásico acerca de la locura de los pacificadores de Versalles y de los efectos económicos de sus acciones.
Kindleberger, Charles P., *The World in Depression 1929-1939* (Londres, 1973). Un relato típico de una autoridad en economía, pero también picante, del período de entreguerras.
Krugman, Paul, «The Myth of Asia's Economic Miracle», en *Foreign*

*Affairs*, noviembre-diciembre de 1994. Un enfoque escéptico del milagro económico asiático.

McCracken P. y otros, *Towards Full Employoment and Price Stability* (París, 1977). Un complejo análisis económico de lo que «no funcionó» a principios de los años setenta.

Maddison, Angus, *The World Economy in the Twentieth Century* (París, 1989). El mejor estudio breve del tema en su conjunto.

Maier, Charles S., *Recasting Bourgeois Europe: Stabilization in France, Germany, and Italy in the Decade after World War I* (Princeton, 1975). Ensayo de denso argumento acerca de cómo las élites políticas y económicas conservaron el poder al institucionalizar el «corporativismo».

Skidelsky, Robert, *The World after Communism* (Londres, 1995) (trad. esp., *El mundo después del comunismo*, Ariel, Barcelona, 1996). Un intento de entender los cambios en la economía política de este siglo.

Stewart, Michael, *Keynes and After* (3.ª ed., Londres, 1986). Un estudio accesible de la teoría y la política económicas del siglo xx desde el punto de vista keynesiano.

Van der Wee, Herman, *Prosperity and Upheaval in the World Economy 1945-1980* (Londres, 1986). Un estudio sólido de la «época dorada».

## 6. El desarrollo de una cultura global

Camus, Albert, *El hombre rebelde* ([París, 1958]) (trad. esp. en Alianza Editorial). Respuesta a la desesperación del existencialismo de la posguerra, escrita por el más distinguido rival de Sartre, que competía con éste por la atención de los intelectuales europeos.

De Beauvoir, Simone, *El segundo sexo* ([París, 1952]) (trad. esp. en Siglo XX, Buenos Aires). Declaración feminista de doble filo, puesto que alega que las mujeres sólo pueden acceder a su independencia al ser como los hombres.

Dewey, John, *Experience and Nature* (Nueva York, 1925). Descrito por el juez del Tribunal Supremo Holmes como un libro que Dios podría haber escrito para explicar a la humanidad cómo eran las cosas en realidad... si no encontraba las palabras adecuadas.

Freud, Sigmund, *Das Unbehangen in der Kultur* (trad. esp., *El malestar en la cultura*, Alianza, Madrid, 1997). La humanidad se resiste a la civilización que tanto necesita.

Gish, Lillian, *Mr Griffith, The Movies, and Me* (Englewood Cliffs, N. J., 1969).

Heidegger, Martin, *Sein und Zeit* (Halle, 1927) (trad. esp., *El Ser y el tiempo*, F.C.E., Madrid, 1987). Obra fundamental en la tradición existencialista.

Jung, C. G., *La realidad del alma* (Londres, 1933), Respuesta espiritual al enfoque puramente materialista de Freud sobre nuestras aspiraciones religiosas; figura en *El porvenir de la ilusión*.

Osborne, Harold, *The Oxford Companion to Twentieth Century Art* (Oxford, 1981). Exhaustivo, pero nada agotador, estudio de una enorme variedad de personas, movimientos y objetos.

Rawls, John A., *A Theory of Justice* (Cambridge, Mass., 1971). Uno de los más distinguidos filósofos analíticos de la posguerra reanima la discusión filosófica sobre problemas de justicia social.

Riesman, David, *The Lonely Cround* (Nueva York, 1953) (trad. esp., *La muchedumbre solitaria*, Paidós, Barcelona, 1981). Un estudio revisado de las angustias de Tocqueville acerca de la tendencia norteamericana a «dejarse llevar para sobrellevar», que introdujo en la sociología la ya famosa idea del «hombre dirigido por otro».

Russell, Bertrand, *Autobiografía* (Londres, 1966-1967). Maravillosamente vivo y personal relato de los orígenes de la lógica y la filosofía modernas, sobre todo el primer volumen.

Trilling, Lionel, *The Liberal Imagination* (Londres, 1951). Reflexiones del más distinguido crítico literario de Norteamérica acerca de los éxitos y las limitaciones del modernismo.

Weber, Max, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism* (Londres, 1930) (trad. esp., *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Istmo, Madrid, 1998). La discusión clásica acerca de la secularización y la modernidad.

Wittgenstein, Ludwig, *Tractatus Logico-Philosophicus* (Londres, 1922) (en alemán con trad. esp., *Tractatus logico-philosophicus*, Alianza, Madrid, 1987). Obra enigmática y extrañamente poética, pero crucial para el desarrollo de la filosofía analítica.

## 7. Las artes visuales

Arnason, H. H., *A History of Modern Art, Painting, Sculpture, Architecture* (Londres, 1969). Estudio eficaz de dos terceras partes de este siglo, empezando con el impresionismo.

Ashton, Dore, *A Fable of Modern Art* (Londres, 1980).

Curtis, William J. R., *Modern Architecture Since 1900* (Oxford, 1982). Un estudio selectivo aunque minucioso que hace una inteligente crítica de la arquitectura moderna.

Hamilton, George Heard, *Painting and Sculpture 1880-1940* (Harmondsworth, 1967). Un estudio ponderado del arte moderno, aunque con escasez de ilustraciones.

Hughes, Robert, *The Shock of the New* (Londres, 1980). Pese al título periodístico, el crítico narra de modo inteligente y refrescante la historia del arte moderno y expresa sus opiniones con claridad.

Hunter, Sam y John Jacobs, *Modern Art: Painting, Sculpture, Architecture* (Nueva York, 1985). Un repaso vivaz de la historia del arte moderno desde el postimpresionismo; presta especial atención a la contribución de Norteamérica desde los años cuarenta.

Klotz, Robert, *Twentieth Century Architecture* (Londres, 1989). Un estudio claro e informativo acerca de una serie de obras y problemas clave.

Lynton, Norbert, *The Story of Modern Art* (Oxford, 1980) (2.ª ed., con material adicional, 1989). Invita a enfocar el arte desde 1900 a los años ochenta con actitud crítica.

Richardson, John, *A Life of Picasso* (2 vols., Londres, 1991-1996) (trad. esp., *Picasso: una biografía*, Alianza, Madrid, 1995).

Smith, Edward Lucie, *Artoday* (Londres, 1966). Un estudio bien organizado del arte occidental y el arte occidentalizado desde 1960.

## 8. Los imperios coloniales europeos

Ferro, Marc, *Histoire des colonisations: des conquêtes aux independances: XIIIe-XXe siècle* (Seuil, París, 1994). Resulta especialmente útil para la perspectiva francesa sobre el imperio.

Fieldhouse, D. K., *The Colonial Empires: A Comparative Survey from the Eighteenth Century* (Londres, 1966). El mejor estudio general.

Louis, Wm. Roger, *Imperialism at Bay* (Oxford, 1978). Estudio de la influencia norteamericana en el sistema colonial europeo durante la segunda guerra mundial.

McClintock, Anne, *Imperial Leather: Race, Gender and Sexuality in the Colonial Context* (Londres, 1995). Investigación sobre las teorías feministas, poscoloniales, psicoanalíticas y socialistas como explicación del imperialismo europeo.

MacQueen, Norrie, *The Decolonization of Portuguese Africa* (Londres, 1997). Un resumen útil sobre el gobierno colonial portugués así como sobre la descolonización.

Morris, James, *Heaven's Command*, *Pax Britannica* y *Farewell the Trumpets* (Londres, 1968-1978). Famosa trilogía de muy fácil lectura sobre el auge, el declive y la caída del imperio británico.

Scott, Paul, *The Raj Quartet* (Londres, 1976). La saga de una familia militar británica en India. Quizá la mejor novela que se haya escrito sobre el imperio británico.

Von Lettow-Vorbeck, Paul, *My Reminiscenses of East Africa* (Londres, s/f, c. 1920). Relato fascinante y clásico de la batalla por el África oriental alemana en la primera guerra mundial.

Weinstein, Brian, *Éboué* (Oxford, 1972). Biografía de Félix Éboué, el administrador negro que se unió a las tropas francesas del general De Gaulle en la segunda guerra mundial. Arroja mucha luz sobre los entresijos de la administración colonial francesa, así como sobre la mística colonial.

Young, Crawford, *The African Colonial State in Comparative Perspective* (New Haven, 1994). Especialmente bueno cuando se trata del Congo Belga, éste es un estudio original e influyente dedicado al problema general del gobierno colonial y sus consecuencias.

### 9. Europa en la era de las dos guerras mundiales

Bell, P. M. H., *The Origins of the Second World War in Europe* (Londres, 1986). Volumen que debe acompañar a la obra de Joll (véase más abajo).

Calvocoressi, Peter y Guy Wint, *Total War* (2.ª ed., Londres, 1988) (trad. esp., *Guerra total*, Alianza, Madrid, 1979). Soberbio estudio de los aspectos militares y políticos de la segunda guerra mundial.

Falls, Cyril, *The First World War* (Londres, 1960, reed. 1989). Todavía hoy, es la mejor obra breve sobre la historia militar del conflicto.

Fest, Joachim, *Hitler*, Noguer, Barcelona, 1974. La biografía más accesible.

Fischer, Fritz, *Griffnach der Weltmacht*, traducido como *Germany's War Aims in the First World War* (Londres, 1967). Controvertida insistencia en la tesis de que Alemania fue la responsable primordial de la primera guerra mundial.

Herwig, Holge, *The First World War, Germany and Austria-Hungary* (Londres, 1996). Con su perspectiva centroeuropea corrige el anglocentrismo de Cyril Falls.

Hitler, Adolf, *Mein Kampf*, con una introducción de Donald Cameron Watt (Londres, 1969). Indispensable para entender cómo veía el mundo Hitler.

Joll, James, *The Origins of the First World War* (Londres, 1984). Análisis equilibrado de las diferentes corrientes de pensamiento.

Parker, R. A. C., *Europe, 1919-1945* (Londres, 1969). El mejor análisis breve.

Rich, Norman, *Hitler's War Aims* (2 vols., Londres, 1973). El mejor ensayo sobre la creación y la administración de la «Nueva Europa» de Hitler.

Taylor, A. J. P., *The Origins of the Second World War* (Londres, 1961). Una controvertida interpretación que pone en duda que Alemania fuese la primordial responsable de la segunda guerra mundial.

Weinberg, Gerhard, *A World At Arms: A Global History of World War II* (Cambridge, 1994) (trad. esp., *Un mundo en armas: la segunda guerra mundial: una visión de conjunto*, Grijalbo, Barcelona, 1995). Más detallado y amplio, pero menos fácil de leer que la obra de Calvocoressi y Wint.

## 10. El imperio ruso y la Unión Soviética, 1900-1945

Ascher, Abraham, *The Russian Revolution of 1905* (2 vols., Stanford, Calif., 1989-1992). Ensayo incomparable dedicado a las fuerzas políticas en la primera revolución rusa.

Carr, E. H., *History of Soviet Russia* (14 vols., algunos escritos en conjunto con R. W. Davis; Londres, 1950-1978). Magistral estudio de

la historia política y económica de los inicios de la Unión Soviética.

Chamberlin, William Henry, *The Russian Revolution* (1935; Princeton, 1987). Una narración vivaz y detallada más antigua que la de Carr; cubre tanto la Revolución de 1917 como la guerra civil.

Clarke, Katerina, *The Soviet Novel: History as Ritual* (Chicago, 1981). Brillante introducción a la mitología cultural estalinista.

Conquest, Robert, *The Great Terror: A Reassessment* (Nueva York, 1990). Una reconstrucción desgarradora y minuciosa.

Erickson, John, *Stalin's War with Germany* (2 vols., Nueva York, 1975-1983). Publicados por separado como *The Road to Stalingrad* y *The Road to Berlin*. La obra de mayor autoridad sobre el tema.

Figes, Orlando, *Peasant Russia. The Volga Countryside, 1917-1921* (Oxford, 1989). Estudio magistral que ilustra el amplio alcance de la Revolución con hechos corrientes de la historia social.

—, *A People's Tragedy: The Russian Revolution, 1891-1924* (Nueva York, 1996). Equilibrado y conmovedor, este ensayo, que mantiene la atención del lector en todo momento, es actualmente la mejor obra sobre el tema.

Kenez, Peter, *Civil War in South Russia* (2 vols., Berkeley y Los Ángeles, 1971-1977). Investigación a fondo de las causas de la derrota de los rusos blancos.

Lincoln, W. Bruce, *Passage through Armageddon: The Russians in War and Revolution, 1914-1918* (Nueva York, 1986). Hábil mezcla de detalles pintorescos, erudición y fácil lectura.

Nation, R. Craig, *Black Earth, Red Star: A History of Soviet Security Policy: 1917-1991* (Ithaca, N. Y., 1992). Síntesis sucinta y ajustada que coloca la diplomacia en el contexto de la seguridad nacional.

Nove, Alec, *Economic History of the USSR* (3.ª ed., Londres, 1992) (trad. esp., *Historia económica de la Unión Soviética*, Alianza, Madrid, 1973). La edición definitiva que pone fin al relato histórico.

Schapiro, Leonard, *The Communist Party of the Soviet Union* (2.ª ed. rev., Londres, 1970). Estudio clásico de la política del poder en la URSS.

*The Guide to Historical Literature* (3.ª ed., 2 vols., Nueva York, 1994).

Tucker, Robert, *Stalin in Power: The Revolution from Above* (Nueva York, 1990). El segundo volumen de la monumental trilogía sobre Stalin.

Werth, Alexander, *Russia at War, 1914-1945* (Nueva York, 1964). La vida soviética en el frente y en la retaguardia.

Brock, William R., *Welfare, Democracy and the New Deal* (Cambridge, 1988). Estudio en profundidad y erudito de lo que fue quizá el éxito decisivo del *New Deal*.

Ferrell, Robert H., *Woodrow Wilson and World War* (Nueva York, 1985). Estudio centrado tanto en la experiencia del pueblo norteamericano entre 1917 y 1921 como en la estrategia de la guerra y de la paz.

Galbraith, J. K., *The Great Crash: 1929* (Londres, 1955) (trad. esp., *El crac del 29*, Ariel, Barcelona, 1989). Relato ingenioso y de una lucidez soberbia acerca de uno de los episodios que definieron ese período.

Hofstadter, Richard, *The Age of Reform: From Bryan to F. D. R.* (Nueva York, 1955). Sigue siendo la introducción más pensada, aunque no del todo convincente, del período, escrita por un historiador magistral.

Leuchtenburg, William E., *Franklin Roosevelt and the New Deal 1932-1940* (Nueva York, 1963). Sigue siendo el mejor tratamiento del tema en un volumen.

Lindgren, Richard B., *Don't You Know There's a War On? The American Home Front, 1914-1945* (Nueva York, 1970). Una vívida evocación del tema.

Polenberg, Richard, *One Nation Divisible: Class, Race and Ethnicity in the United States since 1938* (Nueva York, 1980). Estudia de modo brillante la historia desde los últimos días del *New Deal* hasta los años setenta.

Sinclair, Andrew, *Prohibition: The Era of Excess* (Londres, 1962). Tratamiento ameno y extenso.

Sullivan, Mark, *Our Times* (6 vols., Nueva York, 1926-1935). Crónica periodística de Estados Unidos entre 1900 y los años veinte; merece la pena, pues cuenta lo que ocurrió y transmite cómo se sentía. La mejor lectura como fuente primaria sobre la mentalidad de principios del siglo xx.

Terkel, Studs, *Hard Times: An Oral History of the Great Depression* (Nueva York, 1970). Expresa, mejor que ninguna otra obra, lo que significó la Depresión para el pueblo norteamericano.

Thompson, J. A., *Progressivism* (British Association of American Studies, 1979). Excelente introducción con una bibliografía estupenda de propina.

Tindall, George B., *The Emergence of the New South, 1913-1945* (Baton Rouge, Luisiana, 1967). Obra indispensable acerca de un tema básico.

## 12. Asia oriental y la presencia continuada de Japón, 1900-1945

Beasley, W. G., *Japanese Imperialism, 1894-1945* (Oxford, 1987). Interpretación juiciosa de la historia de la expansión japonesa; incluye algunas comparaciones con otros imperios de Asia.

Dower, John, *Japan in War and Peace* (Nueva York, 1993). El libro subraya las continuidades en la política, la cultura y los negocios japoneses entre los años treinta y la época posterior a 1945.

Duus, Peter, *The Abacus and the Sword* (Stanford, Calif., 1995). El mejor estudio acerca del establecimiento del control japonés sobre Corea, que llevó a la anexión de esta última en 1910. Son especialmente útiles las descripciones de lo que ocurrió en la península antes de la anexión formal.

Howe, Christopher, *The Origins of Modern Japanese Trade Supremacy* (Londres, 1995). Excelente análisis de cómo los japoneses acertaron en su impulso por expandir su comercio exterior, impulso que ya se evidenciaba en los años treinta.

Iriye, Akira, *After Imperialism* (Cambridge, Mass., 1965). Estudio de la Conferencia de Washington (1921-1922) y sus consecuencias; describe la política exterior de las potencias en los años veinte en su intento por contener el moderno nacionalismo chino.

—, *Power and Culture* (Cambridge, Mass., 1981). Una comparación de las distintas perspectivas japonesa y norteamericana sobre la guerra y el mundo de la posguerra.

—, *The Origins of the Second World War in Asia and the Pacific* (Londres, 1982). Estudio de los problemas internacionales del Pacífico asiático entre 1931 y 1941, un período que se inició con la agresión japonesa en Manchuria y que acabó con la lucha japonesa contra la combinación de China, Estados Unidos, Gran Bretaña y, en última instancia, la Unión Soviética.

—, *China and Japan in the Global Context* (Cambridge, Mass., 1992). Breve historia de las relaciones chino-japonesas desde fines del siglo XIX. El tratamiento de la época posterior a 1945 destaca el creci-

miento de los lazos económicos, aun cuando las dos naciones se encontraran todavía formalmente en guerra.

Jansen, Marius, *The Japanese and Sun Yat-sen* (Cambridge, Mass., 1951). Fascinante relato de cómo el dirigente revolucionario chino recibió la ayuda de una gran variedad de japoneses, muchos de ellos impulsados por sus propias ambiciones.

Morley, James W., *The Japanese Thrust into Siberia* (Nueva York, 1957). Detallado análisis de la expedición japonesa a Siberia en 1918, un fiasco político y militar que amargó las relaciones japoneses no sólo con los bolcheviques, sino también con los norteamericanos, que enviaron también una pequeña expedición.

## 13. El enfrentamiento de las superpotencias, 1945-1990

Acheson, Dean, *Present at the Creation* (Nueva York, 1969). Unas memorias extraordinariamente ricas.

Freedman, Lawrence, *The Evolution of Nuclear Strategy* (Londres, 1989). Acerca de la influencia de las teorías de la disuasión nuclear.

Gaddis, John, *Strategy of Containment* (Nueva York, 1982). La política norteamericana después de la segunda guerra mundial.

—, *We Now Know: Rethinking Cold War History* (Oxford, 1997). Un juicioso ensayo, fundamentado en documentos de ambas partes acerca de la guerra fría hasta la crisis de los misiles de 1962.

Garthoff, Raymond, *Detente and Confrontation* (ed. rev., Washington, 1994).

—, *The Great Transition: American Soviet Relations and the End of the Cold War* (Washington, 1994). Historia esencial de las dos últimas décadas de la guerra fría, basada en fuentes rusas y norteamericanas.

Halle, Louis, *The Cold War as History* (Nueva York, 1967). Uno de los primeros intentos de enfocar la guerra fría desde un punto de vista histórico.

Kissinger, Henry, *The White House* y *Years of Upheaval* (2 vols., Boston, 1979, 1982) (trad. esp., *Mis memorias*, Atlántida, Buenos Aires, 1980). Memorias de los años de la presidencia de Nixon.

Loth, Wilfried, *The Division of the World, 1941-1955* (Londres, 1988). Útil ensayo de los orígenes de la guerra fría desde un punto de vista alemán.

Partos, Gabriel, *The World that Came in from the Cold* (Londres, 1993).

Ulam, Adam, *The Rivals: America and Russia since World War II* (Nueva York, 1972).
—, *Dangerous Relations* (Nueva York, 1983).
Walker, Martin, *The Cold War* (Londres, 1993).
Yergin, Daniel, *Shattered Peace: The Origins of the Cold War and the National Security State* (Boston, 1977). Un tratamiento «revisionista» impresionante de los primeros años de la guerra fría.
Zelikow, Philip y Condolezza Rice, *Germany Unified and Europe Transformed: A Study in Statecraft* (Cambridge, Mass., 1995). Relato de un testigo presencial de las negociaciones que pusieron fin a la guerra fría.

14. Estados Unidos desde 1945

Baughman, James, *The Republic of Mass Culture: Journalism, Film-Making and Broadcasting in America since 1941* (Baltimore, 1992). Un estudio conciso y bien planteado.
Branch, Taylor, *Parting the Waters: America in the King Years, 1954-1963* (Nueva York, 1988). Narración bien escrita y minuciosa de las relaciones raciales, que se concentra mucho en Martin Luther King Jr.
Chafe, William, *The Unfinished Century: America since World War II* (Nueva York, 1991). Estudio bien escrito y de amplia lectura.
—, *The Paradox of Change: American Women in the Twentieth Century* (Nueva York, 1991). Interpretación muy bien elaborada y de fácil lectura sobre el tema.
Gaddis, John, *Strategies of Containment: A Critical Appraisal of Postwar American National Security Policy* (Nueva York, 1982). Estudio interpretativo de amplio alcance.
Garthoff, Raymond, *Detente and Confrontation: American-Soviet Relations from Nixon to Reagan* (Washington, 1994). Estudio detallado de las relaciones diplomáticas entre EE. UU. y la URSS.
Hamby, Alonzo, *Liberalism and its Challengers: From F. D. R. to Bush* (Nueva York, 1992). Ensayos interpretativos sobre las principales figuras políticas.
Herring, George, *America's Longest War: The United States and Vietnam* (2.ª ed., Filadelfia, 1986). Relato equilibrado y sólido.
Hunter, James, *Culture Wars: The Struggle to Define America* (Nueva York, 1991). Centrado sobre todo en las divisiones religiosas y sus manifestaciones culturales, especialmente entre 1970 y 1990.

Jones, Landon, *Great Expectations: America and the Baby Boom Generation* (Nueva York, 1980). Historia social bien escrita.

Lacey, Michael (comp.), *Government and Environmental Politics: Essays on Historical Developments since World War Two* (Washington, 1989). Ensayos eruditos basados en una investigación a fondo.

Lemann, Nicholas, *The Promised Land: The Great Migration and How It Changed America* (Nueva York, 1991). Conmovedor relato de la vida afroamericana en Mississippi y Chicago, y de la «guerra contra la pobreza» en Estados Unidos.

Levy, Frank, *Dollars and Dreams: The Changing American Income Distribution* (Nueva York, 1987). Un estudio claro y legible sobre economía y nivel de vida.

Patterson, James, *America's Struggle Against Poverty, 1900-1994* (Cambridge, Mass., 1994). Estudio interpretativo de las tendencias sociales y de las decisiones gubernamentales.

—, *Grand Expectations: The United States, 1945-1974* (Oxford, 1996). Narrativa e interpretación centradas en la política y el cambio social.

Polenberg, Richard, *One Nation Divisible: Class, Race and Ethnicity in the United States since 1938* (Nueva York, 1980). Un estudio interpretativo conciso y equilibrado.

Ravitch, Diane, *The Troubled Crusade: American Education, 1945-1980* (Nueva York, 1983). Relato perspicaz y cuidadoso de un tema controvertido.

Weisbrot, Robert, *Freedom Bound: A History of America's Civil Rights Movement* (Nueva York, 1990). Estudio de fácil lectura.

Whitfield, Stephen, *The Culture of the Cold War* (Baltimore, 1991). Subraya el papel del anticomunismo interior, sobre todo en los años cuarenta y cincuenta.

Zieger, Robert, *American Workers, American Unions, 1920-1985* (Baltimore, 1986). Relato equilibrado y breve sobre el crecimiento y el declive del movimiento obrero.

## 15. La Unión Soviética y más allá

Bremner, Ian y Ray Taras (comps.), *New States, New Politics: Building the Post-Soviet Nations* (Cambridge, 1997). Volumen sustancioso que contiene una exposición con información solvente por una va-

riedad de estudiosos especializados en los Estados sucesores de la URSS.

Brown, Archie, *The Gorbachev Factor* (Oxford, 1996). El análisis más extenso, basado en fuentes nuevas, sobre el papel de Mijaíl Gorbachov en el cambio tanto del sistema soviético como de las relaciones de Rusia con el resto del mundo.

Brown, Archie, Michael Kaiser y Gerald S. Smith, *The Cambridge Encyclopaedia of Russia and the Former Soviet Union* (Cambridge, 1994). Libro de referencia de amplio alcance y profusamente ilustrado, que aborda la historia, la cultura, la ecología, los pueblos, la política, los militares y la ciencia, tanto de Rusia como de la antigua Unión Soviética, escrito por más de ciento treinta especialistas.

Colton, Timothy y Robert C. Tucker, *Patterns in Post-Soviet Leadership* (Boulder, Colorado, 1995). Un estudio útil escrito por conocidos especialistas en la política de la primera etapa postsoviética.

Dallin, Alexander y Gail Lapidus (comp.), *The Soviet System: From Crisis to Collapse* (ed. rev., Boulder, Colorado, 1995). Recopilación de algunos de los mejores artículos aparecidos en revistas occidentales y soviéticas, que analizan la política y la sociedad en los últimos años de la Unión Soviética.

Grachev, Andrei, *Final Days: The Inside Story of the Collapse of the Soviet Union* (Boulder, Colorado, 1995). Un relato perspicaz dedicado a los últimos meses de la Unión Soviética, escrito por un personaje del Kremlin: el secretario de Prensa y asesor de Gorbachov.

Nove, Alec, *Glasnost in Action: Cultural Renaissance in Russia* (Londres, 1989). Relato informativo y muy legible acerca de los frutos de la apertura en la Unión Soviética después de 1985.

Palazchenko, Pavel, *My Years with Gorbachev and Shevardnadze: The Memoir of a Soviet Interpreter* (University Park., Pennsylvania, 1997). El intérprete de inglés de Gorbachov y Shevardnadze participó en numerosos e importantes encuentros entre 1985 y 1989. En su relato de aquellos años, Palazchenko da muestras de independencia de juicio y buenas dotes analíticas así como lingüísticas.

Remnick, David, *Lenin's Tomb: The Last Days of the Soviet Empire* (Londres, 1993). Relato muy fácil de leer, escrito por un periodista observador de la Rusia de la transición (Remnick fue corresponsal del *Washington Post* en Moscú).

Rigby, T. H., *The Changing Soviet System: Mono-Organizational Socia-*

*lism from its Origins to Gorbachev's Restructuring* (Aldershot, 1990). Un astuto enfoque histórico de la política soviética escrito por uno de los más destacados estudiosos de la antigua URSS.

Schapiro, Leonard, *The Communist Party of the Soviet Union* (2.ª ed., Londres, 1970). El estudio más minucioso escrito en cualquier lengua sobre el PC soviético desde sus orígenes hasta la época de Brézhnev.

Suny, Ronald Gregor, *The Revenge of the Past: Nationalism, Revolution, and the Collapse of the Soviet Union* (Stanford, Calif., 1993). Conciso estudio histórico de la «cuestión nacional» en la historia soviética escrito por uno de los principales especialistas en el tema.

Tompson, William J., *Krushchev: A Political Life* (Londres, 1995). El mejor estudio hasta la fecha de la carrera política de uno de los dirigentes soviéticos más pintorescos e importantes.

White, Stephen, Richard Rose y Ian McAllister, *How Russia Votes* (Chatham, Nueva Jersey, 1997). Valioso estudio de las elecciones y los referendos rusos desde el inicio de la política pluralista de la época de Gorbachov hasta la reelección de Yeltsin en 1996.

## 16. La reconstrucción de Europa

Ash, Timothy Garton, *In Europe's Name: Germany and the Divided Continent* (Londres, 1993). Provocativo y bien argumentado estudio, basado en numerosas fuentes nuevas.

Bark, Dennis L. y David R. Gress, *A History of West Germany* (2 vols., Oxford, 1993). La política interna y la internacional se entrelazan en esta historia general.

Bartlett, C. J., *A History of Postwar Britain, 1945-1974* (Londres, 1977). Historia política de Gran Bretaña hasta la entrada en la Comunidad Europea.

Bell, P. M. H., *France and Britain, 1940-1994: The Long Separation* (Londres, 1997). Extenso resumen de las relaciones franco-británicas.

Deighton, Anne, *Building Postwar Europe, 1948-1963* (Basingstoke, 1995). Perspectivas nacionales en las primeras épocas de la integración europea.

De Porte, Anton, *Europe between the Superpowérs* (New Haven, Connecticut, 1987). Magistral estudio general.

Hanrieder, Wolfram F., *Germany, America, Europe: Forty Years of Ger-*

*man Foreign Policy* (New Haven, Connecticut, 1989). Explora el resurgimiento de Alemania en un contexto europeo y atlántico.

Middlemas, Keith, *Orchestrating Europe: The Informal Politics of European Union, 1973-1995* (Londres, 1995). Estudio amplio pero detallado que explora el desarrollo tanto económico como político.

Milward, Alan S., *The Reconstruction of Western Europe, 1945-1952* (Londres, 1984). Estudio denso pero innovador del desarrollo económico en los primeros años de la posguerra.

Reynolds, David, *Britannia Overruled: British Policy and World Power in the 20th Century* (Londres, 1991). Estimulante estudio, escrito con gran claridad.

Rioux, J.-P., *The Fourth Republic, 1944-1958* (Cambridge, 1987). Cubre el complejo período de la recuperación francesa en la posguerra, antes de la llegada al poder de De Gaulle.

Urwin, Derek, *Western Europe since 1945* (Londres, 1989). La introducción estándar a la historia y la política de Europa occidental.

Young, John W., *Cold War Europe, 1945-1989: A Political History* (Londres, 1991). Introducción al tema, de gran utilidad.

17. Asia Oriental (véase también el capítulo 12)

Eckert, Carter (comp.), *Korea: Old and New* (Cambridge, Mass., 1990). Una guía fiable del pasado y el presente de la sociedad, la política y la cultura coreanas.

Gibney, Frank, *The Pacific Century* (Nueva York, 1992). Estudio extenso del pasado reciente, así como de las perspectivas futuras de los países asiáticos y de su relación con Estados Unidos y Europa.

Schaller, Michael, *The Altered States* (Nueva York, 1997). Excelente estudio del profundo efecto que tuvo el tratado de seguridad norteamericano sobre la política interna y la política exterior del Japón de la posguerra.

Schonberger, Howard, *The Aftermath of War* (Nueva York, 1990). Estudio de las estrategias políticas norteamericanas con respecto al Japón ocupado, algunas de las cuales aspiraban a instituir reformas políticas, mientras que otras pretendían restaurar a Japón como baluarte contra las fuerzas radicales.

Stueck, William, *The Korean War: An International History* (Princeton,

1995). La mejor historia de la guerra coreana en un marco multinacional.

Vogel, Ezra, *The Four Little Dragons* (Cambridge, Mass., 1991). Breve pero perspicaz análisis de cómo Corea del Sur, Taiwan, Hong Kong y Singapur han alcanzado asombrosos éxitos económicos.

## 18. China

Bergère, Marie-Claire, *The Golden Age of the Chinese Bourgeoisie* (Stanford, Calif., 1989). Demuestra cómo el final de la dinastía acarreó el impulso de la iniciativa empresarial y la expansión económica.

Billingsley, Phil, *Bandits in Republican China* (Stanford, Calif., 1988). La organización, el reclutamiento, el estilo de vida y la jerga de los desposeídos de China.

Esherick, Joseph, *The Origins of the Boxer Uprising* (Berkeley y Los Ángeles, 1987). Combina la ecología de la región en donde florecieron los bóxers con los factores locales y religiosos.

Fu, Poshek, *Passivity, Resistance and Collaboration: Intellectual Choices in Occupied Shanghai, 1937-1945* (Stanford, Calif., 1993). Pautas de supervivencia de quienes no se unieron ni a los nacionalistas en Chong-king ni a los comunistas en Yanán.

Levine, Marilyn, *The Found Generation: Chinese Communists in Europe during the Twenties* (Seattle, 1993). Demuestra cómo la juventud china en Francia se hizo comunista y aprendió a organizarse para la revolución.

Lieberthal, Kenneth, *Governing China, from Revolution through Reform* (Nueva York, 1995). Antecedentes meticulosamente planteados de la historia del Partido Comunista chino; repleto de detalles sobre las instituciones burocráticas y la naturaleza de la toma de decisiones.

McCord, Edward, *The Power of the Gun: The Emergence of Modern Chinese Warlordism* (Berkeley y Los Ángeles, 1993). El desarrollo de las estructuras militares y su relación con las ĕlites locales y los grupos políticos de la China central.

Pomeranz, Kenneth, *The Making of a Hinterland: State, Society and Economy in Inland North China, 1853-1937* (Berkeley y Los Ángeles, 1993). Cómo una zona rural se deteriora en lo económico, social y político, mientras otras se desarrollan y modernizan.

Saich, Anthony, *The Origins of the First United Front in China: The Role of Sneevliet (alias Maring)* (2 vols., Leiden, 1991). Las actividades secretas en China de la Komintern, gracias a los archivos y a los documentos de un agente secreto.

Smil, Vaclav, *China's Environmental Crisis: An Enquiry into the Limits of National Development* (Armonk, N. Y., 1993). Los inmensos retos a que se enfrenta China por el uso de la tierra, la erosión, la contaminación y la presión demográfica.

Thompson, Roger, *China's Local Councils in the Age of Constitutional Reform* (Cambridge, Mass., 1995). Muestra los primeros intentos de establecer estructuras democráticas en los gobiernos rurales y urbanos.

Tse-Tsung, Chow, *The May Fourth Movement: Intellectual Revolution in Modern China* (Cambridge, Mass., 1960). Estudio con detalle enciclopédico de grupos, individuos, revistas y problemas.

Wakeman, Frederic, *Policing Shanghai, 1927-1937* (Berkeley y Los Ángeles, 1995). El intento de poner orden en la ciudad destrozada por las drogas y la corrupción, y controlada económicamente a través de concesiones a extranjeros. Muchos detalles acerca de grupos criminales y terror político.

## 19. El Sureste asiático

Bastin, John y Harry J. Benda, *A History of Modern South East Asia* (Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1968). Enfoca concretamente el impacto colonial y las respuestas regionales.

Benda, Harry J., *The World of Southeast Asia: Selected Historical Readings* (Nueva York, 1967). Selección representativa de voces auténticas del Sureste asiático.

Kahin, George McT. (comp.), *Governments and Politics of Southeast Asia* (Ithaca, N. Y., 1964). Dedica especial atención a los antecedentes históricos.

Leifer, Michael, *ASEAN and the Security of Southeast Asia* (Londres, 1990). El desarrollo y el papel de una comunidad diplomática regional.

—, *Dictionary of Modern Politics in Southeast Asia* (Londres, 1995). Resumen de la política y las relaciones internacionales desde el fin de la guerra del Pacífico.

Orborne, Milton, *Southeast Asia: An Illustrated Introductory History* (Sidney, 1990). Introducción sucinta, pero de gran alcance.

Pluvier, J. M., *Southeast Asia from Colonialism to Independence* (Kuala Lumpur, 1974). Estudio del desarrollo del nacionalismo.

Sandhu, K. S. y otros (comps.) *The Asean Reader* (Singapur, 1992). Extensa selección sobre todos de los aspectos de la Asociación de Naciones del Sureste Asiático.

Steinberg, David J. y otros (comps.), *In Search of Southeast Asia: A Modern History* (Honolulú, 1987). Presta atención limitada, aunque muy didáctica, al siglo xx.

Tarling, Nicholas (ed.), *The Cambridge History of Southeast Asia, II. The Nineteenth and Twentieth Centuries* (Cambridge, 1993). Buen resumen.

## 20. Asia meridional

Baxter, C., *Bangladesh: A New Nation in an Old Setting* (Boulder, Colorado, 1984).

Brass, P. R., *The Politics of India since Independence* (Cambridge, 1990).

Brown, Judith M., *Gandhi: Prisoner of Hope* (Londres, 1989).

—, *India: The Origins of an Asian Democracy* (2.ª ed., Oxford, 1994). Buen estudio general.

Gopal, S., *Jawaharlal Nehru: A Biography* (3 vols., Londres, 1975-1984).

Jalal, A., *The State of Martial Rule: The Origins of Pakistan's Political Economy of Defence* (Cambridge, 1990).

—, *Democracy and Authoritarianism in South Asia. A Comparative Historical Perspective* (Cambridge, 1995). Estudio político comparativo.

Robinson, F. C. R. (comp.), *The Cambridge Encyclopaedia of India, Pakistan, Bangladesh, Sri Lanka...* (Cambridge, 1995). Obra de referencia clave.

Stern, R. W., *Changing India: Bourgeois Revolution on the Subcontinent* (Cambridge, 1993). Estudio interpretativo de la India de finales del siglo xx.

Tambiah, S. J., *Sri Lanka: Ethnic Fratricide and the Dismantling of Democracy* (Chicago, 1986).

Tomlinson, B. R., *The Economy of Modern India 1860-1970* (Cambridge, 1993).

Wolpert, S. A., *Jinnah of Pakistan* (Nueva York, 1984).

Ahmad, Feroz, *The Making of Modern Turkey* (Londres, 1993). Completa historia socioeconómica y política de la Turquía del siglo xx.

Horowitz, Dan y Moshe Lissak, *Trouble in Utopia: The Overburdened Polity of Israel* (Albany, N. Y., 1989). Excelente estudio de la historia política del Israel y de las tensiones impuestas al sistema en los años ochenta.

Kerr, Malcolm, *The Arab Cold War 1958-1967: A Study of Ideology in Politics* (2.ª ed., Londres, 1967). El mejor estudio de las relaciones entre países árabes en una época en que la unidad era una de las principales cuestiones políticas.

Khadra, Salma, *Modern Arabic Poetry: An Anthology* (Nueva York, 1987). Contiene ejemplos de poemas escritos por los más conocidos poetas árabes del siglo xx.

Khalil, Samir, *The Republic of Fear* (Berkeley y Los Ángeles, 1989). Novedoso intento de examinar el papel de la violencia y el miedo en el gobierno del Iraq de Ba'thi.

Leveau, Remy, *Le sable et le tourban: L'Avenir du Mahgreb* (París, 1993). Análisis previsor de las principales fuerzas políticas en el África septentrional de finales del siglo xx.

Luciani, Giacomo (comp.), *The Arab State* (Londres, 1990). Contiene diversos ensayos que pretenden definir la importancia que revisten los ingresos por el petróleo en la administración de los Estados del Golfo.

Mottahedeh, Roy, *The Mantle of the Prophet: Religions and Politics in Iran* (Nueva York, 1985). Clásica combinación de biografía religiosa y análisis político del Irán que avanza hacia su revolución islámica.

Seale, Patrick, *Assad: The Struggle for the Middle East* (Londres, 1988). La mejor biografía de uno de los principales líderes políticos árabes del siglo xx.

Springborg, Robert, *Mubarak's Egypt: Fragmentation of the Political Order* (Boulder, Colorado, 1989). Penetrante análisis de los puntos fuertes y los puntos débiles del sistema político autoritario de Egipto.

Yapp, Malcolm, *The Near East since the First World War* (Londres,

1991). Buen estudio general de la historia de Próximo Oriente desde la primera guerra mundial.

Zahan, Rosemary Said, *The Making of the Modern Gulf States* (Londres, 1989). Estudio bien informado de la historia y el gobierno contemporáneo de los Estados del Golfo y de Arabia Saudí.

## 22. El África negra

Bayart, François, *The State in Africa: The Politics of the Belly* (Londres, 1993). Análisis clásico, aunque controvertido, del África poscolonial.

Berman, Bruce y John Losdale, *Unhappy Valley: Conflict in Kenya and Africa* (2 vols., Londres, 1992). Profundo análisis de la naturaleza del Estado colonial y de la etnicidad africana.

Chabal, Patrick, *Power in Africa: An Essay in Political Interpretation* (Londres, 1992). Análisis de la política africana contemporánea teniendo en cuenta la historia.

Chanock, Martin, *Law, Custom and Social Order* (Cambridge, 1985). Brillante estudio de la interacción del gobierno colonial y las costumbres africanas.

Feierman, Steven, *Peasant Intellectuals: Anthropology and History in Tanzania* (Madison, Wisconsin, 1990). Exploración puntera de lo «local sin límites» del África colonial.

Hastings, Adrian, *The Church in Africa, 1450-1950* (Oxford, 1994). Estudio magistral de la historia religiosa reciente de África.

Iliffe, John, *The History of a Continent* (Cambridge, 1995). El mejor y más reciente estudio de la historia de África en un único volumen.

Mamdani, Mahmoud, *Citizen and Subject: Contemporary Africa and the Legacy of Late Colonialism* (Londres, 1996). Estudio con puntos de vista convincentes acerca de las estructuras del gobierno y el desarrollo coloniales, así como del fracaso de los Estados africanos independientes en su intento de modificarlas.

Moore, Henrietta y Megan Vaughan, *Cutting Down Trees* (Londres, 1994). Estudio de género, nutrición y políticas agrarias cambiantes en la época colonial.

Peel, John, *Ileshas and Nigerians* (Cambridge, 1983). Estudio preclaro del cambio social en la época colonial.

Vansina, Jan, *Paths in the Rainforests: Towards a History of Political Tradition in Equatorial Africa* (Londres, 1990). Estudio de cómo las invenciones de la tradición en la época colonial minaron la vitalidad de los indígenas.

Watts, Michael, *Silent Violence: Food, Famine and Peasantry in Northern Nigeria* (Berkeley y Los Ángeles, 1983). Estudio que abre caminos acerca de la hambruna y la sociedad rural en África.

Werbner, Richard, *Tears of the Dead* (Edinburgo, 1991). Relato revelador de los efectos sobre una familia de la conquista colonial, la desposesión, la guerra de guerrillas y la violencia poscolonial.

— y Terence Ranger (comp.), *Postcolonial Identities in Africa* (Londres, 1996). Debate entre los autores acerca de las continuidades y discontinuidades del África colonial y poscolonial, acompañado de sólidos estudios de casos contemporáneos.

## 23. América Latina

Beezley, William H. y Judith Ewell (comps.), *The Human Tradition in Latin America: The Twentieth Century* (Wilmington, Delaware, 1987). Veintiuna biografías, breves pero esclarecedoras, de latinoamericanos «comunes».

Bethell, Leslie (comp.), *The Cambridge History of Latin America* (Cambridge, 1986-1991). Historia detallada de los diferentes países y temas, así como biografías actualizadas y útiles.

—, *Mexico since Independence* (Cambridge, 1991).

—, *Central America since Independence* (Cambridge, 1991).

—, *Argentina since Independence* (Cambridge, 1993).

—, *Chile since Independence* (Cambridge, 1993).

—, *Cuba: A Short History* (Cambridge, 1993).

Bulmer-Thomas, Victor, *The Economic History of Latin America Since Independence* (Cambridge, 1994). Complejo estudio económico.

Donghi, Tulio Halperin, *The Contemporary History of Latin America* (Basingstoke, 1993) (trad. esp., *Historia contemporánea de América Latina*, Alianza, Madrid, 1998). La mejor historia general de la América Latina moderna).

Bambrick, Susan (comp.), *The Cambridge History of Australia* (Cambridge, 1994). Ensayos realizados por numerosos expertos sobre una gran variedad de temas.

Barber, James y John Barratt, *South Africa's Policy: The Search for Status and Security 1945-1988* (Ciudad del Cabo, 1990). El mejor estudio en un volumen de la política exterior de Sudáfrica hasta justo antes del fin del *apartheid*.

Beinart, William, *Twentieth Century South Africa* (Oxford, 1994). Estudio sucinto aunque de gran alcance.

Creighton, Donald, *Canada's First Century* (Toronto, 1970). Estudio de hermoso estilo de los cien años comprendidos entre 1867 y 1967, por uno de los más distinguidos, conservadores y polémicos historiadores de Canadá.

Davenport, T. R. H., *South Africa. A Modern History* (Ciudad del Cabo, 1988). Extenso, casi enciclopédico y bastante denso, escrito casi como libro de texto.

Hawke, G. R., *The Making of New Zealand: An Economic History* (Cambridge, 1985). El mejor complemento, en el aspecto económico, al libro de Sinclair.

Hillmer, Norman y J. L. Granatstein, *Empire to Umpire: Canada and the World of the 1990s* (Toronto, 1994). Excelente estudio del papel de Canadá en los asuntos mundiales desde principios del siglo xx hasta que se unió a la NAFTA.

Lower, Arthur R. M., *Colony to Nation: A History of Canada* (1946; 5.ª ed., Toronto, 1977). Estudio histórico clásico escrito por un historiador de las praderas.

McKinnon, Malcolm, *Independence and Foreign Policy: New Zealand in the World since 1935* (Auckland, 1993). El mejor estudio de un volumen sobre la política exterior de Nueva Zelanda.

Rice, Geoffrey W. (comp.), *The Oxford History of New Zealand* (Oxford, 1992). Buen resumen de la historiografía reciente y, en algunos casos, revisionista.

Rickard, John, *Australia: A Cultural History* (Londres, 1988). La historia de Australia escrita desde un punto de vista cultural y más centrada en el siglo xx.

Shaw, A. G. L., *The Story of Australia* (Londres, 1960). Estudio lúcido; buen tratamiento de los factores condicionantes económicos y sociales.

Sinclair, Keith, *A History of New Zealand* (Londres, 1959; ed. rev., 1969). El clásico estudio breve.

Woodcock, George, *A Social History of Canada* (Toronto, 1988). Vivaz y estimulante historia social y, en algunas partes, intelectual.

## 25. ¿Hacia una comunidad mundial?: La Organización de Naciones Unidas y el derecho internacional

Archer, Clive (comp.), *International Organizations* (2.ª ed., Londres: Routledge, 1992). Muy útil introducción a las funciones de la ONU y otros organismos.

Best, Geoffrey, *War and Law since 1945* (Oxford, 1995).

Brownlie, Ian (comp.) *Basic Documents in International Law* (4.ª ed., Oxford, 1995).

Cassese, Antonio, *International Law in a Divided World* (Oxford, 1986).

James, Alan, *Peacekeeping in International Politics* (Londres: Macmillan, 1990). Relaciona las actividades tendentes a mantener la paz con los procesos políticos que pretenden mejorar.

Naciones Unidas, *The Blue Helmets: A Review of United Nations Peacekeeping* (3.ª ed., Nueva York, 1996).

Northedge, F. S., *The League of Nations: Its Life and Times, 1920-1946* (Leicester, 1986).

Parsons, Anthony, *From Cold War to Hot Peace: UN Interventions 1947-1994* (Londres, 1995).

Roberts, Adam y Benedict Kingsvury (comp.), *United Nations. Divided World: The UN's Roles in International Relations* (2.ª ed., Oxford, 1993).

Scott, James Brown (comp.), *The Proceedings of the Hague Peace Conferences: Translation of the Official Texts* (4 vols., más volumen con índice; Nueva York, 1920-1921).

Walters, F. P., *A History of the League of Nations* (Oxford, 1960).

Fernández-Armesto, Felipe, *Millennium* (Barcelona, 1995). Estimulante e iconoclasta interpretación de los últimos mil años, con implicaciones no eurocéntricas para los próximos mil años.

Hobsbawm, Eric, *The Age of Extremes* (Nueva York, 1994). Escrito desde una perspectiva marxista, al final del libro ofrece una estimulante valoración general de la última parte del siglo.

Kennedy, Paul, *Preparing for the Twenty-First Century* (Nueva York, 1993) (trad. esp., *Hacia el siglo XXI*, Plaza & Janes, Barcelona, 1995). Al usar los mismo métodos que en su anterior libro, *The Rise and Fall of the Great Powers*, analiza el desarrollo de la tecnología, el cambio económico y el aumento de la población.

Loudon, Irvine (comp.), *Western Medicine: An Illustrated History* (Oxford, 1997). Fundamental para valorar los avances en medicina a finales del siglo.

Neustadt, Richard E. y Ernest R. May, *Thinking in Time* (Nueva York, 1986). Original aportación a la comprensión de la analogía histórica para intentar resolver problemas del presente y del futuro.

Ullman, Richard H., *The World and Yugoslavia's Wars* (Nueva York, 1996). La introducción presenta un tratamiento incisivo del conflicto en los Balcanes.

Zeldin, Theodore, *An Intimate History of Humanity* (Londres, 1994) (trad. esp., *Historia íntima de la humanidad*, Alianza, Madrid, 1996). Enfoque imaginativo, nada ortodoxo, lleno de sensibilidad y perspicacia.

# Cronología

**Política y relaciones internacionales**

**1900** Segundo año de la guerra de los bóers en Sudáfrica; liberación de Kimberley, Ladysmith y Mafeking entre enero y mayo; destrucción del ejército bóer y recuperación del Transvaal en octubre, aunque continúa la guerra de guerrillas.

Primavera: estalla la revuelta de los bóxers en China, con el lema: «Apoya al Qing, destruye al extranjero»; el 14 de agosto una fuerza multinacional libera las legaciones extranjeras en Pekín ocupadas en junio; la emperatriz viuda Ci'xi huye a Sian.

Se inicia la ocupación británica de Nigeria.

El gobierno otomano otorga una concesión a Alemania para construir una vía férrea de Berlín a Bagdad.

Estados Unidos libra una guerra de guerrillas contra nacionalistas filipinos al final de la guerra de 1898.

Mediante la Ley de Divisas, el oro se convierte en el único estándar monetario en Estados Unidos.

**1901** 22 de enero: muere la reina Victoria de Inglaterra, tras más de sesenta y tres años en el trono.

Se crea la Commonwealth de Australia, que se convierte en el segundo dominio (después de Canadá) del imperio británico.

Setiembre: el Protocolo de los bóxers pone fin a la rebelión con la aceptación por China de las exigencias de las grandes potencias.

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| La ley de radiación de Max Planck define los cuantos: importante paso hacia el desarrollo de la teoría física de los cuantos; David Hilbert anuncia su «programa para las matemáticas».<br><br>Vuelo del primer Zeppelin, aeronave dirigible, en Alemania. | Sigmund Freud, *La interpretación de los sueños.*<br><br>Joseph Conrad, *Lord Jim*; Antón Chéjov, *Tío Vania*; Theodore Dreiser, *Sister Carrie.*<br><br>Giacomo Puccini, *Tosca*; Anton Dvořák, *Rusalka*; Jan Sibelius, *Finlandia*; Edward Elgar, *La visión de Geroncio.* | **1900** |
| 12 de diciembre: Guglielmo Marconi transmite señales a través del Atlántico mediante el descargador de Hertz y la antena de Popov.<br><br>Se descubre petróleo en Spindletop, Texas, Estados Unidos. | Rudyard Kipling, *Kim*; Thomas Mann, *Los Buddenbroock*; August Strindberg, *La danza de la muerte*; Anton Chéjov, *Las tres hermanas.*<br><br>Serguéi Rajmáninov, Concierto para piano núm. 2. | **1901** |

**1901** 6 de setiembre: un anarquista dispara contra el presidente norteamericano McKinley, que muere al cabo de una semana; el vicepresidente Theodore Roosevelt ocupa la presidencia.

Se funda el Partido Socialista Revolucionario en Rusia.

El financiero australiano W. K. D'Arcy obtiene una concesión del gobierno persa y empieza una intensa exploración petrolífera en Persia.

Se forma el Partido Socialdemócrata en Japón.

**1902** 30 de enero: Gran Bretaña y Japón firman la alianza anglo-japonesa.

La ultraconservadora emperatriz viuda Ci'xi recupera el poder en Pekín.

31 de mayo: el Tratado de Vereeniging pone fin a la guerra de los bóers.

Fin de la resistencia filipina al dominio norteamericano.

**1903** Estados Unidos apoya la secesión panameña de Colombia a fin de facilitar la construcción del canal de Panamá.

11 de junio: el asesinato del rey Alejandro de Serbia da principio a una era de crisis en los Balcanes.

**1904** 8 de febrero: empieza la guerra ruso-japonesa.

8 de abril: Gran Bretaña y Francia firman la *Entente Cordiale*.

Estados Unidos adquiere en arrendamiento la zona del canal de Panamá.

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| J. P. Morgan crea la compañía U. S. Steel, la primera empresa con ganancias de mil millones de dólares; General Electric establece su primer laboratorio de investigaciones. | | **1901** |
| Se instala el primer cable transpacífico.<br>Bayliss y Starling descubren por primera vez una hormona, la secretina.<br>A. E. Kennelly y O. Heaviside infieren, y no se equivocan, que existe una región altamente ionizada en una de las capas altas de la atmósfera (capa Kennelly-Heaviside, posteriormente llamada ionosfera) que refleja las ondas hertzianas. | V. I. Lenin, *¿Qué hacer?*<br>Joseph Conrad, *El corazón de las tinieblas*; Henry James, *Las alas de la paloma*; sir Arthur Conan Doyle, *El perro de los Baskerville*<br>Claude Debussy, *Pélleas y Melisande.*<br>Frank Lloyd Wright termina la casa Willits, en Illinois (Estados Unidos).<br>Georges Méliès, *Viaje a la luna.* | **1902** |
| 17 de diciembre: primer vuelo con éxito de los hermanos Wright en Kitty Hawk, Carolina del Norte, Estados Unidos.<br>Se completa el último tramo de la vía férrea transiberiana. | Bertrand Russell, *Los principios de la matemática*; Henry James, *Los embajadores*; George Bernard Shaw: *Hombre y superhombre.*<br>J. M. Synge, *Jinetes hacia el mar*; Chéjov, *El jardín de los cerezos.*<br>Giacomo Puccini, *Madame Butterfly.* | **1903** |
| Se inventan la pila fotoeléctrica, la lámpara ultravioleta y las hojas para maquinillas de afeitar.<br>Frederick Soddy demuestra que | Joseph Conrad, *Nostromo*; Henry James, *La copa dorada*; Leoš Janáček, *Jenůfa.* | **1904** |

**1904**

**1905** 2 de enero: Port Arthur cae en manos de los japoneses; a fines de enero estalla la revolución en Rusia; como resultado, en el «Manifiesto de octubre», el zar concede la creación de un gobierno constitucional.

Empieza la revolución constitucional en Persia.

Primera crisis marroquí: Alemania y Francia se disputan Tánger.

Noruega se independiza pacíficamente de Suecia.

La división de Bengala por Gran Bretaña provoca el primer movimiento de resistencia generalizado, organizado por el Congreso Nacional indio, encabezado por Gopal Gokhale.

5 de setiembre: el Tratado de Portsmouth, en New Hampshire, pone fin a la guerra ruso-japonesa.

China establece reformas: anula el sistema confuciano de exámenes para acceder al funcionariado y lo sustituye con la «nueva enseñanza» (o sea, escolarización al estilo occidental) que permite seguir una carrera política o académica.

Estalla la revuelta maji-maji contra el dominio alemán en el África occidental.

**1906** Elección en enero de la primera Duma (Parlamento), en Rusia.

Al capitán Alfred Dreyfus, judío francés acusado con falsedad de traición, en 1894, lo rehabilitan por fin, con lo que termina el *affaire* Dreyfus que dividió amargamente a la sociedad francesa.

En Gran Bretaña, los liberales llegan al gobierno; se forma el Partido Laborista; por decisión del gobierno liberal, los bóers recuperan el autogobierno en el Transvaal y en el Estado Libre de Orange, pero manteniéndose dentro del imperio británico.

17 de abril: terremoto e incendio de San Francisco.

En India, los musulmanes, alarmados por el nacionalismo hindú, fundan una Liga Musulmana.

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| átomos químicamente idénticos-pueden poseer masas distintas (isótopos). | | 1904 |
| Albert Einstein formula su teoría especial de la relatividad; explica el efecto fotoeléctrico utilizando la teoría cuántica de la energía luminosa; desarrolla la teoría del movimiento browniano. | Freud, *Tres ensayos sobre teoría sexual*; George Santayana, *La vida de la razón*.<br>Edith Wharton, *La casa de la alegría*; Oscar Wilde, *De profundis* (publicación póstuma); baronesa Orczy, *La pimpinela escarlata*.<br>Richard Strauss, *Salomé*; Claude Debussy, *El mar*; Franz Lehár, *La viuda alegre*.<br>Paul Cézanne, *Las Bañistas*.<br>Antoni Gaudí i Cornet, casa Milà, Barcelona.<br>Se abre la primera sala de cine permanente en Pittsburgh, Pennsylvania. | 1905 |
| Walther Nernst establece el «teorema del calor», ahora la tercera ley de la termodinámica.<br>Roald Amundsen determina la posición del polo norte magnético.<br>En respuesta a las revelaciones en *La jungla*, de Upton Sinclair, Estados Unidos aprueba la Ley de la Alimentación y las Drogas Puras (Pure Food and Drug Act). | Upton Sinclair, *La jungla*, crítica feroz de la industria de conservas de carne.<br>John Galsworthy, *La saga de los Forsyte* (hasta 1928). | 1906 |

**1907** Mahatma Gandhi inicia su primera campaña de *satyagraha*, o resistencia no violenta, contra la política racial anti-india en Sudáfrica.

El acuerdo «de caballeros» japonés-norteamericano limita la migración nipona a Estados Unidos.

Japón convierte formalmente a Corea en protectorado.

31 de agosto: concluye la Convención anglo-rusa sobre las esferas de influencia en Asia central.

Los holandeses consolidan su control de Sumatra.

Nueva Zelanda se convierte en dominio británico con autogobierno.

Acaba la revuelta de los maji-maji en el África oriental alemana.

**1908** Los «Jóvenes Turcos» obligan a Abdul Hamid II a restaurar la constitución otomana de 1876.

Octubre: Austria se anexiona Bosnia-Herzegovina.

La indignación internacional por la política de trabajos forzados obliga a Bélgica a quitar a Leopoldo I el Estado Libre del Congo.

La emperatriz viuda muere; las reformas constitucionales adquieren ímpetu en China.

El descubrimiento de petróleo en el sureste de Persia por la concesión D'Arcy lleva a la creación de la Compañía Petrolera Anglo-Persa.

**1909** En Estados Unidos se forma la NAACP (Asociación Nacional para el Progreso de las Gentes de Color).

Abdicación forzada del sultán otomano Abdul Hamid II.

Reformas de Morley-Minto en India.

**1910** El primer ministro egipcio, Butros Ghali asesinado por nacionalistas egipcios.

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| Iván Pávlov investiga los reflejos condicionados.<br>Leo Baekeland desarrolla una resina sintética, la baquelita, nombre que se usará para una serie de resinas y plásticos sintéticos. | Henri Bergson, *La evolución creadora*; William James, *El pragmatismo*; Hans Bethge, *Die chinesische Flote* (traducciones al alemán de poemas chinos).<br>Pablo Picasso, *Las señoritas de Aviñón*.<br>R. Baden-Powell crea el movimiento *scout* (Boy Scout). | 1907 |
| | Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*.<br>Gertrude Stein, *Tres vidas*; E. M. Forster, *Una habitación con vistas;* Kenneth Grahame, *The Wind in the Willows (El viento en los sauces)*.<br>Constantin Brancusi, *El beso*. | 1908 |
| 6 de abril: el comandante Percy llega al polo norte.<br>25 de julio: Louis Blériot efectúa la primera travesía del canal de la Mancha en aeroplano.<br>Henry Ford inicia la producción en masa de su coche modelo T. | Nikolái Rimski-Kórsakov, *El gallo de oro*; Strauss, *Electra*.<br>Picasso y Georges Braque desarrollan el cubismo; primer empleo del término «futurismo» en las artes (Filippo Marinetti).<br>Los Ballets rusos de Serge de Diághilev causan entusiasmo en París. | 1909 |
| Marie Curie, *Tratado sobre la radiografía*. | Bertrand Russell con A. N. Whitehead, *Principia Mathematica*. | 1910 |

**1910** Natal, Colonial del Cabo, Transvaal y el Estado Libre de Orange se unen, con la condición de Dominio, en la Unión de África del Sur, encabezada por Louis Botha y Jan Smuts.

Japón se anexiona Corea.

La revolución derroca a la monarquía en Portugal, que se convierte en República.

Se inicia la revolución mexicana.

Las primeras asambleas provinciales se reúnen en China; abolición de la esclavitud en China.

**1911** Segunda crisis marroquí, por Agadir, entre Alemania y Francia.

Portugal adopta una constitución liberal.

Setiembre: guerra italo-turca y victoria de Italia, que se anexiona Trípoli y Cirenaica, hasta entonces pertenecientes al imperio otomano.

Octubre: estalla la Revolución china, que pone fin a la dinastía manchú.

El Tribunal Supremo de Estados Unidos apoya la legislación antimonopolio en el juicio de «Estados Unidos contra la Standard Oil Company de Nueva Jersey» y obliga a ésta a dividirse.

El primer lord del Almirantazgo, Winston Churchill, cambia el combustible de la Marina Real de carbón a petróleo.

**1912** 1 de enero: Sun Yat-sen elegido presidente provisional de la República China; 12 de febrero: el último emperador chino, Pu-yi, abdica; Sun dimite en favor del general Yuan Shi-kai, que accede a la presidencia el 10 de marzo; Sun funda el Guomindang.

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| Paul Ehrlich inventa un tratamiento para la sífilis.<br>Se funda la Sociedad Internacional de Psicoanálisis; la preside Carl G. Jung.<br>Sir Arthur Evans efectúa excavaciones en Knossos, en la isla de Creta. | E. M. Forster, *Howards End*.<br>Ígor Stravinski, *El pájaro de fuego*; Aleksandr Scriabin, *Prometeo*; Ralph Vaughan Williams, *Sinfonía del mar*; se estrena en Nueva York *La Fanciulla del West*, de Giacomo Puccini.<br>Amedeo Modigliani, *El violoncelista*; Exposición postimpresionista en Londres, con obras de Matisse, Cézanne y Van Gogh. | **1910** |
| Amundsen llega al polo sur.<br>Otorgan el Premio Nobel de Química a Marie Curie.<br>Ernest Rutherford describe la estructura nuclear del átomo.<br>Heike Kammerlingh-Onnes descubre la superconductividad de los metales.<br>Charles Wilson toma las primeras fotos de partículas subatómicas en una cámara de condensación.<br>Hayyim Weizmann desarrolla un procedimiento esencial en la producción de acetona para la manufactura de cordita. | D. H. Lawrence, *El pavo real blanco*; Rainer Maria Rilke, *Elegías de Duino*; Gaston Leroux, *El fantasma de la ópera*; Rupert Brooke, *Poemas*.<br>Richard Strauss, *El caballero de la rosa*; Gustav Mahler completa su Sinfonía núm. 9 y muere al poco tiempo; Arnold Schoenberg, *Tratado de armonía*; Stravinski, ballet de *Petrushka*; Irving Berlin, *Alexander's Ragtime Band*.<br>Marc Chagall, *Yo y la aldea*; roban del Louvre en París la *Mona Lisa* de Leonardo da Vinci (recuperada en 1913); Vasili Kandinsky y Franz Marc crean en Munich el grupo de artistas «El jinete azul» (Der Blaue Reiter). | **1911** |
| Victor Hess descubre los rayos cósmicos.<br>R. F. Scott llega al polo sur.<br>Se inventa el acero inoxidable; se | C. G. Jung, *Transformaciones y símbolos de la libido*; Alfred Adler, *Temperamento nervioso*.<br>Rabindranāth Tagore, traducción | **1912** |

**1912** En Estados Unidos, Arizona y Nuevo México consiguen la condición de estado.

17 de octubre: estalla la primera guerra en los Balcanes, cuando la Liga de los Balcanes (Serbia, Grecia, Bulgaria y Montenegro) ataca al imperio otomano.

El ministro metodista zulú J. W. Dube funda, en Bloemfontein, el Congreso Nacional de Nativos de Sudáfrica, posteriormente conocido como Congreso Nacional Africano (CNA).

**1913** 30 de mayo: el Tratado de Londres pone fin a la primera guerra de los Balcanes; junio: Bulgaria inicia la segunda guerra de los Balcanes, que acaba el 10 de agosto con el Tratado de Bucarest y la derrota de Bulgaria.

Yuan Shi-kai obliga a Sun Yat-sen a exiliarse y depura la Asamblea china.

Se establece legalmente el Sistema de Reserva Federal en Estados Unidos (no se aplica hasta 1914).

**1914** Gracias a la unificación de Nigeria del Sur y Nigeria del Norte, encabezada por el gobierno indirecto del primer gobernador general Frederick Lugard, se forma la mayor de las colonias británicas en África.

El Almirantazgo británico obtiene el control mayoritario de la Compañía Petrolera Anglo-Persa.

Incidente de Tampico entre Estados Unidos y México; abril-noviembre: ocupación norteamericana de Veracruz; julio: dimisión del dictador mexicano Victoriano Huerta.

28 de junio: en Sarajevo, Gavrilo Princip, nacionalista serbobosnio, asesina al archiduque Francisco Fernando de Austria y su esposa; 28 de julio: Austria declara la guerra a Serbia; agosto: estalla la primera guerra mundial.

31 de julio: Jean Jaurès, dirigente socialista, asesinado en París.

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| fabrica por primera vez el celofán.<br>En Inglaterra, descubiertos los restos del Hombre de Piltdown, de cincuenta mil años de antigüedad; más tarde se demuestra que fue un fraude.<br>15 de abril: mil quinientas personas mueren al hundirse el *Titanic* en el Atlántico Norte tras chocar con un iceberg. | al inglés del *Gitanjali* (recibe el Premio Nobel de Literatura en 1913); Synge, *El botarate del mundo occidental*.<br>Maurice Ravel, *Dafnis y Cloe*; Schoenberg, *Pierrot lunaire*.<br>Marcel Duchamp, *Desnudo bajando por la escalera*.<br>Se fundan los grandes almacenes F. W. Woolworth. | **1912** |
| Henry Ford establece la primera cadena de montaje en Detroit, Estados Unidos.<br>Niels Bohr construye un modelo cuántico del átomo del hidrógeno; Einstein plantea la teoría cuántica de la radiación. | Sigmund Freud, *Totem y Tabú*.<br>D. H. Lawrence, *Hijos y amantes*, *Muerte en Venecia*; Máximo Gorki, *Mi infancia*; Marcel Proust, *Por el camino de Swann*, primer volumen de *En busca del tiempo perdido* (hasta 1927).<br>Igor Stravinski, *La consagración de la primavera*; Charles Ives, *Holidays Symphony*. | **1913** |
| Sir James Jeans, *Teoría de la radiación y de los cuantos*.<br>Se abre el canal de Panamá.<br>Robert Goddard inicia sus experimentos con cohetes estratosféricos. | James Joyce, *Los dublineses*.<br>Charlie Chaplin empieza a actuar en el cine. | **1914** |

**1914** Agosto-setiembre: batallas de Tannenberg y de los lagos masurianos en el frente oriental; la primera batalla del Marne detiene la marcha alemana hacia París, lo que hace fracasar el plan Schlieffen.

Agosto-setiembre: fuerzas de Nueva Zelanda ocupan la Samoa alemana; fuerzas australianas ocupan Nueva Guinea, el archipiélago Bismarck y las islas Solomon; octubre: Japón ocupa las islas alemanas del Pacífico, Marianas, Marshall, Carolina y Palau.

Octubre-noviembre: primera batalla de Ypres: Francia y Gran Bretaña resisten los ataques alemanes por hacerse con los puertos del mar del Norte.

Noviembre: tropas japonesas y británicas se apoderan del dominio alemán Wei-hai-wei; Japón toma el control de Shantung.

Diciembre: Gran Bretaña declara protectorado a Egipto.

Gandhi regresa a India y apoya el esfuerzo de guerra de Gran Bretaña.

Blaise Diagne, de Senegal, elegido primer diputado negro a la Asamblea Francesa.

**1915** Enero: Japón presenta veintiuna exigencias a Yuan Shi-kai, en un intento de convertir a China en protectorado virtual.

Alemania y Gran Bretaña se imponen mutuamente bloqueos navales.

Febrero (hasta enero de 1916): los aliados emprenden sin éxito un ataque naval en los Dardanelos, seguido de desembarcos en Gallipoli, donde las fuerzas turcas acaban por repelerlos.

Abril-mayo: segunda batalla de Ypres; primer uso generalizado del gas venenoso como arma.

Mayo: Italia se une a la guerra del lado de los aliados.

7 de mayo: un submarino alemán hunde el *Lusitania*, provocando gran indignación en Estados Unidos por el uso de submarinos en la guerra.

16 de mayo: concluye el Acuerdo (secreto) Sykes-Picot sobre el reparto anglo-francés en Próximo Oriente.

Estados Unidos interviene en Haití (hasta 1934).

Noviembre: victoria turca sobre las fuerzas británicas en Ctesifonte, seguida de un cerco de cinco meses a las fuerzas aliadas en Kut; deportación en masa y matanza de armenios por los turcos.

1914

1915

Einstein, *Teoría general de la relatividad*.

Hugo Junkers desarrolla el primer avión de combate; Henry Ford produce el primer tractor motorizado para granjas.

Alexander Graham Bell hace la primera llamada telefónica transcontinental, de Nueva York a San Francisco; se inicia el servicio de transmisión por ondas hertzianas entre Estados Unidos y Japón.

Ezra Pound, *Cathay*; D. H. Lawrence, *El arco iris*; Ford Madox Ford, *El buen soldado*; W. Somerset Maugham, *La servidumbre humana*; Edgar Lee Masters, *Antología de Spoon River*; John Buchan, *Los treinta y nueve escalones*.

Duchamp realiza las primeras pinturas dadaístas.

D. W. Griffith, *El nacimiento de una nación*.

**1915** Campaña en el África Oriental Alemana de las fuerzas británicas, al mando de Smuts, contra Von Lettow-Vorbeck; diciembre: las fuerzas británicas toman el control del lago Tanganyika.

Primero de los ataques alemanes a Gran Bretaña con zepelines.

**1916** Marzo: la incursión de Pancho Villa en Columbus, Nuevo México, provoca la incursión del general norteamericano John J. Pershing al norte de México.

25 de abril: estalla en Dublín la rebelión de Semana Santa, reprimida por los británicos.

21 de febrero-agosto: batalla de Verdún, con un total de setecientas mil bajas; 1 de julio-noviembre: batalla de Somme, con un total de 1,2 millones de bajas.

31 de mayo: batalla de Jutlandia; la flota germana de alta mar causa daños a la gran flota británica, pero no consigue que ceda el control del mar del Norte.

Junio: ofensiva rusa, al mando de Bursilov, que penetra las líneas austriacas, pero acaba por agotar al ejército ruso.

Junio: Yuan Shi-kai muere y China se sume en una era de luchas entre señores de la guerra.

Junio: Sharif Hussein, de La Meca, se rebela contra los otomanos y es proclamado rey de los árabes; T. E. Lawrence nombrado oficial de enlace británico con el ejército del príncipe Faisal.

Annie Besant y B. G. Tilak forman Ligas de autogobierno en India.

El Pacto de Lucknow establece un frente único entre la Liga Musulmana y el Congreso Nacional Indio, que exige una reforma de la constitución y mayor participación de los indios en el gobierno del país.

18 de diciembre: Grigori Rasputín, consejero del zar y la zarina de Rusia, es asesinado por aristócratas rusos.

**1917** E. S. Montagu, secretario de Estado para India, declara que Gran Bretaña tiene por objetivo que el de India sea un gobierno responsable dentro de la Commonwealth.

México adopta una constitución radical.

1915

Los británicos inventan los primeros carros blindados (tanques).

James Joyce, *Retrato del artista adolescente*. 1916

Claude Monet, *Los lirios*; florece en Zurich el anarquista movimiento artístico dadaísta.

Gustav Holst, *Los planetas*; el jazz se populariza en Estados Unidos.

Lloyd Wright diseña el hotel Imperial de Tokio.

En China se pone en marcha el Movimiento de la Nueva Cultura, cuando los intelectuales chinos que estudiaron en Occidente debaten sobre la necesidad de aplicar reformas modernizadoras.

Griffith, *Intolerancia*.

Carl Gustav Jung, *Sobre la psicología del inconsciente*; Freud, *Introducción al psicoanálisis*. 1917

T. S. Eliot, *La canción de amor de*

**1917** 9 de febrero: Alemania proclama la guerra submarina sin limitaciones.

Revolución de febrero en Rusia: el zar abdica el 9 de marzo.

China entra en la guerra contra Alemania; envía ciento cincuenta mil trabajadores a Europa.

5 de abril: el Congreso norteamericano declara la guerra a Alemania.

Abril: fracasa la ofensiva francesa al mando del general Nivelle.

Mayo-junio: estallan motines en el ejército francés, pero son reprimidos.

Julio: estallan motines en el ejército y la marina rusos; agosto: trabajadores fabriles de Moscú hacen huelga y exigen el fin de la guerra.

Agosto-noviembre: Gran Bretaña ataca en Flandes (Passchendaele): cuatrocientas mil bajas británicas.

2 de noviembre: la Declaración de Balfour promete el apoyo del gobierno británico para la creación en Palestina de un «hogar nacional para los judíos»; diciembre: fuerzas británicas entran en Jerusalén.

7 de noviembre: estalla la Revolución de octubre en Petrogrado (San Petersburgo); los bolcheviques, dirigidos por Lenin, se hacen con el control del gobierno ruso.

5 de diciembre: el gobierno bolchevique firma el armisticio con las potencias centrales.

**1918** Pandemia mundial de gripe: millones de muertos.

8 de enero: el presidente norteamericano Wilson propone «catorce puntos» como base para la paz y la reconstrucción posterior a la guerra.

Marzo: los alemanes emprenden la última gran ofensiva en el frente occidental, seguida en julio por el triunfo de la contraofensiva de los aliados, incluyendo Estados Unidos.

3 de marzo: el Tratado de Brest-Litovsk pone fin a la guerra entre Rusia y las potencias centrales.

16 de julio: unos bolcheviques asesinan a la familia imperial rusa en Ekaterinburgo.

19-21 de setiembre: la batalla de Megiddo, la última de las campañas en Próximo Oriente, acaba con victoria británica cerca de Jaffa y la caída posterior de Damasco, Beirut, Homs y Alepo.

*Alfred Prufrock*; W. B. Yeats, *Los gansos salvajes en Coole*; Paul Valéry, *La joven parca*. **1917**

Modigliani, *Mujer agachada*; J. S. Sargent, *Retrato de John D. Rockefeller*.

C. D. Carra y Giorgio de Chirico crean la escuela de «pintura metafísica» en Italia; Guillaume Apollinaire usa por primera vez el término «surrealista».

Ottorino Respighi, *Los pinos de Roma*; Serguéi Prokófiev, *Sinfonía clásica*; Béla Bartók, *El príncipe de madera*; Eric Satie, *Parade*; George M. Cohan, *Over There*.

El sueldo anual de Charlie Chaplin asciende a un millón de dólares.

Sir Arthur Stanley Eddington, *La gravitación y el principio de la relatividad*. James Joyce, *Exiliados*; Luigi Pirandello, *Seis personajes en busca de autor*; G. M. Hopkins, *Poemas* (publicación póstuma); Lytton Strachey, *Victorianos eminentes;* Willa Cather, *Mi Antonia*; Chou Xu-jen (seudónimo de Lu Xun), *Diario de un loco* (cuento corto redactado al estilo occidental). **1918**

Harlow Shapley descubre la dimensión real de la Vía Láctea; se acaba de montar el telescopio del observatorio de Mount Wilson.

Max Planck recibe el Premio Nobel de Física por su teoría cuántica.

Leonard Woolley inicia sus excavaciones arqueológicas en Mesopotamia.

Béla Bartók, *El castillo de Barba Azul*; Elgar, Concierto para violoncelo; La Original Dixieland Jazz Band hace una gira por Europa.

**1918** Octubre: Austria-Hungría empieza a desmoronarse; checos y eslovacos declaran su independencia y crean Checoslovaquia.

30 de octubre: el imperio otomano acepta el armisticio con los aliados.

Noviembre: estallan motines y la revolución en Alemania; el káiser abdica, huye y se exilia en Holanda; 11 de noviembre: Alemania y las potencias aliadas firman el armisticio, poniendo fin a la guerra; Hungría, Yugoslavia y Polonia declaran su independencia; Austria y Alemania se convierten en repúblicas.

Guerra civil a lo largo de 1918 en Rusia, entre «rojos» (bolcheviques) y «blancos»; intervención de fuerzas de Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos y Japón en apoyo de los blancos.

México nacionaliza sus campos petrolíferos.

Diciembre: elecciones en Gran Bretaña; una aplastante mayoría devuelve a Lloyd George y su gobierno de coalición al poder, pero el Partido Liberal queda terriblemente dividido, lo que permite al Partido Laborista convertirse en la principal alternativa frente a los conservadores.

**1919** A principios de enero, fracasa en Berlín la Revolución espartaquista, encabezada por Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht; 15 de enero: asesinan a Luxemburg y Liebknecht.

18 de enero: se inicia la Conferencia de Paz de París; resultado: tratados que ponen formalmente fin a la primera guerra mundial. Tratado de Versalles, con Alemania, firmado el 28 de junio; el de Saint-Germain, con Austria, firmado el 10 de setiembre; el de Neuilly, con Bulgaria, el 27 de noviembre; el de Trianón, con Hungría, el 4 de junio de 1920, y los de Sèvres (10 de agosto de 1920) y Lausana (24 de julio de 1923), con Turquía. Establece la creación de la Sociedad de naciones y el sistema de mandatos que reparte entre los victoriosos aliados, las colonias alemanas y turcas en África, Próximo Oriente, Asia y el Pacífico.

La *Government of India Act* (ley) establece una legislatura bicameral para el país entero, así como asambleas provinciales por elección; la *Rowlatt Act* mantiene los severos poderes de época de guerra con el fin de evitar la sedición.

10 de abril: asesinato de Emiliano Zapata en Chinameca, México.

13 de abril: tropas encabezadas por los británicos disparan sobre una mul-

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| Empieza el servicio de correo aéreo regular entre Nueva York y Washington. | | 1918 |
| Al observar un eclipse total de sol, unos científicos confirman la teoría de la relatividad de Einstein.<br><br>J. W. Alcock y A. W. Brown cruzan el Atlántico en avión, sin escalas, en poco más de dieciséis horas.<br><br>Primer vuelo con éxito de un helicóptero.<br><br>Se funda la RCA (Radio Corporation of America). | J. M. Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*; Karl Barth, *Der Romerbrief (Epístola a los romanos);* Henri Bergson, *La energía espiritual*; Havelock Ellis, *Psicología del sexo*; Karl Jaspers, *Psicología de las concepciones del mundo*; Johan Huizinga, *El otoño de la Edad Media*; Hu Shih, *Bosquejo de la filosofía moderna* [china].<br><br>Robert Wiene, *El gabinete del doctor Caligari*; Manuel de Falla, *El sombrero de tres picos*; Thomas Hardy, *Colección de poemas*.<br><br>Vasili Kandinsky, *Improvisación soñadora* y *Cementerio árabe*; Claude Monet, *Nenúfares*; Pablo | 1919 |

**1919** titud en Amritsar, ciudad del Punjab; matan a trescientas personas, hieren a más de mil y provocan indignación contra el gobierno británico en India.

Mayo: estalla la tercera guerra afgana; las batallas formales terminan en un mes, pero la actividad guerrillera continúa en el decenio siguiente.

Indignación china por la negativa de la Conferencia de Versalles a obligar a Japón a ceder Shantung; provoca disturbios y el Movimiento 4 de mayo.

Anton Drexler, cerrajero de Munich, funda el *Deutsche Arbeiterpartei* (Partido Obrero Alemán); en 1920 su nombre cambia a *Deutsche Nationalsozialistichepartei*, Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, o Nazi.

En Italia, Benito Mussolini, ex director del periódico socialista *Avanti*, ayuda a formar los *Fasci d'Italiani di Combattimento*, o Partido Fascista.

Disturbios inspirados por los nacionalistas acarrean una revuelta generalizada en Egipto contra los británicos, que la reprimen violentamente.

Lenin forma la Komintern o Tercera Internacional en un congreso internacional celebrado en Moscú, con el fin de promover la revolución mundial.

**1920** Se crean la Sociedad de naciones y el Tribunal Permanente de Justicia Internacional.

El Senado norteamericano vota en contra de formar parte de la Sociedad de naciones.

Gran Bretaña obtiene el mandato sobre Palestina; el emir Faisal, hijo de Sharif Hussein, de La Meca, se convierte en rey de Siria, antes de que los franceses lo depongan, al hacerse con el mandato sobre el país.

Gandhi apoya el Movimiento Khilafat e inicia una campaña de desobediencia civil (que dura hasta 1922).

10 de agosto: el Tratado de Sèvres provoca la resistencia armada de los nacionalistas turcos, encabezados por Mustafa Kemal, contra los planes de los aliados para dividir Turquía.

Acaba la guerra civil rusa.

Los inmigrantes italianos Sacco y Vanzetti, condenados por asesinato

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| | Picasso, *Pierrot y Arlequín*; Georgia O'Keefe, *Música azul y verde*. | 1919 |
| | Walter Gropius funda la Bauhaus (escuela de arquitectura y diseño), en Weimar, Alemania. | |
| Herman Rorschach inventa la prueba de manchas de tinta para el diagnóstico de enfermedades mentales.<br><br>John T. Thompson, un oficial jubilado del ejército norteamericano, patenta su pistola ametralladora (*tommygun*, en inglés). | Alfred Adler, *Teoría y práctica de la psicología individual*; Carl Jung, *Tipos psicológicos*; Alfred North Whitehead, *El concepto de la naturaleza*; H. G. Wells, *Esquema de la historia*.<br><br>Francis Scott Fitzgerald, *Al este del Edén*; Sinclair Lewis, *Calle mayor*; Edith Wharton, *La edad de la inocencia*; Paul Valéry, *El cementerio marino;* Hu Shih, paladín del *pai-hua* (uso literario del vernáculo) publica una colección de poemas *pai-hua, Ch'ang-shih chi*; Eugene O'Neill, *Más allá del horizonte*. | 1920 |

**1920** en Estados Unidos, en un ambiente de prejuicios xenófobos y errores judiciales, lo que provoca disturbios antiamericanos en Europa.

**1921** Febrero: el jefe de la brigada cosaca, Reza Khan, lidera un golpe de Estado y se instala en el poder de hecho en Irán.

Es asesinado el primer ministro japonés Takashi Hara; se nombra regente al príncipe heredero Hirohito.

Los franceses expulsan a Faisal de Siria y los británicos lo nombran rey de Iraq.

Marzo: se reprime la rebelión de Kronstadt; Lenin pone fin al comunismo de guerra y adopta una Nueva Política Económica (NEP).

Julio: se funda el Partido Comunista Chino.

Noviembre: (hasta febrero de 1922), la Conferencia Naval en Washington da por resultado el Tratado sobre el Pacífico entre Cuatro Potencias, que pone fin a la alianza anglo-japonesa; el Tratado sobre China de Nueve Potencias (6 de febrero de 1922), y el Tratado de Cinco Potencias que limita la fuerza naval de las principales potencias (6 de febrero de 1922).

6 de diciembre: el Tratado anglo-irlandés crea el Estado Libre de Irlanda, dentro del imperio británico, que divide Irlanda entre el norte, mayoritariamente protestante, y el sur, mayoritariamente católico; estalla la guerra civil entre nacionalistas irlandeses.

**1922** Lenin sufre un ataque que lo debilita; Stalin se convierte en secretario general del Partido Comunista de Rusia; los Estados soviéticos establecen formalmente la Unión Soviética.

Gran Bretaña separa la Transjordania del resto del mandato palestino y pone como monarca al emir Abdullah, uno de los hijos de Sharif Hussein.

Gran Bretaña reconoce unilateralmente la independencia egipcia, bajo el rey Fuad, pero se reserva el derecho a controlar la defensa, el canal de Suez y Sudán.

Setiembre-octubre: la crisis de Chanak da como resultado la victoria de los nacionalistas turcos; noviembre: el imperio otomano es abolido por

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| | Erik Satie, *Sócrates*. | 1920 |
| | El papa Benedicto XV canoniza a Juana de Arco. | |
| Thomas Hunt Morgan formula la teoría cromosómica de la herencia. | Ludwig Wittgenstein, *Tractatus Logico-Philosophicus*. | 1921 |
| Meghmed N. Saha establece la ecuación de ionización termal para su uso en el análisis de los espectros estelares. | D. H. Lawrence, *Mujeres enamoradas*; Italo Svevo, *La conciencia de Zeno*; O'Neill, *El emperador Jones*; Lu Xun, *Historia verídica de Ah Q*; J. Hašek, *Aventuras del valeroso soldado Švejk*. | |
| | S. S. Prokófiev, *El amor de las tres naranjas*. | |
| | Charlie Chaplin, *El niño*; Rodolfo Valentino protagoniza *El caíd*. | |
| Lord Carnarvon y Howard Carter descubren la tumba de Tutankamón, en Egipto. | James Joyce, *Ulises*; Eliot, *La tierra baldía*; E. M. Forster, *Pasaje a la India*; Sinclair Lewis, *Babbit*; Herman Hesse, *Siddharta*; Osip Mandelstam, *Tristia* (poemas). | 1922 |
| | Chagall y Kandinsky, entre otros artistas y escritores, abandonan Rusia rumbo a Occidente; en México, Diego Rivera, David Siqueiros y José Luis Orozco empiezan a pintar murales; el movimiento ita- | |

**1922** Mustafa Kemal, que proclama la república turca; es expulsada de Turquía la población griega.

Octubre: Benito Mussolini amenaza con marchar sobre Roma, lo que obliga al rey Víctor Manuel III a nombrarle primer ministro.

**1923** 10 de enero: el sur de Rhodesia consigue el autogobierno dentro del imperio británico.

10 de enero: Francia ocupa Renania.

24 de julio: el Tratado de Lausana reconoce la república turca.

8-9 de diciembre: Hitler es detenido tras el *putsch* de una cervecería de Munich, en prisión escribe *Mein Kampf* (*Mi lucha*, publicado en 1925).

**1924** 21 de enero: Muere Lenin; prosigue la lucha por el poder entre los dirigentes comunistas.

19 de febrero: Reza Khan depone al sha de Irán y es nombrado regente; posteriormente accede al trono.

Marzo: Atatürk deroga el califato.

Ibn San'ūd conquista La Meca de Sharif Hussein, rey de Hiyāz.

24 de marzo: proclamación de la república en Grecia.

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| | liano *Novecento* pide el regreso al clasicismo renacentista.<br>Ludwig Mies Van der Rohe diseña un rascacielos de acero y cristal; Le Corbusier publica su plan para «La ciudad contemporánea».<br>Schoenberg establece el método dodecafónico serial de composición.<br>F. W. Murnau, *Nosferatu, el vampiro*; Robert Flaherty, *Nanook, el esquimal*. | 1922 |
| Calmette y Guerin desarrollan la vacuna contra la tuberculosis.<br>Juan de la Cierva desarrolla la teoría del autogiro.<br>La empresa B. F. Goodrich utiliza en chanclos de caucho el cierre flexible sin corchetes núm. 2, de Gideon Sundback, al que llama *zipper* (cremallera). | Sigmund Freud, *El yo y el ello*; Le Corbusier, *Hacia una nueva arquitectura*.<br>Lu Xun, *No-han*.<br>Marcel Duchamp, *La mariée mise à nu par ses célibataires, même* (empezado en 1915, ahora queda «definitivamente inacabado»).<br>Alexandr Rodchenko produce fotomontajes para el poema de Maiakovski *Pro Eto*.<br>Cecil B. de Mille, *Los diez mandamientos*. | 1923 |
| Henry S. Hele-Shaw y T. E. Beacham inventan la hélice de paso variable para los aviones; se patenta el reloj de cuerda automática; Zenith vende los primeros aparatos de radio portátiles; se introduce la primera libreta de espirales.<br>E. V. Appleton descubre cómo de- | Thomas Mann, *La montaña mágica*; Bernard Shaw, *Santa Juana*.<br>Janáček, *La zorrita astuta*; George Gershwin, *Rhapsody in blue*.<br>André Breton, *Primer manifiesto surrealista*.<br>Erich von Stroheim, *Avaricia*; F. W. Murnau, *La última risa*. | 1924 |

**1924** Abril: el Plan Dawes propone una solución a la crisis de la deuda europea.

10 de junio: los fascistas asesinan al diputado italiano Giacomo Matteoti.

**1925** Stalin se convierte en jefe supremo de la Unión Soviética y proclama una nueva estrategia: «el socialismo en un solo país».

17 de junio: 38 países firman el Protocolo de Ginebra, que prohíbe el uso de gas y de armas bacteriológicas.

En Marruecos estalla la rebelión de Abd el-Krim contra franceses y españoles.

1 de diciembre: los tratados de la Conferencia de Locarno garantizan las fronteras de Alemania, Francia y Bélgica.

**1926** 8 de enero: Ibn San'ūd es proclamado rey de Hiyāz.

25 de abril: Reza Khan se corona a sí mismo sha y proclama una nueva dinastía en Irán, la de los Pahlevi.

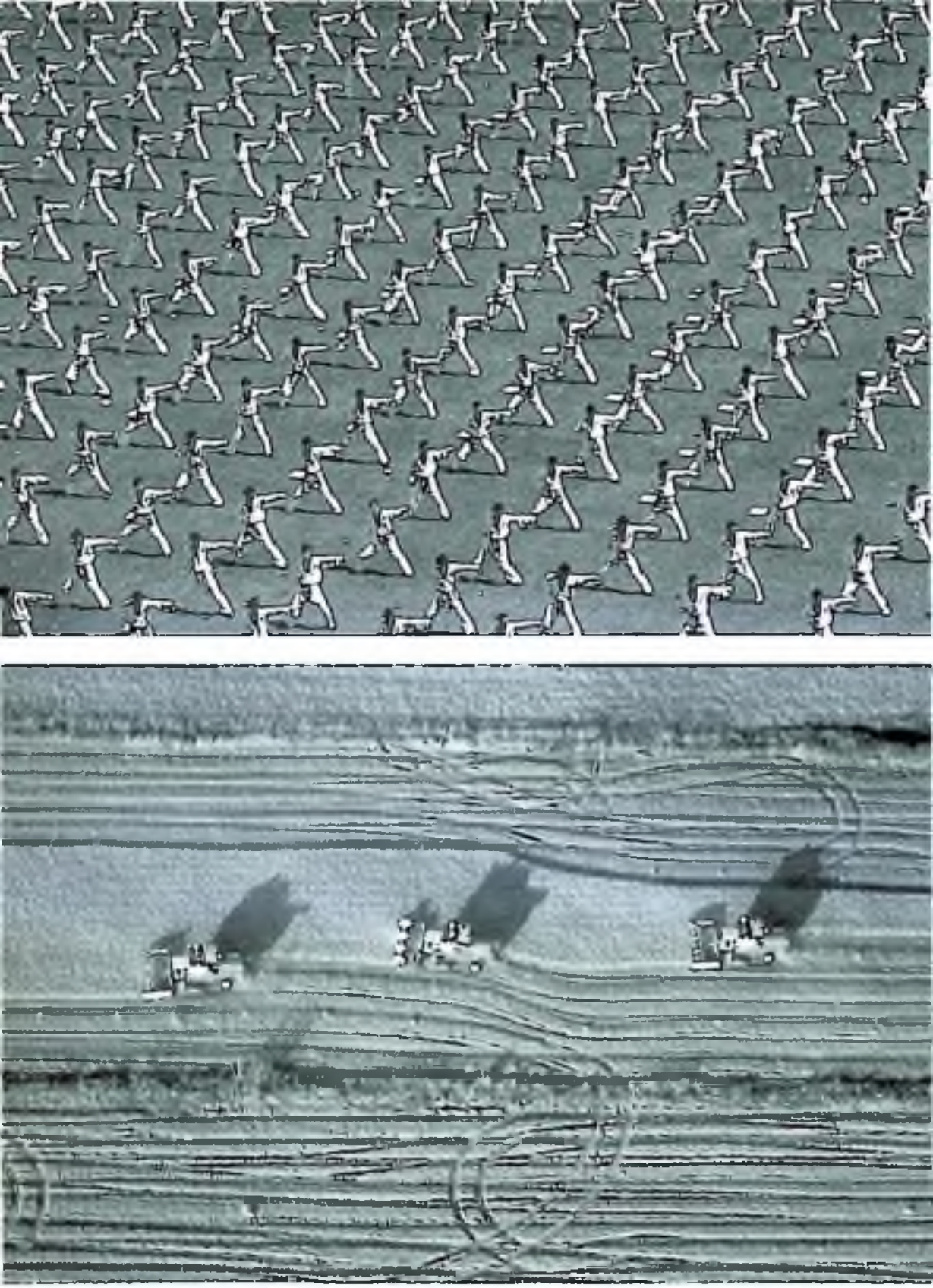
Verano: los sindicatos de Gran Bretaña llaman a la huelga general.

8 de setiembre: Alemania es admitida en la Sociedad de las Naciones.

Estados Unidos interviene en Nicaragua (hasta 1933).

En México estalla la revolución de los «cristeros» (católicos) contra el régimen revolucionario (hasta 1929).

Resistencia y esfuerzo. *Arriba*: La labor de los agricultores etíopes y los esfuerzos de las organizaciones humanitarias internacionales no han logrado evitar la hambruna y sus devastadoras consecuencias. *Abajo*: La democracia de India en acción: hombres y mujeres hacen cola, por separado en deferencia al tradicional sentido de decencia, para votar en Ghanouor, cerca de Patiala, en las elecciones de 1985 en el Punjab.



La ceremonia de inauguración de las Olimpiadas de Seúl en 1988 (*arriba*). Al ser anfitriona de los Juegos, Corea del Sur demostró su posición como nación económicamente desarrollada, políticamente madura y tecnológicamente avanzada. Una proporción creciente de su población abandona la tierra por las ciudades, que crecen rápidamente, un proceso ya muy avanzado en muchas partes del mundo. *Abajo*: Cosecha en un arrozal de California. Al dejar de lado la producción campesina para los mercados internacionales, esta clase de agricultura comercial mecanizada trastorna la vida rural en todas partes.

Mijaíl Gorbachov, que el año anterior había introducido unas controvertidas elecciones para la legislatura soviética, vota en las elecciones para el Congreso de Representantes del Pueblo, en marzo de 1990; las ganó y fue el primer y último presidente soviético elegido por voto directo. El populista Boris Yeltsin lo eclipsó cuando la Unión Soviética se desmembró. *Abajo:* En 1994, Yeltsin libró una sangrienta guerra para mantener a Chechenia, sin éxito, dentro de la Federación Rusa.

Negándose a aceptar el gobierno por mayoría, Rhodesia declaró unilateralmente la independencia, en 1965. A su régimen de blancos se opusieron unas victoriosas organizaciones guerrilleras, tras lo cual, en 1980, el país logró la independencia y cambió de nombre por el de Zimbabwe. *Abajo*: El pueblo ibo del este de Nigeria declaró su independencia en 1967 y se autoproclamó República de Biafra, pero fue vencido por un Estado nigeriano resuelto a no perder el control de los valiosos recursos petrolíferos de la región.

La invasión iraquí de Kuwayt en 1990 provocó el contraataque de una coalición de potencias occidentales y árabes, indignadas por la agresión iraquí y temerosas del impacto que la invasión tendría en el suministro de petróleo. *Abajo*: Tras el desmembramiento de Yugoslavia en 1991-1992, las tensiones étnicas latentes salieron a la superficie en forma de guerra, una guerra marcada por atrocidades horrorosas que las fuerzas de pacificación de la ONU (cascos azules) poco podían hacer por evitar.

En los años noventa se produjeron atentados terroristas incluso en Estados Unidos. Esto es lo que quedó del edificio federal en la ciudad de Oklahoma, cuando un terrorista norteamericano lo hizo estallar, matando a ciento sesenta y ocho personas.

Con el rey y emperador Jorge V —*arriba*, en el centro de la foto—, la Commonwealth Imperial de entreguerras era un pequeño club profundamente monárquico y «britanocéntrico» de hombres blancos. Irlanda era un dominio renuente, y Terranova, al que la gran crisis dejó en quiebra, abandonó el club a principios de los años treinta. *Abajo*: La Commonwealth de los noventa es un club multirracial postimperial, con más de cincuenta miembros. A este grupo de jefes de gobierno, reunido en 1995, lo representan los dos hombres situados a la izquierda de la primera fila: el jefe Emeka Anyaoku, secretario general de la Commonwealth, y Nelson Mandela —muy a gusto con una de sus características camisas de brillantes colores—, el padre fundador de la nueva «nación arco iris» de la Sudáfrica después del *apartheid*.

El último vestigio sustancial del imperio británico, Hong Kong, volvió oficialmente a China en julio de 1997.

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| terminar las distancias por radio (con un aparato precursor del radar); localiza la capa pesada de la ionosfera. | | 1924 |
| Wolfgang Pauli formula el «principio de exclusión» en la mecánica cuántica; Werner Heisenberg formula la primera versión del «principio de incertidumbre»; Heisenberg, Born y Jordan publican la primera versión de *La nueva teoría cuántica*.<br><br>Bell System funda la Bell Telephone Laboratories.<br><br>AT&T ofrece el primer servicio de telefotografía.<br><br>La Bronx River Parkway se abre en la ciudad de Nueva York y el condado de Westchester, estado de Nueva York; se trata de la primera carretera pública con entradas y salidas en lugar de intersecciones. | Adolf Hitler, *Mein Kampf;* Franz Kafka, *El proceso*; Scott Fitzgerald, *El gran Gatsby*; John Dos Passos, *Manhattan Transfer*; Virginia Woolf, *La señora Dalloway*; Noel Coward, *Fiebre de heno*; P. G. Wodehouse, *Carry on, Jeeves*.<br><br>Alban Berg, *Wozzeck*; Ravel, *El niño y los sortilegios*; Josephine Baker aparece en la *Revista Negra*, en París.<br><br>Serguéi Eisenstein, *El acorazado Potemkin*; Charles Chaplin, *La fiebre del oro*.<br><br>En Japón, los alfareros Kawai Kanjiro, Yanagi Soetsu y Hamada Shoji crean el movimiento de «arte folclórico» y producen objetos de cerámica para uso cotidiano, inspirándose en diseños japoneses tradicionales y en algunos británicos. | 1925 |
| Erwin Schrödinger publica la primera versión de la mecánica ondulatoria; Paul Dirac demuestra que las teorías de Heisenberg y de Schrödinger son idénticas.<br><br>John Logie Baird prueba la televisión en Londres.<br><br>Robert H. Goddard lanza el primer cohete propulsado por combustible líquido. | T. E. Lawrence, *Los siete pilares de la sabiduría*; Franz Kafka, *El castillo*; André Gide, *Los monederos falsos*; Lu Xun, *P'ang-huang;* A. A. Milne, *Winnie the Pooh*.<br><br>Puccini, *Turandot* (obra póstuma); Dmitri Shostakóvich, Sinfonía núm. 1.<br><br>Vasili Kandinsky, *Punta y línea en el plano*. | 1926 |

**1926** En la Conferencia Imperial se acepta que el «grupo de comunidades que goza de autogobierno compuesto de Gran Bretaña y los Dominios» son «comunidades autónomas dentro del imperio británico».

Chang Kai-shek reorganiza el Guomindang y encabeza la expedición del norte a fin de reunificar China.

Termina la revuelta de Abd el-Krim en Marruecos.

**1927** Trotski es expulsado del Partido Comunista soviético.

Chang Kai-shek trata de destruir el Partido Comunista chino.

**1928** Chang Kai-shek es elegido presidente de China.

Stalin proclama el Plan Quinquenal en la Unión Soviética.

Marzo: Hasan al-Banna, un maestro de escuela egipcio, crea la Sociedad de Hermanos Musulmanes, posteriormente conocida como la Hermandad Musulmana.

17 de julio: es asesinado Obregón, el presidente reelecto de México.

28 de agosto: en París se firma el Pacto Briand-Kellogg (Pacto General para la Renuncia a la Guerra como Instrumento de Política Nacional).

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| | Fritz Lang, *Metrópolis*; Vsiévolod Pudovkin, *La madre*; Rodolfo Valentino muere después del rodaje de *El hijo del caíd*, llorado por millones de personas. | **1926** |
| Lindbergh cruza el Atlántico en avión en solitario.<br>Rolex comercializa el primer reloj resistente al agua.<br>Se inventa la cinta celo.<br>Se inventa el primer pulmón de acero. | Franz Kafka, *América*; Hermann Hesse, *El lobo estepario*.<br>Duke Ellington toca en el Cotton Club de Harlem, en Nueva York; Béla Bartók, Concierto para piano núm. 1; Zoltán Kodály, *Háry János*; Jerome Kern y Oscar Hammerstein, *Showboat*.<br>Abel Gance, *Napoleón*; el cine sonoro comienza con *El cantante de jazz*, con Al Jolson. | **1927** |
| Alexander Fleming descubre la penicilina; George Papanicolau inventa el test para descubrir el cáncer de útero.<br>Empiezan a usarse los radiofaros para la navegación.<br>Joseph Schick inventa la primera maquinilla de afeitar eléctrica moderna. | José Carlos Mariategui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*.<br>Evelyn Waugh, *Decline and Fall*; D. H. Lawrence, *El amante de lady Chatterley*, publicado en Florencia, pero prohibido en muchos países por obsceno.<br>Ravel, *Bolero*; Kurt Weill y Bertolt Brecht, *La ópera de cuatro cuartos*; | **1928** |

1928

1929 11 de febrero: los Acuerdos de Letrán, entre el Papado e Italia, constituyen el Vaticano como Estado.

28 de octubre: quiebra en Wall Street, empieza la «gran crisis».

31 de octubre: lord Irwin, virrey de India, declara que Gran Bretaña pretende que India tenga «condición de Dominio».

Disturbios entre árabes y judíos a raíz de ciertos incidentes en el Muro de las Lamentaciones en Jerusalén.

En México se constituye el Partido Nacional Revolucionario (PNR) (en el gobierno), que posteriormente se convierte en Partido Revolucionario Institucional (PRI).

1930 En la Unión Soviética, Stalin decreta la colectivización forzosa y la «liquidación de los kulaks como clase».

Marzo-abril: Gandhi encabeza la Marcha de la Sal, una importante campaña de desobediencia civil contra el dominio británico en India; 12 de noviembre: se inicia en Londres la Conferencia de la Mesa Redonda.

El ras Tafari coronado como emperador Hailé Selassié de Etiopía.

En Argentina, la revolución lleva a José Uriburu a la presidencia.

En Brasil, la revolución pone fin a la «vieja república»; Getulio Vargas se hace con el poder.

El documento Passfield White propone limitar la inmigración judía en Palestina.

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| | George Gershwin, *Un americano en París*. | 1928 |
| | Le Corbusier diseña la Villa Savoye. | |
| | Walt Disney presenta a Mickey Mouse; G. W. Pabst, *La caja de Pandora*; Carl Theodor Dreyer, *La pasión de Juana de Arco*. | |
| La aeronave *Graf Zeppelin* vuela alrededor del mundo. | William Faulkner, *El ruido y la furia*; Ernest Hemingway, *Adiós a las armas*; Virginia Woolf, *Una habitación propia*; Alfred Döblin, *Berlín-Alexanderplatz*; Erich Maria Remarque, *Sin novedad en el frente*; Robert Graves, *Adiós a todo esto*; Jean Cocteau, *Los niños terribles*; Tanizaki Jun-Ishiro, *Tade kuu mushi* (*Unos cardos perfectos*). | 1929 |
| Dirac prevé la existencia de una nueva partícula compañera del electrón positivo. | Henry Moore, *Figura reclinada*. | |
| Edwin Powell Hubble demuestra que el universo se expande. | King Vidor, *¡Aleluya!* (película con actores y cantantes negros). | |
| C. W. Tombaugh descubre el planeta Plutón. | W. H. Auden, *Poemas*; Eliot, *Miércoles de ceniza*. | 1930 |
| Sir C. Raman, premio Nobel por su trabajo sobre la difusión de la luz en los medios transparentes. | Paul Robeson y Peggy Ashcroft, en *Otelo*; Noel Coward y Gertrude Lawrence, en *Vidas privadas*, del propio Coward. | |
| Dirac publica *Los principios de la mecánica cuántica*. | Pablo Picasso, *La crucifixión*; Grant Wood, *Gótico americano*. | |
| Max Theiler descubre la vacuna contra la fiebre amarilla. | Se termina la construcción del edificio Chrysler en Nueva York. | |
| Amy Johnson vuela en solitario de Londres a Australia. | Josef von Sternberg, *El ángel azul*, con Marlene Dietrich y Emil Jan- | |

**1930**

**1931** Febrero-marzo: como resultado de las conversaciones entre Gandhi e Irwin, el Congreso Nacional Indio participa en la Conferencia de la Mesa Redonda.

En Inglaterra, Oswald Mosley abandona el Partido Socialista y funda la Unión Británica de Fascistas. En España se declara la República.

La quiebra del banco austríaco Credit-Anstalt (el 11 de mayo) y del banco alemán Danatbank (13 de julio) provocan el cierre de bancos en Europa central y en Alemania.

15 de setiembre: en Gran Bretaña, la reducción de sueldos precipita un motín entre las fuerzas navales en Invergordon.

21 de setiembre: Gran Bretaña abandona el patrón oro; la crisis económica obliga a celebrar elecciones generales (27 de octubre), de las cuales sale un «Gobierno Nacional» compuesto principalmente de conservadores que apoyan al primer ministro laborista Ramsay Macdonald.

Setiembre: tropas japonesas provocan un incidente en Mukden, que utilizan como pretexto para invadir Manchuria.

11 de diciembre: el Estatuto de Westminster define el estatuto de «dominio» en el imperio británico.

**1932** La Gran Depresión se agrava en el mundo; en la Unión Soviética, el programa de colectivizaciones de Stalin provoca hambruna.

En Manchuria los japoneses establecen el Estado títere de Manchukuo, con el último emperador Qing como jefe de Estado titular.

2 de febrero: la Sociedad de naciones convoca la Conferencia para el Desarme Mundial, en un intento de reducir la cantidad de armas ofensivas (la conferencia, un fracaso, se disuelve en 1934).

Julio-agosto: la Conferencia de Ottawa establece el sistema de Preferencia Imperial en el imperio británico y en la Commonwealth.

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| | nings; primera película sonora de Alfred Hitchcok, *Chantaje*; René Clair, *Bajo los tejados de París*; Lewis Milestone, *Sin novedad en el frente*; Luis Buñuel, *La edad de oro*. | 1930 |
| Se descubre el positrón.<br>Se construye el primer ciclotrón en Berkeley, California.<br>DuPont introduce el freón. | Pearl S. Buck, *La buena tierra*; George Seferis, *Strophe* (poemas); Edmund Wilson, *Axel's Castle*.<br>William Walton, *El festín de Balthasar*; William Grant Still, *Sinfonía africana-americana*; Estados Unidos adopta oficialmente *La bandera estrellada* como himno nacional.<br>Charles Chaplin, *Luces de la ciudad*; William Wellman, *El enemigo público*, con James Cagney; Fritz Lang, *M, el vampiro de Düsseldorf*; Boris Karloff, en *Frankenstein*.<br>Se termina la construcción del Empire State Building, en Nueva York. | 1931 |
| James Chadwick descubre el neutrón.<br>Kurt Gödel, *Teorema de los enunciados formalmente indemostrables*.<br>Amelia Earhart es la primera mujer que cruza en solitario el Atlántico en avión. | Ernest Hemingway, *Muerte en la tarde*; Aldous Huxley, *Un mundo feliz*.<br>Leni Riefenstahl, *La luz azul*; Gary Cooper en *Adiós a las armas*; Johnny Weissmuller en la primera versión de *Tarzán*; Shirley Temple aparece en *Red-Haired Alibi*, a los cuatro años de edad. | 1932 |

**1932** Gandhi reanuda la campaña de desobediencia civil; se declara ilegal el Congreso Nacional Indio y Gandhi es detenido.

Estalla la guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay (hasta 1935).

El rey Ibn San'ūd consolida sus territorios en un único reino de Arabia Saudí.

Mayo y junio: la «Marcha de los bonos», llevada a cabo en Washington, D. C., por los veteranos de la guerra, acaba violentamente cuando las tropas, al mando del general Douglas MacArthur, dispersa a los manifestantes. 8 de noviembre: Franklin Delano Roosevelt es elegido presidente de Estados Unidos.

**1933** 30 de enero: Adolf Hitler se convierte en canciller de Alemania.

27 de febrero: el incendio del Reichstag en Berlín proporciona a Hitler un pretexto para reclamar poderes dictatoriales y para aplastar a toda la oposición, gracias a los decretos de excepción del 28 de febrero y a las Leyes de Autorización del 23 de marzo; 14 de julio: todos los partidos, salvo el Partido Nazi, son declarados ilegales; se establecen los primeros campos de concentración en Alemania.

Marzo: el recién elegido presidente norteamericano Roosevelt pone en marcha el *New Deal*, una política para combatir la Gran Depresión; abril: Estados Unidos abandona el patrón oro; Roosevelt reconoce a la Unión Soviética y reanuda el comercio con este país.

27 de marzo: Japón abandona la Sociedad de naciones y rechaza la condena de la política japonesa respecto a China.

En Cuba, la revolución derroca al dictador Machado.

La 21.ª enmienda de la Constitución norteamericana revoca la Ley seca.

14 de octubre: Alemania abandona la Conferencia para el Desarme Mundial y la Sociedad de naciones.

**1934** Roosevelt inaugura la «Política de buena vecindad», de no intervención en América Latina; Estados Unidos renuncia al «casi protectorado» de Cuba.

30 de junio: Hitler ordena la liquidación de los camisas pardas de Ernst Rohm, en la «Noche de los cuchillos largos»; 24 de julio: los nazis, que buscan una *anschluss* (anexión) con Austria, asesinan al canciller austría-

1932

| | | |
|---|---|---|
| La British Imperial Chemical Industries fabrica el polietileno.<br>Wiley Post, el primer hombre en volar en solitario alrededor del mundo.<br>Ernst Ruska inventa el microscopio electrónico. | André Malraux, *La condición humana*.<br>Gertrude Stein, *La autobiografía de Alice B. Toklas*; Wells, *Anticipaciones*.<br>Alexander Korda, *La vida privada de Enrique VIII*, con Charles Laughton; Busby Berkeley, *La calle 42*; David O'Selznick, *King Kong*; Fred Astaire y Ginger Rogers forman pareja por primera vez en *Flying Down to Rio*.<br>Se inventa el juego de mesa *Monopoly*. | 1933 |
| Botadura del transatlántico *Queen Mary*. | Hu Shih, *Renacimiento chino*; Shu Qingchun (Lao She), *Niu T'ien-tzú chuan*; Mijaíl Shólojov, *El Don apacible*.<br>Frank Capra, *Sucedió una noche*; Berkeley, *Gold Diggers of 1933*. | 1934 |

**1934** co Engelbert Dollfuss; 19 de agosto: Hitler proclama el fin de la república y el inicio del Tercer Reich, y a sí mismo como Führer.

Octubre: atacados por el Guomindang, los miembros del soviet de Jianxi inician la Larga Marcha (hasta octubre de 1935), durante la cual Mao Zedong emerge como jefe del Partido Comunista Chino.

Japón repudia los tratados de Washington de limitación de armamentos.

Diciembre: Serguéi Kirov es asesinado por órdenes de Stalin; empieza la «gran depuración» en la Unión Soviética; millones de muertos y presos en campos de trabajos forzados.

**1935** Mustafa Kemal sigue aplicando reformas occidentalizadoras en Turquía y adopta el sobrenombre de Atatürk.

7 de marzo: Hitler incorpora el Sarre a Alemania; 16 de marzo: repudia las cláusulas de desarme contenidas en el Tratado de Versalles y restablece el servicio militar obligatorio; 18 de junio: acuerdo naval anglogermano; 15 de setiembre: se promulgan las leyes de Nuremberg contra los judíos en Alemania.

Stalin continúa con las depuraciones, causando un enorme derramamiento de sangre.

2 de octubre: Mussolini invade Abisinia; la Sociedad de naciones declara a Italia nación agresora y le impone sanciones, con escaso efecto.

Rīda sha cambia oficialmente el nombre de Persia por el de Irán.

La Ley sobre el gobierno de India establece un gobierno provisional y un sistema federal.

**1936** 20 de enero: Eduardo VIII accede al trono británico; abdica el 10 de diciembre; le sucede Jorge VI.

| | | |
|---|---|---|
| | En la Unión Soviética se decreta que el realismo social es la única forma artística aceptable. | **1934** |
| Kodak introduce la fotografía en color; la IBM comercializa la máquina de escribir eléctrica; se patenta el nailon.<br>En Gran Bretaña se inventa el primer radar.<br>Kendall descubre la cortisona; Gerhard Domagk prueba, con éxito, la primera sulfamida, el Prontosil. | Sidney Webb y su esposa, Beatrice Potter, *Soviet Communism: A New Civilization?*; Karl Jaspers, *Razón y existencia*; Barth, *Credo*.<br>André Malraux, *La época del desprecio*; T. S. Eliot, *Asesinato en la catedral*; Robert E. Sherwood, *El bosque petrificado*; Sinclair Lewis, *It Can't Happen Here*.<br>George Gershwin, *Porgy and Bess*; Paul Hindemith, *Mathis der Maler*.<br>Shimazaki Toson escribe *Yoakemae (Antes del amanecer)*.<br>Hermanos Marx, *Una noche en la ópera*; Leni Riefenstahl, *El triunfo de la voluntad*; Alfred Hitchcock, *Treinta y nueve escalones*; John Ford, *El delator*; Selznick, *David Copperfield*; Clark Gable y Charles Laughton en *Rebelión a bordo*. | **1935** |
| Se termina la construcción de la presa de Boulder, en Colorado, Estados Unidos. | Keynes, *Teoría general del desempleo, el interés y el dinero*; A. J. Ayer, *Lenguaje, verdad y lógica*; | **1936** |

**1936** El Congreso Nacional Indio gana la mayoría en las elecciones, al amparo de la nueva Constitución.

7 de marzo: las tropas alemanas vuelven a entrar en Renania a despecho del Tratado de Versalles y del Pacto de Locarno.

3 de mayo: Léon Blum preside un gobierno del Frente Popular.

9 de mayo: Italia se anexiona Abisinia.

18 de julio: una rebelión militar, al mando del general Franco, marca el principio de la Guerra Civil española; la URSS apoya a la República; Italia y Alemania apoyan a Franco.

Agosto: en Moscú se celebra el primer «proceso»; los acusados son Zinóviev y Kámenev, antiguos miembros del Politburó.

25 de noviembre: Alemania y Japón firman un pacto contra la Komintern.

Chang Kai-shek declara la guerra a los invasores nipones; secuestrado por unos comunistas de Xi'an, acepta un frente unido contra los japoneses.

El rey Faruk sube al trono de Egipto; 26 de agosto: un tratado anglo-egipcio normaliza las relaciones entre Gran Bretaña y Egipto.

Se forma en Palestina un Comité Supremo Árabe para coordinar la resistencia a la inmigración judía; estalla una rebelión árabe; Gran Bretaña nombra la Comisión Peel para investigar y formular recomendaciones sobre un mandato.

**1937** Continúa la Guerra Civil española; 27 de abril: bombarderos alemanes destruyen la ciudad vasca de Guernica.

28 de mayo: Neville Chamberlain se convierte en primer ministro británico.

1 de junio: en Japón nombran primer ministro al príncipe Konoye; los

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| Carrel crea un corazón artificial.<br>Porsche diseña el Volkswagen, o «coche del pueblo»; primeras pruebas del avión *Spitfire*.<br>En Alemania, el Reichspost instala el primer servicio de teléfono con imagen, entre Berlín, Leipzig, Hamburgo y Nuremberg. | Beatrice Webb (Potter), *My apprenticeship*.<br>Shu She-yu, *Lo-t'o Hsiang-tzu*, cuya versión en inglés se publicará en 1945, con el título de *Rickshaw Boy* y es un éxito de ventas; Margaret Mitchell, *Lo que el viento se llevó*.<br>Henry Luce funda la revista *Time*; la editorial Penguin comercializa los primeros libros de bolsillo.<br>Schoenberg, Concierto para violín.<br>Lloyd Wright diseña la casa de la Cascada en Pennsylvania.<br>Charles Chaplin, *Tiempos modernos*; Capra, *Mr. Deeds va a la ciudad*.<br>El atleta norteamericano Jesse Owens gana cuatro medallas de oro en las Olimpiadas de Berlín; el boxeador alemán Max Schmeling derrota al norteamericano Joe Louis.<br>La BBC inicia sus transmisiones por televisión.<br>Bruno Hauptmann es condenado por el secuestro y asesinato del hijo de los Lindbergh. | **1936** |
| Se termina la construcción del puente *Golden Gate* en San Francisco.<br>Wernher von Braun y otros científicos alemanes inician las primeras pruebas con cohetes en el Institu- | Dos Passos, *U.S.A.*; Hemingway, *Tener y no tener*; André Malraux, *La esperanza*; George Orwell, *El camino al muelle Wigan*; John Steinbeck, *Sobre hombres y ratones*; Jean-Paul Sartre, *La náusea*; | **1937** |

**1937** militaristas japoneses adoptan una política bélica más agresiva; 7 de julio: un incidente en el puente de Marco Polo, cerca de Pekín, acarrea una guerra en toda regla entre Japón y China; los japoneses ocupan Tianjin y Pekín en agosto; 12 de diciembre: las tropas japonesas capturan la capital de Chang Kai-shek y llevan a cabo «la violación de Nankín».

Italia se une al Pacto contra la Komintern y abandona la Sociedad de naciones.

Los alemanes de los Sudetes se amotinan.

Prosiguen las depuraciones en la Unión Soviética.

**1938** 12 de marzo: Hitler consigue la *Anschluss*, o unión, de Austria; en primavera y otoño exige a Checoslovaquia que le entregue los Sudetes; en el Acuerdo de Munich (29 de setiembre), los primeros ministros británico y francés, Chamberlain y Daladier, ceden a las exigencias de Hitler.

9-10 de noviembre: *Kristallnacht* (La Noche de los Cristales Rotos): pogrom nazi contra los judíos.

A finales de noviembre las tropas japonesas ya se han hecho con el control de la mayor parte de China; la resistencia china continúa desde la capital de Chang Kai-shek, Chongqing.

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| to de Investigaciones de Peenemunde; el dirigible alemán *Hindenburg* estalla en el momento de aterrizar en Estados Unidos; en Inglaterra, A. A. Griffith y Frank Whittle fabrican el primer motor de jet; por su parte, y de manera independiente, M. Muller y Pabst von Ohain fabrican uno similar en Alemania.<br><br>Grote Reber construye el primer radiotelescopio en el patio trasero de su casa y empieza a recibir señales del espacio el año siguiente; el gobierno británico construye una cadena de estaciones de radar en la costa este.<br><br>Se utiliza la insulina para controlar la diabetes; Bovet inventa el primer antihistamínico; Theiler inventa la vacuna contra la fiebre amarilla. | Shiga Naoya, *Anya Koro*.<br><br>Picasso pinta el *Guernica*; Paul Mellon dota de fondos al museo National Gallery de Washington, D. C.<br><br>Shostakóvich, Sinfonía núm. 5; Carl Orff, *Carmina Burana*; Berg, *Lulú* (obra póstuma e inacabada).<br><br>Walt Disney, *Blancanieves y los siete enanitos*; Jean Renoir, *La gran ilusión*. | 1937 |
| Biro patenta el primer bolígrafo que se comercializa con éxito; se introducen las lámparas fluorescentes; la compañía Nestlé inventa el café soluble.<br><br>Reber recibe ondas cortas desde la Vía Láctea. | Alfred Whitehead, *Modes of Thought*; Santayana, *The Realm of Truth*; Franz Boas, *Antropología general*.<br><br>George Orwell, *Homenaje a Cataluña*; Daphné du Maurier, *Rebeca*; William Faulkner, *Los invictos*; Thornton Wilder, *Nuestra ciudad*; Emlyn Williams, *The Corn is Green*; Archibald MacLeish, colección de poemas, *The Land of the Free*; se informa de la muerte del poeta ruso-judío exiliado Osip Mandelstam en un campo de trabajos forzados en Siberia. | 1938 |

**1938**

**1939** Febrero-marzo: fracasa la Conferencia de Londres sobre Palestina; 17 de mayo: en el Libro Blanco Gran Bretaña establece una nueva política de inmigración para los judíos: la limita a 75000 en los cinco años siguientes y propone la creación, en un plazo de diez años, de un Estado palestino independiente; incluye cláusulas de protección de las comunidades minoritarias.

23 de marzo: Alemania invade Checoslovaquia; 23 de agosto: pacto nazi-soviético; 1 de setiembre: Hitler ataca Polonia; 3 de setiembre: Gran Bretaña y Francia declaran la guerra a Alemania; 17 de setiembre: tropas soviéticas entran en Polonia; 29 de setiembre: Alemania y la Unión Soviética se reparten Polonia; los rusos ocupan Letonia, Lituania y Estonia; 30 de noviembre: la URSS ataca Finlandia en una campaña que dura hasta marzo de 1940.

Los chinos construyen el camino de Birmania a fin de conseguir provisiones del exterior.

Termina la Guerra Civil española con la victoria de los militares sublevados. Empieza la dictadura del general Francisco Franco.

**1940** Abril-mayo: *Blitzkrieg* (guerra relámpago) de Alemania, que bombardea Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica y Francia; 10 de mayo: Winston Churchill es nombrado primer ministro británico; 17 de ma-

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| | Aaron Copland, *Billy the Kid.* | **1938** |
| | La emisión por radio de *La guerra de los mundos*, de Orson Wells, provoca el pánico entre los oyentes en Estados Unidos. | |
| | Eisenstein, *Alejandro Nevski*; Alfred Hitchcock, *The Lady Vanishes*; Leni Riefenstahl, *Olimpia*. | |
| | Lloyd Wright construye una residencia en Tailesin West, Arizona; Gropius y Marcel Breuer diseñan la casa Haggerty, en Cohasset, Massachusetts. | |
| Otto Hahn y Fritz Strassman descubren la fisión nuclear. | Sigmund Freud, *Moisés y la religión monoteísta*. | **1939** |
| | James Joyce, *El despertar de Finnegan*; Christopher Isherwood, *Adiós a Berlín*; Mann, *Carlota en Weimar*; Steinbeck, *Las uvas de la ira*; T. S. Eliot, *Reunión de familia*; André Gide, *Diario, 1885-1939*; Antoine de Saint-Exupéry, *Tierra de hombres*. | |
| | Béla Bartók, *Microcosmos*. | |
| | David O'Selznick, *Lo que el viento se llevó*; John Ford, *La diligencia*; Sam Wood, *Adiós, Mr. Chips*; Frank Capra, *Mr. Smith va a Washington*; Ernst Lubitsch, *Ninotchka*; Victor Fleming, *El mago de Oz*; Berkeley, *Babes in Arms*. | |
| En la Universidad de California se construye un gigantesco ciclotrón.<br>Se desarrolla la penicilina. | Arthur Koestler, *El cero y el infinito*; Edmund Wilson, *La estación de Finlandia*; Richard Wright, *Un* | **1940** |

**1940** yo-4 de junio: más de 300000 soldados evacuados de Dunkerque a Gran Bretaña; 10 de junio: Italia declara la guerra a Gran Bretaña y a Francia; 17 de junio: en Francia, el régimen de Vichy firma un armisticio con Alemania; en Londres, el general Charles de Gaulle proclama el movimiento «Francia Libre»; agosto-setiembre: durante la batalla de Inglaterra, la Luftwaffe intenta someter a los británicos a base de bombardeos; 2 de setiembre: Estados Unidos arrienda bases británicas en el Caribe a cambio de cincuenta anticuados destructores; 7 de setiembre de 1940-abril de 1941: bombardeos aéreos alemanes de ciudades británicas; 28 de octubre: Italia ataca Grecia; 9 de diciembre: éxito de la ofensiva británica contra las fuerzas italianas en el desierto Oriental en África Septentrional y subsiguiente conquista del África Oriental italiana; 29 de diciembre: Roosevelt declara que Estados Unidos debe ser un «arsenal para la democracia».

**1941** 11 de marzo: el Congreso norteamericano aprueba la ayuda a los aliados en forma de préstamo-arrendamiento.

Abril: fuerzas alemanas invaden Yugoslavia y Grecia.

20-31 de mayo: los alemanes capturan Creta mediante el aterrizaje de tropas; las fuerzas británicas en el África Septentrional obligadas a retirarse a la frontera egipcia.

22 de junio: Alemania invade la URSS; se hace con la mayor parte de la Rusia Occidental e inicia el sitio de Leningrado (hasta enero de 1944).

14 de agosto: Churchill y Roosevelt se reúnen cerca de la costa de Terranova; acuerdan la Carta del Atlántico, en la que declaran sus objetivos para el mundo de la posguerra.

6 de diciembre: las fuerzas soviéticas contraatacan al norte de Moscú y detienen la ofensiva germana.

7 de diciembre: las fuerzas japonesas atacan a la flota norteamericana amarrada en Pearl Harbor; 8 de diciembre: Estados Unidos y Gran Bretaña declaran la guerra a Japón; las fuerzas japonesas atacan e invaden Filipinas y Hong Kong; 11 de diciembre: Alemania e Italia declaran la guerra a Estados Unidos.

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| El puente Narrows, de Tacoma, en el estado de Washington, Estados Unidos, se derrumba por la tensión del viento; los ingenieros buscan nuevos diseños para puentes. | *muchacho de la tierra*; Graham Greene, *El poder y la gloria*; Ernest Hemingway, *Por quién doblan las campanas*; O'Neill, *El largo viaje hacia la noche*; Thomas Wolfe, *Ya no puedes regresar* (obra póstuma).<br>Duke Ellington es aclamado como pianista y compositor de jazz.<br>Walt Disney, *Fantasía*; John Ford, *Las uvas de la ira*; Hitchcock, *Rebeca*; George Cukor, *Philadelphia Story*; Chaplin, *El gran dictador*.<br>Descubiertas las cuevas prehistóricas de Lascaux en el sur de Francia. | **1940** |
| Comercialización de los primeros botes de aerosol.<br>Se producen los primeros jeeps con diseños de 1940 y el ejército norteamericano empieza a usarlos en junio. | Benedetto Croce, *La storia come pensiero e come azione*; Reinhold Niebuhr, *La naturaleza y el destino del hombre* (hasta 1943).<br>Scott Fitzgerald, *El último magnate*; Noel Coward, *Blithe Spirit*; Franz Wefel, *La canción de Bernadette*.<br>Shostakóvich compone la Sinfonía núm. 7 durante el cerco a Leningrado; Benjamin Britten, Concierto para violín.<br>Orson Welles, *Ciudadano Kane*; John Huston, *El halcón maltés*; Berkeley, *Babes in Broadway*; John Ford, *Qué verde era mi valle*; *Ohm Kruger*, película nazi antibritánica. | **1941** |

**1942** 20 de enero: la Conferencia de Wannsee entre nazis de alto rango da el visto bueno a los planes para la «solución final» del «problema judío»: el exterminio de los judíos en Europa.

Enero-febrero: las fuerzas japonesas invaden la península de Malaca y las Indias Orientales holandesas; 15 de febrero: en Singapur, los británicos se rinden; los japoneses toman 130000 prisioneros de guerra.

Febrero: el gobierno de Estados Unidos ordena el traslado forzoso de los norteamericanos de origen japonés lejos de las costas a campos en el interior.

No hay acuerdo en la misión de Cripps acerca de la independencia india después de la guerra; en agosto, Gandhi emprende el movimiento *Quit India* (Abandonad India); es detenido en octubre, junto con otros dirigentes del Congreso Nacional Indio.

30 de mayo: la fuerza aérea británica inicia bombardeos en Alemania.

4 de junio: la batalla de Midway cambia el rumbo de la guerra en el Pacífico.

28 de junio: los alemanes lanzan una ofensiva en Rusia rumbo al Cáucaso.

7 de agosto: las fuerzas norteamericanas desembarcan en Guadalcanal.

23 de octubre: el octavo ejército británico en el África Septentrional derrota a las fuerzas germano-italianas en El-Alamein y luego las persigue hasta Tripolitania.

7 de noviembre: las fuerzas anglonorteamericanas desembarcan en el África Septentrional francesa.

22 de noviembre: las fuerzas soviéticas contraatacan en Stalingrado.

En Gran Bretaña, William Beveridge presenta su «Informe sobre la Seguridad Social».

**1943** 14 de enero: se celebra la Conferencia de Casablanca entre Roosevelt y Churchill y proclaman el objetivo de los aliados: la rendición incondicional del Eje.

31 de enero: los alemanes se rinden en Stalingrado: 300000 prisioneros de guerra; 5 de julio: en Kursk, la victoria soviética en la mayor batalla con tanques en la historia marca un hito en el frente del Este.

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| Enrico Fermi inicia la primera reacción nuclear que se sostiene por sí sola; en Estados Unidos se inicia el Proyecto Manhattan para la producción de una arma atómica.<br>En Alemania se lleva a cabo la primera prueba con éxito del prototipo del cohete V2. | Albert Camus, *El extranjero*; Jean Anhouil, *Antígona*; Sartre, *Las moscas*; C. S. Lewis, *The Screwtape Letters*.<br>Mayo: Mao Zedong establece las normas para la literatura comunista china, en *Conversaciones en el Foro de Yenan sobre Arte y Literatura*.<br>John Cage, *Paisaje imaginario núm. 3*.<br>Michael Curtiz, *Casablanca*, con Humphrey Bogart e Ingrid Bergman; Welles, *Los magníficos Ambersons*; William Wyler, *La señora Miniver*; Walt Disney, *Bambi*. | **1942** |
| Jacques-Yves Cousteau y Émile Gagnan inventan la primera escafandra autónoma.<br>Waksmann inventa la estreptomicina. | Jean-Paul Sartre, *El ser y la nada*.<br>Sinclair, *Dragon's Teeth*; Bertolt Brecht, *La buena persona de Sezuan*; Betty Smith, *A Tree Grows in Brooklyn*; William Saroyan, *La comedia humana*. | **1943** |

**1943** 7 de mayo: las últimas fuerzas del Eje se rinden en África Septentrional: 250000 prisioneros.

24-28 de junio: el bombardeo aliado sobre Hamburgo inicia la ofensiva aliada por aire contra Alemania.

9 de julio: los aliados invaden Sicilia; setiembre: la invasión de la Italia continental provoca el derrocamiento de Mussolini y la rendición de Italia; sin embargo, las tropas alemanas rescatan a Mussolini y se encargan de defender Italia; el nuevo gobierno italiano declara la guerra a Alemania.

En India la hambruna asola Bengala, debido a que las condiciones de la guerra impiden que llegue la ayuda humanitaria.

22 de noviembre: Churchill, Roosevelt y Chang Kai-shek celebran la Conferencia de El Cairo; acuerdan exigir la rendición incondicional de Japón y hablan de la situación de Asia Oriental después de la guerra.

28 de noviembre: Roosevelt, Churchill y Stalin se reúnen en la Conferencia de Teherán; hablan de las condiciones de paz en Europa después de la guerra.

**1944** 4 de junio: las fuerzas aliadas liberan Roma; 5 de junio: Día D, los aliados cruzan el canal de la Mancha e invaden Europa; 25 de agosto: liberación de París.

Junio: la invasión japonesa de India rechazada en Manipur y Kohīma.

Junio: dirigentes del África Occidental y el África Ecuatorial francesas, reunidos con De Gaulle en Brazzaville; en la Declaración de Brazzaville reafirman que continuarán en el imperio francés y rechazan una posible independencia, aunque piden reformas democráticas en las colonias.

20 de julio: fracasa el plan de unos oficiales alemanes de matar a Hitler; éste ordena ejecutar a aquellos que, según él, formaron parte del complot.

22 de julio: Conferencia Económica Internacional en Bretton Woods, New Hampshire; se firma un acuerdo y se establecen los parámetros de la economía de la posguerra, incluyendo la creación del Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo (BIRD, ahora BM, Banco Mundial) y del Fondo Monetario Internacional (FMI).

24-25 de setiembre: fracasan los aterrizajes aéreos británicos en Arnhem.

Diciembre: rechazada la contraofensiva alemana en las Ardenas.

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| | Rodgers y Hammerstein, *Oklahoma*. | **1943** |
| Se sintetiza por primera vez la quinina. | F. A. von Hayek, *Cambio de servidumbre*. | **1944** |
| Se construye, en Clinton, Tennessee, una pila de uranio. | Saul Bellow, *Hombre en suspenso*; Tennessee Williams, *El zoo de cristal*; Jean Giraudoux, *La loca de Chaillot*. | |
| | Aaron Copland, *Appalachian Spring*; Michael Tippett, *El hijo de nuestro tiempo*; Béla Bartók, Concierto para violín; Leonard Bernstein, *En la ciudad*; Prokófiev, *Guerra y paz*. | |
| | Laurence Olivier, versión cinematográfica de *Enrique V*; Marcel Carné, *Los niños del paraíso*; Hitchcock, *Lifeboat*; Otto Preminger, *Laura*. | |

**1945** 9 de enero: fuerzas norteamericanas aterrizan en Filipinas; los combates continúan hasta julio.

4-11 de febrero: en la Conferencia de Yalta, Churchill, Roosevelt y Stalin hablan de las estrategias para poner fin a la guerra y del futuro de la Alemania de la posguerra.

19 de febrero: fuerzas norteamericanas aterrizan en Iwo Jima; los combates duran hasta el 15 de marzo.

9 de marzo: fuerzas norteamericanas destruyen el veinte por ciento de Tokio con bombas incendiarias.

1 de abril: fuerzas norteamericanas aterrizan en Okinawa; los combates duran hasta julio.

12 de abril: muere Roosevelt; Harry Truman, nuevo presidente de Estados Unidos.

24 de abril: los ejércitos soviéticos y aliados se juntan en Torgau, en el Elba.

28 de abril: resistentes italianos capturan y matan a Mussolini y a su amante.

30 de abril: Hitler se casa con Eva Braun y ambos se suicidan, el 30 de abril, mientras los rusos toman Berlín.

7 de mayo: Alemania se rinde; 8 de mayo: el Día V. E. (Victoria en Europa) pone fin a la guerra en Europa; la Comisión de Control de los aliados divide Alemania en zonas de ocupación británica, norteamericana, francesa y rusa; fuerzas británicas, norteamericanas y rusas ocupan Berlín.

Tropas aliadas liberan a prisioneros de Auschwitz y otros campos nazis de exterminio; descubren que los nazis han exterminado hasta a seis millones de judíos y otros «indeseables».

Abril-junio: en una conferencia internacional reunida en San Francisco, se redacta la Carta de la Organización de Naciones Unidas (ONU), firmada el 26 de junio por cincuenta naciones; se ratifica en la primera reunión de la Asamblea General de la ONU, celebrada el 24 de octubre en Londres, y se establece la Asamblea General, el Consejo de Seguridad, y, posteriormente, organismos especializados como el Tribunal Internacional de Justicia (1945), la FAO (Organización para la Alimentación y Agricultura, 1945); el FMI (Fondo Monetario Internacional, 1946) y la OMS (Organización Mundial de la Salud, 1948).

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| El científico húngaro Lajos Janossy explora las propiedades de la radiación cósmica. | Karl Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*; Hermann Hesse, *El juego de los abalorios*. | 1945 |
| En Harwelll, Inglaterra, se funda el Instituto de Investigaciones Atómicas. | George Orwell, *Rebelión en la granja*; Evelyn Waugh, *Retorno a Brideshead*; Leopold Sédar Senghor, *Chants d'Ombre*. | |
| | Béla Bartók, *Concierto para orquesta*; Benjamin Britten, *The Rape of Lucretia*; Zoltán Kodály, *Misa breve*; Rodgers y Hammerstein, *Carrusel*. | |
| | Se populariza la música *bebop*. | |
| | Serguéi H. Eisenstein, *Iván el terrible*, primera parte; Roberto Rossellini, *Roma, ciudad abierta*; David Lean, *Breve encuentro*. | |

**1945** 3 de mayo: se recupera Rangún, con lo que Gran Bretaña completa la reconquista de Birmania.

16 de julio: primera prueba con éxito de la bomba atómica, cerca de Alamogordo, en Nuevo México.

17 de julio-2 de agosto: la Conferencia de Potsdam trata de la Alemania de la posguerra y de Europa del Este; ofrece a Japón la alternativa entre una rendición incondicional de sus fuerzas armadas o la destrucción total.

Julio: elecciones generales en Gran Bretaña; pierden Churchill y los conservadores; los laboristas vuelven al gobierno, con Clement Attlee como primer ministro.

6 y 9 de agosto: aviones norteamericanos dejan caer bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, en Japón; 8 de agosto, Rusia declara la guerra a Japón; 10 de agosto, el emperador Hirohito decreta que Japón ha de «aguantar lo insoportable» y rendirse; 2 de setiembre: Japón firma la rendición incondicional, con lo que se pone fin a la segunda guerra mundial.

En India, los dirigentes del Congreso Nacional Indio son liberados; empiezan las negociaciones para la independencia del país.

Agosto: en China del norte, estallan las luchas entre nacionalistas y comunistas; el general norteamericano George Marshall intenta, sin éxito, mediar entre ellos.

Se establece la República de Yugoslavia, con el mariscal Tito al frente.

Agosto: el presidente Truman anuncia el fin del arreglo de Préstamo-Arriendo, lo que precipita una crisis financiera en Gran Bretaña; posteriormente le extiende un préstamo por valor de 3 750 000 000 de dólares.

Empiezan en Nuremberg los juicios contra los dirigentes nazis por crímenes de guerra.

En Manchester, Inglaterra, se celebra el Congreso Panafricano.

**1946** El Tribunal Militar Internacional inicia en Tokio los juicios contra los criminales de guerra japoneses.

5 de marzo: en un discurso pronunciado en Fulton, Missouri, Churchill denuncia a la Unión Soviética por el «telón de acero».

Abril: se reanuda la guerra civil en China (se prolonga hasta 1949).

1945

1946

En la Universidad de Pennsylvania se exhibe la ENIAC, la primera computadora electrónica digital.

La ONU rechaza el plan de Baruch para internacionalizar la energía nuclear; diciembre: empieza a

Robert Penn Warren, *Todos los hijos del rey*; O'Neill, *Cometh, el repartidor de hielo*; John Hersey, *Hiroshima*.

William Wyler, *Los mejores años de nuestra vida*; Howard Hawks, *The Big Sleep*.

**1946** Primavera: el Comité Anglo-norteamericano que trata la cuestión palestina, recomienda que se permita la entrada en el mandato de cien mil refugiados judíos, si bien prevé un Estado palestino, único, laico y democrático; julio: atentado con bomba por terroristas sionistas en el hotel Rey David en Jerusalén.

Juan Domingo Perón elegido presidente de Argentina.

La Transjordania se independiza (en 1949, cambia su nombre por el de reino hachemita de Jordania).

Estados Unidos reconoce la independencia de Filipinas; Ferdinand Marcos es su primer presidente.

Italia se convierte en república.

Se anuncia que en Nueva York se situará la sede permanente de la ONU.

Noviembre: estalla la guerra en la Indochina francesa (dura hasta 1954) entre las fuerzas comunistas nacionalistas, al mando de Ho Chi Minh, y las fuerzas de ocupación francesas.

**1947** 9 de febrero: se firman tratados de paz con Italia, Hungría, Rumania, Bulgaria y Finlandia.

Febrero: Gran Bretaña anuncia su intención de devolver el mandato palestino a la ONU; en verano, la UNSCOP (Comite especial de la ONU sobre Palestina) propone repartir Palestina entre un Estado judío, un Estado árabe y una zona de administración internacional.

5 de junio: en un discurso pronunciado en Harvard, el secretario de Estado norteamericano, George C. Marshall, propone el Plan Marshall para la recuperación europea.

Julio: los holandeses lanzan una «acción policíaca» contra el Partido Nacionalista indonesio encabezado por Achmad Sukarno; la brutalidad de la campaña provoca un debate en la ONU y una tregua en diciembre.

15 de agosto: el último virrey de India, lord Mountbatten, preside la división de India y la creación de los Estados independientes de India y Pakistán; cientos de miles de personas mueren en la lucha por este motivo; octubre: estalla el conflicto armado entre India y Pakistán por Cachemira, región que acaba dividida entre ambos.

funcionar el primer reactor nuclear soviético.

La Marina norteamericana realiza una prueba atómica en el atolón de Bikini.

1946

Primer vuelo supersónico.

Descubiertos los Manuscritos del mar Muerto en Qūmran, Palestina; Francis Steele reconstruye el Código de Hamurabi a partir de textos hallados en las excavaciones de Nippur, en Mesopotamia.

Bell Laboratories fabrica los primeros transistores.

Albert Camus, *La Peste*; Lionel Trilling, *The Middle of the Journey*; W. H. Auden, *La edad de la ansiedad: égloga barroca*; Tennessee Williams, *Un tranvía llamado Deseo*; Thomas Mann, *Doktor Faustus*; se publica *El diario de Ana Frank*; Guido Ruggiero, *Esistenzalismo*; Jaspers, *¿Es culpable Alemania?*; Kawabata Yasunari acaba *País de nieve*.

Leopold Senghor, de Senegal, Aimé Césaire, de Martinica, y Léon Damas de la Guyana Francesa fundan *Présence Africaine*, revista literaria africana, como foro para la literatura de *Négritude*, un movimiento cultural que se inició en los años treinta y preten-

1947

**1947** Estalla la guerra civil griega (que dura hasta 1949), provoca la Doctrina Truman.

Se establece el Kominform en la Conferencia de Varsovia.

Bélgica, Holanda y Luxemburgo crean la unión aduanera del Benelux.

Se celebra la Conferencia de Montego Bay sobre la Federación de las Indias Occidentales británicas.

En Ginebra se firma el Acuerdo general sobre Aranceles y Comercio (GATT).

**1948** Enero: un fanático hindú asesina a Gandhi.

Febrero: el bloque soviético condena el régimen de Tito, en Yugoslavia.

Febrero-marzo: un golpe de Estado apoyado por la URSS establece un gobierno comunista en Checoslovaquia.

Se pone en marcha el Plan Marshall para la reconstrucción europea.

Terroristas sionistas asesinan al conde Folke Bernadotte, mediador de la ONU en la disputa palestina.

Mayo: Gran Bretaña sale de Palestina; se proclama el Estado de Israel; los ejércitos árabes lo invaden, dando lugar a la primera guerra árabe-israelí.

Abril: se declara el alto el fuego en Cachemira.

Setiembre: el Partido Comunista Indonesio (PKI) se une a la revuelta en Java; el gobierno nacionalista del presidente Sukarno lo reprime de inmediato.

Birmania se convierte en república independiente, fuera de la Commonwealth británica.

Ceilán se independiza (cambia su nombre por Sri Lanka).

Se declara el estado de excepción en Malaysia, en tanto los británicos luchan contra la insurgencia comunista.

Junio: el bloqueo de Berlín y el puente aéreo aumentan las tensiones de la guerra fría.

En una Conferencia Panamericana, celebrada en Bogotá, se crea la Organización de Estados Americanos (OEA).

El Partido Nacional, dominado por los afrikáners, llega al poder en Sudáfrica y promulga las leyes del *apartheid*.

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| | día reunir la experiencia cultural de todos los pueblos de ascendencia africana.<br>Giacometti esculpe *El dedo tendido*.<br>El «Nuevo Aspecto», introducido por Christian Dior, domina la moda femenina. | 1947 |
| Alfred Kinsey, *Comportamiento sexual en el varón*.<br>Lajo Janossy, *Cosmic Rays and Nuclear Physics*. | Alan Paton, *Tierra mártir*; Tanizaki Jun-Ishiro acaba *Nieve fina*; Senghor, *Anthologie de la nouvelle poésie nègre et malagache (Antología de la nueva poesía negra y malgache)*; E. R. Leavis, *The Great Tradition*.<br>Strauss, *Cuatro últimas canciones*.<br>Vittorio de Sica, *Ladrón de bicicletas*; Hitchcock, *La soga*. | 1948 |

**1948** En Colombia, el asesinato en Bogotá del popular líder radical liberal, Jorge Gaitán, provoca violentos disturbios; con esto se inicia la era de la «violencia» (que dura hasta 1957).

**1949** Éxito en las pruebas soviéticas de la bomba atómica.

En Alemania del Oeste se establece la República Federal Alemana (RFA); Konrad Adenauer es el canciller; en Alemania del Este se establece la República Democrática Alemana (RDA).

Gran Bretaña devalúa su divisa.

Irlanda abandona la Commonwealth británica y se convierte en república independiente.

India se convierte en república, pero permanece en la Commonwealth.

Como respuesta a la indignación internacional por las acciones militares de los holandeses en Indonesia, el PNI y Holanda celebran una conferencia en La Haya; en diciembre, Indonesia se independiza.

Se firma en Washington, D. C., el Tratado del Atlántico Norte, que establece la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte).

Los comunistas chinos expulsan a los nacionalistas hacia la isla de Taiwan; 1 de octubre: Mao proclama la República Popular China (RPC).

En Hungría se establece el régimen comunista.

**1950** Fin de la ocupación norteamericana en Japón.

El primer ministro Jawaharlal Nehru presenta el primer plan quinquenal de India.

Gran Bretaña reconoce la China comunista.

China y URSS firman un pacto de treinta años.

Los comunistas chinos ocupan el Tibet, que pide en vano ayuda a la ONU.

El senador norteamericano Joseph McCarthy advierte al presidente Truman que el Departamento de Estado está «lleno de comunistas»; Alger Hiss es condenado por perjurio; Klaus Fuchs es declarado culpable de pasar secretos atómicos a la URSS.

El presidente Truman ordena el desarrollo de la bomba de hidrógeno.

25 de junio: Corea del Norte invade Corea del Sur: se inicia la guerra de Corea (dura hasta 1953).

1948

En Estados Unidos, en una prueba, los misiles guiados alcanzan una altura de 420 kilómetros, la máxima hasta entonces; la URSS hace estallar su primera bomba atómica.

Se inventa la cortisona.

1949

Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*.

George Orwell, *1984*; Arthur Miller, *Muerte de un viajante*.

Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*.

Rodgers y Hammerstein, *South Pacific*; Kurt Weill, *Lost in the Stars*; Orff, *Antígona*; Bartók, Concierto para viola; Hindemith, Concierto para flauta, oboe, clarinete, fagot, arpa y orquesta.

Gene Kelly y Stanley Donen, *Un día en Nueva York*; Carol Reed, *El tercer hombre*.

Einstein publica una revisión de su ensayo sobre el campo unificado, con la intención de restablecer una única base teórica para la física.

Los antihistamínicos se convierten en tratamiento general para los resfriados y las alergias.

1950

Lionel Trilling, *The Liberal Imagination*.

Doris Lessing, *Canta la hierba*; Ray Bradbury, *Crónicas marcianas*; Hersey, *The Wall*; Thor Heyerdahl, *Kon-Tiki*; Margaret Mead, *Antropología social*; Gilbert Ryle, *The Concept of Mind*; Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*.

Giacometti esculpe *Siete figuras y una cabeza*.

Jackson Pollock, *Niebla de espliego*, marca el surgimiento del expresionismo abstracto como mo-

**1950** Estados Unidos proporciona a Francia ayuda militar en Indochina.

28 de noviembre: se pone en marcha el Plan Colombo para impulsar el desarrollo económico de los países del Sur y del Sudeste asiático.

**1951** Mohamed Muşaddaq se convierte en primer ministro de Irán y nacionaliza la industria petrolera, lo que provoca una grave crisis con Gran Bretaña.

Un fanático afgano asesina al primer ministro paquistaní, Liabat 'Ali Kan. Pakistán inicia un período de disturbios.

Libia se independiza.

Abril: el general MacArthur es relevado del mando en Corea tras abogar por el uso de armas atómicas.

Abril: en Estados Unidos, Julius y Ethel Rosenberg son sentenciados a muerte por espionaje a favor de la URSS.

8 de setiembre: firma en San Francisco del tratado de paz con Japón.

**1952** Primavera: la revolución egipcia derroca a la monarquía y establece una república, encabezada primero por el general Muhammad Naguib, derrocado a su vez por Gamal Abdel Nasser.

Abril: estalla la revolución boliviana, impulsada por el Movimiento Nacionalista Revolucionario del doctor Víctor Paz Estenssoro, que se convierte en presidente.

Estalla la rebelión Mau-mau en Kenya, encabezada por la KCA (Asociación Central de Kikuyus) contrariada por la política territorial de Gran Bretaña; octubre: las autoridades británicas declaran el estado de excepción (que dura hasta 1959).

En Gran Bretaña, Isabel II sucede a su difunto padre Jorge VI.

Grecia y Turquía entran en la OTAN.

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| | vimiento importante en el arte moderno.<br>Billy Wilder, *El crepúsculo de los dioses*; Jean Cocteau, *Orfeo*; Akira Kurosawa, *Rashomon*; John Huston, *La jungla de asfalto*. | **1950** |
| Comercialización de los primeros transistores.<br>Chrysler introduce la dirección asistida en automóviles.<br>El cirujano norteamericano John Gibbon, Jr., inventa la primera máquina corazón-pulmón artificial.<br>Primeras emisiones televisivas transcontinentales en Estados Unidos. | J. D. Salinger, *El guardián entre el centeno*; Carl Sandburg, *Complete Poems*; Anthony Powell, *A Dance to the Music of Time: A Question of Upbringing*; Ding Ling, *T'ai-yang chao tsai Sang-kan-ho shang (El sol brilla sobre el río Sangkan)*; Chou Li-Po, *Pao-feng tsou-yu (El huracán)*; Shu Qingchun, *The Yellow Storm*; Ōoka Shōshei, *Fuegos en la llanura*.<br>Benjamin Britten, *Billy Budd*.<br>Vincente Minnelli, *Un americano en París*; Mervyn Leroy, *Quo vadis*; Marlon Brando en *Un tranvía llamado Deseo*. | **1951** |
| Se inventa la primera píldora anticonceptiva.<br>Jacques-Yves Cousteau y Fernand Benoit utilizan por primera vez la escafandra para investigar un antiguo buque naufragado.<br>Primer accidente de una planta nuclear en Chalk River, en Canadá, sin víctimas.<br>Comercialización del primer aparato para sordos con transistores.<br>Douglas Bevis inventa la amnio- | Ernest Hemingway, *El viejo y el mar*; Ralph Ellison, *El hombre invisible*; Doris Lessing, *Martha Quest*; Dylan Thomas, *Collected Poems*; Agatha Christie, *La ratonera*; Jean Anhouil, *El vals del toreador*; Cesare Pavese, *El oficio de vivir*; Samuel Becket, *Esperando a Godot*; John Steinbeck, *Al este del Edén*; Edna Ferber, *Gigante*; Bernard Shaw, *Don Juan en los infiernos*; Norman Vincent Peale, *El poder del pensamiento positivo*; | **1952** |

**1952** El dirigente nacionalista Kwame Nkrumah se convierte en primer ministro de Costa de Oro.

Gran Bretaña lleva a cabo sus primeras pruebas atómicas.

6 de noviembre: Estados Unidos prueba la primera bomba de fusión termonuclear de hidrógeno (bomba H), en el atolón Eniwetok, en el Pacífico.

Dwight D. Eisenhower es elegido presidente de Estados Unidos.

**1953** 5 de marzo: muere Stalin; sigue la lucha por el poder en la URSS.

Se celebra en Londres la Conferencia sobre Rhodesia del Norte, Rhodesia del Sur y Nyasalandia; pese a las protestas de los dirigentes nacionalistas africanos, los tres territorios se amalgaman en la Federación Centroafricana, durante un período de prueba de diez años.

Jomo Kenyatta y otros sentenciados a prisión por dirigir la rebelión Mau-mau en Kenya.

Disturbios contra los franceses en Marruecos (duran hasta 1955).

27 de julio: se firma el armisticio coreano.

Musaddaq, primer ministro de Irán, derrocado por un golpe planeado por Estados Unidos y Gran Bretaña; el sha Muhammad Reza recupera el poder absoluto.

En Londres se celebra la segunda conferencia sobre la Federación de las Indias Occidentales.

12 de octubre: la Unión Soviética prueba la bomba de hidrógeno.

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| centesis para determinar la herencia genética del feto en la matriz de la madre.<br><br>Robert Wallace Wilkins inventa el primer sedante.<br><br>A George Jörgensen le practican la primera operación de cambio de sexo y cambia su nombre por Christine.<br><br>El CF-100, construido en Canadá, es el primer avión de combate de ala recta que rompe la barrera del sonido. | Shu Qingchun, *The Drum Singers*.<br><br>Marc Chagall, *La verde noche*; Jackson Pollock, *Número 12*; George Rouault, *El fin del otoño*.<br><br>Barbara Hepworth, *Estatua*.<br><br>Akira Kurosawa, *Vivir*; Orson Welles, *Otelo*; Fred Zinneman, *Solo ante el peligro*; Jacques Tati, *Las vacaciones de Monsieur Hulot*. | **1952** |
| W. Le Gros Clark demuestra que el «hombre de Piltdown» es un fraude.<br><br>29 de mayo: Edmund Hillary y el sherpa Tenzing Norgay son los primeros escaladores en llegar a la cima del Everest.<br><br>Kinsey, *El comportamiento sexual en la mujer*.<br><br>Un avión norteamericano impulsado por un cohete vuela a 2575 km/h.<br><br>Se crea la Oficina de Patentes Europea.<br><br>La cadena televisiva norteamericana CBS emite en color por primera vez.<br><br>La IBM 650 es la primera computadora que se fabrica en serie; tiene una memoria de mil palabras de diez bytes; P. L. Spencer, de la | B. F. Skinner, *Science and Human Behavior*; Czeslaw Milosz, *El pensamiento cautivo*; Martin Heidegger, *Introducción a la metafísica*; J. B. Rhine, *El nuevo mundo de la mente*; Jaspers, *Esencia y formas de lo trágico*.<br><br>Saul Bellow, *Aventuras de Augie March*; Jorge Luis Borges, *Laberintos*; Nadine Gordimer, *The Lying Days*; Miller, *The Crucible*; Camara Laye, *L'Enfant noir*.<br><br>Georges Braque, *Manzanas*; Jean Bazin, *Chicago*; Chagall, *La Torre Eiffel*.<br><br>Benjamin Britten, *Gloriana*; Vaughan Williams, *Sinfonía antártica*; Hindemith, *A Composer's World*; Gottfried von Einem, *El proceso* (basado en la novela homónima de Kafka). | **1953** |

**1953**

**1954** Marzo-mayo: como consecuencia del cerco de Dien Bien Phu, los franceses capitulan ante las fuerzas comunistas; surgen dos regímenes: Vietnam del Sur (República de Vietnam), bajo Ngo Dinh Diem, con capital en Saigón, y Vietnam del Norte (República Democrática de Vietnam), bajo Ho Chi Minh, con capital en Hanoi; Camboya y Laos también se convierten en independientes.

Estados Unidos y Japón firman un acuerdo de defensa; Estados Unidos firma un tratado por el cual garantiza la seguridad de la República China (Taiwan).

En Egipto, Nasser se hace con el poder.

En Nigeria, una nueva constitución crea una federación que unifica Nigeria del Norte, del Este y del Oeste, así como los territorios camerunenses, tutelados por la ONU, y el territorio federal de Lagos.

Estados Unidos y Canadá deciden construir una línea de Radares de Advertencia Remota Instantánea (DEW), para protegerse de un ataque por aire desde el Ártico.

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| Raytheon Corporation, inventa el primer horno de microondas; Charles Townes inventa el máser *(Microwave Amplification by Stimulated Emission of Radiation)*, dispositivo destinado a amplificar o generar radiaciones electromagnéticas en la región de las microondas del espectro, precursor del láser.<br><br>En París fracasa el primer trasplante de riñón debido al rechazo de los tejidos; John H. Gibbon utiliza con éxito su máquina corazón-pulmón; en Gran Bretaña, Frederick Sanger descubre la estructura molecular de la insulina.<br><br>Francis Crick y James Watson anuncian el descubrimiento de la «doble hélice» del ADN. | | **1953** |
| Estados Unidos continúa probando bombas de hidrógeno; crece la preocupación por la posibilidad de una lluvia radiactiva; Robert Oppenheimer, jefe del Proyecto Manhattan, despedido, pierde su acreditación de seguridad; se crea la Comisión Atómica del Reino Unido para desarrollar los usos civiles de la energía nuclear.<br><br>La vacuna contra la polio, descubierta en 1952 por el doctor Jonas Stalk, se inocula masivamente por primera vez; se utiliza por primera vez la thorqazine para el tratamiento de enfermedades mentales. | Kingsley Amis, *Jim, el afortunado*; William Golding, *El señor de las moscas*; J. R. R. Tolkien, *El señor de los anillos*; Françoise Sagan, *Buenos días, tristeza*; Tennessee Williams, *La gata sobre el tejado de zinc caliente;* Laye, *Le regard du roi.*<br><br>El Consejo Mundial de Iglesias se reúne en Evanston, Illinois, Estados Unidos.<br><br>Lynn Chadwick esculpe *Dos figuras bailando.*<br><br>Marc Chagall, *Los tejados rojos*; Fernand Léger, *Acróbata y caballo*; Roger Bissière, *Composición.* | **1954** |

**1954** El senador Joseph McCarthy extiende al gobierno de Estados Unidos su campaña anticomunista, o «caza de brujas», en busca de infiltrados; las sesiones de audiencias de testigos del ejército por el Comité del Senado revelan sus tácticas y el Senado lo censura.

Mayo: el general Alfredo Stroessner se hace con el poder en Paraguay y establece una dictadura que durará treinta y cinco años.

Mayo: en el juicio *Brown contra el Consejo de Educación de Topeka, Kansas*, el Tribunal Supremo de Estados Unidos declara inconstitucional la segregación entre blancos y negros en la educación pública.

Junio: con el apoyo de la CIA, un golpe derroca al presidente guatemalteco Jacobo Arbenz, cuyas medidas nacionalistas y reformistas incluyeron la expropiación de tierras de la United Fruit Company.

Agosto: el presidente Getulio Vargas de Brasil se suicida, bajo la amenaza de un golpe de Estado.

Setiembre: se firma el Pacto de Manila, que crea la SEATO (Organización del Tratado del Sudeste Asiático).

Noviembre: en Argelia estalla una insurrección abierta contra Francia, mientras el FLN (Frente de Liberación Nacional) de Ben Bella exige la independencia; la guerra de Argelia continúa hasta 1962 y contribuye a la caída de la Cuarta República en Francia.

**1955** 24 de febrero: se firma el Pacto de Bagdad (en agosto de 1959 se convierte en la Organización del Tratado Central, o Cento).

Abril: Sukarno preside, en Bandung, Indonesia, una conferencia de veintinueve Estados poscoloniales de Asia y África.

En China acaba el período de la «Nueva Democracia» y empiezan las colectivizaciones.

Se firma el Tratado de Varsovia que establece el Pacto de Varsovia.

En Chipre, la EOKA (la Organización Nacional de Luchadores Chipriotas), encabezada por el coronel Georgios Grivas, ataca a las tropas británicas y exige la *enosis*, la unidad de Chipre y Grecia (dura hasta 1959).

Mayo: un tratado pone fin a la ocupación de Austria.

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| Encargado el *Nautilus*, un submarino de propulsión nuclear norteamericano; en Gran Bretaña se inventa el primer avión de despegue vertical.<br>Encargados en Estados Unidos y Gran Bretaña radiotelescopios orientables.<br>En Estados Unidos se inventan y comercializan los *TV dinners*, «cenas» precocinadas congeladas.<br>Malcolm MacLean empieza a transportar mercancías en contenedores entre Nueva York y Houston; los contenedores pronto se convierten en la forma más habitual de transporte en el mundo.<br>Gordon Teal, de la empresa Texas Instruments, inventa el primer transistor de silicio; se comercializa el primer aparato de radio transistor, el Regency, por 49,95 dólares. | Federico Fellini, *La Strada*; Elia Kazan, *La ley del silencio*; Akira Kurosawa, *Los siete samurais*.<br>Bill Haley, *El rock del reloj* (*Rock around the Clock*). | 1954 |
| Se usa por primera vez la electricidad generada por energía atómica, en Schenectady, Nueva York.<br>Científicos del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT) producen ondas de frecuencia ultra alta.<br>Lloyd H. Conover patenta la tetraciclina.<br>Se producen los primeros diamantes artificiales para uso industrial. | Claude Lévi-Strauss, *Tristes trópicos*.<br>Vladimir Nabokov, *Lolita*; Evelyn Waugh, *Oficiales y caballeros*; Graham Greene, *The Quiet American* (*El americano tranquilo*); Tchicaya U Tam'si, *Le Mauvais Sang*.<br>Nicholas Ray, *Rebelde sin causa*; Satyajit Ray, *El lamento del sendero*; Ingmar Bergman, *Sonrisas de una noche de verano*; Sidney Poi- | 1955 |

**1955** Setiembre: un golpe de Estado militar derroca al presidente Perón y le obliga a exilarse en España.

Diciembre: en Alabama, la afroamericana Rosa Parks se niega a ceder su asiento de autobús a un blanco; su acción pone en marcha el boicot de los negros al sistema de transporte público de Montgomery.

**1956** 1 de enero: Sudán se declara unilateralmente independiente de Gran Bretaña y de Egipto.

Febrero: Nikita Jruschov emerge como sucesor de Stalin en la URSS; en un discurso «secreto» pronunciado en el 20 Congreso del PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética), denuncia los crímenes de Stalin contra los ciudadanos soviéticos.

2 de marzo: Marruecos se independiza al llegar a su fin el protectorado francés.

Los británicos deportan a las islas Seychelles al arzobispo Makarios, dirigente nacionalista chipriota.

Julio-noviembre: estalla la crisis del canal de Suez; 26 de julio: Nasser nacionaliza el canal; 29 de octubre: Israel invade Egipto; siguen ataques anglo-franceses de los campos aéreos egipcios y la invasión de la zona del canal, supuestamente para separar a las fuerzas israelíes y egipcias; Estados Unidos obliga a Gran Bretaña; Francia e Israel a retirarse.

Con la adopción de una nueva constitución, Pakistán se convierte en república islámica.

Tras una primavera y un verano de agitación en Hungría, la revolución estalla en octubre, pero una fuerza invasora soviética la reprime el 4 de noviembre.

Noviembre: Fidel Castro desembarca en la costa este de Cuba. Principio de la revolución cubana.

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| Narinder S. Kapany inventa la fibra óptica. | tier protagonista en *Blackboard Jungle*. | 1955 |
| Científicos de la Universidad de California en Berkeley descubren el antineutrón; el neutrino, una partícula atómica de carga eléctrica nula, se produce en el Laboratorio de Los Álamos, en Nuevo México.<br>F. W. Muller descubre el microscopio de ionización.<br>Empieza el servicio transatlántico de teléfono por cable.<br>Empieza la construcción de Brasilia, que será la nueva capital de Brasil. | W. H. Whyte, *The Organization Man*; John F. Kennedy, *Profiles in Courage*; Winston S. Churchill, *History of the English-Speaking Peoples*; Karl Mannheim, *Ensayos sobre la sociología de la cultura*.<br>Giuseppe Tomasi di Lampedusa, *El gatopardo*; Mongo Beti (Alexandre Biyidi), *Le Pauvre Christ de Bamba*; Ferdinand Oyo, *Une vie de boy*.<br>Alan Lerner y Frederick Lowe, *My Fair Lady*; Gian Carlo Menotti, *The Unicorn, the Gorgon and the Manticore*.<br>Elvis Presley alcanza fama mundial; Maria Callas debuta con *Norma* de Bellini, en la ópera Metropolitana de Nueva York.<br>Alain Resnais, *Noche y niebla*; Mike Todd, *La vuelta al mundo en ochenta días*; Otto Preminger, *El hombre del brazo de oro*; Cecil B. de Mille, *Los diez mandamientos (remake)*.<br>John Utzon diseña la Ópera de Sidney. | 1956 |

**1957** 6 de marzo: Costa de Oro es la primera colonia británica en África que obtiene la independencia; cambia de nombre por Ghana, con Kwame Nkrumah como primer ministro.

25 de marzo: el Tratado de Roma establece la Comunidad Económica Europea (CEE).

Setiembre: en Estados Unidos, tropas federales obligan a cumplir el fin de la segregación en escuelas de Little Rock, Arkansas.

**1958** Se pone en marcha la Federación de las Indias Occidentales (hasta 1961).

La oposición del ejército y la amenaza de guerra civil en respuesta a la política del gobierno con respecto a Argelia provoca la caída de la Cuar-

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| Agosto: La URSS lanza con éxito su primer misil balístico intercontinental, seguido por los satélites artificiales *Sputnik I* y *II*, causando la alarma de Occidente. Empieza así la carrera espacial.<br><br>Se establece en Viena la Comisión Internacional de Energía Atómica.<br><br>Se descubre en Berkeley la versión antimateria del protón, el antiprotón.<br><br>Se inaugura, en Michigan, el puente de suspensión más largo del mundo, sobre el estrecho de Mackinac.<br><br>Albert Sabin inventa la vacuna oral contra la polio; Alick Isaacs y Jean Lindenmann descubren los interferones; en la Universidad de Ciudad del Cabo, en Sudáfrica, se trabaja en la fabricación de un aparato para realizar tomografías axiales computarizadas (TAC). | Borís Pasternak, El doctor Zhivago; Samuel Beckett, *Final de partida*; John Osborne, *El anfitrión*; Jack Kerouac, *En el camino*; O'Neill, *El largo viaje hacia la noche* (escrito en 1940, publicación y representación póstuma); Lawrence Durrell, *Cuarteto de Alejandría*; Dr. Seuss, *The Cat in the Hat*.<br><br>Leonard Bernstein, *West Side Story*; Meredith Willson, *The Music Man*; Britten, *Una vuelta de tuerca*; John Gardener, *The Moon and Sixpence*; Stravinski, *Agon*; Hindemith, *Armonía del mundo*; William Walton, Concierto para violoncelo y orquesta.<br><br>Marc Chagall, *Autorretrato*; Carlo Levi, *Anna Magnani*; H. G. Adam, *Beacon of the Dead*.<br><br>Le Corbusier diseña el museo de arte de Tokio.<br><br>Otto Preminger, *Buenos días, tristeza*; Ingmar Bergman, *Las fresas salvajes* y *El séptimo sello*.<br><br>En Gran Bretaña se publica el Informe Wolfenden a favor de la legalización de la homosexualidad.<br><br>La «generación *beat*» descrita por Jack Kerouac da pie al movimiento de los *beatniks*. | **1957** |
| Se introducen en el mercado los discos estereofónicos.<br><br>Harry Hammond Hess verifica la realidad de la deriva de los conti- | Chinua Achebe, *Things Fall Apart*; Truman Capote, *Desayuno en Tiffany's*; John Kenneth Galbraith, *La sociedad opulenta*; Cyril N. Par- | **1958** |

**1958** ta República en Francia y el regreso del general De Gaulle como jefe de la Quinta República; De Gaulle da a elegir a las colonias francesas en África entre la independencia inmediata, perdiendo la ayuda y los vínculos culturales franceses o la participación en una comunidad francesa; sólo Guinea, bajo Sékou Touré, opta por la independencia.

1 de febrero: se proclama la República Árabe Unida, una federación entre Egipto y Siria, con Nasser como presidente; se derrumba en 1961 tras el abandono de Siria.

Venezuela recupera un gobierno democrático tras la caída en 1957 del dictador Marcos Pérez Jiménez acusado de corrupción y de fraude electoral.

En China, Mao inicia el Gran Salto Adelante en un esfuerzo por apresurar la industrialización.

Julio: una revolución en Iraq derroca la monarquía e instala un régimen de izquierdas, al mando del brigadier Qasim; a solicitud del presidente Chamoun, tropas norteamericanas intervienen en Líbano para evitar la guerra civil.

Julio: el doctor Hastings Banda regresa a Nyasalandia para encabezar el movimiento nacionalista africano contra la Federación Centroafricana.

Alaska se convierte en el cuadragésimo noveno estado de Estados Unidos.

Noviembre: Jruschov provoca otra crisis al exigir la retirada de Berlín de todas las fuerzas occidentales; Eisenhower y la OTAN se mantienen firmes y Jruschov cede.

**1959** 1 de enero: tras varios años de guerra de guerrillas, Castro entra en La Habana y proclama la revolución cubana, derroca al dictador Fulgencio Batista y se proclama primer ministro.

Se forma la Asociación Europea de Libre Comercio.

Estado de excepción en Nyasalandia.

Hawai se convierte en el quincuagésimo estado de Estados Unidos.

El arzobispo Makarios regresa de su exilio y Chipre se convierte en república independiente en diciembre, con Makarios como presidente.

En China el Gran Salto Adelante destruye la frágil economía china y

nentes.

Jack Kilby y Robert Nooyce inventan, cada uno por su lado, el circuito integrado.

La empresa Kaiser Aluminum introduce las primeras latas de cerveza.

Estados Unidos lanza su primer satélite artificial, que descubre el Cinturón Van Allen, bandas de radiación alrededor de la Tierra; empieza la serie *Explorer* de sondas espaciales no tripuladas.

kinson, *La ley de Parkinson*. **1958**

Andrej Wajda, *Cenizas y diamantes*.

La sonda espacial soviética, *Luna 3*, toma las primeras fotos del lado oscuro de la Luna.

Se abre por primera vez el canal de San Lorenzo que conecta el río San Lorenzo con los Grandes Lagos.

Saul Bellow, *Henderson y el rey de la lluvia*; Günter Grass, *El tambor de hojalata*; William Burroughs, *El almuerzo desnudo*; Alan Sillitoe, *La soledad del corredor de fondo*; Yukio Mishima (Kimitake Hiraoka), *Kinkaku-ji (El templo del pabellón dorado)*; Ezekiel Mphahlele, *Down Second Avenue*; Ian Fleming, *Goldfinger*. **1959**

**1959** contribuye a la muerte por hambre de millones de personas.

Sublevación en Tíbet contra el dominio chino, reprimida brutalmente. El dalai lama escapa a India.

En Sri Lanka, un tamil desafecto asesina al primer ministro S. W. R. D. Bandaranaike; le sucede Sirimavo Ratwatte Dias Bandaranaike, que se convierte en la primera mujer en el mundo que ocupa el cargo de primer ministro.

Sukarno proclama la «democracia guiada» en Indonesia.

**1960** Enero: empieza la crisis del Congo, cuando Bélgica anuncia su intención de otorgar la independencia al Congo; luchas entre tribus durante las elecciones de mayo; 30 de junio: se proclama la independencia; más luchas, tras las cuales el país se sume en la guerra civil y el caos; la policía congoleña se subleva contra los oficiales europeos; en la provincia de Katanga, Moise Tshombe proclama la república independiente; verano: el secretario general de la ONU, Dag Hammarskjöld envía una fuerza de pacificación, solicitada por el presidente Kasavubu y el primer ministro Patrice Lumumba.

3 de febrero: el primer ministro británico Harold Macmillan pronuncia en Sudáfrica un discurso que se hará famoso por hablar de «los vientos de cambio» y reconoce el crecimiento del nacionalismo africano y la necesidad de aceptarlo.

21 de marzo: «Matanza de Sharpeville»: la policía abre fuego contra manifestantes pacíficos durante las protestas contra el *apartheid* organizadas en Sudáfrica por el Congreso Panafricano, mata a más de sesenta personas y hiere a más de cien.

Mayo: la URSS derriba un avión espía U-2 norteamericano; el presidente Eisenhower se niega a disculparse por el incidente y Jruschov utiliza este hecho como pretexto para romper una reunión de cumbre en París.

1 de octubre: Nigeria, la mayor de las colonias africanas de Gran Bretaña, se independiza.

Tras un plebiscito, Ghana se convierte en república, con Nkrumah como presidente; el país se dirige hacia la dictadura.

Synghman Rhee es derrocado en Corea del Sur.

John F. Kennedy es elegido presidente de Estados Unidos.

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| | Billy Wilder, *Con faldas y a lo loco*; Jean-Luc Godard, *À bout de souffle*; François Truffaut, *Los cuatrocientos golpes*; Alain Resnais, *Hiroshima, mon amour*; Michelangelo Antonioni, *La aventura*. | **1959** |
| Se fabrica el primer láser, en Houston, Texas. | Se levanta por fin la prohibición de *El amante de lady Chatterley* de D. H. Lawrence, después de un sonadísimo juicio por obscenidad.<br>Eugene Ionesco, *El rinoceronte*; Harold Pinter, *El guardián*; John Updike, *Corre, Conejo*; Yasunari Kawabata, *Sembazuru (Mil grullas)*; Achebe, *No Longer at Ease*.<br>Federico Fellini, *La dolce vita*; Alfred Hitchcock, *Psicosis*. | **1960** |

**1961** Enero-setiembre: continúa la crisis del Congo (hasta 1963); el presidente Kasavubu solicita al coronel Mobutu que dé un golpe de Estado y derroque al primer ministro Patrice Lumumba, asesinado poco después con la connivencia de Moise Tshombe; setiembre: Hammarskjöld muere en accidente aéreo mientras participaba en una gira de inspección del Congo.

Enero: Estados Unidos rompe relaciones con Cuba.

La ruptura chino-soviética sale a la luz.

La ONU condena el *apartheid* en Sudáfrica; ésta abandona la Commonwealth británica y se convierte en república.

Abril: en Cuba, unas fuerzas anticastristas apoyadas por Estados Unidos invaden Bahía de Cochinos. La intervención se salda en fracaso.

30 de mayo: asesinado el dictador de la República Dominicana, Trujillo, al que sigue un efímero régimen democrático.

Noche del 13 al 14 de agosto: el gobierno de Alemania del Este construye el muro de Berlín para impedir el acceso al oeste.

9 de diciembre: Tanganyika se independiza con Julius Nyerere como primer ministro.

**1962** Argelia se independiza.

Los militares se hacen con el poder en Birmania.

A principios de año, Uganda consigue el autogobierno total, dentro de la Commonwealth británica, como federación de cinco reinos; pero en setiembre, el primer ministro Milton Obote anula la constitución y proclama la república.

Octubre: China ataca India en la frontera del Tibet, que ambos países se disputan.

Empieza en Roma el segundo Concilio del Vaticano (Vaticano II) que concluye en 1965.

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| El cosmonauta soviético Yuri Gagarin es el primer hombre en realizar un vuelo espacial alrededor de la Tierra y Alan Shepherd, el primer norteamericano.<br><br>Se electrifica la vía férrea transiberiana.<br><br>Convocada la Conferencia de Tanganyika a fin de proteger a la fauna africana. | Publicación de una nueva versión de la Biblia en inglés; Michel Foucault, *Historia de la locura*; Fritz Fischer, *Griff nach der weltmacht*.<br><br>Frantz Fanon, *Los desposeídos de la tierra*; V. S. Naipaul, *Una casa para el señor Biswas*; Henry Miller, *Trópico de Cáncer* (primera publicación legal en Estados Unidos, pero ya publicado en 1934, en París); Joseph Heller, *Catch-22*; Jean Anouilh, *Becket*; Bernard Malamud, *A New Life*; John Steinbeck, *El invierno de nuestro descontento*; Robert Heinlein, *Stranger in a Strange Land*; Irving Stone, *The Agony and the Ecstasy*; Renzo Rossellini, *Uno sguardo dal ponte*; Luigi Nono, *Intolerancia*; Henri Barraud, *Lavinia*.<br><br>François Truffaut, *Jules y Jim*; Robert Rossen, *El juicio de Nuremberg*; Luis Buñuel, *Viridiana*; Robert Wise, *West Side Story*; Alain Resnais, *El año pasado en Marienbad*. | 1961 |
| Rachel Carson escribe *Silent Spring*, y contribuye así al interés popular por la ecología en las sociedades industriales.<br><br>La NASA continúa con su programa de sondas tripuladas *Mercury*; lanza el satélite de comunicaciones *Telstar*, y lanza la sonda *Mariner 2* para explorar Venus. | Friedrich Dürrenmatt, *Los físicos*; Milton Friedman, *El capitalismo*; Barbara Tuchman, *The Guns of August*.<br><br>Alexandr Solzhenitsin, *Un día en la vida de Iván Denisóvich*; Edward Albee, *¿Quién teme a Virginia Woolf?*; Albert Camus, *Diarios*; Tennessee Williams, *La noche de la iguana*; Edmund Wilson, *Patriotic Gore*; Ken Kesey, | 1962 |

**1962** Adolf Eichmann es ahorcado en Israel.

Octubre: la crisis de los misiles: unos aviones norteamericanos descubren que los soviéticos están construyendo bases para misiles nucleares en Cuba; el presidente Kennedy presenta un ultimátum y establece un bloqueo para impedir la entrega de los misiles; Jruschov acaba por ceder y la crisis se soluciona cuando la URSS retira de Cuba sus misiles y Estados Unidos retira de Turquía sus obsoletos misiles.

**1963** La crisis del Congo se resuelve casi enteramente cuando el movimiento separatista de Katanga, dirigido por Moïse Tshombé, es derrotado y Tshombé se exilia, si bien tropas de la ONU permanecen en el país hasta mediados de 1964.

Formación de la Organización para la Unidad Africana (OUA).

29 de enero: el presidente francés Charles de Gaulle se opone a la entrada de Gran Bretaña en la Comunidad Económica Europea.

Se crea la Federación de Malaysia.

Pese a la oposición de los principales grupos africanos, se disuelve la Federación Centroafricana.

Agosto: en Estados Unidos, el reverendo Martin Luther King encabeza una marcha hacia Washington exigiendo empleos y libertad.

Octubre: en Sudáfrica se inicia el juicio, bajo el amparo de la Ley de Supresión del Comunismo, contra el dirigente africano negro Nelson Mandela.

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| | *Alguien voló sobre el nido del cuco*; Carlos Fuentes, *La muerte de Artemio Cruz*; Christopher Okigbo, *Heavensgate*; Wole Soyinka, *The Trials of Brother Jethro*; Ousmane Sembène, *Les Bouts de bois de dieu*. | 1962 |
| | Benjamin Britten, *A War Requiem*; Shostakóvich termina la 12.ª Sinfonía; los Beatles consiguen su primer éxito, con *Love Me Do*. | |
| | David Lean, *Lawrence de Arabia*; Stanley Kubrick, *Lolita*. | |
| | Andy Warhol alcanza la fama e inicia el movimiento del pop-art usando, en diferentes medios, imágenes de la cultura popular como las latas de sopa Campbell y estropajos. | |
| Valentina Tereshkova, primera mujer en el espacio.<br>T. A. Matthews y A. R. Sandage descubren el primer cuásar. | Hannah Arendt, *Eichmann en Jerusalén: Un estudio sobre la banalidad del mal*; Betty Friedan, *The Feminine Mystique*. | 1963 |
| | Günter Grass, *Años de perro*; Iris Murdoch, *El unicornio*; James Baldwin, *La próxima vez el fuego*; John Le Carré, *El espía que surgió del frío*; Georgios Seferis, primer autor griego a quien conceden el Premio Nobel de Literatura. | |
| | Richard Lippold, *Orfeo y Apolo*. | |
| | Exposición de pop-art en el museo Guggenheim de Nueva York, con obras de Warhol, Jasper Johns y Robert Rauschenberg. | |

**1963** 1 de noviembre: el presidente Ngo Dinh Diem de Vietnam del Sur es asesinado en el transcurso de un golpe apoyado por Estados Unidos.

22 de noviembre: el presidente Kennedy es asesinado en Dallas, Texas; Lyndon Johnson deja la vicepresidencia por la presidencia.

**1964** Enero: una revolución depone al sultán de Zanzíbar. 26 de abril: Zanzíbar y Tanganyika se unen para formar la República Unida de Tanzania, con Julius Nyerere como presidente.

Rhodesia del Norte se independiza y cambia de nombre por el de República de Zambia, con Kenneth Kaunda como presidente; Nyasalandia se convierte en el Estado independiente de Malawi, con Hastings Kamuzu Banda como primer ministro.

Se forma la Organización para la Liberación de Palestina (OLP).

El Congreso norteamericano aprueba la Ley de los derechos civiles.

Muere el primer ministro indio Nehru; lo sucede Lal Bahādur Shastri, pues el Partido del Congreso conserva el poder.

En Congo estallan revueltas cuando las fuerzas de la ONU salen del país; el presidente Kasavubu invita a Moïse Tshombé a regresar con el cargo de primer ministro, pero no tarda en quitarle el poder; el ejército derroca a Kasavubu al mando del general Mobutu, que impone un gobierno dictatorial con el nombre de Mobutu Sese Seko.

Un golpe militar en Brasil inaugura un período de regímenes militares autoritarios.

Octubre: Nikita Jruschov es depuesto; lo sustituyen Leonid Brézhnev y Alexéi Kosiguin.

Agosto: fuerzas de Vietnam del Norte protagonizan un incidente con buques norteamericanos en el golfo de Tonkín; el Congreso norteamericano aprueba la Resolución del Golfo de Tonkín, que otorga al presidente Johnson carta blanca para responder.

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| | Bob Dylan y Joan Baez son los cantantes más populares, con canciones como *The Times They Are Changin,* del primero; Tippett, *Concierto para orquesta;* Menotti, *Labyrinth, Death of the Bishop of Brindisi.* | 1963 |
| Se descubre la partícula fundamental omega-minus.<br><br>Fred Hoyle y J. V. Narlikar formulan una nueva teoría de la gravitación.<br><br>En Nueva York se inaugura el puente suspendido más largo del mundo, el puente Verrazano Narrows.<br><br>Gran Bretaña otorga licencias para la explotación de petróleo y gas en el mar del Norte. | Martin Luther King, *Por qué no podemos esperar.*<br><br>Saul Bellow, *Herzog*; Harold Pinter, *El regreso al hogar*; Philip Larkin, *The Whitsun Weddings*; Jerry Bock, *El violinista en el tejado.*<br><br>Pablo Picasso, *El pintor y su modelo.*<br><br>Peter Brook, *El señor de las moscas*; The Beatles, *A Hard Day's Night*; Michael Cacoyannis, *Zorba el griego*; Stevenson, *Mary Poppins*, Ray, *Charulata.* | 1964 |

**1965** En Nueva York es asesinado el dirigente negro Malcolm X; en verano estallan importantes disturbios en el barrio de Watts, en Los Ángeles, California, expresión de las tensiones raciales existentes en Estados Unidos.

Abril: Fuerzas norteamericanas interviene en la República Dominicana (se quedan hasta 1966).

El Congreso aprueba la Ley del derecho al voto que protege a los votantes negros en el sur del país.

En Argelia deponen al presidente Ben Bella.

Enfurecido por la exigencia británica de que los africanos negros participen en el gobierno, el primer ministro de Rhodesia, Ian Smith, emite la Declaración Unilateral de Independencia (DUI), que el gobierno británico considera ilegal; Gran Bretaña impone el embargo a Rhodesia.

Tropas de combate norteamericanas llegan a Vietnam del Sur; inicio de los bombardeos sobre Vietnam del Norte.

Octubre: tras el golpe abortado atribuido al Partido Comunista Indonesio (PKI), el ejército mata a cientos de miles de personas sospechosas de participar en el complot y otros disidentes; Sukarno es ya poco más que un testaferro.

Singapur se convierte en república independiente.

Abril-junio: estalla la guerra indopaquistaní por la ayuda que proporciona Pakistán a los musulmanes de Cachemira; la guerra se reanuda en setiembre (dura hasta enero de 1966).

**1966** Enero: como consecuencia del levantamiento del ejército nigeriano, son asesinados el primer ministro federal Alhaji Sir Abubakr Tafawa Balewa y los primeros ministros de Nigeria Oriental y Occidental; julio: el general Gowon encabeza un contragolpe y trata de imponer una nueva constitución; setiembre: matanza de ibos en Nigeria septentrional.

En China, Mao inicia la Gran Revolución Cultural Proletaria para romper la hegemonía de los «burócratas» de la revolución.

La ONU ordena las primeras sanciones económicas generales obligatorias contra Rhodesia.

Marzo: en Indonesia, el general Suharto arrebata el poder a Sukarno.

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| Astronautas soviéticos y norteamericanos pasean por primera vez por el espacio; Francia lanza su primer satélite.<br><br>Ralph Nader, *Unsafe at any Speed*; Nader se convierte en el principal defensor del consumidor en Estados Unidos. | Wole Soyinka, *The Road* (obra de teatro) y *The Interpreters* (novela); James Ngugi, *The River Between*; Norman Mailer, *Un sueño americano*. | **1965** |
| Primer alunizaje, hecho por el soviético *Lunar 9*; el norteamericano *Surveyor 2* aluniza y envía fotos de la superficie lunar. | Paul Scott, *The Jewel of the Crown*, primer volumen del *Raj Quartet* (terminado en 1975); Okopot p'Bitek, *Song of Lawino*; Truman Capote, *A sangre fría*; François Sagan, *El caballo desvanecido*; John Barth, *Giles Goat-Boy*; Heinlein, *The Moon is a Harsh Mistress*; Mao Zedong, *Citas del camarada Mao* (El «pequeño libro rojo»). | **1966** |

**1966** En Ghana, un golpe militar derroca a Nkrumah.

Indira Gandhi, hija de Nehru, se convierte en primera ministra de India.

Setiembre: Milton Obote derroca al presidente Mutesa II y se proclama presidente de Uganda.

Independencia de la Guayana británica con el nombre de Guyana.

Asesinato del primer ministro sudafricano, Hendrik Verwoerd.

**1967** Mayo: estalla la guerra abierta en Nigeria (dura hasta 1970) cuando el coronel Odumegwu Ojukwu declara la independencia de Ibolandia con el nombre de República de Biafra.

5-10 de junio: guerra de los Seis Días entre Israel y los Estados árabes.

Se crea la Comunidad Europea (CE), al amalgamarse la Comunidad Económica Europea, la Comisión Europea de Energía Atómica y la Comunidad Europea del Carbón y el Acero.

Se establece la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN).

El Che Guevara, guerrillero marxista, es asesinado en Bolivia.

Thurgood Marshall se convierte en el primer juez negro del Tribunal Supremo de Estados Unidos.

Manifestaciones contra la guerra de Vietnam en Washington, D. C.

Noviembre: los británicos se retiran de Adén, su última posesión en el Próximo Oriente.

**1968** Enero: Alexander Dubček se convierte en primer secretario del Partido Comunista checo e introduce reformas liberales; agosto: invasión de fuerzas del Pacto de Varsovia, que aplastan la «Primavera de Praga».

29 de enero-25 de febrero: la ofensiva del Tet en Vietnam desacredita a los militares norteamericanos, que aseguran que casi han ganado la guerra; el presidente Johnson anuncia que no se presentará para la reelección.

4 de abril: el asesinato de Martin Luther King, en Memphis, Tennessee, provoca estallidos de violencia racial en todo Estados Unidos.

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| | Andréi Tarkovski, *Andréi Rublev*; François Truffaut, *Farenheit 451*; Ousmane Sembène, *La Noire de...* | 1966 |
| | Los escritores soviéticos Andréi Siniavski y Yuri Daniel, detenidos. | |
| El doctor Christian Barnard efectúa el primer transplante de corazón en el hospital Groote Schuur de Ciudad del Cabo, Sudáfrica; el norteamericano doctor Irving Cooper desarrolla la criocirugía. | Ibuse Masuji, *Kuroi ame (Lluvia negra)*; Ngugi, *A Grain of Wheat*; William Styron, *Las confesiones de Nat Turner*; Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*; Tom Stoppard, *Rosencrantz and Guildenstern Are Dead.* | 1967 |
| | Franco Zeffirelli, *Romeo y Julieta*; Arthur Penn, *Bonnie and Clyde*; Antonioni, *Blow-Up*; Norman Jewison, *En el calor de la noche.* | |
| El *Apolo 8*, con tres tripulantes, da vueltas alrededor de la Luna y regresa a salvo a la Tierra. | Robert Conquest, *The Great Terror*; Tom Wolfe, *Gaseosa de ácido eléctrico;* Yasunari Kawabata, primer autor japonés en recibir el Premio Nobel de Literatura. | 1968 |
| Descubrimiento de los púlsares. | Stanley Kubrick, *2001: una odisea del espacio*; Serguéi Paradjanov, *Saiat Nova (El color de las granadas).* | |
| Lanzado el *Intelsat 3*, el primero de una nueva generación de satélites. | Encíclica *Humanae Vitae* del papa Pablo VI, contra el uso de anticonceptivos artificiales. | |

**1968** 3 de junio: es asesinado en Los Ángeles el senador Robert Kennedy, que lleva la delantera en la campaña para la candidatura de los demócratas a la presidencia de Estados Unidos.

Verano: manifestantes contra la guerra de Vietnam irrumpen en la Convención Nacional de los demócratas, celebrada en Chicago; la policía de Chicago aplasta las protestas.

Las protestas estudiantiles se tornan violentas en París y otras ciudades de Europa; en la Ciudad de México son abatidos numerosos estudiantes que protestaban en un enfrentamiento con la policía en vísperas de los Juegos Olímpicos.

En Perú un golpe militar lleva al poder a una junta de izquierdas.

Los norcoreanos capturan el buque *Pueblo* de la Marina norteamericana.

Gran Bretaña anuncia la retirada militar total del este de Suez.

**1969** De Gaulle dimite de la presidencia francesa.

Yāsir 'Arafāt se convierte en jefe de la OLP.

Estallan los «Alborotos» en Irlanda del Norte.

Marzo-setiembre: luchas entre fuerzas soviéticas y chinas en la frontera sino-soviética.

Noviembre: empiezan las negociaciones entre Estados Unidos y la URSS para limitar las armas estratégicas.

1968

20 de julio: el *Apolo 11* aluniza; el 21 de junio Neil Armstrong se convierte en el primer hombre en pisar la Luna; 24 de julio: el *Apolo 11* regresa a salvo a la Tierra; la sonda espacial *Mariner* envía a la Tierra fotos de Marte.

1969

Nadezhda Mandelstam, *Hope Against Hope*; Alexandr Solzhenitsin es expulsado de la Sociedad de Escritores Soviéticos; Norman Mailer, *Los ejércitos de la noche*; Philip Roth, *Portnoy*; Kurt Vonnegut, *Slaughterhouse Five*; Michael Crichton, *The Andromeda Strain*; Mario Puzo, *El padrino*.

*Oh, Calcutta!*, revista teatral con fuerte carga sexual causa sensación en Londres y Nueva York.

En los festivales de música, como el de Woodstock, en Nueva York, se presentan cantantes y músicos pop, incluyendo Jimi Hendrix y Bob Dylan.

Robert Altman, *MASH*.

**1970** Enero: acaba la guerra civil nigeriana con el fin de la resistencia de Biafra; aproximadamente un millón de ibos han muerto por la guerra o de hambre.

Marzo: un golpe militar derroca al jefe del Estado camboyano, Norodom Sihanuk; fuerzas estadounidenses y sudvietnamitas invaden Camboya a fin de cortar las líneas de aprovisionamiento de Vietnam del Norte a Vietnam del Sur.

Marzo: Willy Brandt, canciller de la RFA, inicia negociaciones con la RDA y las potencias del Pacto de Varsovia; se normalizan las relaciones entre la RFA y la RDA.

4 de mayo: en la Universidad de Kent State, en Ohio, Estados Unidos, la guardia nacional mata a tiros a cuatro estudiantes que protestaban contra la guerra de Vietnam.

En Chile, el dirigente marxista Salvador Allende, es elegido presidente e instituye un programa marxista.

Surgimiento generalizado del terrorismo en todo el mundo; terroristas palestinos secuestran tres aviones y los desvían hacia Jordania.

**1971** Enero: el general Idi Amin depone al presidente Obote y se convierte en dictador de Uganda; se inicia entonces un período de extraordinaria violencia y terror, hasta que es derrocado en 1980.

En Estados Unidos, el presidente Richard Nixon y el asesor principal sobre Seguridad Nacional Henry Kissinger establecen la *détente* entre Estados Unidos y la URSS; julio: visita secreta de Kissinger a China.

La República Democrática de China es admitida en la ONU en el lugar de Taiwan.

Agosto: Estados Unidos suspende la convertibilidad del dólar en oro; caída del sistema de Bretton Woods e inicio de las tasas de cambio flotantes.

Setiembre: Jordania expulsa a la OLP, que traslada su sede a Líbano; la expulsión acarrea la formación del grupo terrorista palestino Setiembre Negro.

Guerra Civil entre el oeste y el este de Pakistán; diciembre: India interviene y derrota al ejército paquistaní; Bangladesh accede a la independencia.

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| El avión Boeing 707 se usa por primera vez en vuelos comerciales regulares.<br><br>La sonda espacial *Venera 7* aterriza en Venus.<br><br>Científicos de la Universidad de Wisconsin anuncian la síntesis completa de un gen. | Yukio Mishima (Kimitake Hiraoka), termina la tetralogía *El mar de la fecundidad*, y luego se suicida públicamente *(seppuku)* en protesta por la debilidad y occidentalización del ejército japonés; Maya Angelou, *I Know Why the Caged Bird Sings*; Patrick O'Brien, *Master and Commander*. | **1970** |
| Astronautas norteamericanos continúan explorando la superficie lunar.<br><br>El satélite norteamericano *Mariner 9* da la vuelta alrededor de Marte; una sonda soviética aterriza en Marte.<br><br>El doctor Choh Hao Li sintetiza la hormona del crecimiento humana en la Universidad de California. | Milton Friedman, *A Theoretical Framework for Monetary Analysis*.<br><br>Pablo Neruda, poeta y diplomático chileno, gana el Premio Nobel de Literatura; Sylvia Plath, *La campana de cristal*; El *New York Times* publica los documentos del Pentágono.<br><br>Stanley Kubrick, *La naranja mecánica*. | **1971** |

**1972** 30 de enero: «Domingo Sangriento» en Londonderry, Irlanda del Norte, donde las tropas británicas disparan contra manifestantes republicanos y matan a catorce de ellos; Gran Bretaña impone a Irlanda del Norte el gobierno directo desde Londres.

El presidente norteamericano Richard Nixon visita China después de la negativa a reconocer durante años la legitimidad del régimen comunista, y reconoce a Taiwan como parte de China.

Mayo: Nixon y Brézhnev firman el Tratado de Limitación de Armas Estratégicas (SALT), que limita la fabricación de misiles balísticos intercontinentales (ICBM) y el desarrollo de misiles antibalísticos.

Setiembre Negro mata a atletas israelíes en los Juegos Olímpicos de Munich, RFA.

En Estados Unidos, durante la campaña electoral, la Casa Blanca autoriza el allanamiento de la sede nacional de los demócratas en el edificio Watergate, en Washington, D. C.

**1973** Enero: Gran Bretaña entra en la CEE, seguida por Irlanda y Dinamarca.

27 de enero: con los Acuerdos de París, se pone fin al compromiso militar de Estados Unidos en Indochina.

Julio: en Helsinki se abre la primera etapa de la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE).

Julio: el primer ministro afgano Muhammad Dā'ūd depone a la monarquía y declara la república, asumiendo el cargo de presidente.

Setiembre: el ejército chileno, encabezado por el general Augusto Pinochet (con el apoyo de la CIA) derroca al presidente marxista Salvador Allende, que es asesinado; dictadura militar y política de libre mercado que obtiene éxito.

Setiembre: tras años de exilio, Perón regresa al poder en Argentina, cuando lo eligen presidente, pero muere un año después.

1 de octubre: estalla la guerra del Yom Kippur: Egipto invade Israel en el Día de la Expiación.

La ayuda de Estados Unidos a Israel provoca el embargo petrolero árabe (octubre de 1973-marzo de 1974), que hace subir los precios del cru-

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| Se comercializan por primera vez las calculadoras de bolsillo. | Alexandr Solzhenitsin, *Agosto de 1914*. | **1972** |
| Richard Leakey y Glynn Isaac descubren en Kenya el cráneo de un homínido de 2500000 años de antigüedad. | Tom O'Horgan, *Jesus Christ Superstar*; Tom Moore, *Grease*; Francis Ford Coppola, *El padrino*; Andrei Tarkovski, *Solaris*. | |
| Estados Unidos lanza, con éxito, los *Skylab I*, *II* y *III*; la sonda espacial norteamericana *Pioneer 10* transmite por televisión imágenes de las cercanías de Júpiter. | Thomas Pynchon, *Gravity's Rainbow*; Bernardo Bertolucci, *El último tango en París*. | **1973** |

**1973** do y de la gasolina y origina una crisis energética en el mundo industrializado.

Hambruna en Etiopía.

**1974** Verano: la vista en el Congreso norteamericano sobre el caso Watergate supone una posible crisis constitucional; 9 de agosto: Richard Nixon dimite de la presidencia para evitar el *impeachment*, el juicio y la destitución en el Senado; Gerald Ford se convierte en el trigésimo octavo presidente de Estados Unidos.

Golpe militar en Portugal; Guinea-Bissau consigue la independencia del dominio portugués.

Julio: un golpe llevado a cabo por militares grecochipriotas —y abortado— obliga al presidente, arzobispo Makarios, a exiliarse (es reinstaurado en 1975); la intentona proporciona a Turquía un pretexto para invadir Chipre y establecer el Estado Autónomo Federado Turcochipriota en el norte de la isla.

En Etiopía el emperador Hailé Selassié es derrocado; setiembre: militares radicales derrocan al efímero gobierno liberal e instauran una dictadura militar.

India realiza pruebas nucleares subterráneas.

Terroristas del IRA (Ejército Republicano Irlandés) llevan a cabo varios atentados con bomba en edificios gubernamentales en Londres.

**1975** Saigón cae en manos de los norvietnamitas; Vietnam reunificado bajo el dominio de Hanoi.

Abril: los comunistas jemeres rojos capturan la capital camboyana, Phnom Penh, e instauran un régimen de terror (que durará hasta 1979); despueblan a la fuerza las ciudades y exterminan a todos los intelectuales, funcionarios y demás grupos potencialmente disidentes; se estima que mueren entre uno y dos millones de personas.

Abril: guerra civil en Líbano.

1 de agosto: dirigentes de treinta y cinco países firman los Acuerdos de Helsinki en la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa; declaran inviolables las fronteras europeas y acuerdan principios clave sobre derechos humanos, seguridad y cooperación.

1973

Alexandr Solzhenitsin obligado a exiliarse tras la publicación de *Archipiélago Gulag*. 1974

Roman Polanski, *Chinatown*; Sembène, *Xala*; Francis Ford Coppola, *El padrino II*.

Llegan al mercado grabadoras de vídeo y disquetes *(Floppy disk)* de ordenador para uso doméstico. 1975

Misión espacial conjunta, *Apollo-Soyuz*, norteamericana y soviética.

Saul Bellow, *El legado de Humboldt*; Peter Schaffer, *Equus*; Albee, *Seascape*.

Milos Forman, *Alguien voló sobre el nido del cuco*; Steven Spielberg, *Tiburón*; John Huston, *El hombre que pudo reinar*.

**1975** Después de que el Fretilin, un movimiento de izquierdas, proclamara la independencia de Timor Oriental, hasta entonces bajo dominio portugués, tropas indonesias ocupan Timor Oriental y se registran fuertes combates.

Papúa y Nueva Guinea se declara independiente.

La primera ministra india Indira Gandhi, acusada de fraude electoral, declara el estado de excepción y gobierna con poderes dictatoriales.

Noviembre: tras años de oposición a la lucha armada nacionalista, Portugal reconoce la independencia de Angola y Mozambique; en Angola estalla la guerra civil, entre el marxista MPLA (Movimiento Popular de Liberación de Angola), apoyado por la URSS y unos cuarenta mil «voluntarios» cubanos, y la UNITA (Unión Nacional para la Independencia Total de Angola), encabezada por Jonas Savimbi, apoyado por Estados Unidos y Sudáfrica; bajo el débil gobierno marxista de Samora Machel, Mozambique interviene en la lucha armada contra los regímenes blancos de Sudáfrica y Rhodesia.

En España muere el general Franco, el Rey Juan Carlos I accede al trono y se instaura la democracia en el país.

**1976** Indonesia se anexiona formalmente el Timor Oriental; miles de partidarios del Fretilin son encarcelados; continúa la resistencia mediante guerra de guerrillas.

Abril: fuerzas sirias intervienen en la guerra civil libanesa; se negocia el alto el fuego en octubre-noviembre, pero los combates continúan en el sur.

4 de julio: comandos israelíes hacen una redada en el aeropuerto Entebbe de Uganda, y liberan a noventa y ocho víctimas del secuestro de un vuelo de Air France llevado a cabo por unos terroristas.

Setiembre: muere Mao Zedong en Pekín; sigue una pugna por el poder entre los reformistas «moderados» como Deng Xiaoping y los radicales inflexibles encabezados por la viuda de Mao y otros miembros de «la banda de los cuatro».

En Argentina, los militares instauran un nuevo régimen y una campaña de terror; matan a miles de personas de quienes sospechan que son disidentes izquierdistas.

1975

El avión supersónico Concorde inicia vuelos transatlánticos.

Inicio de las excavaciones arqueológicas en Ebba, Siria.

Saul Bellow, *To Jerusalem and Back: A Personal Account*; Alex Haley, *Raíces*. 1976

Nagisa Oshima, *El imperio de los sentidos*; Martin Scorsese, *Taxi Driver*.

**1976** En Canadá, el Parti Québécois gana las elecciones provinciales de Quebec.

Sudáfrica establece el primer «bantustán» (territorio asignado a la población negra en función de pertenencia lingüística) en Transkei.

**1977** Enero: en Checoslovaquia más de doscientos ciudadanos firman un manifiesto llamado Carta 77 exigiendo que el régimen cumpla sus compromisos con los acuerdos internacionales de derechos humanos.

Febrero: en Etiopía, el coronel Mengistu Hailé Mariam se hace con el poder en un golpe violento y sangriento; continúa la guerra de guerrillas en Eritrea; estalla la guerra entre Etiopía y Somalia por los derechos de pastoreo en el Ogadén (dura hasta 1978).

En Sudáfrica, asesinan a Steve Biko, dirigente del movimiento Conciencia Negra cuando era custodiado por la policía; el Consejo de Seguridad de la ONU ordena un embargo de armas contra Sudáfrica.

Indira Gandhi pone fin al estado de excepción y pierde las elecciones frente al partido Janata Dal, encabezado por Morarji Desai.

Julio: en Pakistán, un golpe de Estado encabezado por el general Muhammad Zia Ul-Hăq depone al primer ministro Zulfikar 'Ali Bhutto.

El presidente de Egipto, Anwar el-Sadat viaja de improviso a Israel y se dirige al Knesset (Parlamento) para hacer un llamamiento en favor de la paz.

**1978** Deng Xiaoping asciende al poder en China; empieza el programa de «Cuatro Modernizaciones», con respecto a la agricultura, la industria, la defensa nacional, y la ciencia y tecnología; hace hincapié en la administración individual en lugar del enfoque comunal aplicado hasta entonces.

El Senado norteamericano ratifica los tratados del canal de Panamá, por los cuales promete devolver el canal a Panamá en el año 2000.

Eligen al cardenal Karol Wojtyla de Polonia primer papa no italiano desde 1522; toma el nombre de Juan Pablo II.

Marzo: fuerzas israelíes invaden Líbano, apoyando a las fuerzas cristianas, en un esfuerzo de poner fin a los ataques de la OLP en Israel; se retiran en junio.

1976

Diagnosticados los primeros casos de Sida en Nueva York.

Lanzamiento de la sonda espacial *US Voyager* para investigar el sistema solar.

Dan Jacobson, *The Confessions of Josef Baisz.* 1977

George Lucas, *La guerra de las galaxias*; Woody Allen, *Annie Hall*; Steven Spielberg, *Encuentros en la tercera fase.*

Nace en Gran Bretaña Louise Brown, la primera «bebé probeta» del mundo.

Astrónomos descubren una luna que da vueltas alrededor de Plutón.

Edward Said, *Orientalism.* 1978

John Irving, *El mundo según Garp*; Gillian Armstrong, *My Brilliant Carreer.*

**1978** Abril: un golpe de Estado izquierdista derroca (y mata) al presidente afgano Muhammad Dā'ūd y proclama la República Democrática de Afganistán bajo Nur Muhammad Taraki.

17 de setiembre: acuerdos de Camp David entre el presidente norteamericano Jimmy Carter, el primer ministro israelí Menahem Begin y el presidente egipcio Anwar el-Sadat, que preparan el terreno para el «proceso de paz» en el Próximo Oriente.

Diciembre: los vietnamitas invaden Camboya en un esfuerzo por derrocar a los jemeres rojos.

**1979** 7 de enero: Phnom Penh cae en manos de los vietnamitas; derrocado el régimen de los jemeres rojos; febrero-marzo: breve guerra chino-vietnamita por la invasión vietnamita de Camboya; se descubren tumbas colectivas con enormes cantidades de víctimas de los jemeres rojos.

Enero: asesinato del embajador norteamericano en Afganistán, seguido, en febrero, del asesinato del presidente Taraki por seguidores del viceprimer ministro Hāfezollāh Amín, que se hace con el poder y pide ayuda a Estados Unidos; diciembre: tropas soviéticas invaden Afganistán, Amín es asesinado y el gobierno comunista restablecido bajo Babrak Karmal; millones de refugiados huyen al vecino Pakistán; empiezan diez años de resistencia armada por los guerrilleros mujaidines.

Enero: China y Estados Unidos establecen relaciones diplomáticas; en Pekín aparece el Muro de la Democracia.

16 de enero: el sha huye de Irán al estallar la revolución; febrero: el *ayatollah* Ruhollah Jomeini regresa de su exilio en Francia, se hace con el control del gobierno y acaba por instaurar un Estado teocrático islámico; noviembre: el secuestro de 66 norteamericanos en la embajada de Estados Unidos en Teherán provoca la «crisis de los rehenes en Irán» (que se prolonga hasta enero de 1981).

26 de marzo: Israel y Egipto firman un tratado de paz.

Saddam Hussein se convierte en presidente de Iraq.

Fuerzas de Tanzania invaden Uganda y derrocan al dictador Idi Amín.

En Nicaragua, las fuerzas de la oposición aciertan por fin a derrocar el régimen de Somoza; los sandinistas, de ideología marxista, establecen un gobierno provisional, pero algunos miembros de la oposición los

1978

Sony introduce en el mercado un casete portátil, el «Walkman».

V. S. Naipaul, *A Bend in the River*, 1979
Italo Calvino, *Si una noche de invierno un viajero...*

Francis Ford Coppola, *Apocalypse Now*.

**1979** acusan de «secuestrar la revolución»; estalla la guerra civil (que dura hasta 1990), cuando los *contras*, apoyados por la CIA, se oponen al régimen marxista impuesto por los sandinistas, y exigen elecciones libres.

Indira Gandhi, reelegida primera ministra de India.

Primeras elecciones directas al Parlamento europeo.

La conservadora Margaret Thatcher, primera ministra del Reino Unido, encabeza la «revolución» conservadora.

En Pakistán, ejecución del ex primer ministro Bhutto.

El IRA (Ejército Republicano Irlandés) asesina a lord Mountbatten de Birmania y a su nieto, en un atentado con bomba.

**1980** En Alemania occidental se crea el Partido Verde, dedicado sobre todo a la ecología; momento decisivo para el desarrollo político del movimiento verde en general, que se ocupa de problemas medioambientales.

Iraq invade Irán; la guerra continúa hasta 1988.

Huelgas en los astilleros de Gdansk, en Polonia; formación del movimiento sindicalista independiente Solidaridad, que exige reformas.

Rhodesia se convierte en independiente con Robert Mugabe al frente; cambia su nombre por Zimbabwe.

Fracasa el referéndum sobre la separación de Quebec del resto de Canadá.

24 de abril: fracasa estrepitosamente el intento de unos comandos norteamericanos para rescatar a los rehenes de la embajada estadounidense en Irán.

Noviembre: elección de Ronald Reagan a la presidencia de Estados Unidos por mayoría aplastante.

**1981** 20 de enero: Ronald Reagan toma posesión del cargo de presidente en Estados Unidos; el mismo día, Irán libera a los rehenes de la embajada norteamericana; el gobierno de Reagan apoya a los *contras* en su lucha contra el régimen sandinista.

Primavera: aviones israelíes destruyen una central nuclear iraquí cerca de Bagdad.

6 de octubre: fundamentalistas islámicos asesinan al presidente egipcio

1979

La Organización Mundial de la Salud (OMS) anuncia la erradicación mundial de la viruela.

La sonda espacial *Voyager 1* envía fotos de Saturno y seis nuevas lunas.

William Golding, *Ritos de paso*; Naipaul, *El regreso de Eva Perón*; Mark Medoff, *Hijos de un dios menor*. 1980

Paul Schrader, *American Gigolo*; Akira Kurosawa, *Kagemusha*; Robert Redford, *Gente corriente*; Martin Scorsese, *Toro salvaje*.

La IBM introduce en el mercado el primer ordenador personal.

Unos científicos identifican el Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida (Sida).

Vuelo con éxito del primer transbordador espacial norteamerica- 1981

Paul Theroux, *La costa de los mosquitos*; Paton, *Ah! But Your Land is Beautiful*; Salman Rushdie, *Hijos de la medianoche*.

*Cats*, el musical de Andrew Lloyd Weber, basado en poemas de T. S. Eliot, causa sensación en Londres.

1981 Sadat.

En Irlanda del Norte mueren unos miembros del IRA que hacían huelga de hambre.

El ejército indonesio lleva a cabo una tremenda campaña represiva contra los supuestos separatistas del Fretilin en Timor Oriental.

En Polonia se declara la ley marcial.

1982 Abril-junio: guerra de las Malvinas entre Argentina y Gran Bretaña, cuando Argentina invade las islas; Gran Bretaña la obliga a devolverlas.

Israel completa la retirada de la península del Sinaí, que se inició en 1974.

Junio: fuerzas israelíes invaden Líbano y llegan hasta Beirut; como resultado de las negociaciones, bajo los auspicios de Estados Unidos, la OLP y los sirios se retiran de Beirut y se instala una fuerza internacional de pacificación; setiembre: fuerzas falangistas cristianas llevan a cabo una matanza de palestinos en los campos de refugiados de Sabra y Chatila.

España entra en la OTAN.

La caída de los precios del petróleo obliga a México al incumplimiento del pago de sus deudas internacionales; se inicia la crisis de las deudas a nivel mundial.

Octubre: en Bolivia, el régimen militar devuelve el poder a un gobierno civil elegido democráticamente.

China imprime un mayor impulso al programa de liberalización económica.

1983 En Argentina, desacreditado por la pérdida de la guerra de las Malvinas, el régimen militar autoriza la celebración de elecciones; el recién elegido Raúl Alfonsín intenta restablecer la democracia.

El presidente Reagan tilda a la URSS de «régimen malévolo» y anuncia la Iniciativa de Defensa Estratégica, llamada también «guerra de las galaxias», para poner en marcha un sistema de defensa mediante misiles en el espacio.

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| no, *Columbia*; lanzamiento con éxito del cohete europeo *Ariane*; el *Voyager 2* vuela cerca de Saturno.<br><br>Científicos chinos consiguen clonar una carpa dorada.<br><br>Empieza a funcionar el tren más rápido del mundo, el TGV (tren de alta velocidad) francés. | Steven Spielberg, *En busca del arca perdida*; Hugh Hudson, *Carros de fuego*. | 1981 |
| Sale al mercado la insulina fabricada con bacterias; es la primera vez que se comercializa un producto de ingeniería genética. | Thomas Keneally, *El arca de Schindler*; Dominique Fernandez, *En la mano del ángel*; Stoppard, *The Real Thing*; Carlos Fuentes, *Relaciones distantes*.<br><br>Steven Spielberg, *ET*; Richard Attenborough, *Gandhi*.<br><br>Inaugurado en Washington, D. C., el Memorial dedicado a la guerra de Vietnam. | 1982 |
| Comercialización del compact disc que pronto sustituye los discos de vinilo y las cintas.<br><br>Francia prueba la bomba de neutrones; un submarino nuclear soviético se hunde en el Pacífico Norte. | Gabriel García Márquez, *Crónica de una muerte anunciada*; Alice Walker, *El color púrpura*; J. M. Coetzee, *Life and Times of Michael K.* | 1983 |

**1983** 1 de setiembre: los soviéticos derriban un avión comercial coreano del vuelo KA003.

Octubre: fuerzas norteamericanas invaden Grenada en respuesta a un golpe de izquierdas.

Octubre: la OLP se retira por fin de Líbano y traslada su sede a Túnez.

31 de diciembre: Brunei se independiza por completo de Gran Bretaña.

**1984** La hambruna asola de nuevo a Etiopía, lo que provoca un esfuerzo internacional por paliar el hambre.

Marzo: Sudáfrica y Mozambique firman el Acuerdo Nkomati, por el cual se contendrán las incursiones del Congreso Nacional Africano en Sudáfrica y las de Sudáfrica en Mozambique.

Primavera: el movimiento separatista de los sijs recupera terreno en el Punjab, India; la primera ministra Indira Gandhi ordena cargar contra militantes sijs que ocupan su templo más sagrado, el Templo Dorado de Amritsar; setiembre: asesinato de Indira Gandhi por sus guardaespaldas sijs en venganza de los hechos acaecidos anteriormente.

Gran Bretaña y China acuerdan los trámites para la devolución de Hong Kong a China en 1997.

**1985** El reformista Mijaíl Gorbachov accede al poder en la URSS; inaugura la *perestroika* (reestructuración) del sistema económico y político, así como la *glasnost* (transparencia) y el «Nuevo Pensamiento».

Sudáfrica retira sus tropas de Angola.

10 de julio: en respuesta a las protestas de Greenpeace contra las pruebas nucleares de Francia en el Pacífico, el servicio secreto francés hunde el buque *Rainbow Warrior* del movimiento ecologista, en Auckland, Nueva Zelanda.

**1986** La Ronda Uruguay del GATT establece la Organización Internacional del Comercio.

26 de abril: desastre nuclear en la URSS: escape masivo en la central nuclear de Chernobil.

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| En la Universidad de Stanford se crea el primer cromosoma artificial.<br>Primer vuelo del transbordador norteamericano *Challenger*. | | 1983 |
| Macintosh comercializa su ordenador Apple con ratón.<br>Equipos de investigación norteamericano y francés descubren, cada uno por su cuenta, el VIH, el virus que, según se cree, causa el Sida.<br>La investigación genética y la fertilización artificial de óvulos humanos suscitan dudas éticas sobre el control de la evolución humana. | Milan Kundera, *La insoportable levedad del ser*.<br>Chen Kaige, *Tierra Amarilla*. | 1984 |
| Un equipo de investigación en la Antártida británica descubre un agujero en la capa de ozono.<br>Primer viaje del transbordador espacial *Atlantis*.<br>Unos cirujanos utilizan los rayos láser para limpiar arterias bloqueadas.<br>Estados Unidos y Reino Unido se retiran de la UNESCO. | Merchant-Ivory, *Una habitación con vistas*, de E. M. Forster. | 1985 |
| El transbordador espacial *Challenger* estalla al despegar y muere toda la tripulación; el *Voyager 2* descubre diez nuevas lunas en tor- | El escritor nigeriano Wole Soyinka recibe el Premio Nobel de Literatura; Kazuo Ishiguro, *Un artista del mundo flotante (An Artist of* | 1986 |

**1986** 11-12 de octubre: la Cumbre de Reykjavik entre Reagan y Gorbachov acaba sin conclusiones.

Se impone el estado de excepción en Sudáfrica.

El antiguo emperador del imperio Centroafricano, Jean-Bedel Bokassa, juzgado por asesinato en masa y canibalismo.

Corazón Aquino jura el cargo de presidente de Filipinas tras unas reñidas elecciones y la huída de Ferdinand Marcos.

La revolución obliga al dictador haitiano Jean-Claude Duvalier a exiliarse; Haití avanza hacia la democracia.

En Estados Unidos, el gobierno de Reagan se ve quebrantado por el escándalo «Irán-Contra», en el que se desviaron fondos de la venta de armas a Irán para apoyar a los *contras* que luchan contra los sandinistas en Nicaragua.

Portugal y España entran en la CEE.

**1987** Disturbios estudiantiles en Kwangjiu, Corea del Sur, en protesta por la represión y la corrupción gubernamentales.

Los chinos reprimen la revuelta nacionalista en el Tibet.

Estados Unidos y la URSS firman un tratado para eliminar los misiles de alcance medio.

El gobierno indio impone el autogobierno en el Punjab a fin de luchar contra el terrorismo sij.

Los palestinos de los territorios ocupados por Israel inician la *Intifada*, esto es, la lucha a pedradas contra el gobierno israelí.

**1988** El alto el fuego pone fin a la guerra entre Irán e Iraq.

Un tribunal norteamericano acusa al general Manuel Noriega, presidente de Panamá, de tráfico de drogas.

Carlos Salinas de Gortari, el candidato del PRI, elegido presidente de México con reducida mayoría.

Marzo-setiembre: en la «primavera de Birmania», cientos de miles de estudiantes y otros colectivos se manifiestan a favor de una reforma democrática; 18 de setiembre: el ejército mata a cientos de manifestantes y

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| no a Urano; la sonda espacial europea *Giotto* fotografía el centro del cometa Halley.<br>Se diagnostican veinticinco mil casos de Sida. | *the Floating World)*; Irina Ratushinskaya, *No, I'm Not Afraid.*<br>Claude Berri, *Jean de la Florette* y *Manon des Sources*; Spike Lee, *She's Gotta Have It.* | 1986 |
| Bill Gates, fundador de Microsoft, se convierte en el primer multimillonario de los microordenadores. | Chinua Achebe, *Anthills of the Savannah*; Tahan Ben Jalloun, *La nuit sacrée*; Toni Morrison, *Beloved.*<br>Bernardo Bertolucci, *El último emperador.* | 1987 |
| Stephen Hawking, *Breve historia del tiempo.*<br>El primer teléfono transatlántico de fibra óptica une a Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia.<br>Un virus de ordenador creado por un estudiante infecta, a través de Internet, a seis mil ordenadores militares. | Gabriel García Márquez, *El amor en los tiempos del cólera*; Salman Rushdie, *Versos satánicos*; Thomas Wolfe, *La hoguera de las vanidades*; el egipcio Naguib Mahfouz recibe el Premio Nobel de Literatura.<br>John Adams, *Nixon en China*; Luciano Berio, *Ofarin*; Witold Lu- | 1988 |

**1988** detiene a los disidentes; el régimen militar cambia el nombre del país por Myanmar.

Agosto: un acuerdo en Ginebra, firmado por UNITA y el MPLA pone un fin provisional a la guerra civil angoleña.

Huelgas generalizadas en Polonia.

Tras nueve años de ocupación, las tropas soviéticas empiezan la retirada de Afganistán.

Diciembre: en un discurso dirigido a la Asamblea General de la ONU, el presidente de la OLP, Yāsir Arafāt, rechaza la violencia militar, reconoce la existencia de Israel y pide una solución política para el problema palestino.

**1989** Febrero: derrocado en Paraguay Alfredo Stroessner, tras treinta y cinco años de dictadura; el general Andrés Rodríguez es elegido presidente.

El ejército soviético completa la retirada de Afganistán.

China impone la ley marcial en Lhasa, en el Tibet.

Junio: en China, las manifestaciones a favor de la democracia culminan con la matanza en la plaza de Tiananmen de Pekín, cuando las tropas gubernamentales dispersan violentamente a los manifestantes.

En Chile, el general Augusto Pinochet autoriza elecciones libres y la sustitución de la dictadura militar por un gobierno democrático y la continuación de la política de mercado libre.

Setiembre: F. W. De Klerk, nuevo presidente de Sudáfrica, avanza hacia el principio del sufragio universal y el fin del *apartheid*.

Agosto-setiembre: fin de los gobiernos comunistas de Polonia y luego de Hungría.

9 de noviembre: el gobierno de Alemania del Este abre toda la frontera; derribado el Muro de Berlín en medio de celebraciones populares; diciembre: caída de los gobiernos comunistas en Alemania del Este y en Checoslovaquia; el día 25, ejecución del dictador comunista, Nicolae Ceaucescu y de su esposa.

Finales de diciembre: fuerzas norteamericanas invaden Panamá a fin de arrestar al general Manuel Noriega, acusado por un tribunal norteamericano de tráfico de drogas.

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| Primer vuelo del transbordador espacial norteamericano *Discovery*, el primero en tener éxito desde el desastre del *Challenger*.<br><br>Se expone al público por primera vez el avión invisible US B-2. | toslawski, Concierto para piano; Andrew Lloyd Weber, *El fantasma de la ópera*.<br><br>Zhang Yimou, *Sorgo rojo*. | 1988 |
| Virus informáticos infectan ordenadores de todo el mundo.<br><br>Esfuerzos a nivel mundial para limitar las emanaciones de CFC, consideradas perjudiciales para la capa de ozono de la Tierra.<br><br>La NASA lanza la sonda espacial *Galileo* hacia Júpiter; El *Voyager* 2 llega a Neptuno.<br><br>En Florida y Virginia, Estados Unidos, se admiten las «huellas» del ADN como pruebas en juicios por violación.<br><br>En Suiza empieza a funcionar el supercolisionador de electrones y positrones. | Kazuo Ishiguro, *Lo que queda del día*; el régimen islámico iraní condena a muerte a Salman Rushdie por sus *Versos satánicos*; Umberto Eco, *El péndulo de Foucault*; Wendy Wasserstein, *The Heidi Chronicles*.<br><br>I. M. Pei diseña la controvertida pirámide de cristal que cubrirá la nueva entrada del museo del Louvre de París. | 1989 |

**1990** 3 de enero: en Panamá, el general Noriega sale de su refugio en la embajada del Vaticano y se rinde a las fuerzas norteamericanas; 20 de diciembre: Guillermo Endara, nuevo presidente del gobierno.

Marzo: Lituania se declara independiente de la URSS; elecciones en Alemania del Este y en Hungría acaban con el régimen comunista; abril-mayo: elecciones multipartidistas en Yugoslavia; 1 de julio: la unión de las divisas germano orientales y germano occidentales supone el preludio de la reunificación alemana, que tiene lugar el 3 de octubre; diciembre: Lech Walesa accede a la presidencia de Polonia.

2 de agosto: fuerzas iraquíes invaden Kuwayt, declarándolo provincia de Iraq; el presidente de Estados Unidos, George Bush, ordena que se ponga en marcha la Operación Escudo del Desierto para evitar ataques iraquíes en Arabia Saudí; Bush organiza, asimismo, una coalición internacional contra Iraq; la ONU impone sanciones económicas y presenta a Iraq un ultimátum para que se retire de Kuwayt antes del 15 de enero de 1991; de lo contrario, tendrá que atenerse a las consecuencias.

Mayo: en Sudáfrica, tras ser liberado de la cárcel, el dirigente negro Nelson Mandela negocia el fin del *apartheid* con el presidente De Klerk.

Namibia se convierte en independiente.

En Nicaragua, el régimen sandinista acepta la celebración de elecciones libres y las pierde frente a una coalición antimarxista encabezada por Violeta Chamorro, que ocupa la presidencia.

Mary Robinson es la primera mujer elegida para la presidencia de Irlanda.

Tras ver contestado su liderazgo en el Partido Conservador británico, Margaret Thatcher dimite; John Major la sustituye como primer ministro.

**1991** Mediados de enero: estalla la guerra del Golfo: una alianza encabezada por Estados Unidos y sancionada por la ONU invade Kuwayt e Iraq y expulsa a las fuerzas iraquíes; Iraq queda sujeto a la supervisión por la ONU de las instalaciones de fabricación de armas de destrucción masiva y a la contención de sus actividades militares en el norte y el sur del país.

1 de abril: se anula el Pacto de Varsovia.

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| La OMS aprueba el uso de Ornidyl, nuevo tratamiento farmacológico para la enfermedad del sueño africana. | El poeta mexicano Octavio Paz recibe el Premio Nobel de Literatura; Hou Xiaoxian, *Ciudad de los pesares.* | **1990** |
| Empieza el uso en pacientes humanos de la terapia genética. | György Ligeti, Concierto para violín y orquesta; John Adams, *La muerte de Klinghoffer.* | |
| | Martin Scorsese, *Goodfellas.* | |
| | Bret Easton Ellis, *American Psycho.* | **1991** |
| | Quentin Tarantino, *Reservoir Dogs*; Zhang, *Raise the Red Lantern*; Jonathan Demme, *El silencio de los corderos.* | |

**1991** Junio: Borís Yeltsin se convierte en presidente de Rusia; 18-21 de agosto: en la URSS fracasa un golpe contra Gorbachov; Chechenia se declara independiente; Gorbachov dimite de la presidencia; diciembre: se disuelve la URSS, algunas de sus antiguas repúblicas forman la Comunidad de Estados Independientes (CEI).

Junio: empieza la guerra en Yugoslavia, cuando Eslovenia y Croacia se declaran independientes; setiembre: el ejército yugoslavo (que progresivamente se convierte en ejército mayoritariamente serbio) asalta Croacia, iniciando una guerra que durará hasta mediados de la década.

En Sudáfrica, el gobierno deroga las leyes del *apartheid*; Nelson Mandela es elegido presidente del Congreso Nacional Africano (CNA).

21 de mayo: el ex primer ministro Rajiv Gandhi es asesinado por los Tigres Tamiles.

23 de octubre: se firman los Acuerdos de Paz de París, por los que se programan para 1993 elecciones en Camboya bajo supervisión de la ONU.

Brasil, Argentina, Uruguay y Paraguay crean el Mercosur, un pacto comercial entre los cuatro países.

**1992** Bosnia-Herzegovina se declara independiente; la secesión provoca la violencia étnica, sobre todo entre musulmanes y serbios; los serbios se dedican a la «limpieza étnica»; la ONU impone sanciones a Serbia y Montenegro, así como el embargo de armamento a serbios y bosnios, lo que de hecho favorece a los serbios, mejor equipados, y establece la UNPROFOR (Fuerza de Pacificación).
Setiembre: Estados Unidos manda tropas a Somalia, en una misión humanitaria, con la autorización de la ONU.

En China, Deng Xiaoping reafirma el crecimiento económico mediante el mercado libre.

Primeras elecciones libres celebradas en Taiwan.

En Brasil, dimite el presidente Fernando Collor de Mello, acusado de corrupción.

En El Salvador, los acuerdos de paz ponen fin a una guerra civil de doce años.

Crisis en el mecanismo europeo de tasas de cambio, que debe abandonar el Reino Unido.

1991

Se celebra en Brasil la conferencia de la ONU sobre ecología; 150 naciones firman un tratado sobre diversidad biológica.

Howard Brodkey, *The Runaway Soul*; Jung Chang, *Cisnes salvajes*; Michael Oondatje, *El paciente inglés*.

Merchant-Ivory, *Howard's End*; Tony Kushner, *Angels in America*.

1992

**1993** 1 de enero: Checoslovaquia se divide en la República Checa y Eslovaquia.

Entra en vigor el Tratado de Maastricht; los doce miembros de la UE deciden introducir un sistema de divisa común, eliminar las barreras comerciales y aceptar políticas de defensa y exterior comunes.

Israel firma un acuerdo de paz con la OLP.

En Camboya se restaura la monarquía constitucional bajo el rey Norodom Sihanuk.

Abril: el presidente ruso Borís Yeltsin sobrevive a un referéndum contra su gobierno; aplasta la rebelión del Sóviet Supremo; diciembre: se adopta una nueva constitución y se elige una nueva Duma.

El Consejo de Seguridad de la ONU establece un Tribunal Penal Internacional en La Haya para juzgar a los criminales de guerra de la antigua Yugoslavia.

En Colombia, fuerzas de seguridad matan al jefe del cártel de Medellín, Pablo Escobar.

**1994** Enero: entra en vigor la Asociación Norteamericana de Libre Comercio (NAFTA), entre Canadá, Estados Unidos y México.

Enero: el Frente Zapatista de Liberación Nacional (FZLN) se alza en Chiapas, en el sur de México.

Mayo: Nelson Mandela, elegido primer presidente negro de Sudáfrica, con el voto mayoritario del CNA; Sudáfrica entra de nuevo en la Commonwealth británica.

La guerra civil y el genocidio en Ruanda provocan la intervención de la ONU y la creación de un Tribunal Penal Internacional bajo los auspicios de la ONU.

Fuerzas rusas invaden la escindida República Chechena.

Fuerzas norteamericanas intervienen en Haití para derrocar al gobierno militar y devolver el poder al presidente Aristide.

En Bosnia, tropas de la ONU, incluyendo las de Rusia, intentan mantener «zonas de seguridad» con protección de la ONU para los musulmanes y otros grupos; los serbios incrementan su agresividad y secuestran a miembros de la Fuerza de Pacificación de la ONU.

**1994** Israel y Jordania firman un tratado de paz.

Diciembre: la crisis financiera mexicana sacude a toda América Latina.

**1995** La matanza de musulmanes por serbios en Srebenica, ante las narices de las fuerzas pacificadoras de la ONU, provocan ataques continuos por la fuerza aérea de la OTAN sobre blancos serbios en Bosnia-Herzegovina; las negociaciones en Dayton, Ohio, concluyen en un acuerdo de paz para Bosnia-Herzegovina; se establece una fuerza de la OTAN, que incluye tropas norteamericanas, para supervisar el proceso de pacificación; el Tribunal Internacional para Crímenes de Guerra acusa a los dirigentes serbobosnios, entre ellos el presidente Radovan Karadzic, de genocidio y crímenes de lesa humanidad.

Setiembre: Israel y la OLP acuerdan extender el autogobierno palestino a la orilla oeste; las tropas israelíes inician una retirada gradual de la orilla oeste, tras casi treinta años de gobierno militar israelí.

Un atentado terrorista con bomba destruye un edificio gubernamental en la ciudad de Oklahoma, en Estados Unidos: mueren 168 personas.

En el quincuagésimo aniversario del lanzamiento de la bomba en Nagasaki, el presidente norteamericano Clinton anuncia que su país pone fin a todas las pruebas nucleares; en el cincuentenario del fin de la segunda guerra mundial, el primer ministro japonés ofrece su sentida disculpa por el sufrimiento causado por su país.

2 de noviembre: un extremista contrario a la paz asesina al primer ministro israelí Itzak Rabin.

**1996** Benyamin Netanyahu se convierte en primer ministro israelí; el proceso de paz se ralentiza.

La primera ministra Benazir Bhutto debe dimitir en Pakistán, acusada de corrupción a gran escala y de llevar al país al borde del desastre.

El IRA reanuda su campaña de violencia.

Empiezan las controvertidas reclamaciones de propiedades confiscadas a los judíos por los nazis, que los bancos suizos conservan aún, cincuenta años después del fin de la segunda guerra mundial.

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| | Steven Spielberg, *La lista de Schindler*; Chen Kaige, *Adiós a mi concubina*. | 1993 |
| Abierto oficialmente el túnel submarino del canal de la Mancha, que conecta Gran Bretaña y Francia. | Quentin Tarantino, *Pulp Fiction*. | 1994 |

1994

1995

Microsoft comercializa el sistema operativo informático Windows 95.

Sigue creciendo el número de usuarios de Internet, al que proporcionan acceso fácil empresas nuevas como Netscape y America Online.

1996

**1997** Rusia y Chechenia firman un tratado de paz.

El Partido Laborista, con Tony Blair a la cabeza, gana las elecciones británicas y pone fin a dieciocho años de gobierno conservador.

Muere Deng Xiaoping en China.

30 de junio: Devolución de Hong Kong a China.

Julio: la devaluación de la divisa tailandesa provoca una crisis económica en la región.

En Gran Bretaña, la muerte de Diana, princesa de Gales, provoca una reacción emotiva generalizada.

En México, el PRI pierde varias gobernaturas.

Laurent Kabila derroca al presidente Mobutu Sese Seko en Zaire.

| Ciencia, tecnología y medicina | Cultura | |
|---|---|---|
| | Crece la preocupación por el medio ambiente a medida que el «Niño» provoca profundas variaciones meteorológicas y condiciones extremas, sobre todo en Norteamérica; los bosques ecuatoriales de Brasil e Indonesia resultan arrasados por incendios; en la Antártida aumentan las pruebas del calentamiento global. | 1997 |
| | Científicos británicos clonan una oveja y provocan inquietud generalizada por las implicaciones de la ingeniería genética. | |

# Lista de ilustraciones en blanco y negro

Entre las páginas 96 y 97:


I Cartel de Paul Dupont para la Exposición Universal de París, de 1900 (Bibliothèque Nationale de France).

II La rebelión de los bóxers: la ejecución de los jefes de la sublevación delante de las tropas extranjeras (Getty Images).

La emperatriz viuda Ci Xi con los eunucos de la Corte (Galería de Arte Freer y archivos de la galería de Arthur M. Sackler, Smithsonian Institution, Washington, D. C. Fotógrafo: L. Hsun-ling, negativo N.° SC-GR-261).

III El gran duque Mijaíl Alexandrovich de Rusia (Museo Hermitage, San Petersburgo).

Expatriados británicos en Birmania (A. G. E. Newland, *The Long, Long Burmese Day*, del *Journal of the Photographic Society of India*, vol. IV, 1892, RPS neg. 625, Colección de la Real Sociedad Fotográfica, Bath).

IV Inmigrantes llegando al puerto de Nueva York en 1906 (Edwin Levick/Biblioteca del Congreso, Washington, D. C., EE. UU.).

Manifestación revolucionaria, Rusia, 1917 (Getty Images).

V Orville Wright en su primer vuelo con pasajero, en 1908 (Museo de la Ciencia/Foto de la Biblioteca de Ciencia y Sociedad).

J. J. Thomson y F. B. Jewett, en el laboratorio de Cavendish de Cambridge (A T & T Bell Labs/Science Photo Library).

De paseo en un Ford del modelo T (Getty Images).

VI Ataque japonés a buques de guerra rusos, 1904 (Colección de David King).

El káiser Guillermo II y su séquito al subir a los automóviles imperiales (Bundesarchiv Koblez, Bild 136/B334).

VII Tropas australianas en Passchendaele (Museo Imperial de Guerra, Londres E (AUS)1220).

Woodrow Wilson embarca hacia Europa (AP/Wide World Photos).

VIII Constantin Brancusi, *El Beso* (1907-1908) (© DACS 1998, Muzeul de Arte, Craiova, Photo Courtauld Institute of Art).

Pablo Picasso, *Les Demoiselles d'Avignon* (París, junio-julio de 1907) (© DACS 1998. Óleo sobre tela, 243,9 × 233,7 cms. Museo de Arte Moderno, Nueva York. Adquirido gracias a la donación de Lilli P. Bliss. Fotografía © 1997. Museo de Arte Moderno, Nueva York).

Entre las páginas 224 y 225:

IX El rey Jorge V y la reina María reciben el homenaje público en una Durbar (audiencia) celebrada en Delhi en 1911 (Getty Images).

El entierro de sir Lee Stack, El Cairo, 1924 (Getty Images).

X Las obreras acaban a mano los bizcochos que se producen en la fábrica donde trabajan, 1926 (Getty Images).

La Gran Depresión: una cola en Nueva York para recibir ayudas caritativas, 1930 (Popperfoto).

XI El gran terremoto que asoló Tokio, 1923 (Getty Images).

Babe Ruth, en Japón, 1923 (Asahi Shimbun, Tokio).

XII Arkady Plastov, *Fiesta en la Granja Colectiva* (1937) (Museo Ruso, San Petersburgo).

Stalin con Alexéi Ríkov (Colección de David King).

XIII Los más destacados físicos del mundo, en la Conferencia de Solvay, 1933 (Museo de la Ciencia/Foto de la Biblioteca de Ciencia y Sociedad).

El consultorio de Sigmund Freud en Hampstead (Foto de la Biblioteca de Mary Evans/© Sigmund Freud).

XIV Hailé Selassié dirigiéndose a la Asamblea de la Sociedad de naciones, 1936 (Popperfoto).

El Mahatma Gandhi y Jawaharlal Nehru (Popperfoto).

XV Mitin nazi en Nuremberg (FPG International/Biblioteca de Fotografías Robert Harding).

Las fuerzas niponas se apoderan del puerto de Swatow (Rex Features).

XVI El hundimiento del acorazado *USS Arizona* en Pearl Harbor (La Bolsa de Valores).

La rendición de las fuerzas británicas y de la Commonwealth en Singapur, 1942 (Camera Press, WM, Londres).

Entre las páginas 320 y 321:

XVII La entrada del campo de exterminio Auschwitz-Birkenau (Camera Press, CAF, Londres).

D. A. Shmarinov, *La madre* (1942) (Society for Cooperation in Russian and Soviet Studies).

XVIII Un artista de guerra oficial dibuja en Berlín (1945) (Getty Images).

Hiroshima, 1945 (neg.) (Getty Images).

XIX Sala del Tribunal durante los procesos de Nuremberg (Getty Images).

Ocupación norteamericana de Japón: placas con los nombres de calles en el alfabeto latino (Kyodo News Service).

XX Inmigrantes judíos ilegales, Haifa, 1948 (Airborne Forces Museum, Aldershot).

La guerra de Corea: huyendo de la zona de combate (Getty Images).

XXI El bloqueo de Berlín, 1948: unos niños observan el aterrizaje de un avión norteamericano (AKG/Londres).

Pruebas de la bomba atómica en el Pacífico (Getty Images).

XXII El Chrysler Airflow: un DeSoto modelo 1934 (Chrysler Historical Foundation).

Anuncio de bienes de consumo, años cincuenta (Whirlpool Corporation).

XXIII Le Corbusier: Notre-Dame-du-Haut, Ronchamp (1950-1954) (Stéphane Couturier/Arcaid).

Frank Lloyd Wright: La casa de la cascada, Pennsylvania, 1936 (Neg. núm. HB-04414-D3: Fotógrafo Bill Hedrich, Hedrich-Blessing. Chicago Historical Society).

XXIV Francis Bacon: *Estudio para desnudo agachado* (1952) (Donativo de Dr. Wilhelm R. Valentiner Photograph © The Detroit Institute of Arts. Accession núm. 55.353, óleo y arena sobre tela, 198,1 × 137,2 cm.).

Entre las páginas 416 y 417:

XXV El general Juan Domingo Perón y su esposa Eva, aclamados por sus partidarios (Archivo Nacional de Argentina/Tom Keller/Camera Press Londres).

Mao Zedong anuncia la formación de la República Popular China (Camera Press (C/PIC) Londres).

Fidel Castro hace gala del trato populista que dispensa al pueblo (Camera Press, PR/LAT, Londres).

XXVI James Watson y Francis Crick demuestran la estructura del ADN (A. Barrington Brown/Science Photo Library).

Yuri Gagarin en la cabina de su nave espacial, *Vostok* (Novosti, Londres).

XXVII La segregación racial en Estados Unidos, 1950 (© Elliott Erwitt/Magnum Photos).

Martin Luther King en una manifestación a favor de los derechos civiles, Washington, D. C., 1963 (Getty Images).

XXVIII La crisis del canal de Suez, 1956: Tropas británicas en Port Said (Getty Images).

Ishibumba Kanda-Matuln, *Colonie Belge* (Colección: Crawford Young. Como apareció en Young, Crawford y Thomas Turner, *The Rise and Decline of the Zairean State* © 1985. Publicado con permiso de la University of Wisconsin Press).

XXIX El Gran Salto Adelante, China, 1958 (Henri Cartier-Bresson/Magnum Photos).

Nikita Jruschov en los maizales de Kazajstán (Novosti, Londres).

XXX Emplazamiento de los misiles atómicos en Cuba, 1962 (Popperfoto).

Protesta antinuclear (Getty Images).

XXXI Louis Armstrong (Pictorial Press Ltd.).

Admiradores de los Beatles frente al palacio de Buckingham, 1965 (Getty Images).

XXXII Henry Moore, *Figura reclinada* (1963-1965) (Publicado con permiso de la Fundación Henry Moore).

XXXIII Busto de Karl Marx en Chemnitz (W. Hoffmann/Foto AKG Londres).

XXXIV Joseph Beuys, *Nevada* (1965) (© DACS 1998 Emanuel Hoffmann Stiftung, Basilea, Museum Gegenwartskunst/Foto AKG Londres).

Andy Warhol, *Latas de Sopa Campbell* (1962) (© DACS 1998 Städtisches Museum Abteiberg Mönchengladbach).

XXXV La evacuación de Saigón en helicópteros (Hugh van Es/Corbis-Bettmann).

Restos humanos en el centro de interrogación y tortura de los jemeres rojos, Phnom Penh. (Priscilla Golas de NOW «Organización Nacional de Mujeres»/Camera Press Londres).

XXXVI El aeropuerto de Tel Aviv después de un atentado terrorista (Getty Images).

Cartel iraní: la victoria de Jomeini sobre el malvado sha (Foto: Franz Brunner).

Caricatura iraquí: el interrogatorio del joven Saddam Hussein, 1959 (Colección privada).

XXXVII Cartel chino que se burla de la «Banda de los Cuatro» (Rex Features).
Partidarios de Idi Amin en Uganda exhiben su lealtad (Rex Features).

XXXVIII Partido de la Copa del Mundo de Fútbol, Argentina, 1978 (Wheeler/Sipa Press/Rex Features).
Multitudes aclamando al papa Juan Pablo II en la ciudad de México (Boccon Gibod/Sipa Press/Rex Features).

XXIX La Bolsa de valores en Hong Kong, 1987 (Camera Press, Londres).
Cirugía con ayuda de ordenadores (Geoff Tompkinson/Science Photo Library).

Entre las páginas 512 y 513:

XL La caída del Muro de Berlín, 1987 (Camera Press Londres).
Inmigrantes ilegales mexicanos en la frontera entre Estados Unidos y México, El Paso, Texas (Cindy Karp/Sipa Press/Rex Features).

XLI Trabajo de un campesino etíope (Neil Cooper/Panos Pictures).
Haciendo cola para votar en las elecciones del Punjab (Raghu Rai/Magnum Photos).

XLII Ceremonia de inauguración de las Olimpiadas de Seúl, 1988 (Gerard Vandystadt/Allsport).
Cosecha en un arrozal de California (Peter Menzel/Science Photo Library).

XLIII Mijaíll Gorbachov vota en el Congreso de Representantes del pueblo, marzo de 1990 (Tass/Camera Press Londres).
Tropas rusas en Chechenia (Martin Adler/Panos Pictures).

XLIV Entrenamiento de guerrilleros, Rhodesia (Chapplell/Sipa Press/Rex Features).
Derrota de Biafra (Getty Images).

XLV Invasión de Kuwayt por Iraq: tropas norteamericanas en Arabia Saudí hacen planes (Markell/Frank Spooner Pictures).
Fuerza de pacificación de la ONU, Sarajevo (Peterson/Liaison/Frank Spooner Pictures).

XLVI Edificio del gobierno federal estadounidense en la ciudad de Oklahoma, después de un atentado terrorista con bomba (Dallas Morning News/Frank Spooner Pictures).

XLVII Conferencia Imperial de la Commonwealth británica, 1926 (Royal Commonwealth Society Photograph Collection, Cambridge University Library).

Grupo de jefes de gobierno de la Commonwealth, Auckland, 1995 (Rosa Land/FotoPress).

XLVIII Vista de Hong Kong al atardecer (The Stock Market).

*En algunos casos no hemos podido localizar al propietario del copyright. Si se nos notifica, el editor corregirá los créditos en futuras ediciones.*
*Datos recopilados por Anne Lyons.*

# Lista de gráficos y tablas

Gráficos

1. Totales estimados de la población mundial, 1900-1990 44
2. Población estimada por continentes y regiones, 1500-1990 46
3. Índices del PIB real; del PIB por persona, y nivel de precios, 1900-1995 97

Tabla

1. Índice de malestar en siete países importantes 112

ABCD, Coalición 242-243
Abisinia, invadido 107, 116, 481
Abramovic, Marina 152
abstracción pospictórica 150
acción afirmativa 280
ácido nucleico 80
*véase también* genética
Acta Final de Helsinki 258, 485
Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT) 108-109, 459
Acuerdo Norteamericano sobre Libre Comercio (NAFTA) 455, 469, 503, 521
Aden 169, 172, 400
Adenauer, Konrad 315, 317
Adler, Alfred 124
ADN (ácido desoxirribonucleico) 74, 78-82, 127
Adrian, E. D. 77
Afganistán, invadido 261, 292, 320, 487
África 413-432
agricultura y alimentación en 423-424, 425, 515
demografía y urbanización 39, 41, 46, 48, 51
economía e industrialización 96, 110, 418, 423-424, 428-429
durante la primera guerra mundial 417
e imperialismo y nacimiento del nacionalismo 158-174, 413-428, 487
en los últimos años del siglo XX 502, 506-508, 516
durante la segunda guerra mundial 189
gobierno y política 430
Sida 515
y el futuro 522-523, 530
y guerra fría/poscolonialismo 261, 422, 427-432
y la cultura 121, 132, 133
*véase también* África del Norte; Sudáfrica
África del Norte y Próximo Oriente 347-412
en los últimos años del siglo XX 408-412, 505-507
e imperialismo y nacimiento del nacionalismo 159, 160, 161, 163, 167, 169, 171, 172, 173, 347-348, 415
economía e industrialización 99
durante el período de entreguerras 402
durante la primera guerra mundial 398
durante la segunda guerra mundial 189, 193, 397-398
gobierno y política 404-402
países principales, *véase también* Argelia; Egipto; Irán; Iraq; Turquía
y guerra fría/poscolonialismo 261, 398-408
y la cultura 121, 129, 133, 136, 411-412
y la ONU 486, 488
y la Unión Soviética/Rusia 401-402
*véase también* Golfo, guerra del; islam y petróleo
África Ecuatorial francesa 167
África Oriental alemana 161, 414, 417
África Occidental francesa 167
África Sudoccidental alemana (Namibia) 414, 462, 487
Agencia Internacional de Energía Atómica 489
agricultura y alimentación 28
colectivización de la 206, 307, 351
demografía y urbanización 39, 45, 47-48, 49-50
fertilizantes a partir del nitrógeno 87, 93
la mecanización de la 47-48, 221, 389
y el imperialismo 172, 359
y la economía mundial 99, 105
y la genética 75, 127
y la reconstrucción de Europa 306, 307, 313
*véase también* hambruna, tenencia de la tierra y países individuales
ahorros 106, 207, 271, 331
aislacionismo, *véase* neutralidad
Alamein, el, campo de batalla 194
Albania 177, 307

al-Bayyati, Abd al-Wahhab 412
alcohol 135-136
  ley seca en Estados Unidos 216, 219, 221
al Fatah 405
al-Maghut, Muhammad 412
al-Sabah, familia 400, 408
Alejandra, emperatriz de Rusia 196, 198
Alemania 33, 501
  demografía y urbanización 40-41, 51
  dividida 252, 307
  durante el período de entreguerras 176, 177,178, 182-187, 204; pacto de no agresión con la Unión Soviética 188, 208-210, 211
  durante la primera guerra 179-182, 197-198
  durante la segunda guerra mundial 187-194, 242-243
  e imperialismo y nacimiento del nacionalismo 157, 161-162, 192, 413-414, 417
  economía e industrialización 99-100, 101-105, 106-107, 112-113
  reunificación 263, 264, 298, 313-314, 315, 317
  y conocimientos, la expansión de los 78, 83, 86, 89, 92
  y Estados Unidos 267
  y Japón, presencia continuada de 242
  y la reconstrucción de Europa 305-319, 322
  y la Sociedad de las Naciones 480
  *véase también* Berlín
Alemania Occidental 51-52, 129, 130
  y la reconstrucción de Europa 307-308, 311, 312, 316, 319
  *véase también* Alemania
Alemania Oriental 131, 263, 313-314, 317, 320
  *véase también* Alemania
alimentación, *véase* agricultura y alimentación
alta cultura 30-31, 117-118, 129-135
  filosofía de la 122-123
  *véase también* literatura; medios de comunicación; música; artes visuales
Alto Volta 167
Amazonas, cuenca del 435
América Latina 28, 433-456
  agricultura y alimentación 434-436, 443, 444, 446, 451
  demografía y urbanización 41, 43, 48, 51
  durante la primera guerra mundial 439-448
  durante la segunda guerra mundial 444, 448-449
  e imperialismo y nacimiento del nacionalismo 433-435
  economía e industrialización 96, 99, 101, 103-113, 434-456
  gobierno y política 433-456
  países principales, *véase* Argentina; Brasil, Caribe; Centroamérica; Perú; Venezuela
  y el futuro 526
  y Estados Unidos 216-217, 219-220, 268-269
  y guerra fría/poscolonialismo 449-456
  y la cultura 113-114
  y la ONU 486-489
Amín, Idi 174
Amir, Igal 505
Anand Panyarachun 374
Ananda, rey de Filipinas 365
Anatolia 398, 402
Anatomía 77-78
Anderson, Carl 65, 66
Andropov, Yuri 262, 290, 292
Angola 173, 261, 427
Anomia 522
ANSEA (Asociación de Naciones del Sureste Asiático) 335, 339-340, 370-371, 372, 468
  Creación 351-359
  Foro Regional (FRA) 376
antagonismo ideológico
  y la guerra fría 249-264, 307-308
  nuevo 521-522
antibióticos 42, 83-85, 128
anticoncepción 40-41, 85, 21, 275
antisemitismo 34, 126
  de los nazis 189, 190, 192
  y la Unión Soviética/Rusia 198, 209-210, 284-285
«años dorados» 309
apartheid 465, 466, 470-471, 472, 474, 506-507
Appel, Karel 147
Aquino, Benigno y Corazón 373
árabes
  y guerras con Israel 260, 399, 401, 402-403, 405-406, 505
  *véase también* Islam; África del Norte y Próximo Oriente
Arabia Saudí 136, 398, 401, 403, 408
Arafat, Yasir 405, 505
Arbenz, Jacobo 450
Argelia 121, 321, 506
  y guerra fría/poscolonialismo 399-400, 403, 406, 409, 410
  y el imperialismo y nacimiento del nacionalismo 161, 163, 167, 168-169, 398
Argentina
  durante la segunda guerra mundial 444, 449-450
  economía e industrialización 101, 110-111, 435, 436-437, 438, 441-442, 445, 450 451, 453-454
  gobierno y política en 437, 438, 449, 452-454, 455
  y el imperialismo 433-434
  y guerra fría/poscolonialismo
  y la primera guerra mundial y sus consecuencias 441-442, 446
armadas 177, 457-458, 463
  flota del Pacífico atacada, *véase* Pearl Harbor

*véase también* guerra ruso-japonesa; transporte marítimo
Arman (Armand Fernández) 150
armamento, *véase* armas
armas 92
termonucleares 253, 519
y el imperialismo 158-159
y la carrera armamentística y la guerra fría 250-251, 252-256, 260, 297, 401-402
*véase también* misiles; armas nucleares; guerras
armas nucleares 226, 245, 519
capacidad excedente de 255-256
Japón, bombardeado durante la segunda guerra mundial 68, 244, 251, 362, 511, 519
Tratado de Prohibición Parcial de Pruebas Atómicas 259
Unión Soviética, la primera de 252-253
y conocimientos, la expansión de los 93-94
y Francia 511
y guerra fría/poscolonialismo 250-251, 252-256, 260
y la física 65-68
y la ONU 487
*véase también* misiles
Armenia 296
ARN (ácido ribonucleico) 81, 127
Arnold, Matthew 117, 118
Arp, Jean (Hans) 144
Arquitectura 30, 139-145, 148, 152-153, 174
*art autre* 146
*art informel* 146
*art nouveau* 139, 143
arte abstracto 137, 142, 143
expresionismo abstracto 140, 146, 148, 149
abstracción pospictórica 150
arte «inculto» 145
*pop art* 133, 140, 145, 150
arte conceptual 140, 149
arte minimalista 140, 142, 148
arte de vanguardia 149
*véase también* el modernismo en el arte
artes; alta cultura
ASA (Asociación del Sureste Asiático) 370
Asia 269
demografía y urbanización 41, 46, 48, 51
e imperialismo y nacimiento del nacionalismo 160, 163, 167, 169-170, 172
y la cultura 120, 126, 129, 131, 133, 136
*véase también* Asia Oriental; Asia Meridional; Sudeste Asiático; Unión Soviética/Rusia
Asia Meridional 169-170, 377-396
agricultura y alimentación 381, 383, 389-390, 515
artes visuales, las 149
durante la segunda guerra mundial 358, 381
e imperialismo y el nacimiento del nacionalismo 121, 170-171, 172, 378-382, 395-396, 418, 424-425
economía e industrialización 96-97, 99, 101, 109, 379, 380, 383-384, 386-388
en los últimos años del siglo xx 508-511
gobierno y política 379, 384, 386
países, *véase* Bangla-Desh; India; Pakistán; Sri Lanka
religión 120, 380, 382, 385-386, 394, 508-509
y guerra fría/poscolonialismo 329-330, 382-396
y la cultura 119-120, 126, 129, 131, 133
y la primera guerra mundial y sus consecuencias 380
y la Unión Soviética/Rusia 382
y la ONU 486
Asia Oriental 325-340, 509-510
agricultura y alimentación 515
artes visuales, las 149
durante la segunda guerra mundial 192-193
e imperialismo y nacimiento del nacionalismo 169
gobierno y política 328, 330-331, 344, 345
guerra de Vietnam, la 333, 335, 336, 352
países de, *véase* China; Hong Kong; Japón; Corea; Taiwán
y el comunismo 325, 329, 337, 345-352
y el futuro 526
y Estados Unidos 325, 326-327, 329-331, 335; *véase también* guerra de Corea
y guerra fría/poscolonialismo 328-329, 350-355
y la Unión Soviética/Rusia 328, 329, 331
y la ONU 484
asimilación 52, 167
Asociación de Naciones del Sureste Asiático, *véase* ANSEA
Atatürk, Mustafa Kemal 398, 402, 403
Ateísmo 120
Attlee, Clement 318, 500
Auerbach, Frank 141
Aung San 362, 374
Aung San Suu Kyi 374, 375, 509
Australasia 457-475
demografía y urbanización 45
durante la primera guerra mundial 460-463
economía e industrialización 104, 105, 460, 465, 470
y la guerra fría/poscolonialismo 469-475
Austria 151
durante el período de entreguerras 460-463
durante la primera guerra mundial 198
durante la segunda guerra mundial 209
economía e industrialización 102
superpotencias, enfrentamiento con 263
y la reconstrucción de Europa 309, 314
*véase también* Austro-Hungría

Austro-Hungría 36, 177-178
después de la primera guerra mundial *véase* Austria; Hungría
durante la primera guerra mundial 179, 181-182
automóviles/motor de combustión interna 88, 355
en Estados Unidos 30, 214, 221, 271, 451
y la cultura 128, 132-133
*véase también* carreteras
autoritarismo y autocracias, *véase* dictaduras
autoritarismo burocrático 30, 159
Avery, O. T.
aviación y transporte aéreo 30, 159
en Asia Meridional 377
enfermedades extendidas por 42
y conocimientos, la expansión de los 86, 88, 89, 92-93
y la segunda guerra mundial y sus consecuencias 189, 193-194
Ayora, Isidro 445
ayuda
a Corea 331, 514-515
a Europa 109, 184, 252, 307-308, 310
a Japón 237, 242
de Estados Unidos 109, 184, 237, 242, 252, 307-308, 310, 331
de la Unión Soviética/Rusia 331

Babbage, Charles 91
*baby boom* 267-268, 271, 280
*backlash* (reacción) 281
Bacon, Francis 141
Bacterias 42, 84
Bacteriófagos 79-80
Badger, Anthony 227
Bahamas, las 169
Bahrain 398, 400
Baklánov, Oleg 296
Balcanes, los 177, 178
*véase también* Bosnia; Croacia; Serbia; Yugoslavia
Baldwin, James 276
Balfour, Arthur James 463
Balmaceda, José Manuel 437
Balthus, Balthasar Klossonowski de Rola, *llamado* 141
Bálticas, repúblicas 307
Bamako 159
Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo, *véase* Banco Mundial
Banco Mundial 108, 407, 430, 489
Banda de los Cuatro, la 353
Bandung, conferencia de 258, 366-367
Bangladesh 131, 382-392, 395
Banting, Frederick 85
Bao Dai, monarca indochino 364
Barber, Benjamin 118
Barbosa, Rui 437, 439
Bardeen, John 92
Barlovento, islas de 169
Barroco 141, 143
Bartók, Béla 134
Bateson, William 74
Batista, Fulgencio 448
Batlle y Ordóñez, José 437, 444
Bauhaus 152
Beadle, George 79
Bechuanalandia 415
Becquerel, Henri 57, 66
Belarus, *véase* Bielorrusia
Bélgica
e imperialismo y nacimiento del nacionalismo 160, 161, 165, 166, 312, 419, 422, 426
y la reconstrucción de Europa 312-313, 321
y la segunda guerra mundial 185
Bennett, Richard 464
Berg, Alban 134
Berg, Paul 81
Berlín 258, 307
demolición del muro de 249, 263, 320
muro de 51, 257, 317
puente aéreo y crisis 252, 485
Bermuda 169
Best, Charles 85
Bethe, Hans 66, 69
Beuys, Joseph 150
Beveridge, informe 315
Bevin, Ernest 318
Bhumipol, Adulyadet, rey de Tailandia 373
Bhután 382
Bielorrusia (ahora Belarus) 201, 209, 211, 296
bienestar y seguridad social 100, 111
en Asia Meridional 379
en Estados Unidos 226, 268, 273-274, 279
en Europa 305, 310, 311, 315, 318
en la Unión Soviética/Rusia 300
Bill, Max 152
biología
biotecnología 87, 94-95
neurobiología 77-78
*véase también* genética; medicina; control de la natalidad
Birmania (ahora Myanmar) 169, 171
durante la segunda guerra mundial 326, 362
e imperialismo y nacimiento del nacionalismo 360
y guerra fría/poscolonialismo 330, 366, 374
Bismarck, archipiélago 161
Blackett, P. M. S. 65
Blair, Tony 501
Blasco Ibáñez, Vicente 499
Blavatsky, Helena Petrovna 126
Blériot, Louis 30
bóers, guerra de los (Sudáfrica) 159, 417, 461
Bohr, Niels 59
Bokassa, Jean-Bedel 174
Bolivia
economía e industrialización 435, 442
gobierno y política 438, 453, 454

y el imperialismo 433
y guerra fría/poscolonialismo 453
y las guerras mundiales 441-442, 447, 449
bolcheviques 181, 183, 196, 199-201, 205, 219, 234
*véase también* Lenin
Bonnard, Pierre 142
Born, Max 60, 65
Borneo 169, 359, 363, 368, 370
Borofsky, Jonathan 150
Bose, Subbhas Chandra 380
Bosnia/Bosnia-Herzegovina 178, 197
*véase también* desintegración en
Botha, Louis 462, 463
Boutros-Ghali, Boutros 488
bóxers, rebelión de los 31, 341
Brancusi, Constantine 143, 144, 147
Brandt, Willi 318
Brattain, Walter 92
Brasil
durante la segunda guerra mundial 449-450
economía e industrialización 111, 435, 436-437, 441, 443-444, 446, 451
gobierno y política 438-439, 441, 443, 446-447, 453-456
y el imperialismo 433
y guerra fría/poscolonialismo 452, 454-455
y la cumbre sobre la Ecología 530
y la primera guerra mundial y sus consecuencias 441, 443, 446
Brenner, Sydney 81
Brest-Litovsk, tratado de 181, 201
Bretton Woods, acuerdo de 108, 110, 220, 310, 336, 467
Brezhnév, Leonid 262, 290-291, 292, 293
Briand, Aristide 185
Bridges, J. B. 75
Broglie, Louis de 60, 63
Brooke, familia 363
Brunei 358, 359, 368, 375
Budismo
en Asia Meridional 380, 385, 394
en el sureste asiático 360-361, 368
Bujarin, Nikolái 203, 205, 207
Bulgaria 150, 320
y la reconstrucción de Europa 307
y las guerras mundiales 177, 190, 203
Bulgarin, Nikolái 286
Burundi 507, 513
Bush, George 249, 267, 282, 297

Cabo Verde, islas de 172
Cachemira 382, 487, 508
calidad de vida, índice de la 390
Camboya
y el imperialismo 359
y guerra fría/poscolonialismo 359, 364, 366-372, 509
y Kampuchea 369, 371
y la ONU 487
Camerún 161, 167, 169
caminos/carreteras 165, 241, 356, 377
*véase también* automóviles
campos, teoría cuántica de los 65, 66, 70, 72
campos de concentración 191
Canadá 33, 457-475, 503
demografía y urbanización 41, 45
durante la segunda guerra mundial 463-467
economía e industrialización 105, 107, 270, 460, 465, 470
y conocimientos, la expansión de los 85
y el imperialismo 169, 174
y el sureste asiático 376
y Estados Unidos 217, 469, 503, 521
y guerra fría/poscolonialismo 258, 468-475
y la cultura 130
y la primera guerra mundial y sus consecuencias 462-466
Canarias, islas 160
Capitalismo 299-302
contra comunismo, *véase* antagonismo ideológico
*véase también* economía e industrialización
Caporetto 181
Cárdenas, Lázaro 446
Caribe y las Indias Occidentales, el 395
durante la segunda guerra mundial 448
economía e industrialización 109, 435, 443, 453
gobierno y política 441, 444, 453
y el imperialismo 160, 163, 166, 169, 231, 433
y guerra fría/poscolonialismo 259, 289, 454
y la ONU 487
y la primera guerra mundial y sus consecuencias 442-448
*véase también* Centroamérica
Carlos, príncipe de Gales 500
Caro, Anthony 147-148
Carolina, islas 161
Carson, Rachel 276
Carter, Jimmy 267, 281, 337
Cassese, Antonio 494
castas, sistema de 391
Castro, Cipriano 438
Castro, Fidel 259, 454
Catolicismo 34, 3224, 415
América Latina 443, 453
y el imperialismo 160, 166
católicos romanos, *véase* catolicismo
Caucásicas, repúblicas 207, 211, 295
Caudillo 434
CEAP (Cooperación Económica Asia-Pacífico) 468-469
CECA (Comunidad Europea del Carbón y el Acero) 312
CEE/CE (Comunidad Económica Europea/Comunidad Europea) 109, 310-322, 469
*véase también* UE (Unión Europea)

CEI (Comunidad de Estados Independientes) 296
Célebes (Sulawesi) 359
Censura 353
Centroafricana, Federación 424
Centroafricana, República 174
Centroamérica 169, 433, 435, 437, 447-448, 453
*véase también* Caribe
centroasiáticas, repúblicas 298-299
CEPAL (Comisión Económica para América Latina - de la ONU) 450
Cerebro y los ordenadores, el 78
Ceylán, *véase* Sri Lanka
Cézanne, Paul 142
Chad 167
Chadli, Benjadid 409
Chadwick, James 65-66
Chamberlain, Neville 187
Chand, Prem 394
Chandler, Raymond 118
Chang Tso-lin 239
Chatichai Choonhavan 373
Chandhuri, Nirad C. 395
Chávez, César 276
Chechenia y guerra civil 302, 303, 502
Checa, la (URSS) 201
Checoslovaquia 107
creación de 182
durante la segunda guerra mundial 187, 190, 209
y la reconstrucción de Europa 307, 314, 320
y la Unión Soviética 252, 257, 485
Chernenko, Konstantín 262, 292, 293
Chernobil, accidente de 89, 519
Chernomirdin, Víktor 299
Chiang Kai-shek 238, 241, 345-350, 364
chiítas, musulmanes 407
Chile 437
durante la segunda guerra mundial 448
economía e industrialización 111, 435, 437, 442, 445, 452
gobierno y política 437, 445, 450, 452, 454-455
y el imperialismo 433
y guerra fría/poscolonialismo 450, 452, 454, 455
y la primera guerra mundial y sus consecuencias 442, 444, 447
Chilembwe, John 417
China 31, 40, 157, 161, 341-357
agricultura y alimentación 242, 350, 356
demografía y urbanización 38, 51
durante la primera guerra mundial 234
durante la segunda guerra mundial 193, 237-238, 240-244, 325, 348-349
economía e industrialización 332, 338, 340, 344, 346, 350, 353, 355
formación de la República Popular 329
guerra civil/revolución 204, 345, 347, 349-350
principales dirigentes; *véase* Chiang Kai-shek; Deng Xiaoping; Mao Zedong
y Asia Meridional 382
y comunismo 204
y el futuro 526
y el imperialismo 162
y el sureste asiático 359, 362, 367, 375-376
y Estados Unidos 232-233, 336, 349, 351
y guerra fría/poscolonialismo 254, 330, 331, 332, 336, 350-357
y Hong Kong 355, 357, 510
y Japón 162-163, 228, 230, 233-245, 342, 346-349
y la cultura 120, 132, 136, 353
y la ONU 484
y la Revolución Cultural 352-354
y la Unión Soviética/Rusia 260-261, 287-288, 330, 345-346, 352, 354, 356
y los nacionalistas 236, 239, 240-242, 244-245, 325, 364
*véase también* Manchuria
Chipre 169, 172, 487
Chirac, Jacques 311
CHOGM (reuniones de los jefes de gobierno de la Commonwealth) 471, 474
Christie, Agatha 134
Christo (Christo Javacheff) 150
Chulalongkorn, rey de Tailandia 361
Chun Doo Hwan 337, 339
Churchill, sir Winston 189, 193, 254, 305, 318
Cibernética 78
Cien Flores, las 351, 353
ciencia y tecnología 27, 88-89, 503-504
artes visuales, las 139, 142-143
distinción entre 86
en China 353
y Asia Meridional 389-390
y el futuro 519-520
y el imperialismo 158-159
y Estados Unidos 214
y la cultura 118, 125-129
y la reconstrucción de Europa 305, 309-310
y la Unión Soviética/Rusia 262
*véase también* biología; ordenadores; conocimientos, la expansión de los; mecanización; física; electricidad y energía
Cimabue (Cenni di Peppi) 153
cine/películas 29
en América Latina 451
en China 353
en Estados Unidos 221, 237
en India 395
y el imperialismo 170
y la cultura 129-131, 132, 136
cingalés, pueblo 382
Cirenaica 189
Cisjordania 399, 409
ciudades, *véase* urbanización
Ci Xi, emperatriz viuda de China 341

clase media 34, 176, 185
en América Latina 434, 436, 438, 443, 449
en Asia Meridional 377, 392
en Asia Oriental 337
en Estados Unidos 272-273, 280
en la Unión Soviética/Rusia 301
*véase también* intereses de clase
clase obrera 34, 523-524
en Africa 426
en América Latina 434, 436, 443
en Estados Unidos 280, 281
en la Unión Soviética/Rusia 197, 199, 206
y las guerras mundiales 176, 186
*véase también* intereses de clase; sindicatos
clases gobernantes, *véase* elites
Clemenceau, Georges 183
Clemente, Francisco 151
Clinton, Bill 267, 282, 503, 511
coches, *véase* automóviles
cohetes 88, 288
Coleman, Ornette 134
*Collages* 144
Colectivización 206, 307, 351
Collor de Mello, Fernando 455
Colombia 435, 446, 452
Colonialismo, *véase* descolonización; imperialismo
Combustible 88-89
Comecon (Consejo de Ayuda Mutua Económica) 307-308
comercio, *véase* economía e industrialización
Cominform 309
Comité Central de la Unión Soviética 285, 287, 289, 299
Commonwealth 170, 171, 189, 319
Fondo para la Cooperación Técnica 475
Reuniones de Jefes de Gobierno 471, 475
*véase también* dominios e imperialismo bajo Gran Bretaña
comunicaciones, *véase* telecomunicaciones, transporte
Comunidad Europea del Carbón y el Acero (CECA) 312
comunismo/marxismo 96, 196, 261
colapso del 297, 337, 486
contra capitalismo, *véase* antagonismo ideológico
en África del Norte y el Oriente Próximo 370
en Asia Oriental 325, 329, 337, 344-352
en China 204, 325, 345, 347, 349-351
en el sureste asiático 358-375
en Europa 252, 257, 316
en la Unión Soviética/Rusia 181, 183, 196, 198-211
en los dominios británicos 472
Estados Unidos, miedo al 274, 514; *véase también* Vietnam, guerra de
y el marxismo-leninismo 259, 299
y la cultura 123, 124-125, 126
y la economía mundial 96, 99, 101, 108
y la gran crisis económica 186
y la producción alimentaria 50
y la religión 120
y la República de Weimar 184
*véase también* China; socialismo; Unión Soviética/Rusia
Conan Doyle, sir Arthur 118
Concorde (transporte aéreo) 89
Conferencia asiático-africana 258, 366-367
Conferencia de paz de París, *véase* Versalles
Conferencia de Washington, tratados de la 235, 237, 239, 463
Conferencia para la Reducción y la Limitación de Armamentos 481
Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE) 249, 258, 321
conferencias imperiales (imperio británico) 460, 463, 464
conflicto, *véase* clase; guerra fría; antagonismo ideológico; guerras
confucianismo 119, 342
Congo/Congo Belga (Zaire) 161, 165-166, 173, 417, 419, 430, 506
Congo Medio 167
Congreso Nacional Africano 431
conocimientos, la extensión de los 74-95
biotecnología 94-95
neurobiología 78
productos sintéticos 93
tecnología del transporte 86, 88-89, 92
*véase también* ordenadores; genética; medicina; ciencia y tecnología; telecomunicaciones
Conrad, Joseph 479
Consejo de Ministros de la Unión Soviética 286, 289-290
Consejo de Ayuda Económica Mutua 307-308
Consejo de Cooperación del Golfo 410
Consejo de Seguridad, *véase* Organización de las Naciones Unidas
constituciones
de América Latina 434, 440
de Asia 326, 380-381
de Estados Unidos 215, 269
de Europa 316-317
de la Unión Soviética/Rusia 207-208
*véase también* gobierno
constructivismo 140, 146, 152
consumismo 272
«contención», objetivo de 252
*véase también* guerra fría
contracultura 277
Convención Europea sobre los Derechos Humanos 493
Convenciones y acuerdos de Ginebra 367, 481, 492
Coolidge, Calvin 444
Cooperación Económica Asia-Pacífico 468-469
Copérnico, Nicolás 74, 518
Corporativismo 445

Córcega 321
Corea
durante la segunda guerra mundial 325, 469
emigración de 52
y el imperialismo 162
y guerra fría/poscolonialismo
y Japón, presencia continuada de 230, 235
*véase también* Corea, guerra de; Corea del Norte; Corea del Sur
Corea, guerra de 109, 253, 254, 274, 330-331
y la ONU 328, 350, 467, 485-486
Corea del Norte (República Democrática de Corea)
y guerra fría/poscolonialismo 327-329, 331, 333, 336
hambruna 511, 515
*véase también* Corea; Corea, guerra de
Corea del Sur (República de Corea)
economía e industrialización 109, 115, 337, 339-340
y el sureste asiático 376
y guerra fría/poscolonialismo 327-338
*véase también* Corea, guerra de
Costa de Marfil 167, 427
Costa de Oro, *véase* Ghana
Costa Rica 447, 450, 453
Craig-Martin, Michael 150
crecimiento, fatiga de 115
Creta 190
Crick, Francis 74, 79, 80, 81, 127
Crimea 211
crimen 299, 356, 523
crisis económica/recesión 213, 268, 311, 319, 337, 418, 454
*véase también* gran crisis económica
Cristianismo y los misioneros, el 33-34
e imperialismo y nacimiento del nacionalismo 159, 160-161, 166, 174
en África 414-415, 419-420
en África del Norte y en el Próximo Oriente 403, 405-406, 416
en Asia Meridional 394, 414
en China 341
en Estados Unidos 269, 273
y el fundamentalismo 122, 269
y el futuro 522
y la cultura 120
y los evangelistas 273
*véase también* catolicismo; religión
Croacia 182, 190, 512
*véase también* desintegración *bajo* Yugoslavia
cromodinámica cuántica 72
cromosomas, *véase* genética
Cruz Roja, el comité internacional de la 492
CSCE (Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa) 249, 258, 321
cuatro jinetes del Apocalipsis 500, 511-516
*véase también* guerras civiles; enfermedades; hambruna; genocidios; terrorismo
Cuba 160
durante la segunda guerra mundial 448
economía e industrialización 109, 435, 444, 446, 454
gobierno y política 445, 454
y el imperialismo 433
y guerra fría/poscolonialismo 454
crisis de los misiles 259, 289
cubismo 132, 137, 145
Cuéllar, Javier Pérez de 487
cultura «adjetiva» 117, 119-122, 136
cultura global, crecimiento de la 117-136, 205, 237, 288, 353, 470
diversidad 40-42; *véase también* problemas étnicos; racismo
*véase también* alta cultura; cultura media y *bajo* países y continentes individuales
cultura popular 133-134, 145
Curaçao 164
Curie, Marie y Pierre 29, 57
Curzon, lord George Nathaniel 158

Dadaísmo 30, 140, 149
Dahomey 167
Dahrendorf, Ralf 213, 500
Dale, Henry 77
Daniel, Yuly 290, 294
Darwin, Charles/darwinismo 32-33, 75, 76, 127
darwinismo social 33
Darwish, Mahmoud 412
Dawes, plan 185
*De Stijl* 140, 142, 146
Debs, Eugene V. 219
decadencia, miedo a la 33
Declaración de derecho marítimo (París) 477
Declaración Universal de los Derechos Humanos 491
defensa; *véase* guerras y defensa
Delaunay, Robert 142
Delbrück, Max 80
democracia/democratización
falta de, *véase* dictaduras
manifestación china a favor de la 354-355, 510
y América Latina 437, 442, 449-450, 452-453
y el futuro 522, 528
y el Sudeste asiático 365, 367-368, 373
y Estaos Unidos 215-216, 231
y Japón 235-236
*véase también* gobierno; política de partidos; sufragio
De Gasperi, Alcide 316
demografía 37-54
*véase también* población; urbanización
Deng Xiaoping 113, 352, 353, 510, 515
Denis, Maurice 142
Derain, André 145
derecha, movimientos de la 163, 186-187

en Estados Unidos 268-269, 282-283
*véase también* dictaduras; fascismo; nazis
derecho, *véase* derecho internacional
derecho internacional; *véase también* Sociedad de las Naciones; Naciones Unidas
derechos
de las mujeres 266, 274, 276
y Estados Unidos 52-53, 265-266, 268, 271, 274-275, 278-279
regreso de los soldados 227, 271
y la ONU 491-493
*véase también* minorías
Desai, Anita 395
descolonización/independencia 110, 258, 312
en África 166, 167-170, 171-172, 173-174, 427
en África del Norte y Próximo Oriente 172, 398
en América 212-213
en Asia 164-165, 171, 326, 359-365, 380-382
en el Caribe 167-168
en el Mediterráneo 172-173
en los dominios británicos 467, 469-470
*véase también* guerra fría; Commonwealth; imperialismo
desempleo 527
en Estados Unidos 223, 224, 268, 270, 273
fin del 226
y la economía mundial 104, 107, 112
y la gran crisis económica 100, 103, 105, 185
y la reconstrucción de Europa 311
desierto occidental 190
desigualdad 49-50, 268, 299
*véase también* pobreza
«desmagicación» 122-123
desreglamentación, *véase* privatización
detectivescos, relatos 118
*détente* 258, 261, 262, 321
Dewey, John 125-126
Diana, princesa de Gales 501
Díaz, Porfirio 438, 439
dictaduras/autocracias y regímenes autoritarios 100-101, 131, 522
en África 507-508
en América Latina 259-260, 444-446, 447-448, 451-452, 453-454
en Asia 374-375
en Europa 319
en la Unión Soviética/Rusia; *véase especialmente* Hitler; Mussolini
Diefenbaker, John George 471
Dien Bien Phu, derrota en 168, 366
Diesel, Rudolf 88
Dinamarca 160, 188, 313, 322
Dirac, Paul 61, 64, 65, 69
dirigentes principales 525
africanos, *véase* Mandela; Smuts
asiáticos, *véase* Chiang Kai-shek; Deng Xiaoping; Gandhi; Mao Zedong; Nehru
del Próximo Oriente, *véase* Hussein; Pahlevi
europeos, *véase* Gran Bretaña y Europa
latinoamericanos 101, 449-450, 452, 453
norteamericanos, *véase* Estados Unidos
rusos, *véase* Unión Soviética/Rusia
*véase también* elites y clases gobernantes
*dirigisme* 310
discriminación; *véase* racismo; derechos
disidentes soviéticos 290-291
divorcio 273, 280
Dobzhansky, Theodosius 75-76
Doesburg, Theo van 146
*Doi Moi*, doctrina 372
dominios británicos, Commonwealth 457-475
agricultura y alimentación 459, 464
economía e industrialización 105-106, 270, 460, 464, 470
gobierno y política 460, 471-472
y guerra fría/poscolonialismo 468-475
y la primera guerra mundial 460-463
y la segunda guerra mundial 463-468
*véase también* Australasia; Canadá; Sudáfrica
Douglas, Roger 470
drogas/fármacos
que causan adicción 136, 277, 346, 507, 516
terapéuticas 42, 83-84, 128
Duchamp, Marcel 144, 149
Dulles, John Foster 254
Duma 197-198
Dunkerque 189
Dvorak, Antonin 217
Dylan, Bob 276
Dyson, Freeman 70

economía e industrialización 27-28
alianzas, *véase* supranacionales, organismos
demografía y urbanización 47
durante el período de entreguerras 186
durante la primera guerra mundial 176, 179
e imperialismo y nacimiento del nacionalismo 159, 160, 166
globalización 96-116
mundo, crecimiento del 96-116
y el futuro 521, 527, 529
y la ONU 494-495
y la reconstrucción de Europa 305-306, 309-310, 312-313, 321-322
y los conocimientos, la expansión de 93-94
y recursos 186, 190, 192
*véase también* agricultura y alimentación; gran crisis económica; sindicatos, y *bajo países individuales*
economía autárquica 96-98, 106-107, 192
economía de mando 206
economía de mercado controlado 96-97

economía de libre mercado 50, 104-105, 110
*véase también* economía e industrialización *bajo* Gran Bretaña; Canadá; Europa; Japón; el sureste asiático; Estados Unidos
*véase también* economías planificadas
economías de países recién industrializados (ERI) 339
economías planificadas 50, 104-105, 110
*véase también* economía e industrialización *bajo* Europa Central y Oriental; China; Unión Soviética/Rusia
ecosistemas y aumento de la población 38
Ecuador 445
Eden, sir Anthony 469
edificios, *véase* arquitectura
Edison, Thomas 214
educación
en África 419, 427
en América Latina 442
en China 342, 353
en Japón 326
en Estados Unidos 271, 273, 275, 277, 278
en la Unión Soviética/Rusia 284, 291
en los dominios británicos 471
y Asia Meridional 379, 380, 388, 390, 391
y el arte 138
y el futuro 527
y el imperialismo 165, 174
y el Sudeste asiático 359-360
y la reconstrucción de Europa 305
Egipto 487
durante la segunda guerra mundial 189-190
e imperialismo y nacimiento del nacionalismo 398, 399
y guerra con Israel 260
y guerra fría/poscolonialismo 399-409
y la cultura 121, 134, 411
Einstein, Albert 29, 59, 62, 63, 67, 71, 127
Eisenhower, Dwight D. 218, 253, 265, 273
Eisenstein, Sergei 130, 205
Eje, potencias del (Alemania, Italia y luego también Japón) 186-187
El Salvador 448
elecciones, *véase* política de partidos; sufragio
electricidad y energía 27, 29, 87, 214
nuclear 89, 95, 226, 519
*véase también* petróleo
electrodinámica 58
electromagnética 90
electrónica 29, 90-91
electrodébil, teoría 72
eliminación de pueblos, *véase* matanzas
elites y clases gobernantes 32-33, 177, 527
en África 419, 423, 425, 428
en África del Norte y Próximo Oriente 410
en América Latina 434, 436, 438, 440, 441, 445, 449
en Asia Meridional 379-380, 391
en China 350, 353
en el Sudeste asiático 359
en Estados Unidos 213
en la Unión Soviética/Rusia 196-197
en los dominios británicos 459
*véase también* líderes
Emerson, Ralph 504
emigración/inmigración 28, 33
actitudes 51
y África del Norte y Próximo Oriente 400
y Asia Meridional 195
y demografía y urbanización 44
y el imperialismo 162-163
y el Sudeste asiático 359
y Estados Unidos 217, 219, 237, 268, 274
y la reconstrucción de Europa 311, 321-322
y los dominios británicos 460, 471
*véase también* migración
Emiratos Árabes Unidos 400
empirismo «radical» 125
empleo
campos de trabajo, *véase* trabajos forzados
escasez de 50
*véase también* desempleo; sindicatos
enajenación 123
energía, *véase* electricidad y energía
enfermedades 511, 515-516
control de las, *véase* medicina
en África 415, 516
nuevas 42
Sida 42, 84, 511, 516
vacunas contra las 84
y la genética 75, 80, 82-85
y los gérmenes y microorganismos 42, 79-80, 84
Enrile, Juan Ponce 373
entreguerras, período de 183-188
en África del Norte y Próximo Oriente 402-404
en América Latina 444-445
en Asia 163, 186, 234, 381
en Estados Unidos 184, 215, 218, 221-227, 234, 270-274
en Europa 175-179, 182-190, 203-204, 208-211, 234
en Gran Bretaña y su imperio 183, 185-187, 234, 463-468
en la Unión Soviética/Rusia 183, 185-187, 203-207, 208-211
y la economía mundial 99, 101-107
*véase también* gran crisis económica
epidemias 42, 43, 128
Eritrea 163
Esclavitud 52, 213, 416, 435
Escocia 321
Escandinavia 146
durante la segunda guerra mundial 188, 209
economía e industrialización 102, 107, 270

superpotencias, el enfrentamiento entre las 263
y la primera guerra mundial y sus consecuencias 201, 203
y la reconstrucción de Europa 309, 313, 314, 322
*véase también* Finlandia; Suecia
escultura/gravado 132, 147-148
Eslovaquia 314
Eslovenos 182, 314
Espacio 518
Satélites 131, 256, 288
España
guerra civil 34, 187, 319, 448
economía e industrialización 100
e imperialismo y el nacimiento del nacionalismo 160, 360, 433
y la reconstrucción de Europa 308, 313, 319-320
durante la segunda guerra mundial 209
y Estados Unidos, la guerra de 1898 175, 217, 231, 360
estado, *véase* gobierno; nacionalismo
*Estado Novo* 173
Estados Unidos 27, 30
agricultura y alimentación 215, 219, 222, 225, 276-277
artes visuales, los Estados Unidos 139-140, 145-146, 150
de 1900 a 1945 212-227
demografía y urbanización 46, 52
desde 1945 265-283
dirigentes principales, *véase* Clinton; Eisenhower; Johnson; Kennedy, John; MacArthur; Nixon; Reagan; Roosevelt; Truman; Wilson, Woodrow
durante el período de entreguerras 184, 215, 221-227, 234
durante la primera guerra mundial 181
entrada en la 184, 218-219, 233-234
durante la segunda guerra mundial 193-194, 227, 242-245, 270-272
armas nucleares 68, 243, 362, 511, 519
Pearl Harbor 192, 226, 361, 466
e imperialismo y el nacimiento del nacionalismo 160, 165, 171, 359
*véase también* Filipinas
economía e industrialización
de 1900 a 1945 213-214, 217-218, 219-220, 221, 227
desde 1945 265, 267-268, 270, 278
global 96-113, 115
NAFTA 455, 469, 503, 521
en Asia Oriental 325, 327, 330, 335-336
*véase también* Corea, guerra de
en los últimos años del siglo XX 503, 511, 513-514, 516
gobierno y política 213, 215, 216-217, 219-220, 223-224, 226, 227, 266, 275, 281-283
guerra civil 121, 213
y África del Norte y Próximo Oriente 397, 398-399
*véase también* Golfo, guerra del
y América Latina 437-438, 439, 441, 443, 446, 448-451, 452, 454
y Asia Meridional 381, 394-395
y Canadá 217, 469, 503
y China 232, 336, 349, 351, 353
y comunismo, miedo al 274, 514
*véase también* Vietnam, guerra de
y conocimientos, la expansión de los 74-77
y el futuro 523, 527
y el Sudeste asiático 326, 362, 365, 367-369, 376
*véase también* Vietnam, guerra de
y el terrorismo 511, 514
y España, guerra de 1898 175
y Gran Bretaña 217, 306
y guerra fría/poscolonialismo 265-283
enfrentamiento de las superpotencias 249-264
y Japón, la presencia constante de 232, 236-237, 242, 244
y la cultura 121, 125-126, 130-131, 133, 135-136, 217-218, 470
y la inmigración 217, 219, 237, 269, 273, 276, 278
y la ONU 482-490
y la reconstrucción de Europa 307-308, 311-312, 315-316, 317, 319, 321-322
y la revolución 212
y la Sociedad de las Naciones 480
y los derechos civiles, *véase* derechos
y los dominios británicos 458, 463, 467, 469
y México 455, 503
estanflación 268
estilo internacional en arquitectura 142, 144, 148, 151-153
Estonia 298
Estrada Cabrera, Manuel 438
Estudiantes por una Sociedad Democrática (SDS - en Estados Unidos) 276, 279
Etiopía 163, 415
eurocentrismo, *véase* Europa; primera guerra mundial; imperialismo; segunda guerra mundial
Europa 28, 30, 32-36
artes visuales, las 139-152
CEE y UE 109, 114, 116
demografía y urbanización 39, 40, 46, 51-52
dirigentes principales, *véase* Churchill; de Gaulle; Hitler; Kohl Macmillan; Mussolini; Thatcher
e imperialismo y nacimiento del nacionalismo 413-418
*véase también* países y continentes individuales
economía e industrialización 101, 102, 107, 109, 112, 114
economía e industrialización 96, 98-112, 114
en los últimos años del siglo XX 501-502, 521

gobierno y política 315-316, 318-319
guerras mundiales, *véase* primera guerra mundial; segunda guerra mundial en Europa Central y Oriental
Oriental, *véase* Europa Central y Oriental
países principales; *véase* Bélgica; Gran Bretaña; Francia; Alemania; Italia; Portugal; Escandinavia; España
reconstrucción de 305-322
y África del Norte y Próximo Oriente 397-400, 408-411
y el Sudeste asiático 376
y emigración a Estados Unidos 217
y Japón, presencia continuada de 230, 234
y la cultura 122-133
y la ONU 483, 484-485
y los conocimientos, la expansión de 74-93
*véase también* CEE/CE; UE; eurocentrismo
Europa Central y Oriental
demografía y urbanización 41
durante el período de entreguerras 183, 187, 189-190
durante la primera guerra mundial 180, 182-183, 197-198
durante la segunda guerra mundial 189, 190, 208, 210, 211
economía e industrialización 101, 102, 107, 109, 112, 114
en los últimos años del siglo XX 502
Pacto de Varsovia 257, 263, 308, 321, 485
países principales; *véase* Austria, Balcanes, Bulgaria, Checoslovaquia, Alemania Oriental; Hungría; Polonia
y la cultura 134-136
y la reconstrucción de Europa 171, 305, 306-307, 308, 313-316, 321-322
y la Unión Soviética 252, 256-257, 261, 262-263, 287, 298, 314, 485, 486, 488
Europa Oriental, *véase* Europa Central y Oriental
Evatt, Herbert Vere 467
evolución, teoría de la 32-33, 74, 75, 127, 157
excepcionalismo 318
exclusión, sentimiento de 522-523
existencialismo 124, 147
expresionismo 133, 140, 146, 149
Exter, Alexandra 152
exterminación de pueblos, *véase* matanzas
extinción, riesgo de 519
*véase también* armas nucleares

Fascismo 100, 163, 185
en América Latina 447
*véase también* dictaduras; Hitler, Mussolini; nazis
Faulkner, William 118
Fautrier, Jean 147
Fauvismo 140
Federación Rusa 296, 302, 303
Federalismo 295, 300
*véase también* supranacionales, organismos
Fellini, Federico 129
Fermi, Enrico 66, 67, 70, 72
Ferrocarriles 28
en China 238, 350
e imperialismo y el nacimiento del nacionalismo 159, 160, 165
en Asia Meridional 377
en la Unión Soviética/Rusia 28, 160, 196
en Estados Unidos 213
fertilizantes a base de nitrógeno 87, 93
Feynman, Richard 69
Fidji, islas 169
Filipinas 509
durante la segunda guerra mundial 325-326, 361, 362
e imperialismo y nacimiento del nacionalismo 160, 162, 217, 360
economía e industrialización 335
emigración, la 276-277
y guerra fría/poscolonialismo 331, 335, 359, 362, 365, 370, 373, 375
filosofía 122-126
finanzas y mercados financieros 99-100, 519-520
ahorros 105, 270, 271, 331
e impuestos 165, 226
en América Latina 436-437, 443, 450-451
en Asia Meridional 378
en Asia Oriental 331
en Estados Unidos 105, 222, 270, 272
en la Unión Soviética/Rusia 301-302
en los últimos años del siglo XX 500, 508-509
y el Banco Mundial y el FMI 108, 113, 115, 407, 430, 489, 530
y la ONU 489, 495
*véase también* economía; inflación
Finlandia 201, 203, 309, 314
guerra con la Unión Soviética/Rusia 188, 209
Fischer, Emil O. 79
Fisher, R. A. 76
Física 29, 55-73, 127-128
cromodinámica cuántica 72
mecánica cuántica 58-61, 64
radiactividad 57-58
rayos cósmicos 66, 68
relatividad 61-66, 67, 69-70
simetrías 71-72
teoría cuántica de los campos 65, 69-70, 72
*véase también* energía nuclear; armas nucleares
física atómica, *véase* física
física nuclear, *véase* física
Fitzgerald, F. Scott 221

Fleming, Alexander 83
flexibilidad 527-528
FMI, *véase* Fondo Monetario Internacional
Fondo Monetario Internacional 108, 113, 115, 407, 489, 530
Fondo para la Cooperación Técnica de la Commonwealth (CFTC) 304
*force publique* 166
Ford, Gerald 267, 281
Ford, Henry; y los automóviles 30, 214, 221, 237, 451
formación, *véase* educación
Foster, Michael 77
Fotorrealismo 141
FRA (Foro regional de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático) 376
Francia 34, 501
  y guerra fría/poscolonialismo 364, 366
  y el comunismo 257
  demografía y urbanización 52
  economía e industrialización 100, 101, 102, 106-107
  durante la primera guerra mundial 178-182; causas de la guerra
  e imperialismo y nacimiento del nacionalismo 162, 165, 167-169, 173, 311, 359, 413, 419, 421
  *véase también* África; Indochina
  durante el período de entreguerras 183-188, 234
  y Japón, presencia continuada de 231
  y África del Norte y Próximo Oriente 397-400, 407-408; *véase también* Golfo, guerra del
  y las armas nucleares 511
  durante la segunda guerra mundial 187, 189, 192, 209, 361
  y el Sudeste asiático 310, 312, 316-317, 321
  y la Unión Soviética/Rusia 204
  y la ONU 483-484
  artes visuales, las 138-145, 149-150, 151-152
Franco, Francisco 100, 319, 448
Francisco Ferdinando, archiduque de Austria 178
Francisco José, emperador de Austria 182
French, J. Bruce 69
Freud, Lucien 141
Freud, Sigmund 124, 128
Friedan, Betty 276
Friedman, Milton 112
Frisch, Otto 66
Fujimori (presidente de Perú) 455
Fundamentalismo 121, 269, 504, 506, 522, 525, 331
Futuro 518-532
Futurismo 30

G7, países del 468
Gabo, Naum 152
Gabón 167, 427
Gagarin, Yuri 288
Gaidar, Yegor 299
Galbraith, John Kenneth 272
Gales, país de 321
Galileo, Galileo Galilei, *llamado* 62
Galitzia 198
Gallagher, Jack 467
Gama, Vasco da 172
Gambia 169
Gandhi, Indira 121, 384, 391, 508
Gandhi, Mahandas Karamchand (el Mahatma) 380
Gandhi, Rajiv 384, 508
García Márquez, Gabriel 133
Garrod, Archibald 80
GATT (Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio) se convierte en OMC (Organización Mundial del Comercio) 108-109, 489
*gauge*, simetrías de 71
Gauguin, Paul 132, 142, 145
Gaulle, Charles de 168, 169, 316, 319, 399, 501
Gaza, franja de 399, 409
Gellner, Ernest 531
género
  desequilibrio numérico 41, 391
  y cambio de papeles 41
  *véase también* mujeres
genética 74-76, 78-84
  charlatana, desacreditada 126
  y las enfermedades 75, 80, 81-85
  terapia genética 86, 94
  ingeniería genética 94
genocidio, *véase* matanzas
Georgia (república rusa) 295, 298
Gerasimov, Gennady 249
Gérmenes 42, 79-80, 84
*Gesamtkunstwerk* 141
Ghana (Costa de Oro) 169, 172, 417, 427
Giacometti, Alberto 143
Gibraltar 169
Gilbert & George (Gilbert Proesch & George Passmore) 150
Gissing, George 133
*Glasnost* 262, 294, 320
Globalización 96-116
  y el futuro 518-526
  *véase también* cultura; conocimientos, la expansión de los; modernización; Naciones Unidas y *entradas que empiezan con* internacional
Goa 172
gobernantes hereditarios 35
gobierno y política 500-501
  en África 430-431
  en África del Norte y Próximo Oriente 404, 408-409
  en América Latina 433-456
  en Asia Meridional 379, 393-394
  en Asia Oriental 329, 330-331, 344-346
  en China 343-345

en el Sudeste asiático 361-362, 365, 373, 375
en Estados Unidos 212-213, 215, 216, 217, 219, 222-224, 226, 227, 275, 282-283
en Europa 315-316, 319
en la Unión Soviética/Rusia 294-295, 297-298, 303
en los dominios británicos 460-461, 473
y el control extremo, *véase* dictaduras (UniónSoviética/Rusia)
y el futuro 522, 528
y enfrentamiento entre potencias 250-251; *véase también* guerra fría
y la economía mundial 100
*véase también* comunismo; constituciones; democracia; dictaduras dirigentes; política de partidos
Gogh, Vincent van 142
Goldman, Ronald 504
Golfo, estados del 264
*véase también* Irán; Iraq; Kuwait
Golfo, guerra del 264, 282, 407-411, 486, 488, 505
golpes de estado
en África del Norte y el Próximo Oriente 403, 404, 408
en América Latina 444
en el sureste asiático 364, 369, 373-374
Gómez, Juan Vicente 438, 445
González, Felipe 298
Gorbachov, Mijáil 292, 293-295, 296, 297, 298, 301
*perestroika* y *glasnost*, conceptos de la 262, 293-294, 320
se convierte en secretario general 113, 262-263, 293
y China 354, 356
y la cumbre de Malta 249
y la modificación de la política soviética 487
Graham, Billy 273
Gran Bretaña
artes visuales, las 139-140, 145-152
demografía y urbanización 47, 52
durante la segunda guerra mundial: 67, 187, 189, 192, 193, 209, 242
durante la segunda guerra mundial 67, 187, 189, 192, 193, 209, 242
e imperialismo y nacimiento del nacionalismo 157, 158, 165, 167, 169, 174, 185
economía e industrialización 99-114, 270
en los últimos años del siglo XX 500-501, 517
principales dirigentes; *véase* Churchill; Macmillan; Thatcher
y África del Norte y Próximo Oriente 398, 400, 408
y América Latina 435, 441, 446, 451
y conocimientos, la expansión de los 74-94
y el índice de calidad de vida 390
y el Sudeste asiático 192, 359, 362, 364
y Estados Unidos 217, 306, 315
y guerra fría/poscolonialismo 251, 252, 262, 362, 364
y Japón, presencia constante de 231, 235, 242-243
y la cultura 125, 132, 133-134, 135
y la ONU 483
y la primera guerra mundial 175, 177, 181-182
y la reconstrucción de Europa 305, 306, 310-311, 313, 315, 317, 319, 321
y la Unión Soviética/Rusia 203-204
gran crisis económica, la 100, 103, 105, 185
y África del Norte y Próximo Oriente 402
y América Latina 246-247
y Asia Meridional 380
y Estados Unidos 215, 222, 227, 270, 272-273
y los dominios británicos 465
Gran Salto Adelante, el 351
Gran Sociedad, la 266
grabado/escultura 132, 147-148
gravedad, teoría de la 63
Grecia 252
y la reconstrucción de Europa 308, 313, 314, 319
y las guerras mundiales 177, 189-190
Grey, sir Edward 157
Griffith, D. W. 130
Gromiko, Andréi 290, 292
Gropius, Walter 144, 145
Grupo de los Treinta 530
Grupo Cobra 147
grupos primarios nuevos 51
Guadalupe 167
Guam 160
Guatemala 433, 435, 448, 450, 453
guerra fría (1945-1980) y el período poscolonial
el fin de la 297, 487
superpotencias, el enfrentamiento entre las 249-264
y la economía mundial 107-116
y la reconstrucción de Europa
*véase también* descolonización *y bajo países y continentes individuales*
Guerra de Invierno (Finlandia y la Unión Soviética) 188
guerras y defensa 31-32, 36
árabe-israelí 260, 399, 402, 404, 405, 505
bóer (Sudáfrica) 159, 417, 462
de 1898 entre España y Estados Unidos 175, 217, 231, 360
e imperialismo y el nacimiento del nacionalismo 158, 163, 174
en África 261, 399-400, 414, 507-508
en Asia Oriental, *véase* Corea, guerra de; guerra ruso-japonesa
en Bosnia 264
en el Golfo 264, 408-410
en el Sudeste asiático, *véase* Vietnam, guerra de

en Finlandia y la Unión Soviética 188, 209
en India y Pakistán 381-382, 508
en Indochina 167, 367, 371
*véase también* Vietnam, guerra de
en Irán-Iraq 407
en Japón, *véase* ruso-japonesa, guerra
en la Unión Soviética/Rusia 188, 210, 302, 303, 502
*véase también* ruso-japonesa, guerra
en las Malvinas 319
en los Balcanes 178
israelí-árabe 260, 299, 402, 404, 405, 505
pérdidas 39
y el tribunal para crímenes de guerra 490-491, 493, 513, 530
y la mecanización 89, 122, 129
y reparación/indemnizaciones 184, 334
*véase también* guerras civiles; primera guerra mundial; matanzas; segunda guerra mundial; armas
guerras civiles
en Chechenia 302, 303
en China 347, 349-359
en Colombia 452
en España 34, 187, 209, 319, 448
en Líbano 405, 487
en México 443
en Pakistán 382
en Rusia 202
en Sri Lanka 382
norteamericana 213
*véase también* desintegración *bajo* Yugoslavia
Guevara, Ernesto «Che» 454
Guillermo II, emperador de Alemania y rey de Prusia 176
Guinea 168, 173, 427
Guinea española 160
Guinea portuguesa 172
Gulag 207
Gurión, David Ben 404
Guston, Philip 141
Guyana Británica 169
Guyana francesa 167

Haacke, Hans 150
Haber, Fritz 87, 93
Habsburgos, *véase* Austro-Hungría
Haya de la Torre, Víctor Raúl 442
Haya, Conferencia de Paz de La 36, 479
Hahn, Otto 66
Haití 486, 488
Haldane, J. B. 76
hambrunas 39, 206-207, 352, 387, 511-512, 514-516
Hamilton, Alexander 226
Hamilton, Richard 150
Hammarskjöld, Dag 486
Hammett, Dashiel 118
Handy, Charles 527
*Happenings* 141
pintura de cantos duros 150
Harrington, Michael 272
Hatta, Tsutomu 363
Hegel, Georg Wilhelm 524
hegemonía, *véase* superpotencias
Heidegger, Martin 125
Heisenberg, Werner 60
Helms, Jesse 503
Helsinki, Acta Final 258, 485
Herelle, Felix d' 79
Herrero, revuelta de 161
Hernández, Maximiliano 448
Hertz, Heinrich 86-87
Hertzog, J. R. M. 462, 465
Herzl, Theodore 35
Hesse, Eva 152
Heydrich, Reinhard 190
Hideki Yukawa 66, 68, 70, 72
hidrógeno, bomba de 253, 519
Hilton, Roger 147
Hindenburg, Paul von 180
hinduismo 121, 380, 381, 386, 391, 394, 509
hiperinflación 102
Hirohito, emperador de Japón 236, 244
Hiroshima 68, 244, 519
hispanoamericanos en Estados Unidos 269
Hitler, Adolf 106, 130, 186-194, 208, 509
*véase también* nazis
Ho Chi Minh 364, 367
Hobson, John A. 159
Hodge, John 327
Hohenzollern, monarquía 182
Holanda 74
artes visuales, las 140-141, 142, 145, 147
durante la segunda guerra mundial 189, 192
e imperialismo y nacimiento del nacionalismo 162, 164, 312, 359
y guerra fría/poscolonialismo 363
y Japón, presencia continuada de 242-243
y la reconstrucción de Europa 312-313
holocausto 192, 466
homosexualidad 276
Honduras 169
Hong Kong 169, 466
economía e industrialización 115, 337-338, 339-340
reunificación con China 355, 357, 510-511
y el índice de la calidad de la vida 390
Hoover, Herbert 220, 223
Hopfield, John 78
hormonas 85
Hourani, Albert 506
Hubel, David 77
Huerta, Victoriano 440
Hungría 134, 502
demografía 41
economía e industrialización 101, 113
y la guerra fría 263
y la reconstrucción de Europa 307, 314, 320

y la Unión Soviética/Rusia 287, 485
y las guerras mundiales 182, 190
Huntington, Samuel 521
Hussein, Saddam 407, 409, 505

Ibáñez, Carlos 445
Idris, Yusuf 411
Ikeda Hayato 334
imágenes, corrientes 137
imperialismo y nacimiento del nacionalismo 31, 36, 99, 157-174
y el derecho internacional 477
*véase también* descolonización y países y continentes individuales
imperios, *véase* imperialismo
impresionismo 137, 142, 145
impuestos 165, 226
incertidumbre, principio de la 127
independencia, *véase* descolonización
India 31, 36, 508
artes visuales, las 149
demografía y urbanización 43
dirigentes principales, *véase* Gandhi, Nehru
durante la segunda guerra mundial 326, 381
e imperialismo y nacimiento del nacionalismo 121, 170, 172, 378-383, 394-395
economía e industrialización 96, 99, 100, 109-110, 378
y el sureste asiático 359
y guerra fría/poscolonialismo 330, 382-396
y la cultura 120, 126, 129, 133
y las guerras con Pakistán 382, 508
Indias Occidentales, *véase* Caribe
Indias Orientales, *véase* Indonesia
indígenas, pueblos 433, 459
Indochina 242
durante la segunda guerra mundial 326, 359, 362
e imperialismo y nacimiento del nacionalismo 167, 168, 359
guerras en 167, 366, 370-372; *véase también* guerra de Vietnam
países de, *véase* Camboya; Laos; Vietnam
y guerra fría/poscolonialismo 363-364, 371-372, 469
Indonesia (antes Indias Occidentales holandesas) 509
durante la segunda guerra mundial 325, 358, 361
e imperialismo y nacimiento del nacionalismo 160, 164-165, 359, 361
economía e industrialización 109, 115, 335
y guerra fría/poscolonialismo 358, 362-370, 372
y Japón, presencia continuada de 242
y la cultura 135
y la ONU 485
industrialización, *véase* economía e industrialización
industrialización para la sustitución de importaciones (ISI) 441, 452, 453
infinidades 69
inflación 102
en América Latina 442, 449
en China 349
en Estados Unidos 267-268, 270
en Europa 311
en la Unión Soviética/Rusia 298
ingeniería y el arte, la 139
ingresos per cápita 96, 270
inmigración, *véase* emigración/inmigración
*installation art* 141
intereses y conflictos de clase 32, 33-35
en África 420, 423, 424, 425, 427
en América Latina 434-435, 436, 438, 443, 448, 449
en China 236
en Estados Unidos 215, 267, 268, 272-273, 280, 281-282
en la reconstrucción de Europa 305
en la Unión Soviética/Rusia *véase* revolución en Unión Soviética
y el futuro 523-524
y la cultura 123
y las guerras mundiales 177, 186
*véase también* elite y clases gobernantes; clase media; clase obrera
Internet 93
Irán (Persia) 121, 136, 261, 356, 506
guerra con Iraq, la 407, 485
sha de Irán, véase Pahlevi
y el imperialismo 398
y guerra fría/poscolonialismo 402-408, 485
Iraq
guerra con Irán, la 407, 485
y el imperialismo 398
y guerra fría/poscolonialismo 356, 402-408, 485, 488
y la cultura 411-412
*véase también* Golfo, guerra del
Irlanda 36, 313, 321, 464
Estado Libre 184
Irian Jaya 365
Irigoyen, Hipólito 437, 444
Irracionalismo 122-125, 128, 132
Irredentismo 161, 167
ISI, *véase* industrialización para la sustitución de importaciones
Islam 261, 403
chiíta 407
en África 413, 414, 416
en Asia 361, 380, 381, 385-386, 394, 508
en los últimos años del siglo xx 505-506
sufismo 416
y el futuro 521
y la cultura 120-121
*véase también* África del Norte y Próximo Oriente
Israel 260, 397, 407, 410, 411
y el imperialismo 163, 171

y guerras con los árabes 260, 399, 401, 403, 405-406, 505
Italia 30
artes visuales, las 139
durante el período de entreguerras 186, 234
durante la primera guerra mundial 181, 186
durante la segunda guerra mundial 189
e imperialismo y nacimiento del nacionalismo 162, 163, 311
economía e industrialización 101, 102, 107
Estados Unidos, emigración a 218
invasión de Abisinia por 107, 186, 481
y África del Norte y Próximo Oriente 107, 186, 398, 481
y conocimientos, la expansión de los 94
y el comunismo 257
y la reconstrucción de Europa 310, 312, 316
y la Sociedad de las Naciones 481
izquierdistas, movimientos 275
*véase también* comunismo; socialismo

Jamaica 169, 172
James, William 125
Japón 31
agricultura y alimentación 326
artes visuales, las 147
demografía y urbanización 52
durante el período de entreguerras 163, 186
durante la primera guerra mundial 233-234
durante la segunda guerra mundial 192-193, 240-244, 326, 327, 361;
disculpas 511; armas atómicas usadas en su contra 68, 243, 251, 363, 511, 519; Pearl Harbor 192, 226, 361, 466
economía e industrialización; 331, 332, 334, 335, 337-338, 339
emergencia de 229, 233, 236, 237; finanzas 510-511, y la economía mundial 100, 103, 106-107, 109, 115
emergencia de (1900-1945) 228, 245
emperadores 236, 244
y África 416
y China 228, 230, 232-240, 342, 346-349
y conocimientos, la expasión de los 89
y el imperialismo 162-163, 165, 229-231, 234, 239-240
y el Sudeste asiático 335, 361, 362, 364, 370, 372, 376
y Estados Unidos 219, 267, 327, 339
y guerra fría/poscolonialismo 327, 330, 331-335, 339, 364-365, 370, 372
y la cultura 133
y la Sociedad de las Naciones 480
y la Unión Soviética/Rusia 231, 242, 327, 349
y las armas atómicas 68
y los dominios británicos 459, 463
y Rusia, guerra con; *véase* guerra ruso-china
Jatamí, Mohamed 506
Java 164, 359
Jayyusi, May 412
Jayyusi, Salma Khadra 412
Jazz 134, 221, 337
jemeres rojos 369, 372, 509
Jenner, William 83
«jet», motor 88
Jhabwala, Ruth Prawer 395
Jiang Qing 352-353
Jiang Zemin 357
Jiangxi, soviet de 347
jingoísmo, *véase* patriotismo
Jinnah, M. A. 381
Johns, Jasper 149
Johnson, Lyndon 266, 267, 269, 277-278, 279
Jomeini, ayatolá Ruhollah 406
Jordania 169, 398, 403-408
Jordan, Pascual 65
Joyce, James 30, 133
Jriuchov, Vladímir 296
Jruschov, Nikita 76, 126, 257, 259, 285-289
Judíos 163, 224
*véase también* antisemitismo
*Jugendstil* 139, 143
Jung, Carl 124
justicia
y los tribunales de crímenes de guerra 490-491, 493, 512, 530
*véase también* derecho internacional
juventud, cultura de la 135, 272, 274, 280, 354

Kabila, Laurent 507-508
Kazcynski, Theodore J. 504
Kaganovich, Lázar 286
Kahn, Louis 148
Kamal, Mustafa *véase* Atatürk
Kamal, Yasha 411
Kampuchea (Camboya) 369, 371
Kandinsky, Vasily 142
Kant, Immanuel 124
Katanga 159
Katyn, matanza del bosque de 188
Katz, Alex 141
Kaufmann, Walter 57
Kaunda, Kenneth 423, 425
Kavandame, Lázaro 425
Kazajstán 207, 298
Kellogg-Briand, pacto 481
Kennan, George F. 502
Kennedy, John F.
asesinato de 281, 369, 500, 514
comportamiento 503
y Cuba 259-260
y los derechos 266, 275, 277
Kennedy, Robert 281
Kenya 163, 169, 172, 413, 417, 425, 427
Kerensky, Alexandr 199, 200

Keynes, John Maynard/keynesianismo 98, 110, 112, 114, 310, 447
KGB 296
Khama el Grande 415
Kiau-Chao 161
Kiefer, Anselm 141
Kim Il Sung 515
King, Martin Luther, Jr. 275, 276, 281
Kipling, Rudyard 158, 461
Kirilenko 290
Kissinger, Henry 336
Klee, Paul 144
Klein, Yves 150
Koch, Joseph Anton 83
Koestler, Arthur 294
Kohl, Helmut 297-298, 321, 501
Kollwitz, Kathe 152
Komintern (Internacional Comunista) 345
Kooning, Willem de 143, 146
Kornilov (general ruso) 200, 201
Kossuth, Joseph 150
Kosiguin, Alexéi 290
Kounellis, Jannis 151
Krischanitz, Adolf 151
Krishnamurti 126
Kroll, Norman 69
Ku Klux Klan 219, 514
Kuomintang 344, 346, 349-350
Kurdos 409
Kursk, batalla de 194, 210
Kuwait 172, 398, 400, 403
  invasión por Iraq, *véase* Golfo, guerra del

Lamb, Willis 69
*land art* 149
Lange, David 470
Laos 358, 364, 367, 370, 376
Larga Marcha, la 348
Latinoamérica, *véase* América Latina
Lébed, Alexandr 303
Le Corbusier,Charles-Édouard Jeanneret, *llamado* 143, 145, 149
Lee Kuan Yew 370, 373
Leguía, Augusto Bernardino 445
Lenguaje 125
Lenin, Vladímir Ilich
  mitos con respecto a 123
  se hace con el poder 100
  y China 345
  y economía e industrialización 100, 105
  y el estalinismo 287
  y el imperialismo 159
  y establecimiento del poder soviético 201-204, 205
  y Europa 207
  *véase también* bolcheviques
Leningrado, cerco de 192, 210
León XIII, papa 34
Leopoldo II, rey de los belgas 165-166, 173
Letonia 298
Ley Fundamental (Alemania) 317
ley seca en Estados Unidos 216, 219, 221
Liang Quichao 342
Líbano 487
  guerra civil 405, 487
  y guerra fría/poscolonialismo 399, 401, 403, 405, 406
  y el imperialismo 167, 398
libertad
  carencia de 286, 291, 353; *véase también* dictaduras de la expresión hablada y escrita 286, 353; en la Unión Soviética/Rusia 289, 290, 294, 297
Libia
  durante la segunda guerra mundial 190
  e imperialismo y nacimiento del nacionalismo 159, 163, 397
  y guerra fría/poscolonialismo 398, 401, 403, 406
Lichtenstein, Roy 133
Liga de Estados Árabes 400-401
Lin Biao 352
Lincoln, Abraham 223
liquidación, *véase* matanzas
literatura 30
  en África del Norte y Próximo Oriente 412
  en Asia Meridional 394
  en Estados Unidos 217
  en la Unión Soviética/Rusia 288, 290, 294
  novelas 118, 133, 396
  poesía 118, 354, 394
  premios Nobel 133, 288-289
  teatro 133-134
Lituania 298
Litvinov, Maxim 209
Livingstone, David 415
Livo-Bacci, Massimo 44, 46
Locarno, tratado de 103, 185
Lomé, acuerdo de 312
Long, Richard 150
Longo, Robert 151
Lorentz, Hendrik Antoon 71
Luce, Henry 217
Ludendorff, Erich 180, 181
Luftwaffe 189
Lutyens, sir Edwin Landseer 174
Lugard, sir Frederick 170
Luxemburgo 313
Luxemburgo, Rosa 123, 159
Lysenko, Trofim D. 76, 126

Maastricht, tratado de 113, 313
Macartismo 274
Macao 172
MacArthur, Douglas 326, 327, 330, 362
MacDonald's 511
Machado (activista cubano) 445
Mackenzie King, William Lyon 464
Mackinder, Halford 521
Mackintosh, Charles Rennie 139
Macleod, Iain 172
Macmillan, sir Harold 171-172, 319, 471
McCarthy, Joseph 274

McCracken, P. 112
McLuhan, Marshall 130
McVeigh, Timothy 514
Madagascar 167, 415, 425
Maddison, Angus 97
Madero, Francisco 439
Magreb, Unión del 410
Mahathir Mohamad 373
Mahfouz, Naguib 411
Mahler, Gustav 217
maji-maji, revuelta de los 161
Malan, Daniel 470
Malawi (Nyasalandia) 169, 172, 417, 424, 427
Malaya/Malaysia 509
  e imperialismo y nacimiento del nacionalismo 159, 162, 172, 361
  economía e industrialización 115, 335
  y guerra fría/poscolonialismo 358, 363, 365-375, 469
Maldivas 382
Malenkov, Gueorguy 286
malestar, índice de 112
Malevich, Kasimir 142
Mallarmé, Stéphane 141-142
Malraux, André 137
Malta 169, 172, 249
Manchuria y Japón
  durante el período de entreguerras 235
  ocupación de 186
  y China 240, 346-347, 349
  y la economía mundial 107
  y la Unión Soviética/Rusia 196, 231, 327, 349
Mandela, Nelson 431, 472, 475
Manet, Édouard 145, 150
Mann, Thomas 133
Mao Zedong 288, 347, 350, 351, 370, 515
máquinas digitales 91-92
Mar del Norte, petróleo de 310-311
Marconi, Guglielmo 29, 86, 90
Marcos, Ferdinand 366, 373
Mariana, islas 161
Mariátegui, José Carlos 442
Marinetti, Filippo 30
Marruecos
  y guerra fría/poscolonialismo 399, 401, 403, 408, 410
  e imperialismo y nacimiento del nacionalismo 159, 160, 167
Marshall, George C. 218
  Plan Marshall 109, 252, 307-308, 310
Marshall, islas 161
Martin, Agnes 152
Martinica 167
Marx, Karl 27, 32
marxismo y marxismo-leninismo, *véase* comunismo
matanzas 499, 512
  en África 512-513
  en América Latina 447-448
  en Asia 349, 355, 509, 510
  en Europa 191, 512
  en la Unión Soviética/Rusia 207-208, 209, 211, 284, 370
  genocidio 191, 499, 513
  *véase también* guerras
matemáticas 60-61
Matisse, Henri 142
Mauritania 167
Mauricio 169
Maxwell, James Clerk 87
Mayakovski, Vladímir 205
mecánica cuántica 58-61
mecanización 27
  de la agricultura 47, 221, 388
  y las guerras 89, 122
  *véase también* ciencia y tecnología
  medioambiente/daños al medioambiente 276, 459
  y la cumbre de Río 530
medios de comunicación masiva 130
  *véase también* cine; literatura; radio; telecomunicaciones; televisión
Medicina 29, 39
  en Asia Meridional 387-388, 391
  en Estados Unidos 278
  falta de sistema de seguridad pública en Estados Unidos 268
  y conocimientos, la expansión de los 83-86, 94
  y cultura 128-129
  y demografía y urbanización 38, 42-42
  y el imperialismo 159, 165
  *véase también* África del Norte y Próximo Oriente
Mediterráneo 410, 483
  durante la segunda guerra mundial 189-190, 193
  e imperialismo y nacimiento del nacionalismo 168-169, 249
  *véase también* África del Norte y Próximo Oriente
meiji, emperadores 342
Meitner, Lise 66, 67
Mendel, Gregor/mendelismo 74, 76
Menem, Carlos Saúl 455
Mencheviques 196, 200
Menzies, Robert Gordon 471
Mercosur 453
México 220
  durante la segunda guerra mundial 445-446, 448
  economía e industrialización 113, 435, 436, 443, 445, 446
  NAFTA 455,469, 503, 521
  emigración 276
  gobierno y política 439-442, 444-446, 451-452, 453, 454, 455
  guerra civil en 443
  y el imperialismo 433
  y Estados Unidos 454, 469
  y guerra fría/poscolonialismo 452-453, 454-456
  y la primera guerra mundial y sus consecuencias 443

Meyerhold, Vsiévolod 205
Michels, Roberto 123
Microorganismos 42, 79, 84
Microprocesador 92
Mies van der Rohe, Ludwig 145-146
migración
de Europa del Este a Europa del Oeste 263, 320-321
de zonas rurales a zonas urbanas 45, 47, 226
y los refugiados 305, 399
*véase también* emigración/inmigración; urbanización
militares, *véase* golpes de estado; dictaduras; guerras; armas
Milošević, Slovodan 512
Milyukov, Pavel 200
minorías y los derechos de las 51-52, 53, 264, 267, 268, 276
en África del Norte y Próximo Oriente 409-410
en Asia Meridional 129, 382, 385, 387
miseria, índice de 112
misiles 92, 93, 254-255, 262
y la crisis cubana 259, 269, 289
misioneros, *véase* cristianismo
Mitchell, B. R. 97
mitos, irracionales 123
Mitterrand, François 297, 501
Mobutu, Sese Seko 507-508
modelo estándar en física 73
modernismo en el arte, el 132, 133, 139, 140-146, 150, 153
modernización/modernidad 28, 521
en África 413-414, 415, 423-424, 431
en Asia 353-354
en Estados Unidos 225-226
en los dominios británicos 472-473
*véase también* economía e industrialización; globalización; occidentalización
Molótov, Viacheslav 286
Mommsen, Theodor 479
Mondrian, Piet 30, 142, 146
Monnet, plan 310
Monroe, doctrina 220
Montenegro 177
Moore, Henry 143,147
Morgan, J. P. 218
Morgan, T. H./morganismo 75-77
Morris, William 145
mortalidad, índice de
crecimiento de la 414, 515-516
reducción de la 38, 129, 246, 410
*véase también* población
motor a vapor 22, 28, 86, 87
motor de combustión interna 214
Mozambique 421, 487
e imperialismo y nacimiento del nacionalismo 172, 173
y guerra fría/poscolonialismo 423-424, 427, 429, 430
Mugabe, Robert 429
mujeres
como artistas 151-152
como primeras ministras 391
en Gran Bretaña 112, 114, 262, 297, 311
en India 121, 384, 391, 508
derechos de las, los 266, 275, 276
en Japón 326
en las fuerzas armadas 210, 226
infravaloradas 390
la educación de las 388-389, 390
sufragio 184, 215
trabajadoras 42, 268-269, 270, 527
Muller, H. J. 75, 79
multiculturalismo 53
multinacionales 114
Munch, Edvard 142
Munich, acuerdo de 187
Murangira, Daudi Kabeya 424
Música 30, 117
artes visuales, las 144
comedia musical 134
en Asia Meridional 394-395
en Estados Unidos 217, 221, 237, 274, 276-277
rock and roll y popular 134-135, 277, 353, 395
Muṣaddaq, Muhammad 404
Mussolini, Benito 34, 100, 103, 123, 163, 186, 189, 194
Mustafa Kemal, *véase* Atatürk
musulmanes, *véase* árabes, islam
Myanmar, *véase* Birmania

Nacionalismo 35-36, 326, 446, 525, 528
y los dominios británicos 460-461
emergente, *véase* imperialismo y nacimiento del nacionalismo
y la reconstrucción de Europa 314, 321
*véase también* patriotismo
nacionalistas chinos 236, 238-239, 240, 241-242, 244-245, 325, 364
y Taiwán 330
nacionalistas sudafricanos 471
nacionalización 318, 350, 404, 453
Naciones Unidas, *véase* Organización de las Naciones Unidas
NAFTA (Acuerdo de Libre Comercio Norteamericano) 469, 503, 521
Nagasaki 68, 244, 362, 511, 519
Namibia, *véase* África del Sudoeste alemana
Narayan, R. K. 395
Nasser, Abdul 401
Naumann, Bruce 150
Nazarbáiev, Nursultán 298
nazarenos 141
nazis 100, 306
inicios 186, 223
pacto de no agresión nazi-soviético 188, 209, 211
y la cultura 125, 126, 130
y las artes visuales 142

*véase también* Hitler; segunda guerra mundial
Ne Win 374-375
Neddermeyer 66
Negros
en Estados Unidos 215, 219, 226, 266-267, 268, 275, 276, 504
en Sudáfrica 470-471, 473, 507
*véase también* racismo
Nehru, Motilal 380
Nehru, Pandit Jawaharlal 110, 380, 382, 385, 508
Neoclasicismo 137, 141, 142, 144
neoexpresionismo, Neodadaísmo, neoconceptual y neogeometrico 140
Nepal 382
Netanyahu, Binyamin 505
neurales, redes 78
neutralidad y aislacionismo
y China 352
y Europa 309
y la Unión Soviética/Rusia 285
y Estados Unidos 181, 213-214, 220, 226, 250
*New Deal* (Estados Unidos) 224, 225, 227
Newman, Barnett 146
Newton, sir Isaac 63
Ngo Dinh Diem 367, 368
Nguyen Van Linh 372
Nicaragua 448
Nicolás II, zar de Rusia 195, 198, 478
Nietzsche, Friedrich 122, 124
Níger 167
Nigeria 169, 427, 430
Nixon, Richard M. 260, 267, 269, 281, 336
Nkomo, Joshua 429
No (teatro japonés) 134
Nobel, premios 127, 133, 289, 509
nómadas 163
Noruega 188, 209
novelas 118, 133, 288, 290, 394
NPE, *véase* Nueva Política Económica
Nubia 415
Nueva Caledonia 167
Nueva Guinea 363, 365, 368, 463
Nueva Política Económica (Unión Soviética) (NEP) 105
Nuevas Hébridas 167, 460
nuevo realismo en el arte 150
Nueva Zelanda, *véase* Australasia
Nyasalandia (Malawi) 169, 172, 417, 424, 427
Nyerere, Julius 428

obras públicas en Estados Unidos 225
occidentalización 119-120, 393-394
*véase también* imperialismo
Oceanía 46, 132
océano Índico 169, 189
ocio 527
Odría, Manuel 452
OEA (Organización de Estados Americanos) 451
OIT (Organización Internacional del Trabajo) 481
Oldenburg, Claes 133
oligarquías, *véase* elites
olimpiadas 339
OLP (Organización para la Liberación de Palestina) 401, 405, 505
OMC (Organización Mundial del Comercio), *véase* GATT
ONU, *véase* Organización de las Naciones Unidas
*op art* 140
opio, tráfico de 346
Oppenheimer, J. Robert 65, 68, 69
ordenadores 86, 91-92, 309, 519
y el cerebro 78
y las artes visuales 137, 142
organismos internacionales, *véase* supranacionales, organismos
Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE) 111
el mundo como 526
Organización de Estados Americanos (OEA) 451
Organización Mundial del Comercio (OMC), *véase* GATT
Organización Mundial de la Salud (OMS) 38-39, 84
Organización de las Naciones Unidas (ONU) 482-495
Asamblea General 482, 483, 491, 492
carta de la 482, 483, 484, 490, 491
Comisión de Ayuda y Rehabilitación (UNRRA) 306
Comisión Económica para América Latina (CEPAL) 450
Consejo de Seguridad 319, 329, 482-483, 484, 486, 488, 493
creada 245, 482
durante la segunda guerra mundial 490-491
en los últimos años del siglo xx 486-490, 502-503
fuerza autorizada por la 484-486
fuerza de emergencia (UNEF) 469
medioambiente, cumbre en Río sobre el 530
precursores de la, los 476-482
programa de desarrollo (UNDP) 473
Río, cumbre en 530
sistema de tutela 467
*véase también* OTAN, Varsovia, Pacto de
*véase también* Sociedad de las Naciones
y el derecho internacional 476-495
y guerra fría/poscolonialismo 484-487
y la fijación de normas 493
y la guerra de Corea 328, 350, 485-486
y la pacificación 486, 488-489, 502
y las alianzas regionales 485
y los derechos 490, 493

y los tribunales para crímenes de guerra 490, 492, 493
*véase también* GATT y países y continentes individuales
Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) *véase* OTAN
Organización del Tratado del Sudeste Asiático 367
Organización de Unidad Africana (OUA) 428
Organización de la Unidad Afroamericana 276
organizaciones obreras, *véase* sindicatos
orientalismo 145
oro, patrón de 99, 102-103, 104, 106, 110
Orwell, George 294
Oslo, acuerdos de 409
*Ostpolitik* 318
OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte) 298, 468, 485, 486, 521
en los últimos años del siglo XX 502, 512
superpotencias, enfrentamiento de las 250, 253, 254, 263
y la reconstrucción de Europa 308, 313-321
Otto, Nikolaus 88
otomano, imperio, *véase* Turquía y el imperio otomano
OUA (Organización de la Unidad Africana) 428
Oud, Jacobus Johann Pieter 145
Oz, Amos 411

Pacífico, *véase* Oceanía
Pahlevi, dinastía 121
Muhammad Reza Sha 261, 398, 402, 404, 406
Reza Khan 398
«país menos favorecido», condición de 374
países no alineados, movimiento 258, 366, 381, 427-428
Pakistán 121, 171
guerra civil en 381
partición de 121, 382
y guerra fría/poscolonialismo 382-396
y guerras con India 382, 508
Paladino, Mimmo 151
Palestina y palestinos
e imperialismo y nacimiento del nacionalismo 163, 169, 398
y guerra fría/poscolonialismo 398, 401, 405-406, 409
y la OLP 401, 405, 505
Panamá, canal de 217
panasiatismo de Japón, el 240, 243
Paolozzi, Eduardo 150
papado y el Vaticano, el 34
Papúa Nueva Guinea, *véase* Nueva Guinea
Paracel, islas 375
Paraguay 452
Pareto, Vilfredo 123
París, cumbre de, *véase* CSCE
Park Chung Hee 334, 337
Parks, Rosa 275
Parsons, Charles 88
partículas elementales, modelo estándar de las 70
Partido obrero alemán nacionalsocialista, *véase* nazis
Pasternak, Boris 288
Pasteur, Louis 83
patriotismo 35, 210
jingoísmo 219
Pauli, Wolfgang 60, 65, 66
Pávlov, Valentín 296
Pearl Harbor 192, 226, 361, 466
Pearson, Lester 469
Peirce, C. S. 125
*Perestroika* 262, 293-294, 320
*performance art* 141, 149
Pergolesi, Giovanni Battista 134
Perón, Eva Duarte de 449
Perón, Juan Domingo 101, 449, 452
Persia, *véase* Irán
Pérsico, golfo, *véase* Golfo
Perú
economía e industrialización 435, 441, 445, 452
gobierno y política 438, 439, 445, 446, 452, 455
y el futuro 526
y el imperialismo 433
y guerra fría/poscolonialismo 452, 453, 456
y la primera guerra mundial y sus consecuencias 441, 445, 447
Pétain, mariscal Henri 189
petróleo 88
Mar del Norte 310-311
precios y crisis 97, 111, 261, 267, 310, 337, 406
Próximo Oriente 89, 171
Phibun Songkhram 361
Piano, Renzo 151
Picasso, Pablo 30, 132, 141, 145, 147, 152-153
Pintura 132, 137, 141-142, 146, 149, 395
Planck, Max 29, 49, 61
pluralismo 295
*véase también* política de partidos
pluralismo en el arte, el 139
población 43-54, 135
crecimiento de la 45, 96
disminución de la 41, 414, 516, 523
en África 421, 430
en África del Norte y Próximo Oriente 410
en Asia Meridional 383, 387
en China 355
en Estados Unidos 214, 267-268, 271, 279
gráficos 44, 46
miedo de la 33
tamaño de la, y potencia militar 175-176
y el control de la natalidad 41, 84, 275

y los ecosistemas 38
*véase también* urbanización
pobreza 516, 523
en Asia Meridional 383, 389, 391
en Estados Unidos 215, 268, 272, 276, 278
poder 249-250
ambición de 123
política del; *véase también* guerra fría
poesía 118, 353, 394
Pol Pot 509
policía secreta 201, 284, 296
polímeros 79, 93
Politburó 285, 287, 292
política *véase* comunismo; democracia; gobierno y política; política de partidos
política agraria común 312
política de partidos y elecciones
en África 430
en África del Norte y Próximo Oriente 403-405, 409
en América Latina 437-438, 442-448
en Asia Meridional 383-384, 386
en Asia Oriental 329, 331, 344-345
en el Sudeste asiático 361-362, 373-374
en Estados Unidos 215, 216, 220, 223-224, 225-226, 275, 281-283
en Europa 314-316, 318-319
en la Unión Soviética/Rusia 294, 297, 300, 303
en los dominios británicos 460, 472
estado unipartidista, *véase* Unión Soviética/Rusia
*véase también* democracia, gobierno y política; sufragio
*véase también* nacionalismo; guerras
Polke, Sigmar 141
Pollock, Jackson 133, 146
polución, *véase* medioambiente
Polonia 107, 113, 502
durante la primera guerra mundial 179, 183, 188, 198, 201
en el período de entreguerras 183, 187, 211
y Estados Unidos, emigración a 218
y la reconstrucción de Europa 305, 307, 314, 320
y la Unión Soviética/Rusia 286
y superpotencias, el enfrentamiento entre las 261, 263
*pop art* 133, 140, 145, 150
Popova, Lyubov 152, 205
Popper, Carl 524
popular, música 135, 275, 276
Portugal
e imperialismo y nacimiento del nacionalismo 165, 312, 363, 433
y la reconstrucción de Europa 161, 165, 319, 413, 416, 426
poscolonialismo, *véase* guerra fría; descolonización
positivismo 438
posmodernismo en el arte 140, 151
postimpresionismo 142
postindustrial, la sociedad 265
«potencia mundial», condición de, *véase* superpotencias
Potsdam, conferencia de 249, 306, 358
Pound, Ezra 30
Praga, Primavera de 257
pragmatismo 125-126
Prebisch, Raúl 450
precios 108
*véase también* inflación
prerrafaelitas 141, 144
Presley, Elvis 274, 277
primera guerra mundial 178-183, 197-198, 200, 233-234
causas 98, 176-178, 183, 197, 234, 461
consecuencias de, *véase* período de entreguerras
pérdidas 39
y el derecho internacional 477-478
y el imperialismo 161
y la aviación 89
y la cultura 122, 135
*véase también* países y continentes individuales
primitivismo 144
Príncipe 172
«Principios de los Tres Pueblos», los 346
privatización y desregularización 114, 298, 311, 356, 530
Problema del Este, el 36
problemas étnicos
y la imaginación en África 420
y la limpieza étnica 513; *véase también* matanzas
*véase también* antisemitismo; negros; racismo
productivismo 152
proletariado, *véase* clase obrera
propaganda 49, 131, 186, 202, 308
proteínas 79
protestantes en África, los 415-416
provecho e imperialismo 159
Próximo Oriente, *véase* África del Norte
Proyecto Genoma Humano 82-83
puerta abierta (política exterior, Estados Unidos) 220, 235
Puerto Rico 160, 433
Puyi, emperador de China 343

Qin, dinastía 232
química, industria 93
Quinta Generación (China) 354

Rabi, I. I. 69
Rabin, Iztak 505
racismo y relaciones raciales
en Estados Unidos 262, 268, 276, 278, 281-282
en Sudáfrica *(apartheid)* 465, 466, 471, 472, 473, 506

y el imperialismo 31, 159
*véase también* antisemitismo; negros
racionalismo/razón, rebelión contra la, *véase* irracionalismo
radar 91
radiactividad 47
radio 49
censura, la 285
en Asia 237, 393
en Europa 308
y conocimientos, la expansión de los 86, 88
y la cultura 129
Ramos, Fidel 373
Rapallo, acuerdo de 204
Rasputín, Grigori 197, 198
Rauschenberg, Robert 149
Ray, Satajavit 129
rayos cósmicos 65, 68
«*ready-made*» en el arte, los 143
Reagan, Ronald 112, 261, 262, 267, 281, 293, 297
«realidad virtual» 142
realismo en el arte 150
*Realpolitik* 141
recesión, *véase* crisis/recesión económica
reconstrucción de Europa, la 305-322
recursos 191
*véase también* economía e industrialización
Redon, Odilon 142
reduccionismo, *véase* física
regímenes totalitarios, *véase* dictaduras
regionales, alianzas 485, 521, 524
*véase también* supranacionales, organismos
Reino Unido, *véase* Gran Bretaña Reino Unido; Gran Bretaña
«relación especial», anglo-norteamericana, la 307, 316
relatividad 61-65
relativismo 531
relativismo moral 127
religión 196
aislada, *véase* secularización
confucionismo y China, el 118, 341, 342-343
en África 413-417, 419-420
en África del Norte y Próximo Oriente 403, 406
en América Latina 443, 454
en Asia Meridional 391-395
budismo 380, 385, 394
cristianismo 394, 413, 415, 419
islam 380, 382, 386, 394
*véase también* hinduismo
en el Sudeste asiático 361, 369, 375
en Estados Unidos 269, 274
en la Unión Soviética/Rusia 288, 297
y el futuro 521, 524
y la cultura 20, 21, 126
*véase también* budismo; cristianismo; fundamentalismo; hinduismo; islam; sikhs
Renania, ocupación de 184, 187
«renormalización», grupo de 72
reparación/indemnizaciones por la guerra 184, 334
República Checa 314, 321, 402
República Democrática Alemana, *véase* Alemania Oriental
República Dominicana 448
República Federal Alemana; *véase* Alemania Occidental
responsabilidad, principio de la 531
revolución
en América Latina 439
en chino 203, 346
en Norteamérica 212
esperada 29
mundial, incitada por Lenin 203
*véase también* Unión Soviética/Rusia
Revolución Cultural 352, 353
Reza Sha, *véase* Pahlevi, dinastía la
Rhee, Syngman 328, 332, 334
Rhodesia del Norte (Zambia) 169, 172, 417, 423, 424, 427
Rhodesia del Sur (Zimbabwe) 417, 424, 427, 429
Richier, Germaine 152
Riefenstahl, Leni 130
Rifkin, Jeremy 528
Riley, Bridget 152
Río, tratado de 451
Roberts, Adam 528
rock and roll, música 274
Rodin, Auguste 143, 145
Rogers, Richard 151
Roh Tae Woo 339
Rolling Stones 135
romanticismo, en el arte, el 137, 140, 147
Rommel, Erwin 190, 194
Röntgen, Wilhelm 56
Roosevelt, Franklin D. 106, 193, 218, 223-226, 273, 349, 449, 467
Roosevelt, Theodore 223, 231
ropa de vestir 135
Rothko, Mark 147
Roxas, Manuel 362
Rumania 113, 307, 320
y las guerras mundiales 177, 190
Russell, Bertrand 125, 126
Rusia, *véase* Unión Soviética/Rusia
ruso-japonesa, guerra 31, 162, 176, 196, 230, 342
Rutherford, Ernest 57, 58, 59
Ruanda 486, 489, 507, 511, 512, 513
Ryan, Alan 518

Sabah (Borneo del Norte) 363, 368, 370
Sabin, Albert 84
Sadat, Anwar el 407
Sahara español, el 160
St. Pierre-et-Miquelon 167
Sajárov, Andréi 290
Salazar, Antônio de Oliveira 173

Salinas de Gortari, Carlos 455
Salk, Jonas 84
salubridad, los problemas de en las ciudades 43
salud pública 42
Salle, David 151
Samoa 161, 463
San Francisco, conferencia de paz de 330, 467
sanidad, *véase* medicina
Santo Tomé 172
Sarajevo, asesinato en 178
Sarawak 363
Sarbah, J. M. 415
Sarraut, Albert 168
Sartre, Jean-Paul 124
Satélites 131, 256, 289
Satō Eisaku 335
Schacht, Hjalmar 106
Schlieffen, conde Alfred von: plan de 178
Schnabel, Julian 151
Schönberg, Arnold 30, 134
Schrödinger, Erwin 60, 61, 64
Schumacher, E. F. 504
Schwinger, Julian 69
SDS (Estudiantes por una Sociedad Democrática) 276
SEAC (mando del sureste asiático) 358, 364
secularización, la 28, 34, 120, 305
segunda guerra mundial 188-194, 206-211, 238, 240-245, 305-306
  antibióticos usados durante la, los 83
  causas de, *véase* período de entreguerras
  pérdidas 39
  posguerra, la; *véase* últimos años del siglo XX; guerra fría
  y el derecho internacional 481
  y el imperialismo 164, 165, 168
  y la cultura 120
  y la economía mundial 98, 107
  y las armas nucleares 65, 68
  y los ordenadores 78
  *véase también* los países y los continentes individuales
«segura destrucción mutua» 255
seguridad social, *véase* bienestar
Sendero Luminoso 456
Senegal 167, 413, 427
Serbia 235, 190
  durante la primera guerra mundial 177-178, 197
  *véase también* desintegración *bajo* Yugoslavia
Seurat, Georges 142
sexo, *véase* género
sexualidad 124
Seychelles, las 169
Shalamov, Varlam 294
Shantung 233, 234
Shelter Island, reunión de 69
Sherrington, Charles 77
Shockley, William 92
Siberia 76
  ferrocarril transiberiano 196
Sicilia 194
sicoanálisis, el 123, 124
sida 42, 84, 511, 516
Sierra Leona 169
siglo XX
  el amanecer del 28, 36
  los últimos años del 499-503
  y conocimientos, expansión de los 74-95
  y la cultura 117-136
  *véase también* África; Asia; guerra fría; demografía; economía; eurocentrismo; Europa; imperialismo; América Latina; África del Norte y Próximo Oriente; física; Estados Unidos; urbanización; guerras
Sihanuk, Norodom, rey de Tailandia 367, 369, 372
sijs 121, 186
silicio, «chip» de 92
simbolismo 141, 142
simetrías en física 71
Simpson, Nicole Brown 504
Simpson, O. J. 504
Sin-Itiro Tomonaga 69
Sinaí 405
sindicatos 225, 226, 263, 311, 327, 442, 445, 450, 454
Singapur 115, 169
  durante la segunda guerra mundial 359, 360
  economía e industrialización 335, 337, 338-339, 340
  y el imperialismo 360
  y guerra fría/poscolonialismo 358, 363, 365, 368, 370, 373
  y la cultura 118
Siniavski, Andréi 290, 294
sintéticos, productos 93, 94
sionismo 34, 171
Siria 97, 260, 397-408
Skidelsky, Robert 518
Smith, Alfred E. 220
Smith, Arnold 474
Smith, David 147
Smithson, Robert 150
Smuts, Jan Christian 462
soberanía 495
  *véase también* nacionalismo
sobrepoblación, *véase* aumento *bajo* población
socialismo
  en África 429
  en África del Norte y Próximo Oriente 404
  en Asia Oriental 331
  en la Unión Soviética/Rusia 198, 200, 201, 202, 203
  miedo de los norteamericanos al 219
  movimiento contra el, el 176
  y la guerra 180

y la reconstrucción de Europa 308, 314-315
*véase también* comunismo
sociedad civil mundial 530
Sociedad de las Naciones 182, 184, 186, 187, 479-480
fundación y objetivos 479, 480
y África del Norte y Próximo Oriente 398
y Estados Unidos 175
y Japón, presencia continuada de 234, 240, 245
y los dominios británicos 463, 467, 479-480
sociología 124
Soddy, Frederick 57
Solidaridad (*Solidarnosc*, Polonia) 263
Solzhenitsin, Alexandr 289, 290, 294
Somalia/Somalilandia 430
e imperialismo y nacimiento del nacionalismo 163, 398
y guerra fría/poscolonialismo 403, 410
y la ONU 487, 488, 502
Somalia francesa 167
Somalia italiana 163
Somme, batalla del 180, 462
Somoza, dinastía 448
Sonora, dinastía 443
Sorel, Georges 123
Sotavento, islas de 169
soviets 199
Spence, Jonathan 510
Spratly, islas 375
Sri Lanka (Ceilán)
e imperialismo y el nacimiento del nacionalismo 169, 171, 377, 378
economía e industrialización 378
guerra civil 382
y el Sudeste asiático 359, 366
y guerra fría/poscolonialismo 382, 385-395
y la cultura 129
y las guerras mundiales 358, 380
Stalin, Josiv Visariónovich Dzugashvili, *llamado* 100, 123, 204, 205, 515
durante la segunda guerra mundial 120, 188, 192, 193, 208-211, 284
Jruschov lo denuncia 286-288
y economía e industrialización 113, 206
y el aislacionismo 285
y el terror 207-208, 284
y Europa Oriental 252
y la agricultura 105, 205, 206
y la biología 126
y la constitución 207
y la religión 120
y Lenin 287
Stalingrado
cerco de 194
Stevenson, C. E. 66
Still, Clyfford 147
Stilwell, Joseph 349
Stirling 148
Strassmann, Fritz 66
Stravinski, Igor 30, 134, 144
Street, J. C. 66
Stresemann, Gustav von 185
Strijdom, Johannes 469, 470
Stroessner, Alfredo 452
Stubbs, John Heath 412
Sturtevant, A. H. 75
subclase 523
subjetividad en la ciencia, la 127-128
submarina, guerra 181, 189
Suchinda Krapayoon 374
Sudáfrica 33, 395, 457-475, 507
dirigentes principales, *véase* Mandela, Smuts
e imperialismo y el nacimiento del nacionalismo 159, 161, 174
economía e industrialización 460, 465, 471
medicina en, la 268
racismo y el *apartheid*, el 465, 466, 470, 471, 472, 473
sale y se reintegra en la Commonwealth 471, 475
y el futuro 531
y guerra fría/poscolonialismo 427, 431-432, 467-475
y la cultura 131
y la guerra de los bóers 159
y la primera guerra mundial y sus consecuencias 461, 465
y la segunda guerra mundial y sus causas 466-467
Sudamérica, *véase* América Latina
Sudán 413
e imperialismo y el nacimiento del nacionalismo 167, 169, 171, 398
y guerra fría/poscolonialismo 399, 403, 408, 410
Sudán anglo-egipcio 169
Sudán francés 167
Suecia 102, 107, 188, 270, 309, 314
Suez, la crisis del 171, 312, 469
sufragio 29, 184, 216, 278, 380, 453
sufismo 416
Suharto, Thojib 368, 372
Suiza 270, 309
Sukarno, Ahmed 361, 363, 367, 368
Sulawesi (Célebes) 359
Sullivan, Louis 146
Sumatra 358, 359
Sun Yat-Sen 342, 343-344
superioridad, *véase* racismo
superpotencias 228, 231, 306
y el nacimiento de Estados Unidos como 217-218
y enfrentamiento durante la guerra fría 249-264
y los intentos alemanes por conseguir la condición de «potencia mundial» 175-176, 186
*véase también* Unión Soviética/Rusia; Estados Unidos

supranacionales, organismos 311, 312
en África del Norte y Próximo Oriente 400, 410
en Asia, *véase* CEAP; ANSEA; OTASE
en Europa 477; *véase* CEE/CE; UE; OTAN; Varsovia, Pacto de
en los dominios británicos 467-469
en Norteamérica, *véase* NAFTA
mundiales, *véase* GATT; Sociedad de las Naciones; Organización de las Naciones Unidas (ONU)
*véase también* federalismo
suprematismo 133
Sudeste asiático, el 358-376
Asia Oriental 325-327, 330, 333-335, 339-340
China 359, 364, 371, 375-376
durante la segunda guerra mundial 192-193, 358, 364
e imperialismo y el nacimiento del nacionalismo 159, 160, 163, 166, 169, 179
economía e industrialización 334-335, 372, 373
en los últimos años del siglo XX 509-511
países, *véase* Brunei; Birmania; Camboya: Indonesia; Laos; Malaya/Malaysia; Filipinas; Singapur; Tailandia; Vietnam
y conocimientos, la expansión de los 109, 110, 115
y el comunismo 358-375
y Estados Unidos 325, 362, 364, 366, 368, 372, 376
y Europa 362, 363
y guerra fría/poscolonialismo 335, 339-340, 362-374
y Japón, la presencia constante de 242, 245
y la ONU 485, 486
y la Unión Soviética/Rusia 372, 376
*véase también* Vietnam, guerra
Surinam 164
Surrealismo 30, 133, 140, 142, 145
Suslov, Mijáil 290, 292

Tabora 159
tachismo 146
Taft, William Howard 231
Tagore, Rabindranath 394
Tahití 167
Tailandia 115, 509
e imperialismo y el nacimiento del nacionalismo 359, 361
economía e industrialización 335
y guerra fría/poscolonialismo 358, 364, 365, 366, 370, 373
Taisho, emperador de Japón/«democracia de Taisho» 236
Taiwán 510
economía e industrialización 109, 115, 337-338, 339-340
y China 349, 355
y Estados Unidos 349
y guerra fría/poscolonialismo 330, 331
y Japón, la presencia constante de 228, 229, 235
y la ONU 484
Takeo Fukuda 371
Tamiles 129, 382, 386
Tanganyika (Tanzania) 169, 172, 422, 424, 428
Tannenberg, la batalla de 179
Tapies, Antoni 147
Tártaros 211
Tatlin, Vladímir 152
Tatum, Edward 79
Taylor, Frederick W. 237
tecnología y ciencia, diferencia entre 86
*véase también* conocimientos, la expansión de los
Teherán, conferencia de 306
Telecomunicaciones 30, 49, 86, 91, 214, 301, 477, 519
*véase también* televisión
telégrafo 90
teléfono 90, 214
televisión 49, 90
y Estados Unidos 271, 276
y la cultura 129-130, 131, 132, 136
y la Unión Soviética/Rusia 302
«Telón de Acero» 306, 307, 320
*véase también* Europa Central y Oriental
teoría cuántica 29
teoría especial de la relatividad 63, 64, 67, 69
teosofía 127
Tercer Mundo 260, 261
*véase también* África; Asia; América Latina
Teresa de Calcuta 390
termiónica, válvula 91
termonuclear, bomba 253, 519
terror, *véase* matanzas
terrorismo 511, 514, 524
Tet, ofensiva de 369
textiles sintéticos 93
Thatcher, Margaret 112, 114, 262, 297, 311
Thompson, J. J. 29, 57
Thoreau, Henry David 504
Tiananmen, plaza de 354, 510
Tíbet 350
Timor 172, 358, 359, 363, 366, 485
Tinsulanond, Prem 373
Tito (Josip Broz) 512
Togolandia 161, 167
Tomonaga, Sin-Itiro Tonga 70
Torgau 194
Tourée, Sekou 168
trabajo forzado 173, 192, 207, 289, 290-291, 294
transistor 92
transplantes 86
transporte 28
en América Latina 438
en Asia Meridional 377
en Estados Unidos 213

en la segunda guerra mundial y sus consecuencias 189, 193-194
en la Unión Soviética/Rusia 160
y demografía y urbanización 47
y el imperialismo 165
y las enfermedades 42
*véase también* aviación; automóviles; ferrocarriles;
transporte marítimo 28, 87-88, 165
*véase también* armadas
Tratado de prohibición parcial de pruebas nucleares
participación
*véase también* democracia
tribu, el regreso a la 524
Tribunal Europeo de Derechos Humanos 493
Tribunal Internacional de Justicia 481
Tribunal Supremo (Estados Unidos) 266
Triffin, Robert 111
trincheras, guerra de 180
Trinidad 169, 172
Tripolitania 163
Trotsky, Lev 123, 201, 202, 203, 204
Trujillo, Rafael Leónidas 448,
Truman, Harry 252, 273, 307
Tsutomu Hatta 363
Túnez 167, 398
Tunku Abdul Rahman 363, 368
Turismo 136
Turquía y el imperio otomano 36, 252, 402, 406, 409

U Nu 362
Ubangui Chari 167
Ubico, Jorge 448
Ucrania 89, 192, 201, 207, 209, 211, 284
UE (Unión Europea) 114, 116, 305, 313-314, 322, 376, 410, 500, 521
*véase también* CEE
UNDP (Programa de Desarrollo de la ONU) 473
UNEF (Fuerza de emergencia de la ONU) 46
Unión Soviética/Rusia 32, 35, 46, 50, 76, 100, 102, 105, 109, 113, 120, 123, 126, 129, 146, 196-211, 250, 253-254, 260, 261, 284-304, 305, 307, 308, 320, 321, 325-332, 344, 345, 350, 352, 354, 356, 372, 376, 480, 483, 485-486, 487, 501-502, 516
Uruguay 436, 437, 453, 455
Ustínov, Dmitri Fedorovich 290, 292
utopías, el fin de las 530

Vacunación 84
Van Gogh, Vincent 142
Vargas, Getulio Dornelles 449
Vargas Llosa, Mario 526
Vavilov 76
Veblen, Thorstein 527
Venezuela 435, 438, 441, 445, 452, 455
Verde, la pandilla 346
Verdún, la batalla de 180
Vereeniging, la paz de 462
Versalles, el tratado de 183-184, 185, 187, 463
Verwoerd, Hendrik Freusch 470
veto en la ONU 488
Vichy, gobierno de 189, 316
Victoria I, reina de Gran Bretaña 87
Viena, círculo de 125
*Viet Minh 366, 367, 368*
Vietnam 109, 260, 261, 267, 281, 333, 335, 336, 352, 358, 360, 364-372, 485
Villa, Francisco (Pancho) 440
Villarroel, Gualberto 449
violencia 39
*véase también* matanzas
Vírgenes, islas 160
virus, los 42, 79-80, 84
Vístula, valle del 183
visuales, las artes 30, 137-153
*véase también* arquitectura; pintura; escultura
*Voz de América, La* 309
vorticismo 30
voto, el, *véase* política de partidos; sufragio
Voysey, Charles Annesley 139
Vries, Hugo de 74

Wagner, Richard 141
Wall Street, el «crack» de 105, 222
Wallace, George 281
Waller, Ivar 65
Warren, Tribunal Supremo de 269
Warren, Earl 266
Watergate, escándalo del 267, 271
Watson, James D. 74, 79, 80, 127
Watt, Donald Cameron 513
Watt, James 86
Watt, Robert Watson 90
Weber, Andrew Lloyd 134
Weber, Max 122-123
Webern, Anton von 30, 134
Weisskopf, Victor 69
Wells, H. G. 435, 499
Westminster, estatua de 463-464
*Westpolitik* 317
Whitlam, Edward Gough 470
Whittle, Frank 88
Wiesel, Torsten 77
Wilson, Harold 319, 500
Wilson, William Julius 523
Wilson, Woodrow 181, 182, 220, 223, 231, 233
Witte, Serguei 196
Wittgenstein, Ludwig 125
Woolf, Virginia 118, 133
Wright, Frank Lloyd 30, 139, 146
Wright, Orville y Wilbur 30, 86, 214

X, Malcolm 276

Yalta, conferencia de 249, 349
Yazov, Dmitri 296
Yehoshua, A. B. 411
Yeltsin, Boris 295, 296-297, 299, 300, 302-303, 502
Yemen, del Norte y del Sur 401, 402, 403, 408
Yom Kippur, guerra del 406
Yoshida Shigeru 330
Yuan Shi-kai 344
Yugoslavia 135, 189, 190, 264, 307, 321, 487, 488, 502, 512
*véase también* Bosnia; Croacia; Serbia
Yukawa, Hideki 66, 68, 70, 72
Zaire, *véase* Congo
Zambia, *véase* Rhodesia del Norte
Zanzíbar 172
Zapata, Emiliano 440
Zhirinovsky, Vladimir 300
Zhou En-Lai 510
Zimbabwe, *véase* Rhodesia del Sur
Zona de Paz, Libertad y Neutralidad 375, 376
Zona Euromediterránea de Libre Comercio 410
ZPLN (Zona de Paz Libertad y Neutralidad) 375, 376
Zululandia 414
Zyuganov, Gennady 302